Acerca de este libro

Esta es una copia digital de un libro que, durante generaciones, se ha conservado en las estanterías de una biblioteca, hasta que Google ha decidido escanearlo como parte de un proyecto que pretende que sea posible descubrir en línea libros de todo el mundo.

Ha sobrevivido tantos años como para que los derechos de autor hayan expirado y el libro pase a ser de dominio público. El que un libro sea de dominio público significa que nunca ha estado protegido por derechos de autor, o bien que el período legal de estos derechos ya ha expirado. Es posible que una misma obra sea de dominio público en unos países y, sin embargo, no lo sea en otros. Los libros de dominio público son nuestras puertas hacia el pasado, suponen un patrimonio histórico, cultural y de conocimientos que, a menudo, resulta difícil de descubrir.

Todas las anotaciones, marcas y otras señales en los márgenes que estén presentes en el volumen original aparecerán también en este archivo como testimonio del largo viaje que el libro ha recorrido desde el editor hasta la biblioteca y, finalmente, hasta usted.

Normas de uso

Google se enorgullece de poder colaborar con distintas bibliotecas para digitalizar los materiales de dominio público a fin de hacerlos accesibles a todo el mundo. Los libros de dominio público son patrimonio de todos, nosotros somos sus humildes guardianes. No obstante, se trata de un trabajo caro. Por este motivo, y para poder ofrecer este recurso, hemos tomado medidas para evitar que se produzca un abuso por parte de terceros con fines comerciales, y hemos incluido restricciones técnicas sobre las solicitudes automatizadas.

Asimismo, le pedimos que:

+ *Haga un uso exclusivamente no comercial de estos archivos* Hemos diseñado la Búsqueda de libros de Google para el uso de particulares; como tal, le pedimos que utilice estos archivos con fines personales, y no comerciales.

+ *No envíe solicitudes automatizadas* Por favor, no envíe solicitudes automatizadas de ningún tipo al sistema de Google. Si está llevando a cabo una investigación sobre traducción automática, reconocimiento óptico de caracteres u otros campos para los que resulte útil disfrutar de acceso a una gran cantidad de texto, por favor, envíenos un mensaje. Fomentamos el uso de materiales de dominio público con estos propósitos y seguro que podremos ayudarle.

+ *Conserve la atribución* La filigrana de Google que verá en todos los archivos es fundamental para informar a los usuarios sobre este proyecto y ayudarles a encontrar materiales adicionales en la Búsqueda de libros de Google. Por favor, no la elimine.

+ *Manténgase siempre dentro de la legalidad* Sea cual sea el uso que haga de estos materiales, recuerde que es responsable de asegurarse de que todo lo que hace es legal. No dé por sentado que, por el hecho de que una obra se considere de dominio público para los usuarios de los Estados Unidos, lo será también para los usuarios de otros países. La legislación sobre derechos de autor varía de un país a otro, y no podemos facilitar información sobre si está permitido un uso específico de algún libro. Por favor, no suponga que la aparición de un libro en nuestro programa significa que se puede utilizar de igual manera en todo el mundo. La responsabilidad ante la infracción de los derechos de autor puede ser muy grave.

Acerca de la Búsqueda de libros de Google

El objetivo de Google consiste en organizar información procedente de todo el mundo y hacerla accesible y útil de forma universal. El programa de Búsqueda de libros de Google ayuda a los lectores a descubrir los libros de todo el mundo a la vez que ayuda a autores y editores a llegar a nuevas audiencias. Podrá realizar búsquedas en el texto completo de este libro en la web, en la página `http://books.google.com`

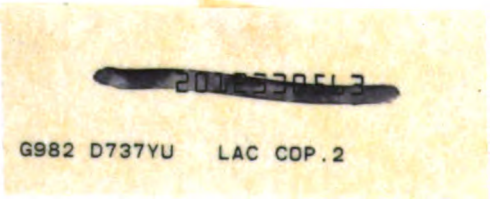
Digitized by Google

THE LATIN AMERICAN COLLECTION
of
THE LIBRARY
THE UNIVERSITY OF TEXAS AT AUSTIN

THE SIMON LUCUIX
RIO DE LA PLATA LIBRARY
Purchased
1963

G982
D737Yu
cop. 2

LATIN AMERICAN COLLECTION



Digitized by Google

Digitized by Google

CALL NO.

G982
D737Yu
cop.2

TO BIND PREP.

DATE 5.16.73

NEW BINDING [x]
REBINDING [ ]
REGULAR [x]
RUSH [ ]
LACED-ON [ ]
BUCKRAM [x]
SPECIAL PAM. [ ]

AUTHOR AND TITLE

Uteda
Vida militar de Dorrego.

JAN 4 1974

CATALOGUER rb
RETURN BOOK TO la

CARE IN TRIM: FOLD. MATTER [ ]
STUB FOR: T.-P. AND I. [ ]
LACKING NOS. [ ]
SPECIAL BOOKPLATE [x]
Lucuix

CATALOGUE DEPT. BINDING INST.

Digitized by Google

Digitized by Google

Front Cover Miss

VIDA MILITAR DE DORREGO

Digitized by Google

Digitized by Google

SATURNINO UTEDA

VIDA MILITAR DE DORREGO

CON UNA CARTA-PRÓLOGO

DE

MANUEL UGARTE

LA PLATA

1917

Digitized by Google

Digitized by Google

UNIVERSAL BOOKBINDERY Order No.....
PLEASE CHECK INFORMATION BELOW

Name of UNIVERSITY OF TX AT AUSTIN
Library Dept. B PREP

New [X] Color No.
Repeat [ ] AAB-958

Rub: Enclosed [ ]
Make New [ ]

Bind Title Page:
Separate [ ]
Not pub. [ ]
Stub for [ ]

Contents: Front [ ]

Index: Front [ ] Back [ ]
Stub for [ ] Not Pub. [ ]

Covers:
Remove [ ]
Bind in all [X]
Bind in Front covers only [ ]
Bind in First Cover Only [ ]

Ads:
Remove [ ]
Leave in [ ]
Remove though
paged in if without text [ ]

Imprint: Yes [ ] No [ ]

Stamp in White [ ]
Stamp in Black [X]
Stamp in Gold [ ]

Letter Spine Exactly As Shown Below Indicating Title, Vol. No., Year, Date, Part No., Call No., and Imprints if Desired.

VIDA MILITAR
DE DORREGO

G 982
D 737 Yu
cop. 2

Special Instructions:

namente la filosofía superior de los hechos, los personajes y los dramáticos episodios que más de una vez han llegado hasta las generaciones actuales envueltos todavía en el olor de la pólvora o en el rumor de las polémicas a que dieron lugar. La lucha civil, los apasionamientos de partido, el empuje y la concepción unilateral de los bandos en lucha, la polémica, en fin, de un momento de agitación, se ha convertido a menudo en pasajera historia que las generaciones de hoy han tenido que aceptar transitoriamente; porque no surge la apreciación ecuánime y elevada a que aspi-

Digitized by Google

ramos, pero que todos ponemos, en cierto modo, en tela de juicio por comprender o adivinar de una manera instintiva que no se ha alcanzado aún la justa apreciación final.

Nuestros grandes historiadores, como Mitre o López, han abarcado conjuntos tan vastos, panoramas tan extensos, épocas tan dilatadas, que no han podido humanamente puntualizar siempre los acontecimientos accesorios, perfilar de una manera definitiva las figuras concurrentes o desentrañar el exacto sentido de muchos hechos que aún se encuentran sujetos a revisión. Y si esto ocurre en las épocas ya lejanas de la independencia y la constitución nacional, con más frecuencia e intensidad se ofrece en los años posteriores, que por ser más cercanos a nosotros se hallan, por así decirlo, a menos alcance de nuestra fría apreciación y equitativo juicio.

Tendrán, pues, que surgir no sólo en la Argentina, sino en nuestra América toda, los hombres de alta probidad mental y de implacable espíritu investigador que examinen y pesen los acontecimientos y los personajes, ajenos a todos los apasionamientos, tomando en detalle y fragmentariamente los episodios y los héroes, para llegar a deslindar situaciones, aclarar incidencias, poner de manifiesto, en fin, la verdadera situación y carácter real de hechos y personas, que aún flotan en la penumbra y aparecen confusos o desorbitados.

Usted trae en este sentido, con su libro, una contribución particularmente apreciable. No le diré que comparto todas sus opiniones y acepto de lleno su visión general; pero se trata de un esfuerzo tan generoso y tan simpático en favor de la verdad, que no puedo dejar de felicitarlo efusivamente, felicitándome al mismo tiempo de que despierten tan vivo interés los acontecimientos de nuestra historia y surjan esfuerzos tan serios y tan bien encaminados, como el que usted realiza con tanta probidad como talento.

La América Latina es una moralmente por la identidad de su carácter y de su situación, producto del común origen y la historia idéntica, y resulta lógico que abarcando la perspectiva total no hagamos a menudo distinción de frontera para estudiar figuras o hechos que, aunque no están estrictamente dentro de nues-

Digitized by Google

tra pequeña historia local nos pertenecen también, por ser parte integrante de la historia general y superior de que todos nos enorgullecemos.

Así hemos visto a colombianos que fomentaban el estudio o esclarecimiento de hechos ocurridos en Venezuela; así hallamos en la América Central historiadores que, salvando barreras convencionales, invaden jurisdicciones que parecen no pertenecerles, llevados de la mano por los mismos héroes que la salvaron antes que ellos. Pero está demás decir que es preferible que sean los hijos de la propia región en que se desarrollaron los acontecimientos, los que traten de hacer, con reposo definitivo, el balance final de las horas que se discuten aún.

No puedo afirmar que su punto de vista sea el más exacto, pero por el estilo sobrio y conciso, el vigor de la expresión y a veces la vivacidad y el entusiasmo de los párrafos, el libro tiene un mérito literario que unido al mérito histórico, lo coloca en un lugar especial.

Renovándole mis excusas por no poder, en vísperas de un largo viaje, dedicar a estas páginas el tiempo y la atención que visiblemente merecen, me es profundamente grato subscribirme su muy afectísimo.

MANUEL UGARTE.

Digitized by Google

Digitized by Google

HACIA LA HISTORIA

(INTRODUCCIÓN)

Al estudiar el pasado en la vida de un hombre, no aspiro a restaurar ni a consolidar una tradición de partido: pretendo no perder un instante de vista el interés de la historia, la necesidad de respetarla, el deber de contribuir a preservarla de errores. Lo que me ha decidido a tomar el nombre de Dorrego, hoy casi obscuro y pronunciado casi siempre con desdén, para emprender un estudio biográfico en cuyo plan sólo entran los hechos ajenos al personaje cuando son indispensables para que los producidos por él puedan comprenderse, es el horror a los excesos banderizos, de que el mártir de Navarro ha sido grande e inocente víctima en su vida material y en esa prolongación de resplandores del espíritu que llamamos inmortalidad.

Escribir la historia para favorecer, propalando sofismas, a hombres o partidos determinados, es profanar su misión, violar la majestad de las tumbas y sacrificar el más sagrado de los intereses de la patria; y cuando se defrauda a otros afectando benevolencia para con ellos y envolviendo un desprecio o un cargo injusto en un elogio hipócrita, el escribir se hace más vituperable, porque aseméjase al criminal que mata con flores envenenadas.

No es sólo falseando los hechos como se extravía y pervierte el criterio del lector, sino también con la declamación quebradora de la justicia y la moral, que los condena o poetiza según

Digitized by Google

a quien se atribuyan. Entre nosotros, ella nos presenta un resultado imprevisto pero lógico: sombríos personajes fieramente combatidos, como Rosas y Facundo, por ejemplo, tienen ahora apologistas que se han educado en el culto de sus adversarios; porque han hallado la injusticia y querido remediarla, sin acertar a seguir el verdadero camino, que es salvar la moral de todos los arrebatos del entusiasmo individualista.

El doctor Andrés Lamas, coleccionista de altos méritos y escritor de preclaro talento, pero fundador de una escuela enfermiza, dijo, refiriéndose a las ejecuciones de Liniers y Alzaga: «Moreno despejó en Cruz Alta, el camino de Suipacha; Rivadavia, en la Plaza de la Victoria, el de Tucumán y Salta». El camino de Suipacha, el de Tucumán y Salta, los despejó el denuedo del soldado argentino; y si no obscurece la memoria de Mariano Moreno la participación que tuvo en la ejecución de Liniers, ni la de Bernardino Rivadavia la que haya podido tener en la de Alzaga, porque ambos obedecían a ideas dominantes, sabiendo que no hallarían clemencia en el adversario si eran vencidos, como no la halló Morrillo,— y nadie está obligado a romper, a costa de sus ideales y de su vida, con las preocupaciones de su época o de su ambiente,—tampoco esas ejecuciones son gloria para nadie y pueden recordarse sin justo dolor.

Se explica el juicio feroz con recordar que el doctor Lamas fué un hijo del huracán, pero sus discípulos, algunos de los cuales tienen muy distinto pasado, van más lejos aún, y no ocupándose ya de las ejecuciones de Liniers y de Alzaga, sino del fusilamiento de Dorrego, no se detienen a admirar el generoso perdón de la víctima ni a buscar la rehabilitación del victimario en su sincero arrepentimiento, sino que ensalzan a

Digitized by Google

Lavalle por la manera resuelta de cargar con una responsabilidad tan grave, o mejor dicho tan horrible, para presentarlo realizando la más admirable y heroica de las abnegaciones en vez del acto más débil que puede concebirse, fruto de instigaciones pérfidas y de adulaciones rastreras de hombres atacados por el frenesí de la envidia.

Y luego Dorrego aparece como un miserable, porque moría y no había matado nunca... a no ser frente a frente y a pecho descubierto, sobre el campo de batalla.

¿Qué de extraño, entonces, puede tener para algunos, que Rosas haya sido magnánimo haciendo apuñalear a Maza, y que al ordenar el fusilamiento de Camila O'Gorman, fuera él mártir que sofocaba sus sentimientos generosos, que negaba el perdón reclamado por sus entrañas y obedeciendo a una severa reflexión ordenaba el fusilamiento de la infeliz mujer encinta, con el alma espantosamente lacerada y los ojos preñados de lágrimas del tamaño de avellanas? Se ha adelantado entre nosotros el sofisma que la imaginación fecunda del novelista polaco, había de poner en los labios de uno de los cortesanos de Nerón (1).

Lamartine pudo encontrar en una de las alboradas sangrientas de la Francia, al «ángel del asesinato», título que «reune los dos extremos de la admiración y del horror», personificado en Carlota Corday, la doncella que se introdujo en la casa del déspota para arrebatarle una vida que creía funesta a su patria; pero no cometamos nosotros, por torpe imitación, por necia vanidad, el error de buscarlo en soberbios dictadores,

(1) Me refiero al discurso de Petronio aconsejando a Nerón que reconociera haber incendiado a Roma, que se encuentra en el capítulo XLVIII de la novela *Quo Vadis?* por ENRIQUE SIENKIEWICZ.

Digitized by Google

inexorables con quienes ni siquiera constituían ya un peligro para ellos.

Varios hombres ilustres que militaron en las filas de uno de los grandes partidos de la organización nacional, ensayaron la historia—suspendiendo sus violentas polémicas que les agilizaba la pluma pero los habituaba a la casuística—cuando aún parecía sentirse el estruendo de las armas y estar fresca la sangre derramada en los combates. Reconozco la valentía de ciertos juicios y el mérito grande del esfuerzo, pero no puedo menos de señalar en los trabajos dos importantes motivos de prevención: el apasionamiento, que los mismos autores no podían sofocar por ser demasiado fuerte, y el peso de un prestigio que anonada a muchos lectores antes que obre el raciocinio.

Los más graves problemas internos que preocupan hoy a los países de la América del Sur — la educación de los partidos, el perfeccionamiento de las instituciones — podrán solucionarse satisfactoriamente cuando el sentimiento de la nacionalidad domine los subalternos; y él será débil mientras no amemos y procuremos cultivar lo que es bueno y genuinamente nuestro, mientras enviemos a los parlamentos y la magistratura hombres que sólo aprecian las sensaciones artísticas y saben que rivalizando en elocuencia con famosos oradores, halagan más que estudiando sinceramente nuestras necesidades y tratando de aliviar nuestras aflicciones. Los acertadores gustos del pueblo deben influir para apartar un tanto de Europa los ojos de nuestros hombres dirigentes, y hacer que miren más al suelo propio.

Cualquiera diría que la Nación Argentina es una república sin tradiciones, porque parece reservar el bronce y el mármol para los que defendieron la monarquía, negándoselos a los que la combatieron y repitiendo contra éstos las diatribas de los que

Digitized by Google

no alcanzaron a comprenderlos. ¿Por qué no hemos de recordar los muchos nombres hoy neciamente despreciados, de generales que ganaron batallas de la Independencia o mandaron ejércitos internacionales, o de estadistas, escritores y tribunos que, adelantándose a su época, preconizaron las instituciones que hoy nos rigen y sufrieron por ellas persecuciones y martirios?

La revolución de Mayo se hizo para asegurar la destrucción de un monopolio, el del comercio; y su resultado fué la creación de una democracia, lo que involucraba la destrucción de otro monopolio, el de las glorias y honores, que en las viejas y caducas monarquías eran para el príncipe, aunque los mereciese el plebeyo; pensemos que entre las libertades necesarias para vivir el presente, debe contarse la de juzgar el pasado. Si no hacemos justicia a los que han muerto cuando queremos juzgarlos, ¿cómo hemos de aprender a hacerla a quienes muévense a nuestro lado?

A Dorrego se le ha estudiado generalmente a través de las diatribas de sus adversarios. Nada hay que me parezca más aleccionador relacionado con esto, que la ingenua frase de un hombre ilustre, Juan María Gutiérrez, proferida ante Mariano A. Pelliza al mostrar una carta escrita por el mártir de Navarro durante el destierro en los Estados Unidos: «Cuando he leído esta carta de Dorrego, recién he comprendido que era un gran patriota y que su muerte fué un borrón para mi partido» (2). Ni tan amplio espíritu como el de Gutiérrez pudo preservarse de la ennegrecida leyenda, pero bastó una hoja de papel para que reaccionase contra ella...

Los que pertenecemos a la generación nueva, que viene a

(2) MARIANO A. PELLIZA: *Dorrego, lingotes de bronce para su estatua.*

Digitized by Google

la labor sin los rencores de las que fueron al combate, debemos desagraviar a los injustamente calumniados, y convertir la historia en el mejor texto de moral. Nos interesa demostrar que el pasado posee muy hermosas abnegaciones y sinceridades muy verdaderas, y que en nuestro amor a él, no hay sino adhesión a la democracia y a la libertad y deseo de realizar otras grandes conquistas de dignificación humana; pero sin albergar un odio que no sea despertado por el crimen, ni un amor que no lo inspire la virtud.

Lo único sugestivo que podrá ofrecernos la historia, es la verdad; bellezas literarias es más propio buscarlas en novelas y defensas apasionadas y habilidosas, en alegatos de buenos abogados. Tal vez parezca petulante contradiciendo a hombres eminentes. Ya he dicho las causas que los arrastraron al error; y son tales que no podían eliminarlas, porque nadie puede cambiarse el corazón.

De los errores históricos del presente son mayormente culpables los que, sin verdaderos motivos de extravío, por indolencia o por aparentar coincidir con los sabios, han confirmado sin estudio propio, opiniones vertidas bajo el imperio de un sentimiento cálido y avasallante, presentándolas como el fruto de su investigación honrada y su meditación tranquila. Ellos son, sí, verdaderos petulantes y petulantes dañinos.

Juremos oposición a todos los iconoclastas y a todos los feticheros; libres de manías, resabios, sectarismos y rutinas, busquemos la verdad, la pura y santa verdad, que es el mayor bien y la suprema belleza.

Digitized by Google

CAPÍTULO I

Precursor de la Independencia de Chile

1. La Argentina y Chile. — 2. El gobierno de García Carrasco. — 3. Dorrego universitario chileno. — 4. Renuncia de García Carrasco. — 5. Gobierno de Toro Zambrano. — 6. Instalación del primer gobierno patrio de Chile. — 7. Origen de la alianza argentino-chilena. — 8. El motín de Figueroa. — 9. El adiós a Chile.

> Los que lejos de la patria luchan por la libertad, los que lejos de la patria se sacrifican y mueren por ella, son nuestros hermanos y nuestros héroes. — AUGUSTO THIERS.

1. LA ARGENTINA Y CHILE

Mientras en el Río de la Plata las invasiones inglesas primero y el ataque a la Metrópoli por Bonaparte luego, ocasionaban al coloniaje trastornos tan graves como la deposición de Sobremonte; la designación y el sostenimiento por el pueblo, de un Virrey francés de origen; la absorción del poder militar por los criollos; la libertad de comercio, y, como consecuencia directa de todo eso, la revelación de la fuerza y la capacidad de la Colonia para conquistar y hacer uso de su independencia (1), Chile, territorio regido por una Audiencia que dependía directamente de la Corona, experimenta sacudidas simpáticas que preparaban explosión idéntica a la que se produjo en Buenos Aires el 25 de Mayo de 1810.

También en Chile los criollos habían tomado las armas para defenderse de la conquista británica que allí no fuera sino un temor, y alentando esperanzas que brotaban de la propaganda

(1) MANUEL MORENO: *Vida y escritos del doctor Mariano Moreno;* ADOLFO SALDÍAS: *La Evolución Republicana;* BARTOLOMÉ MITRE: *Historia de Belgrano.*

Digitized by Google

de amplios y generosos espíritus y del propio temperamento, porque la libertad es un instinto que inmediatamente se apodera de todo el que nace en suelo americano. Y no sólo ocurría que los precursores de la revolución chilena se hallaban en comunicación activísima con los conspiradores bonaerenses y obraban de consuno con ellos, más unidos en sus proyectos que los de las mismas provincias del Virreinato del Plata, sino que muchos argentinos se les unían, y un corresponsal de la Junta Central de España informó así, por aquellos días, después de pulsar cuidadosamente: «Se advierte una especie de combustión que pudiera hacer temer un incendio universal... si la Providencia Divina... no burlase las maquinaciones de los hombres perversos que cunden en esta región, procedentes los más de Buenos Aires» (2).

Nada me maravilla tanto como la fecunda idealidad de las colonias sudamericanas, de esas pobres colonias que reclamaron para sí las mejores instituciones del mundo. Decididamente, no envidio a los australianos ni a los canadienses, y no pienso quejarme con mucha amargura de la madre España. Preferiría detenerme a examinar ventajas, para encontrar que la ausencia de grandes e ilustrados magnates, de autoridades civiles inteligentes; que la influencia avasallante del sacerdocio católico y aquel su prestigio que hacía aspirar a «tener hijo cura» (3), honor que para alcanzarlo no eran menester los privilegios de nacimiento (4); que los extravagantes y pesados métodos de las universidades y escuelas secundarias de la dominación, en

(2) Diego Barros Arana: *Historia general de Chile;* Bartolomé Mitre: *Historia de San Martín.*

(3) Manuel Moreno: Obra citada.

(4) Me adhiero a este juicio del maestro Macaulay: «Aun siendo errónea la doctrina de los católicos romanos en orden al carácter sacerdotal, ha servido muchas veces para mitigar algunos de los más grandes y graves males que puedan afligir a las sociedades, y que aun siendo supersticiosa no puede reputarse nociva en absoluto, cuando en pueblos abrumados de las calamidades que ocasiona la tiranía de una raza sobre otra, supo crear una aristocracia exenta y libre de las preocupaciones de la sangre, transformar las relaciones entre los opresores y oprimidos, y obligar al señor hereditario a humillarse a los pies del siervo constituido en juez espiritual».

Digitized by Google

las que se enseñaba a discutir sin ceder sobre obscuras teologías, avezando a las controversias difíciles (5); que los «Cabildos abiertos», donde se examinaban y dejaban en suspenso los mandatos superiores, prepararon y dieron armas a la democracia e hicieron imposible la nueva servidumbre para cuando se destruyera la vieja. Contemplo y tomo por buenas también algunas condiciones negativas, y creo que en el peor de los casos el amo torpe, con el transcurso del tiempo, puede llegar a ser preferible al amigo hábil: que si España hubiera sido distinta, aún nos tendría amarrados; y nada nos es más grato que estar sueltos.

2. EL GOBIERNO DE GARCÍA CARRASCO

La Presidencia de la Audiencia de Chile quedó vacante en Febrero de 1808, por un fallecimiento repentino; de acuerdo con una real cédula y merced a una imposición militar, entró después a desempeñarla el brigadier García Carrasco, malgrado las resistencias de los oidores y el descontento del pueblo. El nuevo magistrado era un hombre viejo ya, ni inteligente ni discreto, nacido en Africa pero blanco de color, incapaz de comprender la solemnidad de los momentos en que iba a actuar y, por tanto, de orientarse acertadamente; tenía un concepto mezquino del poder, que lo haría exhibirse violento y despótico, no siendo cruel ni criminal, sino débil y torpe.

Al asumir el mando en Santiago, designó secretario a un ilustre y liberal cuyano, republicano de fibra, que ya estaba a

(5) «Se hacían unos teólogos intolerables que empleaban el tiempo en sostener inútiles discusiones sobre asuntos que nadie ha averiguado, como ser de la divinidad, los ángeles, etc.» (MANUEL MORENO: Obra citada).

«No obstante, a esto se ha dado el nombre de teología escolástica, y luego en la nomenclatura de las ciencias, cuando debería llamarse «inconciencia» pues que las investigaciones ruedan sobre cosas inaveriguables. Sin embargo todos los que han escrito sobre materias teológicas se han dejado arrastrar de esa manía: ella ha sido introducida en las escuelas: se engaña muy gravemente: se exige de los auditores gran aplicación a este estudio, que tanto vale como enseñar a perder el tiempo metódicamente». (JUAN IGNACIO DE GORRITI: *Reflexiones*).

Digitized by Google

la cabeza del naciente partido patriota chileno y que, como el Presidente, venía de Concepción, donde habían tenido su residencia los dos: el doctor Juan Martínez de Rozas. Pero este astuto personaje creyó manejar mejor los hilos de la conspiración desde la ciudad de donde venía, considerada el centro del poder militar de Chile, que desde la Capital, y que las malas cualidades de García Carrasco constituían la mejor garantía de prosperidad para la propaganda revolucionaria; renunció muy pronto, y efectuó el retorno después de establecer inteligencias en Santiago con jóvenes que serían perspicaces agentes.

Los primeros sucesos de alguna importancia que produjo el Presidente, fueron comparables, por la necia obstinación que revelaron y por las trascendencias que tuvieron, a las arremetidas de Jacobo II de Inglaterra contra los profesores protestantes de «Magdalene Colege», sin que se propusiera otra cosa que hacerse sentir por los que lo habían resistido. No de otra manera puede explicarse, por ejemplo, su inútil tentativa de imponer a los doctores de la Universidad de Santiago la reelección del doctor Juan José del Campo, por medio de la fuerza armada.

Las tribulaciones de la Metrópoli y la oportunidad de afrontar peligros en el territorio que gobernaba, lo encontraron ridiculizado y aborrecido; las medidas que tomó para contener la acción revolucionaria, en vez de intimidar, indujeron al pueblo acostumbrado a considerar todos sus actos detestables bellaquerías, a persistir en actitudes desdeñosas y hostiles.

Sin embargo, se opuso a la ola popular con energía. Las primeras noticias concretas de conspiración que tuvo, se refirieron a reuniones clandestinas que se efectuaron en Concepción, y se apresuró a castigar al partido criollo con el arresto y procesamiento del coronel Pedro Ramón Arriagada y de fray Rosario Acuña, a quienes tuvo que devolver la libertad más tarde, por no haberse comprobado que hicieran trabajos subversivos. Pero era evidente que éstos se ejecutaban, y García

Digitized by Google

Carrasco tomó otras medidas: declaró «delito atroz» toda «obra, expresión o indiferencia que conspirase a la desunión, al desaliento o a destruir los recursos y los medios que todo buen vasallo debía prodigar a su soberano» (Diciembre 30 de 1809); y poco tiempo después, creyendo que los ingleses y norteamericanos fomentaban ideas de gobierno libre, resolvió expulsar del territorio de su jurisdicción a todos los extranjeros que no se hallaran en determinadas condiciones.

En Enero de 1810 ingresaron en el Cabildo de Santiago elementos sospechosos de falta de lealtad a España y desafectos a García Carrasco, que dió rienda suelta a su despecho suscitando conflictos y controversias, ora porque deseaba que renunciara el asesor y auditor de guerra Díaz Valdez, ora porque se oponían a que remitiese armas a la Península.

Hallándose el Presidente en desacuerdo con el Cabildo y la Audiencia, recibió un oficio del Virrey Cisneros, en que le decía saber que los partidos de Chile se « dirigían a substraerse de la influencia del augusto soberano Fernando VII » y efectuaban juntas donde « se trataba con demasiada libertad y se tomaban disposiciones para el logro de sus depravados intentos ». Las averiguaciones ordenadas a consecuencia de estos anuncios, motivaron la prisión de Juan Antonio Ovalle, Juan Antonio Rojas y el doctor Bernardo Vera, que fueron encerrados en el Cuartel de San Pablo bajo la acusación de expresarse en forma inconveniente a los intereses españoles. El Tribunal de la Audiencia, cuando se le dió intervención, aprobó el procedimiento y dispuso que los detenidos fueran trasladados a Valparaíso, donde quedarían a disposición del Virrey de Lima.

Se iniciaron sumarios por el mismo tiempo contra otros agitadores de la opinión, pero sin que tuvieran consecuencias ni resonancia, ya por no haber hecho luz, ya porque importantes novedades los interrumpieran; uno de ellos merece especial mención por referirse la acusación al joven Manuel Dorrego, que se hallaba en Santiago y en cuyo pecho brotaban ya las flores rojas de la rebeldía.

Digitized by Google

3. DORREGO UNIVERSITARIO CHILENO

El patricio cuyos servicios militares inspiran estas páginas, nació el 11 de Junio de 1787 en la ciudad de Buenos Aires, en la casa de la calle Cangallo que llevaba el número 252, siendo sus padres Antonio Dorrego, portugués, y Ascensión Salas, criolla: «personas amantes en sumo grado del mérito real y verdadero», según la expresión de un biógrafo (6), y que sin ser acaudaladas, gozaban de lo que vulgarmente se dice «un buen pasar», y atendían con esmero a la educación de sus hijos, de los cuales sólo dos fueron varones: Manuel y Luis.

Manuel Dorrego tuvo una niñez afortunada, en la que ya sabía granjearse simpatías por su inteligente vivacidad, y acaso hacía presentir los altos honores de su destino. El escritor aludido, que seguramente conocía interesantes anécdotas por las tradiciones de su hogar, lo describe así, refiriéndose a sus primeros años: «El muchacho más diestro en los juegos, el más oportuno para desarmar con una ocurrencia agraciada el enojo paterno, el primero en trepar las higueras del vecino para repartir generosamente los despojos.»

Recibió enseñanza secundaria en el Colegio de San Carlos, que dirigían los padres jesuítas, el mejor establecimiento de su género que tuvo Buenos Aires en los tiempos coloniales, y de cuyos alumnos salieron generales, jefes y secretarios de Estado, diplomáticos y hombres de letras, como fueron, además de Dorrego, Mariano y Manuel Moreno, Tomás y Rufino Guido, Miguel Soler, Bernardino Rivadavia, Vicente López y Planes, Tomás Manuel de Anchorena, Bernardo Vélez, Patricio Lynch, Esteban Luca y otros, interesando recordar que algunos de ellos terminaron allí su instrucción, como acontece, por ejemplo, con Tomás Guido, que lució en su fecunda vida pública un juicio sólido y un fino gusto literario (7). Dorrego

(6) José Tomás Guido: *Biografía de Dorrego.*

(7) El Colegio de San Carlos existió hasta que en su templo, la actual iglesia parroquial de San Ignacio, no se consintió a la Mazorca que profanase los altares con la adoración del retrato de Rosas.

Digitized by Google

obtuvo siempre excelentes clasificaciones, y fué designado para dar conferencias en público, distinción que se hacía al alumno más adelantado del curso (8), lo que revela su aprovechamiento; y es fama que solía colocar a sus compañeros en serios aprietos con las réplicas y contrarréplicas que hacía en las discusiones.

En 1806 y 1807 el estampido de los cañones ingleses conmovió los vetustos muros de los conventos y se sintió en las aulas, donde muy luego el comentario de las victorias alcanzadas con el concurso de los criollos, fomentado por los profesores que las exaltaban como prodigios de la religión, enardeció el amor a Dios y al suelo, haciendo pesarosa la inercia a que los alumnos se veían condenados, y grata la perspectiva de aprovechar bélicos entusiasmos en futuras luchas. Es admisible que la idea revolucionaria hiciera ya camino entre los alumnos del Colegio de San Carlos, y que el recuerdo afectuoso de los ex discípulos que habían tomado parte en la Reconquista y la Defensa, crearan emulaciones. En Dorrego se despertó la vocación del soldado, y sólo «la sugestión a la autoridad paterna» impidió que el joven corriese a pedir un puesto en un batallón algunas de las veces que «el cercano redoble del tambor suspendió por un instante el bullicio de las clases» (9).

Apenas egresado del colegio de San Carlos, «su imaginación se preocupaba del próximo porvenir de la patria y de los sacrificios que estaba dispuesto a consagrarle» (10), pero sus padres tenían dispuesto hacerle trasladar a Chile, a fin de que continuara sus estudios en la Universidad de que estaba dotada la ciudad de Santiago, hasta graduarse de abogado.

Ya había sido despachado el equipaje cuando el joven fué inducido a suspender la partida para socorrer a un caballero catalán llamado Salvador Cornet, español liberal que había

(8) Santiago Figueredo: *Oración fúnebre.*
(9) Tradición de familia recogida por Alberto del Solar.
(10) Salvador Cornet: *Memoria.*

Digitized by Google

cooperado a la revolución alzaguista que estuvo a punto de arrebatar el mando a Liniers, y temía ser perseguido, caballero que por reciente casamiento había ingresado en la familia de Dorrego.

Bien merece algunos renglones la primera aventura del que después había de llevar existencia tan agitada. Proponíase Cornet escapar a los dominios de Elío, lo que no era muy hacedero, porque ya lo buscaban para prenderlo. Combinó un plan con los parientes que habían de auxiliarlo y se trasladó a la costa del río, donde permaneció algunas horas metido en un barranco. Dorrego y otro fuéronse bien armados a las cercanías del pueblo de San Fernando, donde se les reunió un sargento que había tomado parte en la asonada y encontraron por casualidad; luego de contratar un barquichuelo, al que hicieron llevar recados ocultos en las bateas de unas muchachas lavanderas, sacaron a Cornet de su escondrijo, y los cuatro se echaron al agua fingiendo darse un baño, para saltar a la embarcación que inmediatamente tomó rumbo hacia afuera. La travesía fué larga y molesta; los fugitivos llegaron a las playas orientales extenuados por un fuerte mareo. Internados en la campaña y habiéndoles proporcionado caballos un hacendado, para quien Dorrego llevaba una carta de recomendación, se dirigieron a Montevideo; pero no estaban vencidas las mayores dificultades.

Tenían que atravesar ríos y arroyos caudalosos, aproximándose a enmarañados bosques que servían de guarida a matreros, yaguaretés y abundantes perros cimarrones que eran muy temibles cuando los acosaba el hambre. Estos, de mucho tiempo atrás, causaban perjuicios considerables, porque devoraban una buena cantidad de las crías de los ganados, planteando un problema que ya en 1730 el Cabildo de Montevideo quiso resolver imponiendo a cada vecino de la campaña, que fuera «cabeza de familia», la obligación de matar dos perros cada mes, presentando las orejas de los ajusticiados al Alcalde respectivo, quien «deverá — dice el acta — dar Reciuo

Digitized by Google

en caso necesario y guardar las dhas orejas para cuando por la Senoria selepidan; y si alguna persona, Cumplido el mes, no entregase las dhas orejas, por cada una que le faltare se le haia de quitar un real, para que, con el dinero de los que faltaren, manden matar los Alcaldes Ordinarios los que alcanzare el costo.» Estas matanzas, si se efectuaron, no fueron extirpadoras; todavía, cuando Artigas peleaba, los perros cimarrones eran tantos, que lo obligaron alguna vez a levantar su campamento para librarse de las tarascadas. En los furiosos entreveros que las huestes orientales consideraban lo más importante y noble del combate, los perros solían aparecer entre los gauchos e indios arrancando andrajos y desgarrando carne humana; habiendo recibido el inflexible caudillo proposiciones para su sometimiento a los portugueses, respondió al emisario que se las transmitía: «Dígale a quien lo manda que cuando el jefe de los orientales no tenga gente que lo acompañe, ha de continuar peleando con perros cimarrones.» (11).

En medio del esplendor de la naturaleza, Dorrego experimentaba una nueva y deliciosa sensación de vida, y su presencia de ánimo, siendo el más joven e inexperto de los que formaban la caravana, causaba admiración. «Cuando el peligro, más que el cansancio — dice uno de los fugitivos (12) — y el temor de los soles nos hacían ganar los montes para ocultarnos del día; cuando las molestias del viaje de toda una noche, que debían repetirse en la venidera, llamaban nuestros cuerpos al descanso, y cuando todos se entregaban al sueño, parecía que éste se hubiera ausentado de los párpados de Dorrego, a quien preocupaban constantemente los asuntos de la patria.»

Varias veces extraviaron el camino, no obstante llevar buenos guías; y en una oportunidad casi fueron a parar al campamento del coronel Velazco, después Gobernador del Para-

(11) Víctor Arreguine: *Artigas, Rivera.*
(12) Salvador Cornet: *Memoria.*

Digitized by Google

guay, que observaba la plaza de Montevideo desde sus inmediaciones, y obedecía al Virrey. Para evitarlo les fué forzoso un largo rodeo; y cansados en él, se apearon para descansar a la sombra de un ombú, ese árbol indígena confidente de los amores del gaucho y testigo de tantas tragedias, que le dieron a éste fama de insultador y cuchillero; pero apenas se habían recostado, cuando se vieron acometidos por un perro cimarrón que hizo emprender desatinada carrera a todos menos Dorrego, quien, imperturbable y resuelto, desnudó un sable de que iba provisto y esperó a ser abalanzado; escapó a las furiosas dentelladas de la fiera, y le aplicó formidables golpes hasta darle muerte. Los amedrentados compañeros juzgaron que este acto de arrojo les había salvado de un peligro inminente, pues no habían podido saltar a los caballos, ya por no atinar a ello, ya por haberlos dejado a distancia.

Reanudada la marcha, Dorrego volvió a causar sorpresa y a merecer gratitud por la hábil estratagema de que se valió para obtener caballos de refresco; presentóse en una estancia fingiendo ser capitán de una partida de soldados que recorría la campaña para asegurar la tranquilidad de sus habitantes, y fué solícitamente atendido, dándosele aquellos que le parecieron mejores. Después de eso no tuvieron ya otro percance, hasta llegar a Montevideo, que soportar una lluvia torrencial.

Al tocar las realidades de la vida, el joven que hasta entonces había tenido una preparación más encaminada a hacerlo «buen cristiano» que hombre práctico y emprendedor, demostró que su espíritu, llamado diariamente al recogimiento, no había sido menguado por la disciplina escolástica.

Algún tiempo después, Dorrego estaba en Chile ingresado en la Universidad de San Felipe, y Cornet, que no se había complicado en la revolución alzaguista por amor al rey, sino sugestionado por «espectables criollos» que creían interesaba la caída de Liniers a sus proyectos de independencia, así como otros, más acertados, encontraban ventajoso el sostenimiento, vuelto a Buenos Aires después de la llegada de Cis-

Digitized by Google

neros, actuó durante los años de la guerra de la Independencia con inteligencia y tesón extraordinarios, como director de una fábrica de fusiles del gobierno patrio. Consagró a Dorrego durante toda su vida un caluroso afecto, como lo demuestran sus escritos que se conservan. Ningún suceso le causó más dolorosa impresión que el suplicio de Navarro, pero no fué ésa su única amargura: traiciones y malos negocios le hicieron perder en la vejez una modesta fortuna que era el fruto de muchos trabajos, y murió en la miseria (13).

Dotado de una inteligencia activa, y abundante en recursos, de un corazón generoso y un humor excelente, Dorrego captóse muy pronto las simpatías de sus compañeros de estudio; los que pertenecían a familias acomodadas hicieron que le franquearan la entrada a los salones de la mejor sociedad santiagueña donde reinaba un ambiente de exquisita cultura, que se ha convertido en respetada y envanecedora tradición, y se le acogió con interés. Más libre para seguir sus inclinaciones, lejos de la vigilancia paterna y en un escenario nuevo y atractivo, anduvo en alas de las ilusiones; el amor y el patriotismo robaron tiempo a sus estudios, que no por eso se atrasaron al principio; ávida sed de gloria, de ennoblecimiento, de popularidad, estimulaba su conducta.

Cuando fué conocido como «futuro insurgente» por el primer magistrado de Chile, vivía ya en un ambiente muy revolucionario, que tanto la grey estudiantil (14) como la inmensa mayoría de la gente «de buena sociedad» de Santiago, manifestaban a García Carrasco una tirria que degeneraba en siste-

(13) Hoja suelta impresa, existente en la Biblioteca Nacional.

(14) «En aquellos tiempos las diversas provincias americanas tenían un contacto más inmediato y eficaz que en el dia. Muchos jóvenes chilenos habian ido a estudiar a Lima; y los estudiantes de Virreynato del Plata, faltos de una universidad titulada, venian a graduarse de doctores en la denominada de San Felipe. En esas romerias literarias, la juventud americana adquiria poca ciencia, pero en cambio se ponia en comunicación inmediata, se transmitian unos a otros las quejas contra el régimen colonial y volvian a sus casas llevando al seno de sus familias el descontento contra el gobierno de la Metrópoli.» (DIEGO BARROS ARANA: *Historia general de Chile*).

Digitized by Google

mática oposición, pues así como la primera no podía perdonarle sus imposiciones a la Universidad, la segunda sentíase lastimada, considerando que ocupaba la primera magistratura de Chile un hombre falto de ingenio y que despreciaba las amenas tertulias familiares, a que no acostumbraba concurrir, prefiriendo las riñas de gallos que constituían su solaz favorito; y todo desaire que se le hiciera aplaudíase como un triunfo sobre el enemigo, por la una y comentábalo con maligno placer la otra, a que interesaba igualmente el castigo del que creía intruso cerril e insoportable.

Muy importante es el papel desempeñado por Dorrego en la propaganda revolucionaria de Chile, y no se puede reprimir un movimiento de asombro al pensar cómo un joven con escaso tiempo de residencia en el país, pudo alcanzar tal ascendiente y desenvolverse con tanto éxito para merecer que en un documento oficial dimanado del primer gobierno patrio establecido en Santiago, después de relatarse sus servicios con anterioridad al motín de Figueroa, se dijese «y así se le debió todo» (15).

Cuando sospechas despertadas hicieron que se le instruyese un sumario encomendado por el Presidente García Carrasco al Oidor decano José de Santiago Concha (16), su ánimo no estuvo exento de inquietudes, pero ya era fuerte en la lucha y ante la persecución.

4. RENUNCIA DE GARCÍA CARRASCO

Para cumplir la orden de la Audiencia, se sacó a Rojas, Ovalle y Vera del cuartel de San Pablo a mitad de la noche, sin haberles hecho prevención anteriormente, dándoseles apenas tres caballos escuálidos. Mandó la partida encargada de conducirlos y custodiarlos el mayor Vial, que en una carta

(15) Relación del ministro doctor José Gaspar Marín aprobada por la Junta de Gobierno de Santiago. Se inserta en el Apéndice.
(16) Relación citada.

Digitized by Google

remitida a Santiago y muy leída allí, hacía las siguientes referencias: «He tardado tres y medio días por ir don José Antonio Rojas tan enfermo que a cada legua me decía que no podía mover pies ni manos, por lo que me era preciso desmontarlo, hacerlo calentar muchas veces, aun suministrarle el agua caliente; llegando a tal extremo el temor de este señor caballero, que todas las cuestas tuvimos que subirlas y bajarlas a pie. También tuvo mucha parte en la demora de mi viaje el ir los caballos tan sumamente flacos y maltratados, así los que se me dieron para los reos como para la tropa que los custodiaba, que se cansaban a cada cuadra, y en ese camino es muy difícil reponerlos por falta de jueces y de vecinos pudientes.» No se trataba de uno de esos actos de tiranía que enfurecen al pueblo con justo motivo y hacen la rebelión asunto de humanidad y decoro, pues en aquellos tiempos en ninguna parte del mundo se emplearon tratamientos más humanos con los conspiradores, por un gobierno en peligro; que si viajaban sobre malos caballos, sin llevar mudas de ropa ni haber oído amorosas despedidas, al menos no iban reatados ni martirizados y conducíalos un joven criollo y de buena crianza que ponía el mayor empeño en aminorarles su desgracia. Pero tratábase de caballeros muy respetados socialmente: dos de ellos eran ancianos y acaudalados y uno había ejercido hasta el día de su prisión el cargo de Procurador de la ciudad; el pueblo era una fuerza poderosa y excitada, y procedió como si le provocasen con injusticia atroz. Tal vez contribuyó al resultado el ridículo bando lanzado al día siguiente de puestos los presos en camino, prohibiendo «a toda persona de alta o baja esfera» tener la osadía de inculpar o increpar al Gobierno español y «tratar de cosa alguna que sonase a independencia y libertad».

El Presidente de la Audiencia desoyó las súplicas que las esposas de Rojas y Vera y los parientes de Ovalle le hicieron en los primeros días, y tampoco fueron parte a moderarlo, distintas influencias que se pusieron en juego. Sólo pedíanle

Digitized by Google

que se efectuara el juzgamiento en Chile, pero esto disgustaba enormemente al magistrado que, a consecuencia de la presión ejercida de continuo por sus enemigos criollos y peninsulares para burlar sus caprichos, siempre considerados tontos y molestos, no podía esperar una sentencia en consonancia con sus deseos, sino fuera de su jurisdicción. Habiendo intercedido los capitulares valiéndose de larga y razonada nota, y también el Cabildo Eclesiástico, al que animaba un espíritu verdaderamente cristiano, pidió dictamen a la Audiencia, en la cual creía acaso encontrar apoyo para sí; pero los oidores aconsejáronle hacer que los presos se detuvieran en Valparaíso, medida que el contumaz Presidente tardó en adoptar, motivando una solicitud de los vecinos, que decía: «Dígnese V. E. hacer regresar a los reos a esta Capital, donde en una decente prisión puedan ser examinados personalmente por V. E. y contradecir cara a cara a sus testigos.»

En tan delicadas circunstancias, y acostumbrado a alzar el diapasón, García Carrasco no vaciló en suscitar y exacerbar una nueva querella con el Cabildo, haciendo el nombramiento de un asesor en forma ilegal; lo resistió la corporación hasta ser compelida por la fuerza, a que sometióse, labrando acta de protesta.

Recién el 24 de Junio de 1810 se supo en Chile el cambio operado en Buenos Aires el 25 de Mayo del mismo año; la noticia coincidió con las agitaciones que se refieren en los renglones anteriores. La misma Junta Provisional erigida por los patriotas porteños comunicó su instalación al Presidente de la Audiencia de Chile, pidiéndole indujese a sus gobernados a seguir el ejemplo. Pasado el oficio a la Audiencia y el Cabildo para estudio, la primera de esas corporaciones se pronunció abiertamente contra la revolución argentina; pero el Cabildo, que lo leyó con júbilo, no juzgando discreto exteriorizar tan pronto sus inclinaciones, aconsejó la expectativa, marcando la necesidad de antecedentes más claros para formar un concepto serio. La noticia trascendió al pueblo y robusteció las aspiraciones del partido patriota.

Digitized by Google

Demorados los presos en Valparaíso mientras adelantaba el sumario, no resultaban convictos, pues sólo aparecieron vagos indicios contra ellos; en consecuencia, recuperaron en parte su libertad, pues se les dió la ciudad por cárcel. Alentáronse al saberlo sus amigos de la Capital, y puestos de nuevo en movimiento, consiguieron una segunda mediación del Cabildo en favor del retorno de los perseguidos.

Pero «Dios ciega al que quiere perder», reza el viejo adagio; y García Carrasco ofreció en aquella oportunidad, una demostración del valor filosófico que él encierra. No obstante haber creado un cuerpo de espionaje para vigilar a los sospechosos, poco había adelantado en las averiguaciones que hacía a consecuencia de la denuncia del Virrey del Plata ya mencionada, y de otra análoga que le hizo después el del Perú. Su falta de prosélitos hacía que no encontrase delatores y la obscuridad de los peligros aumentaba el temor de ellos; atribuía a Rojas, Ovalle y Vera, mayor importancia de la que tenían en el partido patriota, llegando a la desatinada suposición de que cuando se deseaba tanto su regreso, era porque al producirse estallaría un movimiento revolucionario encabezado por ellos; obsesionado sin duda por esta idea, ordenó a un capitán que trasladándose a Valparaíso con el mayor sigilo, los hiciera embarcar para Lima sin pérdida de tiempo. Cumplió el oficial fielmente su cometido, pero el doctor Vera no pudo ser embarcado, por hallarse enfermo y asegurar los médicos que el viaje le colocaría en trance de muerte; sólo Ovalle y Rojas partieron, pues.

El Presidente, mientras hacía su desaguisado, fomentaba una esperanza que vino a ser destruída de súbito el 11 de Julio, día que las familias de Rojas y Ovalle recibieron cartas en que éstos daban la nueva de ser llevados al Perú. A las pocas horas, extendida por toda la ciudad, las muchedumbres se agitaban en calles y plazas y luego tomaban por asalto el recinto de la corporación municipal, pidiendo «cabildo abierto».

El alcalde Eizaguirre y el procurador substituto Argomedo

Digitized by Google

se entrevistaron en esas circunstancias con García Carrasco, y le pidieron fuese a la Sala Capitular a objeto de dar explicaciones que devolviesen la calma al pueblo amotinado; pero les contestó con imperio que se retirasen de su presencia y disolvieran el tumulto.

Conocido este desplante, la manifestación, con mayor estrépito se trasladó al palacio de la Real Audiencia. Los alcaldes Eizaguirre y De la Cerna, haciendo causa común con el pueblo, penetraron al salón de acuerdos e hicieron una exposición a los oidores, que, impresionados, rogaron al Presidente pasara por las horcas caudinas. El, en tanto, tenía 100 soldados reunidos y esperaba llegase una brigada de artillería para hacer frente al pueblo; pero como la reunión de las tropas no se ejecutara con la celeridad deseada, y el furor de los amotinados que ya invadían el edificio aumentase, resolvió ir al salón para entretener a sus enemigos.

Así ocupó su asiento, sonó la palabra de Argomedo, que reclamaba amplias reparaciones. El Presidente ensayó contestar con blandura, y comenzó por negar que había dado la orden causa de tanto escándalo; pero siendo desmentido con gritos airados, no pudo contenerse y exclamó: «¿Quién de ustedes piensa salir de aquí con libertad?» Argomedo, con digno ademán, le contestó al punto: «Señor Presidente: cuatro mil hombres apoyan las ideas que he sostenido, resueltos a no permitir que se detenga a nadie»; y cuando decía «cuatro mil hombres», el joven Luis Carrera, que se hallaba en un grupo de estudiantes, mostró dos pistolas que llevaba a la cintura, añadiendo: «Y todos vienen como yo!» (17).

Aún otros dardos hirieron al Presidente. El coronel Manuel Olaguer Feliú consiguió penetrar en el salón de la Audiencia entre los manifestantes, y como alguien recordase que hacía pocos días afirmaba que los presos habían de volver a Santiago sin tardanza, le armaron una rechifla; tuvo que defen-

(17) José Zapiola: *Recuerdos de treinta años.*

Digitized by Google

derse señalando a García Carrasco y diciendo que no era culpable, pues su afirmación había nacido de engaño a que el señor Presidente le indujese.

Por momentos se hacían más dolorosos los aprietos en que se hallaba García Carrasco. El jefe de las tropas que le era más adicto y debía libertarlo del pueblo que lo consideraba su presa, no se atrevía a probar fortuna aterrado a la vista de tanto y tan furioso gentío. Los oidores, aunque «españolazos» todos, aconsejaban ceder. Doblegóse el soberbio Presidente y concedió dar las reparaciones reclamadas, aunque lo humillaban y le ataban las manos. Se le separarían sus más adictos consejeros y no dictaría orden alguna, sino asesorado por el oidor decano; los presos volverían a Santiago sin pérdida de un instante. El alférez Diego de Larrain se ofreció espontáneamente para ir a Valparaíso en busca de ellos; y habiéndosele aceptado, partió a escape acompañado por una docena de jóvenes, entre los cuales seguramente iba Dorrego, llegando a Valparaíso en la mañana del día siguiente.

El buque que llevaba a Ovalle y Rojas había zarpado hacía dos días; Larrain comunicó a la Capital este resultado, añadiendo que se había avisado a las autoridades del vecino Virreynato para que los devolviesen. El oficio respectivo fué conducido con tal rapidez, que se supo antes de disminuir la tensión de los nervios en los opositores al Presidente y al mismo tiempo que éste realizaba movimientos sospechosos, consistentes en visitas a los cuarteles combinados con incitaciones a la plebe. No hubo duda para los patriotas que se preparaba la revancha; pusiéronse en acción sin disimulo, y la ciudad se convirtió en un campo de maniobras militares, pues grupos de soldados y particulares armados la cruzaban en todas direcciones. En la noche del 13 los revolucionarios casi dominaban la situación, colocando patrullas frente a los cuarteles y edificios principales, para inmovilizar a los sostenedores de García Carrasco, cuya moderación hizo no ocurrieran choques sangrientos. Al amanecer, los patriotas se dispersaron; mas a

Digitized by Google

la noche siguiente reapareció la manifestación armada. Durante el día el gobernante español ejercía sus funciones, se veía acatado por sus subalternos y lo rodeaban todas las exterioridades del poder; pero a la noche se sentía derrocado y cautivo; dijérase que a la luz soñaba, y tocaba la realidad en las tinieblas.

Semejante estado de cosas no podía prolongarse, y a los patriotas importaba apurar el desenlace para conjurar el peligro de que acudiesen tropas del Perú a sostener la causa española. Las demostraciones nocturnas eran para provocar la renuncia del Presidente; y no habiéndose conseguido, los directores reuniéronse en asamblea acordando la adopción de medidas más enérgicas; los vecinos de la ciudad que durante la noche tomaban las armas, serían apoyados por bandas de campesinos que enviarían los hacendados patriotas y habían de acaudillar «algunos jóvenes ardorosos» (18); así tendrían fuerza como para deponer a García Carrasco y confiar el mando al Cabildo, a fin de que la Corporación instalase luego un gobierno provisional a ejemplo del bonaerense.

El plan se divulgó y los oidores recurrieron al único procedimiento práctico que hallaron, para evitar la ejecución. En la noche del 15 celebraron una conferencia con los alcaldes Eizaguirre y De la Cerna y el procurador substituído Argomedo, en la que terminaron por contraer el compromiso de hacer presentar su renuncia a García Carrasco. Se valieron al principio, para pedírsela, del confesor del magistrado, que no arrancó a su penitente más que débiles respuestas que traslucían la esperanza de sosegar al pueblo, por cuyo motivo en la mañana del 16 fueron personalmente a decirle que el sacrificio era indispensable, y obtuvieron prometiese realizarlo, después de muchas fluctuaciones. A la una de la tarde, reunidos los cabildantes, los oidores y los militares de alta graduación, compareció ante ellos el Presidente y expuso que, debido a

(18) Diego Barros Arana: *Historia general de Chile.*

Digitized by Google

quebrantos de salud, no podía tomar parte en las agitaciones de aquellos días y hacía renuncia del poder que ejercía; tan poco simpático era el personaje, que ni una voz se alzó, siquiera por cortesía, para oponerse a la resolución ni para lamentarla: todos respondieron que nada objetaban y se pasó a elegir sucesor interino hasta que proveyese el gobierno de la Metrópoli, siendo agraciado el brigadier Mateo de Toro Zambrano, conde de la Conquista, hijo de Chile, muy vinculado socialmente, pero con 85 años de edad que habían debilitado sus facultades.

Los patriotas, poco crédulos tratándose de promesas de los oidores, eran casi ajenos a tan importante reunión; pensando dar el golpe en el siguiente día, se hallaban muy atareados preparándolo; sin embargo, un núcleo importante de ellos se situó frente al edificio en que se realizaba la reunión, más temeroso de la reacción española que satisfecho del acontecimiento. Los más audaces penetraron en el patio, enterándose que García Carrasco separábase del mando, y salieron a dar la noticia. Dorrego que estaba en el tumulto, lanzó el grito de «¡Junta queremos!» (19) que traducía el anhelo del partido popular, pero aunque le hicieron coro, no había fuerza numérica como para dictar la ley a la Asamblea.

El paso dado por las autoridades fué moderador; pero la causa española estaba perdida inevitablemente en Chile, que aceptaría un compás de espera a cambio de la supresión de violencias en el decreto de su destino (20).

(19) Diego Barros Arana: *Historia general de Chile;* Relación citada; Santiago Figueredo: *Oración fúnebre.*

(20) «Poco más tarde, cuando se anunció la resolución de la Junta de Guerra, aquellos grupos se dispersaron bajo impresiones bien diferentes. Para muchos la supresión de Carrasco era cuanto se podia apetecer, y celebraban con gran entusiasmo ese resultado. Los que estaban iniciados en los planes revolucionarios, se mostraban poco satisfechos de los sucesos de aquel dia. ¡Hemos errado el golpe! decian algunos de éstos al ver malogrado el esfuerzo para instalar una junta gubernativa. Sin embargo, la prudencia se sobrepuso a la irritación, aplaudieron el nombramiento del conde de la Conquista que era un triunfo de la opinión y llenos de esperanza en un porvenir cercano, no desmayaron en la empresa que habian acometido.» (Diego Barros Arana: *Historia general de Chile*).

Digitized by Google

5. GOBIERNO DE TORO ZAMBRANO

El nuevo Presidente de la Audiencia no encarnaba la revolución, pero su brazo decrépito no podía estorbarla. Los partidos continuarían hostilizándose, alentado el patriota por sus progresos, y el realista enconado por sus traspiés pero considerando más honrosa y fácil la defensa, no estando asociada a la de la personalidad de García Carrasco.

El nuevo gobierno se inició entregando importantes posiciones a los patriotas. Las vacantes producidas por las destituciones que el pueblo impuso el 12 de Julio, se llenaron nombrándose al doctor José Gregorio Argomedo secretario y al doctor José Gaspar Marín asesor del nuevo gobierno; la escribanía del mismo pasó a manos de un hombre ajeno a la política, pero se designó procurador de la ciudad al doctor José Miguel Infante, patriota de fibra como su antecesor y el doctor Marín.

A los pocos días de iniciarse en sus funciones, el conde de la Conquista obsequió con un banquete a los notables de la ciudad pertenecientes a los dos partidos, y pudo verse que éstos, ni por consideraciones sociales, aceptaban treguas; habiéndose sentado en la misma mesa el ex Presidente de la Audiencia y su perseguido el doctor Bernardo Vera, repuesto de sus dolencias y vuelto de Valparaíso, sufrió el primero la causticidad del segundo, que fué aplaudida por los criollos como una venganza en modo alguno innoble o demasiado cruel.

Empero, el fragor de la lucha no llegó a todo su apogeo sino cuando se propaló la noticia que la Junta de Gobierno que regía a España en nombre de Fernando VII, en vez de confirmar la designación de Toro Zambrano, enviaría, para que lo sucediese, al general Francisco Javier de Elío, ex Gobernador de Montevideo, a quien se daría soldados europeos bastantes para dominar a Chile militarmente. La perspectiva hacía que los peninsulares se restregasen las manos y que los criollos lanzaran enérgicos juramentos.

Digitized by Google

El doctor Martínez de Rozas hizo circular en aquellas circunstancias un escrito suyo titulado «Catecismo político cristiano», en que definía así los sistemas de gobierno: el republicano era «el único que conservaba la dignidad y majestad del pueblo» y «el menos expuesto a los horrores del despotismo y la arbitrariedad; el más suave, el más moderado, el más libre y por lo tanto el mejor»; el monárquico «el gobierno de un solo hombre de la misma extracción y origen que los demás, sujeto a las mismas miserias y debilidades, el cual se llama rey, emperador o césar... En las monarquías el rey es todo y los demás hombres nada, son sus esclavos.» Al fin había una vibrante exhortación a que pertenecen estas palabras: «Formad vuestro gobierno a nombre del rey Fernando para cuando venga a reinar entre nosotros. Dejad lo demás al tiempo y esperad los acontecimientos.» Martínez de Rozas no poseía la soberbia elocuencia de Mariano Moreno, pero sí la misma claridad de vistas del gran político porteño, para descubrir el porvenir de la América latina; su estilo llano ponía las grandes ideas a fácil alcance del pueblo, y siempre fué más eficaz la palabra bien comprendida que la bien pronunciada: Chile, a pesar de su rigurosa división de clases y el apego de sus burgueses a los títulos nobiliarios, abrazó con firmeza la fe republicana.

El catecismo que marcaba tan claramente los rumbos de la revolución, se difundió con rapidez merced a la diligencia de Martínez de Rozas, Bernardo O'Higgins y de los estudiantes de la Universidad de San Felipe que los secundaban en Santiago: éstos también distribuían diversas hojas de propaganda revolucionaria que estampaban clandestinamente en una pequeña imprenta del establecimiento.

Los oidores continuaban siendo realistas, y a causa de ello el tribunal de la Audiencia que ejercía la administración de justicia, se hallaba en posesión de resortes para oprimir al partido popular y oponerse, como lo hizo, a iniciativas tendenciosas del excelentísimo Cabildo. Dorrego que, como se

Digitized by Google

recordará, tenía pendiente un sumario mandado instruir por García Carrasco para castigar su vehemencia partidaria, era por diversos actos que produjo después, uno de los agitadores más aborrecido por los peninsulares; recordábanse con mucho rencor principalmente los gritos que profiriera el día de la transmisión del mando al conde de la Conquista; habiéndosele sindicado como autor de impresiones salidas de la Universidad, corrió grave riesgo de ser preso; mas, afortunadamente, las penas que sufrió no pasaron de amonestaciones y apercibimientos (21).

Bajo el gobierno de Toro Zambrano se debatieron dos cuestiones que casi provocan un estallido revolucionario: una fué la firma de un compromiso de no innovar el gobierno que el Vicario Capitular de Santiago quiso hacer firmar por los fieles, y la otra, la jura del Consejo de la Regencia instalado en Cádiz; el proyecto del jefe de la iglesia chilena no se llevó a cabo por habérsele opuesto el Presidente de la Audiencia, pero la jura se prestó después de muchas oscilaciones de la anémica voluntad del anciano conde, y con la consiguiente demora.

6. INSTALACIÓN DEL PRIMER GOBIERNO PATRIO DE CHILE

Los patriotas se afanaban por que el presidente de la Audiencia autorizara la reunión de un «cabildo abierto» para consumar la revolución; varias veces pareció él dispuesto a condescender, mas luego retrocedía. En una oportunidad, muy instado por los capitulares, promovió una reunión igual a la que aceptó la renuncia de García Carrasco y consultó el punto; siendo el pronunciamiento de la mayoría contrario al postulado, negó su firma al acta que fué extendida, a causa de inquietudes sembradas en su ánimo por el secretario Argomedo.

La paciencia de los patriotas se resentía a consecuencia de

(21) Relación citada.

Digitized by Google

fracasos reiterados. Así las cosas, Dorrego tomó la iniciativa de formar patrullas armadas que recorriesen la ciudad durante la noche, para impresionar a Toro Zambrano y prevenir un golpe de mano de los peninsulares (22), la que, llevada a la práctica, tuvo consecuencias trascendentales.

Las tropas estaban divididas como la opinión, y en ellas encontraban apoyo las dos tendencias. Muy pronto Santiago volvió a las agitaciones nocturnas; grupos numerosos de criollos encabezados por cabildantes o por jóvenes que se habían hecho notorios por su ardor revolucionario, movíanse en la obscuridad recorriendo las calles, custodiando los edificios principales o reforzando las guardias de los cuerpos adictos a la causa, en tanto que los peninsulares también ahuyentaban el sueño de sus párpados para unirse a las tropas dispuestas a defender la Corona. Dorrego fué uno de los más celosos e incansables enemigos de España. «No contento con proyectar las rondas — dice un documento oficial (23) — pernoctar continuamente, fijándose en ciertos puntos para descubrir las asechanzas del tirano y demás que atentaban contra la pública tranquilidad, acompañaba a los jóvenes que guardaban el parque de artillería, una de las principales fuerzas con que la parte más sana de este vecindario pudo contar para su defensa.»

A pesar de la exaltación de ambos bandos, no ocurrió en los desórdenes ningún incidente grave; pero en cierta oportunidad que el alcalde Eizaguirre pasó con un grupo frente a un cuartel perteneciente a los «godos», le armaron gran silbatina y lo invitaron burlescamente a llevar un asalto. Eizaguirre, sereno y ladino, contuvo a sus compañeros excitados y fué a despertar al presidente de la Audiencia, para darle cuenta de la provocación de los opositores al «cabildo abierto», advirtióle que si persistía en hacerles el gusto desatendiendo a

(22) Relación citada.
(23) Relación citada.

Digitized by Google

los capitulares, iban a desarrollarse sucesos de mucha gravedad, porque ya no era posible tolerar, sin desmedro del honor, la insolencia de los oidores y sus parciales. El conde, aunque a lo que parece, no con plena conciencia de su palabra, autorizó en ese momento la citación del tan discutido «cabildo abierto» para el día siguiente, autorización que luego, no obstante haberse arrepentido, no se atrevió o no le permitieron revocar.

Todo dependía ahora del público que asistiese a la reunión: las invitaciones fueron impresas en la prensa de la Universidad y repartidas en pocas horas. Esta tarea fué soportada por Dorrego principalmente (24). El 18 de Septiembre de 1810 se realizó la memorable asamblea con asistencia de 300 personas, bajo la presidencia de Toro Zambrano, que al abrirse el acto se puso de pie y dijo con inusitada firmeza: «Aquí está el bastón: disponed de él y del mando». Luego concedió la palabra al doctor Argomedo y volvió a arrellanarse en el asiento, sellando los labios. Argomedo y el procurador de la ciudad, doctor Infante, que le siguió en la peroración, propusieron se instalase una Junta de Gobierno; emplearon términos mesurados y no atacaron en lo más mínimo al partido español. Quisieron refutarlo Manuel Manso, nativo, que parecía querer demostrar consecuencia con su apellido, y Santiago Izquierdo, negociante condecorado; pero fueron reducidos a silencio por el aspecto tempestuoso que tomó la asamblea así descubrieron su tendencia. Aquello no era sino la revolución guardando una forma. «La gran mayoría de los presentes, casi la unanimidad —dice un historiador chileno (25) —puesta de pie expresó su voluntad en estas palabras: *Junta queremos*». Eran las mismas que dos meses antes había lanzado Dorrego en la plaza pública, frente al local en que García Carrasco resignaba el gobierno.

(24) Diego Barros Arana: *Historia general de Chile.*
(25) Diego Barros Arana: Obra citada.

Digitized by Google

El voto de los asistentes estableció una Junta que ejercería el mando hasta tanto se reuniese un congreso con diputados de todas las provincias «para organizar el gobierno que debía regir en lo sucesivo». Sus miembros fueron: general Mateo de Toro Zambrano, presidente; monseñor José Antonio Martínez de Aldunate, vicepresidente; Fernando Márquez de la Plata, doctor Juan Martínez de Rozas, Ignacio de la Carrera, Javier de Reyna y Juan Enrique Rosales, vocales; doctores José Gaspar Marín y José Gregorio Argomedo, secretarios.

La reunión terminó con el juramento de los designados, y durante todo el día no ocurrió disturbio alguno; el partido español mostrábase completamente anonadado, habiendo conquistado los patriotas en las últimas horas nuevas e importantes adhesiones entre los jefes y oficiales con mando de tropas, y destruído así, o debilitado considerablemente, la base militar de la resistencia y la reacción. Todas las autoridades de Chile reconocieron prontamente y sin dificultad el nuevo gobierno establecido.

7. ORIGEN DE LA ALIANZA ARGENTINO-CHILENA

La Junta patriota de Santiago, al comunicar su instalación a la de Buenos Aires, decíale que Chile perpetuaría su tranquilidad «cuando estrechando sus relaciones, pudiese añadir a los recursos con que se preparaba para cualquier invasión, las luces y los auxilios de la generosa e inmortal Buenos Aires». Este grato mensaje dió motivo, en el lugar de destino, a una salva de veintiún cañonazos y animados festejos populares, contestándose con otro por el cual manifestábase ser el voto público de los argentinos, «cimentar una estrecha alianza y fraternidad con los generosos habitantes del reino de Chile» (11 de Octubre de 1810).

Antes de imponerse de la feliz mutación, la Junta de Buenos Aires había enviado un agente suyo a Santiago para que «apresurase la reunión estrecha a que la naturaleza y todas

Digitized by Google

las relaciones más sagradas invitaban a ambos pueblos.» Este agente era el doctor José Antonio Alvarez de Jonte, nacido en la Península, pero muy decidido por la independencia sudamericana; reunía extraordinarias cualidades para un desempeño ventajoso, pues a más de sus talentos y su carácter sagaz, tenía vinculaciones muy estrechas con los patriotas de Chile, especialmente entre la juventud santiagueña, por haberse graduado de abogado en la Universidad de San Felipe, viniendo luego a ejercer su profesión en Buenos Aires, donde la Revolución lo sedujo y lo incorporó a sus filas. Al llegar a Santiago (29 de Octubre), la Junta patriota le acordó los honores con que las Cortes de España estilaban recibir a los embajadores extranjeros, no obstante sus modestas credenciales de agente confidencial: más tarde, su gobierno le envió otras, acordes con la recepción (29 de Noviembre).

Dorrego que por aquellos días aumentaba su prestigio por haber tomado la iniciativa, que inmediatamente encontró apoyo oficial, de formar un nuevo batallón compuesto por jóvenes voluntarios pertenecientes a familias distinguidas; haber obtenido luego la adhesión de casi todos los fundadores, hecho las listas, dado instrucción y tomado a su cargo una de las tenencias del cuerpo (26), trabó gran amistad con el diplomático de las Provincias Unidas, siendo su más diligente y eficaz cooperante, informándole con acierto de hechos y de nombres, y mereciendo calurosos elogios y altas distinciones del justiciero personaje.

Cuando el general Elío, nombrado virrey del Río de la Plata, desembarcó en Montevideo con tropas destinadas a reforzar la reacción, la noticia circuló por el territorio argentino muy exagerada y así pasó a Chile, donde causó honda sensación (6 de Febrero de 1811). Inmediatamente se reunió la Junta de Santiago y resolvió ofrecer auxilios a la de Buenos Aires por intermedio del gobierno provincial que tenía su sede

(26) Relación citada.

Digitized by Google

en Mendoza, al que consultóse al mismo tiempo si podía arbitrar recursos para que siguieran la marcha sin dificultad, las tropas auxiliares que pasasen de Chile.

ÁLVAREZ JONTE

La ayuda fué aceptada con regocijo y gratitud, mas no tuvo las proporciones que se pensó darle en el primer momento, y también demoró algo. Súpose que Elío no había traído de Europa los miles de soldados que se dijera, y además, el Cabildo, donde prevalecía el consejo de políticos cautelosos, se opuso a la decisión de la Junta examinando los peligros que entrañaba para Chile — cuyo verdadero grado de independencia no comprendían aún las autoridades de la Metrópoli y del Perú — identificarse antes de estar organizado como para resistir triunfalmente las invasiones que podían producirse por el Pacífico, con el Virreinato del Plata que estaba en plena guerra.

Dorrego, sabiendo su patria en peligro, quiso ponerse a su servicio. Aunque ya había «erogado algunas crecidas can-

Digitized by Google

tidades» cooperando en cuantas subscripciones se meditaron para gratificar las tropas antiguas y dar subsidios a las nuevas creadas (27), agotando tal vez sus modestos recursos de estudiante, dió 100 pesos y puso su persona a disposición de la Junta de Buenos Aires (28). Alvarez Jonte estaba facultado para reclutar hombres que debían engrosar el contingente que cruzaría los Andes, y para los gastos de esa recluta Dorrego prestó su concurso pecuniario. Pero hizo mucho más: separándose del batallón «Granaderos de Chile», que era el mismo en cuya creación tanto influyese y también donde estaban sus compañeros de glorias y fatigas más queridos, fué el brazo derecho del diplomático, volviendo a realizar alistamientos y a enseñar los rudimentos del arte de la guerra.

Solucionada la cuestión suscitada entre la Junta de Gobierno de Chile y el Cabildo de Santiago, por la resolución de una asamblea de notables que estableció el número de hombres que debía enviarse a Buenos Aires (7 de Marzo), debía efectuarse el pasaje de la Cordillera por los auxiliares chilenos. Anteriormente, Alvarez Jonte remitió a Mendoza varias remesas de pólvora que el gobierno de Chile puso a su disposición. Juzgándose peligroso emprendieran la travesía muchos hombres juntos, el contingente dividióse en tres núcleos, y Dorrego fué el encargado de dirigirlos, siendo el primero en pasar por

(27) Relación citada.

(28) De un suelto perteneciente a la «Gazeta de Buenos Aires», tomo las siguientes líneas:

«A Buenos Aires le deben ser muy satisfactorias también, las demostraciones con que el opulento reino de Chile se esfuerza en conformar sus sentimientos a los que nuestro gobierno: entre ellas deben tener un lugar distinguido las contribuciones siguientes, que se han hecho para facilitar los reclutas con que se ha dispuesto sostener nuestra causa y las expresiones conque se han ofertado:

«Razón de las cantidades que han dado para las reclutas que se han efectuado en este reino de Chile.

«Don Agustín Llanos ha oblado cien pesos con las expresiones del más recomendable entusiasmo, ciertamente dignas de este incomparable patriota.

«Don Manuel Dorrego ha donado cien pesos y pone su persona a disposición de la Junta de Buenos Aires, manifestándose con todo el laudable ardor que produce un decidido empeño en obsequio de la justa causa que sostiene esta parte de América.»

(La relación continúa).

Digitized by Google

el nido de los cóndores al frente de legiones libertadoras, para trazar la senda gloriosa y fraternal de la recíproca ayuda de dos pueblos, cuya gloriosa y estrecha alianza aseguró la manumisión de un continente.

8. EL MOTÍN DE FIGUEROA

El teniente coronel Tomás de Figueroa era un soldado y un caballero que mostraba altanería entre los hombres y sabía adular a las mujeres, cualidades que no estando en contradicción, parecen propias del hombre apto para triunfar en las lides de la guerra y en las lides del amor.

Alma de fuego, gustábale tener la vida pendiente de la punta de una espada o salir al encuentro del destino para desafiar su fallo; por eso fué primero duelista y después conspirador, mas si una vez alcanzó clemencia del rey a quien servía, la otra no la obtuvo del pueblo que quiso encadenar.

Había sido incorporado recientemente a la guarnición de Santiago y, aunque «godo», fingía ser adicto al nuevo orden de cosas. Su historia era un romance hermoso y triste.

En la flor de su juventud lució en las Cortes de España, donde su valor y cortesanía le permitieron obtener fácilmente el favor del soberano y también el de una dama de la reina en cuya habitación fué sorprendido una noche, empezando su calvario.

Amante generoso, quiso pasar por ladrón para salvar la fama de su frágil amiga y huyo llevándose un objeto; pero habiéndosele reconocido, se le reprochó luego el supuesto delito: no pudo tolerar el insulto y lanzó un desafío. Batióse y mató.

Las leyes españolas castigaban al duelista matador como al homicida vulgar, y Figueroa se halló en el caso de huir a América para salvarse; pero cansado muy pronto de una vida miserable, resolvió volver a Madrid y se presentó en la Corte disfrazado de fraile para implorar el perdón del rey, exponién-

Digitized by Google

dose a ser mandado ahorcar. Conmovióse su señor recordando pasados servicios y escuchando acertadas excusas, y accedió a la súplica, imponiendo al indultado que había de residir y servirle en Chile. Y allí, bajo el gobierno colonial, se distinguió en una expedición contra los indios; pero su carrera era lenta y difícil: llevaba un estigma que difícilmente podría borrar de su frente. Además, cuán árida debía parecer su existencia al que fuera feliz palaciego y veíase relegado en obscura colonia!

La revolución le ofrecía senderos que acaso antes no imaginara, pero tomó aquel que conducía directamente al abismo.

El 1º de Abril de 1811 debían efectuarse elecciones de diputados en Santiago. A los primeros albores de la mañana el comandante de armas de la ciudad, Juan de Dios Vial, transmitió órdenes de la Junta al teniente coronel Juan Miguel Benavente, para que separase 50 «Dragones» y marchara con ellos a custodiar el comicio. Al cumplirse, se sintieron síntomas de insubordinación alarmantes, pues los soldados mostraban gran descontento, insistiendo en que se les dijera qué objeto tenía la formación y si se les llevaba a pelear. Ya situados en la plazoleta, lanzaron gritos sediciosos; y como Benavente quiso castigar con la espada a uno de los más desfachatados, el cabo Molina le apuntó con el fusil gritando que no reconocía más jefe que Figueroa. Intervino Vial, pero no logró imponer respeto; y entonces, de acuerdo con Benavente, encargó a un oficial subalterno llevase la soldadesca al cuartel de San Pablo para desarmarla allí.

En el cuartel se repitió el escándalo al intentarse el desarme, y el clase que amenazó a Benavente se puso al frente de los revoltosos que daban mueras a la Junta y aclamaban a Figueroa, quien no tardó en presentarse con un séquito de partidarios y repartió una gruesa suma de dinero que le habían suministrado algunos particulares ricos. Procediendo atolondradamente, no esperó se pronunciaran y se le reunieran otras tropas, con cuyo concurso contaba, y a la cabeza de unos

Digitized by Google

250 hombres, entre los cuales también había particulares, salió del cuartel dirigiéndose a la plaza del Consulado, después de despachar algunas partidas con diversas comisiones.

Mientras, toda la ciudad se ponía en conmoción; Vial y Benavente habían dado la voz de alarma a los miembros de la Junta, y reunidos Márquez de la Plata, Martínez de Rozas, Rosales y de la Carrera en casa del primero que desempeñaba la presidencia por fallecimiento del conde de la Conquista, dictaron enérgicas y acertadas medidas para sofocar el movimiento y dominar la situación, siendo Martínez de Rozas y Rosales quienes las propusieron y Vial el más diligente de los ejecutores.

Salió a la calle el batallón de «Granaderos de Chile» reforzado con dos compañías de artillería, formando una columna no menos importante que la de Figueroa, y a la cual se incorporaban de continuo particulares armados con lo que habían encontrado a mano, contribuyendo a ofrecer abigarrado conjunto.

Alvarez Jonte, no teniendo armas que dar a 180 hombres que tenía reunidos, auxiliares chilenos listos para atravesar los Andes, los hizo proveer de piedras y situarse resguardando el puente que existía en el Mapocho, río que atravesaba la ciudad de Santiago.

Figueroa creyó encontrar en el edificio del Consulado a la Junta y el Cabildo reunidos, pero al llegar a la plazoleta que había al frente advirtió su engaño, y entonces se trasladó con su gente a la plaza Mayor. Allí hizo formar en línea de batalla, y luego entró en el palacio de la Audiencia para reunirse a los oidores que, complotados con él, hacía rato lo esperaban, y de los que obtuvo fácilmente, dirigiesen una nota a la Junta que decía después de informar sobre un petitorio del jefe de la sublevación: «Urge por instantes se sirva pasar V. E. a este tribunal en unión con su ilustre Cabildo, o donde V. E. determine, para que provea de remedio consultando la tranquilidad de esta Capital y Reino».

Digitized by Google

Al salir del palacio de la Audiencia, Figueroa encontró varios emisarios de la Junta que se le acercaban para hablarle, y los despidió despreciativamente; pero vuelto a la cabeza de sus soldados, vió asomar la columna patriota por un extremo de la plaza y se inmutó al notar que en ella había artilleros. Sin embargo, recuperó inmediatamente su sangre fría y salió al encuentro de sus adversarios. Habiéndole dado el alto el jefe de los «Granaderos», creyó ganar la partida con astucia, y haciendo que su gente se detuviese, siguió solo diciendo: «Señores: yo soy patriota, trato de defender al pueblo; unámonos que los mandaré... y venga conmigo la artillería, que, como oficial más antiguo y entendido, me corresponde mandarla.» El jefe que había hecho la intimación exclamó con firmeza: «Los «Granaderos» no defienden sino a la Junta»; mas Figueroa le contestó al vuelo: «Pues yo también la defiendo!», y lo dejó perplejo. En ese momento apareció Dorrego. Hacía un instante que el «infatigable joven» se apeaba en la puerta de su casa de vuelta de Mendoza, cuando le anunciaron que en la plaza Mayor había un gran tumulto ocasionado por una sublevación encabezada por Figueroa y precipitóse a defender sus ideales americanos, llegando a la cabeza de la columna patriota cuando se cruzaban las palabras insertas, que alcanzó a oir. Encarándose con el jefe de los amotinados, le dijo lleno de indignación: «Los «Granaderos» vienen por orden de la Junta, a la que usted se opone enteramente, y no puede entenderse con usted de otra manera que rindiendo las armas las tropas que le siguen». No tuvo tiempo de argüir nuevamente el corajudo «godo», porque se aproximó el comandante Vial y apuntándole con sus pistolas, le hizo fuego. Huyó ileso y se unió a sus partidarios, a los que ordenó una descarga general.

Muchos patriotas trataron de ponerse a salvo, y entre ellos varios oficiales que eran jóvenes graduados según el rango de sus familias. El propio jefe de los «Granaderos», parece que no desempeñó un papel muy lucido. Según una versión,

Digitized by Google

Dorrego, que se mantuvo imperturbable e hizo lo que a él correspondía, se apoderó de su espada (29). Los patriotas que se mantuvieron en su puesto contestaron con sus fusiles y pistolas y también con un cañonazo que aterró a los reaccionarios e hizo que se desbandaran totalmente, tirando sus armas y dejando 10 muertos y 20 heridos. A Figueroa se le oyó decir en tan críticos momentos: «Soy perdido! ¡Me han engañado!» Su desesperación no fué tanta que perdiera el tino: se escapó a la persecución y logró ocultarse.

Costó no poco trabajo saber dónde se había refugiado: el mismo Martínez de Rozas se puso en movimiento para procurarse informes a ese respecto; averiguóse al fin que estaba dentro de la ciudad, en el convento de Santo Domingo, y Dorrego se presentó allí con un pelotón de soldados para prenderlo. Como no quisieran permitirle entrar, se abrió la puerta a balazos y realizó un severísimo registro del que no se salvó ni la iglesia: apurado por descubrir el escondrijo, y no obstante sus sentimientos religiosos, trepó al altar mayor y movió a las imágenes que en él se reverenciaban, cuyas amplias vestiduras podían ocultar perfectamente a un asilado. Pasó después a las huertas de los religiosos y allí encontró al jefe de la sublevación encima de un parral; le puso esposas y lo trasladó a la cárcel.

También aprehendió Dorrego en el mismo día al ex presidente García Carrasco, al coronel Olaguer Feliú y otros personajes españoles sobre quienes recayeron sospechas.

Figueroa fué sometido a un brevísimo sumario. No declaró que se propusiera alterar el orden establecido, e instado a revelar sus cómplices, repuso: «Aunque el Padre Eterno me preguntase, por fidelidad y por nobleza, yo no sería capaz

(29) «Muchos de los inexpertos oficiales del novicio cuerpo que no había asistido ni siquiera a un ejercicio de fogueo, escondiéronse debajo del mesón del café de Lampaya; y de su jefe dicen unos que el entusiasta Dorrego le quitó la espada y otros, como don José Miguel Carrera, en su no poco fantástico «Diario», que arrojó al aire su bastón con casco de oro, de que hizo buena presa un soldado». (VICUÑA MACKENNA: *El motín de Figueroa*).

Digitized by Google

de delatar a persona alguna.» A las pocas horas fué fusilado sin sacársele del calabozo. Extinguidos los odios de la lucha que hizo a la América dueña de sus destinos, todo el que sienta bullir en sus venas sangre de «fidalgos», debe dar paso a generosa admiración por el soldado y el caballero infausto que luchó y murió con arrogancia de medioevo por su Dios, por su Rey, por su Dama, por su Honra. Digno es de que las flores y el arte americanos adornen su tumba e inmortalicen su recuerdo.

El día 2, a las 10 de la mañana, se tuvo conocimiento en Santiago que algunos dispersos de la sublevación se habían reunido en una elevación del terreno sobre el camino de Valparaíso y estaban con sus armas preparadas para combatir. La Junta, por esa razón, envió a campaña una fuerza de 300 hombres con un cañón a cargo de artilleros argentinos recién llegados de Mendoza. «Dorrego con ellos, caminaba al frente», dice un escrito de la época (30).

Cuando los patriotas se aproximaron a la cuesta pudieron apreciar la exageración de la denuncia llevada a la ciudad,

(30) Me refiero a un editorial de la «Gazeta de Buenos Aires» en que se refiere el motín de Figueroa haciendo resaltar los méritos de Dorrego; fué escrito de acuerdo con las informaciones, muy respetables, suministradas por el doctor Alvarez Jonte en sus comunicaciones, que podían silenciar rasgos de héroes chilenos por considerar que no interesaban en Buenos Aires, pero no exagerar los de un porteño.

El cronista chileno José Zapiola en su opúsculo *Recuerdos de treinta años*, al relacionar los argentinos que propendieron a la primer independencia chilena, dice de Dorrego solamente, «que la revolución de Figueroa año 11, tomó una parte principal por la Junta.» Téngase en cuenta que el joven había prestado otros servicios notables.

Los historiadores chilenos parece hubieran asignado poca importancia al artículo de la «Gazeta», pero ello se debe a que han ignorado que Dorrego fué casi el creador del batallón «Granaderos de Chile» y había pertenecido a su oficialidad, véanse sino, los siguientes renglones de los dos más importantes:

«El joven argentino don Manuel Dorrego que *sin tener rango alguno militar* había asistido a la pelea alentando valientemente a los soldados, se puso a la cabeza de un grupo de éstos y fué contado ese día entre los ardorosos y decididos defensores de nuestras instituciones». (DIEGO BARROS ARANA: *Historia general de Chile*).

«Muy escasos eran los hombres resueltos que en la hora de la lucha habían guardado su puesto. Entre los soldados: Luis Carrera y el granadero Pueras; *entre los civiles* el doctor Dorrego, don Martín Larraín, etc.» (BENJAMÍN VICUÑA MACKENNA: *El motín de Figueroa*.

Digitized by Google

pues se trataba de un grupo poco numeroso de amotinados rezagados; entonces Dorrego propuso al comandante le diese 30 hombres para reducirlos por la fuerza, o lo facultase a ir con el padre capellán a convencerlos de que debían someterse. Fué aceptado lo segundo, y después de tres horas de negociación, el joven y su piadoso acompañante consiguieron que los revoltosos, cuyo número era de 33, los siguieran para rendir las armas al destacamento de la Junta, que regresó a la ciudad a las diez de la noche, llevando los prisioneros en medio.

La Junta Provisional de Gobierno declaró a los vencedores de Figueroa «benemérito de la patria», acordando a los «Granaderos de Chile» un escudo de honor que debían llevar en el brazo y decía: «Yo salvé la patria. Chile a sus primeros defensores». A Dorrego, en mérito de sus nuevos servicios, se le ascendió a capitán y le fué extensivo el galardón decretado para sus ex compañeros de cuerpo, cuya suerte había ido a correr en la hora del peligro.

9. EL ADIÓS A CHILE

El día 9 Dorregó volvió a atravesar los Andes conduciendo 200 auxiliares chilenos, y regresó más pronto, cual si el esfuerzo aumentara su agilidad en vez de causarle fatiga. A mediados de Mayo salió con el tercer núcleo, que constaba de 104 hombres; ahora debía seguir viaje hasta Buenos Aires, donde se pondría al servicio del Gobierno de su patria.

El último tránsito por la cordillera debía ser penoso, y sin duda acompañado de frecuentes peligros, pues las autoridades chilenas ofrecieron a Dorrego un experto acompañante, que él rehusó aceptar como si le humillase compartir afanes y responsabilidades en una empresa difícil, orgullo que respetó la Junta de Santiago, diciendo así en una nota dirigida a la de Buenos Aires: «La actividad y vigilancia del joven conductor de esos refuerzos está aquí tan acreditada, que esta

Digitized by Google

Junta conceptúa inoficioso que le acompañe el capitán de artillería don José de Lira, quien se hallaba dispuesto a conducir dichos reclutas.»

Dorrego iba a Buenos Aires con otras recomendaciones excelentes. Alvarez Jonte, además de un honroso oficio que le dió para presentar a su llegada, dirigió otro a su gobierno, en que se expresaba así: «Yo nunca podré ponderar al relevante mérito que él ha contraído en sólo la recluta y conducción de gente hasta Mendoza, prescindiendo de los particulares servicios que ha hecho a favor de la causa común en esta Capital; pero sí podré asegurar que en él tendrá V. E. un joven de toda ejecución y desempeño» (31). Los bolsillos del viajero guardaban, además, una certificación de servicios expedida por la Junta de Santiago.

Cuando Dorrego dejaba definitivamente a la espalda el país en que fuera tan afortunado, la tristeza empañaba aquellos ojos en que el corazón hacía asomos de continuo, o una sonrisa de esperanza jugueteaba en sus labios. Los Andes soberbios guardan el secreto de su adiós a Chile, que debió ser dado con violenta emoción. Dejaba el joven sinceras amistades, dulces amores, las generales simpatías de un pueblo sensato y justiciero, que para reconocer a los héroes y seguir su ejemplo no les preguntaba primero dónde habían nacido; sacrificaba una reputación ya formada que podría ayudarle a escalar las más altas posiciones, y renunciaba para siempre a su carrera de abogado que tanto interesaba a sus padres, para seguir la nueva vocación arrastrado por el sentimiento, ajeno a todo cálculo... ¡cuántas perspectivas y cuántos hermosos afectos desoídos y pospuestos! E iba en busca de la patria creyendo le llamaba; volvía al terruño donde no le abandonaría la gloria que ya era su desposada eterna, pero donde acabaría sus días en un cadalso...

(31) Alberto del Solar: *Don Manuel Dorrego.*

Digitized by Google

CAPÍTULO II

Oficial del ejército auxiliar del Perú

1. Antecedentes del ejército auxiliar del Perú.—2. El regreso de Dorrego a Buenos Aires y el desastre de Huaquí.—3. La retirada de Pueyrredón.—4. La incursión de Díaz Vélez.—5. Combate de Sansana.—6. Artera negociación de paz.—7. Segunda batalla de Suipacha.—8. Belgrano substituye a Pueyrredón.—9. Retirada del ejército a Tucumán.

1. ANTECEDENTES DEL EJÉRCITO AUXILIAR DEL PERÚ

El virrey Cisneros, al ser depuesto por la Revolución de Mayo, pidió a Liniers que se hallaba en Córdoba, concurriese a salvar la causa española. El héroe de la Reconquista entonces, activamente secundado por el gobernador Concha y por el obispo Rodríguez Orellana, levantó el estandarte de la reacción en la docta ciudad y se propuso formar un ejército. Creyendo que conservaba sobre los porteños el prestigio de los pasados y para él venturosos días, dirigió cartas a los personajes más importantes de la Revolución, en que llamaba a ésta «obra de iniquidad» y «excecrable revuelta», y a aquéllos, ineptos, ignorantes y presuntuosos; apóstrofes que causaron no vacilación ni temor, sino irritación y desprecio.

Creyó hallar eco Liniers, sin embargo, en varias provincias del interior; y por un momento se dejó mecer por ilusiones candorosas, no comprendiendo que todo el éxito que obtuviera sería fugaz, permitido por no haberse explicado suficientemente la Revolución todavía.

La Junta patriota resolvió expedicionar sin pérdida de tiempo sobre Córdoba, de acuerdo con el mandato recibido del

Digitized by Google

pueblo al ser instituída, enviando una división de 1200 hombres que se remontó en las cercanías de Morón y cuyo mando militar fué confiado al coronel Francisco Antonio Ortiz de Ocampo (riojano), al que acompañaba Hipólito Vieytes como delegado del gobierno provisional y llevando instrucciones secretas (13 de Julio de 1810).

Al saberse en Córdoba la aproximación de esta fuerza, se notaron en las milicias reunidas por Liniers y Concha—minadas por el doctor Gregorio Funes (que hacía tiempo conspiraba contra España en connivencia con los patriotas de Buenos Aires) y su hermano Ambrosio—tantas deserciones y tal falta de ardor, que bien pronto los infelices generales echaron de ver la impopularidad de la causa real en los mismos congregados para sostenerla. Descorazonados y no atreviéndose a afrontar la lucha, emprendieron la fuga seguidos por su hueste, que disminuía como una molienda sacudida en un cernidor; pero la vanguardia de la división patriota mandada por Antonio González Balcarce, a quien Ambrosio Funes instruyó de la ruta que seguían, los persiguió activamente y al darles alcance se produjo el completo desbande del ya escaso resto de compañeros. Liniers consiguió salvarse en el primer momento, pero apresado después, lo mismo que Concha, Rodríguez de Orellana y los demás cabecillas de la reacción, Vieytes reclamó el fusilamiento de todos ellos, que Ocampo rehusó ordenar, remitiendo los conspicuos prisioneros en dirección a Buenos Aires, con una súplica de perdón formulada por las damas cordobesas; pero fueron sacrificados en Cruz Alta por orden directa de la Junta, llevada por su propio secretario el doctor Juan José Castelli que substituyó a Vieytes, a excepción de Rodríguez de Orellana cuyo carácter sacerdotal se respetó (26 de Agosto de 1811).

Sofocada la reacción de Córdoba más por los progresos de la razón pública que por la acción militar, Balcarce acompañado de Castelli pasó al frente de 500 hombres y dos piezas de artillería al Alto Perú, que estaba ocupado por un ejér-

Digitized by Google

cito realista de más de 7.000 hombres dirigidos por jefes veteranos y acreditados, con el encargo de proteger el levantamiento de los nativos cuyo amor a la independencia ya habían demostrado en el pasado año, pronunciándose en Charcas y La Paz.

El levantamiento propiciado se produjo con espontaneidad alentadora, dominando toda la provincia de Cochabamba que reconoció a la Junta de Buenos Aires (14 de Septiembre) y ocurriendo casi inmediatamente otro tanto en la de Oruro.

El general Manuel de Goyeneche, hijo desamorado de América, que mandaba en jefe el ejército realista del Alto Perú y que inclinaba en favor de España una vasta y poderosa parentela criolla, desprendió 600 hombres mandados por el coronel Piérola para reprimir a los cochabambinos que, a pesar de no disponer de armas adecuadas, se reunieron en número de 1.000 y derrotaron a sus contendores en Aroma, dándoles de palos (14 de Octubre).

Al avance de Balcarce opúsose una fuerte división mandada por el general Nieto. El 27 de Octubre el jefe patriota atacó la vanguardia enemiga que mandaba el coronel Córdoba, y se había fortificado en Cotagaita, sufriendo un revés del que luego tomó desquite con muchas creces.

El 7 de Noviembre se efectuaba otro encuentro entre las mismas fuerzas, en las inmediaciones del río Suipacha; aunque no excedían los patriotas de 600 y eran más de 800 los realistas, venció Balcarce y se apoderó de 150 prisioneros, una bandera y toda la artillería de los realistas.

Esta victoria fué bien aprovechada, llegando los patriotas a dominar un amplio territorio y a organizar un gran ejército. Por disposición de Castelli, que seguía la política terrorista de la Junta, inspirada en la Revolución Francesa, fueron fusilados en la plaza de Potosí los prestigiosos jefes españoles Nieto, Sáenz y Córdoba, que cayeron prisioneros.

Digitized by Google

2. EL REGRESO DE DORREGO A BUENOS AIRES Y EL DESASTRE DE HUAQUÍ

En Junio de 1811 llegó Dorrego a Buenos Aires, donde había sido precedido por la fama de sus hazañas en Chile, hazañas que le valieron un editorial de la «Gazeta de Buenos Aires» escrito por la pluma apasionada de Mariano Moreno y el original escudo de honor que adornaba su brazo, lo que bastaba a cimentar una sólida y envidiable reputación.

Ninguno de los soldados argentinos, a quienes la revolución de Mayo sorprendió fuera de Buenos Aires y que vinieron a ofrecer su espada al Gobierno patriota, lo hizo trayendo mejores ni más valederos títulos que Dorrego, aun cuando fué uno de los más jóvenes, y por eso su llegada causó más regocijo y su futura acción despertó más expectativa que la de los demás.

Dorrego volvió a pasearse por las calles de la ciudad nativa acariciado por el aura popular, y tal vez esta entrada, esta iniciación en el territorio que había de ser su país, influyó en su carácter y su destino. Habiendo solicitado su incorporación al ejército, los cuarteles de la ciudad se disputaron el honor de recibirlo (1), pero el bizarro protagonista del combate de Santiago, sin dejarse marear por los que halagaban su amor propio, gestionó con empeño que se le dejase ir a campaña para tomar parte activa e inmediata en la guerra.

Malos eran aquellos días para la patria, que se agitaba en su cuna sangrienta. La Junta Grande, que había reemplazado la constituída el 25 de Mayo del año anterior, luchaba con una oposición enconosa en la Capital, fruto de la injusticia del destierro y la muerte del doctor Mariano Moreno, de la sublevación militar, obra de ambiciosos vulgares que Saavedra aceptó creyendo le beneficiaría; de los defectos orgánicos del Gobierno y también — es justo decirlo — de las resistencias opues-

(1) SANTIAGO FIGUEREDO: *Oración fúnebre.*

Digitized by Google

tas por algunos aferrados a las costumbres coloniales, a las adelantadas instituciones creadas por la Junta, bajo la inspiración del sabio y democrático Funes. Además, el 20 de Junio, antes de vencido un funesto armisticio que ninguna de las partes respetó, al ejército auxiliar del Perú, al gran ejército de Balcarce, que contaba 14.000 hombres en sus filas, hijos en su mayoría de las provincias para defender cuya libertad se había formado, en las que dominaban las razas indígenas, los cuales, a pesar de su heroísmo sin ejemplo en las peleas de la macana y el peñasco, en la guerra irregular, eran reacios a la disciplina y, como los irlandeses en las guerras de Guillermo III, sentían pavor en las batallas campales, derrotábalo y dispersábalo en Huaquí el realista a las inmediatas órdenes del general Goyeneche.

El Gobierno patriota estuvo a la altura de las circunstancias, llamando a nuevos sacrificios por la libertad de los pueblos, que respondieron ofrendando sus riquezas y la sangre de sus hijos, como si el dolor les diera fuerzas nuevas para afrontar la lucha.

Atribuyéndose el desastre a la falta de instrucción de los soldados patriotas, el general Cornelio Saavedra, presidente de la Junta, resolvió abandonar la sede del gobierno y salir a campaña con un grupo de oficiales para rehacer el ejército destruído, y así lo ejecutó, llevando en su compañía a Manuel Dorrego, Ignacio Warnes, Ramón de Echevarría, José Gabriel de Oyuela, Benito Martínez y Pedro Regalado de la Plaza. Dorrego todavía no había sido incorporado al ejército de su patria, no se le habían reconocido siquiera los galones que tan honrosamente conquistara en Chile, pero iba en alas de su entusiasmo a combatir por la libertad, despreocupado de su suerte personal.

Ausente de Buenos Aires el jefe que tan honrosamente se condujera en la Reconquista y la Defensa, que sofocó la revolución alzaguista y que tuvo en sus manos el único poder militar en que se apoyó el glorioso movimiento de Mayo, no

Digitized by Google

faltaron en la Junta Grande fuertes varones con todo el brío que las circunstancias reclamaban; es digna de mención la orden del día 6 de Septiembre de 1811, subscripta por el después general José Ignacio Gorriti, que daría a la Revolución lo que llama la historia «el día grande de Jujuy», día de una gran proeza, y por el secretario doctor Juan José Passo, conteniendo estos renglones que siguen a otros referentes a la creación de nuevas milicias: «Que se imprima y distribuya en las escuelas un prontuario de las ordenanzas militares, para que se familiaricen los niños con su lectura, y que se destinen sargentos inválidos que cuiden de enseñarles el ejercicio, reuniéndoles a ese objeto todos los jueves en determinado paraje, para que de este modo se grabe profundamente en sus tiernos corazones la idea que son la esperanza de la patria, y que para servirla, defender sus derechos y mejorar la suerte de su descendencia, ha de ser su divisa constante: «Honor y Disciplina» (2). ¡Por si duraba la guerra más de lo calculado!

3. LA RETIRADA DE PUEYRREDÓN

Las provincias del norte del actual territorio argentino se habían conmovido ante el peligro que la amenazaba, y Martín Güemes, el futuro guerrillero heroico de Salta, reunió hombres y cuantos recursos le fué posible para acudir en protección de los dispersos de Huaquí.

Desesperante era la situación en que, después del desastre, quedaban las provincias del Alto Perú, sublevadas contra el poder español y con autoridades patriotas constituídas, pues iban a ser atacadas por un ejército valiente, disciplinado y envanecido.

Desempeñaba en aquellos momentos la presidencia de la Audiencia de Charcas el coronel porteño Juan Martín de Pueyrredón, quien, considerando imposible la lucha en el terreno

(2) María C. de Lobo Arraga: *Crónicas del tiempo heroico.*

Digitized by Google

que pisaba, o pareciéndole más útil el uso de los elementos que podía acumular para la reorganización del ejército que para la defensa aislada de los pueblos que iban a ser sojuzgados si aquél no los salvaba, estimulado por el espíritu práctico con que creyó siempre encarar los negocios públicos o por sentimientos localistas egoístas e injustos, emprendió marcha a Jujuy con las pocas tropas de que disponía y alzando los tesoros que se guardaban en la casa de la Moneda de Potosí.

Realizar lo último, no obstante las precauciones que adoptó guardando riguroso sigilo y fugándose de Potosí durante la noche, le costó algunos sinsabores, porque sublevados contra él los naturales que no huérfanos de razón reclamaban esos tesoros para emplearlos en la próxima resistencia a los realistas, reuniéronse en gran número y formaron bandas que lo persiguieron hasta que fué reforzado por los salteños.

Muy discutida fué y se presta a juicios muy encontrados la conducta de este jefe, pero, sin embargo, el nuevo gobierno que se estableció en Buenos Aires se enteró de ella con júbilo y habiendo destituído y confinado a Saavedra, designó a Pueyrredón para que lo reemplazara.

Este alejamiento de las filas revolucionarias, alejamiento que debía ser definitivo y que imponía la lógica de los sucesos políticos, fué una gran desgracia para el porvenir del Virreinato, porque Saavedra, además de ser el militar que gozaba de mejor reputación en Buenos Aires, era un caudillo urbano que poseía el dón de hacerse querer al mismo tiempo por la clase acomodada y por la plebe; y, sobre todo, reunía las condiciones de amar a Buenos Aires y haber nacido en el Alto Perú. Moderado por naturaleza, su mayor defecto consistía en su condescendencia, atenuada, sin embargo, por su autoridad de veterano que se imponía sola. Si Saavedra hubiese reorganizado el ejército y continuado al frente de él, los soldados habrían marchado al combate fiados en la capacidad militar de su general, y los vínculos de la provincia del

Digitized by Google

Alto Perú con las demás del Virreinato, acaso no habrían llegado nunca a relajarse lo bastante para hacer posible la desmembración.

Pueyrredón, situado en Jujuy, reunió a los dispersos de Huaquí, que tomaron ese rumbo y que fueron casi todos los salvados pertenecientes a las tropas salidas de las actuales provincias argentinas.

La resistencia larga, tenaz, en alto grado heroica, que opusieron al ejército realista las provincias del Alto Perú, permitió a Pueyrredón una labor tranquila y salvó a la de Salta de ser invadida y dominada. En Cochabamba, especialmente, la lucha fué afrontada con tal ardor por los naturales, que revistió los caracteres de una inmolación voluntaria y sublime por el ideal patrio, preferida a la sumisión al odiado y cruel Goyeneche.

4. INCURSIÓN DE DÍAZ VÉLEZ

Clamaban los cochabambinos por una ayuda que Pueyrredón no podía prestarles, y cuando se convencieron de la imposibilidad de obtenerla, rogaron al general porteño que, siquiera, ordenase incursiones en el territorio dominado por los realistas, para distraerlos y atenuar rigores. Pueyrredón atendió esta solicitud, desprendiendo a su segundo el coronel Eustoquio Díaz Vélez con el regimiento a sus inmediatas órdenes y un batallón de infantería.

Sin gran capacidad militar, sin rápidas y brillantes iniciativas en el combate, ni aptitudes para trazar un plan de operaciones atrevido, Díaz Vélez era enérgico y al mismo tiempo liberal; servía a su patria con celo y abnegación, habiendo sido uno de los primeros que desenvainó su espada para defenderla. Inició su carrera al producirse las invasiones inglesas; en los días de Mayo, fué el oficial encargado de custodiar el Cabildo y publicar el resultado de las asambleas; instalada la Junta de Gobierno, tocóle desempeñar la primera comisión

Digitized by Google

militar, trasladándose al pueblo de la Colonia con una compañía para proteger el pronunciamiento del vecindario, sometiendo a la guarnición, cuyas armas trajo a Buenos Aires como trofeo. En el desastre de Huaquí, a la par del bravo Viamont, se condujo con honor, rechazando al enemigo que tenía al frente y haciéndole sufrir pérdidas sensibles, aunque lo envolvió la derrota después.

El batallón de infantería se sublevó el mismo día de su salida del cuartel general, porque entre la tropa cundía la idea de que se iba en busca de la derrota y de la muerte; pero fué dominado, y se castigó el vergonzoso movimiento, fusilándose a sus cabecillas, para demostrar que la muerte suele alcanzar primero a los cobardes que a quienes la miran cara a cara.

Dorrego, ardiendo en deseos de combatir, logró que se le permitiese tomar parte en la aventura, aun cuando no se le dió colocación en los cuerpos, acompañando al mayor general en clase de ayudante.

Como era activo y desenvuelto y se había acostumbrado en Chile a ser escuchado por hombres que actuaban en un plano superior y a fiar en el éxito de sus empresas por la buena suerte que invariablemente lo había acompañado hasta entonces, se ganó bien pronto la estimación y la confianza de Díaz Vélez, quien acogió sus iniciativas y le dió comisiones de importancia.

Con su patriotismo delirante, Dorrego alentaba a los soldados, a sus compañeros y a su propio jefe, buscando en la pelea los sitios de mayor peligro y luciendo su incomparable denuedo.

A la aparición de la columna patriota en el terreno enemigo, las avanzadas de éste emprendieron precipitada fuga, y Goyeneche le envió al encuentro una división de 400 hombres al mando de su pariente el teniente coronel Pedro de la Barreda.

Al avistarse las fuerzas enemigas en Cangrejos, la realista retrocedió y la patriota se empeño en perseguirla. Ello hizo creer a Goyeneche que la columna de Díaz Vélez tenía una

Digitized by Google

importancia que estaba lejos de la realidad, y destacó al coronel Francisco Picoaga con 600 hombres más; éste se unió a Barreda y asumió el mando en jefe.

Ante tropas superiores en número, Díaz Vélez se detuvo a espera de refuerzos, mientras Picoaga se establecía en el pueblo de Yaví. «La fuerza de 1.000 fusiles y 4 piezas de 4 y 2 que arrastra el enemigo al mando del coronel Picoaga — escribía Pueyrredón al Gobierno General el 19 de Diciembre de 1811 — es respetable para el estado de debilidad en que nos encuentra... Por eso dispuse que el general Díaz Vélez se fuese replegando desde Majo hasta Cangrejos, donde queda el 16 del corriente observando por medio de una avanzada que destinó a la Quiaca, las miradas y movimientos del enemigo... Este es el apurado compromiso en que quedamos hasta la salida del conductor de estos pliegos, discurriendo los medios de no aventurar ni malograr decisiva e irreparablemente la única fuerza útil con que se puede contar para detener los pasos del enemigo y no consumar el descrédito de nuestras armas, que debe influir en el desmayo general de las convulsiones interiores» (3).

5. COMBATE DE SANSANA

Establecido en Los Colorados, Díaz Vélez tuvo anuncio de una avanzada destacada en Pumaguasí, que en el pueblo de Sansana, a cuatro leguas de allí, había una partida realista que custodiaba una importante provisión de harina (16 de Diciembre). Aunque todavía no había aclarado el día, el mayor general desprendió inmediatamente 40 hombres al mando de Dorrego, que llevó de segundos a los tenientes Luis García y Antonio Bazán, con el encargo de introducirse audazmente entre fuerzas enemigas, para caer sobre la partida de Sansana y arrebatar la harina con rápida maniobra.

(3) Cuaderno de borradores del Ejército Auxiliar del Perú, existente en el Museo Mitre.

Digitized by Google

Al aproximarse al pueblito, Dorrego supo que la partida realista se hallaba en un rancherío de las orillas, y con los primeros albores de la mañana se aproximó a él escopeteándolo con decisión. Pero los realistas, que se parapetaron tras un rancho y unos tapiales y esperaban ser socorridos por partidas más numerosas atraídas por las detonaciones, se resistieron obstinadamente hasta que el rancherío fué rodeado y sucumbió el oficial español, después de una hora de combate.

Los patriotas tuvieron 3 muertos y 1 herido, y los realistas 14 muertos y 2 heridos graves, cayendo 6 prisioneros y fugándose 7 por una quebrada. Dorrego tomó, a más, 27 mulas y 19 fusiles, posesionándose del rancherío, donde no encontró bolsas de harina como esperaba, sino los equipajes de los realistas; disponíase a ordenar el transporte de este rico botín, pero apareció en una altura próxima una fuerza enemiga que calculó en 150 hombres, lo que le impidió aprovecharlo y le indujo a emprender el regreso al campamento; mas cuando los realistas se aproximaron al rancherío que creían rescatar, las paredes se agrietaban y de los techos salían llamaradas: el oficial patriota había pegado fuego a los equipajes antes de abandonarlos, y al alejarse volvía la vista a su espalda para contemplar la rojiza claridad del incendio (4).

6. ARTERA NEGOCIACIÓN DE PAZ

Reforzado Díaz Vélez con nuevas tropas que le envió Pueyrredón, pudo disponer de 860 soldados, de los cuales 300 eran fusileros montados y el resto infantes; 5 piezas de artillería, una regular provisión de municiones y 150 indios armados con hondas. Alarmado Picoaga al saberlo, y deseando ganar tiempo para ser reforzado a su vez, inició gestiones de paz, haciendo que el marqués del Valle de Tojo, natural de América y futuro sostenedor de la causa de la independencia, di-

(4) Cuaderno de borradores citado.

Digitized by Google

rigiera una carta a Díaz Vélez desde Yaví, diciéndole haber conversado extensamente con el coronel realista sobre una conciliación que sería grata al general Goyeneche, y proponiéndole una entrevista con el primero.

Díaz Vélez contestó evasivamente, reprochando a los realistas la perfidia con que habían procedido en Huaquí, y trasladó su campamento a la posta vieja de Cangrejos (27 de Diciembre), donde se le anunció que estaba en la nueva deseando hablarle, el citado marqués acompañado sólo por dos sirvientes. El mayor general se adelantó allí, separándose de sus tropas, para que el parlamentario enemigo no pudiera tomar datos sobre ellas; y oyó las proposiciones de éste, que, invocando sentimientos americanos y criticando a Goyeneche y al virrey de Lima, insistía en la conveniencia de una entrevista con Picoaga. El jefe patriota manifestó que no se trasladaría al campo realista sin que antes le dieran rehenes: sin embargo, hizo que sus ayudantes Dorrego y Escobar acompañasen al marqués a Yaví para cumplimentar a él y a Picoaga y significar que no rehusaba la conciliación.

En seguida Díaz Vélez se situó con su división en Barrios, posición que creyó más adecuada para caer rápidamente sobre el enemigo cuando conviniese.

Dorrego y Escobar regresaron al campo patriota en la noche del siguiente día, conduciendo un pliego en que Picoaga decía: «Doy a V. S. las más expresivas gracias por la generosa bondad que ha manifestado por medio de dos de sus señores oficiales»; agregaba que la guerra era un sacrilegio y prevenía que el marqués había de presentarse nuevamente con dos tenientes coroneles, «a fin de corresponder la atención y tratar asuntos de la mayor importancia». Además, el jefe realista hizo transmitir verbalmente por Dorrego que había dirigido comunicaciones a Goyeneche sobre la paz, y era necesario demorar la negociación hasta que dicho general la aprobase.

El 29 visitaron a Díaz Vélez, conforme a lo anunciado, el

Digitized by Google

marqués del Valle de Tojo y los tenientes coroneles Pedro de la Barreda y Juan Tomás Moscoso, quienes expusieron sus sentimientos fraternales y los de su jefe; pero se despidieron sin concretar nada.

Díaz Vélez se enteró ese mismo día por otro conducto, que una parte de las tropas de Picoaga era compuesta de reclutas de Tarija y Tupiza, faltos de instrucción y de espíritu militar; que en ella había frecuentes deserciones y que se esperaba un refuerzo salido ya de Potosí. Contemplando el entusiasmo de sus soldados, creyó posible una victoria sobre el enemigo; y luego de despedir cortésmente la delegación, escribió al general en jefe anunciándole que iba a abrir operaciones para batir primeramente a Picoaga y luego a la división que estaba esperando, para lo cual le pedía le preparase nuevos elementos, a fin de recibirlos sin interrumpir sus marchas. Mas esa misma noche debió notar un extraño movimiento en el campo enemigo, pues se puso en acción a la madrugada siguiente: salió de Barrios con el grueso de su fuerza, dejando un pequeño destacamento para custodiar los equipajes y rompió marcha a Yaví; pero las avanzadas que lanzó de descubierta le hicieron saber que los realistas ya habían desalojado aquel pueblo. Díaz Vélez entró en él y encontró al marqués del Valle de Tojo, que lo recibió muy zalamero y le dijo que Picoaga se había puesto en retirada a las 10 de la noche, con gran prisa, dirigiéndose al pueblo de Suipacha, distante diez y ocho leguas.

El mayor general patriota envió a Dorrego con una partida para que observase al enemigo, siguiéndolo por el mismo camino que había tomado; y despachó a sus demás ayudantes con otras más pequeñas, para que constatasen si en las sinuosidades de los otros trés caminos que unían Yaví con Suipacha, existían soldados realistas emboscados.

Dorrego alcanzó algunos enemigos rezagados en la cuesta de Culebrillas, y regresó a Yaví con 5 prisioneros, 4 fusiles y algunos equipajes tomados en el reconocimiento.

Digitized by Google

Inducido por las noticias que sus ayudantes le trajeron y otras de diversas fuentes, Díaz Vélez despachó 100 hombres al mando de Dorrego y del capitán Feliciano Hernández, para que picasen la retaguardia de Picoaga en forma más eficaz.

Algunos días después, se aproximó a los realistas con toda la división para establecerse en el pueblo de Nazareno « y no pasar de allí », según las instrucciones enviadas por el general en jefe (5), cuya característica en el mando no era la temeridad.

7. SEGUNDA BATALLA DE SUIPACHA

Dorrego protegió el avance de Díaz Vélez al frente de las guerrillas que iban de avanzada: el 11 de Enero de 1812 desalojó una fuerza enemiga de Nazareno, para que el grueso de la división patriota pudiera establecerse en ese pueblo que está al frente de Suipacha, sosteniendo un fuerte tiroteo en que recibió su bautismo de sangre, pues resultó herido de bala en el brazo derecho, sufriendo, además, una contusión en un pie.

El mayor general pensaba que el laurel se le había escapado de las manos en Yaví, y quería arrebatarlo y ceñírselo ahora. Desgraciadamente, los realistas habían ocupado una posición inmejorable: no sin motivo la eligió su hábil jefe. El río que interponíase entre los dos campamentos divídese a aquella altura en varias vertientes de costas pantanosas, y crece de repente a causa del deshielo de las montañas; el vado era difícil, ofreciendo serios peligros a tropas que debían realizarlo sin otro elemento que el arrojo, a vista del enemigo que estaba resguardado en la orilla opuesta por espesas arboledas y una serranía desde cuyas alturas podía dominar fácilmente.

En la mañana del día 12, Díaz Vélez formó una junta de oficiales a la que no asistió Dorrego en razón de su herida;

(5) Documentos publicados en la «Gazeta de Buenos Aires», Cuaderno de borradores citado, y *Memorial* de Aráoz de la Madrid.

Digitized by Google

y en ella resolvió atacar el campamento enemigo al instante, atravesando el río en primer término una fuerza de caballería al mando del capitán Antonio Rodríguez por el sitio que el pasaje pareció más fácil, para cortar una guardia y una caballada de los realistas bajo la protección de los fuegos de artillería del ala derecha que estaba a las órdenes del capitán Francisco Balcarce.

La división formó sobre el río Suipacha, en tres columnas de ataque y una de reserva; y al saberlo Dorrego, sin preocuparle su desgracia del día anterior, pidió con empeño se le permitiera tomar parte en el combate nuevamente al mando de las guerrillas avanzadas. Díaz Vélez insistió en negárselo, sabiendo que la herida era de cuidado y notando lo debilitado por la pérdida de sangre; pero el obstinado oficial repitió la solicitud tantas veces cuantas no fué satisfecho, «lleno de su entusiasmo ejemplar y bizarría», según la expresión de su jefe, y al fin fué complacido en su deseo.

Dorrego atravesó el río al frente de las guerrillas, pasando después el trozo de caballería referido, bajo el fuego graneado del enemigo.

El choque fué recio; los realistas, además de estar avisados, aprovechaban bien las ventajas que el terreno les ofrecía, y las tropas que habían pasado el río quedaron en situación comprometida antes de completar su maniobra.

Entonces las tres columnas de ataque de los patriotas se lanzaron al Suipacha, generalizándose el fuego en las líneas de los dos bandos; y por un momento pareció que la bravura de los patriotas iba a prevalecer, pues los realistas abandonaron una batería frente a sus tiendas, desde donde habían cañoneado furiosamente; mas, por desgracia, el grueso de la división Díaz Vélez, después de haber pasado cuatro brazos del río, se encontró detenido en el quinto por una creciente, y los cañones de la izquierda y el centro dejaron de funcionar a consecuencia de haberse encajado en el cieno. Mientras, una parte de los soldados estaba con el agua al pecho y los rea-

Digitized by Google

listas fusilaban a mansalva desde una arboleda. En tales circunstancias, el mayor general ordenó la retirada, abandonando la lucha cuya perspectiva, buena al principio, había cambiado el suceso fortuito de la creciente.

Dorrego fué el héroe más esclarecido de aquel triste día. En lo más porfiado de la batalla cayó herido por un balazo que le atravesó el cuello; creyeron sus soldados que estaba exánime, pero él les pidió que no abandonasen su cuerpo al enemigo, y lo recogieron, pensando hacer más plácida su agonía. El temple de acero de aquella alma no decayó ni en tan duro trance: el guerrero esforzado, bulléndole en el pecho la sangre que le restaba, no dejó de incitar a la pelea, diciendo con voz rugiente que era preferible perecer en el honroso campo de batalla a vivir envilecido, esclavo del rey.

Hizo vibrar así las fibras de león que había en los corazones de todos los soldados argentinos, y alrededor de su cuerpo ensangrentado creció la violencia de la lucha hasta que, ordenada la retirada, como se dijo, transportósele a Nazareno. Las aguas del Suipacha, a cuyo murmullo se mezclaran un día las dianas de la primer gran victoria argentina, lamieron tristes en la travesía el cuerpo del rebelde, sonrosándose con la sangre de sus venas: sangre fecunda que a la patria sería dada toda, hasta la última gota.

Tal era la gravedad de la herida de Dorrego, que entre sus compañeros perduró la idea consternadora que resultaría inevitablemente mortal.

El gesto heroico del comandante de las guerrillas en la injusta derrota, fué comentado con orgullo e inspiró sinceros respetos. Díaz Vélez lo encomienda en su parte como lo más saliente, condensando su reconocimiento en esta frase, que anticipa el juicio de la historia: «su resuelta bravura ha admirado a nuestras tropas y aterrado al enemigo, transmitiendo su fama a la generación más remota.»

En esta segunda batalla de Suipacha y el combate complementario que se referirá renglones más adelante, los patriotas

Digitized by Google

sufrieron pérdidas muy sensibles. Rindieron la vida los capitanes Francisco y Lucas Balcarce, pertenecientes a la ilustre familia del vencedor de la primera que tantos guerreros preclaros dió a la Revolución, y jóvenes que eran una esperanza de esas que sólo la muerte las defrauda. También sucumbieron el teniente Víctor Laurreau (fallecido a los pocos días de la acción) y el alférez José Antonio Jiménez, siendo heridos los tenientes Nicolás Fernández (a quien Pueyrredón cita en su parte inmediatamente después de Dorrego, diciendo: «fué igualmente atravesado por el cogote, pero en parte menos peligrosa que el anterior») y Mariano Romero.

Las pérdidas de los realistas en la batalla fueron también importantes y acaso no menores que las de los patriotas. No hicieron persecución y mantuviéronse durante muchos días en estricta y recelosa defensiva, construyendo fortificaciones por temor a un nuevo ataque. La segunda batalla de Suipacha duró dos horas.

Díaz Vélez escribía en 13 de Enero a Pueyrredón: «Me hallo en este mismo punto, y persuádase V. S. que el enemigo no puede adelantar un paso... Ultimamente, puedo salir garante de la derrota del enemigo, siempre que éste admitiera una batalla en campo raso o que logremos sacarlo de su rincón y cerros, pues en este momento observo que a más de haber reforzado sus puestos, muy particularmente el que vadeó nuestra caballería, está haciendo fosos en un campamento a toda prisa, indicante de su cobardía.»

El general en jefe al enterarse del suceso, ordenó a Díaz Vélez que no comprometiera acción alguna «a menos de una forzada situación o reconocida ventaja»; y en nota que dirigió el 18 de Enero a Buenos Aires, lo comentaba diciendo: «no han sido de mi responsabilidad las desgracias que han experimentado nuestros valientes soldados por la imprudencia con que fueron metidos en un río cenagoso, ancho e intransitable, a la vista de un enemigo que hacía días se preparaba y esperaba con resolución.»

Digitized by Google

El 17 de Febrero, Díaz Vélez sufría un nuevo descalabro. La división patriota no se había movido de Nazareno, y tenía una avanzada que observaba el terreno enemigo; aprovechando una bajante del río, los realistas cayeron de improviso sobre la avanzada patriota que constaba de dos compañías y una guardia de 10 soldados que las precedía. Atacaron primero a ésta, y al acudir el resto de la avanzada para protegerla, se encontró frente a fuerzas superiores: una de las compañías se introdujo en un zanjón donde luego se rindió, y la otra consiguió salvarse dándose a la fuga; los realistas repasaron el río sin dar tiempo a que acudieran nuevas tropas.

Ya en esa fecha el campamento de Suipacha había recibido 700 soldados de refuerzo, conducidos por el general Pío Tristán que venía a dirigir las operaciones; y Pueyrredón había ordenado a Díaz Vélez que se retirase a Nazareno «en orden y buena marcha», replegándose al cuartel general.

El general en jefe patriota trasladó su campamento a Humahuaca, luego a Hornillos, donde la división de vanguardia se le incorporó, y finalmente a Yatasto.

La cura de Dorrego fué difícil y dolorosa; a consecuencia de la irritación producida por la herida del cuello, el paciente no podía tragar los alimentos, siendo necesario hacérselos ingerir con ayuda de un tubo de plomo, procedimiento en extremo molesto; pero la salud del comandante de las guerrillas era la esperanza y el porvenir del ejército, y la suerte quiso que se restableciera al fin, aunque la herida del brazo molestó al guerrero durante varios años, y la del cuello le inclinó la cabeza hacia un lado para toda la vida.

Al incorporársele Díaz Vélez, Pueyrredón dirigió una nota al Gobierno general, en que, después de recomendar la memoria de los caídos en la segunda batalla de Suipacha, decía: «No es menos de mi deber presentar a V. S. los oficiales heridos en la misma que han llegado en este cuartel general y se encuentran en cura, pero libres de riesgos, con las recomendaciones propias de su mérito. El capitán don Manuel Dorrego,

Digitized by Google

natural de Chile (sic), vino de esa Capital y ha servido en la vanguardia de este ejército sin sueldo ni gratificación alguna, cuya circunstancia recomienda su persona. Su valor lo ha distinguido de un modo singular, mereciendo la confianza del general en la vanguardia para emplearlo en las ocasiones de mayor riesgo. Este benemérito oficial, sin embargo de hallarse con un brazo atravesado de una bala y contuso de un pie en una de las guerrillas anteriores, se presentó como primera fuerza en la acción del 12, mandando una guerrilla que le fué encargada; y en ella fué atravesado en el pescuezo con una bala de fusil que le rompió todo el esófago. Su curación ha sido prodigiosa, y no lo es menos el ardor en que está por restablecerse un tanto y volver al campo del honor. V. E. calculará su mérito y lo distinguirá en el premio a que lo encuentre acreedor.»

Esta es una página gloriosa de la vida militar de Dorrego, escrita por la pluma del futuro gobernante que, cegado por la pasión política y necesitando cohonestar una violenta medida, había de difamarlo más tarde.

Díaz Vélez recibió una nota del Gobierno de Buenos Aires, en que se le felicitaba por los servicios que había prestado a la patria al mando de la vanguardia, manifestándosele de paso la esperanza que los futuros ofrecieran mayores ventajas (6).

8. BELGRANO SUBSTITUYE A PUEYRREDÓN

Poco fué lo que Pueyrredón adelantó después de haber reunido los hombres y recursos que se le proporcionaron en el primer momento, y sentíase resistido en su campo: los ofi-

(6) Documentos publicados en la «Gazeta de Buenos Aires»; *Memorias* del General GREGORIO ARÁOZ DE LA MADRID; *Historia de la Revolución Argentina* por V. F. LÓPEZ; *Oración fúnebre* por BARTOLOMÉ MUÑOZ; Cuaderno de borradores citado, Documentos interceptados al enemigo y comunicaciones diversas existentes en el Archivo General de la Nación; parte de la batalla de Suipacha.

Digitized by Google

ciales murmuraban contra él, las tropas no confiaban en el porvenir, que parecía demasiado brumoso, y para que fuera la situación más desagradable, se puso en entredicho con el coronel José Moldes, que durante la ausencia del mayor general había sido su segundo. Al fin tomó el partido de presentar su renuncia, que fundó en asuntos particulares, la que el Triunvirato aceptó (27 de Febrero), designándole reemplazante en Manuel Belgrano, quien se recibió del mando en Yatasto algún tiempo después (16 de Marzo).

Belgrano había sido uno de los precursores y actores importantes de la Revolución de Mayo, y como tal le cupo el honor de pertenecer a la primera Junta de Gobierno, que no obstante ser su profesión la de abogado, lo improvisó general y lo puso al frente de la expedición al Paraguay, completo desastre militar que, sin embargo, tuvo resultados casi felices gracias a sus gestiones pacíficas, su buena estrella y los sentimientos de los hijos de aquella Provincia. Tenía un carácter bondadoso e ingenuo, a veces en demasía; sus actos de severidad y sus errores políticos deben atribuirse a los prejuicios de la educación colonial, que una ilustración superior no pudo destruir, y sus enconos personales a una escasa penetración de los caracteres. Fué uno de los que hicieron la Revolución, y siempre marchó lealmente en sus filas, pero habiendo formado su personalidad bajo el viejo régimen, no podía alcanzar la agilidad de espíritu y la ambición patriótica osada de los que plasmaron su inteligencia en aquélla y le aportaron fuerza nueva.

Carecía del genio de la guerra, pero estaba dotado de una abnegación sin límites. Era aparatoso en demasía: aunque en su religiosidad hubo mucho de especulación patriótica, llegó en ella a exageraciones casi intolerables. En los momentos difíciles, principalmente en la pelea, tenía palabras de efecto que demostraban conocía principalmente la guerra por la lectura de la historia, y admiraba fervorosamente las hazañas de los grandes capitanes de la antigüedad.

Digitized by Google

En sus planes llegaba a cifrar los grandes resultados en repeticiones de triviales detalles, cayendo en la rutina, en el fatalismo, casi en la superstición.

Más que un general fué en los ejércitos un excelente administrador, un celoso moralista; y en todas partes, un obrero perseverante y fecundo de la civilización: al mismo tiempo que llevaba los soldados al combate, fundaba pueblos, enseñaba la higiene pública y daba lecciones de agricultura.. Sus estatuas lo enseñan a las actuales generaciones con uniforme y casi siempre a caballo, pero sus rasgos más nobles y sus méritos más altos corresponden al personaje civil. El general Paz lo clasificó como «hombre mediocre», mas ello se debe a haberlo estudiado solamente como militar.

En el mando de los ejércitos, Belgrano jamás fué pernicioso por simular aptitudes de que carecía, sino que, por el contrario, oía con interés las observaciones de sus subalternos, a los cuales alentaba a tomar iniciativas y cuidar de todos.

Cuando Belgrano se recibió del ejército, Dorrego desempeñaba las funciones de mayor del detall y había sido graduado teniente coronel (7). El nuevo general, que en seguida se impuso de sus méritos y admiró su actividad extraordinaria, le dió un cargo desde el cual entró a desempeñar funciones parecidas a las que tienen en los ejércitos modernos los jefes de estado mayor; por eso aparece, en aquella época (Mayo de 1812), refrendando las firmas de Belgrano con el título de «secretario de guerra», y al mismo tiempo en los estados se consignaba su nombre en la plana mayor con el título de «mayor de campo», en el tercer puesto, o sea siguiendo en el orden al mayor general.

Disminuyó algo su influencia cuando, a mediados de Mayo, llegó al ejército el barón de Holmberg, que el gobierno gene-

(7) Si ha de darse crédito a las *Memorias* de Gregorio Aráoz de la Madrid, Dorrego tenía el título de mayor (en comisión y acordado por días Vélez?) cuando fué herido en Suipacha, lo que explica se le incorporase al ejército de su patria en el grado inmediato, después de esa acción.

Digitized by Google

ral enviaba para que sirviese de asesor técnico a Belgrano, y fué calurosamente acogido por éste, que lo designó para dirigir la artillería y los trabajos de ingeniería, y le prestó en todo oído atento (8).

Dorrego y otros oficiales acostumbrados a no fiar sino en capacidades efectivas, miraban con desconfianza aquel oráculo, al cual faltaban conocimientos prácticos; creían exagerada y peligrosa la admiración del general, y burlábanse en sus conversaciones de campamento de algunas ocurrencias y preocupaciones del nuevo compañero de armas, cuyo acento extranjero y cuyo título nobiliario contrastaban con el ambiente tan criollo y democrático del ejército.

Dorrego trabajaba muy empeñosa y eficazmente en la organización de las tropas, y aprovechando el favor de Belgrano pudo implantar algunas de sus ideas, no sólo en lo tocante a aquel punto, sino en lo que se refería a la acción militar a desenvolverse, para la cual se preparaban.

El general lo distinguió señaladamente y lo elevó en su corazón a un puesto más alto, al puesto de confidente de confianza, del amigo preferido. Un contemporáneo bien impuesto de la vida de Dorrego (9), refiriéndose a su situación en el ejército, dice: «Los servicios que había prestado Dorrego bajo las órdenes de Belgrano, le habían dado un ascendiente tal sobre su general, que éste lo tenía a su lado como si fuera

(8) En oficio enviado al Gobierno general el 24 de Mayo de 1812, Belgrano se expresaba así: «Debo dar gracias a V. E. como lo ejecuto, por haber destinado a este ejército al barón de Holmberg; después que tuve mis conversaciones con él, que descubrí sus conocimientos y noté su viveza, actividad y aplicación, le di a reconocer por jefe del Estado Mayor en todo lo concerniente a artillería e ingenieros y tengo la complacencia de decir a V. E. que ha correspondido y corresponde a mis esperanzas; el parque y maestranza han tomado nueva vida y un nuevo orden se deja ver en los trabajos y prontitud de ellos, que no se conocía. También me ayuda en lo pertinente al orden de la disciplina y arreglo de la infantería y creo que podré poner estas tropas en un pie verdaderamente militar; lo aviso a V. E. para su inteligencia y con el objeto que tenga en mira el hacer traer esta clase de sujetos de Europa, pues por poca que sea su educación en la milicia, nos lleva ventaja, en todo a cuantos estamos dedicados a ella en estos países por el imperio de las circunstancias.» (Original en el Archivo General de la Nación).

(9) Salvador Cornet: *Memoria.*

Digitized by Google

un hijo suyo y le dispensaba más confianza que si los dos hubieran sido hermanos. Su casa, su equipaje, su mesa, en fin, todo cuanto poseía Belgrano, estaba a disposición de Dorrego».

Y como él, lejos de ser adulador, se mostraba siempre liberal, franco y comunicativo con los demás oficiales, salpicando sus conversaciones con chistes de inimitable gracejo, considerando todas las malas situaciones del ejército como transitorias y con salida rápida y natural, riendo de buena gana ante todos los desfallecimientos, sin excluir los del propio Belgrano, mantenía el espíritu del ejército y no despertaba envidias, a punto de que sus compañeros de armas lo mirasen como el hombre destinado a sacarlos de apuros cuantas veces fuera menester.

Es cierto que debido a su juventud y la tolerancia casi fraternal de Belgrano para con el humor que gastaba; sus frecuentes mordacidades en los juicios que hacía de los «flojos» y de los «timoratos»; su seguridad en sí mismo, de que solía jactarse sin arrogancia, con la ingenuidad del colegial que habla de sus triunfos más por el deseo de alcanzar otros y de refrescar sus recuerdos, que por el de ser admirado, llegó a molestar algunas veces a sus compañeros: pero molestaba como una opinión prestigiosa que se teme reconociendo en secreto su autoridad, y cuya benevolencia se desea.

Un notable cronista, entonces oficial modesto y más tarde general de alta reputación (10), explicando el honroso comportamiento que tuvo después de la batalla de Tucumán, se expresa así: «Había también en el ejército una facción capitaneada por Dorrego, que se había abrogado el derecho de clasificar los oficiales y jefes, sin dispensar al mismo general. Esta facción no me era contraria, pero tampoco le pertenecía; de modo que no era difícil que me envolviese en el anatema que había fulminado contra el barón (11) y que iba a estallar

(10) José María Paz: *Memorias*.
(11) Holmberg.

Digitized by Google

en la primera ocasión, como sucedió. Diré, pues, que no fué sólo patriotismo y celo por el servicio lo que me hizo arrostrar el peligro, sino el deseo de hacer un acto que mereciese alguna distinción». Como se echa de ver, hasta las indiscreciones juveniles de Dorrego eran útiles a la causa que se sostenía.

El cuartel general había sido trasladado por Belgrano a Campo Santo, fortificándose los desfiladeros por donde podía producirse una invasión de los realistas, con varias baterías, y manteniéndose destacada una división de vanguardia a las órdenes del teniente coronel Juan Ramón Balcarce.

La heroica resistencia de los cochabambinos continuaba aún deteniendo las tropas de Goyeneche, pero cada día era más desesperada. Belgrano se vió solicitado, lo mismo que Pueyrredón, por los patriotas del Alto Perú; pero aunque se condolió de la suerte de ellos, nada pudo hacer en su protección.

Belgrano y Dorrego conversaron extensamente sobre los peligros que amenazaban al ejército cuando Cochabamba sucumbiera, lo que iba a ocurrir muy pronto, y sobre los recursos que eran necesarios, ya para oponerse al ejército enemigo si invadía el territorio dominado por la Revolución, ya para efectuar algún movimiento ofensivo si la invasión no se producía, sin el peligro de destruir totalmente el ejército patriota. Estando los dos de acuerdo sobre el particular, Belgrano envió a Dorrego a Buenos Aires para que gestionase personalmente el envío de auxilios, explicara las operaciones que se proyectaban y las probabilidades de éxito que ofrecían, dándole una nota dirigida al Gobierno, en que pedía se escuchase a Dorrego bien, porque se hallaba «impuesto a fondo» de la situación de las armas de la patria (30 de Junio de 1812).

La llegada de Dorrego molestó al Gobierno, que tenía en esos momentos muchas atenciones y se veía abrumado por pedidos para las tropas de la Banda Oriental.

Mientras los auxilios se preparaban, Dorrego fué comisionado por el Triunvirato para conducir al Rosario varios pe-

Digitized by Google

ninsulares cuyo confinamiento había sido resuelto (28 de Junio), y partió de Buenos Aires con aquel destino.

En esta oportunidad ocurrió un incidente, debido al cual se vió perseguido en su patria por primera vez. Tenía a su lado un asistente traído del ejército, y al llegar a la expresada localidad, el coronel Ortiz de Ocampo, que se encontraba de guarnición con un regimiento de «patricios», reconoció en aquél a un soldado que había pertenecido a su cuerpo al expedicionarse sobre Córdoba, y exigió la entrega; Dorrego se resistió a efectuarla, alegando que la Compañía de Patricios de que formara parte el soldado había sido disuelta, incorporándose éste a otro cuerpo que estaba al frente del enemigo y del cual no podía quitársele.

Ortiz de Ocampo pidió al Intendente de Armas de Buenos Aires, brigadier Azcuénaga, que interviniese, y este funcionario dirigió una nota a Dorrego requiriéndole se desprendiera de su asistente, lo que no ejecutó, repitiendo sus razones y emprendiendo viaje de regreso. Pero a poco le alcanzó un soldado que conducía un pliego para él: al abrirlo quedó sorprendido por encontrar un papel lleno de enmendaturas y sin firma, en que se le intimaba cediera a las pretensiones de Ortiz de Ocampo sin más observación.

Preguntó de dónde le venía el mensaje, y se le contestó que de un cuartel; creyendo se trataba de una broma o de un abuso, dijo severamente al conductor que se abstuviera en lo sucesivo de llevar papeles semejantes.

Transcurrieron algunos días, y próximo ya a la ciudad de Córdoba, fué alcanzado por una partida que lo aprehendió junto con su asistente, al cual más tarde engrillaron como un criminal y llevaron a la batería del Rosario. Luego, bajo la vigilancia de una fuerza mandada por el teniente coronel Pedro Conde, Dorrego fué trasladado a la Capital, permaneciendo arrestado durante ocho días en el cuartel del Regimiento de Granaderos a Caballo, que organizaba por entonces el coronel San Martín, mientras el jefe del Estado Mayor General, coronel Marcos Balcarce, instruía el sumario.

Digitized by Google

Después se le llevó a presencia del triunviro Pueyrredón y del secretario Herrera, reconociendo éste que la prisión era motivada por un error suyo, que en lugar de una nota firmada ordenando la entrega del asistente en virtud de queja formulada por Azcuénaga, había enviado el borrador, agregando: «Las terquedades de Chiclana (12) me han hecho cometer este disparate». Deseoso el Ministro de dar satisfacción al jefe que acababa de sufrir tan gran molestia, lo agasajó invitándolo a cenar aquella noche en su casa, y le pidió llevase a un su sobrino al lado, en el próximo viaje a Jujuy (13).

Dorrego regresó al ejército conduciendo una cantidad de monturas y otros pertrechos destinados a él.

9. RETIRADA DEL EJÉRCITO A TUCUMÁN

Extinguida al fin la resistencia de los cochabambinos, hecha sin armas, sin recursos, sin esperanzas, y en la que tomaron parte las mujeres y los niños, el ejército de vanguardia realista, fuerte de 3.300 hombres, que mandaba el coronel Pío Tristán, emprendió su marcha sobre el campamento de Belgrano (23 de Agosto). Las tropas patriotas se trasladaron a Jujuy, y desde ese punto emprendieron la retirada hacia Tucumán, cediendo tristemente el terreno al odiado invasor, no sin que antes dictara Belgrano severísimos bandos para el retiro de recursos.

El general realista, que era joven, valiente y presuntuoso, emprendió decididamente la persecución, buscando un encuentro, seguro que no le sería adversa la suerte.

El 3 de Septiembre la vanguardia española cayó sobre la retaguardia patriota que mandaba Díaz Vélez, de un modo repentino, y logró sorprenderla.

La división patriota emprendió la fuga en dirección al grueso del ejército, y al llegar a un recodo del camino se emboscó

(12) Otro de los triunviros.

(13) DORREGO: *Cartas Apologéticas;* y documentos varios guardados en el Archivo General de la Nación.

Digitized by Google

en una espesa arboleda donde, reforzada con un escuadrón de dragones, esperó al enemigo, que no tardó en presentarse buscando nuevos frutos de victoria.

Esta vez fueron los realistas los sorprendidos, y huyeron escopeteados de cerca; pero reforzados después con 600 hombres, cargaron sobre la división de Díaz Vélez, deshaciéndola, tomándole dos cañones y un centenar de prisioneros.

Los dispersos fueron perseguidos hasta que los realistas chocaron con el grueso del ejército patriota, que, desde una buena posición elegida exprofeso, comenzó a hacer funcionar la artillería que dirigía Holmberg, obligándolos a replegarse a una altura de donde fueron desalojados, retirándose entonces, pero en orden y sin haber experimentado tantas pérdidas como los patriotas.

Si esta batalla con tantas alternativas fué o no un triunfo argentino, no merece discutirse: lo cierto es que su resultado material y moral no pudo halagar a Belgrano y sus valientes. Después los patriotas continuaron su marcha a Tucumán, de donde debían trasladarse luego a Santiago del Estero y Córdoba, según lo ordenado por el Triunvirato: retroceso mortificante para los paladines de viriles arranques, y lleno de satisfacciones para el general realista, que pensaba hacer un largo paseo triunfal. ¡Infeliz! no sabía que en el suelo argentino profanado por el invasor, hasta las espinas brotaban más agudas y fuertes para morderle las plantas.

Digitized by Google

CAPÍTULO III

En la victoria de Tucumán

1. Entrada en Tucumán.—2. A espera del enemigo.—3. La batalla.—4. Persecución de los derrotados.—5. En el campamento de Tucumán. Sucesos diversos.—6. Los patriotas preparan la ofensiva.

1. ENTRADA EN TUCUMÁN

Los auxilios franqueados por el Gobierno de Buenos Aires y que Dorrego transportó eran escasos, pero la oportunidad de la llegada los hizo prestar utilidad muy apreciable; al comenzar el ejército su retirada los pueblos se habían conmovido desde Jujuy hasta Tucumán, y hombres aptos para llevar las armas que hasta entonces vivían substraídos a la guerra en tan vasta región, prestáronse espontáneamente y en buen número a los patriotas, que necesitaban proveer de apero a cada uno.

Por todas partes donde el ejército hacía su tránsito, se pedía a Belgrano con empeño y aflicción que no abandonara los pueblos a la venganza de los realistas; dándole así oportunidad de verificar que la Revolución tenía ambiente propicio en las provincias del norte, cosa que poco antes desconocía en quejumbrosas notas remitidas al Gobierno General.

A Dorrego disgustó singularmente la orden de retroceder al centro del ex virreinato, dejando a merced del invasor región tan rica en recursos, tan decidida por la causa y cuyo terreno se prestaba tanto para la guerra, como la de Salta; alegaba que con más arrojo y habilidad podíanse ensayar operaciones destinadas a detener al enemigo y de probable éxito, sin ma-

Digitized by Google

yores compromisos. Este juicio halló eco entre varios jefes y oficiales tan excitados por la idea revolucionaria como él, y atribuyéndose a sugestiones de Holmberg que Belgrano obedeciera estrictamente al Triunvirato, realizando aquella retirada reveladora de pasiva resignación y que conducía al ejército a una disolución obscura, era el barón blanco de las críticas acerbas de que se habló antes, las que no podían dejar de rozar al general en jefe, que respetaba excesivamente sus opiniones y que en esa circunstancia desechaba las de Dorrego, por considerarlas hijas de su fogoso temperamento y no de un concepto claro de la situación.

El Triunvirato era bien terminante en sus comunicaciones: quería que por todos los medios se esquivase la lucha, prosiguiendo la internación del ejército hasta el recibo de refuerzos que iban a llegar muy tarde, y cada vez que Belgrano hacía notar las dificultades de la retirada, se le recordaba ese punto de mira.

El pronunciamiento en favor de los patriotas acreció al aproximarse el ejército a Tucumán. Cerca ya de la ciudad, se presentó al general una delegación encabezada por los hermanos Aráoz, Gobernador el uno y sacerdote el otro, la que llevaba por objeto participarle preparativos de resistencia al invasor, ya realizados, y suplicarle hiciese pie firme en Tucumán.

Redobláronse entonces las exhortaciones de Dorrego, esta vez sólidamente apoyadas por el mayor general Díaz Vélez (1); y como Belgrano no era incapaz de resoluciones heroicas, sino que, por el contrario, poseía su alma el temple heroico de la de Espartaco, aquel guerrero que en la víspera del combate degollaba su caballo diciendo: «Si soy vencedor no me faltará otro; si soy vencido no lo necesitaré», avasallado por tanto celo patriótico, comunicó al Gobierno General que «después de reflexionar demasiado y discutir con sus oficiales de mayor crédito y conocimientos, había resuelto detenerse y hacer una

(1) Aráoz de la Madrid: *Memorias.*

Digitized by Google

defensa honrosa, de la que acaso se pudiera lograr un resultado feliz, y si no era así, al menos se habrían perdido en regla» (14 de Septiembre).

Causó viva contrariedad a Pueyrredón, y también a Rivadavia, la lectura del oficio de Belgrano, y ambos creyeron necesario conminar al general a cumplir lo acordado aunque le fuese preciso abandonar el parque, subscribiendo una nota que terminaba con esta frase amenazadora: «Así lo ordena y manda este Gobierno por última vez, y como esta orden procede de combinaciones y planes para la defensa nacional, la falta de cumplimiento deberá producir a V. S. los más graves cargos de responsabilidad». El doctor Chiclana, que era el otro triunviro, no se hallaba en el Fuerte en ese momento y hubo que remitírsela a su casa para que la firmara; pero la devolvió tal cual la recibiera, acompañándola de una carta en la cual argumentaba que si la situación del ejército era como Belgrano la había pintado, la escabullida a toda costa equivalía a entregar todo al enemigo. Es fama que Rivadavia, con su gesto imperioso característico, arrojó al suelo la misiva de su colega y envió el despacho con una firma de menos.

Belgrano ordenó a su jefe de vanguardia, el teniente coronel Juan Ramón Balcarce, que adelantara su marcha y entrase en la ciudad de Tucumán para recibir un contingente de milicias que le ofrecían. Al mismo tiempo que el ejército de Tristán se enseñoreaba en Salta, Güemes, que había salido de allí, hizo una prolija requisa por la campaña, y se incorporó a Belgrano llevándole dos cañones, un núcleo de gauchos, caballos y algún dinero.

El 21 de Septiembre, después de informar Balcarce que los preparativos a él encomendados habían concluído con favorable resultado, Belgrano entró en la plaza a la cabeza de unos 1.300 soldados, recibiendo de su jefe de vanguardia unos 1.000 milicianos, en su mayoría gauchos, que habían sido rudimentariamente organizados en varios cuerpos, y de cuyo concurso hizo el general poco aprecio, porque la experiencia no había

Digitized by Google

demostrado todavía cuánto podía dar el brazo de los campesinos que, aun sin educación militar, se imponían en el campo de batalla por su gesto recio, su fuerza hercúlea y la agilidad con que manejaban sus potros y sus lanzas o cañas tacuaras con cuchillos enastados en las puntas.

2. A ESPERA DEL ENEMIGO

Tucumán es una ciudad de poesía y de amor. Edificada sobre un terreno alto y rodeada de arroyos, tan numerosos que forman una grande y fantástica red, y de bosquecillos olorosos donde abundan el naranjo y el mirto, que en la primavera parecen brindar flores para el tocado de las novias y entre cuyas ramas es común el clavel del aire, que, delatándose al olfato, habla al corazón de dulces encantos desconocidos, era amada con delirio por sus hijos, varones vigorosos y mujeres seductoras.

Los gauchos tucumanos revelaron índole menos levantisca que los del litoral, pues nunca se pusieron en tan abierta pugna con la autoridad como éstos; no habían estimulado sus instintos en el ejercicio continuo del contrabando, y sentían menos turbada la conciencia. La naturaleza, en toda la región, invitaba al espíritu a una gran placidez, y las «vidalitas», canto melancólico característico de ella, predisponían los corazones a la benevolencia.

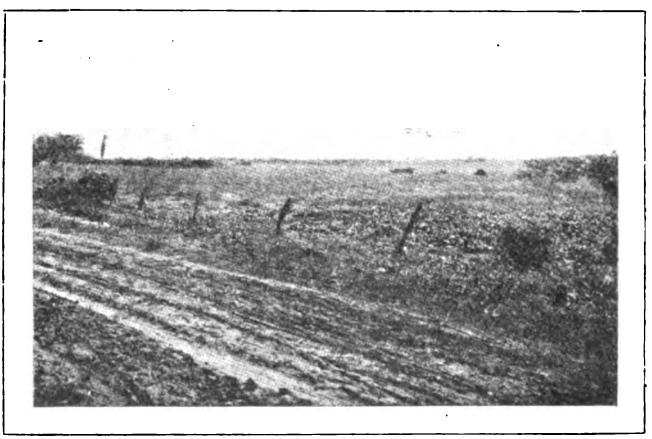
Es equidad decir que la batalla de Tucumán no se libró únicamente por el estoicismo de Belgrano, el anhelo apasionado de Dorrego, el consejo razonador de Díaz Vélez y el esfuerzo laborioso de Balcarce, sino también porque el pueblo lo quiso, porque la sociedad tucumana se horrorizaba más que ninguna otra ante la idea de ser regida por sostenedores de la causa real.

El plan que adoptó Belgrano fué situarse frente a una desnuda planicie que llamaban «Campo de las Carreras» y existía a la entrada de la ciudad, y ofrecer combate al enemigo, re-

Digitized by Google

plegándose a aquélla en caso desgraciado, para continuar la lucha hasta el último extremo, utilizando fortificaciones preparadas bajo la dirección de Holmberg.

El general Tristán salió de Salta al frente de un ejército de más de 3.000 plazas y una gran batería de cañones, para continuar el avance ofensivo. Su vanguardia, mandada por el coronel Huaci, se estableció en el pueblo de Trancas, distante veinte leguas de Tucumán, siendo espiada desde las cortinas



CAMPO DE LAS CARRERAS EN TUCUMÁN

vegetales colocadas por la naturaleza, por partidas de gauchos que servían al ejército patriota, y el enemigo no sentía.

En esas circunstancias, los gauchos tucumanos realizaron una hermosa proeza que hirió a los realistas en lo vivo y les causó despecho profundo. El coronel Huaci, con la confianza y la satisfacción de la superioridad militar reconocida del ejército en que tenía su mando, cometió la imprudencia de apartarse un tanto de sus soldados, seguido de escasos compañeros, para penetrar en una casa del pueblo; y varios paisanos emprendedores, que bien montados se ocultaban en una

Digitized by Google

arboleda vecina, así vieron aquello, cayeron como flechas, se apearon a la puerta de la casa, penetraron de sorpresa y volvieron a salir llevándose a varios «godos» maniatados, a la grupa de sus pingos, con la alegría y la destreza que, probablemente, en otra ocasión, alguno de ellos había raptado a su prenda, cuya mano le negaran padres demasiado exigentes. Aunque las tropas realistas presenciaron este golpe audaz a la distancia, no pudieron valerse de las armas de fuego por razón que se comprende; emprendieron activa persecución y quedaron burladas, porque los paisanos volvieron a perdérseles de vista en la espesura y fué inútil buscarlos. Anticipó así el jefe de vanguardia su entrada en Tucumán, que calculaba para días después, pero de muy distinta manera.

Con este motivo, Tristán envió un oficio a Belgrano, al cual adjuntaba 50 onzas para los prisioneros, amenazándolo con ejercer represalias si no respetaba las leyes de la guerra. Belgrano devolvió las onzas, pidiendo se distribuyesen entre los patriotas que estaban en poder de su adversario y comprometiéndose a dar suma igual a sus forzados huéspedes; como el general realista fechase su correspondencia, con tentadora bambolla, en el «Campamento del Ejército Grande», él fechó la suya en el «Campamento del Ejército Chico»: «Chuscada—dice un historiador (2)—que después de la derrota de los realistas vendría a convertirse en amarga ironía».

El 23 de Septiembre llegó a conocimiento del general patriota que todo el ejército realista se hallaba en Nogales, a cuatro leguas de Tucumán; salió de la plaza y se situó al norte, dando su frente al Campo de las Carreras, pero como las marchas del enemigo fueron más lentas de lo que se había supuesto, lo esperó todo el día inútilmente, y a la noche, sabiendo que aquél había acampado tranquilamente en el camino, volvió a la ciudad.

(2) V. F. López: *Historia de la Revolución Argentina.*

Digitized by Google

3. LA BATALLA

En la mañana del 24, Belgrano volvió a sacar sus tropas y las dispuso en la misma formación que el día anterior: al centro la infantería, fraccionada en tres columnas, con una compañía de artillería y un cañón cada una, mandadas respectivamente por los tenientes coroneles Ignacio Warnes y José Superi y el mayor Carlos Forest; a los flancos dos alas de caballería, la de la derecha bajo la dirección del teniente coronel Juan Ramón Balcarce, y la de la izquierda bajo la del capitán (teniente coronel dragoneante) José Bernaldes Palledo. La reserva, compuesta por compañías de las tres armas extraídas de distintos cuerpos — una de artillería, igual número de infantería que una columna de ataque y un escuadrón de caballería — quedó a cargo de Dorrego, quien tenía como oficiales a los capitanes Esteban Figueroa, Manuel Inocencio Pesoa y Antonio Rodríguez y al teniente Miguel Samaya.

Lanzada una descubierta en busca del enemigo, el oficial que la mandaba incendió el campo, y tal vez por eso el ejército realista, cuyo general quería ocultar la marcha, la desvió haciendo un rodeo a la izquierda del camino, yendo a parar a un arroyo pantanoso llamado «Manantiales», situado al sudoeste de la ciudad, el cual costeó hasta encontrar el puente que lo atravesaba y por donde efectuó su pasaje, haciendo legua y media de inútil recorrido.

El ejército patriota venía ahora a ser amenazado por la espalda; pero, avisado Belgrano, evolucionó para ofrecer el frente, sin que el orden de colocación se alterase.

Los realistas aparecieron en el extremo más elevado del Campo de las Carreras, avistando el centro y parte de la caballería patriotas en el opuesto; el ala derecha se ocultaba en una arboleda. Tristán había avanzado en la creencia que los patriotas permanecerían dentro de la plaza, y pensaba ejecutar un movimiento circunvalante para asaltarla y no dejar camino de retirada expedito; fué tan poco receloso que, al avistarse

Digitized by Google

las dos líneas, cerca de las 9 de la mañana, sus soldados llevaban los fusiles descargados y los cañones sin montar. Tuvo tiempo de tomar disposiciones antes de iniciarse el combate, pero vió súbitamente perdido su primitivo plan de batalla, teniendo que improvisar uno nuevo al instante; además no le sobró tiempo: de los trece cañones que llevaba, apenas pudo hacer montar dos.

Los realistas echaron rodilla en tierra y a bayoneta calada rompieron fuego. Belgrano, en cambio, ordenó que las columnas de ataque adelantaran sin contestar la fusilería, y haciendo funcionar los cañones, que ofendieron al enemigo. El coronel realista Pedro de la Barreda, de quien se habló en el capítulo anterior, ordenó un contraataque a bayoneta al regimiento a sus órdenes, «pero en dispersión, como acostumbraban hacerlo los españoles cuando se batían con los indios en el Perú» (3).

El coronel Holmberg, cuyas opiniones pesaban considerablemente en el ánimo de Belgrano y que observaba atentamente la pelea para dar sus consejos, creyó advertir en el campo enemigo un desorden que consideró el momento decisivo, e indicó convenía que la infantería y la caballería a la vez, dieran una violenta carga de frente. Así lo ordenó el general, pero sólo realizaron la acometida la infantería y la caballería de la izquierda, suspendiéndose los fuegos de artillería, que, por hallarse las piezas dispersas, quedaron interceptados. Balcarce, a quien ciertamente no faltaba bravura, comprendiendo mejor la situación, se abstuvo de obedecer estrictamente lo que, según opinión del general Paz, el mismo Murat con sus caballerías modelo, no habría sido capaz de hacer con éxito; hallándose al frente de cuerpos recién creados, compuestos de gauchos sólo provistos de facones, boleadoras y malas lanzas, más sumiso, habría brindado víctimas a sus enemigos, sin otro resultado que alentarlos. Corrióse como para atacar por el flanco, y al reiterársele la orden de hacerlo por el frente, re-

(3) MITRE: *Historia de Belgrano.*

Digitized by Google

puso que esperaba hubiese surtido efecto la acción de infantería. Repetidas veces Holmberg envió su ayudante para pedir a Belgrano insistiera en la orden, hasta que el general exclamó: «Yo mismo voy a hacer cargar», y a galope tendido se dirigió a la derecha, buscando la caballería de Balcarce.

CASA DE TUCUMÁN QUE SIRVIÓ DE HOSPITAL DE SANGRE A LOS PATRIOTAS

El resultado de la acción se mantuvo indeciso un instante: la derecha realista corrióse, derrotando el ala de caballería mandada por Palledo y la columna de ataque mandada por Superi, que arrojó del campo; las columnas de Warnes y Forest se mantuvieron en la misma línea de combate al principio, mientras ganaban terreno, pero rechazada la primera, la segunda se encontró dentro del campo enemigo con sus flancos descubiertos; Balcarce aprovechó el claro que se abrió en ese momento en la línea enemiga, para introducirse por él hasta quedar a retaguardia del enemigo, distrayéndolo por un mo-

Digitized by Google

mento y retardando el rechazo de Forest. Rotas así las dos líneas en distintas partes, quedaban como dos víboras enroscadas que hubieran sido cortadas en trozos.

La batalla iba ya a decidirse en favor de los realistas, y Belgrano corría aún en busca del ala derecha sin hallarla; Díaz Vélez estaba lejos de la reserva, y acaso no se creía en actitud de juzgar la solemnidad del momento; y Holmberg se retiraba del campo, herido levemente, dándolo todo por perdido, a estar a lo que parece.

Pero Dorrego, con su certero golpe de vista militar, había de salvar la situación. En los combates que antes tomara parte se había precipitado como el rayo, fiado en su brazo y en el buen temple de sus soldados; pero ahora le tocaba contenerse y aguardar con la vista diligente, el corazón caluroso y los labios derramando chistes como en cualquier día de jolgorio, porque el buen humor es en un ejército voluntario, como el champaña en una fiesta. Cuando la columna del formidable Forest estaba ya a punto de ceder, el jefe de la reserva, cual si hubiera sentido la voz de la patria que lo llamaba, con el gesto del león que da el zarpazo que mata al adversario, llevó su famosa carga. «Nadie viene a darle órdenes», dice un historiador (4), ¿pero necesitaba recibirlas quien en Santiago de Chile había hecho cabeza en el combate que ahogó la primera reacción española; el que cerca de la muerte, en la segunda batalla de Suipacha, incitaba aún a los soldados; el que con tanto calor y la clarividencia del gran triunfo había abogado porque se librase la batalla, en que aún no había brillado su espada?»

A su empuje nada resiste: su cañón, sus bayonetas desparejas y cuchillos atados de los fusiles para suplirlas — que así estaban armadas las compañías de infantería a sus órdenes — sus lanzas, son de una eficacia imponderable. Forest, apoyado por esta fuerza que entra de refresco y que, apareciendo a su

(4) V. F. López: *Historia de la Revolución Argentina.*

Digitized by Google

izquierda, arremete la derecha realista, ya no vacila: redobla los esfuerzos y continúa airosamente la pelea. Las milicias tarijeñas que tiene Tristán se impresionan fuertemente por las nuevas energías patriotas: más de cien plazas de ellas se pasan o se rinden, y el resto se desbanda y huye; un momento después, los mejores batallones enemigos, el «Abacacay» y el «Cotabambas», son deshechos sufriendo muchas bajas y perdiendo banderas, cañones y carretas cargadas de pertrechos bélicos; más tarde, el «Real de Lima» corre la misma suerte. Tristán hace esfuerzos supremos por reorganizar las fuerzas que le restan, y en las cuales reina el desconcierto y va a entrar el pánico; las caballerías gauchas de los patriotas, completamente desordenadas, contribuyen con sus salvajes alaridos, su persecución a los realistas fugitivos y el saqueo de equipajes caídos en su poder, a aumentar la violencia del huracán que se ha desatado; los dispersos patriotas comienzan a volver al campo, y todo da la impresión de que al ejército realista se le tritura y se le aplasta.

Tristán, el petulante general del «Ejército Grande», tiene entonces que ordenar a sus clarines toquen retirada, y procurar la reorganización de la gente que le queda, lejos de donde han caído sus mejores oficiales, siendo arrojado a más de una legua de distancia del terreno de la batalla. Oh! el destino le deparaba humillaciones más dolorosas todavía!

Dorrego no se deja arrastrar por el ardor del combate, no se embriaga con el éxito, no reposa un instante sobre sus laureles; noble y juicioso favorito de la victoria, muéstrase sensible y cauto: ama la libertad de su patria, pero no odia a los que son enemigos de ella por ignorancia o por deber. Ha sido y continúa siendo en todo el sentido de la expresión el dueño del momento, y no incurre en un solo error. Terminada la persecución del enemigo, ordena que se recojan los bagajes que éste ha perdido en la fuga, y muy especialmente que se levanten los heridos. Parecen apagarse por un instante los siniestros resplandores del acero de su alma, y vibracio-

Digitized by Google

nes sublimes del corazón dibujan en su semblante, expresión digna de un gran príncipe cristiano ansioso de derramar bondades, sediento de ser grande en sus perdones. Mientras se cumplen las órdenes, hace una rápida recorrida del campo ensangrentado y cubierto por una nube de humo pesada y plomiza, donde el eco de las detonaciones apenas ha cesado; y encuentra, tendido en el suelo y casi desnudo a consecuencia de habérsele «carchado», herido gravemente y temblando de dolor y de frío, al coronel Pedro de la Barreda, americano y pariente de Goyeneche,—lo que ciertamente no lo hacía recomendable, — a quien conociera con motivo de la pérfida negociación de paz que condujo la división Díaz Vélez a la derrota y al oficial ahora vencedor al borde de la tumba. Pero ningún recuerdo enconoso llega a turbar la frente del paladín y a insinuar un reproche: sólo conmiseración inspírale aquel cuadro. Inclínase ante el adversario caído, con el celo de una hermana de caridad, y luego se quita su casaca militar para abrigarlo con ella: bello rasgo que el jefe realista solía recordar después con los ojos húmedos de gratitud, diciendo: «No sé qué admirar más en el coronel Dorrego, si su bravura en la pelea o su generosidad en el triunfo» (5), frase proferida en los duros tiempos y que tiene sonidos broncíneos que llamarán atentamente a venerar la memoria del soldado y caballero en cuyo honor fué pronunciada.

Además de Barreda cayeron prisioneros otros dos jefes de cuerpo enemigos, los coroneles Peralta y Suárez; el primero también herido y también pariente de Goyeneche, lo que demuestra la furia del ataque y la obstinación de la resistencia. El total de prisioneros tomados hasta entonces por los patriotas pasaba de 500, de ellos 58 oficiales, entre los cuales había algunos de mérito. No era mucho mayor el número de los vencedores, lo que hacía temible la reacción que había de in-

(5) Oraciones fúnebres de Santiago Figueredo y Bartolomé Muñoz. Barreda sanó de sus heridas y recuperó la libertad para servir a Belgrano de intermediario en una inútil negociación de paz.

Digitized by Google

tentar Tristán luego de poner en orden su gente. A consecuencia de eso, Dorrego, siempre eficazmente secundado por Forest, que por ser de inferior graduación le estaba subordinado, emprendió marcha a la plaza con su magnífico botín, en el momento mismo que los realistas volvían buscando desquite; modificando así completamente el plan de la batalla, que reservaba las fortificaciones de la ciudad para caso desgraciado. El mayor general Díaz Vélez, que apareció en ese instante, dió su conformidad para que continuase la operación.

Tristán no logró otra cosa que establecerse en los suburbios de la ciudad, mientras los patriotas ocupaban las fortificaciones del centro, en las cuales había una pequeña fuerza dejada por Belgrano como segunda reserva, la que aumentaron muchos dispersos de las derrotadas columnas de Superi y Warnes, que se dirigieron a un sitio de concentración natural (6).

En el centro de la plaza se tomaron disposiciones como para resistir un asalto, y Dorrego fué el hombre de acción de la defensa; pero en realidad la batalla estaba terminada, y después de la vuelta de Tristán no hubo más que pequeños tiroteos que no excedieron la categoría de tímidas escaramuzas.

En tanto, Belgrano pasaba por las mismas angustias que sufrió Liniers después del combate de Miserere. Terminó su carrera, en la que no lo acompañaba más que un ayudante, al encontrar al coronel José Moldes, en aquellos días retornado al ejército, en que aún no tenía colocación, aquél le preguntó

(6) En los partes de la batalla de Tucumán remitidos al Gobierno de Buenos Aires, no se explica toda la importancia de la carga de Dorrego ni el desarrollo de la acción, aunque resulta de su estudio, después de ilustrarse con otros documentos.

A uno de los partes de Belgrano pertenecen estos renglones: «... las divisiones de infantería y el cuerpo de reserva con una parte de la izquierda, se retiraron a la ciudad llevándose prisioneros, municiones del enemigo, cañones, doce carretas y otros muchos objetos».

Y a otro, los siguientes:

«Son *también* (sic) de un mérito muy distinguido, don Carlos Forest con toda su división de «Cazadores» que tomó tres cañones; don Manuel Dorrego con su división de reserva que tomó el resto de las municiones, y entre ambos la mayor parte de los bagajes...» (Originales en el Archivo General de la Nación).

Noticias conexas y más importantes de la batalla de Tucumán, se encuentran en las truncas *Memorias* de Belgrano y en las del general Paz.

Digitized by Google

dónde iba. Repúsole que buscaba la caballería de Balcarce, y el coronel le hizo ver que su dificultad para encontrarla estaba en que la línea había sido cortada. El general quedó abrumado, pues le atormentaba, además de la idea de la derrota, la de que los realistas hubieran tomado la ciudad, y guardó un fúnebre silencio. Algunos dispersos se reunieron en torno de él, formándose un grupo de aspecto dolorido que se movió en varias direcciones, buscando algo que permitiese apreciar el resultado de la batalla.

Anduvieron hasta que apareció el teniente Juan Carreto, que pertenecía a la caballería de la derecha y traía su silla cubierta de objetos extraídos de los equipajes de los realistas. Belgrano le preguntó ansiosamente: «¿Qué hay? ¿Qué sabe usted de la plaza?» «Nosotros — contestó el oficial — hemos vencido al enemigo que teníamos al frente, pero me parece que hemos perdido el pueblo». Estas palabras debieron causar cruel efecto. Moldes, militar experto que sabía discurrir atinadamente, intervino irritado para decir a Belgrano no las creyese, en forma ofensiva para Carreto. Suscitóse un desafío a causa de lo último, y el general permanecía tan turbado que no dijo cosa alguna para evitar el lance sino cuando, en el momento que los adversarios se le separaban para realizarlo, su ayudante le llamó la atención (7).

Un rato después se presentaba el teniente coronel Balcarce, que, ruidoso y orgulloso de sí mismo, como tenía por costumbre mostrarse, daba vivas a la patria y felicitaba a Belgrano, que exclamó con mucho asombro: «¿Pero qué hay? Dígame usted en qué se funda para afirmar que hemos vencido». «Me fundo — contestó el comandante jactanciosamente — en que he visto retroceder al enemigo que tenía al frente, y supongo que en toda la línea habrá ocurrido lo mismo: el campo está cubierto de despojos del enemigo». Estas livianas razones oídas de boca de un jefe sobre cuya conducta no estaba satisfecho, volvieron al general a su sombrío silencio.

(7) Paz: *Memorias.*

Digitized by Google

Algunos oficiales desarrollaron su actividad reuniendo dispersos, hasta que Belgrano se encontró al frente de unos 200 hombres y se creyó en aptitud de aproximarse a la plaza para hacer un reconocimiento. En él divisóse una fuerza armada situada en los alrededores de la ciudad, y discutíase si podía ser amiga o enemiga, cùando una descarga de cañonazos hecha por ella, inspiró al general una idea pesimista que lo indujo a retirarse al Rincón, tres leguas al sur de Tucumán, donde continuó incorporando dispersos. Sin embargo, una partida suya que se había adelantado más que el grueso de la hueste, encontró abandonados los dos cañones que los realistas habían tomado a los patriotas en la acción de Las Piedras, lo que era un excelente augurio.

El oficial José María Paz pertenecía a la avanzada que hizo el hallazgo, por cuyo motivo fué comisionado para recoger con una partida las piezas, que no se arrastraron inmediatamente de verse.

Cuando habiéndolas cogido disponíase a volver, encontró a su compañero Felipe Heredia, quien, probablemente, le dió nuevas noticias, y esto lo decidió a confiarle los soldados y los cañones para que se presentase con ellos a Belgrano, reservándose sólo dos hombres que habían de acompañarlo en la aventura a que resolvió lanzarse por su cuenta y riesgo. Buscó camino para introducirse en la plaza, y como los realistas no la bloqueaban, sino que hallábanse circunscriptos a la parte oeste, le fué fácil encontrarlo.

Eran aproximadamente las tres de la tarde cuando Paz entró en el radio de la ciudad dominado por sus amigos de causa. «La plaza estaba fuerte—dice en sus *Memorias*—las azoteas y casas inmediatas ocupábanlas nuestras tropas, los fosos y calles estaban artillados y guarnecidos, y finalmente, todos resueltos a la más vigorosa defensa». El digno oficial recibió un verdadero diluvio de preguntas sobre las tropas que habían quedado rezagadas y la suerte del general; se enteró del resultado de la carga de la reserva y vió algunos de los trofeos

Digitized by Google

conquistados. Compareció a presencia del mayor general Díaz Vélez, que se hallaba instalado en una casa, quien, después de oir sus explicaciones, le ordenó regresase al campamento del Rincón.

En el momento que Paz iba a obedecer retirándose, entró Dorrego conduciendo del brazo y con los ojos vendados a un parlamentario del enemigo, que intimaba rendición amenazando con incendiar la ciudad, al cual Díaz Vélez contestó: « Diga a su jefe que mal puede hacer intimaciones a su vencedor, y que inmediatamente vea yo incendiarse un solo rancho, daré orden de que sean pasados a cuchillo todos los prisioneros que tenemos en nuestro poder. El comandante Dorrego le mostrará a usted esos prisioneros, para que pueda saber su general cuántos y quiénes son ». Dorrego, antes de despedir al parlamentario, cumplió el encargo, mostrando además algunos de los otros trofeos; y Tristán, que hasta ese momento no se había encontrado con bríos para intentar un asalto, se abstuvo de cumplir la amenaza.

En la madrugada del día 25, Belgrano, con el espíritu reconfortado, la fuerza a sus inmediatas órdenes bastante crecidas y prisioneros en su séquito, apareció frente a la plaza, con cuyos defensores se comunicó sin dificultad, para operar. Luego de hacer varias evoluciones impresionantes para los realistas, le intimó rendición. La respuesta de Tristán fué: « Las armas del rey no se rinden », en virtud de lo cual el general patriota se situó en las inmediaciones del arroyo Manantiales, para preparar un ataque que había de realizarse al día siguiente y copar al enemigo; pero en las primeras horas del 26, el general realista, temiendo quedar encerrado entre dos fuegos, se retiró con las reliquias de su ejército en dirección a Salta, es decir, desandando muchas jornadas de camino.

El total de trofeos de tan soberbia victoria, fué: 61 jefes y oficiales y 626 soldados prisioneros; 3 banderas y 2 estandartes; 7 piezas de artillería; todo el parque, consistente en 12 carretas cargadas con 71 cajones de municiones, 400 fusiles y

Digitized by Google

una gran cantidad de equipajes y monturas. Las pérdidas realistas se completan con la inclusión de 450 muertos y un número de heridos que no puede calcularse porque Tristán se llevó todos los que pudo; los patriotas sufrieron 280 bajas, de las cuales 80 correspondieron a fallecimientos.

En la apreciación del suceso por el Triunvirato, que se había opuesto a la idea de presentar batalla, predominó la rígida defensa del principio de autoridad, y Belgrano recibió una nota (8) en que se le reprendía con terquedad aragonesa por haberse lanzado a la aventura, previniéndole que si no hubiese logrado la victoria, habría conocido los efectos del desagrado que causara. Para ser equitativo con los patricios del Gobierno, conviene tener presente que procedían así considerando la imprudencia con que Belgrano empeñó encuentros que fueron inútiles matanzas, en su desgraciada expedición al Paraguay.

El Gobierno que vino poco después a consecuencia de un motín, decretó un escudo de honor y ascensos para los vencedores de Tucumán, y colmó a Belgrano de homenajes que él rehusó austeramente, expresándose de esta manera y acreditando severa probidad: «V. E. tal vez ha creído que tengo un relevante mérito y que he sido el héroe de la acción del 24; hablando con verdad, en ella no he tenido más de general que mis disposiciones anteriores y haber aprovechado el momento de mandar avanzar, habiendo sido todo lo demás obra de mi mayor general (9), de los jefes de división, de los oficiales y

(8) Original en el Archivo General de la Nación.

(9) Respecto al papel del mayor general, Paz, escribiendo muchos años después del fusilamiento de Dorrego, se expresa así: «Se creerá que estas operaciones cuyo acierto es indiscutible, no fueron ni fruto de una combinación, ni emanadas de las órdenes de ningún jefe del ejército? (Se refiere a los generales y Holmberg). El general Belgrano, como él mismo dice, se vió separado de aquel teatro para encontrarse sin saber cómo reunido a la caballería que estaba a retaguardia del enemigo. El general Diaz Vélez se ocupaba, según su costumbre, en dar carreras inútiles y desacordadas con que dándose un aire de energía se ponía en punto de apreciar la situación de las cosas para tomar sus medidas de seguridad. Así es que, aunque por resultado él fué quien se vió a la cabeza de las fuerzas que ocupaban la plaza y de

Digitized by Google

de la tropa y paisanaje, en términos que a cada uno se le puede llamar el héroe del Campo de las Carreras de Tucumán».

Tucumán es la victoria más gloriosa y fecunda de la Revolución Argentina, y si hubiera sido derrota, sus consecuencias habrían sido terribles (10).

Dorrego puso muy alto su nombre al decidirla.

la enérgica defensa que ésta se preparó a hacer, los que tuvieron los honores de la jornada fueron el teniente coronel Dorrego y el mayor Forest».

Es justo prevenir que la crudeza con que habla de Díaz Vélez, se debe a que renglones antes el cronista recuerda un agravio que le fué inferido; pero es indiscutible la verdad de los hechos.

(10) Creo conveniente transcribir el siguiente sesudo juicio crítico del general Bartolomé Mitre: «Aunque la batalla de Tucumán, como queda manifestado, debióse más a las faltas del enemigo que a las combinaciones de Belgrano, y aunque el triunfo fué el resultado de un cúmulo de circunstancias imprevistas, supliendo la decisión de los jefes de cuerpo la falta del general en jefe en el momento decisivo, la resolución de combatir y la iniciativa de la batalla le corresponden exclusivamente (*más propio sería decir «principalmente»*), así como las demás maniobras atrevidas que introdujeron el desorden en las filas españolas, es decir, el avance del centro y el ataque de la caballería de la derecha (*fueron aconsejados por Holmberg, no hubo tal confusión y el ataque de la caballería de la derecha dejó de ejecutarse como se había mandado*). Si separado de su infantería por un accidente y con su caballería desorganizada, tocó a otros el honor de completar la victoria, encontrándose al fin vencedor cuando se creía vencido, esto, aunque disminuye su mérito, no menoscaba la gloria de haber ganado una batalla contra toda probabilidad y contra la voluntad del gobierno mismo, que le ordenaba retirarse a todo trance «aun cuando la fortuna se declarase por sus armas». Pero lo que hace más gloriosa esta batalla fué, no tanto el heroísmo de las tropas y la resolución de su general, cuanto la inmensa influencia que tuvo en los destinos de la revolución americana. En Tucumán salvóse no sólo la Revolución Argentina, sino que puede decirse contribuyó de una manera muy discreta y eficaz al triunfo de la independencia americana. Si Belgrano, obedeciendo las órdenes del gobierno se retira, las provincias del norte se pierden para siempre, como se perdió el Alto Perú para la República Argentina. Posesionado el enemigo de Jujuy, Salta y Tucumán, podría haber levantado un ejército mayor que el que podía oponérsele, remontando su caballería con los naturales de aquellas localidades, que tan dispuestos son para la guerra. Derrotado el ejército patriota, el camino hasta Santa Fe queda libre. El enemigo con su caballería remontada, reforzado por Goyeneche que podía disponer de 2.000 hombres más y dueño de un vasto territorio, habría puesto en campaña con el prestigio de la victoria, un ejército de seis a siete mil hombres, extendiendo sus conquistas hasta Córdoba, en momentos en que la opinión pública de las provincias estaba completamente desmoralizada. Las fuerzas revolucionarias reconcentradas sobre la margen izquierda del Paraná (según las órdenes del gobierno, que ya habían empezado a ejecutarse), se habrían obligado a abandonar la banda oriental, el Entre Ríos, Corrientes y Misiones, bajo los auspicios desoladores de una derrota. Es probable que entonces Buenos Aires hubiera puesto en campaña un ejército, igual o mayor que el de Goyeneche, pero éste de acuerdo con la plaza de Montevideo, que con el dominio que tenía de las aguas, le era fácil desembarcar de 1000 a 1500 hombres de buenas tropas en cualquier punto del Paraná, podía en todo evento hacerse

Digitized by Google

4. PERSECUCIÓN DE LOS DERROTADOS

El ejército realista fué perseguido en su retirada por una división al mando superior de Díaz Vélez y en la cual también iba Dorrego, quien, desprendido con una fuerza que dispuso en varias partidas avanzadas, molestó diariamente a los realistas, guerrilleándolos y tratando por diversos medios de aumentar las aflicciones de su fuga, así como también obligándolos a marchar unidos, con lo que salvó a muchos pueblos del incendio y otros excesos graves a que se entregaron las partidas sueltas del ejército derrotado, en los primeros días de la retirada. Deseosos los realistas de librarse de sus hostilidades escarmentándolo, lo esperaron emboscados en Pozo Verde y La

fuerte en Santa Fe y circunscribir la revolución al solo territorio en Buenos Aires. Es probable que en tal situación los portugueses hubieran roto el armisticio, cooperando con Goyeneche, según se lo habían ofrecido. Una batalla podía sólo resolver esta situación, pero podría también decidir de la suerte de las Provincias Unidas, aunque más tarde se hubiesen levantado, como sucedió en otras partes de América; pero antes de tener lugar este acontecimiento y por poco que la guerra se prolongara, Buenos Aires quedaba solo en la palestra revolucionaria.

Chile, cortadas sus comunicaciones con las provincias argentinas, habría sucumbido aislado, como sucumbió más tarde en condiciones más ventajosas, a mediados de 1814. El triunfo de Salta, el paso de los Andes, las batallas de Maipú y Chacabuco, la expedición sobre Lima, el auxilio prestado por San Martín a Bolívar, no hubieran tenido lugar o por lo menos se habrían retardado. Robustecido con estos triunfos el Bajo Perú, centro de la reacción realista, irradiando su influencia al sur y al norte del continente americano, la gran lucha de propaganda externa por medio de la intervención armada, se postergaba para un tiempo indefinido. Bien que la emancipación del Nuevo Mundo fuera un hecho fatal, que tenía que cumplirse más tarde o más temprano, no puede desconocerse, que derrotado el ejército patriota en Tucumán, la Revolución argentina quedaba en grave peligro de ser sofocada por el momento, o por lo menos localizada en los estrechos límites de una provincia, privada de aquel gran poder de expansión que le hizo llevar sus banderas victoriosas hasta el Ecuador, dando origen a cuatro nuevas repúblicas que sin su concurso habrían continuado por largos años bajo la espada española. Y si se piensa que todas las revoluciones de la América del Sur fueron sofocadas casi a un mismo tiempo (1814-1815), menos la de las Provincias Unidas; y se medita que sofocada o circunscripta la Revolución Argentina, o simplemente paralizada en su acción externa, las expediciones sobre Montevideo, Chile, Lima, Alto Perú y Quito no habrían tenido lugar, fuerza será convenir también que en los campos de Tucumán se salvó no sólo la Revolución Argentina, sino que se salvó en ellos, la independencia de la América del Sur.

«En presencia de estos grandes resultados se ve que Belgrano hizo bien en desobedecer las órdenes de retirada, y arriesgar una batalla de dudoso resultado, puesto que el triunfo era la salvación y la retirada importaba tanto como la derrota obscura del que sucumbe sin combatir.» (*Historia de Belgrano*).

Digitized by Google

Encrucijada; mas advertidos por Dorrego, eludió el paso por dichos puntos, ofendió a los soldados apostados allí cuando cansados de esperarlo prosiguieron su tránsito, y después les tomó el ejemplo, colocando a una legua de Yatasto una emboscada patriota al mando del teniente Anderson, la cual hizo fuego al paso de una importante división realista — parece con una buena puntería — y se puso en salvo sin haber sufrido más daño que la muerte de un caballo y el agujereo de la cartuchera de un soldado, por una bala. Los realistas experimantaron una gran confusión e hicieron tres descargas generales desatinadas.

El 5 de Octubre las guerrillas de Dorrego fueron substituídas por otras al mando del comandante de dragones Diego Balcarce, que tiroteó al enemigo desde Las Piedras, donde su oficial Cornelio Zelaya hizo prisioneros a 38 soldados y el oficial que los mandaba, hasta el Rodeo del Chilcal, donde el fuego se avivó cayendo dos soldados patriotas, creyéndose que los realistas tuvieron mayor estrago.

El comandante de húsares José Bernaldes reemplazó el 7 a Balcarce, continuando la persecución más allá del río Pasaje. Los realistas sufrieron en su retirada muchas privaciones y fatigas; muchos de los heridos que llevaban perecieron, por cuya razón iban señalando el trayecto recorrido con los cadáveres que abandonaban insepultos (11).

Díaz Vélez se dirigió después a marchas forzadas a la ciudad de Salta, adelantándose al enemigo por haber recibido la noticia de un pronunciamiento ocurrido al saberse el triunfo de Tucumán; pronunciamiento que dió libertad a los prisioneros de Las Piedras que se guardaban allí y a cuya cabeza se puso un español liberal que había sido precursor de la Revolución en las provincias del Alto Perú, José Antonio Alvarez de Arenales, el futuro vencedor de Pasco. Desde Salta, Díaz Vélez quiso dar un golpe de mano a la débil guarnición española desalojada por los sublevados, que se había situado en Jujuy y

(11) Oficio de Belgrano inserto en el Apéndice.

Digitized by Google

conservaba municiones y numerario; con ese objeto despachó al capitán Zelaya, a quien confió 100 hombres, pero aunque el comportamiento del oficial fué valerosísimo, lo rechazaron y tuvo que replegarse con pérdida de 16 hombres y habiendo hecho al enemigo 40 bajas entre muertos, heridos y prisioneros.

La división de Díaz Vélez abandonó la ciudad de Salta al sentir la proximidad de Tristán, y a fines de Octubre regresó al cuartel general, con 60 prisioneros y 80 compañeros de causa rescatados. Belgrano, al comunicar al Gobierno de Buenos Aires que la persecución había terminado, hacía el comentario siguiente: «Si hubiese tenido los auxilios que pedí, y con cuyo objeto mandé a ésa al teniente coronel Dorrego, hubiera podido perseguir al enemigo con mayores fuerzas y conseguido desbaratarlo; pero envié únicamente lo que era disponible, pues a más de lo que había que custodiar aquí, ni la tropa ni las armas que me quedaban, ni las municiones mismas, estaban en estado de marchar» (12).

5. EN EL CAMPAMENTO DE TUCUMÁN. SUCESOS DIVERSOS

Cuando la división que había perseguido a los realistas regresó a Tucumán, halló al grueso del ejército patriota recorriendo las calles con una imagen de la Virgen de la Merced en andas. A ella había nombrado Belgrano «generala», regalándole su bastón de mando, agradecido de la victoria que atribuía a su favor por haberse completado el día 24 de Septiembre, que es el dedicado a su devoción. Habiendo manifestado que el resultado de la acción no era consecuencia de sus disposiciones, el Gobierno le pidió designase los jefes y oficiales que se habían distinguido mayormente, lo cual eludió recomendando a todos los que tomaron parte en la acción; pero como no hay obra humana que no necesite un hacedor, el general, que comprendía todos los inconvenientes de realzar

(12) El original de esta nota encuéntrase en el Archivo General de la Nación.

Digitized by Google

el mérito de jóvenes engreídos y bulliciosos, buscábalo fuera de la tierra, es decir, en el cielo.

Los soldados que acababan de llegar cubiertos de polvo y desaliñados a consecuencia de sus correrías, se incorporaron a la procesión por orden del general.

No era solamente concurriendo con el ejército a procesiones como Belgrano se proponía edificar a los pueblos enseñados a mirar a los patriotas como impíos o heréticos (13), sino también con otros cultos externos que resultaban pesados, no obstante la religiosidad de la época, de que debe suponerse participaban las tropas: tales como rezar el rosario todos los días en formación.

Después de la batalla de Tucumán hubo varios oficiales superiores que cayeron en desgracia. Uno de ellos fué el barón Holmberg: los oficiales cubríanlo de ridículo por el error de algunas de sus previsiones y principalmente por haberse retirado del campo durante la acción; no supo defenderse, y Belgrano, impresionado por maliciosos rumores (14), no le puso al reparo, lo reprendió o trató con desdén, dando lugar a que protestase con acritud, y debido a esto acabó por expulsarlo del ejército, calificándolo de «falto de respeto».

El coronel José Moldes, a quien el general nombró inspector de armas por aquellos días, era un militar inteligente y enérgico: lo había demostrado en España antes de la Revolución y en su patria después de ella; se propuso implantar el orden que faltaba en el ejército, pero como no hay cosa alguna más difícil que hacer reformas desde un puesto subalterno y sin prestigio positivo, donde no existe disciplina, poco tardó en

(13) Refiere el general Paz en sus *Memorias* que Goyeneche «cuando entró a Chuquisaca, después de la retirada del doctor Castelli, no quiso ir a alojarse en el palacio de la Presidencia que éste había habitado, sin que fuese purificado con exorcismos, haciéndose en consecuencia una especie de procesión en que los sacerdotes iban con ornamentos sagrados, incensarios, hachas encendidas y abundante provisión de agua bendita, y sólo después de una larga y tocante ceremonia, se creyeros expelidos los malos espíritus y la casa habitable. ¿Creía esto Goyeneche? El no, el pueblo sí.»

(14) Decíase de Holmberg que su herida era un rasguño hecho por él mismo, especie que ciertamente no fué sino una broma mal intencionada de sus compañeros de armas.

Digitized by Google

fracasar. Un día, mientras estaba en campaña la división de Díaz Vélez, una comisión de oficiales encabezada por Juan Ramón Balcarce se presentó a Belgrano pidiendo la separación de Moldes, y las tropas, dirigidas por la oficialidad restante, realizaron una especie de farsa motinera, maniobrando cerca de la tienda en que la conversación se desarrollaba, arrastrando cañones y obedeciendo a fuertes gritos de mando. Belgrano cedió; pero, para salvar en lo posible el decoro de su situación, dijo que Moldes había renunciado ya. La división Díaz Vélez, al regresar de Salta, en marcha, se adhirió al pedido del resto del ejército, aunque en forma moderada; pero el asunto estaba concluído al ocurrir eso.

El éxito de la insubordinación fué alegremente recibido por la oficialidad, y el capitán Pedro Regalado de la Plaza compuso unos versos alusivos a él, que se cantaron durante algunos días al són de la guitarra; habiéndolo sabido Belgrano, lo castigó confinándolo.

Fué mejor la suerte del teniente coronel Juan Ramón Balcarce, a quien el general tomó gran ojeriza y lo hizo pasar por momentos bien incómodos. Aquélla tenía antecedentes en las vinculaciones del organizador de las caballerías gauchas con el partido saavedrista, proscripto del Gobierno y perseguidor de Belgrano; en la justificada desobediencia durante la batalla; en el suceso referido más arriba y en críticas agudas de la poca ciencia militar del general. Este instauró un sumario para comprobar la desobediencia, y se propuso castigar a Balcarce «por cobarde»; pero, afortunadamente, la noticia de la revolución de los «lautarianos» y su triunfo, lo contuvo. Balcarce se separó del ejército poco tiempo después, para incorporarse a la Asamblea General Constituyente como diputado por Tucumán.

Dorrego fué tratado por Belgrano como trata un buen padre al estudiante que se ha lucido en los exámenes; se le permitió abandonar el puesto de confianza que tenía al lado del general, dándosele la efectividad en el grado de teniente co-

Digitized by Google

ronel y confiándosele en propiedad la jefatura del batallón de «Cazadores», para satisfacer su deseo de tener mando directo de tropas y organizar un cuerpo a su gusto. Forest también fué ascendido, y además se le nombró segundo jefe del regimiento número 6 de artillería.

Un respetable cronista (15) ha transmitido a la posteridad algunas genialidades de los dos bizarros jefes que habían decidido la batalla de Tucumán, las cuales la pasión partidista exagera, porque eran propias de jóvenes pertenecientes a un ejército ciudadano improvisado y que un abogado mandaba; y por cierto, son de las menos graves que abundaban en los ejércitos de la Independencia. Dorrego y Forest pretendían que sus respectivos cuerpos fueran considerados por todos como los primeros, arrastrando a sus oficiales a un cierto desprecio de los demás. Se cita el hecho de haber pretendido el que mandaba un piquete de «cazadores», en una formación que había otros de cada uno de los cuerpos, se le diese la derecha, y como se le negara, fué a colocarse a la izquierda de todos, seguro tal vez de que a su cuerpo se le concedería el sitio que reclamaba en el día de combate, como había de suceder; y el de haberse retirado un grupo de oficiales encabezado por Dorrego, de una casa en la cual se daba un baile en honor de los «Decididos de Salta», porque no se les fué a recibir al zaguán (16). La escasa trascendencia de las incidencias motivadas por el juvenil orgullo de Dorrego y Forest, estaba demostrada por el prestigio que afianzó el primero en todo el ejército y especialmente entre los demás jefes de cuerpo, que por aquellos tiempos no le consideraban odioso rival.

(15) Paz: *Memorias.*

(16) Entre esos oficiales estaba el mismo Paz, según el cual, después de haberse retirado de la casa, meditaron buscando alguna broma pesada que hiciera terminar la fiesta, y agrega: «El general Belgrano que había honrado el baile con su presencia, debió saber algo de nuestras locuras, pues para precaver sin duda un escándalo, se dejó estar toda la noche, lo que a la vez era motivo de queja para nosotros». Bien sabido es que Paz resultó el jefe más grave que produjo la Revolución; refiriéndose a otra época de su vida quéjase en sus preciosas *Memorias* de que se le acusaba de «querer militarizarlo todo»; y cuando él tomaba parte en las bromas, era porque el ambiente arrastraba a ellos. No debe echarse en saco roto que Dorrego, Paz, etc., eran estudiantes convertidos en jefes y oficiales por obra y gracia de la Revolución.

Digitized by Google

6. LOS PATRIOTAS PREPARAN LA OFENSIVA

Las perspectivas de éxito que el norte del ex Virreinato ofrecía a las armas de la Revolución, y el envío de refuerzos que Goyeneche hizo a Tristán para reponerlo, indujeron al Gobierno de Buenos Aires a poner las tropas mandadas por Belgrano en verdadero pie de guerra. Envióse a Tucumán para reforzarlas, el regimiento número 1 de infantería, que constaba de 600 plazas; 300 soldados del 2º de «Patricios»; el segundo escuadrón de «Dragones»; 120 reclutas de color, que debían engrosar el batallón de «Pardos y Morenos»; la «Artillería de Línea»; la «Artillería ligera», con 8 piezas y toda clase de pertrechos en abundancia. Además, se efectuó con éxito una recluta en la zona dominada por el ejército, con objeto de aumentarlo, y él llegó a tener en sus filas más de 3.000 hombres bien equipados y con excelente espíritu.

En esta verdadera restauración del casi destruído «Ejército Auxiliar del Perú», hubo al lado del general dos colaboradores de importancia que merecen ser citados especialmente: el doctor Feliciano A. Chiclana, miembro del Triunvirato derrocado, hasta pocos días antes de la sublevación, a quien el nuevo nombró Gobernador de Tucumán en reemplazo de Bernabé Aráoz, correspondiendo dignamente a un pedido de Belgrano, que decía «interesar que un patriota de tal clase ocupara ese lugar» (17); y José Antonio Alvarez de Arenales, que había venido de Salta con Díaz Vélez, hombre de energía férrea, reconcentrado, metódico, conocedor de las provincias del norte y de su ambiente, con relaciones y prestigio en el Alto Perú, y cuyos consejos substituyeron con mucha ventaja los de Holmberg, de cuyos conocimientos teóricos algunas veces inadaptables, el general había esperado más de lo que era lógico.

(17) Nota cuyo original se guarda en el Archivo General de la Nación.

Digitized by Google

CAPÍTULO IV

En la victoria de Salta

1. En busca de Tristán.—2. Preliminares de la batalla.—3. El asalto.—4. La capitulación.—5. Rencillas de Dorrego y Arenales.—6. Dorrego es confinado a Jujuy.

1. EN BUSCA DE TRISTÁN

Preparado el ejército para abrir la campaña contra los realistas, el Gobierno General descontaba su triunfo en Salta y se proponía lanzarlo de inmediato sobre el Alto Perú. En los primeros días de Enero de 1813 debía romperse la marcha, y Belgrano, que durante los meses transcurridos en organización y remonta no había descuidado un solo día las devociones religiosas, hizo celebrar funerales por los caídos en la acción del 24 de Septiembre de 1812, y distribuyó entre sus compañeros de armas muchas gruesas de escapularios de Nuestra Señora de la Merced, antes de salir de la ciudad de Tucumán que se le había hecho tan querida.

Las últimas demoras fueron motivadas por la construcción de balsas para atravesar el río Pasaje en época de sus crecientes, a fin de tomar desprevenidos a los realistas, que, a causa de festejar la Constitución Española, gustar poco de correrías en las cuales eran cruelmente hostilizados por los gauchos y confiar demasiado en los obstáculos naturales, calculaban no habían de ser atacados hasta dentro de algún tiempo.

El ejército patriota se movió dispuesto en tres divisiones, la primera de las cuales, mandada por el mayor general Díaz Vélez y compuesta por los «Cazadores» de Dorrego y el regimiento número 2 de infantería, salió el 12 de Enero. Dorrego

Digitized by Google

tuvo la feliz ocurrencia de ordenar a sus soldados una pequeña canalización del Pasaje, para acelerar el curso de las aguas y hacerlas disminuir en el vado. Todo el ejército debía concentrarse sobre la margen izquierda del citado río. El 10 de Febrero, Belgrano, desde la derecha, anunciaba al Gobierno de Buenos Aires que ya habían pasado «sin mayor perjuicio» la infantería, las milicias tucumanas, la artillería y el parque. «Mi segundo, el expresado mayor general,—agregaba—ha trabajado con la mayor eficacia, e igualmente los comandantes y oficiales de los respectivos cuerpos, habiendo el de «Cazadores» con su tropa, quitado algunos estorbos, para que el agua no fuese tan abundante en el canal principal; y así es que habiendo dado principio al paso por su cuerpo, ayer, a más, de las ocho de la mañana a las cinco de la tarde, se ha concluído con lo principal, y espero que el día de mañana, que llegarán el regimiento de «Dragones de la Patria» y algunos otros útiles que me faltan, acabamos con esta empresa difícil a la verdad» (1).

El día 13 el general revistó su ejército, e hizo leer una circular del Triunvirato que comunicaba la instalación de la Asamblea General Constituyente, a la cual debía prestarse juramento de obediencia, como antes a los reyes, por residir en la misma la soberanía de los pueblos.

Belgrano había izado dos veces ya la bandera que creó, la primera en la batería del Rosario y la segunda en Jujuy, y las dos había tenido que plegarla por mandato del Gobierno General, que creía no era discreto arrojar tan pronto la careta de la lealtad a Fernando VII; el juramento que se prestaba ahora y muchos otros actos que ordenó la Asamblea, importaban una fundación empírica de la Independencia, y comprendiéndolo así el político que estaba al frente del ejército, entregó al juego de las brisas nuevamente el paño que había de ser tan glorioso, que lucía los mismos colores de las divi-

(1) Documentos del Archivo General de la Nación.

Digitized by Google

sas de French y que ya nadie se obstinaría en ocultar a la veneración patriótica.

Terminada la lectura de la circular, el mayor general presentó la enseña al general en jefe, que, desenvainando su espada, dijo: «Este será el color de la nueva divisa con que marcharán al combate los defensores de la patria» (2). Después cruzó la espada con el asta de la bandera, formando una cruz, y jefes, oficiales y soldados, fueron besando en larga desfilada el símbolo de la redención hecho con el de la idealidad y el de la fuerza de un partido revolucionario. Con esta sencilla y enternecedora liturgia se prestó el juramento de obediencia a la Asamblea, y en recuerdo, Belgrano dió al río Pasaje el nombre de «Juramento», dejando una inscripción que lo enseñaba, en la corteza de un árbol.

El mismo día, el ejército en masa, alegre como si llevara un feliz presentimiento, proseguía su avance hacia la ciudad ocupada por el adversario, que dista veintiséis leguas del río.

2. PRELIMINARES DE LA BATALLA

En los días siguientes, las lluvias fueron constantes y los caminos de difícil tránsito, mas sin embargo, los patriotas adelantaron jornadas relativamente ligero, y llegaron a las fragosidades de Lagunillas sin otra novedad que haber sorprendido la única avanzada realista que había en el trayecto y estaba situada en Cobos.

Dos hombres de esta avanzada lograron fugar—cayendo los demás prisioneros—y llevaron a la ciudad de Salta la noticia de que el ejército de Buenos Aires estaba próximo; pero Tristán, acostumbrado seguramente a las exageraciones y suposiciones infundadas de los soldados pertenecientes a sus partidas que volvían maltrechos y corridos por los gauchos, se mostró descreído. No fué, sin embargo, tan imprevisor como

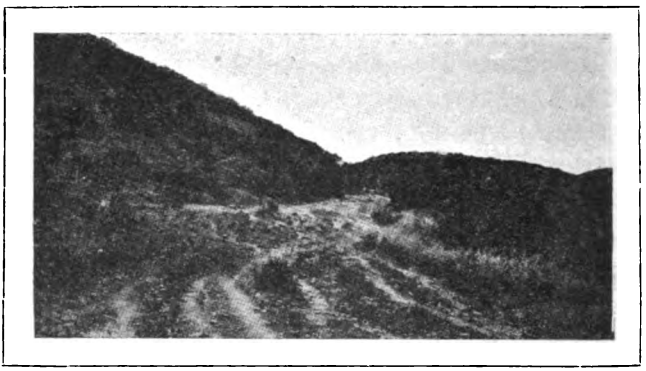
(2) LUGONES: *Memorias.*

Digitized by Google

para dejar de tomar disposiciones: hizo vigilar el Portezuelo y lanzó algunas partidas exploradoras, que volvieron con noticias confusas y contradictorias.

Estaba hecha la gambeta y no es muy fácil la caza del ñandú.

Salta es una ciudad mediterránea tan interesante como Tucumán. Situada en medio de un valle que resguardan y ocultan altas montañas y ásperas fragosidades, parece un cóndor



PASO DEL PORTEZUELO

gigante tendido al pie de los picachos con las alas extendidas para recibir mejor las caricias del sol. Al sur está el Portezuelo, bellos y casi completos marcos que forman al camino que da acceso al valle, altas escarpadas del terreno; lugar por donde Tristán, después de un reconocimiento, creyó sería forzoso pasara el enemigo que fuese de Tucumán, por considerar inaccesibles los otros extremos de la ciudad. Pero Arenales, hombre de mirada más penetrante, había aprendido durante su permanencia en Salta, que a tres leguas de la ciudad, en Lagunillas, había otra entrada al valle, que podía ser muy útil. Belgrano, bien aconsejado en este caso, se detuvo el 18 de Febrero, y previo un reconocimiento que encomendó al oficial salteño Saravia, de la Quebrada de Gallinato situada a la de-

Digitized by Google

recha del camino principal por el que habíase llegado a Lagunillas, cambió de dirección torciendo por allí (3).

La Quebrada de Gallinato escondía admirablemente a los patriotas, y por esa causa las partidas exploradoras realistas no pudieron encontrar más que algunos soldados enfermos, separados del ejército antes de llegar a Lagunillas, y por consiguiente, ignorantes del desvío de sus compañeros.

Aumentó la violencia de las lluvias a poco de transitar por Gallinato, y temiendo Belgrano y Arenales que la sorpresa del adversario no fuera a medida de sus deseos porque iba a retardarse el ataque, despacharon una fuerza que amagara por el Portezuelo y se replegase luego, haciendo redoblar la vigilancia por aquel lado.

Los libertadores pasaron la noche del 18 en la chacra de los Castañares, al norte de la ciudad, fortificándose dentro de un corral de piedra para cualquier evento; y en la mañana del 19 se mostraron al enemigo en el valle de Lerma, cortándole una retaguardia de 500 hombres que tenía en Jujuy y encerrándolo dentro de la ciudad, de la cual no le quedaba otra salida de escape que la del Portezuelo. Tristán, al que causó estupor una maniobra que no había calculado, tuvo tiempo de construir fortificaciones y de trazar un buen plan de defensa; pero la verdad era que había querido coger a los patriotas en una ratonera cuando se dirigió a Tucumán, y que no solamente se le habían escapado y mordídolo afuera entonces, sino que ahora lo cogían a él dentro de más segura trampa.

Con las ropas empapadas y adheridas al cuerpo, llegaron los patriotas a las puertas de la ciudad que iban a redimir, pero tenían la pólvora seca, en sus corazones ardía el fuego de la rebeldía y sus imaginaciones romanceras acariciaban próximas hazañas: nada destempla al soldado cuya dinámica es un ideal generoso.

La batalla se aplazó hasta que mejorase el tiempo. Belgrano

(3) López: *Historia de la Revolución Argentina;* Paz: *Memorias;* Mitre: *Historia de Belgrano.*

Digitized by Google

lanzó algunas guerrillas hacia la línea enemiga, que ofendieron a ésta más bien con alaridos desafiantes que con el fuego de fusiles y tercerolas, hasta que el día 20, cesada la lluvia, había de formalizarse la pelea. ¡Felices días aquellos en los cuales el agua del cielo impedía a los hombres destruirse!

3. EL ASALTO

Los libertadores se dispusieron para la batalla en el siguiente orden: la infantería en cinco columnas reforzadas por compañías de artillería; la primera columna, empezando por la derecha, tenía el batallón de «cazadores», con Dorrego a la cabeza; la segunda y tercera, dos secciones del regimiento número 6, mandadas respectivamente por los tenientes coroneles Carlos Forest e Ignacio Warnes; la cuarta, el batallón de «pardos y morenos», con su jefe el teniente coronel Superi; la quinta, las compañías de «patricios» dirigidas por el teniente coronel Benito Martínez. La caballería se situó en dos alas a los costados, mandando la de la derecha, cuya comportación había de ser muy distinguida, el mayor Zelaya, y la de la izquierda, que no pudo maniobrar por no prestarse para ello el terreno que le quedó al frente, el capitán Antonio Rodríguez; la reserva compusiéronla el regimiento de infantería número 1, que tuvo por jefe interino al teniente coronel Gabriel Perdriel, una división de caballería encabezada por el mayor Diego González Balcarce y dos compañías de artillería, por el capitán Benito Martínez. Belgrano designó para el comando de la derecha de su ejército al mayor general, y para el de la izquierda, al coronel Martín Rodríguez (que se le había incorporado en río Juramento), conservando la reserva a sus inmediatas órdenes. Esta colocación era, como se ve, parecida a la de Tucumán y con sus errores capitales: la artillería distribuída, lo cual le impediría funcionar cuando se formalizase la acción, y la caballería de la izquierda sin campo propicio para desenvolverse y condenada a ser acuchillada por el enemigo.

Digitized by Google

El ejército realista excedía de 3.300 hombres, equilibrándose con el patriota, cuya fuerza numérica puede calcularse igual; se aprestó para la defensa en dos líneas de combate que se extendían de este a oeste al norte del Tagarete (único obstáculo natural que oponía la ciudad por el lado que asomaba Belgrano), apoyando la derecha en el Cerro de San Bernardo y con la artillería concentrada en la primera línea.

A las ocho de la mañana del día 20, con buen sol, el ejército patriota se movió en busca del enemigo, que se anticipó a romper el fuego e hizo avanzar una ala de caballería por la falda del Cerro de San Bernardo (izquierda patriota), tiroteando en línea diagonal. Belgrano ordenó, en tanto, que adelantaran dos compañías de infantería de la primer columna de ataque, apoyadas por la caballería de Zelaya, para herir la izquierda realista. La operación era inhábil y peligrosa, pues como dice un crítico (4), «la fuerza destinada a ella, dispersa en tiradores, no tenía objeto, y en masa era débil contra el costado más fuerte del enemigo»; pero la ejecutó rápidamente «el intrépido comandante Dorrego», como dice Paz con este motivo, siendo rechazado y no habiendo sucumbido merced a la oportunidad y energía con que acudió Zelaya a protegerlo.

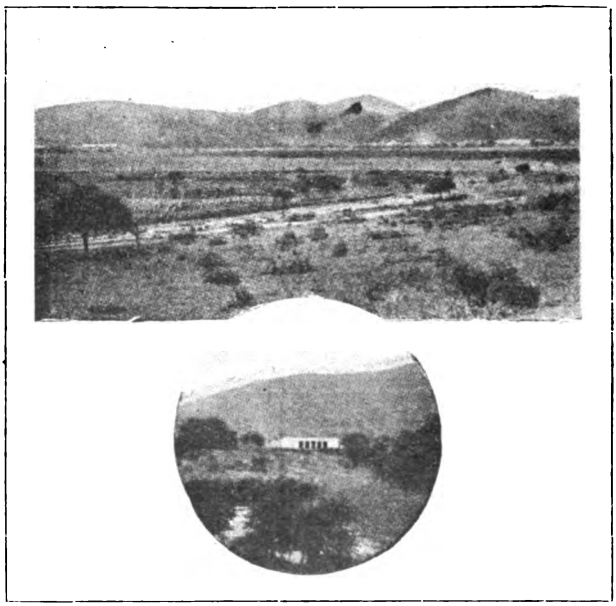
A Díaz Vélez lo hirió una bala perdida de esta escaramuza, en un tobillo, y le sobrevino una hemorragia, la cual fué causa que se retirase de la línea; por tal motivo lo reemplazó Dorrego en el comando de la derecha. El jefe de los «cazadores», «furioso como el león herido en mitad del pecho», según la frase de un historiador (5), reorganizó sus maltrechas compañías en un instante. El general en jefe, luego de haber destinado una sección de la reserva a detener el paso de las caballerías realistas en la falda de San Bernardo, se trasladó a galope tendido a la derecha de su ejército, y dijo al reemplazante de su mayor general: «Coronel (6) Dorrego, avance y llévese por

(4) Mitre: *Historia de Belgrano.*
(5) López: *Historia de la Revolución Argentina.*
(6) Tal era el empleo aunque no el grado.

Digitized by Google

delante al enemigo, cuidando no interceptar los fuegos de nuestra artillería».

Tronaron en seguida los cañones revolucionarios, y las columnas de la derecha avanzaron, cargando los «cazadores» de Dorrego en particular, con destreza y valor tales, que la izquierda enemiga les cedió el terreno inmediatamente; este prin-



VALLE DE LERMA Y ESTANCIA DE LOS CASTAÑARES

cipio de desquite aumentó el ardor de los que lo tomaban, cuyo esfuerzo se redobló, no tardando en dar por resultado la desorganización de los mejores batallones realistas, el Real de Lima y el Paucartambo, que al fin fueron arrojados deshechos al zanjón que sirve de cauce al Tagarete. El centro del ejército de Tristán quedó con el flanco descubierto, y por él embistió la caballería de Zelaya, mientras la infantería de Forest y Superi lo asaltaban a bayoneta por el frente; no tar-

Digitized by Google

dó en ceder, y la reserva fué envuelta en la derrota. Las cuatro columnas de ataque y el ala de caballería que tan airosamente realizaban lo más difícil, no perdieron un segundo; las fuerzas enemigas que habían sido rechazadas no tuvieron tiempo de reorganizarse en el zanjón, y azotaron el Tagarete, donde algunos hombres perecieron ahogados; tras ellos fueron sus implacables perseguidores, continuando la pelea en las calles de la ciudad; Zelaya hizo desmontar los «dragones» que

IGLESIA DE LA MERCED

mandaba, para brillar al lado de Dorrego, Forest, Warnes y Superi; el teniente Juan Pedro Luna realizó la proeza de arrastrar dos piezas de artillería que estaban a su cargo y cañonear a los derrotados, apoyando el avance de sus perseguidores. La plaza mayor y las calles circunvecinas estaban protegidas con palizadas en las que se refugiaron los realistas para hacer fuego desesperadamente; pero los patriotas se apoderaron de excelentes cantones y dominaron muy pronto a dos cuadras de la citada plaza; Dorrego, de quien puede decirse con toda justicia que fué el primero en vencer y que abrió paso a sus compañeros, tomó las posiciones más avanzadas, llegando a la iglesia y convento de la Merced, donde fué herido de un

Digitized by Google

balazo en una pierna, sin que descansara más que un instante en el pórtico del templo, mientras le hacían un vendaje: sería la última vez que lo alcanzara el plomo, hasta la maldita tarde de Navarro. Fué en esa magnífica posición donde se concentró el ataque de los asaltantes y donde rodearon a Dorrego sus dignos camaradas para celebrar una junta de jefes, en la cual, apreciándose la situación excelente y la batalla ganada, se acordó enarbolar en la torre de la iglesia, para que Belgrano se enterase, el poncho de Superi, que lucía franjas celestes, pues el ejército libertador sólo tenía una bandera que había quedado con la reserva; nunca fué substituído el pabellón nacional por una prenda más noble: por la prenda predilecta del gaucho, que había servido de abrigo a un valenciano de nacimiento y se había movido al latir de su corazón americano; si ese poncho, bandera ocasional, se conservase, debíamos considerarlo la reliquia más santa del patriotismo argentino, porque hablaría a las generaciones de heroísmo, de honorable pobreza, de fe incontrastable en el triunfo final de una gran causa; flameó entre el humo y las detonaciones de la fusilería, fué tal vez acribillado, y anunció así, en medio de la furia, la más grande de las victorias de la guerra de la Independencia, arrancando aclamaciones de entusiasmo delirante a patriotas que, inseguros todavía, luchaban fuera de la ciudad.

La derecha realista, que además de componerla tropas menos resistentes tuvo éxito en los primeros choques debido a las ventajas del terreno y también, sin duda, a la poca estrategia del coronel Rodríguez, quedó cortada al pie del cerro después de arrollar la columna de Martínez; Belgrano dispuso que la cargase la reserva, y con esta operación la obligó primeramente a trepar la altura, y después a descender para rendirse.

El centro de la ciudad continuó siendo un círculo dantesco, donde las ballonetas brillaban como innumerables sierpes luminosas al escupir sus balas los fusiles; en que oíase de continuo, junto con las espantosas detonaciones, los alaridos de los cobatientes y las quejas de los heridos, y en el cual los

Digitized by Google

asaltados, disminuyendo de continuo, se movían enloquecidos por el estupor y la angustia. La catedral, envuelta por el humo del combate, estaba llena de mujeres y niños, en cuyos semblantes se reflejaba la desesperación, y en ella y las casas de familia abandonadas, iban a asilarse los soldados realistas que desertaban de las filas, sin que avergonzara a los infelices que penetraban al lugar sagrado en la actitud de medioevos condenados que escapaban de la mano del verdugo, las exhortaciones de los ayudantes de Tristán que iban a buscarlos, ni el terrible apóstrofe que desde el púlpito lanzara contra ellos una mujer fanatizada.

También fueron inútiles los esfuerzos de los jefes y oficiales para contener el desbande reanimando las amedrentadas tropas; entre los primeros, contábase Venancio Benavídez, caudillo de la insurrección oriental, héroe de gloriosas jornadas recordadas por la «Canción patriótica» de López:

> *San José,* San Lorenzo, Suipacha,
> Ambas Piedras, Salta y Tucumán,
> *La Colonia* y las mismas murallas
> Del tirano en la Banda Oriental,
> Son letreros eternos que dicen
> Aquí el brazo argentino triunfó;
> Aquí el fiero opresor de la patria
> La cerviz orgullosa dobló.

Enviado al ejército auxiliar del Perú a causa de desavenencias con Artigas, desertó en un momento de extravío, en Humahuaca, al iniciarse la invasión de Tristán, llevando a éste informes exactos sobre la inferioridad de los patriotas, y fué sorprendido aquel día por la derrota al lado de los «godos», a quienes había combatido tanto; los remordimientos y la idea del fin infamante de los traidores, laceraron su espíritu de gaucho peleador y levantisco, preservándolo de la parálisis que había atacado los de sus compañeros. En uno de los momentos más terribles de la lucha, quiso reorganizar sus soldados que eran presa del pánico, gritando desaforadamente y blandiendo

Digitized by Google

su espada. Era hombre de estatura gigantesca, ceño adusto y modales atrevidos: todo lo corpóreo fué en él formidable, pero su voluntad se doblegó como la de una mujerzuela... cuando hubo comprendido la ineficacia de su esfuerzo, hizo como el escorpión que, rodeado de carbones encendidos por niños que se divierten con su suplicio, vuelve contra sí su aguijón ponzoñoso: se colocó en el sitio donde más arreciaba el fuego revolucionario, sin dejar de blandir su espada, cual si experimentase la embriaguez del deseo de tajear a los amigos abandonados que miraba a la distancia, hasta que una bala lo hizo caer largo a largo al destrozarle el cráneo. Muerte tristemente heroica se ha llamado a la suya, y sí: fué una muerte que no lo redimía de sus mancillas. El precipitadero a que se arrojan los traidores, es tan obscuro que no deja ver en ellos gracia ni dignidad en gesto alguno: ni la muerte les presta el respeto que perdieron. La historia consigna la lección...

Los libertadores estaban victoriosos; rota la línea realista, reducida la flor de ella a fortificaciones que no podían sostenerse mucho tiempo, y rendido fuera de la plaza el resto que, por otra parte, carecía de capacidad para inclinar la balanza, sólo faltaba un pequeño esfuerzo para que Dorrego, el hábil e impertérrito jefe de la derecha, trasladase el poncho de Superi de las alturas de la iglesia de la Merced a las de la catedral. Tristán hubo de reconocerlo, mal que le pesara, y abatió su orgullo para procurar la economía de vidas, que era cuanto le restaba hacer: envió un parlamentario pidiendo capitulación e inmediata suspensión de armas. Dorrego dejó pasar al negociador, que lo fué el coronel La Hera, al sitio en que se encontrase el general en jefe, haciéndole vendar los ojos; pero, lejos de acceder a la suspensión inmediata, continuó el fuego, pidiendo a Belgrano que si no se le brindaba una capitulación incondicional, lo reforzara para completar la batalla, garantizándole el éxito (7).

(7) LÓPEZ: *Historia de la Revolución Argentina.*

Digitized by Google

4. LA CAPITULACIÓN

El coronel La Hera se presentó a Belgrano con todas las trazas de un hombre que no lleva en sí más que humillación y terror. Tenía el semblante descompuesto y el cuerpo cubierto de lodo; al quitársele la venda y ver al general patriota, como no lo conocía, preguntó si era con él que le cabía el honor de hablar; contestándosele que sí, comenzó a explicarse en voz baja, gesticulando de una manera que revelaba gran turbación. Belgrano midió en ese instante toda la desgracia de sus adversarios, pero en vez de adoptar el tono de un general que recoge celosamente los frutos de un gran triunfo, adoptó el del jugador afortunado y generoso, que antes de tomarlos tiene ya resuelto el despilfarro, y cuando el parlamentario terminó de balbucear sus súplicas, pronunció con voz fuerte y solemne esta respuesta, que con sobrada razón ha parecido quijotesca: «Diga usted a su general que despedaza mi corazón el ver derramar tanta sangre americana; que estoy pronto a otorgar una honrosa capitulación; que haga cesar inmediatamente el fuego a sus tropas, que yo ordenaré lo mismo a las mías». El coronel La Hera debió sentir eso que solemos describir diciendo que a un hombre le vuelve el alma al cuerpo: no era para menos (8).

Impuesto de la novedad que debía hacer cesar el fuego porque se iba a acordar al enemigo «una capitulación honrosa», el esforzado jefe de la derecha patriota, que tenía el pecho agitado y los labios contraídos y resecos por el ardor del combate, y estaba más deseoso de continuarlo que de ver a los «godos» gozando de cualquiera consideración, que había comprado la victoria con su bravura, sus chispazos de inteligencia y hasta con la sangre de sus venas, envainó su espada de mala gana, con el presentimiento de que iba a ser defraudado su esfuerzo.

La tramitación que siguió fué breve; Belgrano se hallaba en el caso de pedir una rendición discrecional, como ya se ha

(8) PAZ: *Memorias.*

Digitized by Google

dicho, pero dejó capitular a Tristán en muy liberales condiciones: el ejército realista entregaría las armas y bagajes, quedando después todos sus hombres, desde el general al último soldado, en libertad de volver al campo de Goyeneche, sin otro requisito que prestar antes juramento de no volver a pelear contra la Revolución en todo el territorio del Virreinato del Plata; sobre la guarnición de Jujuy, que pudo hacerse entrar en las estipulaciones, Belgrano no hizo exigencia alguna, y ella se replegó al Alto Perú al saber el resultado de la acción; en cambio, se acordó que algunas provincias del citado territorio serían desalojadas por los realistas, lo cual no tenía validez por estar bajo la jurisdicción de un general superior a Tristán; y se ajustó un armisticio por cuarenta días. El general patriota procedía con tanto candor, que parecería inconcebible si la posteridad no supiese que lo animaba el recuerdo de los óptimos resultados de sus amabilidades con los paraguayos, sus vencedores, y tenía en cuenta que ahora sus vencidos eran en mucha parte americanos.

En la guerra, si es natural y provechoso que se trate de convertir al enemigo prepotente, que se opone por un mal entendido y no por convicción o por interés de arraigo, las blanduras con el derrotado producen un efecto de debilidad en nada propiciador de conquistas pacíficas, y no importan otra cosa que renunciar lo seguro para buscar lo improbable. La capitulación de Salta contiene la demostración evidente de falta de espíritu militar en Belgrano, que si antes, en el Paraguay, se desenvolvió como un acertado diplomático, ahora se desenvolvía como un jugador generoso, según está dicho, o como un imprevisor pleitista que, apenas entablada la demanda, celebra una transacción que inmediatamente anulada a causa de su ignorancia y de mala fe del contrario, sirve para que éste continúe el pleito en mejores condiciones.

Durante la noche del 20, los dos ejércitos permanecieron en sus posiciones: los realistas cercados en la plaza, experimentando consuelos, pero humillados por la derrota y el perdón;

Digitized by Google

y en sus cantones los patriotas dominantes, cuyos jefes los mantenían en acecho «precaviendo perfidias». Mas en la mañana del 21, la capitulación debía cumplirse. En la tarde y noche del 20 había lloviznado, cayendo a intervalos fuertes chaparrones, y en la mañana del 21 ocurrió igual.

Arenales fué encargado de transmitir la orden de que las tropas patriotas acantonadas en la plaza se replegasen a las afueras, para dar libre paso a los derrotados que debían salir en pos de ellas a efectuar el desarme; pero hallándose Dorrego al corriente de las cláusulas ajustadas, por rumores circulantes que hubiesen llegado hasta él o entreviéndolas en las palabras del enviado, se pronunció enérgicamente en contra y llegó a demorar el cumplimiento de la orden que iba a poner al enemigo, ya demasiado beneficiado, en situación de escabullirse por el Portezuelo. Nadie menos aparente que Arenales para reducir a la templanza al jefe de los «Cazadores»; al semblante fiero y el ademán imperioso, unía el juicio rígido y la palabra acre, y tras no ser superior en jerarquía ni tener puesto permanente en el ejército, había nacido en España, pasando por realista hasta poco tiempo antes; contestó a Dorrego con una severa reprimenda por su insubordinación, y Dorrego, acostumbrado a ser tratado deferentemente por generales y camaradas, saliéndose de quicio, lo inculpó de abusar de la simplicidad de Belgrano para arrancarle concesiones a los «godos»,—que después de todo eran sus paisanos,—de las cuales un patriota no podía hablar sin exaltación, sirviéndose de expresiones que debieron causar al «hijo de Castilla la Vieja» el efecto de una bofetada en mitad del rostro.

Tuvo Arenales que tragar el insulto, porque, como dice un historiador refiriéndose a esto mismo, «el que dice lo que quiere, oye lo que no quiere» (9); y Dorrego, que había procedido con el calor del momento y que no abrigaba la intención de producir otros actos de mayor gravedad, realizó al cabo de un momento la maniobra que se había dispuesto;

(9) López: *Historia de la Revolución Argentina.*

Digitized by Google

pero los dos jefes quedaron agriados y en violenta situación que tendría consecuencias en lo venidero.

A las diez de la mañana el ejército realista salió de la ciudad al són de charangas y con las banderas desplegadas, yendo a situarse frente al patriota, vuelto a las mismas posiciones en que iniciara la batalla, y comenzando a desfilar el primer batallón frente a grupos de soldados patriotas apostados al efecto, para entregar, hombre por hombre, fusiles, cartucheras, mochilas, banderas, pífanos, tambores, etc.; pero esto iba a resultar demasiado largo y se cambió el procedimiento: formaron el resto de los vencidos en batalla y dejaron todos sus bagajes en tierra, entregando en mano las banderas solamente, para volver luego a sus cuarteles.

En tanto, fuerzas patriotas desprendidas con ese objeto, entraban a tomar posesión tranquila de la ciudad. Un testigo elocuente (10) describe el contraste que ofrecían los realistas al volver a los cuarteles en tropel desordenado, sin otro atributo del soldado que el uniforme: unos pálidos y otros rojos de ira, unos sin poder contener las lágrimas y otros sin poder disimular el rencor, semejantes todos a «una majada de carneros», con los patriotas, marciales y ordenados como pocas veces. La discreción fué tal, que no hubo otra jactancia que la de un alférez que dijo en tono zumbón al ver a un comandante realista «carnudo y petiso», que habiéndose olvidado ordenar a sus soldados se quitasen el correaje, volvíase para hacerlo, encontrando que ya habían procedido sin necesidad de su voz, que aquellos soldados no necesitaban órdenes para entregar. El comandante oyó y replicó dignamente: «Son percances de la guerra, de los que nadie está libre».

Belgrano dió a Tristán, en presencia de los dos ejércitos, un largo y tierno abrazo, y no quiso tomarle la espada, que le permitió conservar.

Los trofeos de la batalla de Salta fueron: 3) banderas, 10 piezas de artillería (cinco de ellas tomadas en el combate),

(10) Paz: *Memorias*.

Digitized by Google

2.188 fusiles, 200 espadas, el parque y la maestranza, correajes, cartucheras, etc. Los muertos realistas fueron 481, los heridos 114 y los rendidos—todos los sobrevivientes, sin escapar uno solo—2.776, entre los cuales había cinco generales y muchos otros jefes de importancia. Las pérdidas de los patriotas consistieron en 103 muertos, 433 heridos y algunos contusos. La batalla de Salta dió al Gobierno General motivo, como la anterior, para premiar y reprender a un tiempo mismo a Belgrano, y esta vez fué lo último con sobrado motivo, por las injustificadas concesiones y la inacción en que permaneció después a espera de dulces frutos, dejando tiempo para que los enemigos del Alto Perú se repusieran de la sorpresa y se preparasen tranquilamente para resistir la nueva invasión que iba a producirse. Se decretó una gratificación de 40.000 pesos para Belgrano—que la renunció generosamente, pidiendo se empleara en escuelas,—un nuevo escudo de honor para todos los vencedores y ascensos para los que más se habían distinguido.

5. RENCILLAS DE DORREGO Y ARENALES

Dorrego era la primer espada del ejército patriota, y Arenales el consejero inteligente que Belgrano escuchaba con aprecio y que cooperaba a la acción revolucionaria con celo laudable y eficacia indiscutible; la buena armonía entre uno y otro hubiera auspiciado nuevos días felices, y la actitud en que quedaron fué una gran desgracia.

Arenales era demasiado grave y estaba demasiado ofendido para olvidar su querella o proceder como si no existiera, y sin perseguir viles desquites ni anteponer sus odios al bien de la causa común, engañado por sus pasiones y sus férreas ideas, consideraba que la libertad de palabra y obra de que Dorrego alardeaba, era perjudicial al ejército, por lo cual se propuso inducir a Belgrano a ponerle coto; Dorrego, por otra parte, demasiado orgulloso, seguro que esas libertades eran útiles y él hombre necesario, no se defendía de esta ojeriza morige-

Digitized by Google

rándose, sino que, al revés, con la porfía y el desdén de un inexperto feliz y todas sus características de colegial travieso, que tardaría en perder, buscaba motivos de irritación para Arenales, gozando cada vez que éste trataba de desprestigiarlo sin resultado, como ante un gracioso chasco de enemigo que intenta dañar y no lo consigue por falta de poder.

Y como las molestas libertades consistían generalmente en la emisión de juicios desfavorables a los planes del general, o la alteración de éstos, juicios que eran casi siempre atinados y conducta que había resultado fecunda, Dorrego disfrutaba las satisfacciones de cosechar aplausos de sus compañeros, de probar el valor de sus convicciones y de saber que velaba por la suerte del ejército aun comprometiendo la amistad con que seguía honrándole el general en jefe.

En el capítulo anterior me he referido, anticipando comentarios, a incidencias que hoy mismo, si causarían gran escándalo en el ejército de una nación organizada, no nos extrañarían en ningún ejército revolucionario, donde ordinariamente se cree que una rigurosa disciplina es asfixiante, y son disculpables cuando no las engendran ambiciones personales y mezquinas. El ejército auxiliar del Perú, que Paz llama «semirregular», no era dirigido ni estaba organizado de acuerdo con las ordenanzas militares, y componíanlo elementos heterogéneos y rivales, que en él había «Patricios» celosos de sus glorias de la Defensa y de la Reconquista y del honor de haber servido de apoyo a la Revolución de Mayo; «cazadores» y artilleros que se jactaban de haberlos eclipsado en las batallas de Tucumán y Salta; un cuerpo compuesto por hombres de color, despreciados por los de raza blanca; tropas de la Capital y de las provincias, y pertenecientes a éstas, caballerías gauchas cuyo aspecto de barbarie era imposible modificar, que sentían odio mortal a la gente culta y gustaban sorprender a oficiales patriotas rezagados, para fingir que los tomaban por enemigos y abandonarlos en «cueros» o poco menos; y escuadrones de los jóvenes de las ciudades del norte, hijos de

Digitized by Google

familias honorables y titulados «nobles». Los oficiales eran jóvenes preparados en aquellos colegios religiosos donde se les había hecho discutir absurdas y obscuras teologías, y aprender a aferrarse en ideas vanidosas de las que no era posible tener convicción; propietarios rurales que se podrían comparar con los famosos *country gentleman* por sus pretensiones; y hombres modestos que habían ascendido por actos de heroísmo o por «arrastrar» gente. Del batallón de «Cazadores» hace el ilustre cronista, tantas veces citado, las siguientes referencias: «Tenía entre los demás cuerpos un bien merecido concepto, por su bizarra comportación en la batalla y porque era formado de tropa escogida; era también el primer cuerpo de tropas ligeras que tenía nuestro ejército, porque recién entonces se empezaban a marcar estas distinciones. Todo concurría a que el señor Dorrego aspirase a preferencias para su batallón que llegaron a herir a los demás y más de una vez pusieron en conflicto la imparcialidad del general». Los «Cazadores» de Dorrego fraternizaban solamente con los artilleros de Forest, a causa de sus glorias comunes, y Paz, que era oficial de los segundos, al referirse a los actos irregulares que producían unos y otros combinados, advierte: «No se crea que hicimos una sistemada oposición a las providencias del general, pues al contrario, éste hacía gran aprecio del señor Dorrego; era sólo una extravagancia, una pueril afectación».

Por lo que se refiere en particular a Dorrego, después de suscitada la querella con Arenales, además de las genialidades referidas, hubo en él una oposición que, sistemática o no, se hizo muy molesta a Belgrano que se había entregado después de Salta, con todo su ejército, a largas y monótonas devociones religiosas; «Belgrano—dice un contemporáneo (11)—había tocado los últimos extremos de la superstición para destruir la idea de impíos con que los realistas nos habían presentado a los ojos de los naturales; y Dorrego, temiendo que todo lo que llevase el carácter de fingido pudiese perjudicar

(11) CORNET: *Memoria.*

Digitized by Google

más bien que favorecer su intento, lo atacaba fuertemente sobre el particular, tanto privadamente como en público y a presencia de los oficiales que sufrían ya con disgusto las formas a que los quería sujetar y de que jamás habían necesitado en Buenos Aires para ser buenos cristianos y hombres de bien».

Al día siguiente de la rendición comenzaron a salir de Salta los vencidos, dirigiéndose al Alto Perú, y tres días después ya no quedaban en la ciudad sino los heridos y el general Tristán, que demoraba su partida para poder corresponder a finas atenciones de Belgrano, que era todo fraternidad y fervor.

Los muertos en la acción fueron enterrados en un osario común, sobre el cual colocóse una gran cruz de madera con esta leyenda: «Aquí yacen los vencedores y vencidos el 20 de Febrero de 1813», sencillo emblema de amor y de perdón que en nuestros días ha sido substituído por un artístico monumento (12). Tristán, a quien Belgrano quiso catequizar especialmente, no había marchado todavía cuando celebróse un tedéum en la catedral, que estuvo algo deslucido a pesar de los esfuerzos del general patriota por aumentar sus pompas, debido a la escasez de clérigos, pues muchos de éstos que eran realistas intransigentes, se habían ausentado con destino a los dominios de la reacción española. Belgrano, que ya había conversado muchas veces con su adversario derrotado, de los asuntos de América—sin conseguir arrastrarlo a terreno resbaladizo, pues se mantenía el realista dentro de los límites de una estricta cortesía—fingiendo una indisposición a la salida del templo, presentóse de improviso en casa de él, pidiéndole un confortante. Se le sirvió una taza de caldo y una copa de vino, y la conversación que siguió fué indudablemente más amistosa que las anteriores; pero a los pocos días el primo de Goyeneche, muy agradecido pero muy sólidamente sostenido en sus ideas, seguía el mismo camino que sus sol-

(12) «En el curso de la guerra ocuparon los españoles después la ciudad de Salta varias veces, y siempre quitaron la cruz que era luego restablecida cuando estaban nuestras fuerzas. No lo hacían aquellos por profanación, sino por borrar la memoria de su derrota». (Paz: *Memorias*).

Digitized by Google

dados, y las consecuencias de las equivocadas complacencias y candorosas esperanzas de Belgrano, no se hicieron esperar mucho tiempo.

Goyeneche detuvo el paso de los rendidos de Salta, no por evitar que llevaran el contagio del espíritu revolucionario, como se ha admitido con demasiada condescendencia, sino para ocultar la magnitud del desastre a las tropas a sus inmediatas órdenes y destruir justos escrúpulos de aquéllos; los hizo concentrar en el pueblo de Sepulturas, donde luego se les presentó con su estado mayor y les hizo saber que el arzobispo de Charcas y el obispo de La Paz los absolvían del juramento que prestaran a los «rebeldes», invitándolos a tomar de nuevo las armas. Una buena parte condescendió, encabezada por jefes como La Hera (el mismo que fué parlamentario), Saturnino Castro (hijo de Salta), Astete, Llanos, Estaller y otros.

Vencido el armisticio y desencantado Belgrano de su diplomacia a causa de las noticias que recibió del Alto Perú, se dispuso a invadir este territorio en el mes de Abril. Había aprovechado el tiempo de paralización en proseguir la instrucción de las tropas, reparar las bajas sufridas en la batalla y concertar, después de oir los consejos de sus oficiales más inteligentes, el plan que iba a desarrollar. Prevalecieron en las consultas las opiniones de Arenales, algunas de ellas contrarias a las de Dorrego, y eso ahondó las pasiones de los dos, pues el segundo criticó al primero sin reparo, en distintas ocasiones (13).

(13) «El plan que Arenales le había sugerido (a Belgrano), era marchar hasta Chuquisaca: amenazar por la izquierda a Oruro y a Cuzco; mientras él con una columna independiente, tomaba a la derecha, se apoderaba de Cochabamba, donde gozaba de justa fama y de un poderoso partido, por las proezas con que se había señalado allí después del desastre de Huaqui y ponía en jaque a La Paz y la línea del Desaguadero. Que fuese por contrariar el plan y la ambición de Arenales, o porque realmente fuese su convicción, Dorrego creía que semejantes operaciones eran demasiado aventuradas con un ejército que no tenía todavía número ni fuerte consistencia para avanzarse a tanta distancia de la base de operaciones, «amén» de la competencia estratégica no probada todavía, de parte del general. Parece que Dorrego propalaba sin cautela esas observaciones, críticas en términos más hirientes para Arenales que era el favorito del momento, que para el general en jefe.» (VICENTE F. LÓPEZ: *Historia de la Revolución Argentina*).

Digitized by Google

6. DORREGO ES CONFINADO A JUJUY

Las primeras tropas que se pusieron en camino al Alto Perú, fueron el batallón de «Cazadores» y el regimiento número 6 de artillería, que se trasladaron a Jujuy; y apenas situados en esa localidad, ocurrió que soldados del segundo, paseándose por las calles, reconocieron en un «cazador» a un ex compañero que creían muerto o desertado y lo condujeron a su cuartel, donde quedó en arresto. Enterado Dorrego del suceso, reclamó a Forest, y como este bravo jefe tenía un genio díscolo y quisquilloso, rehusó dar satisfacción; Dorrego contestó al desaire ordenando que una partida de «cazadores» arrestase a los artilleros que encontrase rezagados por las calles; Forest no quiso quedarse atrás, así lo notó; y el resultado fué que cuantos soldados estuvieron francos y desprevenidos, fueron a parar al cuartel contrario, trocándose con este escándalo en hostilidad declarada, la camaradería de días antes. Al conocerse tales desórdenes en el cuartel general, Arenales los magnificó condenándolos con su acostumbrada dureza.

Belgrano intervino para poner las cosas en su lugar y reprender a los culpables. Dorrego fué llamado a dar explicaciones al general en jefe, que aprovechó la ocasión para hacerle presente estaba desagradado por sus críticas a diversas disposiciones; la respuesta fué altiva y apasionada, y al retirarse el coronel de los «cazadores» para regresar a Jujuy, los ánimos quedaron más agriados que antes de la entrevista.

Desgraciadamente, casi parece que hubiera sido inevitable una novedad en cada jornada de la marcha al Alto Perú: trasladados los «cazadores» a Humahuaca, riñeron los oficiales Aguirre y Tagle, suscitándose un desafío; Dorrego no sólo les permitió ir al terreno, sino que los acompañó a él como padrino, con notoria ligereza. En una rápida embestida que se hicieron, ambos contendientes resultaron heridos, lo cual, naturalmente, dió resonancia al lance.

Digitized by Google

El duelo no nos espanta todavía, malgrado la divulgación de ideas contrarias a la violencia, y no podía condenarse entonces, cuando tenía por protagonistas a jóvenes revolucionarios que en todos los momentos rendían culto al coraje. San Martín, cuando asumió el mando del mismo ejército a que Dorrego pertenecía, no se limitó a permitirlo, sino que llegó a hacerlo obligatorio, a convertirlo en una institución destinada a fomentar el honor militar; y Belgrano mismo había presenciado el desafío de Moldes y Carreto sin prevenirse contra el primero, que era ya coronel, a quien nombró muy luego inspector de armas.

Pero a todos los sucesos se atribuye no el verdadero significado que tienen, sino el que aparentan por las circunstancias que los rodean. El duelo estaba prohibido por la Iglesia, y Belgrano supuso que la intervención de Dorrego en el de Humahuaca, era un acto de oposición deliberada a su generalato; que había querido enseñarle con los hechos que a toda costa no lo acompañaría en su celoso catolicismo. Inmediatamente tuvo la confirmación de la noticia, dispuso que Dorrego, separándose de su batallón, fuese confinado a Jujuy, donde debía instruírsele un sumario, en que actuó de fiscal el coronel Castellanos (14). El confinamiento duró cuatro meses, en cuyo transcurso el Gobierno General ascendió a Dorrego a coronel graduado, en virtud de su honroso comportamiento en la batalla de Salta; terminó el procedimiento cuando se creyó indispensable el concurso del guerrero para contener a los realistas que volvían triunfantes, según se referirá en el capítulo siguiente.

(14) El coronel Blas José Pico en apuntes sobre Belgrano que entregó al general Mitre, dice refiriéndose a la severidad de su general: «A otro jefe de mucho valor y crédito separó del mando de su batallón y del ejército porque autorizó un desafío entre dos oficiales.» Coincide con las *Memorias* de Paz y con las *Cartas apologéticas* de Dorrego. Cornet atribuye el confinamiento a discrepancia en materia religiosa, lo cual lejos de ser contradictorio, también resulta acorde, dado que ella llegaba a hacer crisis con la autorización del lance de honor.

Digitized by Google

CAPÍTULO V

Frente a los desastres de Vilcapugio y Ayohuma

1. Segunda invasión al Alto Perú. — 2. La derrota de Vilcapugio. — 3. La derrota de Ayohuma. — 4. Belgrano llama a Dorrego y le confía el mando de su retaguardia. El coronel José de San Martín conduce refuerzos desde Buenos Aires. — 5. Combate de la Quebrada de Salta.

1. SEGUNDA INVASIÓN AL ALTO PERÚ

No obstante todos los errores cometidos, Belgrano abrió la campaña con perspectivas risueñas. Goyeneche, que se hallaba en Oruro al frente de un ejército de 4.000 soldados al producirse la invasión, temió comprometer la fama conquistada en Huaquí y renunció el mando que transmitió provisionalmente a su segundo el general Juan Ramírez, acontecimiento que causó disconformidad y perturbaciones en aquellas tropas que admiraban al dimitente y eran comandadas por sus parientes y allegados.

A mediados de Mayo, la vanguardia patriota mandada por Díaz Vélez ocupó la ciudad de Potosí, donde los habitantes le habían preparado una recepción suntuosa. Ramírez salió de Oruro acercándose a sus adversarios; pero se detuvo en Condo Condo al informársele de una nueva insurrección de los indomables e inabatibles cochabambinos. De allí volvió a su punto de partida sin haber conseguido otra cosa que cansar sus tropas y destruir parte de sus cabalgaduras. Supo luego que se le aproximaba el sucesor efectivo de Goyeneche, que venía de Lima con batallones y pertrechos de refuerzo, y lo fué el general Joaquín de la Pezuela, en cumplimiento de cuyas órdenes le salió al encuentro con el ejército, trasladándose a Acacanto.

A favor de la separación de Goyeneche, la indecisión de Ra-

Digitized by Google

mírez y la maniobra que se relacionaba con la llegada de Pezuela, todo el ejército patriota se concentró tranquilamente en Potosí; y los pueblos socorridos para que pudieran dar su voto, se pronunciaron de nuevo contra España con tanto entusiasmo y espontaneidad como después de la primera batalla de Suipacha; tres provincias del Alto Perú volvieron a incorporarse a la Revolución, y Belgrano nombró gobernadores de ellas a Arenales, Ignacio Warnes y Apolinario Figueroa, siendo nombrado presidente de la Audiencia de Charcas por el Gobierno de Buenos Aires, Francisco A. Ortiz de Ocampo. Díaz Vélez, al frente de la vanguardia, realizó un reconocimiento sobre Oruro, en el cual hubo algunos tiroteos de avanzadas, y regresó al cuartel general sin haberse comprometido mayormente.

Durante la permanencia en Potosí, el catolicismo de Belgrano siguió exteriorizándose; pero puesto a prueba en un rudo choque, pareció flaquear. Aprehendidos tres desertores, se ordenó fueran fusilados; y las comunidades religiosas de la ciudad, formando imponente procesión, se dirigieron a la casa en que se hospedaba el general para pedirle gracia; no encontrándolo, se aliviaron en parte de su carga, dejando tres imágenes que habían conducido en andas, significando que los santos descendían de los altares para salvar la vida de los condenados y quedaban a espera de la respuesta del poderoso de la tierra que solía prosternarse ante ellos. Belgrano se enfadó al saberlo, rehusó otorgar el perdón y conminó al clero a restituir las imágenes al templo; pero el clero volvió a alzarlas y quiso continuar la función seguro de salir al fin con la suya. Medidas muy severas castigaron este empeño: el general dispuso que el sacerdote iniciador de la procesión fuese encerrado en un convento fuera de la diócesis y se arrestara al comendador de la Merced, el prior de Santo Domingo y otros religiosos. Tanto rigor causó efecto deplorable en el pueblo, e hizo dudar de la sinceridad de los rezos y cultos del ejército patriota. Belgrano no se atrevió a ejecutar a los reos: a último

Digitized by Google

momento los perdonó; pero en comunicación dirigida al Gobierno General se lamentaba de lo acaecido, de la siguiente manera: «¡Hasta dónde llega la ignorancia de esta gente! Dicen que la imagen de Nuestra Señora de la Merced había entrado a casa con colores, y que no habiendo conseguido lo que pedía, salió descolorida y llorosa: ¿se puede oir cosa semejante? ¡Educación, educación es lo que necesitan estos pueblos!» Es lástima que la luz repentina del espíritu sólo irradió el paso de una violencia y no acarreó bien alguno; tanto había propagado Belgrano anteriormente la fe y el culto externo, que sus soldados, al notar ahora la contradicción, tenían que considerarlo sacrílego y temer un castigo inminente y próximo.

En los primeros días de Septiembre, el ejército patriota aumentado con un regimiento de reciente creación, salió de Potosí buscando un campo donde medirse con el realista. Belgrano, que tenía frecuentes cambios de ánimo — pues tan pronto en sus comunicaciones a Buenos Aires trazaba patéticos cuadros en que sus huestes aparecían inertes y los pueblos desorientados y apáticos, como arrebatado por un optimismo sin cálculo, descontaba futuras victorias y proyectaba difíciles conquistas — pasaba por uno de los momentos en que sólo mojaba su pincel en colores de rosa: al mismo tiempo de operar contra Pezuela, enviaba agentes al Bajo Perú para preparar su entrada en aquel Virreinato.

Los vencedores de Tucumán y Salta, sin embargo, debieron echar de menos en esta marcha una voz alegre, una mirada llena de decisión, una inteligencia singularmente despejada, en que hubieran hallado promesas gratas y dignas de crédito. Dorrego no iba con ellos... (1).

(1) El general Mitre dice que Belgrano habiendo ordenado el retiro de Dorrego lo «echó de menos en el dia del peligro, lo que enseña que en algunos casos las reglas de la disciplina deben ceder algún tanto al imperio de las circunstancias.» (*Historia de Belgrano*, edición 1902).

Y el doctor López que Dorrego era: «irreemplazable por la vivacidad de sus talentos militares, la oportunidad de sus inspiraciones, la bravura deslumbrante con que daba impulso a su línea y la confianza con que todos los otros cuerpos ponían en él la vista en el momento del encuentro.»

Digitized by Google

2. LA DERROTA DE VILCAPUGIO

Al asomar el sol del 1° de Octubre de 1813, el ejército realista se desbordó en la llanura de Vilcapugio donde el patriota le aguardaba. Empeñada la batalla, se desarrolló al principio en forma muy parecida a la de Salta, siendo el orden de colocación de Belgrano casi idéntico al del 20 de Febrero; pero mientras Tristán tuvo una derecha endeble y una izquierda fuerte, Pezuela destinó a la derecha las tropas más consistentes de su ejército. Los «Cazadores» dirigidos por el segundo jefe, mayor Ramón Echeverría, arrollaron la izquierda enemiga tomando tres cañones y muchos prisioneros y haciendo una matanza en la cual cayó el coronel La Hera; el centro realista, que había resistido los furiosos ataques del regimiento número 6 y del batallón de Pardos y Morenos, fué herido por el flanco y también emprendió la fuga, quedando inutilizado en ese momento el teniente coronel Forest, a quien si no se le conocen chispazos de inteligencia como los de Dorrego, es imposible dejar de considerarlo como su digno émulo en arrojo y firmeza: la derecha realista rechazó y deshizo la izquierda patriota en que estaba el regimiento número 8, recién formado con reclutas cochabambinos, cuyo jefe y oficiales que lo reemplazaron — Alvarez, Beldón, Villegas y Saravia — fueron cayendo heridos o muertos sucesivamente; la reserva patriota cargó en protección de aquel diezmado cuerpo, pero con tal desgracia que al primer choque también cedió terreno. Todavía era indeciso el resultado, y un jefe patriota con inspiración y autoridad habría podido inclinar la balanza; pero ese jefe no era Belgrano ni Díaz Vélez, y no hubo ningún otro que tomara sobre sus hombros lo que no soportaban los de los generales (2).

(2) Pezuela en su parte al Virrey de Lima, reconoce la honrosa comportación de las tropas argentinas y atribuye el resultado de la batalla a la circunstancia de ser mal dirigidas; Paz dice en sus *Memorias* que después de reflexionar maduramente sobre Vilcapugio cree que la desgracia consistió en la falta de un jefe capaz de dirigir a más de la mitad del ejército patriota que había quedado vencedora, y

Digitized by Google

Pezuela envuelto en la derrota de su centro e izquierda, que se retiraron hacia Condo Condo débilmente perseguidos, no acudió a salvar personalmente su ejército; pero el general Francisco Picoaga que ya se había lucido en la segunda batalla de Suipacha, era quien estaba al frente de la derecha española; y el coronel Saturnino Castro, salteño que tan útil pudo ser a su patria y que había de combatirla hasta que una pasión amorosa lo indujera, muy tardíamente, a intentar un cambio de bandera, cuya única consecuencia sería una muerte afrentosa como si el destino negara al que había manchado su vida con la traición y el perjurio, el honor de terminarla entre los hermanos que abandonara; el coronel Castro, llegado a la planicie de Vilcapugio con tropas que no habían peleado en la primera parte de la batalla, por haber sido destinadas a vigilar un costado, a fin de interponerse entre Belgrano que luchaba y Zelaya que venía a reforzarlo, llegado en el momento más crítico como un enviado del infierno, apoyado por aquel general Olañeta, cuya estrategia y cuyo valor desesperado habían de retardar la independencia del Perú, general que volvió caras con parte de las tropas que habían emprendido la fuga, acometió a la derecha y al centro de los patriotas, en el cual resonó un malhadado toque de clarín, toque a reunión que sembró el pánico y que se ignora por orden de quién fué dado...

Estaban aquellas tropas próximas a un morro, y al toque de clarín siguió el grito de «¡Al cerro, al cerro!», que fué zumbando por los oídos semejantes al bramar del huracán, produciendo el desbande. Belgrano y Díaz Vélez treparon al morro con una pieza de artillería, seguidos por 300 soldados aproximadamente y varios clarines y tambores que continua-

agrega: «Pienso que este mismo juicio formó el general Belgrano cuando dijo que si hubiera estado el coronel Dorrego en la batalla, no se hubiera perdido»; Mitre se adhiere a estas opiniones diciendo en la *Historia de Belgrano:* «La victoria se escapó de las manos de los argentinos porque no hubo uno que la dirigiera en el momento crítico, ya fuera para ponerse a la cabeza de la persecución del centro y la derecha, ya para sostener el ala izquierda vigorosamente atacada por las mejores tropas del enemigo.»

Digitized by Google

ron llamando, mientras el general en jefe agitaba en sus manos la bandera del ejército. No se atrevieron los realistas a asaltar la altura, temerosos indudablemente de comprometerse antes que terminaran de volver las divisiones derrotadas; Belgrano, por su parte, intentó dos veces volver al llano; pero los españoles fortificados en una escarpada que había frente al morro y que era una excelente trinchera natural, se lo impidieron mientras terminaban de deshacer los últimos núcleos de patriotas que no se habían puesto en salvo.

A las dos de la tarde, convencidos Belgrano y Díaz Vélez que todo nuevo esfuerzo era inútil, emprendieron la retirada—dividiéndose para reunir mejor los dispersos—en dirección a Macha el primero y a Potosí el segundo. Los realistas, que habían comprado caro su triunfo, se sintieron demasiado maltrechos para hacer persecución.

El mayor Echeverría fué una víctima moral del desastre: se criticó su desempeño acremente y llegó a instruírsele un sumario, no como presunto autor de la orden de reunión, según se ha dicho, sino porque los «Cazadores» no habían asumido el papel de las anteriores batallas. Era sobradamente injusto exigir a Echeverría que reemplazara a Dorrego en la iniciativa, pues no tenía su autoridad moral; por lo mismo que había sido su segundo, estaba acostumbrado a ser dirigido y acaso su carácter lo diferenciaba mucho de aquél: pero no supo justificarse, y se sintió tan abrumado por la mala atmósfera que le formaban, que dió parte de enfermo y se retiró del ejército.

Díaz Vélez llegó a Potosí a tiempo de evitar cayeran en poder del enemigo los caudales y pertrechos que en esa ciudad se guardaban; se fortificó al aproximarse una fuerza enemiga, y luego, desaparecido el peligro, porque ella retrocedió, trasladóse a Macha para incorporarse al general en jefe, a quien ya se había reunido Zelaya cuya división había sufrido mucho en una marcha forzada que le fué precisa para no ser envuelto en la derrota de Vilcapugio, que lo había sorprendido cerca del valle.

Digitized by Google

3. LA DERROTA DE AYOHUMA

Ortiz de Ocampo, Warnes y Arenales enviaron a Belgrano toda clase de elementos para reparar las pérdidas sufridas y confortar los espíritus ensombrecidos por el dolor: elementos suministrados en tal abundancia y con tanto cariño por los pueblos, que dan gran medida de su riqueza y su prodigalidad. Los vencedores de Vilcapugio permanecieron largos días inactivos, señal inequívoca de postración; no dominaron más terreno que el que pisaban. Belgrano tuvo la dicha de improvisar inmediatamente un nuevo ejército y se sintió fuerte por él y por el apoyo de pueblos y gobiernos; si hubiese observado cautela habría podido aún resarcirse con creces, pero impaciente por ello y afanoso de ocultar su descalabro, prendado de la pampa de Ayohuma que halló parecida al Campo de las Carreras de Tucumán, se decidió a librar una nueva batalla antes que sus tropas bisoñas adquiriesen solidez y de que se borrase la huella dolorosa que Vilcapugio había dejado en el ánimo de las veteranas: sin pedir refuerzos a Jujuy y Salta, donde había varias piezas de artillería que le hubiesen prestado gran utilidad, y en la primera de cuyas poblaciones estaba el instrumento que el Señor de las Batallas,—a quien suplicaba humildemente, pero sin recordar aquello de «Cuídate que Yo te ayudaré»,—escogía para dispensarle mercedes.

Desde Macha, el 29 de Octubre, Belgrano con el corazón repleto de esperanza, dió cuenta al Gobierno de Buenos Aires, en términos vagos, de su derrota. «Los proyectos y medidas del hombre son nada cuando el cielo no los protege; así me sucedió en Vilcapugio, que nada fué bastante a contener los viles cobardes que me acompañaban y se perdió la víctoria ya ganada». Decíalo seguro, parece, de aplacar la ira del Altísimo, pero más que la resignación del soldado de Cristo, traslucía el fatalismo de los de Mahoma. Terminaba asegurando estar contento con la gente que tenía, y sentirse capaz «no sólo de resistir, sino de vencer a doble fuerza», lo cual no

Digitized by Google

basaba en razón natural alguna: era una visión enfermiza o una vanidad insensata; y aconsejando se pusieran todos los cuidados en robustecer el ejército de la Banda Oriental y conservar la ciudad de Buenos Aires, que era «lo más importante», juicio que parece ocioso (3).

Así ofuscado, sabiendo que Pezuela iba al fin en su busca, desoyó a su mayor general y a algunos jefes de cuerpo partidarios de la retirada a Potosí, que ofrecía la perspectiva de hacer empeñar a Pezuela una fatigosa persecución a través de un territorio enteramente desafecto a él, y aun desechó otras ideas que le quisieron sugerir; adelantándose al encuentro del enemigo, situóse en la planicie de Ayohuma.

El 11 de Noviembre, Pezuela con un ejército poco superior al de Belgrano en número, pero con mucho más artillería, organización y estrategia, llegó a las alturas de Taquirí, donde observó tranquilamente, con ayuda de su anteojo, las posiciones de los patriotas, y maduró sus proyectos. Conveníale más ser atacado que atacar, y permaneció tres días aguardando la ofensiva de Belgrano, quien no ensayó operación alguna. Persuadido el general realista de que le era forzoso descender a Ayohuma y arrostrar peligros, lo ejecutó con un éxito que apenas podía concebir. Según el general Paz, los enemigos tenían que bajar por «una cuesta áspera, larga y estrecha» que concluía a una legua del campo patriota, siendo tal el sendero que la operación no podía practicarse «sino en una rigurosa desfilada», de modo que, «llegada al llano la cabeza (del ejército), tenía mucho que esperar para que llegasen el centro y la retaguardia». Belgrano pudo sacar de eso gran partido: «Veíamos con la mayor claridad — agrega el mismo cronista — descender los cuerpos enemigos; mas, al llegar al pie (de la cuesta), se ocultaban en un bajío que ocultaban unas lomas intermedias. Consumaron su descenso tranquilamente, se ocultaron a nuestra vista y tardó mucho tiempo para que

(3) El oficio original se guarda en el Archivo General de la Nación.

Digitized by Google

volviesen a aparecer. ¿Qué hizo, entretanto, el general Belgrano? Nada. No hizo movimiento, no destacó un solo hombre ni se tomó medida alguna. Se levantó un altar y se dijo misa, que era escuchada por el ejército.»

Confiaba en la Providencia. Las posiciones de los patriotas nada tenían de inexpugnables, y si había en ellas algunas ligeras fortificaciones «más parecían para engañar al enemigo en ciertos puntos de la línea que para impedirle el acceso» (4). Aprovechando las ondulaciones del terreno y la pasividad de su adversario, Pezuela cambió bruscamente de dirección, amagando el flanco derecho en vez del frente patriota. Belgrano al notarlo quedó perplejo, pero hizo que su ejército evolucionara para presentar el frente de nuevo, apoyándose los «Cazadores» en un cerro y encontrándose la caballería de la derecha sin espacio para maniobrar.

La pelea comenzó a las 10 de la mañana, y desde luego se hizo sensible la superioridad de los realistas que causaron estragos con sus 18 cañones, a los cuales contestaban débilmente los 4 cañoncitos patriotas, que resultaban inofensivos; desplegados en línea de batalla cuando escasearon balas a los artilleros, conquistaron inmediatamente el cerro a que recostábanse los «Cazadores», amenazando flanquear a éstos, y el ala de caballería que había quedado atrás se encaramó en una elevación mayor que había a pequeña distancia, pero que bien pronto dejó por haber comprobado que los disparos de sus tercerolas no daban alcance al enemigo, yendo a reforzar la izquierda, pero cuando ya no podía influir en el resultado de la acción.

El cerro que habían tomado los realistas dominaba el campo de batalla; y no habiéndolo disputado siquiera los patriotas, éstos tenían que perder. Habiendo sufrido muchas bajas —entre los muertos se contaron el mayor Cano, jefe interino de los «Cazadores» y el coronel Superi, jefe de los «Pardos y Morenos»—fueron muy pronto flanqueados y se pronunció la

(4) Paz: *Memorias.*

Digitized by Google

derrota. Zelaya prosiguió la retirada con la caballería que estaba a sus órdenes, y al atardecer, después de muchos trabajos, Belgrano consiguió reunir cerca de 500 hombres, que fué todo lo que por el momento pudo salvar. El general Pezuela, en su parte de Ayohuma, critica la inercia de los jefes patriotas durante la batalla, y después dice: «Las tropas de Buenos Aires presentadas en Vilcapugio y Ayohuma, es menester confesar que tienen una disciplina, una instrucción y un aire y despejo natural como si fueran francesas; pero si alguna vez volvieran a formar ejército con ellas, como sean mandadas por Belgrano y Díaz Vélez, serán sacrificadas por pocas».

Cuando el Gobierno de Buenos Aires supo el desastre de Vilcapugio, proyectó dar el mando del ejército auxiliar del Perú a Carlos María de Alvear, que arrastraba en aquellos días una poderosa opinión a fuerza de ser «soi disant»; y cuando se enteró más tarde de que Belgrano, por anticipar su rehabilitación, había sufrido un nuevo revés, lo reprendió con mucha severidad por haber pretendido ocultar su verdadera situación, aventurando un segundo esfuerzo sin esperar a concluir de reponerse. La respuesta dada por el general el 30 de Diciembre, desde Jujuy (5), se me antoja bajo la impresión de que sus desgracias eran causadas por la ausencia de Dorrego: «Aunque yo tuviera — decía — todos los conocimientos que son precisos para ser general, que jamás los he tenido, como muchas veces lo he expuesto a V. E. mismo y todos mis conciudadanos, sería en balde estando solo y sin auxiliares. Querer que un hombre sea general sin más que darle el título, es imposible; y querer que éste lo haga todo y entre también en el espíritu de todos los que formen en el ejército que mande, es otro imposible: mi grande y mayor error ha sido creer que todos pensaban como yo. No puedo creer que en V. E. haya obrado la vulgaridad para el jefe que pierde, ni tampoco que no considere que yo jamás he contraído la obligación de ganar cuantas acciones presente o se me presenten.»

(5) Original en el Archivo General de la Nación.

Digitized by Google

4. BELGRANO LLAMA A DORREGO Y LE CONFÍA EL MANDO DE LA RETAGUARDIA. EL CORONEL JOSÉ DE SAN MARTÍN CONDUCE REFUERZOS DESDE BUENOS AIRES.

El 16 de Noviembre, después de una peregrinación con mil penurias por entre sierras y montañas, Belgrano, encerrado en un largo mutismo, llegó a Potosí con 700 hombres; pidió en seguida se le trajeran a marchas forzadas los cañones que había en Jujuy, tal vez con mira de fortificarse; pero noticiado a los dos días que el enemigo, esta vez perseguidor implacable, estaba próximo, continuó la retirada, llevando la infantería a sus inmediatas órdenes y la caballería a las de su mayor general, que marchó a retaguardia.

Alvear renunció a su candidatura de jefe del ejército del norte cuando supo que de éste no quedaban sino reliquias, por cuyo motivo se pensó en el coronel José de San Martín, que se había distinguido en la Capital como organizador del regimiento de Granaderos a Caballo con que diera la bizarra sableada de San Lorenzo, hoy famosa como las grandes batallas, a causa de la nombradía conquistada en el Pacífico por el jefe vencedor. San Martín se trasladó al norte con refuerzos para Belgrano, pero suspendiendo su aceptación del nombramiento de general en jefe, lo cual creía necesario para trazar un plan de campaña, aunque él fuese sólo defensivo. Suceder a Belgrano era dejarse ceñir una verdadera corona de espinas...

El nombre de Manuel Dorrego no estaba olvidado en la Capital, por más que no es imaginable se supiera allí toda la importancia del papel que había desempeñado en Tucumán y Salta, quien lo llevaba. El doctor Alvarez Jonte, conocedor de las glorias que aquél había conquistado en Chile, y amigo consecuente, pertenecía al partido dominante, había formado parte del gobierno anterior y conservaba prestigios en las esferas oficiales; el mismo Gervasio Antonio Posadas, el más caracterizado de los personajes que formaban el Triunvirato de entonces, tenía relación con el jefe titular de los «Cazadores»,

Digitized by Google

según resulta de sus cartas a San Martín: ello explica que mientras salían los auxilios de Buenos Aires, Dorrego fuese encargado por el Gobierno General de reunir en la provincia de Salta los dispersos que llegaron del Alto Perú, reclutar nuevos soldados y acumular todos los artículos de guerra que pudiese, enviándosele pliegos reservados cuyo contenido no he podido conocer (6). Tratábase, como se ve, de una misión de alta confianza que pudo darse al coronel Chiclana, y que revela no se le consideraba moralmente deprimido a Dorrego por el sumario que instruíanle y del que Belgrano había dado cuenta en su oportunidad (7).

Dorrego se desenvolvió con buen éxito. En quince días solamente reunió 250 dispersos, alistó 500 soldados nuevos con los cuales organizó un nuevo regimiento que llamó de «Partidarios», plantel de las heroicas huestes que habían de realizar una de las resistencias más célebres y fructíferas de América, requisó 1.000 caballos y algún ganado vacuno; hizo fabricar lanzas, fornituras y municiones (8). ¡Jefe extraordinariamente laborioso y pueblo extremadamente patriota! Chiclana facilitó en los primeros momentos la acción de Dorrego, y luego (el 8 de Diciembre) se trasladó a Humahuaca para apreciar mejor la situación desde allí, transfiriendo el mando político de la provincia de Salta al Cabildo de su Capital, y el militar a Dorrego (9).

Chiclana debió conferenciar con Belgrano en esta ocasión, preparando la vuelta de Dorrego al ejército con el relato de lo que hacía éste por orden del Gobierno General, reforzado por un consejo amistoso; pues coincidió con el viaje del gobernador de Salta el envío hecho por el general en jefe a su

(6) Ignoro qué se hayan hecho los papeles de Dorrego. En documentos originales del Archivo General de la Nación que he consultado, consta que los pliegos fueron recibidos, pero nada más.

(7) DORREGO: *Cartas apologéticas.*

(8) DORREGO: *Cartas apologéticas.*

(9) Así lo dice Chiclana en nota al Gobierno General que se encuentra en la Biblioteca Nacional de Buenos Aires.

Digitized by Google

coronel suspendido, de una justiciera y reparadora carta, en la cual pedíale se le incorporase, diciéndole que atribuía a su ausencia los dos grandes descalabros sufridos (10). Cualesquiera sean los antecedentes del llamamiento a Dorrego, aun cuando entre ellos deba contarse alguna indicación directa hecha desde la Capital, que estaría en la lógica de las cosas, nada desmerece la nobleza del acto de Belgrano, realizado en tal forma que era un sacrificio de vanidades de que ningún hombre está exento, y una hermosa expansión del alma.

Dorrego se unió con las fuerzas que tenía, a sus antiguos compañeros en Jujuy, y Belgrano lo recibió afectuosamente «colmándolo de distinciones», según un testigo presencial (11); no tuvo reparo alguno para repetir a presencia de jefes y oficiales el juicio que había consignado en su carta (12) y dando públicas satisfacciones a su talentoso amigo, recordó que las discrepancias en materia religiosa lo arrastraron a escandalizarse demasiado por un duelo, y dijo repetidas veces: «Más me valiera tener al lado mío a Dorrego que al Papa» (13).

El general oyó con la mayor deferencia a Dorrego, que le expresó sus puntos de vista para contener al enemigo ensoberbecido, y accedió a la reorganización del batallón de «Cazadores» realizada con los mejores soldados que quedaban. Al saber la proximidad de San Martín, Belgrano entabló correspondencia con él, acogiéndolo como a un maestro, con olvido de su papel de rival desairado (14). En una de sus cartas al jefe que, ya debía colegir, venía a sucederle, fechada el 25 de Diciembre en Jujuy, el infortunado general se expresaba de esta manera: «Estoy meditando montar los «Cazadores» y sacar cuantos sean buenos de los cuerpos para aumentarlos

(10) DORREGO: *Cartas apologéticas.*
(11) PAZ: *Memorias.*
(12) Autor y obra citados.
(13) CORNET: *Memoria.*
(14) «Empéñese usted en volar si es posible», escribía Belgrano a San Martín, «y en venir no sólo como amigo sino como maestro mío, mi compañero y mi jefe si quiere, persuadido de que le hablo con mi corazón, como lo comprobará la experiencia.»

Digitized by Google

y ponerlos al mando del coronel Dorrego, único jefe con quien puedo contar por su espíritu, resolución, advertencia, talentos y conocimientos militares, para que en caso de una retirada me cubra la retaguardia y acaso pueda sostenerse en esta parte del Pasaje o río Juramento, a fin de que el paso, en caso de creciente, nos sea más fácil conseguirlo sin pérdida o la menor posible» (15).

Con los salvados de Ayohuma y el contingente aportado por Dorrego, Belgrano veíase al frente de 1.800 hombres, pero ellos en gran parte estaban vencidos ya por la fatiga, y sin espíritu.

Deseaba el Triunvirato que San Martín aceptara el nombramiento de mayor general para ascenderlo a general en jefe después que Belgrano, obedeciendo a un llamado, se pusiera en viaje a la Capital, donde debía explicar sus derrotas; pero San Martín resistíase, pretextando ser aquello desagradable a las tropas que volvían del Alto Perú, por cuyo motivo Posadas le escribió confidencialmente el 27 de Diciembre: «Tenemos el mayor disgusto por el empeño de usted en no tomar el mando en jefe, y crea que nos compromete mucho la conservación de Belgrano. El ha perdido hasta la cabeza, y en las últimas comunicaciones ataca de un modo atroz a todos sus subalternos, incluso a Díaz Vélez, de quien dice que para cuidar de la recomposición de armas será bastante activo, y a eso lo ha destinado» (16). Adjuntábale una carta de Tomás Guido, diciéndole contener la explicación más circunstanciada, sobre el desastre de Ayohuma, que se había podido lograr, previniéndole que este patriota lo vería pronto y estaba encargado de convencerlo de que no debía insistir en sus renuncias.

Del campo de Ayohuma los realistas salieron muy poco dañados, y por eso la persecución que hicieron fué tan activa que Belgrano tuvo que resignarse a evacuar el Alto Perú, dando por terminada la campaña, aun cuando allí quedaban muchos amigos dispuestos a resistirse.

(15) Original en el Museo Mitre.
(16) Original en el Museo Mitre.

Digitized by Google

Pezuela lanzó tras los argentinos que se replegaban — con instrucciones de invadir la provincia de Salta, dominarla y establecerse en la ciudad de Tucumán, donde combinaría operaciones con la plaza de Montevideo — una división de 1.500 hombres mandada por el general Juan Ramírez, que traía de jefe de vanguardia al coronel Saturnino Castro.

Al acercarse esta fuerza a Jujuy, Belgrano desalojó la población confiriendo el mando de su retaguardia a Dorrego, que con 300 hombres mal armados, compuestos por una compañía de infantería y un cuerpo de caballería, disputó el terreno «palmo a palmo», según la expresión del honorable cronista (17). El mismo día del desalojo de Jujuy, la retaguardia patriota sostuvo un fuerte tiroteo y después hubo otros choques: el más importante y que ha merecido grato recuerdo, fué el de Quebrada de Salta. Desgraciadamente, aquí tengo que dejar una laguna que no he podido llenar, por el resultado negativo de muchas diligencias en procura de la documentación necesaria: ésta debe haberse destruído o estar en poder de algunos de esos coleccionistas que creen consiste el mérito de sus papeles en que no los conozca nadie más que ellos y la polilla, que poco a poco se los va engullendo (18).

Castro aguardó en Jujuy algunas horas la llegada de Ramírez; y así se produjo, volvió a separarse de su general y, soldado bravo y ansioso amante, se precipitó hacia Salta con 800 hombres.

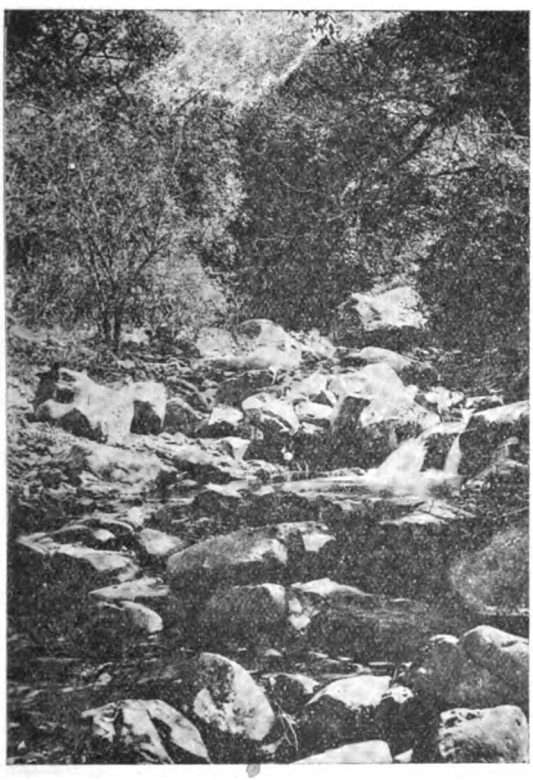
5. COMBATE DE LA QUEBRADA DE SALTA

Dorrego contuvo el paso de la fuerza que avanzaba, pero cediéndolo; y en Enero de 1814, Belgrano no había hecho el pasaje del río Juramento, y Castro se aproximaba a la ciudad

(17) PAZ: *Memorias.*

(18) Las operaciones de la retaguardia patriota mandada por Dorrego, constan de las vagas referencias del general Paz, de las poco más explícitas en esa parte, contenidas en las *Cartas apologéticas* y de algunas cartas de Belgrano a San Martín, cuyos originales están en el Museo Mitre. Hasta el parte del combate de la Quebrada de Salta no aparece; en el Museo Mitre hallé la carta con que Belgrano lo envió a San Martín, pero nada más.

Digitized by Google



VISTA PARCIAL DE LA QUEBRADA DE SALTA O ALTOS DE SAN LORENZO

Digitized by Google

donde hallaría la novia adorable que manteníase fiel al traidor y perjuro, porque nada hay más indulgente que un corazón de mujer ilusionado.

Cerca de la ciudad existen cuatro lomas que se extienden en líneas paralelas «en forma de anfiteatro» y que a Dorrego parecieron trincheras que le brindaba la naturaleza para realizar hazaña digna de Leónidas; llámase el paraje «Quebrada de Salta», y allí, el 21 de Enero, se situó la retaguardia patriota reforzada con un escuadrón de Granaderos a Caballo, para impedir el avance de Castro, mientras Belgrano atravesaba el río Juramento.

Dorrego, que tenía como segundo al mayor Máximo Zamudio, que se distinguió muy señaladamente en la retirada de Ayohuma, y como oficiales a Manuel Rojas y Rudesindo Alvarado, dividió sus tropas en piquetes de cincuenta hombres que escalonó tras las lomas, ingeniosamente diseminados, y al aproximarse al enemigo hizo sonar incesantemente los clarines para engañarlo y atraer destacamentos a distintos sitios, a fin de hacerlos pedazos. Pero Castro, que se presentó con toda su división a las 11 de la mañana, atemorizado, creyendo que todas las fuerzas patriotas se le oponían, no separó ni un hombre de su línea, y a vivo fuego atacó en masa las posiciones de su hábil adversario, quien, haciendo aparecer en una altura cincuenta tiradores que inmediatamente se ocultaban, apareciendo otros tantos en otra, según los movimientos de los realistas, sostuvo el combate durante todo el día, fusilando por todos los flancos a la vanguardia enemiga, hasta que al morir el crepúsculo, agotadas sus municiones y conseguido lo que se había propuesto, — pues Belgrano ya estaba en la otra margen del Juramento, — después de replegarse de loma en loma muy lentamente, desalojó la última de éstas y muy luego se ocultó a los ojos de sus contrarios en una serranía. Los «Granaderos a Caballo» no dispararon un tiro en este combate, — después del cual, según la frase de Paz, «el enemigo se hizo más circunspecto», — por haber servido de reserva. No

Digitized by Google

existe cálculo, ni aun aproximado, de las bajas sufridas por los realistas en la acción; pero Dorrego afirma haberles causado «un gran daño», no teniendo él, en cambio, más que 3 muertos y 2 heridos.

Esa misma noche la retaguardia patriota vadeó el río Arias para establecerse en Guachipas, desde donde, según estaba convenido anticipadamente con el general, comenzó a hacer la guerra de recursos por medio de partidas sueltas, sólidamente apoyadas por el vecindario. El audaz guerrillero había sido nombrado gobernador de Salta, y tenía instrucciones escritas de Belgrano, en que éste le transfería sus facultades, al norte del Juramento.

Castro entró, después de la acción de la Quebrada, a su ciudad nativa; pero la encontró casi desierta, porque una gran cantidad de vecinos había emigrado, llevándose casi todo aquello que podía serle útil.

Digitized by Google

CAPÍTULO VI

La guerra de partidarios

1. San Martín asume el mando del ejército.—2. San Martín, Dorrego y Guido.—3. Plan de Dorrego para la guerra de partidarios.—4. Combate de Chicoana.—5. Ensayo del plan de Dorrego.—6. Candidatura de Dorrego al empleo de mayor general del ejército.—7. Renuncia de San Martín.—8. Tercera campaña del Alto Perú.—9. Segunda defensa de Salta.

1. SAN MARTÍN ASUME EL MANDO DEL EJÉRCITO

San Martín celebró su primera entrevista con Belgrano en una casa de Yatasto, que en aquella época llamaban «del altillo», y que actualmente llaman «del encuentro», para rememorar el episodio. Pocos días antes, el segundo había separado del ejército a Díaz Vélez, con el pretexto de que fuera a Buenos Aires a instruir al Gobierno de los auxilios que hacían falta para continuar la campaña; y desempeñada por Tomás Guido la misión de confianza que Posadas le encomendó, San Martín prestó su consentimiento para que se le hiciera reconocer como mayor general.

Establecido el campamento del ejército en Tucumán, Belgrano recibió un oficio del Triunvirato, en que se le ordenaba entregar el mando en jefe a su segundo, quien a su vez recibía instrucciones para hacer regresar a la Capital al derrotado de Vilcapugio y Ayohuma. Belgrano obedeció; mas San Martín, que se condolía de la suerte de un patriota cuyas virtudes se hacían visibles al primer pantallazo óptico, se empeñó en retenerlo a su lado, informando que razones de salud no permitían el viaje y que, además, era útil la compañía del ex general, quien suministraba noticias sobre el terreno en

Digitized by Google

que se iba a operar; debido a eso, Belgrano quedó algún tiempo a cargo de la jefatura del regimiento de «Patricios» número 1, que siempre se había reservado.

Inútil me parece hablar de las altas cualidades del coronel San Martín para el mando en jefe, que los Andes, Chacabuco, Maipo y Lima, son cantos de un poema que las pregona a través de los tiempos. Pero séame permitido decir, sin embargo, que era el nuevo director del ejército, de cálculo sagaz y matemático y espíritu concentrado; tenía algo que aún no había resplandecido en ningún otro jefe argentino: era el tipo consumado del militar profesional; la Revolución engrandeció su carrera, pero habría abrazado ésta aun sin pensar en servir a aquélla. Severo, receloso, parco en palabras, sentía además tal respeto por el uniforme, que el soldado parecíale un sér destinado a ennoblecerse al servicio de la patria y cuyo honor era inviolable, lo cual indújolo a reprender a su esposa durante su luna de miel por haber utilizado un asistente en el acarreo de mercaderías, y a premiar un centinela que se negó a permitirle la entrada a una maestranza en cumplimiento de su consigna. Además, era un observador sutilísimo, que prontamente comprendía la idiosincrasia de cada individuo y podía discernir si convenía utilizarlo, en qué obra y hasta qué grado.

Desgraciadamente, esas condiciones positivas eran el mayor obstáculo a su labor. El cambio de general no hacía transición entre dos sistemas completamente opuestos, y resultaría irremediable la dificultad de conciliar la organización defectuosa del ejército con los principios del nuevo jefe.

2. SAN MARTÍN, DORREGO Y GUIDO

Dorrego, que se mantenía en Guachipas, fraccionó una parte de sus tropas en partidas sueltas cuyo mando confió a oficiales con conocimientos del terreno, a los cuales encomendó hacer guerra de recursos y fomentar la sublevación de los gauchos que gustosos se prestaban a servir de «bomberos» y aun co-

Digitized by Google

operadores más activos, a las pequeñas fuerzas que molestaban diariamente al enemigo. El sistema de hostilidad tuvo franco éxito, y aún después de haberse reunido Ramírez con el grueso de sus tropas a Castro, los realistas se encontraron imposibilitados de proseguir sus marchas y desarrollar su plan, no obstante disponer de algunas caballadas.

Pedidos y recibidos refuerzos, la situación de los invasores no fué mejor. Con su cuartel general en la ciudad de Salta y una retaguardia en Jujuy para mantener francas las comunicaciones con Pezuela, Ramírez no se atrevió a otra acción que destacar partidas para explorar el campo o buscar vituallas, y ellas caían frecuentemente en las celadas tendidas por los gauchos y eran acometidas inesperadamente por los soldados de Dorrego, quien se vanagloriaba años más tarde de haber «contenido el esfuerzo de los realistas que anhelaban pasar a Tucumán» y de haberles «tomado diferentes partidas» (1). El alzamiento contra los invasores era en muchas partes espontáneo, y reflejaba las pasiones que la presencia de los «godos» exacerbaba en las provincias del norte (2).

(1) *Cartas apologéticas.*

(2) «La insurrección salteña, en presencia del invasor triunfante, fué tan deliberada como valerosa, la población emigró en masa por movimiento propio, refugiándose en los montes y las montañas los hombres de armas, resueltos a combatir por su cuenta. Los ranchos de los campos quedaron abandonados y las ciudades casi yermas. En la capital de la provincia se sacaron hasta los badajos de las campanas para que el enemigo no pudiese ni aun celebrar sus triunfos con ellas, permaneciendo en sus conventos tan sólo dos frailes valetudinarios para administrar los sacramentos a los enfermos y a los ancianos que no podían moverse. Un testigo presencial de alta autoridad, que da fe de este movimiento unánime y espontáneo, dice de él: «Estas disposiciones del paisanaje prepararon esa resistencia heroica que la provincia de Salta sola, opuso a los ejércitos españoles. De entonces principia ese desenvolvimiento de fuerza que hizo otros tantos soldados valientes de cuantos habitantes tenía aquel suelo fecundo. Las partidas enemigas que salían de la ciudad se veían siempre aisladas, marchando siempre por un desierto y entre bosques, en que cada árbol ocultaba un enemigo. Oficial español hubo que atravesaba uno de ellos a la cabeza de su numerosa partida, con la pierna puesta sobre el pescuezo del caballo, silbando una contradanza, cuando una mano invisible, de lo más espeso del bosque le disparó un tiro que lo dejó cadáver en el acto y en el mismo sitio.»

«Hechos más determinados y característicos darán idea de la espontaneidad y vigor de este movimiento insurreccional. Posesionada de Salta la vanguardia realista, destacó al frente de una partida de treinta hombres armados de tercerolas y sables, a un teniente llamado Ezenarro, natural del Cuzco, con el fin de ocupar el distrito

Digitized by Google

Ya el 25 de Enero (antes del encuentro), Belgrano, confortado por las proezas de Dorrego, escribía a San Martín desde Tiencho: «Diga usted a nuestro Rojas que conviene hacer un diario de las operaciones del ejército; escribientes no han de faltar, y con noticias podremos alimentar a los emigrados y aun encender el fuego del patriotismo para que tome actividad. Dorrego nos dará materiales, y de cuando en cuando algún augurio no vendrá mal».

San Martín envió a Guido al lado de Dorrego en el escuadrón de «Granaderos» de que se habló antes, pero a los pocos días, habiendo asumido ya el mando en jefe, lo llamó a Tucumán para pedirle informes de la división que hostilizaba al enemigo.

Guido era un hombre joven pero de inteligencia tan clara y activa, que todos sus juicios tenían el sello de la discreción y de la sabiduría. Voluntario del ejército que resistió las invasiones inglesas primero, en Mayo de 1810 asistió a las reuniones de los dirigentes del partido patriota al lado del doctor Darregueira, y luego de instalada la Junta Provisional de Gobierno, actuó como auxiliar de secretaría del doctor Mariano Moreno, que lo tuvo en gran estima, demostrada al lle-

de Chicoana, a 26 kilómetros al sud de la ciudad de Salta, en el valle de Lerma, el cual, como americano renegado, exageraba la crueldad contra los de su raza. Sus exacciones exasperaban al paisanaje, predispuesto a la rebelión. En el primer domingo de su llegada, después de oir misa los del pueblo, dijo uno de elios: ¡No hay más que alzarnos contra esa canalla! ¿Y con qué armas? preguntó uno. Con las que les quitemos, repuso otro. Un propietario de la localidad llamado Luis Burella se puso al frente de sus paisanos, sorprendió la guardia, desarmó a Ezenarro y a su partida, y los remitió prisioneros a Tucumán. Armado con las armas del rey, salió a campaña y se aproximó a los Cerrillos, a 15 kilómetros de Salta. Los españoles desprendieron contra él una compañía de linea, la que atacada inmediatamente por los insurrectos fué tomada en su mayor parte prisionera junto con su jefe y remitido como trofeo popular a Tucumán. Otro propietario, llamado Pedro Zabala, hombre de edad madura, imitando el ejemplo de Burella, formó en los mismos dias otra partida con sus peones y algunos voluntarios, y se puso también en campaña entre San Agustín y los Cerrillos. Estas dos partidas iniciaron la resistencia y mantuvieron el terreno en que se alzaron inermes al frente del enemigo.

«Generalizado y sistemado el movimiento insurreccional, todas las voluntades de hombres, niños y mujeres concurrieron a la resistencia: el enemigo se sintió vencido por ella.» (BARTOLOMÉ MITRE: *Historia de San Martín*).

Digitized by Google

varlo de «attaché» junto con su hermano Manuel, en la misión de Londres que atajó la muerte. El trágico fin del grande hombre cuya cabeza sostuvo mientras oía las últimas exhortaciones de la desesperante agonía, dejó en su espíritu, lo mismo que en el del otro compañero, una huella indeleble que sirvió para orientar su vida por camino distinto al de Manuel Moreno, pues mientras se observaba en éste la misma adusta condición del insigne secretario para juzgar sus antagonistas, el temple batallador y la voluntad inflexible que atribuyo a una apasionada imitación, en Guido vese el horror a las facciones, la idea siempre ecuánime, la circunspección ante los hechos y las muchedumbres y el propósito de servir a la patria sin inutilizarse con actitudes intransigentes, que atribuyo en parte al aprovechamiento de la lección que le suministrara la rápida desaparición de un astro.

Este joven brillante pertenecía a familia acaudalada; poseyó ameno y elevado lenguaje, digna y varonil apostura; movía al respeto y despertaba el afecto. San Martín, que lo conoció en Europa, profesábale una calurosa y leal amistad, en la cual tal vez había la intuición del sólido apoyo que encontraría en él para sus magnas empresas del futuro.

Guido había sido, como se recordará, condiscípulo de Dorrego, y ello, unido a la índole expansiva y liberal del jefe de vanguardia, hace presumible le revelase éste su visión del porvenir de los gauchos salteños y le explicara prolijamente, después de haber tomado lecciones de la experiencia, las modificaciones que deseaba introducir en las operaciones a que estaba dedicado, lo cual Guido, con fina perspicacia, debió revelar al general en jefe en términos elogiosos para el guerrillero de la Quebrada. Coincide el retorno de Guido a las tiendas de San Martín, con el envío de un oficio de éste a Dorrego (31 de Enero) consultándolo sobre la conveniencia de reducir a 100 el número de soldados regulares de la vanguardia, y si podría dejarse a cargo de «las milicias» (gauchos armados) solamente, la tarea de perseguir las partidas y vigilar

Digitized by Google

los movimientos del enemigo. « Espero — decía al final — que V. S. desempeñe este cargo con el celo y conocimientos que le asisten y con la franqueza que le caracteriza y es análoga a mis deseos ». Tal manera de animarlo, la oportunidad en que fué hecha la consulta, la rapidez e inteligencia con que fué evacuada, trazándose un hábil plan que no podía ser concebido y madurado en unas horas, parecen demostrar mediaba una confidencia, y San Martín no había conversado con Dorrego, al menos sobre el particular, pues de haber conversado serían otros los términos en que se habría producido.

3. PLAN DE DORREGO PARA LA GUERRA DE PARTIDARIOS

Dorrego informó a San Martín, el 2 de Febrero, que era inútil y peligroso dejar destacada la división a sus órdenes en Guachipas. Para cubrir debidamente el cuartel general, ella debía establecerse en Rosario, Chicoana o Bañado, y en cualquiera de estos parajes, el enemigo, que había hecho recientemente acopio de animales en la región del río del Valle, podía atacarla de improviso forzando sus marchas, y obligarla a combatir antes que pudiera retroceder a las lomas que ofrecían posiciones ventajosas para las escaramuzas, y cortarle las caballadas; éstas eran escasas en la vanguardia, que no podía operar en su totalidad por tal razón; las lluvias continuas y las marchas precipitadas, habían inutilizado parte del armamento y perjudicado la salud de los soldados regulares, de los cuales 40 estaban enfermos; empezaba la desmoralización, y algunas deserciones la anunciaban; 50 hombres en lugar de 300 no sólo bastaban para impedir a los realistas dominar la campaña, sino que llegarían a sus fines mejor, porque encontrarían desembarazo.

Explicado el estado de cosas, el jefe de vanguardia pasaba a ocuparse del nuevo plan que, a su juicio, debiera desarrollarse. Convenía que la fuerza mayor encargada de vigilar al enemigo no excediera de 50 hombres, salteños en su totalidad,

Digitized by Google

soldados regulares y gauchos en parte; debían estar armados con carabinas y fusiles cortados, situarse en Caraguatí y ser mandados por el capitán de «Partidarios» Pablo de la Torre y los alféreces Pedro Arias y José Antonio Suárez. Además debía guardarse, con pequeños piquetes colocados en Alemania, Chacras del Algarrobal y Chilcales de Simbolas, el camino de Brete — teniendo presente que las haciendas sólo de Alemania para arriba abundaban — y mantenerse grupos de gauchos en Bichini con avanzadas en las alturas y en Ablomey, mandándolas Francisco Zuviría y su segundo Pascual Coronel. Convenía dar el mando superior de las guerrillas al coronel Pedro José Saravia, quien había de dirigirlas desde Caraguatí o Algarrobal, conservando a su lado a su hijo José Apolinar y su pariente Saturnino. Pedro Zabala lo secundaría como comandante de Guachipas, Chicoana y Bañado, con los gauchos que le dejaran reclutar, sin duda muchos y muy útiles, pues el enemigo, dueño de la plaza, los dejaba entrar y salir libremente, lo cual equivalía a dejarlos enterarse de las expediciones de partidas sueltas y comisionados, que luego podrían atacar. Interesaba que el coronel Cornelio Zelaya, ya destacado en la región del río del Valle, permaneciera allí y que estuvieran a sus órdenes el capitán Santos Rodríguez y el teniente Ferreyra; se hallaba en condiciones muy ventajosas, pues tenía fácil retirada y medios de saber muy anticipadamente la proximidad de los realistas, y además era para éstos empresa ardua y sin justa compensación, expedicionar hasta Bichini o Caraguatí buscando entrada a los valles, que dentro de pocos días, a causa de las lluvias, Guachipas, Alemania y la cuesta de Bichini serían intransitables a los que no fuesen baquianos muy expertos; para los patriotas, en cambio, la conservación de aquellas posiciones era de capital importancia, «pues conceptúo — decía — que sólo en la extrema debe retirarse, por ser los valles el granero de Salta, tránsito preciso de todas las bebidas y los únicos lugares donde pueden hacer recluta».

Digitized by Google

Los recursos y estímulos necesarios para poner en práctica el pensamiento, eran bien modestos. Carabinas y fusiles con caños cortados ya los tenía la división de vanguardia; se necesitaban además 100 lanzas, que suministrarían los almacenes del ejército; las instrucciones a los oficiales, Dorrego se ofrecía a darlas.

San Martín recibió el informe con viva complacencia, que aumentó después de un prolijo reconocimiento del terreno, realizado para apreciar mejor el acierto de las indicaciones. Aprobado y ensayado el plan al poco tiempo, el futuro vencedor de Chacabuco y Maipú consideraba que no había más qué hacer en el norte, diciendo confidencialmente a un amigo de Buenos Aires: «No se felicite con anticipación de lo que yo pueda hacer en ésta: no haré nada y nada me gusta aquí. La patria no hará camino por este lado del norte, que no sea una guerra defensiva, y nada más; para esto bastan los valientes gauchos de Salta, con dos escuadrones de buenos veteranos. Pensar en otra cosa, es empeñarse en arrojar en un pozo de Ayrón hombres y dinero. Ya le he dicho a usted mi secreto» (3).

4. COMBATE DE CHICOANA

La nota de Dorrego que evacuaba la consulta de San Martín, decía en su último párrafo: «El parte de que una partida enemiga se aproxima a la puerta, me suspende la pluma». Se refería a la entrada de la región que dominaba.

El jefe de la vanguardia desprendió al encuentro de los realistas 40 hombres mandados por el capitán de «Partidarios» Pablo de la Torre, el teniente de «Cazadores» Joaquín Silva y el teniente de «Dragones» Tomás Texerina. De la Torre y Texerina, que se adelantaron con sólo 14 fusileros, sorprendieron el mismo día la fuerza realista, que constaba de 37 sol-

(3) Véanse los documentos que inserto en el Apéndice.

Digitized by Google

dados, en Chicoana; y después de un cuarto de hora de fuego graneado, habiendo llegado y unido su esfuerzo el resto de la partida patriota, el enemigo fué vencido con pérdida de cuatro muertos y catorce prisioneros, entre los cuales se contó el oficial que mandaba la partida y resultó herido. Los fugitivos se salvaron, ocultándose en las fragosidades del terreno.

Creyendo Dorrego que esta aparición de los realistas anunciase otras correrías, se trasladó a Saucecito para disponer mejor, y desde ese punto envió su parte a San Martín, quien notició el suceso a los soldados en una «orden del día» que terminaba con un viva a «la patria y sus valientes».

5. ENSAYO DEL PLAN DE DORREGO

Aprobado el plan de reorganización de la vanguardia, Dorrego permaneció algunos días en las líneas avanzadoras, instruyendo oficiales y tomando diversas disposiciones. En su transcurso llegó al cuartel general de Tucumán el mayor Martín Güemes, a quien Belgrano había expulsado del ejército en la primera retirada de Jujuy, a consecuencia de una historia de amoríos que se hizo pública y chocó con las ideas de riguroso orden social sustentadas por el general ahora en desgracia. San Martín lo envió a la vanguardia, y Dorrego le colocó en el lugar que anteriormente había destinado a Pedro Zabala, que era de mucha acción y sirvió después a tan famoso y heroico guerrillero, para dar la medida de su capacidad.

Güemes pertenecía a una familia honorable de la Capital de la Provincia que tanto habría de defender, y no carecía de cultura; pero, penetrado de la idiosincrasia del gaucho, especialmente en breve estadía en la Banda Oriental, donde contempló y admiró de cerca la popularidad de Artigas, aunque sin gustar de los propósitos de este caudillo, procuró identificarse con los campesinos del norte usando su traje, empleando su lenguaje, halagando en grotescas y zafadas peroraciones—que no dejaba escuchar a ninguna persona con algu-

Digitized by Google

na educación, ni aun a sus ayudantes—el odio a las clases superiores de la sociedad en general y a los falsos «nobles», entre los cuales hubiera podido alternar, particularmente. Tenía esbelta figura, ancha y despejada frente, ojos singularmente vivarachos, poblada barba negra que dejaba crecer hasta el pecho; pero su voz era trabajosa y confusa, a consecuencia de un defecto de la úvula, según un contemporáneo: «quien no estaba acostumbrado a su trato, sufría una sensación penosa al oírlo» (4). Los jóvenes decentes, para vengarse de sus diatribas, en los tiempos que empezó a destacarse, pusieron en boga unos malos versos, que le llamaban:

«Loco, vano, fullero, mentiroso;
Todo esto junto y *ainda mais* gangoso.» (5).

Mientras el coronel Saravia daba cuenta a San Martín que habían sido distribuídas todas las partidas de acuerdo con las órdenes de Dorrego (10 de Febrero de 1814), éste daba por terminada su misión en Salta y se retiraba al cuartel general de Tucumán.

Afanoso Güemes por probar en la pelea la bravura y la adhesión de los gauchos, como el enemigo no se atrevía a lanzar partidas a la campaña aleccionado por los percances ya sufridos, fué en su busca introduciéndose en el valle de Lerma; el 9 de Marzo batió una avanzada realista en los suburbios de la ciudad, y el 11, habiendo realizado el coronel Castro una salida con toda su poderosa vanguardia para hacer lo que parecíale peligroso e inútil esperar de pequeños destacamentos, fué acosado de tal manera por los gauchos apostados detrás de los árboles, que se descorazonó muy pronto, y sin haber salido del valle, regresó a su cuartel a los tres días. «Los gauchos de Salta solos — oficiaba San Martín al

(4) Paz: *Memorias.*
(5) Carrillo: *Historia civil de Jujuy.*

Digitized by Google

Gobierno General — están haciendo al enemigo una guerra tan terrible...».

El 18 de Marzo, otra avanzada de la plaza fué sorprendida por los gauchos de Güemes; pero a despecho de eso, un piquete realista de 56 hombres al mando del capitán José Lucas Fajardo, consiguió deslizarse hasta las cercanías de Guachipas. El 24, habiendo sido sentido por José Apolinar Saravia—gaucho joven que sentía odio feroz a los «godos», y del cual se refiere que en la gloriosa tarde de Tucumán riñó con otro oficial que se opuso al sacrificio de un prisionero, y un rato después, viendo a aquél agredido por un enemigo rezagado, le salvó la vida, exponiendo la suya, sin reconciliarse,—pagó su temeridad. Saravia, reuniendo 30 «partidarios» de los que estaban a sus órdenes y algunos gauchos armados con garrotes y chuzas, lo acometió en Sauce Redondo, matando 11 hombres, entre los cuales cayó Fajardo, y haciendo 27 prisioneros, a cambio de cuatro bajas solamente. « No puedo prescindir de manifestar a V. S., aunque de paso,—escribió San Martín al coronel Pedro José Saravia,—cuán plausible y satisfactoria me ha sido la valerosa comportación del precitado comandante don José Apolinar, la de su hermano don Domingo y de toda la demás gente de su mando en la brillante guerrilla del 24 ».

El 29 salieron de la plaza 80 realistas mandados personalmente por Castro, para atacar a los patriotas mandados por Güemes, cuyas posiciones habían sido descubiertas, pero el segundo se anticipó al primero, logrando sorprenderlo y desbaratarle la mitad de la gente.

Los servicios de Güemes fueron premiados con el grado de teniente coronel y el mando superior de la vanguardia, en que relevó al coronel Saravia. Aumentó su prestigio, su acción cobró aún mayor energía, y los realistas, cada vez más encerrados en la ciudad, creyeron sufrir el asedio de un gran ejército. Pidieron nuevamente refuerzos, y obtenidos, destinaron mil hombres a la conquista de una zona de la campaña, que les sirviese para extraer recursos. Esa fuerza, que maniobró

Digitized by Google

fraccionada en dos divisiones mandadas respectivamente por los coroneles Guillermo Marquiegui (salteño) y Antonio María Alvarez, nada pudo conseguir; regresó a los pocos días, con gran fatiga y algunas pérdidas causadas por la diaria hostilización de los gauchos.

6. CANDIDATURA DE DORREGO AL EMPLEO DE MAYOR GENERAL DEL EJÉRCITO

Al ausentarse Díaz Vélez, lo reemplazó interinamente en el empleo de mayor general el coronel Diego González Balcarce; y aunque Díaz Vélez no había renunciado, nadie pensó que debiera volver, ni aun cuando se produjo el ascenso a general en jefe que se ha referido.

San Martín, impulsado a la vista de los méritos contraídos por Dorrego, que el mismo Belgrano ponderó, y aconsejado por Alvarez Jonte que estaba ahora en el ejército desempeñando el empleo de auditor de guerra, quiso hacer una distinción especialísima y pidió al Triunvirato el envío de un nombramiento de mayor general, con el espacio correspondiente al agraciado, en blanco; el Gobierno accedió, contestándole así: «Se acompaña a V. S. en blanco el despacho de mayor general del ejército de su mando, para que, en presencia de todos sus oficiales y graduando la idoneidad del que deba desempeñar ese importante cargo, lo nombre y dé cuenta» (24 de Enero de 1814); pero San Martín no había calculado que el homenaje iba a herir susceptibilidades de Belgrano, que aspiraba a permanecer en el ejército y no podría sentirse satisfecho quedando a las órdenes del joven inquieto y mordaz a quien había creído necesario reprimir no hacía mucho tiempo. Los reconocimientos que el vencido en el Alto Perú hacía de su error y las reparaciones que noblemente brindara, se detendrían, así comprobase servían a una fortuna que por ser demasiado rápida y coincidir con su desgracia, lo llevaban a

Digitized by Google

una situación molesta y humillante; cuando se exploró su ánimo, vióse que no tenía su beneplácito el nombramiento proyectado.

El mismo día que el Gobierno de Buenos Aires franqueaba el despacho, Belgrano escribía a San Martín desde Trancas, comunicándole la hazaña realizada por Dorrego en la Quebrada de Salta, y agregando, no obstante, parecerle conveniente conservar de mayor general interino al coronel Diego González Balcarce, a quien recomendaba como «contraído y empeñoso», útil especialmente por su «celo en la enseñanza de los reclutas, que importaba apurar hasta el extremo para adelantar pasos», deprimiendo a Dorrego con este juicio, que si se recuerdan otros de escasos días antes, resulta incongruente: «Los «Cazadores» también necesitan un oficial de respeto a la cabeza; mientras, Dorrego los puede manejar» (6).

San Martín debió desagradarse por este cambio brusco de opinión sobre un jefe tan alabado; era demasiado notoria la injusticia de negarle aptitudes para el mando de un batallón, tan luego del batallón que había reorganizado dos veces y hecho lucir en muchas oportunidades, y cuando los méritos del jefe y el cuerpo acababan de acrecentarse. Pero convenía implantar las reformas sin violencias y tratar al general desprestigiado y perseguido con exquisita urbanidad. No desistió San Martín de tener a Dorrego de segundo jefe, pero sí quiso cambiar de procedimiento, y en consecuencia, solicitó al Gobierno un nuevo despacho con nombre, que también se le franqueó sin demora. Posadas, en epigramática carta íntima que no puedo resistir a la tentación de transcribir en parte, aunque pidiendo disculpa al lector que, como dice Hugo en un caso parecido, «quiere se le respete», extrañado por un pedido que le parecía inútil, decía esta vez al general: «En cuanto a Dorrego está bien, y en cuanto a Jonte también; pero es muy bonito que teniendo usted allá agua, sal y aceite con que

(6) Original en el Museo Mitre.

Digitized by Google

preparar una simple lavativa, me sople a mí la comisión, no sólo de prepararla, sino también de echarla» (10 de Marzo) (7).

Sin embargo, apenas llegó Dorrego al campamento de Tucumán, ocurrió un incidente que irritó a San Martín, porque le pareció envolvía una comprobación que lo contradecía a él y corroboraba el molesto juicio de Belgrano; lo cual vino a imposibilitar el encumbramiento proyectado.

El nuevo general en jefe trabajaba con fuerte tesón por reorganizar el ejército de acuerdo con su escuela militar; casi todo lo que encontraba en él era repugnante a sus ideas y al medio en que hasta entonces había vivido: lo heterogéneo de los cuerpos, la camaradería algunas veces grosera y chabacana de jefes y oficiales, las inútiles aparatosidades, le dieron motivo de muy serias cavilaciones. Quiso reorganizar los cuerpos presentándoles como modelo a sus Granaderos a Caballo; para fomentar el honor profesional y hacer que jefes y oficiales guardaran distancia entre sí, les señaló como obligación batirse cuando se produjeran actos agraviantes; suprimió los rezos, las procesiones y todos los ejercicios destinados a la exhibición, y finalmente, trató de eliminar a todos los oficiales que le parecieron incorregibles (8), e hizo concurrir por la noche, a su alojamiento, a todos los jefes y oficiales, para darles academias.

Todo debió ser a Dorrego lisonjero cuando se presentó en Tucumán. Le esperaban allí, de San Martín la noticia de tenerle reservado el segundo puesto del ejército y deferencias cuyo tono grave realzaba; de Belgrano, felicitaciones calurosas

(7) Original en el Museo Mitre.

(8) El 11 de Febrero de 1814, San Martín oficiaba al Gobierno: «Por los informes que he adquirido de los jefes de más opinión del ejército, como por lo que he experimentado desde mi llegada, me he convencido que el gran mal, o por mejor decir el gran inconveniente que ha tenido y tiene el ejército para su organización, es la mala base de sus oficiales; es cierto que los hay sobresalientes, pero en general no puede presentarse una cosa más despreciable y yo estoy convencido de que sin una reforma de mucha parte de ella, el ejército no podrá corresponder a las esperanzas de V. E.» Se quejaba especialmente de los cochabambinos que lo tenían abrumado con pedidos de dinero y solicitaba autorización para suprimirlos sin exceptuar a ninguno. (Original en el Archivo General de la Nación).

Digitized by Google

a «uno de los hijos más beneméritos de la patria» (9); de Alvarez Jonte, el abrazo que al unir dos patriotas refundía dos épocas de luchas inolvidables; de muchos compañeros, el apretón de manos lleno de cordial orgullo, porque había sabido despertar en ellos esa amistad que identifica y se hace superior al parentesco; el ejército que salvara y al que luego ahorrase esfuerzos, se fijaba en él con admiración y gratitud. Lógico era que estuviese contento y la sonrisa asomara de continuo a sus labios.

Contra mis inclinaciones, haré aquí una conjetura que dejo librada al criterio del lector, a quien sólo pido medite si la justifican los hechos que referiré luego y los caracteres de los personajes a que he de referirme. Al encontrarse de nuevo y en otro teatro revolucionario, Dorrego y Alvarez Jonte, imagino sus conversaciones desprovistas de todo disimulo y etiqueteo: mediaban sobradas razones para que intimasen. Tal vez San Martín y Belgrano hubieran tratado antes directa y verbalmente sobre el nombramiento de mayor general, y el segundo hubiese manifestado en ese caso, que no convenía recayera en Dorrego por ser este jefe muy valeroso, activo e inteligente, pero también «muy loco», es decir, muy informal. Si tal ocurrió, Alvarez Jonte lo supo merced a la confianza con que lo honraba San Martín; y con el ánimo muy distante de indisponer, deseoso de hacer solamente una útil advertencia, lo refirió a Dorrego para que se precaviese, no contra Belgrano, sino contra sí mismo, y fuera más discreto. Pero la juventud que lucha, que aspira, que triunfa, suele ser poco ecuánime al juzgar los estorbos que se le oponen: tiene demasiado fuego para detenerse a pesar razones en dos platillos. En esa emergencia, Dorrego no podía pensar en la situación de Belgrano, sino apenas sentir el escarceo de su corazón ante lo que, mezclado a muy cercanos agasajos, debió parecerle doblez, egoísmo y perfidia, aunque, en puridad de verdad, no

(9) *Cartas apologéticas.*

Digitized by Google

habría sido, como está dicho, más que una precaución explicable de un general en desgracia, contra un futuro que podría colmar la medida de la humillación y el desaire. Cuando Dorrego creía advertir en otros preocupaciones desatinadas y vanidosas, no reprimía su ironía: esto fué causa de todos los odios que despertó, y de su inmolación.

En una de las academias nocturnas, a la cual Belgrano y Dorrego asistieron, tal vez en la primera que presenciaba éste, se trató de uniformar las voces de mando y fué a realizarse un ensayo en que San Martín debía dar la primera voz, Belgrano la segunda, y la tercera Dorrego, siguiendo los demás jefes y oficiales colocados por orden de graduación y antigüedad. San Martín tenía una voz fuerte y recia, propia del hombre que subordina, mientras que la voz de Belgrano era suave como la que se desliza insinuante en los salones al oído de las damas, pues uno de sus contemporáneos lo describía así: «Era un hombre de talento cultivado, de maneras finas y elegantes, gustaba mucho del trato de las señoras; un día me dijo que algo de lo que sabía lo había aprendido en la sociedad con ellas. Otro día me dice: «Me lleno de placer cuando voy de visita a una casa y encuentro en el estrado, en sociedad con las señoras, a los oficiales del ejército; en el trato con ellas los hombres se acostumbran a modales finos y agradables, se hacen amables y sensibles, en fin, el hombre que gusta de la sociedad de ellas, nunca puede ser un malvado» (10). Al referir Belgrano la falsa orden dada por San Martín, Dorrego, que conocía al nuevo general en jefe sólo por las distinciones que le había merecido, y que no habiendo sido testigo de sus rigideces no estaba en aptitud de calcular lo que le aguardaba, notando el contraste que se ofreció a su oído, se rió. San Martín, ofendido, golpeando la mesa que tenía enfrente con un candelero de bronce, le dijo ásperamente: «Señor coronel, hemos venido aquí a uniformar las voces de mando

(10) Manuscrito de José Celedonio Balbín existente en el Museo Mitre.

Digitized by Google

y no a reir!». Al día siguiente le comunicó, por medio de un oficio, que debía separarse de su batallón y pasar a Santiago del Estero a esperar órdenes.

El general en jefe dió cuenta de esta medida al Gobierno General, en una nota a la cual acompañó carta dirigida a Posadas, ofreciendo excusas y haciendo presente que Dorrego sería benéfico en el ejército sitiador de Montevideo. Quedaba Dorrego descartado como candidato a segundo jefe del ejército del norte, y el 13 de Febrero San Martín propuso para ese puesto al Gobernador de Tucumán, mayor Francisco de la Cruz, que era el reverso de la medalla, pues aunque ilustrado y metódico, carecía de iniciativa y brillo. Pedía al mismo tiempo se le concediera el grado de teniente coronel y se le dejase desempeñar simultáneamente la gobernación (11); de esto último podrían deducirse segundas intenciones en la candidatura. Posadas le contestó confidencialmente: «Nada me diga usted de Dorrego ni en satisfacción de cualquier medida que tome usted en lo sucesivo, sea de la clase y calidad que fuera, porque debe usted estar seguro y perfectamente convencido, de que a todo he de decir amén» (18 de Marzo) (12). Pero dirigiéndose inmediatamente al doctor Alvarez Jonte, que había reforzado con solicitudes suyas las del general, y con quien había más franqueza, se expresaba de esta manera: «Para mayor general se mandó un despacho en blanco como usted pidió, y cuando iba caminando, pidió usted que se nombrase a Dorrego. Se despachó el nombramiento, y cuando iba caminando, pidió San Martín que se nombrase a Cruz. Ahora no sirve Dorrego ni sirve Díaz Vélez, y con uno y otro yo quedo comprometido» (13).

No obstante los esfuerzos de San Martín en sentido contrario, el Gobierno se obstinó en apartar de su lado a Belgrano, ordenando el 1º de Marzo, en términos enérgicos y perento-

(11) Original en el Archivo General de la Nación.
(12) Original en el Museo Mitre.
(13) Original en el Museo Mitre.

Digitized by Google

rios, que el ex general en jefe emprendiera viaje a Buenos Aires. Obedeció el derrotado del Alto Perú, aguardando un proceso como el que ya le había sido incoado anteriormente por los desastres del Paraguay, y al pasar por Santiago del Estero se detuvo en su tránsito para tomar descanso; Dorrego, que no había escarmentado con el confinamiento que sufría, lo cual contribuye a demostrar que el incidente de la academia no tuvo la importancia que escritores apasionados le asignan, llamó al enterarse del arribo, al sujeto Solano Meguna que no estaba en sus cabales y servía de hazmerreir a la gente, y lo hizo disfrazar con su casaca verde de parada, convenciéndolo que, yendo en su nombre, debía llevar sus prendas; lo mandó luego a saludar a Belgrano. Este sufrió la burla e inmediatamente recibió la visita de sus amigos Santiago del Palacio y Felipe Ferrando (sacerdote), a quienes dijo con indignación: «El insubordinado a quien yo castigué, pero no como debía, ha tenido el atrevimiento de mandarme felicitar con un loco vestido con su uniforme de coronel».

Broma de tan pésimo gusto no tiene, a pesar de todo, el carácter criminoso con que ha sido referida, no sólo porque el mentecato empleado en ella no iba como caricatura de quien lo había de recibir, sino de quien lo mandaba, sí que también se trata de un episodio que no caracteriza al personaje que lo suministra, a quien un sesudo historiador (14) llama, después de examinar el conjunto de hechos que ofrece su vida, «alma generosa iluminada por un rayo de inspiración». Extravíos de esta clase pocos hombres no los sufrieron alguna vez, y no hacen a nadie infame.

Tampoco se puede hacer reproches en nombre de la disciplina atacada o desconocida, porque las grandes figuras de la Revolución no deben ser juzgadas con el criterio de un cadete de la Escuela Militar. Todos los hombres notables tienen las genialidades que corresponden a su misión, y se ha disculpado

(14) MITRE: *Historia de Belgrano.*

Digitized by Google

la aspereza de Lutero, por ejemplo, con la observación que la necesitaba para sus combates; la Revolución argentina destruía las dignidades porque preparaba el advenimiento de una democracia: desconoció a la Metrópoli, depuso los virreyes y derrocó los propios gobiernos creados por sí misma. Dorrego participa con Belgrano el honor de no haber manchado su espada en el motín y en el desorden; como militar accidental, como personaje más bien político que militar, no escaparon, sin embargo, a su acción revolucionaria y por tanto demoledora, las instituciones y las preocupaciones que, creadas antes de la Independencia o en ella, significaban rezagos de la dominación española: su espada fué para abatir a España y para sostener gobiernos independientes, pero su voz iba más lejos. En su instinto estaba prevenir la opinión contra todas las rancias fatuidades, y en las rencillas domésticas empleó como arma el sarcasmo. Con él hirió injustamente a Belgrano en medio de su desgracia — lo que es lamentable — con él era posible excederse y ser cruel; pero siempre envuelve el sarcasmo menor exceso, menor mal, que el pretorianismo, y sobre todo, no es bárbaro... Fueron tantos en cambio los hombres notables de su época que aparecieron en asonadas y desbordamientos de los cuarteles!

Por eso, en las proclamas que hablen al soldado de las virtudes que debe imitar; del amor a la patria; del sacrificio por el gobierno libre y de la adhesión al orden — no al orden de formación ni de las marchas, sino del necesario para el justo acatamiento a la autoridad — el nombre de Dorrego, mártir inocente de principios pisoteados, resonará como una mágica palabra estimulante de la más pura, reparadora y honda sacudida sentimental (15).

(15) Gregorio Aráoz de la Madrid ha referido el incidente de la academia en sus *Memorias*, con las siguientes palabras: «El brigadier general Manuel Belgrano después de haber entregado el mando del ejército al coronel San Martín, dió el ejemplo de quedar bajo las órdenes de éste a la cabeza del regimiento número 1 y concurría como los demás jefes, a la casa del general en jefe, a uniformar las voces de mando. En una de esas noches intentó burlarse del general Belgrano, el comandante enton-

Digitized by Google

7. RENUNCIA DE SAN MARTÍN

Pezuela, sorprendido por la impotencia de sus generales de vanguardia, se trasladó a Jujuy para examinar personalmente las cosas y arbitrar sobre una situación que parecía negar esperanzas a los estrategas españoles y apagar el fuego de sus

ces del batallón de «Cazadores» Manuel Dorrego, a consecuencia de haber repetido aquél la voz de mando que dió el general San Martín; pero éste, así que notó la risa del comandante Dorrego, empuñó uno de los candeleros de bronce que había en la mesa y dando en ella con él, dijo a Dorrego en alta voz: «Señor comandante, hemos venido aquí a uniformar las voces de mando y no a reir». No dice más sobre el incidente.

Aráoz vendió sus *Memorias*, en Montevideo, al doctor Andrés Lamas, que las dejó leer a varios personajes del partido unitario, como Valentín Alsina, que ofuscado por su partidismo llegó a tachar en el manuscrito un renglón en que se reconocía era Dorrego el gobernador legal de Buenos Aires cuando cayó prisionero de Lavalle; y el general Paz, que hallando en el trabajo muchos defectos, resolvió hacer otro él, que fué sus valiosísimas *Memorias*, escritas con las de su compañero de armas por delante.

Paz, cronista probo, exactísimo e inteligente, muy prolijo en el relato de aquellos sucesos en que encuentra comicidad y que sin duda lo recrean, porque no le falta picardía, rectifica frecuentemente las afirmaciones de Aráoz, demostrando, según la justiciera expresión del doctor Vicente F. López, «las antilogías, las invenciones y la fecunda imaginación con que La Madrid adelanta hechos, accidentes y accesorios inexactos de pura invención suya»; sin embargo, en lo que respecta al incidente de la academia, se limita a decir: «En una de esas reuniones en casa del general, fué que Dorrego se condujo poco convenientemente, lo que motivó su separación del ejército.» Importan estas palabras una corroboración del relato hecho anteriormente por Aráoz: no hace rectificación de él.

Las *Memorias* de Paz fueron también a enriquecer el archivo del doctor Lamas y se mostraron igualmente. En aquellos días los materiales que se acumulaban para escribir la historia, guardaban relación con intereses políticos que se sostenían en la guerra a muerte y en discusiones de apasionamiento delirante. Rebajar los méritos de Dorrego para disculpar su sacrificio, parecía digno a los amigos de Lavalle, tanto más cuando Rosas explotaba con resultado la memoria del desventurado gobernante a quien en realidad nunca quiso, presentándose como su vengador. El género de literatura que estaba en boga durante el sitio de Montevideo era la anécdota grotesca; lo fomentó muchísimo la histrionería de Rosas, del personaje objeto de mayor examen y que suministraba más tema; pero ya se cultivaba antes, en aquellos periódicos que aparecían en Buenos Aires en tiempos de Rivadavia y Dorrego, a los cuales Alberdi llama «la prensa brava», imputándoles la demencia de los partidos.

En 1827 apareció en el periódico unitario «Cincinato», una correspondencia en la cual, con el propósito notorio de molestar a Dorrego, se consignaba: «El general de un ejército lo puso a presencia de éste por los suelos por su orgullo e insubordinación, dicen.» El periódico «Tribuno» que defendía la política de Dorrego y en el cual éste mismo escribía, contestó: «Nombrad al general y decid dónde. El general San Martín y Belgrano, Soler y Alvear a cuyas órdenes ha servido, y a tres de ellos en clase de segundo jefe, le prestaron toda clase de consideraciones; y los dos primeros

Digitized by Google

inspiraciones que había brillado en otros campos. Pero nada podía hacer, pues se encontró rodeado por una gran obscuridad; nada se sabía concretamente de la capacidad del enemigo.

en épocas de gran conflicto, le dieron firma en blanco para que operase. El general San Martín lo separó a Santiago del Estero por medio de un oficio.»

En épocas de exaltación partidaria, las inventivas de la prensa, por absurdas y faltas de hidalguía que sean, suelen convertirse en artículos de fe para aquellos a quienes halagaron. Dorrego era durante el sitio de Montevideo, un remordimiento que llenaba de lágrimas los ojos de Lavalle y que trataban de adormecer los que habían sido sus instigadores; los viejos unitarios acostumbraban repetir procurando engañarse a sí mismos, que el supliciado en Navarro era tal como lo describían los periódicos que lo combatieron en vida: anarquista, ambicioso, traidor, insolente, díscolo. De ahí que el juicio ecuánime, el relato minucioso de Paz, sin escándalo en los pasajes que nombra a Dorrego, haya causado descontento; de ahí que la introducción de párrafos apócrifos en las crónicas de la Revolución, para perjudicar la fama de Dorrego, hubiera sido tan explicable como las que se han descubierto en los «libros santos».

Lamas recogió una buena cantidad de escritos destinados a desvirtuar las afirmaciones del héroe de Caaguazú, — hízose una polémica para la posteridad, — pero bien aquilatados esos papeles, resulta que no valen todos juntos lo que un capítulo de Paz.

Aráoz refutó el voluminoso manuscrito en un nuevo libro, que ha tenido bastante divulgación, titulado: *Observaciones a las memorias del general Paz*. Trátase como inmediatamente se advierte, de un libro escrito con vehemencia para corresponder a incitaciones de amigos políticos y dar paso a desahogos personales; si las *Memorias* del guerrero tucumano revelan su pueril vanidad, su aturdimiento, su falta de comprensión de los sucesos y carecen de autoridad al extremo de que ningún escritor puede servirse de ellas sino con mucha medida y buscando corroboración en otros documentos antes de darles asenso, si quiere salvaguardar su seriedad, las *Observaciones* deben merecer aún menos crédito.

Aráoz parece haber escrito las *Observaciones* con el propósito deliberado de apartarse del ejemplo que le daba Paz hablando con equidad de Dorrego. Sin que de ningún modo venga al caso, no rectificando a Paz sino más bien rectificándose, pues Paz no ha hecho otra cosa que confirmar lo dicho por él, Aráoz consigna una nueva versión sobre el incidente de la academia; es la recogida por el general Mitre en sus dos libros principales.

El general Mitre conoció las *Memorias* y las *Observaciones* de Aráoz, pero mientras uno de estos trabajos se conservaba manuscrito y era ampuloso, el otro, además de ser más conciso, ya circulaba impreso; por eso el historiador hacía sus buscas en las *Observaciones* casi siempre. A esa circunstancia se debe que en lo referente al suceso de la academia, le pasara inadvertido que las *Observaciones* contradecían a Paz y al mismo Aráoz. Digo así porque el ilustre escritor manifiesta en una nota de la *Historia de Belgrano*, que cuando halla divergencia entre Paz y Aráoz, da crédito al primero y desecha las versiones del segundo.

Si Dorrego hubiera despreciado el llamamiento al orden de San Martín, lo razonable habría sido que el general lo hiciera constituir en arresto inmediatamente. El doctor López ha impugnado ya la versión de las *Observaciones* fundándose en que la corrección habitual de San Martín impediale proceder como Aráoz pretende; sigue, al examinar de tal suerte, elementales enseñanzas de la metodología histórica. Dice el talentoso historiador: «el cronista (notoriamente conocido por aturdido y de flaca memoria) le atribuye actos tan incorrectos y tan destemplados que

Digitized by Google

y así, toda iniciativa sería aventurada e insensata. Al fin, Marquiegui trató de realizar un reconocimiento, efectuando primeramente un penoso rodeo por las salvajes regiones chaqueñas,

lo representa por primera vez en su vida como un jefe violento y brutal, tan incapaz de contenerse en el respeto a sí mismo, como de ser consecuente con sus propios actos.» No era posible el arrebato de furor que se imputa, siendo San Martín un general poco conocido por su ejército, sin influjo personal en él, que aún no había hecho carrera en la Revolución, a la cual no tenía rendido otro servicio que la sableada de San Lorenzo, y Dorrego «el jefe más prestigioso y altivo del ejército» según el general Mitre, y quien tenía también méritos recientes y tan altos, que San Martín había ideado una forma extraordinaria de premiarlos. Cómo así, podía convertirse el premio en afrenta, de improviso?

Dorrego nunca fué enemigo de San Martín; los recuerdos que conservó de él le inspiraron siempre respeto y gratitud; quiso volver a servir a sus órdenes en la expedición a Chile, y antes de saber la victoria de Chacabuco, escribió las *Cartas apologéticas* donde el reproche más amargo que hace a Pueyrredón o Terrada, es que se procure indisponerlo con San Martín. Este tampoco aborreció a Dorrego: siendo Dorrego Gobernador de Buenos Aires y encargado del Poder Ejecutivo Nacional, el héroe del Pacífico que se hallaba en Europa, emprendió viaje de regreso a su patria para domiciliarse en ella; habiendo sabido el derrocamiento y el trágico fin del gobernante, al llegar al puerto de Buenos Aires, no quiso desembarcar a pesar de las instancias que le hicieron y de que el mismo Lavalle quiso entregarle la dictadura, que rehusó aceptar entre otras razones, — lo dijo en carta a O'Higgins, — por no servir al partido unitario que le era antipático.

El burlesco saludo de Dorrego a Belgrano en Santiago del Estero, Mitre lo relata también de acuerdo con las referencias de Aráoz, las cuales, bastaría para desecharlas, tener presente que Dorrego no podía proporcionarse en un pueblo de provincia, un uniforme de capitán general. He preferido la versión suministrada por un escritor que por cierto no se ha distinguido defendiendo la memoria de Dorrego, Angel Justiniano Carranza, que en su libro *El general Lavalle ante la justicia póstuma*, consigna el suceso según noticias que provienen de Ferrando y del Palacio.

El doctor Vicente F. López a cuya *Historia de la Revolución Argentina*, tomo X, apéndice, puede recurrir el lector por más comentarios, dice: «Siendo (Dorrego) gobernador de Buenos Aires en 1828 y siendo mi padre su ministro de hacienda, tenía la costumbre de venir casi todas las tardes a tomar café en nuestra casa, y allí le he oído hablar con admirable verbosidad y gracia de los sucesos y accidentes de su carrera. Cuando hablaba del general Belgrano, se mostraba arrepentido de las burlas poco respetuosas que le había hecho; las atribuía a su juventud, a la mala educación del tiempo colonial y sobre todo de los cuarteles donde antes de San Martín prevalecían según decía «las maneras de las mesas de billar».

Entre nosotros se ha abusado grandemente de la anécdota, que no merece cabida en la historia sino como complemento y ornato y cuando es verdaderamente gráfica. La anécdota es cosa que se estira y encoge, según la aplicación que se desea darle, e infinidad de veces, está muy desfigurada ya cuando se escribe. Se ha hecho una verdadera campaña, — véanse ejemplos, — contra la gloria de Bolívar, a quien todos los sudamericanos debiéramos respetar, por medio de anécdotas que lo presentan como enemigo de los argentinos, lo que nunca fué. El doctor Adolfo Saldías ha querido demostrar que Lavalle era monárquico en 1828 por medio de una revelación hecha a José María Roxas. El mismo autor inserta en el mismo libro (*La Evolución Republicana*), un cuento en que aparece Pueyrredón conferenciando con Dorrego la noche anterior al arresto del segundo por orden del primero; la entrevista se

Digitized by Google

y tomó algunos prisioneros que le noticiaron algo; pero la caída de Montevideo y los éxitos de Arenales y Warnes en la guerra prodigiosa de las Republiquetas, hicieron pensar al general Pezuela que pocos halagos podría ya brindarle una campaña que la vehemencia patriótica de los salteños dificultaba enormemente. San Martín hizo varias evoluciones con sus tropas para inducirlo a creer que iba a llevar un asalto al ejército de vanguardia realista, y fué lo bastante para que éste se replegase prudentemente al Alto Perú. Los patriotas quedaban vencedores, y Güemes consagrado como uno de los más gallardos paladines de la Revolución.

Con todo, el general San Martín no se sintió satisfecho. Estaba convencido que el ejército de su mando era reacio a sus métodos científicos, y esto, sumado a lo escabroso del terreno en que debía operar y a la certeza de haber campos de batalla más propicios a las armas argentinas, despertó en su conciencia de agudo observador, la idea del peligro de inutilizarse fracasando en una tercera expedición al Alto Perú. Había hecho ya a un amigo la confidencia a que me referí anteriormente, y esta profecía: « Aliadas las fuerzas (argentinas y chilenas), pasaremos por el mar a tomar a Lima: ése es el camino y no éste ». A la retirada de los realistas siguió la renuncia y separación de San Martín del ejército auxiliar del Perú, que fueron impuestas también por los quebrantos que había sufrido por entonces la salud del gran capitán sudamericano del porvenir. El substituto que tuvo, fué el peor que pudo tocarle en suerte al ejército: se llamaba José Rondeau.

efectúa en forma inverisímil e indecorosa por añadidura; no dice de dónde lo ha sacado, pero documentos fehacientes demuestran que no ocurrió. Nada menos que Carlos Calvo, incurre en la superchería de dar espacio en sus *Anales históricos*, deseoso de probar que Rivadavia era republicano en 1812, a una burda fábula en la cual aparece el triunviro haciendo ademán de arrojar una botella a la cabeza de San Martín que se ha expresado en favor de la monarquía constitucional, sin consumarse la violencia por haber sujetado Alvear el brazo del agresor; cuando la excesiva gravedad de Rivadavia, la hombría de San Martín y el decoro de ambos personajes, debieron hacerle visible la patraña.

Digitized by Google

8. TERCERA CAMPAÑA DEL ALTO PERÚ

Rondeau era hijo de Buenos Aires, si bien hizo toda su carrera en la Banda Oriental, donde estaba ya en los tiempos coloniales y donde tenía el mayor núcleo de sus relaciones. Nunca hizo cosa alguna de mérito positivo e indiscutible; no tuvo talento ni carácter extraordinarios, y sin embargo, trepó a todas las alturas; para explicarme este fenómeno, no discurro sino que su fuerza estaba en su misma mediocridad. Débil y dotado de una ambición poco escrupulosa, fué juguete funestísimo de las personas que lo rodearon, y con muchas de las cuales no dejó de hacerse querer sinceramente a pesar de todo. Su tolerancia inmoral, que se tomaba por bondadosa, favoreció siempre y dejó libre campo a las intrigas y las insubordinaciones; varias veces lo sostuvo el motín al frente de ejércitos que no mandaba bien; varias veces los caudillos prepararon al lado suyo la revuelta, y después de rebelarse, le arrancaron concesiones vergonzosas, siendo, por lo que se refiere a esa parte, los resultados tales, que no es exagerado decir que por donde él pasaba, el caudillaje gaucho lo devoraba todo.

Posadas, que por entonces era Director Supremo del Estado y fué quien subscribió el nombramiento, parecía saber con exactitud lo que podía esperarse de aquel general, dado el procedimiento observado con él. Lo trasladó al norte para enviar a Alvear a terminar el asedio de Montevideo, y cuando esta plaza hubo caído, quiso que Rondeau cediera nuevamente el lugar a su sobrino, que si hubiese dirigido la tercer campaña del Alto Perú, aun perdiéndola, habría sido con gloria y dejando en las tradiciones patrias más resplandores de su genio. Pero Rondeau consintió que los jefes de cuerpo adictos a su persona se sublevasen para rechazar al futuro vencedor de Ituzaingó y conservarlo a él, que desdeñaran el nuncio de gloria por apego al presagiante de inercia y de catástrofe; y arrastrando de paso al desacato a la provincia de Salta, emprendió la tercer campaña del Alto Perú sin relaciones con Buenos Aires.

Digitized by Google

El camino de esta marcha era áspero sí, pero nunca hubo en él más flores que en esta ocasión: si Rondeau hubiera sido capaz de cogerlas! Arenales y Warnes lo esperaban en las sierras con un verdadero ejército; en el Cuzco se producía un movimiento revolucionario: Saturnino Castro, subordinando sus ideas políticas a sus amoríos, preparaba una sublevación en el propio ejército encargado de sostener la causa del rey. Pero todo fué desaprovechado: los soldados de Arenales y Warnes participaron de derrotas que no merecían; la revolución de Cuzco fué ahogada; Castro fué descubierto, la sublevación abortó y el desventurado salteño recibió de los realistas a quienes había servido tanto, la muerte ignominiosa de los traidores; mejor amante que patriota, mereció sólo las lágrimas de una mujer hermosa.

Al iniciarse el año 1815, Rondeau abrió la campaña. El estado moral de sus tropas era deplorable, que cuando la cabeza es anémica y los brazos insolentes, todo tiene que estar trastornado. No eran los oficiales de Rondeau otra cosa que sus enemigos o sus cómplices, y lo consideraban con un profundo desprecio que no tenía disimulo en el trato; los enemigos, o sea los contrarios a su mando, le hacían sentir el odio llegando hasta el ultraje; los cómplices, o sea los que hicieron su trono de bayonetas (y cuán veraz es la frase de Castelar: «Para todo sirven las bayonetas, menos para sentarse en ellas»), no le ocultaban sus liviandades y abusaban en diversas formas de su confianza; que si los unos le negaban obediencia, los otros lo escarnecían con sus queridas que se presentaban en el ejército lujosamente ataviadas y solícitamente atendidas, participando del rango de los que las habían llevado a sus tiendas; y mientras aquéllos lo designaban con apodos burlescos y ofensivos, éstos se los daban cariñosos pero confianzudos. La disciplina sufría una gran relajación; el soldado no recibía sino malos ejemplos, y se destruía en las filas la conciencia militar.

El ejército estaba dividido en dos bandos que continuamente

Digitized by Google

se hostilizaban y que al fin hicieron campamento aparte, acechándose algunas veces con las armas listas para usarlas; el coronel Carlos Forest era el jefe del bando hostil al general, y el coronel Manuel Pagola del adicto. Ambos jefes, cuyo comportamiento de aquellos momentos no puede dejarse de clasificar de censurable y hasta de vergonzoso, tenían sin embargo méritos distinguidísimos y no se puede dudar que, a las órdenes de un general apto, se habrían cubierto de gloria. Continuaba de mayor general Francisco A. de la Cruz, que sufría presenciando irregularidades que no estaba en su mano remediar; y había retornado al ejército Martín Rodríguez, que, tan nulo y ambicioso como Rondeau, de quien deseaba ser heredero (16), tenía ya el grado de general, habiendo puesto más cuidado en ascender que en merecerlo.

Sin embargo, antes de penetrar al Alto Perú, Rodríguez, afanoso por lucirse, intentó un reconocimiento al frente de la vanguardia y se dejó sorprender en el Tejar, el 19 de Febrero, por una división realista que lo cercó, obligándolo a entregarse. Unicamente pudo escapar el capitán Mariano Necochea,—después general,—que al ver la vanguardia perdida, resolvió abrirse paso en la línea enemiga probando el filo de su espada, y lo obtuvo, causando asombro estupendo (17).

(16) Afirma Paz que no obstante ser él oficial subalterno, Rodríguez, impaciente porque vacase la jefatura del ejército, le dijo después que se supo la caída de Alvear: «Es lo más impropio que el general Rondeau estando nombrado Director del Estado, se conserve a la cabeza del ejército; debería trasladarse a la Capital dejando el puesto a quien corresponda.»

(17) Un cronista de la época refiere así el episodio: «Es el caso que Necochea, que se había guarecido en un corral de palos con 25 Granaderos a Caballo que mandaba, se resistió largo rato contra más de 300 enemigos que lo tenían cercado, había perdido ya algunos soldados, y prefirió morir a rendirse prisionero. Monta en un caballo en pelo con la espada en mano, párase en la puerta del corral sufriendo un horroroso fuego, observa la línea enemiga y carga solo donde estaba la Caballería; al ver venir al héroe todos se preparan y se adelanta un valiente soldado español a recibirlo; le abre la cabeza de un fuerte tajo, entonces todos le abren campo, se escapa golpeándose la boca y es perseguido durante más de dos leguas. Hablando Necochea conmigo de ese suceso, me dijo que nunca había dado un tajo igual a aquél, pues le había dividido al enemigo la cabeza hasta el pescuezo.» (Manuscrito de José Celedonio Balbín, existente en el Museo Mitre).

Digitized by Google

El ejército patriota, como si este contraste lo hubiese anonadado, detuvo su avance que sólo continuó en Abril; y el 19 de este mes, el mayor general Cruz derrotó a 300 realistas en el Puesto del Marqués, haciendo 100 prisioneros, única victoria de esta campaña y de Cruz, y todavía obscurecida por crueldades, insubordinaciones y desórdenes de distinto género, que siguieron al combate. «Nunca he visto ni espero ver—dice el general Paz—un cuadro más chocante ni una borrachera más completa que la que siguió al triunfo. Los soldados desconocían y amenazaban a sus jefes, sin que éstos se atreviesen a darse por entendidos». Güemes, que se encontró con sus milicias salteñas entre los vencedores, presintiendo un desastre total a consecuencia de tanto desaguisado como el que se venía cometiendo hacía meses, dió vuelta hacia Salta, donde había de campear por sus respetos.

Pezuela puso en libertad al general Rodríguez para utilizarlo en una negociación de paz, haciendo al ejército patriota, según la expresión de un historiador (18), «un verdadero presente griego». En efecto, informando algunas avanzadas argentinas que en Venta y Media había un destacamento de 300 españoles, Rodríguez, a quien vendría bien rehabilitarse con una fácil victoria, pidió ávidamente a Rondeau lo encargara de batirlos; accedió el general en jefe, confiándole más de 500 hombres y haciéndole la prevención que procediera con cautela y no se comprometiese si había peligro. El resultado fué que lo batieron a él ignominiosamente el 20 de Octubre, en la posición indicada. Paz perdió un brazo en este combate.

Así auspiciado, llegó el ejército patriota a la heroica Cochabamba y se situó en los campos de Sipe Sipe, donde se detuvo a espera del enemigo. El 26 de Noviembre se avistaron las vanguardias de Pezuela y Rondeau, y al día siguiente se empeñaron fuertes tiroteos entre ellas, para generalizarse luego el combate con un desarrollo parecido al de Ayohuma. Zelaya,

(18) MITRE: *Historia de Belgrano.*

Digitized by Google

jefe de la vanguardia patriota, se condujo bizarramente, pero el 28 los realistas escalaron una altura que Rondeau no había fortificado por creerla inaccesible; desde allí dominaban el llano en que estaba el grueso del ejército patriota, que después de media hora de resistencia desesperada, huyó media legua en busca de otras posiciones. En la mañana del 29 se reanudó la lucha, o por mejor decir, continuó el desastre: los realistas asaltaron y al primer empuje, los patriotas fueron dispersos. Rondeau fué a dar a Charcas, azorado y solo; pero hubo otros jefes que conservaron su serenidad y trataron de atenuar consecuencias, distinguiéndose especialmente Pagola, que reorganizó su regimiento bajo el fuego del enemigo y salvó sus banderas; Zelaya, que reunió 400 dispersos, y Forest.

Reuniéronse las reliquias a dos leguas de Charcas y se retiraron en dirección a Jujuy, llevando a la cabeza su inepto general, a quien Forest acriminaba y desobedecía en público, con tal exaltación que se temieron violencias mayores de su parte. Pero ellas no ocurrieron, debido, principalmente, a la impavidez del general ante la provocación, y la compasión que su pobreza de espíritu inspiraba; hasta que, al llegar a Humahuaca, se incorporaron tropas de refuerzo mandadas por los coroneles French y Bustos, con lo cual, fortalecida la jefatura, Forest fué expulsado y su regimiento disuelto.

9. SEGUNDA DEFENSA DE SALTA

Cuando Güemes se separó del ejército, asaltó el parque del mismo, que estaba en Jujuy, para proveerse de armas, y luego se presentó en la Capital de su provincia, donde una asamblea popular lo eligió Gobernador. Al replegarse Rondeau después de Sipe Sipe, Güemes le envió auxilios, que más tarde retiró por la incompatibilidad de miras que muy pronto se puso de manifiesto entre ambos. Los dos no cabían en una misma jurisdicción.

No tardó en producirse el rompimiento, y las fuerzas naciona-

Digitized by Google

les y provinciales sostuvieron fuertes tiroteos, en los cuales tocó a las primeras la peor parte; mas, afortunadamente, la idea del peligro común evitó el escándalo de una guerra civil en el norte, frente al enemigo que se disponía a invadir, y se llegó a una convención pacifista, aunque fué al precio de humillaciones para el general. La convención apenas permitía al ejército permanecer en la provincia de Salta; amnistiaba a sus desertores acogidos por Güemes, que permanecerían en el campamento elegido a cambio de una promesa de presentar a Rondeau 300 reclutas salteños; los prisioneros de ambas partes quedarían en libertad; el ejército nacional sería provisto de víveres — a condición de pagarlos — por el Gobierno de la Provincia.

Rondeau, retrocediendo, fué a situarse en Jujuy, desde donde envió se renuncia del empleo de general en jefe, pensando sin duda trasladarse a Buenos Aires a desempeñar el Directorio. Pero, enterado más tarde de la sublevación de Díaz Vélez y de la caída del substituto Alvarez Thomas, creyó posible hacerse fuerte en la jefatura del ejército, y volviendo sobre sus pasos, ofició al Congreso Nacional, ya reunido en Tucumán, protestando porque antes de su renuncia se había pensado que Belgrano lo substituyese, insulto que (afirmaba, descubriendo la intención de resistirse a la entrega) podía tener consecuencias terribles. Derrotado, fugitivo del territorio que había ido a conquistar, habiendo capitulado con los gauchos después, aún restaba insolencia a este general inepto, para amenazar a los representantes de los pueblos reunidos para efectuar la declaratoria de la Independencia.

En bien de la moral, el Congreso insistió en el nombramiento de Belgrano, autorizando a éste para tomar medidas antes de asumir el mando, para conjurar los trabajos subversivos que podían haberse realizado en el ejército, y Rondeau se vió en el caso de entregar su puesto al coronel Domingo French, que muy luego trasladó el cuartel general a Tucumán, en vista de las dificultades acarreadas por la ojeriza que ha-

Digitized by Google

bían tomado los gauchos a los soldados regulares, de tal naturaleza, que podía conducir a una disolución; y desde entonces el ejército no fué sino una reserva de aquéllos, que lo consideraban despreciable e inútil.

A mediados de 1816, los realistas del Alto Perú, reforzados con tropas europeas, comenzaron sus preparativos de invasión a Salta, bajo la dirección del general La Serna — sucesor de Pezuela — que antes de comenzar la campaña escribió a Güemes: « Cree usted, por ventura, que un puñado de hombres desnaturalizados y mantenidos por el robo, sin más orden, disciplina ni instrucción que la de unos bandidos, puede oponerse a unas tropas aguerridas y acostumbradas a vencer a las primeras de Europa, y a las que se haría un agravio comparándolas a esos que se llaman gauchos, incapaces de batirse con triplicada fuerza como es la de su enemigo? » Los hechos debían responder.

El 6 de Enero de 1817, la vanguardia realista, mandada por Olañeta, se estableció en Jujuy, y sólo a mediados de Abril, el grueso del ejército invasor pudo entrar en la ciudad de Salta; pero ¡qué caros pagaron La Serna y sus compañeros todos los pasos dados en la indomable provincia! Movíanse destacamentos, fuertes divisiones y aun el ejército en masa, dejando charcos de sangre a muy cortos trechos en cuantos senderos emprendían; una res de que consiguieran apoderarse, les costaba casi siempre la vida de varios hombres; los gauchos salteños, en combates diarios, encabezados por el mismo Güemes o por sus oficiales Manuel Eduardo Arias, José Apolinar Saravia, Pablo de la Torre, Pachi Gorriti, etc., realizaron proezas sin cuento. Dos meses después, todo el gran ejército invasor, que tuvo en sus filas unos 5.000 hombres, emprendía penosísima retirada, en que sufrió las privaciones más dolorosas y tuvo que consumir en los fogones los bastos de los recados. Había perdido como 2.000 plazas, contando los que perecieron por enfermedad, y casi todo su material bélico. Esos fueron los resultados de la guerra de partidarios, justamente famosa.

Digitized by Google

CAPÍTULO VII

La insurrección artiguista

1. Los orientales en la Revolución de Mayo. — 2. Primeros síntomas de discordia. — 3. El generalato de Sarratea. — 4. Rompimiento definitivo de Artigas con las autoridades nacionales. — 5. Alvear reemplaza a Rondeau. Toma de Montevideo y combate de Las Piedras. — 6. Progresos de la insurrección artiguista. Negociaciones de paz.

1. LOS ORIENTALES EN LA REVOLUCIÓN DE MAYO

La primera preocupación de la Junta Provisional de Gobierno establecida en Buenos Aires el 25 de Mayo de 1810, fué ser obedecida por las autoridades de Montevideo y la Banda Oriental, y al principio pareció que su propaganda iba a obtener un éxito fácil y rápido. El pueblo de la Colonia, por intermedio de su Cabildo que inspiraba el cura patriota Enrique Peña, fué el primero que reconoció la Junta, la cual contribuyó a libertarlo de la presión del comandante militar Ramón del Pino, enviando una compañía al mando de un oficial porteño; el Cabildo de Montevideo, invitado a propender al envío de diputados a Buenos Aires para decidir la suerte del Virreinato en vista de la caducidad del virrey, respondió de conformidad, haciendo algunas reservas de interés localista; y Maldonado siguió el paso de la Colonia.

Ya no era gobernador de la Banda Oriental el coronel Francisco Javier de Elío, el terrible «español azo» cuyas diferencias con Liniers, asociadas a los intereses regionalistas de los orientales, habían dado motivo a ruidosos y no lejanos conflictos con la Capital del Virreinato; se había embarcado para la Península, sucediéndolo Joaquín de Soria, lo cual favorecía las aspiraciones de los patriotas.

Digitized by Google

Pero las adhesiones eran prestadas en la creencia de que la Metrópoli había sucumbido sin remedio, y con la conformidad de los españoles europeos que eran mayoría en Montevideo. Hubo en esta ciudad un partido patriota ya sentido cuando las invasiones inglesas por el general Auchmuty, quien en las comunicaciones a su gobierno hablaba de él con calor, diciendo le demostraba que los hijos del Río de la Plata, «a pesar de su barbarismo», aspiraban «a seguir los pasos de sus hermanos de la América del Norte» (1). Los hombres de acción de ese partido eran Pedro F. Sainz de Cavia, que mantenía asidua correspondencia con los revolucionarios de Buenos Aires, y el doctor Lucas José Obes; los dos eran porteños y profesaban una moral equívoca que les permitía mezclarse con sus adversarios y fingir un celo ardentísimo por las ideas de ellos, para inducirlos a realizar actos que los perjudicasen; por eso habían cizañado a Elío en sus cuestiones con Liniers. En la noche del 1° de Junio se supo en Montevideo, por conducto fidedigno, que se había instalado en España el gobierno que se denominó de la Regencia, y el gobernador, el resto de las autoridades y los «godos» en general, dejaron de considerar a los revolucionarios de la Capital del Virreinato, opositores a la conquista francesa, para tildarlos de traidores a España.

Por eso, después, habiendo enviado la Junta de Buenos Aires a Montevideo, para concertar detalles de su reconocimiento con el Cabildo de esa ciudad, al secretario doctor Juan José Paso, éste fué recibido como un parlamentario enemigo, permitiéndosele apenas asistir al *cabildo abierto* del 12 de Junio, en el cual el oficial de navío Juan de Vargas replicó con mucho enfado a su discurso, llegando a tratar de «viejo chocho» al respetable anciano León Pérez, que en términos muy moderados quiso apoyar lo expuesto por el delegado porteño. El pronunciamiento de la asamblea fué contrario a las preten-

(1) Vicente F. López: *Historia de la Revolución Argentina.*

Digitized by Google

siones de Paso, a quien obligaron a embarcarse de nuevo sin comunicarse con nadie; a los pocos días, Montevideo reconoció la Regencia de España e Indias.

La Junta de Buenos Aires abrigó todavía algunas esperanzas. Cavia y Obes conspiraban: les habían prometido su concurso dos jefes de la guarnición—Murguiondo y Balbín—y celebraban en un convento frecuentes reuniones a las cuales asistieron los frailes patriotas José Monterroso (cordobés), José Benito Lamas y otros. Por desgracia, el gobernador Soria descubrió el complot, y el 11 de Julio cercó las tropas de Murguiondo y Balbín, obligando al segundo a rendirse después de un breve y desigualísimo combate; el primero ocupó el fuerte «Ciudadela», donde hubiera podido resistirse días enteros, pero se valió el español de la traición para apoderarse de su persona y conseguir luego el sometimiento de la tropa. Murguiondo, Balbín y otros patriotas civiles y militares, fueron deportados a España, pero Cavia y Obes consiguieron escapar a Buenos Aires.

No quedaba ya a la Junta otro recurso que las armas para dominar en la Banda Oriental; así lo comprendió ella cuando algunas semanas después proyectó el envío a ese territorio de la expedición auxiliar dirigida por el vocal Belgrano, que un cambio de planes hizo se destinara luego al Paraguay.

En Enero de 1811 regresó a Montevideo con el grado de general y el nombramiento de virrey del Río de la Plata, Francisco Javier de Elío; habiendo la Junta de Buenos Aires desechado con desprecio el pedido de disolución y ofrecimiento de amnistía que le hizo, comenzó a prepararse para la guerra, y ordenó al brigadier Muesas que se situase en el pueblo de la Colonia con una división.

Entre la gente de Muesas iba el ayudante de «Blandengues» José Artigas, que había sido contrabandista en su juventud, y luego, sugestionado por el terrible perseguidor Jorge Pacheco, que no pudiendo darle caza pactó con él y de quien asegúrase acostumbraba *enchipar* con cueros frescos y dejar

Digitized by Google

después al sol, a los contrabandistas y bandoleros que caían en sus manos, entró al servicio de las autoridades coloniales, y fué terror de los vagabundos entre quienes había pasado una gran parte de su vida; no es posible establecer si el título injurioso de «enchalecador» que más tarde le dieron sus enemigos, se debe a que él mismo utilizara aquel bárbaro sistema de exterminio, o simplemente a su afinidad con Pacheco. Artigas estrechó amistad en la Colonia con el presbítero Enrique Peña, que seguía ejerciendo tranquilamente su curato después de sofocado el pronunciamiento de aquel pueblo; y el resultado fué que el oficial, habiendo reñido con Muesas,—quien, según la leyenda, lo amenazó con mandarlo engrillado a la isla de San Gabriel,—se fugó al campo acompañado por el cura y un esclavo, para pasar luego a Buenos Aires, donde se ofreció a la Junta casi al mismo tiempo que sus compañeros de regimiento José Rondeau y Rafael Hortiguera.

Artigas fué comisionado por el gobierno patriota para insurreccionar la campaña oriental, en circunstancias que Elío rompía hostilidades. El futuro caudillo se trasladó a Entre Ríos, y desde allí realizó algunos trabajos sin riesgo alguno de su persona y con un resultado que no puede calcularse, pues su ascendiente, por entonces, estaba muy distante de ser el que le atribuyen los que se dejan engañar por su celebridad posterior.

El hecho es que ya se comprendía en la campaña oriental la Revolución de Mayo, y que había muchos trabajando por extenderla hasta allí. Los primeros levantamientos se efectuaron en Mercedes y sus inmediaciones, encabezados por gauchos audaces que se llamaron Pedro Viera, Venancio Benavídez y Ramón Fernández. El mayor Miguel Soler pasó a Soriano desde Entre Ríos, con un piquete de 30 hombres, para alentarlos; habiéndose avistado varios buques españoles en el Uruguay, los caudillos pidieron a Soler que asumiera el mando de todas las fuerzas revolucionarias para sostenerse en el expresado pueblo, caso de ser atacado. El enérgico oficial

Digitized by Google

aceptó; el ataque no se hizo esperar, y los realistas que eran más de 150, fueron rechazados dos veces, es decir, en un combate que libraron desde sus naves, y en otro que sostuvieron en tierra aceptando un reto del jefe de la defensa.

Poco después volvió Artigas a su terruño con varias compañías de «Patricios»; y las invasiones libertadoras a la Banda Oriental se sucedieron, porque Belgrano había sido encargado de organizar allí un ejército sobre la base de las tropas salvadas en el Paraguay. Belgrano estuvo en la margen derecha del Uruguay en Abril de 1811 y llevaba entre sus oficiales a Manuel Artigas, primo de José, que se había distinguido señaladamente en la campaña de que volvía; pero un mes más tarde, tuvo que separarse de sus tropas e ir a Buenos Aires para responder al sumario que iba a instruírsele por sus derrotas, después del triunfo de la revolución saavedrista.

Los dos Artigas, Benavídez y otros caudillos se movieron en distintas direcciones, provocando numerosos levantamientos en la población campesina e improvisando huestes numerosas con que derrotaron a los realistas y se posesionaron de diversos pueblos. Manuel Artigas asaltó, el 22 de Abril, el pueblo de San José que estaba fortificado por los realistas, y cayó fulminado por una granada a los pocos metros de la plaza principal; Venancio Benavídez llegó al día siguiente, después de haber tomado el Colla (Rosario), y continuó la lucha, venciendo a los españoles el día 24.

La muerte de Manuel Artigas, a quien se han tributado honores como a una de las primeras víctimas ilustres de la guerra de la independencia, ha sido comentada como una desgracia para Buenos Aires, por creerse que el heroico oficial habría contrarrestado la acción que su pariente desenvolvió más tarde, haciendo una revolución dentro de otra revolución; pero aunque no es del todo ilógico suponer que se habría mantenido partidario de la unión más estrecha con la Capital, lo es que se hubiese opuesto con buen éxito a un cisma cuya causa debe buscarse en influencias ambientes que ya empeza-

Digitized by Google

ban a marcarse bajo el régimen colonial, que los propios errores de los gobiernos — y sobre todo de los generales de Buenos Aires — habían de estimular. A éstos nunca le faltaron jefes orientales de capacidad y méritos como Viana y Valdenegro, y de prestigio entre los gauchos como Viera y Fernández, para ser sostenidos; pero los militares y caudillos que tomando parte en la rebelión se habrían hecho poderosos, tratando de ahogarla, se veían abandonados hasta por los amigos que creían más constantes.

El 18 de Mayo, José Artigas, con una numerosa caballería gaucha, 346 infantes, entre los cuales contábanse 250 «Patricios» procedentes de Buenos Aires, que habían de lucirse especialmente, y 2 piezas de artillería, atacó en el campo de Las Piedras al capitán de fragata José Posadas que saliera de Montevideo con una división de 1.230 hombres, y lo derrotó, haciéndole 150 muertos y heridos y tomando prisioneros al jefe, 22 oficiales y 342 individuos de tropa. Completó la jornada el oficial Eusebio Valdenegro que se había distinguido en la batalla, mandando una columna de ataque, y que después rindió una guarnición enemiga dejada en el pueblo inmediato, amenazándola con pegar fuego a un reguero de pólvora hecho de antemano y mientras parlamentaba.

El mismo día, Benavídez se presentó frente a la Colonia, donde estaba el general Vigodet con algunas tropas; y después de una semana de asedio, el día 26, los realistas se embarcaron dejando que los gauchos se apoderasen de la plaza.

2. PRIMEROS SÍNTOMAS DE DISCORDIA

Al ser destituído Belgrano, entró a reemplazarlo interinamente el teniente coronel José Rondeau, lo cual no desagradó a Artigas que era su amigo, a pesar que los revolucionarios de 5 y 6 de Abril, para adular a los diputados provincianos que había en la Junta Grande, reflejando los sentimientos federalistas de ellos, consignaron en lo que podríamos llamar

Digitized by Google

«pliego de imposiciones», que los jefes de las tropas debían pertenecer a las provincias donde actuaran; aunque la Banda Oriental no había sido elevada al rango de provincia, aspiraba a él; y al lado del caudillo aparecían ya secretarios traviesos imbuídos de ideas localistas, que debe suponerse le demostraron tenía mayores títulos que Rondeau al mando superior, sobre todo después de la batalla de Las Piedras. Por el momento sólo tuvo desavenencias con Benavídez, que pretendía ser su émulo; pero Artigas había consolidado y acrecentado mucho su prestigio, no sólo entre los gauchos, sino en el Gobierno General, que lo había ascendido a coronel, decretándole juntamente una espada de honor; su triunfo había sido muy estruendoso, y Benavídez fué sacrificado enviándosele a otro teatro de la guerra, donde no conocería el suelo ni tendría satélites. Ya sabemos su fin...

Toda la familia argentina estaba en paz, y no había aparecido todavía otro obstáculo a la unión de las provincias del Virreinato, que los propósitos de aislamiento egoísta anunciados por el Paraguay, cuando interviene en los destinos de la Revolución un factor extraño. El soberano de Portugal establecido en Río Janeiro, resolvió tomar posesión de una parte de las insurreccionadas colonias, invocando los derechos eventuales de su esposa la princesa Carlota de Borbón, hermana de Fernando VII, a la corona de España; y sin ninguna clase de preámbulos introdujo un ejército en la Banda Oriental; calculaba que España, desangrada en una doble lucha contra Bonaparte y los sudamericanos, si vencía al fin a los últimos, no tendría otro recurso que reconocerle sus conquistas o dejarle una parte de ellas, y que el Virreinato del Plata, aunque consolidase la independencia del resto de su territorio, sería siempre débil para tomar desquite.

El Gobierno de Buenos Aires, justamente alarmado, envió al Janeiro a Manuel Sarratea para que realizara una negociación que evitase una guerra. Afortunadamente, el ministro inglés acreditado allí, el noble lord Strangford que tan buenos

Digitized by Google

servicios prestó reiteradamente a la causa argentina, invocando la solidaridad de su gobierno con el de España — su aliado contra Bonaparte — protestó enérgicamente contra la invasión. El diplomático argentino no podía haber sido mejor elegido, pues Sarratea era hombre de esmerada cultura, inteligente, sagaz, persuasivo, activísimo y discreto; inmediatamente que llegó a su destino se aproximó a Strangford, se captó sus simpatías, combinó magistralmente la negociación; y ésta se encaminó tan bien, que a los pocos días el rapaz soberano daba el alto a su ejército. La consecuencia inmediata de las gestiones fué la celebración de un armisticio entre el gobierno de Buenos Aires, el de Montevideo, o sea la reacción española, y la corte del Brasil. En él había asechanza y perfidia de parte de ésta, no hay duda, pues da la impresión de que se colocaba a la expectativa de algún fuerte descalabro de los patriotas para ayudar a los españoles a ahogar la Revolución y obtener compensaciones del servicio; además, había perjuicios y desagrados para los patriotas que debían retirarse de la Banda Oriental, y aun de algunos puertos de Entre Ríos, dejando ese territorio a merced de los portugueses y de los españoles, si bien a condición que los primeros lo desalojasen luego; pero de cualquier manera se trataba de un gran triunfo, porque evitaba la declaración de guerra, y con ayuda de la suerte, los resultados serían satisfactorios.

Artigas, hombre rudo y acostumbrado a no sofrenar sus pasiones, mostró inmediatamente enojo; poco se detuvo a reflexionar sobre las conveniencias diplomáticas; lo embargó el dolor de abandonar el suelo en que obtuviera recientemente su gran victoria, donde estaban los ranchos en los cuales ya se pronunciaba su nombre con respeto, y las selvas que le sirvieran de guarida en las peligrosas correrías de su juventud. Es entonces cuando se enciende, con fuego que no había de apagarse en todo su tránsito por la Revolución, su pasión localista; y al emprender a Entre Ríos la marcha que le fué ordenada, arrastra tras sí a las familias de la población campesina de la Banda

Digitized by Google

Oriental, en señal de protesta contra la dominación española y la presencia de las tropas portuguesas.

Ya en la margen occidental del Uruguay, desde donde sigue con ojo avizor todos los movimientos de los enemigos, su cólera estalla al contemplar los abusos que los portugueses cometen demorando la retirada y haciendo correrías, en las cuales arrebatan ganados, con violación del armisticio; vuelve a su terruño, bate partidas sueltas de los portugueses y se dirige con expresiones altisonantes al Gobierno de Buenos Aires, para anunciar que su paciencia está agotada y reclamar la guerra.

Aquel Gobierno fué uno de los más indiscretos y vacilantes de la Revolución; al mismo tiempo que trataba de absorber el poder público, sin cuidarse que todo indicio de libertad civil pudiera desaparecer, había sido asaz condescendiente con los paraguayos, y ahora se mostraría tolerante con Artigas. Resolvió hacer reclamaciones por las correrías de los portugueses, y nombró a Artigas gobernador de Misiones para obtener se estableciera en este territorio. Pero desde Misiones, Artigas se comunicó con el doctor Francia, que aprovechó la coyuntura para hacerle incitaciones contra los porteños, indudablemente con el propósito de anarquizar una asociación a la cual no quería pertenecer; en esas circunstancias fué cuando un gobierno paraguayo afectó prestar cooperación a la causa general, facilitando caballadas y víveres al caudillo de los orientales; pero los víveres llevaron el virus de la discordia, que se propagó rápida y extensamente en las huestes de Artigas.

3. EL GENERALATO DE SARRATEA

La cuestión con Portugal fué solucionada en Mayo de 1812, pues llegó a Buenos Aires el teniente coronel José Rademacker, enviado de Juan VI, y a nombre de éste trató con el secretario del Triunvirato, Nicolás Herrera, siendo la Banda Oriental desalojada por los portugueses y quedando el gobierno argentino en paz con éstos y en guerra con la reacción española.

Digitized by Google

Artigas se estableció, en consecuencia, en la región del norte de la Banda Oriental. Después de haber reñido con Benavídez, entró en desavenencias con Soler; y el gobierno de Buenos Aires, aunque suavizó la cuestión y no adoptó medida alguna, más bien pareció inclinarse al caudillo oriental, aunque estribaba la preferencia en estar calificado Soler como saavedrista. En todas las comunicaciones oficiales de aquella época, el vencedor de Las Piedras, sin tener grado ni empleo que lo justificase, era llamado hasta por el Triunvirato mismo, acaso por el solo motivo de que en el campamento no había otro jefe superior, «el general Artigas». Esto unido a los prestigios adquiridos con el famoso «éxodo» y a los que adquiriría ahora por la situación en que se hallaba, era causa que el caudillo aspirase al mando supremo del ejército que debía destruir la reacción española en la Banda Oriental.

La cantidad de notas y cartas, todas en tono sumiso, que Artigas dirigió por entonces al gobierno de Buenos Aires formulando peticiones y consultas y refiriendo hechos insignificantes que demostraban sus gustos plebeyos, fué enorme y abrumadora; la correspondencia de todos los otros jefes que servían a la Revolución al mismo tiempo, junta, tal vez fuese menor; indica esto un deseo inmoderado de llamar la atención o una falta de discernimiento grande sobre las obligaciones de un gobierno y un jefe que le es dependiente. Lo último parece haber creído el Triunvirato.

Sarratea quedó muy acreditado en la opinión por sus recientes servicios; a su vuelta a Buenos Aires se le llamó a formar parte del Gobierno, pero actuó en él pocos meses por haberse acordado pasase al campamento de Artigas para decidir allí sobre los asuntos que motivaban las molestas comunicaciones y dar impulso a las operaciones contra los realistas. Esto parece demostrar que Artigas vino a ser disminuído en jerarquía, a causa del derroche de tinta que hacían sus secretarios.

El huésped no fué bien recibido, ni era el hombre indicado

Digitized by Google

para el encargo; un caballero de buena sociedad que se había hecho notorio por un éxito diplomático, debe suponerse demasiado suave en los modales y el lenguaje, demasiado flexible para el uso de los medios, demasiado inquieto y emprendedor para llegar a los fines; e imposible de entenderse con un gaucho desconfiado y altanero, que consideraba la falta de claridad y de franqueza en las palabras y en los actos, como contraria a todo lo varonil. Por fuerza de las cosas, los dos personajes tenían que despreciarse mutuamente. Artigas debió ser el primero en manifestar disgusto; Sarratea, por su parte, tomó a lo serio la tarea de restar influencia al caudillo.

Sarratea fué nombrado general en jefe del ejército de la Banda Oriental al vencimiento de su mandato de triunviro. Nada podía repugnar más a este general improvisado que la presunción de Artigas, quien miraba las tropas a sus inmediatas órdenes como cosa de su propiedad, lo cual no distaba del hecho, dado el calor de las adhesiones que había ganado. Sarratea, sin embargo, quitóle las mejores, seduciendo al jefe y los oficiales del cuerpo con más apariencias de regular, que después de maniobras secretas «nacionalizó», apartándolo de las «milicias» o cuerpos irregulares compuestos por gauchos, que habían de permanecer a las órdenes de Artigas. Este protestó contra una conducta que le produjo indignación; pero ahora el Gobierno General no quería saber nada de contemplaciones con él: aprobó los procedimientos de Sarratea y lo autorizó para la adopción de otros más enérgicos, sin excluir el de apoderarse de la persona del caudillo y sacarla del campamento.

Pero no era hacedero el arresto de Artigas que ya alertaba en medio de sus gauchos más decididos y a conveniente distancia; que se daba el placer de ver desgranarse el cuerpo «nacionalizado» cuyos soldados, en grupos o aisladamente, se le iban presentando para decirle que no querían otro jefe que él; que incorporaba estos desertores y finalmente se arrancó las presillas de su uniforme y las remitió a Sarratea

Digitized by Google

con una nota, en la cual renunciaba todo título y toda dignidad que no fuesen el título y la dignidad de jefe de los orientales.

Cuando la querella tomó un cariz grave y alarmante, el Gobierno General quiso ponerle término; pero procedió sin acierto, limitándose a tratar de restablecer la armonía entre dos hombres que había hecho inconciliables una rivalidad llena de enconos. Cuando se creyó que el ejército del norte iba a ser totalmente aniquilado en Tucumán, se pidió a Artigas que depusiera sus resentimientos en aras de la salvación de la patria, y pareció conseguirse; mas, luego de la ruidosa victoria, una revolución cambió de gobierno; y el gobierno nuevo nació con mucho desprecio para el caudillo y poco interés de seguir el negociado: dió a Carlos María de Alvear el encargo de tratar con Artigas, y es admisible que el emisario se haya conducido como un ciego vanidoso, no tomándose siquiera el trabajo de escuchar (2).

Poco después de la batalla de Las Piedras, los patriotas sitiaron a Montevideo dirigidos por Rondeau que era entonces, como está dicho, general en jefe del ejército libertador de la Banda Oriental; pero el asedio se interrumpió a consecuencia del armisticio; vencido éste, Rondeau volvió con tropas a la Banda Oriental, algo más tarde que Artigas, y lo restableció. Sarratea le hizo un envío de refuerzos; y los realistas encerrados en la plaza — no mandados ya por Elío, que por segunda vez marchó para España donde iba a morir, sino por Gaspar Vigodet — se mostraron casi inertes.

Posteriormente se pensó en confiar la dirección del asedio a un jefe más capaz que Rondeau, y se designó mayor general del ejército de la Banda Oriental a Francisco Javier de Viana, bravo e ilustrado militar nacido en Montevideo y perteneciente a una familia española de preclaro linaje, quien había peleado

(2) Véase la carta de Artigas al cura Peña que inserto en el Apéndice; su original se guarda en el Archivo General de la Nación.

Digitized by Google

denodadamente en la defensa de esa ciudad y en puestos de importancia contra los ingleses; y más tarde, pasado a Buenos Aires, fué ministro de la guerra y jefe del estado mayor general. Encárgasele el mando inmediato de las fuerzas sitiadoras de Montevideo.

Viana llegó al campamento de Rondeau el 30 de Diciembre de 1812; y aunque no ocupó inmediatamente el puesto, estuvo en la acción librada al día siguiente contra los realistas. Vigodet, falto de vituallas, realizó una salida de la plaza al frente de una columna de 1.500 hombres, copando en Tres Cruces un destacamento patriota mandado por el caudillo Balta Vargas; alentado después de haber hecho esta buena presa, desprendió una división mandada por el coronel Loaces para batir en el Cerrito, que después se denominó de la Victoria, fuerzas patriotas que estaban situadas allí y obedecían a Soler. Producido el choque, Soler fué desalojado de la cumbre tras porfiada resistencia, y apareció en aquélla el estandarte real, motivando un repique general de campanas en la ciudad; pero pronto estuvo el bravo jefe porteño de vuelta unido al grueso de las fuerzas sitiadoras que traían Rondeau y Viana; recobró ardor el combate y los españoles fueron completamente derrotados, sufriendo en la aventura unas 200 bajas y contándose entre sus muertos el brigadier Muesas, siendo las pérdidas patriotas, además del destacamento prisionero, 100 muertos y heridos. Soler peleó con admirable bizarría, y en el momento decisivo empuñó el fusil a la par de sus soldados.

La división Loaces fué perseguida y acuchillada por la caballería patriota hasta incorporarse a Vigodet, quien se apresuró a encerrarse en la plaza. No obstante la derrota, los realistas habían obtenido una ventaja, y era saber la debilidad de las fuerzas que los sitiaban.

Sarratea, considerando los riesgos que corría la vanguardia sitiadora, resolvió concurrir al asedio con todas las tropas del ejército, es decir, con cuantas le obedecían. Rompió marchas y Artigas lo siguió de cerca, no sólo fomentando la deser-

Digitized by Google

ción, sí que también haciéndole arrebatar caballos y munición de boca.

Llegado el general en jefe a la línea del asedio, el caudillo se situó en el Paso de la Arena con una montonera de 3.600 hombres, siempre en actitud hostil. Aquello venía a resultar un doble bloqueo; las tropas de Buenos Aires encerraban a los realistas y a ellas la montonera les amagaba por la espalda. Sarratea obligado por las circunstancias, entró en negociaciones con el caudillo; pero éste manifestó reiteradamente que no podría entenderse ya sino con otro general en jefe.

Contemplando el cuadro tan poco edificante que ofrecían las tropas de la Revolución frente a Montevideo, el doctor Dámaso A. Larrañaga, sabio naturalista y futuro fundador de la Biblioteca Pública, hoy Nacional, de aquella ciudad, dirigió una exposición al gobierno de Buenos Aires el 24 de Enero de 1813, explicando el estado anárquico en que se hallaba la Banda Oriental y yendo a parar a esta manifestación: «El Paris de nuestra discordia es el excelentísimo señor Manuel de Sarratea, pues ésta es la principal demanda del coronel don José Artigas. En esta demanda convienen todos los soldados del numeroso ejército que sigue a este hombre con un entusiasmo tal, cual lo acaba de hacernos ver la increíble deserción de las tropas que asedian a Montevideo y sus costas». Advertía inmediatamente que la separación de Sarratea del mando superior «era el mismo voto de la mayor parte de los oficiales juiciosos del ejército que bloqueaba a Montevideo, quienes se creían desairados por tener de jefe a una persona que no era militar ni continuaba siendo miembro del Superior Gobierno»; estos oficiales le pedían hiciera aquella súplica a nombre de ellos, «no atreviéndose a hacerlo por sí mismos estando a la vista dicho señor Sarratea» (3).

En efecto: no eran únicamente Artigas y sus partidarios quienes deseaban la eliminación; apetecíala igualmente Rondeau; y

(3) El original se encuentra en el Archivo General de la Nación.

Digitized by Google

todos los jefes y oficiales vinculados a Sarratea, su mayor general y algunos comandantes de cuerpos más respetuosos de sus deberes que los demás, fueron blanco de las murmuraciones del campamento y se sintieron acosados por el diablo de la intriga. Cuando la situación era ya casi intolerable, el general en jefe llamó a una junta de guerra para tratar de destruir las asechanzas de Artigas, y en ella se le dijo con desenfado que quien estorbaba era él; propuso levantar el sitio y volver con sus tropas a la región norte de la Banda Oriental, y el comandante Nicolás de Vedia contestó que la continuación del sitio era asunto más importante que la conservación de algunos jefes en los puestos que ocupaban motivando desavenencias (4).

Al fin, Rondeau y Vedia se decidieron a dar «el golpe», resolviendo promover una sublevación para deponer al general en jefe combinados con Artigas, que los apoyaría haciendo algún movimiento de armas si fuera menester. El 20 de Febrero de 1813, una parte del ejército sitiador apareció amotinada con el comandante Vedia a la cabeza, y Sarratea, disponiendo de muy pocas fuerzas para hacer oposición, no tuvo otro recurso que aceptar las exigencias que le hizo Rondeau en una nota, retirándose después a la Colonia, para pasar de allí a Buenos Aires en compañía del mayor general Viana, los comandantes Valdenegro y Vázquez, el secretario Pedro F. Sainz de Cavia y varios oficiales.

4. ROMPIMIENTO DEFINITIVO DE ARTIGAS CON LAS AUTORIDADES NACIONALES

Habiéndose apoderado del mando Rondeau en la forma relatada, obtuvo fácilmente que Artigas se le uniera devolviéndole las tropas que le había quitado Sarratea. Formaron entonces

(4) Autobiografía del general Nicolás de Vedia publicada por el doctor Andrés Lamas.

Digitized by Google

en la línea sitiadora 6.430 hombres, haciéndose muy molesta la situación del ejército y de los habitantes de Montevideo. Faltábales agua y víveres, y la peste los diezmaba. La línea del asedio estrechóse y los patriotas hicieron varios reductos. Todos los días había fuertes guerrillas, acercándose los sitiadores a las murallas para cantar versos y gritar improperios a los «godos», distinguiéndose como uno de los oficiales más audaces Juan Antonio Lavalleja, que después había de ser tan glorioso. Hubo algunos entreveros, y para poderse distinguir en ellos, los patriotas usaron del cintillo blanco y los realistas del rojo: los dos colores que los orientales adoptarían después de su independencia en las contiendas fratricidas, y que inspiraron al oficial poeta Eusebio Valdenegro esta décima que hacía leer a los sitiados por medio de un cartelón que iba siempre en las avanzadas:

«El blanco y rojo color
Con que la patria os convida,
Es para que se decida
Vuestro aprecio a lo mejor.
Si al rojo, nuestro valor
Breve os sabrá castigar;
Y si al blanco querais dar
Discreta y sabia lección,
Contad con la protección
Del Ejército Auxiliar.»

El gobierno de Buenos Aires no se atrevió a alterar la situación de hecho creada en el ejército; pero Rondeau y Artigas, temiendo intentase realizarlo más adelante, y resueltos a no dejarse burlar en sus miras ambiciosas, celebraron entre ellos el 19 de Abril un pacto, que fué algo tardío colazo de la deposición de Sarratea. Por él se establecieron compromisos de no levantar el sitio de Montevideo; no reconocerse en la Banda Oriental otro general en jefe que Rondeau; dejar todas las milicias orientales al mando de Artigas, declarando que la provincia Oriental era parte integrante de la asociación deno-

Digitized by Google

minada Provincias Unidas del Río de la Plata, quedando sujeta a la constitución «basada en la libertad civil» que la Soberana Representación del Estado promulgase; que estaría representada en la Asamblea Constituyente por cinco diputados, «además de otro por San Fernando de Maldonado» (sic); que las tropas de Buenos Aires que estaban en el sitio se denominarían «Ejército Auxiliador de la Banda Oriental», y las de Artigas «Ejército Auxiliador de las Provincias Unidas» (5). Todas las estipulaciones como inmediatamente se echa de ver, por el carácter político que tenían, eran irrisorias en dos jefes sublevados, pues ni el Director a quien debieron subordinarse tenía atribuciones para hacerlas. Rondeau completó la insolencia remitiendo a Buenos Aires, como la cosa más natural, para que se supiese en qué condiciones continuaría el asedio de una plaza ocupada por los realistas, copia autorizada del extraño tratado sobre el cual, no sé por qué, han guardado silencio los historiadores.

La Asamblea General Constituyente se instaló en Buenos Aires sin que la Banda Oriental estuviera representada en ella; y habiendo ordenado que se le jurase obediencia por todas las autoridades y ejércitos del Estado, Artigas, pretendiendo que antes se despachara un emisario que había enviado a la Capital con encargo de que estipulase las condiciones en que la Banda Oriental entraba en la comunidad argentina — que fueron las mismas admitidas por Rondeau con interesada condescendencia — dejó de prestar el juramento. Por aquellos días el caudillo revistió sus actos con formas legales y civilizadas, sugeridas indudablemente por su secretario Miguel Barreiro (6); se arrogó la facultad de convocar un congreso provincial que una vez reunido aprobó sus actos y las condiciones antedichas, lo nombró gobernador militar de la Provincia, eligió cinco

(5) El original se halla en el Archivo General de la Nación.

(6) También se han atribuido a Monterroso pero sin fundamento; poco estudio hay que hacer del estilo de los secretarios, para cerciorarse que el famoso fraile no podia ser autor de ninguno de los documentos correspondientes a aquellos actos.

Digitized by Google

diputados a la Asamblea General Constituyente y les dió unas instrucciones que contenían las bases de una constitución federo-republicana y la pretensión que se declarara parte integrante de la provincia Oriental, cierta porción del territorio de Misiones que estaba incorporada al Brasil.

La Asamblea rechazó los diputados desagradada por el mandato imperativo que ellos presentaron junto con o en lugar de los diplomas; pero los poderes nacionales no fueron en modo alguno desconsiderados con la Banda Oriental; inmediatamente se ordenó a Rondeau convocase un nuevo congreso provincial que estableciera una organización administrativa del territorio y eligiese nuevos diputados constituyentes nacionales, que reunióse el 8 de Diciembre, siendo burlado Artigas en el intento de hacer desfilar sus miembros ante su persona, para darles inspiraciones. Este congreso confió el gobierno civil de la provincia a Tomás García Zúñiga, Juan José Durán y Francisco Remigio Castellanos y eligió tres diputados, de los cuales dos habían pertenecido a la diputación rechazada.

Mientras los jefes del sitio se ocupaban de estos amasijos, la defensa continuaba haciéndose difícil. Los patriotas bombardearon la plaza hasta inutilizar, después de dos meses de uso cotidiano, los dos únicos morteros de que disponían. A fines de Octubre, Vigodet recibió de la Península un refuerzo de 1.500 hombres; pero las ventajas que podía ofrecer el aumento de brazos no compensaban los inconvenientes que desde luego ocasionaba el de bocas. Empero, la anarquía de los sitiadores vino a alentar a los defensores y a demorar su derrota.

Artigas, disgustado al saber que la Asamblea acogía en su seno los nuevos diputados, se retiró del sitio seguido por unos 2.000 hombres, el 20 de Enero de 1814, desertando así del ejército de la independencia nacional frente al enemigo y en momentos aflictivos para todo patriota, pues al norte invadían los españoles, poniendo en peligro hasta las reliquias salvadas en Ayohuma. «Con la separación de Artigas — dice

Digitized by Google

un cronista oriental (7) — las fuerzas de Rondeau quedaron reducidas a unos 4.000 hombres próximamente, teniendo que retirar al Cerrito la línea del asedio, donde trató de fortificarse. Este suceso trascendental hizo nacer en los realistas de la plaza risueñas esperanzas, acariciando la idea de que se levantaría el sitio. El retiro de los puestos avanzados de los sitiadores, dejóles expedito el camino para salir sin obstáculo hasta el Cristo y las Tres Cruces en los primeros días, así como también para expedicionar a algunos puntos de la costa en procura de víveres y comestibles, en razón de haber retirado Rondeau las partidas que la vigilaban, reconcentrando sus fuerzas al sitio.»

El Director Supremo, Gervasio Antonio Posadas, a quien tocó afrontar sucesos tan dolorosos, de acuerdo con las ideas dominantes en aquella época, dió un decreto declarando a Artigas «infame, privado de sus empleos, puesto fuera de la ley y enemigo de la patria», ordenando que fuese «perseguido y muerto en caso de resistencia» por «pueblos, justicia, comandantes y ciudadanos», a quienes se autorizaba a emplear «todos los medios posibles», acordando una gratificación de 6.000 pesos a quien lo entregase «vivo o muerto». El mismo decreto intimaba a los oficiales que acompañaban al caudillo, se presentaran dentro de cuarenta días a Rondeau, bajo pena de ser considerados traidores y fusilados a las veinticuatro horas, caso de ser hechos prisioneros. Las revoluciones no se ahogan con decretos terroríficos.

Artigas estableció su campamento en Paysandú, y desde allí comenzó sus trabajos para sublevar los gauchos entrerrianos y correntinos contra los porteños.

(7) Isidoro de María: *Compendio de historia.*

Digitized by Google

5. ALVEAR REEMPLAZA A RONDEAU. TOMA DE MONTEVIDEO Y COMBATE DE LAS PIEDRAS

Abiertamente rebelado Artigas, no había razón alguna para dejar a Rondeau en la jefatura del ejército sitiador, de la cual se había apoderado con tan grande falta de escrúpulos, como se ha visto. El Director nombró general en jefe del ejército de la Banda Oriental al Intendente de Armas de Buenos Aires, Carlos María de Alvear, quien fué a tomar posesión llevando 1.500 hombres de refuerzo. Brown había establecido ya el bloqueo fluvial de Montevideo, librando el 18 de Abril un combate en que la escuadrilla realista fué completamente deshecha.

Al día siguiente se efectuó en la línea del bloqueo terrestre el cambio de general, e inmediatamente aquélla se estrechó y se avivaron las hostilidades. El Directorio, demasiado generoso con Rondeau — que dicho sea de paso, entregó el puesto muy a su pesar (8) — lo envió de general en jefe del ejército auxiliar del Perú, permitiéndole llevar aquellos batallones cuyos jefes eran sus camaradas y cuyos soldados eran propensos a irse con Artigas si se les dejaba oportunidades para ello, a pesar que la culpabilidad de Rondeau en los actos que prepararon la insurrección artiguista, no podía ocultársele. Esas generosidades excesivas e imprevisoras se pagan caras; y como la de Posadas no debía ser una excepción de la regla, le costó la caída del Gobierno.

Reducidos por agua y tierra, los realistas se vieron en situación desesperante; Vigodet solicitó un armisticio a Brown primero y luego al gobierno de Buenos Aires; no consiguió siquiera se le escuchase, hasta que el 5 de Junio le hizo saber Alvear que él estaba autorizado para tratar, y se efectuó la deseada suspensión de armas, pasando emisarios de la plaza al campo patriota.

(8) Véase su autobiografía donde se queja amargamente de la «injusticia» y pretende que Alvear fué a usurparle la gloria de la toma de Montevideo.

Digitized by Google

El general realista estaba convencido que la defensa de la plaza no podía prolongarse más tiempo, porque los auxilios de la Península, si llegaban, sería tarde; pero en él no había mucha buena fe al gestionar el armisticio: su verdadero interés estaba en pactar pérfidamente con Artigas, ofreciéndole reconocerlo como gobernador y generalísimo de la Banda Oriental — y seguramente no habría insistido en que se hiciera realista — para de ese modo destruir o hacer retirar al ejército de Buenos Aires y conservar el suyo hasta que los auxilios de España llegasen. A pesar de todas las aflicciones que ocasionaba el asedio, había dentro de los muros de Montevideo un partido intransigente, cuyo nervio debieron ser los discípulos y admiradores del furibundo Elío; estaba por la resistencia a toda costa y tenía su vocero en el periódico «La Gazeta», para el cual escribía fray Cirilo de la Alameda; llamaban a este partido «de los empecinados».

El caudillo artiguista Fernando Torgués (9) se hallaba con una respetable montonera próxima al ejército sitiador, al cual impedía proveerse de ganados; y Vigodet consiguió que sus emisarios llegasen hasta el campamento y fueran bien acogidos, permaneciendo allí algunos, esperando contestación de Artigas. Alvear, comprendiendo la coartada y el peligro, quiso contrarrestarlos con astucia, y dió un «plumazo» que bien podría compararse con una estocada a fondo. Escribió a Torgués en los siguientes términos: «Estimado paisano y amigo: Es llegada la ocasión de presentar a usted la franqueza de mis sentimientos con toda su extensión. Nada me será más plausible, nada más lisonjero y satisfactorio, que ver la plaza de Montevideo en poder de mis paisanos. En el día se halla en los últimos apuros y desea entrar en negociación. Yo no admito otra cosa que no sea la entrega de ésta a usted... Para

(9) Como el caudillo firmaba penosamente, la primera letra de su apellido tenía un rasgo que bien podría tomarse por una O, lo cual ha sido causa de que le llamaran «Otorgués», pero su nombre era tal lo escribo; así resulta de su partida de nacimiento y así lo escribía o hacía escribir Artigas.

Digitized by Google

el efecto, mande usted sin pérdida de instantes dos diputados plenamente autorizados que vengan a tratar con los de la plaza... Esto urge a la causa general, y es preciso que se dirijan sus diputados a este campo para evitar rodeos.»

El día 13, Vigodet, que también tenía entabladas negociaciones con Alvear, envió a éste al coronel Feliciano Ríos y al capitán de navío Juan de Vargas, con encargo de decirle que iba a capitular, pero que las condiciones debían ser estipuladas no sólo con el general de Buenos Aires, sino también con el caudillo Torgués que representaba a Artigas. El general de Buenos Aires fingió asentir y dió a Vargas una escolta y guías para que lo llevasen a la montonera; pero los guías extraviaron el camino y no dieron con ella, teniendo que volver el marino español al campamento de Alvear, quien, conociendo ya el resultado de su carta, le hizo volver a la plaza con el recado para Vigodet, de que el armisticio había terminado, por no ser posible tolerar lo utilizara buscando alianzas con los artiguistas. A las pocas horas de dar cuenta Vargas a su general, de lo que le había ocurrido, regresó también a la plaza uno de los emisarios que estaban en el campamento de Torgués, con una nota que decía: «Se ha trastornado en bastante parte el resultado de una buena compostura, por cuyo motivo pasa a ésa nuestro compañero el capitán Luis Larrobla.»

Las hostilidades volvieron a romperse, y por el lado de los patriotas hubo en ellas la actividad e inteligencia que debía esperarse de Alvear y Brown; los realistas sufrieron un bombardeo horroroso, pero no cedieron mientras esperaban la respuesta de Artigas, que demoraba más de lo regular a causa que el caudillo máximo había pasado a Entre Ríos. Se conoció al fin la respuesta, y fué que estaba dispuesto a pactar sobre las bases de «renunciar la sumisión al rey y formar un congreso independiente separado de España y de Buenos Aires» (10).

(10) Francisco Bauzá: *Historia de la dominación española en el Uruguay;* Víctor Arreguine: *Historia del Uruguay;* Isidoro de María: *Compendio de historia.*

Digitized by Google

Esta proposición de Artigas no era inspirada por un ideal separatista que ni entonces ni después acarició, sino por el odio al Directorio y por la ambición de tener la capital del Virreinato, en cualquier parte se estableciera, bajo su rústico tutelaje. Realmente, ni como americano, ni como argentino, ni como oriental siquiera, le honra su proyecto; creo que él es más vituperable que la deserción del sitio: abandonar a los compatriotas frente al enemigo de la independencia debe ser delictuoso aun en la obscura conciencia de un gaucho arisco; pero unirse a ese enemigo para destruir a los hermanos abandonados, parece más repugnante.

Pero hubiese sido en Vigodet necedad imperdonable renegar de su patria, aunque fuera aparentemente, y convertirse en sostenedor de un caudillo semibárbaro, creyéndose completamente salvo, a tan vil precio, de un asalto llevado por Alvear y Brown. El general realista pensó, reaccionando, que era insensato obstinarse en buscar armonías con Artigas, pues podía resultarle a fin de cuentas que enfurecido Alvear, se hiciera inclemente· el día 19, desentendiéndose de los «empecinados» que daban de palos en las calles a los partidarios de la capitulación, reanudó las negociaciones con el general bonaerense.

Las cláusulas que le impusieron fueron muy moderadas: Vigodet se comprometería a entregar la plaza, y su adversario —que había de conservar en ella el estandarte español y enviaría diputados a España—le daba permiso para embarcarse con tropas, armas y bagajes. Los «empecinados», no conociendo las bases o presintiendo lo que iba a ocurrir, se amotinaron en la noche del 20, dando mueras a los traidores al saber que la capitulación era un hecho, y fueron contenidos gracias a la serenidad del coronel Loaces.

La falta de perspicacia del general Vigodet, se encuentra en toda su acción de jefe de la defensa de Montevideo; tímidas e innocuas fueron sus operaciones militares, aun en los momentos que tuvo perspectivas halagüeñas, y en las negociaciones de paz mostró una candidez que raya en lo ridículo.

Digitized by Google

Alvear le concedía demasiado, le concedía más de lo que era propio de un general enemigo, y sin embargo no desconfió. El mismo día que los «empecinados» armaban la trifulca, salió de la plaza con destino al campamento de Alvear, una comisión compuesta por el alcalde Miguel Villardebó, el capitán de navío Juan de Vargas, el miembro del Consulado José Gestal y el oidor decano José de Acevedo, extendiéndose el compromiso correspondiente a la capitulación ya ajustada. El 22, Alvear se recibió de la fortaleza del Cerro y dejó pasar víveres para los sitiados. El 23, la plaza fué entregada formalmente, y las tropas españolas salieron con los honores de la guerra y se situaron en el Caserío de los Negros; pero un momento después, Alvear vengó el perjurio de los derrotados en Salta, ordenando que los enemigos entregaran las armas y declarándolos prisioneros. Su conducta fué explicada luego en un manifiesto que, refiriéndose a la capitulación, decía: «Aunque firmada por él, no lo estaba todavía por Vigodet, de modo que quedaba (éste) en libertad de ratificar o alterar su contenido, según la mudanza de las circunstancias y el apoyo de las montoneras.»

No era tan remoto como puede creerse el peligro que señalaba Alvear, bien que él parece haberlo creado de intento. Torgués, que como ya se ha traslucido, fué crédulo, envió a su «paisano y amigo» (a quien no conocía ni por retrato) los dos diputados pedidos, que, habiendo llegado después de desaparecida la necesidad del subterfugio, fueron despedidos en tono agrio; el 24, comprendiendo el caudillo que les habían tomado el pelo a Vigodet y a él, ofició al general español: «Las intrigas de un Gobierno que después de tratar de su protección nos ha sido infidente, ha colocado esos valientes soldados en el seno del desprecio y del deshonor. Esta mancha, que permanecerá delante de todas las naciones entre nosotros, puede obscurecerse enteramente si V. S. quiere colocarse bajo nuestra protección. Esta misma noche recibiremos a V. S. y a su tropa en nuestros brazos, y el modo de sal-

Digitized by Google

varla será que, bajo un acto de intrepidez, principie a desfilar ante el Miguelete». Los hombres del ejército real, después de desarmados y aunque en calidad de prisioneros, quedaron en los alrededores de la ciudad sin que se les molestase en lo más mínimo; el conductor de la nota de Torgués no pudo llegar hasta Vigodet, pero se aproximó a algunos oficiales que, temiendo agravar su situación, lo delataron.

La incitación a los españoles había sido acompañada por una reclamación a Alvear y un avance de la montonera, que, según aquél, constaba de 1.500 hombres y pretendía situarse en el lugar dejado por las tropas de Buenos Aires al ocupar la plaza. Después del desarme de los españoles, la retaguardia de aquéllas fué picada por los artiguistas, que cortaron y deshicieron una partida de 12 dragones.

El mismo día 24, Alvear, delegando el mando de la plaza en el coronel José Moldes y destacando en el Cerrito los cuerpos de «Granaderos a Caballo» y «Dragones de la Patria», se dirigió al Arroyo Seco con una división de infantería, para descubrir las posiciones de Torgués. Avistada la montonera en Las Piedras, creyó no ser prudente atacarla con sólo infantes; entretuvo toda la tarde al caudillo parlamentando, y a las ocho de la noche, recibida la incorporación de las tropas del Cerrito, con lo cual disponía de unos 800 soldados, formó tres columnas de ataque que puso a las inmediatas órdenes de los coroneles Rafael Hortiguera y Eusebio Valdenegro y el comandante Ramón Fernández. Hizo que Valdenegro cayese sobre la derecha de Torgués, mientras él, dirigiendo personalmente las columnas restantes, acometió por el frente. «Inmediatamente — dice el parte — fué envuelto, acuchillado y arrollado el enemigo, y cargado con tanta bizarría y valor, que no pudo sino ponerse en una dispersión furiosa». La persecución fué muy encarnizada; Alvear se precipitó de Las Piedras a Canelones, y sus partidas siguieron hasta el río Santa Lucía, que Torgués sólo pudo vadear con parte de su fuerza. Las pérdidas de los artiguistas fueron, además de una gran dispersión, 200

Digitized by Google

hombres, entre muertos, heridos y prisioneros, 2 banderas, 2 cajas de guerra, 1.200 caballos, 2.000 vacas, «y (vuelvo a copiar del parte) porción de fusiles, sables y Pistolas, Ollas, Calderas y Chinas con que esta chusma anda siempre cargada».

Terminada la persecución a los montoneros de Torgués, Alvear volvió a Montevideo satisfecho de su obra, ejecutada a la verdad con poca limpieza, pues su lema parece haber sido «de pillo a pillo». La precipitación de la caída de la plaza, último baluarte de la dominación española en el Río de la Plata, alejó de las playas argentinas una formidable expedición realista que se estaba preparando, y a la cual se dió otro destino cuando se supo la pérdida de tan importante base de operaciones.

Los frutos materiales de la toma de Montevideo y desconocimiento de la capitulación, fueron: 5.522 prisioneros, 9.000 fusiles, 8 banderas, 338 cañones, caudales y todos los buques de la escuadrilla vencida.

6. PROGRESOS DE LA INSURRECCIÓN ARTIGUISTA NEGOCIACIONES DE PAZ

Los territorios de Entre Ríos y Corrientes, donde Artigas ya era algo conocido y cuya población campesina tenía afinidades con la de la Banda Oriental, se conmovieron al grito de guerra lanzado por él contra Buenos Aires, produciéndose alzamientos encabezados respectivamente por José Eusebio Hereñú y Juan Bautista Méndez. Artigas, que había pasado a Entre Ríos luego para alentar a sus partidarios, retornó a la Banda Oriental cuando supo la batida que sufrió Torgués en Las Piedras, y se estableció en los alrededores del pueblo de Belén, para dirigir el movimiento de sus huestes de una y otra margen del Uruguay. En ese sitio recibió una nota del general Pezuela, que le decía: «Estoy impuesto que V. S., fiel a su Monarca, ha sostenido sus deberes contra la facción»,

Digitized by Google

y le ofertaba recompensas para él y sus oficiales. La respuesta fué: «Han engañado a V. S. cuando le han informado que defiendo a su rey. Yo no soy vendible ni quiero más premio por mi empeño de ver libre mi patria del poderío español.»

El Director Posadas, creyendo posible interrumpir la fácil propaganda de la anarquía gaucha en el litoral, envió a Entre Ríos una división mandada por el coronel Holmberg, con ese objeto. Esta fuerza persiguió a Hereñú, que rehuyó la pelea mientras Artigas, a quien pidió ayuda, lo reforzaba. Habiendo acudido Torgués en protección de los amigos de la banda occidental, Hereñú cambió de sistema y sorprendió al infeliz barón en el Paraná, haciéndolo prisionero con casi todos los oficiales, después de dispersarle las tropas.

Posadas reconoció que el artiguismo representaba una fuerza que era difícil destruir y útil conquistar, decidiéndose por lo segundo. En virtud de ello, el delegado extraordinario Nicolás Rodríguez Peña, que se encontraba en Montevideo al frente del gobierno civil teniendo a Manuel Moreno de secretario, inició las gestiones del caso. Suspendiéronse las hostilidades y fueron a negociar a Montevideo, en nombre del caudillo insurrecto, Miguel Barreiro y Tomás García Zúñiga, que no tardaron en celebrar una convención de paz sobre la base de la conservación de Montevideo por las tropas de Buenos Aires y del dominio de la campaña por Artigas.

No habían salido aún de Montevideo los negociadores, cuando sobrevino un ataque a la guarnición bonaerense que existía en Maldonado, al cual siguieron asaltos y robos de que fueron víctimas algunas inermes familias de la campaña, y se despachó de la ciudad una fuerza para atrapar a los bochincheros y mandárselos a Artigas si eran gente suya,—lo cual se ponía en duda por las protestas de los delegados,—o traerlos si no lo fueran. El 7 de Agosto, Artigas dió explicaciones sobre lo ocurrido en Maldonado y reclamó por el movimiento de fuerzas de la ciudad; más tarde protestó que de las inci-

Digitized by Google

dencias de Maldonado era culpable el comandante de esta plaza, exigiendo la devolución de armas y prisioneros.

Pero aquello no impidió la ratificación del tratado, que se produjo, y en consecuencia, el Director Supremo dictó un decreto declarándolo «buen servidor», restituyéndole el grado de coronel y nombrándolo comandante de campaña de la Banda Oriental; y otro asignándole una remuneración anual de cuatro mil pesos.

Sin embargo, remitidas las comunicaciones, la contestación de Artigas se hizo esperar, y después de resguardados los pasos por sus montoneros y dispuesto todo en sus dominios como para la guerra, devolvió los despachos diciendo que no le permitía recibirlos «su desinterés y moderación», y ello no debía tomarse a desaire; agregaba que los tratados publicados en la Capital estaban alterados, pues diferían de los ratificados por él, pero en sus palabras había displicencia y no irritación (27 de Agosto) (11).

Analizando suceso tan insólito, cabe preguntarse: ¿Habrá

(11) Según los documentos que he consultado en el Archivo General de la Nación, lo estipulado era:

Art. 1º El Gobierno declara buen servidor a don José Artigas.

Art. 2º Quedará éste con la comisión de arreglar la campaña en clase de Comandante General.

Art. 3º Habrá un gobierno político y militar puesto por el Gobierno Supremo de las Provincias Unidas.

Art. 4º El regimiento de Blandengues entrará a guarnecer la plaza como cualquier regimiento del Estado.

Art. 5º Todos los que actualmente siguen al ciudadano Artigas podrán irse a sus casas libremente, sin que por ningún pretexto ni motivo puedan ser perseguidos por la presente conducta.

Art. 6º Los oficiales quedarán en sus empleos y serán destinados según su mérito y ascendidos según su aptitud.

Art. 7º La provincia pasará inmediatamente a nombrar sus diputados como lo han hecho las demás, para la Soberana Asamblea, y su número será con arreglo al que han nombrado las demás.

Art. 8º Las tropas serán pagadas por el Estado como las demás que sirven al Estado.

Art. 9º El continente de Entre Ríos quedará como antes de las presentes desavenencias y sus habitantes serán respetados y de ningún modo podrán ser inquietados por sus opiniones tenidas en las presentes circunstancias.

El documento de que tomo estos artículos, no aparece autorizado por Artigas y no he hallado otro que lo esté.

Digitized by Google

sido substituída o alterada la convención efectivamente? ¿Habráse entusiasmado Artigas con el concurso, siempre creciente, de los gauchos de la banda occidental, arrepintiéndose de la ratificación a causa de ello? ¿O habrále ofendido alguna expresión indiscreta deslizada en los documentos que lo rehabilitaban? Dan pábulo a la primera suposición, la moral cartaginesa de Alvear, quien, antes que Rosas, pensó eran los tratados trampas de cazar tigres, y quien pudo mezclarse secretamente en el negocio; lo poco que aparece concedido al caudillo, pues no es más que perdón y olvido; lo mucho que él pidió en las tentativas de paz siguientes. Pero la circunstancia de no haber formulado ninguna reclamación concreta, que no haya dicho «esto se me concedió y se me desconoce ahora, esto no lo acepté y aparece consignado», la blandura desusada del tono y la demora de la respuesta, parecen abonar las otras.

Especialmente para la última, hay sobrada materia. El decreto que declaraba a Artigas «buen servidor», y que hubiera sido mejor no dictar, ni era necesario, pues con la publicación del tratado bastaba, contenía como fundamento «haberse probado por las comunicaciones interceptadas, que Artigas no era responsable de las mantenidas por oficiales suyos con los realistas que ocupaban a Montevideo»; no eludió condenar esas comunicaciones, a las cuales no era cierto fuese ajeno Artigas, y achacaba la razón del decreto terrorífico e infamante, a hechos posteriores a él.

Alvear insistió en la paz y continuó tramitándola como si el desconocimiento del tratado fuera un simple tropiezo; oyó a nuevos comisionados que Artigas mandó a Montevideo, pero éstos pidieron: el desalojo de toda la Banda Oriental por las tropas de Buenos Aires; el reconocimiento de Artigas como gobernador de la Banda Oriental y «protector» de Entre Ríos y Corrientes; la restitución a Montevideo de caudales y pertrechos extraídos después de la toma de la plaza y transportados a la Capital. Alvear contestó que sólo era posible conceder 38.000 pesos además de lo ya establecido en los decre-

Digitized by Google

tos rehabilitantes, pero se le contestó rotundamente que no satisfacía y que «el jefe de los orientales» no había de moderar sus exigencias. El inquieto general pensó que no era posible la paz sino mediante el aniquilamiento de las montoneras, y diciendo a los emisarios únicamente que no tenía atribuciones para conceder más, se embarcó con 1.300 hombres, rumbo a la Colonia, y encargando del mando de la guarnición de Montevideo al coronel Miguel Soler, que sucedía a Rodríguez Peña; quien oportunamente desprendería una fuerza para que tomara parte en las operaciones que se desarrollarían en la campaña.

Digitized by Google

CAPÍTULO VIII

En la guerra civil de la Banda Oriental

1. Combate de Marmarajá. — 2. Soler substituye a Alvear. — 3. Las montoneras artiguistas. — 4. Diversos combates y retiradas a la Colonia. — 5. Plan de Soler. El gobierno central ordena que Dorrego ataque a Artigas en Arerunguá. — 6. La marcha ofensiva y el gobierno de Entre Ríos. — 7. Combate de Guayabos. — 8. Alvear es nombrado Director Supremo. — 9. Montevideo en poder de Torgués. — 10. Apogeo de Artigas.

1. COMBATE DE MARMARAJÁ

De Santiago del Estero, Dorrego pasó a Buenos Aires por disposición del Gobierno General, al que solicitó el 15 de Junio de 1814, le hiciera algún pago a cuenta de los sueldos que se le adeudaban, correspondientes a un año de servicios; decía que habiendo estado constantemente en campaña, atendió sus gastos con recursos particulares que ahora le escaseaban para los preparativos de viaje que estaba realizando. Le fueron acordados 400 pesos; ultimó sus aprestos y se trasladó, de acuerdo con órdenes recibidas, al lado de Alvear; iba a ser envuelto en la guerra civil que tuvo su primer resplandor siniestro en el combate de Las Piedras (1).

La acción militar que desarrollaría inmediatamente, y las ideas de organización nacional que sostuvo más tarde, tal vez ya profesadas, no fueron contradictorias; combatiendo a Arti-

(1) Documentos del Archivo General de la Nación.

Digitized by Google

gas cumplía el mismo deber a que no se substrajo en 1816, y en 1820, cuando volvió a esgrimir la espada contra los caudillos gauchos; sosteniendo los poderes nacionales y perteneciendo al ejército regular, se podía aspirar sinceramente a la unión de todos los argentinos mediante transacciones patrióticas, y a una constitución grata a las distintas provincias.

Dorrego fué el jefe que salió de Montevideo al frente de la división que cooperaría al ataque que el general llevaba a los montoneros. Conducía 900 hombres y debía interponérsele en el camino a Torgués, que suponía en retirada a Santa Teresa, frontera Este de la Banda Oriental. En tanto, Alvear, situado en el Paso de los Toros, resguardaba los ríos Negro y Yi, evitando que Torgués pasara al Norte y que otros caudillos pasaran al Sud en su protección, desprendió fuertes destacamentos que según explicaciones del general, recorrieron 250 leguas inútilmente buscando a Torgués que, avisado del peligro, movíase con velocidad asombrosa. Contrariado e impaciente, Alvear trasladó su cuartel general a la Calera de García (30 de Septiembre), dejando a Hortiguera con 500 hombres, en su anterior posición.

Desde la Calera conoció el rumbo del enemigo y emprendió una marcha forzada (3 de Octubre), en la cual recorrió catorce leguas y vadeó tres ríos en el transcurso de veinticuatro horas solamente.

Mientras Alvear salía del Paso de los Toros, su mayor general, que disponía de excelentes cabalgaduras, emprendió, desde el Paso de Villaboa, una marcha convergente, también precipitada, oculto por las fragosidades que hay entre los ríos Negro y Yi, hasta presentarse por el frente a Torgués, que no lo había sentido y creía ser perseguido por Alvear solamente.

Una avanzada del ejército regular, mandada por el capitán Manuel Mármol, aprisionó una partida de 37 hombres de Torgués y 600 caballos que custodiaba, y luego cayó sobre una compañía compuesta por negros y mulatos, tomando dos ofi-

Digitized by Google

ciales, 50 soldados armados y casi todo el parque del caudillo; otra, mandada por el teniente de «Granaderos a Caballo» Manuel Suárez, tomó a un capitanejo Mieres y 25 soldados también con armas.

El caudillo artiguista, cuyas huestes, según cálculo aproximado, sumaban 1.000 hombres, campaba en el valle de Marmarajá cuando Dorrego lo acometió a las primeras luces del 4 de Octubre. La acción duró poco y fué poco reñida. Torgués era completamente nulo: reunía a su alrededor a los gauchos, por la escandalosa licencia de que les permitía disfrutar; al sentir a los porteños emprendió desesperada fuga, sin atinar a recoger siquiera su sombrero y su espada, que se habían de contar entre los trofeos del combate; pero los fieros gauchos se resistieron sin dirección. Después de ser arrojada toda la montonera del valle, hubo un fuerte núcleo que se rehizo, pero inmediatamente alcanzado, se dispersó, perdiendo 81 hombres — 28 muertos y 43 prisioneros.

Durante todo el día no cesó la persecución, tan encarnizada y bien dirigida que el caudillo no se creyó salvo hasta azotar el arroyo Chuy, para refugiarse con su desorganizada y maltrecha hueste en el Brasil. Dorrego se apoderó de toda la artillería de Torgués, una cantidad de municiones, un trozo de caballada flor, un cargamento de paños, una suma de dinero y gran cantidad de carretas cargadas de familias, en una de las cuales estaba la del propio caudillo. Entre los prisioneros, merecen citarse especialmente el secretario presbítero Domingo Sánchez, el consejero Antonio José del Tejo y Félix Artigas, primo del «patriarca».

Las tropas regulares tuvieron de pérdida 11 hombres muertos—siendo uno de ellos el teniente Nicasio Carreto, de valeroso comportamiento—y algunos heridos.

Terminada la persecución, Dorrego se estableció en Santa Teresa con parte de su fuerza (el resto se lo retiró Alvear), vigilando cuidadosamente la frontera del Brasil, con sus tropas listas para batir de nuevo a Torgués así pretendiera vol-

Digitized by Google

ver a hacer correrías en su provincia (2); pero Torgués había encontrado cómodo asilo: los codiciosos vecinos lo dejaron permanecer tranquilamente con sus gauchos reunidos y conservando las armas, a espera de tiempos mejores: la guerra civil

(2) Francisco Bauzá, en su *Historia de la dominación española en el Uruguay*, afirma que Dorrego cometió repudiables actos de libertinaje en el pueblo de la Colonia, donde fué a festejar su triunfo de Marmarajá inmediatamente de obtenerlo; el doctor Eduardo Acevedo (segundo), en su alegato *José Artigas*, pretende disculpar las atrocidades cometidas por Torgués en Montevideo, diciendo que los jefes porteños habían violado a la hija de ese caudillo, apresada en Marmarajá. El General Mitre, haciendo el retrato de Torgués en la *Historia de Belgrano*, dice que aquél castró una partida de porteños, para vengarse del general de éstos que le había quitado la querida; y se refiere al general en jefe o sea Alvear, pero se equivoca: éste sedujo a la hija de Torgués, según nota dirigida al delegado Herrera por aquél; por eso calla Alvear la existencia de la joven en los partes de Marmarajá. El doctor Acevedo hace mal en decir «los jefes» en lugar de «el general en jefe».

Alvear llegó al campo de su mayor general, muy luego de alcanzada la victoria de Marmarajá: se recibió de todos los bagajes e hizo los partes del combate. Con paciencia benedictina, he revisado, hoja por hoja, los papeles que se guardan en el Archivo General de la Nación y son muy valiosos, relativos a la tropa de la Banda Oriental y la insurrección artiguista, sin encontrar rastro alguno de incorrecciones cometidas por Dorrego. En todos los que se refieren a él, y especialmente en los subscriptos por Alvear y Soler, se elogian sus cualidades sin la menor reticencia.

Inexplicable sería que Pueyrredón y Terrada, si Dorrego hubiera cometido excesos en la Banda Oriental, no los hayan citado en su famoso decreto que acumuló cuantos antecedentes parecieron podían presentarse como desfavorables a él, sin prescindir de los más triviales. Lo de «haciendo alarde de impunidad ha repetido y reagravado iguales delitos *después de mi mando*, reduciendo a conflictos la quietud y armonía de los pueblos hermanos», se refiere evidentemente a quejas recién llegadas de Santa Fe, por la acción desenvuelta allí, a las órdenes del general Díaz Vélez.

La afirmación que hago en este libro, de que Dorrego se estableció en Santa Teresa después de la acción de Marmarajá, está justificada por diversos documentos que cito y transcribo en parte, todos los cuales se guardan en el Archivo General de la Nación. El examen de esos documentos y el absurdo de ir a festejar un triunfo, alcanzado en el extremo Este de la Banda Oriental, en el extremo Oeste de la misma, me persuadieron que la versión aludida, perjudicial a la fama de Dorrego y en pugna con su reconocida caballerosidad, no podía ser cierta, despertándose en mí la sospecha de que se confundiera al vencedor de Marmarajá con algún jefe de tránsito o algún comandante destacado en la Colonia.

El historiador Bauzá, después de hacer la acusación, cita los *Apuntes* de Larrañaga y Guerra, dos cronistas contemporáneos y partidarios de Artigas, que escriben con tal pasión y ligereza, recogiendo informaciones contrarias a los hombres de Buenos Aires, que es la misma de quienes escribieron en esta ciudad contra Artigas, sus tenientes y sus huestes; además invoca una nota, fecha 7 de Octubre de 1814, dirigida al Cabildo de Montevideo y subscripta por Alvear.

El último documento parecióme digno de respeto, y por lo mismo, pensé que de él saldría la luz que necesitaba, vale decir, que destruiría la propia versión, revelando su error. Me dirigí entonces, dando explicaciones minuciosas, a uno de los hombres más espectables del Uruguay, el doctor Luis Alberto de Herrera, que ha brillado como escritor, periodista, parlamentarista, diplomático y jurisconsulto, quien me había dicho anteriormente en gentilísima carta: «creo que los escritores de ambas

Digitized by Google

no les desagradaba, porque pensaban ya, que podía servirles de pretexto para la conquista (3),

2. SOLER SUBSTITUYE A ALVEAR

Carlos María de Alvear, a quien un escritor (4) llama con feliz ingenio «el galán joven del drama revolucionario», pertenecía a una aristocrática y acaudalada familia y había llegado junto con San Martín, de Europa, donde conoció la milicia y el gran mundo. En la flor de la edad, graciosa y elegantemente desenvuelto, agitábalo una ambición inmoderada que todo parecía ayudarle a satisfacer. Sobrino de Posadas y vinculado también a otros personajes espectables de la Revo-

orillas, nos debemos este recíproco apoyo, a fin de ir esclareciendo la historia verdadera de estos países, tan adulterada por la pasión y por el interés político». La respuesta que obtuve, fué la siguiente:

«Señor Saturnino Uteda — Distinguido amigo: Primeramente, debo pedirle a usted disculpa por la demora en contestarle: sucedió que no sé cómo extravié la última carta de usted, que contenía los datos, y pareciéndome impropio pedirle la renovase, los produje en la forma imperfecta que me fué posible. Y bien: he visto el parte de Alvear, fecha 7 de Octubre de 1814, que usted refiere, y aparece del folio 61 a 63 del libro respectivo; en él *no se dice nada de ningún exceso cometido por Dorrego, sino que relaciona únicamente un combate victorioso* sostenido contra Otorgues, por tropas del general Alvear a las órdenes del coronel Dorrego; sorprendido Otorgues, perdió la «armería» y sufrió una gran dispersión, *cayendo prisionero su hijo y no su hija como varios escritores afirman.*

«Pero como el historiador Bauzá era muy concienzudo, y para evitarle a usted un involuntario error, creo conveniente me envíe nuevos datos. Si le interesa el parte de Alvear, le ruego me lo avise para mandarle una copia debidamente legalizada; pero esto sería dentro de un mes, porque mañana mismo me embarco para el Brasil.

«Poniéndome nuevamente a sus órdenes, lo saluda muy atentamente su afectísimo. — *L. A. de Herrera*».

Respondí que faltándole a la versión el testimonio de Alvear, ella ya no me preocupaba, pues las aseveraciones de cronistas parciales, visiblemente erróneas, no tenían autoridad ni merecían crédito, como no tienen ni merecen las que han imputado a Artigas desde esta orilla, por ejemplo, haber escrito a uno de sus tenientes una carta que jamás apareció y a la cual el doctor Carlos María Ramírez llamaba «la carta perdida o empacada», ordenando que todas las semanas se fusilase un «porteño» o un «godo» para conservar la moral. Por lo demás, respeto las opiniones del doctor de Herrera, pero no comparto la que exterioriza sobre Bauzá, quien no solamente se ha equivocado en la colocación de una cita de documentos probatorios, lo cual puede atribuirse a un simple descuido, sino que ha incurrido en errores garrafales muy frecuentes, admitiendo cuanta leyenda antiporteña conoció.

(3) Documentos del Archivo General de la Nación.

(4) MARIANO A. PELLIZA: *Dorrego en los partidos unitario y federal.*

Digitized by Google

lución; fundador de la célebre logia Lautaro, en que se incubó una sublevación que suplantó un Gobierno; diputado, Presidente de la Asamblea Constituyente; Intendente de Armas de Buenos Aires; general en jefe del ejército de la Banda Oriental, conquistador de la plaza de Montevideo, su carrera no podía ser más rápida y brillante.

Era un general con inspiración, y sabía desempeñar su papel, pero lo atormentaba el afán de hacer y de ser admirado: antes de madurar un plan, ya lo estaba ejecutando, y hacía esforzar de tal manera a sus tropas y se tomaba él mismo tanto trabajo, que luego era imposible evitar la fatiga. Su genio ayudábalo a dar golpes magníficos, pero no le permitía aprovecharlos como era debido, ni avanzaba sobre terreno firme: iba siempre expuesto al fracaso, y se colocaba tan cerca de lo sublime como de lo vulgar y lo ridículo.

Tomado Montevideo, tuvo a mal traer a los insurrectos montoneros, pero no fué probo ni eficaz en sus manejos.

Luego, no quiso seguir persiguiendo a aquella gente que no quería dejarse alcanzar, o le pareció tarea indigna de su brazo aniquilar rebeldes semibárbaros; volvió a poner sus miras en la jefatura del ejército auxiliar del Perú. Lo mal que hizo fué afectar, por ostentación vanidosa, que en la guerra contra los montoneros estaba hecho lo más y sólo faltaba lo menos, cuando, verdaderamente, sólo había iniciado la lucha y exacerbado las pasiones. Se retiró de la Banda Oriental después de la campaña de Marmarajá y de un triunfo alcanzado por Valdenegro sobre Blas Basualdo en Entre Ríos, y regresó a Buenos Aires con gran parte de las tropas, como si Artigas estuviera aniquilado ya.

Soler, en su carácter de Gobernador Intendente de la Banda Oriental, quedó a cargo del esqueleto de ejército dejado por Alvear, es decir, de director de las operaciones contra los montoneros. No le faltaba capacidad para un feliz desempeño: conocía la provincia y la índole de los gauchos, con quienes obtuvo su primer victoria; estaba provisto, además, de un va-

Digitized by Google

lor fogoso, un criterio sólido y una inteligencia despierta; pero le faltaban elementos, y nadie lo sabía mejor que él.

Habiendo sobresalido en clase de oficial, al tocarle mandar en jefe, no pudo substraerse al deseo de herir personalmente al adversario: en el Cerrito había peleado con un fusil, según

SOLER

se ha dicho, y en las demás acciones seguiría el precedente. Allí donde él estaba, el ejemplo surtía los efectos que por entonces se atribuía a la caña con pólvora,—no hay duda,—pero una parte de sus tropas no podía ser vista, dirigida, ni alentada por él: fácil resultaba entonces perder la unidad del ataque sin poder luego remediar el trastorno. Este jefe, que era esbelto, enérgico, tenía una franqueza honrada y áspera que lo hacía parecer soberbio y díscolo, estaba imbuído de la idea

Digitized by Google

que su obligación de soldado era vencer siempre: hacía los mayores esfuerzos en procura del lauro, y si la suerte le era adversa, quedaba anonadado su espíritu, no podía ocultar la vergüenza y aumentaba el desastre a causa de lamentarlo demasiado.

Alvear dejó en el paso de los Toros la fuerza mandada por el coronel Rafael Hortiguera; y en Cerro Largo, un destacamento menor a las órdenes del teniente coronel José Zapiola.

Hortiguera se encontró a los pocos días sin guías ni «bomberos» con quienes tantear el terreno, y con tropas insuficientes para salir airoso en un lance formal. Quejóse, además, de ser la mitad de sus soldados españoles (prisioneros de la toma de Montevideo) que no servían sino para hacer la guardia en el campamento (los hechos habían de confirmar esta opinión), y hallarse sin instrucciones que cumplir y con las caballadas en pésimo estado: en esto último debió exagerar, porque Dorrego le había mandado caballos de repuesto desde Santa Teresa. Tan crítica le pareció su situación, que, sin esperar órdenes más tiempo, limitándose a consultar sus oficiales, se replegó hacia Montevideo para ponerse al habla con Soler, quien, al enterarse de su aproximación a la ciudad, le intimó regresara sin tardanza al lugar en que había sido destacado, diciéndole creer «rebajante un paso tan ajeno al honor que distinguía a los oficiales de la patria».

Hortiguera, herido de este modo, pidió una conferencia a Soler: le fué concedida, mas a causa del enojo del superior, fué muy breve: el uno tuvo que restringirse a ofrecer excusas, y el otro no quiso admitirlas, reclamando obediencia en términos enérgicos y perentorios. La división emprendió el regreso al día siguiente, dirigiendo su jefe, al Gobernador, una nota en que decía «volver al Paso de los Toros, de donde se moviera procurando curar a sus tropas de la parálisis a que estaban condenadas, y en donde procuraría justificarse de la nota de *rebajante* que había motivado su conducta».

Soler dispuso luego que Zapiola lo reforzara con 100 hom-

Digitized by Google

bres y Dorrego con una compañía mandada por el alférez Sauvidet; él mismo le envió algunos oficiales y soldados: pertenecían todos estos contingentes a un cuerpo de «Granaderos a Caballo» (19 de Octubre).

Entre Ríos estaba resguardado por una división establecida en el Arroyo de la China (primitivo nombre de lo que es hoy ciudad de Concordia), al mando de su Gobernador el coronel Juan José Viamont, y dos destacamentos volantes mandados por los coroneles Blas José Pico y Eusebio Valdenegro. Apenas había regresado Hortiguera al Paso de los Toros, cuando Soler recibió la grata noticia de que Viamont, haciendo una salida con 150 hombres, del pueblo que guarnecía, había derrotado frente a Belén a 260 insurrectos (debió tratarse de la vanguardia de Artigas), matándole 7 oficiales y 37 soldados, poniendo en fuga al resto, del cual 60 se ahogaron en el río Uruguay, y tomando 100 fusiles y 80 prisioneros.

Pero muy pronto el gozo se le fué al pozo, valga el refrán español. Hortiguera comunicóle un gran descalabro sufrido antes de tener los refuerzos que le acordaran. Se refería a este suceso: 100 hombres a las órdenes del capitán Diego Martínez, que constituían su vanguardia y estaban situados en la Capilla de Diego González, fueron cercados el 2 de Noviembre por la montonera de Frutos, dos veces superior en número, y después de una heroica resistencia de largas horas, realizada con la esperanza de recibir oportuno socorro del campamento cercano, sucumbieron a causa de la impavidez de Hortiguera. En su parte al Gobernador, el jefe de la división decía que esperaba ser atacado de un momento a otro, y que la suerte del resto de sus tropas sería la misma de su vanguardia, si demoraban los auxilios.

Más tarde, Hortiguera ofició al Director haciendo renuncia de su empleo y explicando largamente su situación y conducta. La respuesta fué una severa reprimenda: se le reprochaba que Alvear le había encarecido no abandonase el Paso de los Toros, haciéndolo auxiliar con caballadas por Dorrego

Digitized by Google

al mismo tiempo, hechos que pasaba por alto, y se le hacía presente que debía obedecer estrictamente a Soler.

Por su parte, el Gobernador de la Banda Oriental apreciaba lo ocurrido y resolvía según los siguientes renglones de un oficio enviado al Director Supremo: «La comunicación de Hortiguera no hace un detalle por el que pueda transmitirse a V. S. la noticia circunstanciada... Entretanto, sólo puedo decir a V. E. que Martínez con su partida fué sorprendido por las de Artigas, a poco más de cuatro leguas de distancia del campamento de la división, que, sin embargo de haber durado la resistencia desde las dos de la tarde del 2 hasta la mañana del 3, él no fué socorrido. Yo he dispuesto que el coronel Dorrego pase inmediatamente a hacerse cargo del mando de aquella división. Su actividad hace falta en el Río Negro, cuando, según las circunstancias en que se halla Torgués, debe considerarse ociosa en Santa Teresa. Creo el único medio de restablecer el orden por aquella parte, el que he adoptado». Soler hizo que su mayor general, antes de salir de Santa Teresa, situara 150 hombres en el Alférez, y luego se dirigió por nota al general portugués Souza, jefe de la región en que permanecía refugiado Torgués, diciéndole que en el primero de los parajes designados, sólo quedaba la guarnición de costumbre, advirtiendo, no obstante, que si el caudillo artiguista aprovechaba la coyuntura para volver al territorio de las Provincias Unidas, sería bien escarmentado, a menos que se internara de nuevo en el territorio brasilero; «pero evitar que se renueve esta guerra desastrosa — añadía — es obra de V. S. Ilma., como que está en su mano el quitar a los rebeldes los instrumentos de devastación y de muerte». Insistiendo en su pretensión de desarme, pretextaba no merecía Torgués miramientos, por ser reo de «crímenes imperdonables por cualquier sociedad» (19 de Octubre).

Ya trasladado al Paso de los Toros, y habiendo recibido los 100 «granaderos» desprendidos por Zapiola según la orden de Soler, Dorrego trabajó en la organización de la fuerza que se

Digitized by Google

le había confiado, y con su actividad de siempre, se dispuso a operar a los pocos días. En los primeros, se desertaron varios soldados del cuerpo de «Dragones», a causa de haber circulado la especie de que se les uniría a los «Granaderos»; pero una vez conocida por el jefe, se apresuró a desautorizarla, y eso fué suficiente para cortar el mal.

El Directorio aprobó el envío de Dorrego al Paso de los Toros, y Soler, al acusar recibo de la comunicación respectiva, decía de su mayor general: « El éxito que me anuncian su actividad y conocimientos, creo será el más análogo a las intenciones del Supremo Gobierno. El ha empezado a poner en tono y bajo un verdadero sistema militar aquella división» (Noviembre 18 de 1814).

El 26 de Noviembre, Soler fué nombrado capitán general de la Banda Oriental, ordenándosele que dejase a otra persona el cargo de Gobernador Intendente, lo cual significaba debía salir a campaña para combatir la insurrección con mayor eficacia. Así lo hizo, retirando de la guarnición de Montevideo parte de las tropas y estableciendo su campamento en el Paso del Rey, cerca de San José (5).

3. LAS MONTONERAS ARTIGUISTAS

Los hombres con que el gran caudillo oriental hacía la guerra, estaban diseminados por la campaña de la provincia, que

(5) Documentos del Archivo General de la Nación. La pobreza de los elementos que disponía Soler para esta campaña, está demostrada por el siguiente hecho: a los pocos días de asumir Dorrego el mando de la división del «Paso de los Toros», el Directorio, creyendo por informes que le suministraba el capitán Vicente de Lima, que gente de Artigas había pasado al Sur del río Negro apartándose luego de Mercedes y amenazando los pueblos vecinos, ordenó al general que rescatase la posición, siendo la respuesta, dada el 23 de Noviembre, de este tenor: «El coronel Dorrego no tiene ni 500 hombres y la fuerza que he mandado a la costa del Alférez, según digo a V. E. en mi comunicación de hoy, no puede pasar de 150... Estos antecedentes y más que ellos, el no tener una fuerza útil disponible, sin desmedrar la del coronel Dorrego o la pequeñez que he mandado a las costas del Alférez, no me permiten cubrir con una partida respetable el punto de Mercedes, como se me previene y quisiera hacerlo.»

Digitized by Google

conocían—voy a emplear una expresión favorita de los gauchos—«como sus propias manos». Sólo ocasionalmente se reunían en torno de sus jefes. En cada vecindario había un número de gauchos pertenecientes a la causa; guardaban las armas en sus casas y designaban entre ellos mismos un capitanejo, que se llamaba Juan, Pedro o Diego, o dicho con más exactitud, Blasito, Encarnación, etc.; y eso era lo que Artigas denominaba «las milicias del lugar». Los capitanejos, al aproximarse una división enemiga o al transmitírseles avisos de los caudillos de importancia como Torgués, Frutos y el mismo Artigas, que se movían en diversas direcciones escoltados por sus gauchos más adictos y algunas fuerzas semirregulares de que también disponían, efectuaban concentraciones casi maravillosas por lo rápidas y oportunas, pues eran sumamente diestros, disponían de excelentes montas y la naturaleza accidentada y agreste del territorio les favorecía; de modo que cuando iba a librarse un combate, desde remotas comarcas se corrían los gauchos para prestar su brazo; y se comprenderá cómo los perseguidores de las montoneras recorrían interminables soledades hasta que sus tropas estaban desmoralizadas, las cabalgaduras se destruían y no era posible reponerlas. Los montoneros libraban el combate en el momento y sitio que les parecían convenientes—a no ser cuando Torgués se dejaba sorprender—y caían sobre sus enemigos dando salvajes alaridos y blandiendo furiosamente sus lanzas.

Los soldados del ejército regular sentían perennemente la tentación de unirse a los gauchos, que los atraían ofreciéndoles saciar su sed de pillaje y librarlos de las rigideces de la disciplina; por eso eran frecuentes las deserciones. Se había cometido el error de querer utilizar soldados españoles en el aniquilamiento de los insurrectos: los soldados españoles, por antecedentes relacionados, deseaban tomar venganza de las tropas de Buenos Aires, y miraban a los montoneros hasta con simpatía si se quiere, pensando que más les hubiera valido capitular con ellos.

Digitized by Google

Cuando un hecho de armas de adverso resultado, o largas e infructuosas marchas, les causaban desazón, los instintos vandálicos adquirían mayor fuerza, y la idea de irse con los gauchos hacía más fácilmente presa de los soldados regulares. «En todos mis giros por esta campaña en mi marcha hasta Villa de Mercedes, que sumando pasan de doscientas leguas—escribía Soler—no he tenido un solo desertor, ni ha cometido exceso alguno ningún soldado. Al día siguiente de haberse recibido la noticia de la función de Arerunguá (el combate de Guayabos), ya se desertaron seis, de los diferentes regimientos. En los días subsiguientes continuó la deserción gradualmente, y ya comencé a oir que mis soldados robaban y violaban tal cual mujer, en el camino de su fuga. Luego empezó a haber desorden entre ellos mismos, a reñir y a matarse, como quien menosprecia el freno de la subordinación. No por eso lo he aflojado, ni mis oficiales dejaron de celar asiduamente por contenerlos y reducirlos a orden y perseverancia. Son muchos los castigados con baquetas, y hoy mismo fué fusilado un «granadero» por asesino con alevosía.»

También los gauchos orientales se pasaban a las tropas regulares, pero no era más que aparentemente, para dar noticias falsas de la montonera y luego llevar a ésta noticias verídicas de los «porteños»; pues a los pocos días se escapaban para volver al lado de sus caudillos. Los guías o baquianos que a los jefes de Buenos Aires eran indispensables para manejarse en la campaña oriental, eran generalmente gauchos desleales que trabajaban por perderlos. Cada habitante de aquella tierra, cualesquiera fuesen su sexo y su edad, era un espía al servicio de Artigas, y cuando dejaba de ser «chúcaro» con los «porteños», tenía dentro del cuerpo el demonio de la traición. «Es preciso informar a V. E.—también escribía Soler—que esta guerra es mucho más ardua de lo que parece. Artigas y sus secuaces abrazan todos los recursos de la campaña, al paso que para nosotros no hay ninguno. No hay un habitante de esta provincia que tácitamente no sea partidario

Digitized by Google

de Artigas. No hay un hombre que nos dé aviso del enemigo, aunque se halle éste próximo a caer sobre nosotros; es suma la escasez de baquianos; en cuanto a caballos, yo me veo precisado a ofrecer dos pesos por cada uno que me presentan. En fin, el campo que pisamos es todo enemigo» (30 de Diciembre de 1814) (6).

4. DIVERSOS COMBATES Y RETIRADA A LA COLONIA

Dorrego, al asumir el mando de la división del Paso de los Toros, retrocedió al Durazno, dejando en la anterior posición una fuerte y vigilante vanguardia, mientras Frutos se mantenía en el mismo sitio que antes de su victoria de la Capilla.

Supo luego el jefe porteño que el caudillo artiguista se había movido, y que así se le incorporase gente de refuerzo, había de atacarlo: resolvió «ganarle de mano», y el 25 de Noviembre emprendió una marcha forzada, pasando al siguiente día a la región del norte por el Paso de Quinteros, después de emplear seis horas en el vado, por hallarse el río Negro sumamente crecido.

En la madrugada del 26, una descubierta porteña tomó prisioneros a dos carneadores de Frutos, lo cual hizo suponer a Dorrego, que las huestes de aquél estaban muy cerca. Sin que se interrumpiese el avance general de la división, se adelantó a ella con 50 hombres para explorar el campo, pero sólo al llegar al arroyo Tres Arboles pudo avistar los montoneros, que habían emprendido la retirada. Frutos emboscó un centenar de sus gauchos en el paso de dicho arroyo, para detener a sus contrarios, pero éstos atacaron en mayor número, y después de breve lucha, obligaron a despejar y realizaron la travesía. Dorrego pudo entonces descubrir el grueso de la hueste artiguista, que calculó en 400 hombres; huía a gran velocidad para evitar un choque general. Buscando

(6) Documentos del Archivo General de la Nación.

Digitized by Google

producirlo a despecho del mañoso caudillo, el jefe porteño tenía que galopar con sus tropas en la misma forma; pero, como lo dice en su diario de campaña que tengo a la vista, tratábase de una «marcha que no podía seguir el sinnúmero de godos (maturrangos?) que lo acompañaba», por lo cual entresacó 150 soldados criollos, y a la cabeza de éstos, prosiguió la persecución con ardoroso empeño, siendo admirable la decisión y agilidad con que Dorrego quería entrar en combate formal y con que Frutos lo rehuía.

Hubo escaramuzas en los pasos de diversos arroyos, especialmente en el de un brazo del Salsipuedes, donde el caudillo quiso de nuevo ganar distancia mientras su retaguardia peleaba; pero otra vez las tropas de Buenos Aires quitaron el obstáculo demasiado pronto, y los montoneros no pudieron escabullirse del todo. Las caballadas de las dos fuerzas estaban muy cansadas, y el deseo de Frutos era cambiar la suya, pero la proximidad de Dorrego no se lo permitió mientras duraron las luces.

Cuando cerró la noche, Dorrego, que había realizado una fatigosa persecución de doce leguas sin el apetecido resultado, quedando muy atrás el grueso de su división y estando demasiado próximo al cuartel general de Artigas, creyó prudente no insistir en una empresa que podía hacerse comprometedora para él por el aumento de los adversarios; sabiendo que importantes partidas mandadas por los capitanejos artiguistas Paredes y Gadea, ocupaban los pueblos de Paysandú y Mercedes, cambió la dirección de su marcha con idea de coparlas.

En su persecución a Frutos, Dorrego únicamente tomó 5 hombres armados y 300 caballos; tuvo en sus filas 1 muerto y 1 herido, y no pudo comprobar, por la precipitación de la marcha, el número de los caídos en las adversas.

El 28, reunido al grueso de su división, contramarchó a las puntas de Tres Arboles y siguió hasta las Palmas de Santa Ana; hizo perseguir a varias partidas insurrectas, libertó

Digitized by Google

a sus «chasques» que habían sido aprehendidos por un alcalde, tomó prisioneros a varios gauchos, se apoderó de algunas tropillas de ganado y se le pasaron 2 blandengues. Al anochecer desprendió 44 hombres al mando del mayor Cortinas, a quien dió el encargo de operar contra los ocupantes de Paysandú y luego comunicarse con el comandante Pico, destacado en Entre Ríos, para pedirle un refuerzo de 200 soldados criollos, comprometiéndose a suplirlos, en parte, con 100 españoles de que se desprendía. Acariciaba ahora un nuevo plan, cuyo objetivo consistía en atacar el cuartel general de Artigas, que estaba en Arerunguá.

El mismo día tuvo noticia que Frutos había recibido, no el refuerzo de 200 hombres y 1 cañón, sino más que eso: tratábase de todo el regimiento de «Blandengues», que era el único cuerpo semirregular de los rebeldes, constaba de 800 hombres y lo mandaba Rufino Bauzá.

El 29, continuó la marcha hasta el arroyo Don Esteban, e hizo adelantar 100 hombres para batir a Gadea, que había desalojado Mercedes a la aproximación de las tropas de Buenos Aires; quedándose apenas con otros 100 soldados, fraccionó el resto de la división para lanzar partidas en busca de recursos y de artiguistas sueltos. Pero todos los campesinos aparentemente pacíficos y en particular las mujeres, prevenían a los insurrectos contra los peligros; fué imposible dar alcance a Gadea, por más que se le persiguió tres días sin descanso, guerrillándose algunas avanzadas a lo lejos; pero se le tomaron 14 hombres prisioneros y 400 caballos. Las demás partidas trajeron apenas 5 hombres prisioneros y algunos caballos más.

El 30, se tomaron prisioneros a 4 artiguistas y se acogieron varios pretendidos desertores; la división campó en Yapejó, lugar donde debía estar el mayor Cortinas, según las instrucciones recibidas; pero el oficial no apareció por haberse retrasado, y luego, considerándose comprometido, pasó a Entre Ríos. La falta de respuesta sobre la proposición que

Digitized by Google

se le encargara transmitir, unida a la vuelta de Frutos, hizo que Dorrego continuase su retirada hacia el sur.

El río Negro fué atravesado sin dificultad alguna, y el 2 de Diciembre, Dorrego entró en Mercedes y destacó varios piquetes, uno de los cuales entró a Soriano; ni en Mercedes ni en Soriano se encontró un solo habitante: todos habían salido de esos pueblos confraternizando con los montoneros y cuidando sus intereses; sin embargo, al regresar a Mercedes los soldados que fueron a Soriano, viéronse atacados y sufrieron 2 bajas. El fruto de los demás movimientos de los porteños aquel día, consistió en 2 gauchos prisioneros, 12 armas y 40 caballos.

El 3 se recibió el anuncio de que el pueblo de Soriano iba a ser saqueado, y se enviaron allí 80 hombres para custodiarlo.

El 4, Dorrego despachó algunos «bomberos» en busca de noticias de Frutos, y ninguno de ellos regresó, sabiéndose después que se habían pasado al enemigo. Un desertor de la montonera que se presentó a las 10 de la mañana, suministró la noticia de que Frutos se hallaba a cuatro leguas de distancia, habiéndosele incorporado Gadea recientemente; confirmó también que se habían recibido antes los refuerzos despachados por Artigas, lo cual significaba la próxima colisión con una hueste de 1.000 hombres. Y tanto era así, que un momento después las avanzadas porteñas eran acometidas por los artiguistas, y como Dorrego estaba casi desprevenido en Mercedes, con 200 hombres únicamente a sus inmediatas órdenes, se corrió a Soriano para hacer la concentración de su división.

Conseguido su objeto, sabiendo la superioridad numérica del adversario y escaseándole las municiones, no quiso comprometer un encuentro y prosiguió con actividad la retirada al sur. Frutos quiso cortarle el camino resguardando el paso del Bizcocho, mas Dorrego efectuó el pasaje de ese arroyo por una picada falda, no sin algunas escaramuzas y un pequeño entrevero.

Digitized by Google

El 5, la división se encontró sin baquianos, pues todos los que llevaba se le fueron; la intención de su jefe era situarse en San Salvador, pero como no llegase el comandante Viera, que debía llevarle sus milicias y una partida de municiones, prosiguió hacia la Colonia después de tomar 100 caballos en San Salvador, y campó en Las Vacas.

En la mañana del 6 le anunciaron sus descubiertas que los montoneros atacaban, e inmediatamente se presentaron éstos haciendo fuego. Situado Dorrego con 200 hombres en la margen sur del arroyo de Las Vacas, resguardando el paso, sostuvo un encarnizado combate contra todos los gauchos de Frutos durante tres horas, mientras el resto de las tropas porteñas adelantaban jornadas: el hábil caudillo, que había dejado a la espalda los «Blandengues», tuvo que reconocer su impotencia y se replegó para mudar caballos y esperar el cuerpo citado. Los artiguistas perdieron en la pelea 14 hombres, entre ellos un capitanejo, y los porteños tuvieron 5 heridos.

Después, Dorrego siguió sus marchas sin hallar adversarios y con el espíritu de sus soldados fortalecidos; se le incorporó Viera con 30 hombres, y se efectuó la entrada de la división a la Colonia, tras cuyas murallas estaba segura.

El regimiento de «Blandengues» y las huestes de Frutos y Gadea, se concentraron en el pueblo de Mercedes, donde los tenientes de Artigas se proponían combinar operaciones con Encarnación, temido capitán de una numerosa gavilla de bandidos (7).

5. PLAN DE SOLER. EL GOBIERNO CENTRAL ORDENA QUE DORREGO ATAQUE A ARTIGAS EN ARERUNGUÁ

Al llegar a la Colonia, Dorrego envió al campamento del general Soler, que se hallaba en Canelones, a su ayudante Pedro Castelli, para informar sobre el resultado de las opera-

(7) Diario de Dorrego y otros documentos del Archivo General de la Nación. Francisco Bauzá: *Historia de la dominación española en el Uruguay.*

Digitized by Google

ciones, haciéndolo al mismo tiempo portador de una nota en que daba como razones de la retirada la inutilidad de los soldados españoles que había en su división, la escasez de oficiales (no tenía más que 2 tenientes y 11 subtenientes) y la deserción de 40 hombres pasados al enemigo. Pedía un refuerzo de 200 soldados criollos, algunos oficiales y 20.000 cartuchos, para proseguir la campaña; agregando: «La fuerza enemiga pasa de 1.300 hombres, incluso 300 indios y más de 200 de las tropas nuestras pasados, pues los prisioneros de la Casa de Don Diego todos han tomado armas, y también se le han incorporado más de 50 del número 6. El cuerpo de «Dragones», tanto por la escasez de oficiales, cuanto por el suceso de la Casa de Don Diego, se halla bastante acobardado» (6 de Diciembre de 1814).

Fué entonces cuando Soler dirigió al Director Supremo la nota adelantada, y que terminaba con estas palabras: «En fin, el terreno que pisamos es todo enemigo»; pero el Director, que estaba engañado por juicios optimistas de Alvear, le contestó: «Considero cuán ardua es la presente guerra y los escollos que en ella se presentan; sin embargo, yo recomiendo a V. S. su más breve término en ese territorio, pues de su buen éxito pende la causa de la América, y espero consagrará a tan importante fin sus fatigas, redoblando esfuerzos, eficacia y celo.»

Algunos días después, el Gobierno General se hacía más premioso aún con el general de la Banda Oriental, oficiándole: «Es necesario dejar concluída la campaña en los tres primeros meses del año entrante; que se pelea con un enemigo que se engríe y adelanta con la más pequeña ventaja sobre nuestras tropas; que cuenta el tiempo entre sus recursos, con la esperanza de la disgregación de nuestras tropas, y que hace la guerra como caudillo de salteadores, permitiendo toda clase de crímenes para tener contentos a los malvados y atraer a los que apetecen su libertinaje». Recomendaba luego atacar preferentemente a las montoneras de importancia, empezando por

Digitized by Google

la de Torgués (que había vuelto al territorio oriental al debilitarse la guarnición de la frontera), para que a las pequeñas le faltasen puntos de apoyo, y tratar a los insurrectos con la mayor severidad.

Dorrego fué reforzado con 320 hombres y 250 monturas que se le enviaron de Buenos Aires, disponiéndose al mismo tiempo que Valdenegro pasara de Entre Ríos con una división que le había servido para derrotar de nuevo y arrojar a Corrientes la montonera de Blas Basualdo, y 240 soldados que le daría Viamont, para cooperar al plan de operaciones que Soler ejecutase.

Según las noticias del general, Torgués, que primeramente se hallaba en el Yi, sobre el Paso del Rey, desde donde dominaba con partidas bien distribuídas las regiones de Santa Lucía, Calera de García y Capilla del Pintado, habíase corrido al Paso de la Arena; Frutos estaba en Yapeyú; Faustino Texerina con sus montoneros, y el regimiento de Blandengues (mandado por Bauzá), estaban en Porongos. A fin de satisfacer las exigencias del Directorio, Soler ordenó a su mayor general, a mediados de Diciembre, que abandonase la Colonia y se trasladara a San José, donde ya lo encontraría a él con su cuartel general establecido.

Soler y Dorrego concentrados en San José, combinaron varios ataques simultáneos: fraccionadas las fuerzas en tres divisiones, Soler, al frente de una de ellas, caería sobre Torgués, mientras Hortiguera y Dorrego con las restantes, operarían contra Texerina y Frutos, respectivamente; pero como las noticias sobre las posiciones del enemigo eran falsas, efectuados los movimientos, ni Soler ni Hortiguera encontraron a sus adversarios. Dorrego llegó al río Negro y sus avanzadas se aproximaron a Mercedes, pueblo que estaba ocupado por tropas superiores, pero que tal vez hubiera batido por el desorden en que iba a sorprenderlas: Frutos había cometido la imprudencia de abofetear un blandengue, ocasionando la sublevación de todo el cuerpo que manteníase a su lado; a la

Digitized by Google

vista de los «porteños», los jefes artiguistas apenas lograron restablecer la subordinación necesaria para trasladar el campamento al Cololó. Los indios de que Frutos se hacía seguir prometiéndoles dejarlos pillar después de la victoria, aprovecharon la oportunidad para volver al pueblo de Mercedes, en número de 100, y saquearlo. Artigas se trasladó en persona al cuartel de sus tenientes, luego que se enteró de lo ocurrido, consiguiendo extinguir las últimas resistencias de sus soldados favoritos. Al regresar luego a Arerunguá, su guarida, escribió una carta en la cual dijo haber derramado «lágrimas durante tres días» a causa del percance de Frutos, y como si presintiese una derrota definitiva, manifestaba que si no fuera por sus deberes «habría desechado ya un puesto que no le producía sino azares», añadiendo: «si los paisanos desmayan, a mí se me acabó la paciencia».

Dorrego, entretanto, se detuvo en el río Negro por orden de Soler, que a su vez obedecía al Director Supremo, para preparar un ataque a Artigas—en Arerunguá—que debía llevarse con el concurso de Valdenegro.

Esta operación resultaba temeraria, por la distancia que Dorrego tendría que recorrer, espiado, sin buenos baquianos ni otros recursos de movilidad, y persiguiendo a un enemigo del cual podría decirse «era ligero como una luz». Para pasar al norte de la Banda Oriental y batir a Artigas en su campamento, hubiera sido lo mejor esperar que sus tenientes principales estuviesen entretenidos al sur por Soler y Dorrego, y lanzar inesperadamente de Entre Ríos una fuerza más importante que la de Valdenegro. Soler nunca se forjó ilusiones respecto a la maniobra que se le encomendaba: su respuesta al Gobierno General, dada el 30 de Diciembre desde la Florida, donde se había establecido después de sus inútiles marchas contra Torgués, revela que previó el desastre de Guayabos. «Descanse V. E.—decía—en que nada dejaré sin ejercicio para llenar la comisión con que me honra el Gobierno Superior; sin embargo, *los accidentes de una guerra que gira a la ven-*

Digitized by Google

tura del tiempo y ocasión, debe preverlos y salir garante de toda desgracia a la conducta de un oficial que con su sacrificio responde de su encargo»; y por separado, o sea, en otra nota de la misma fecha, luego de prevenir que Dorrego no había hallado «viviente racional en el largo trayecto recorrido desde la Colonia al río Negro», vertió estas palabras no menos pesimistas: «Los resultados de la presente campaña están, en mi opinión, fuera de todo cálculo militar, pero las ocurrencias que puntualmente comunicaré, darán a V. E. las noticias necesarias para que me ordene cuanto convenga» (8).

6. LA MARCHA OFENSIVA Y EL GOBIERNO DE ENTRE RÍOS

Dorrego mandó al comandante Pedro José Viera al arroyo de la China, para combinar por su intermedio, con los jefes de la provincia de Entre Ríos, la ayuda que habían de prestarle para el ataque a Arerunguá: Viera regresó a los pocos días con la noticia de que Valdenegro había atravesado el Uruguay al frente de su división.

Al emprender luego Dorrego una marcha forzada hacia el Norte, sus avanzadas se tirotearon en Calera de Peralta con algunos montoneros pertenecientes a la vanguardia de Frutos, que mandaba Juan Antonio Lavalleja: este oficial, destinado a tan gloriosa celebridad, lo engañó con sus movimientos; no permitiéndole colegir que Frutos y Bauzá quedaban en Mercedes, apareció varias veces a la vista del mayor general porteño, espió todos sus pasos dificultándolos rigurosamente, dando además noticias circunstanciadas a cada instante a Artigas y Frutos.

Otros inconvenientes se ofrecieron a las marchas de Dorrego. El coronel Viamont, con su cálculo militar muy atinado, pidió por aquellos días al Directorio, se le destinase con todas sus fuerzas a la campaña de la Banda Oriental, considerando pro-

(8) Documentos del Archivo General de la Nación.

Digitized by Google

bable destacarse en ella; dijo en la nota respectiva, que no le molestaría ponerse a las órdenes de Soler y Dorrego (ninguno de los cuales era de mayor graduación que él), y pretextaba ser su situación en el arroyo de la China muy comprometida, después de haberse pasado al enemigo el comandante Eusebio Hereñú. El Gobierno General no sólo mantuvo su resolución de que fuese Valdenegro quien reforzara a Dorrego, sino que dijo al Gobernador de Entre Ríos que ello no obstaba a que él, desde su puesto, quedase a las órdenes de los generales de la Banda Oriental. Viamont quedó muy resentido por este resultado.

Hasta en las comunicaciones dirigidas por Valdenegro, inmediatamente que atravesó el Uruguay, se echa de ver que Viamont agriaba sus relaciones con los otros jefes y había formado un concepto desfavorable de la operación. Dorrego, no sabiendo las posiciones del primero, le transmitía sus órdenes por intermedio del segundo, para que se le incorporase, y el 31 de Diciembre, Valdenegro oficiaba al mayor general de Soler: «Hago presente a V. S. que son las diez de la noche y puesto a caballo para dirigirme a Sandú a recibir su orden, por haberme asegurado este Gobierno (el de Entre Ríos) se hallaba V. S. allí, lo he omitido por la equivocación que se advierte... También espero se servirá V. S. librar sus terminantes órdenes sobre la dirección que debo seguir, para que este Gobierno no obstruya mis operaciones y yo pueda cumplir con lo que V. S. me ordene, pues conservo contestaciones oficiales para mejor oportunidad, que comprueban hasta una evidencia física las genialidades de este jefe: contrarias (a mi ver) con las precedentes supremas órdenes, el servicio del Estado, su carácter y el que honrosamente imprimo.»

Dorrego había adelantado jornadas con tal rapidez, que a no ser las incidencias apuntadas, la operación habría tenido completo éxito. El contaba con que Viamont le proporcionaría recursos para continuar la marcha, que Valdenegro se le reuniría sin dificultad, y que a Artigas no le alcanzaría el tiempo

Digitized by Google

para oponerle mucha fuerza; a consecuencia de ello comprometió su división sin intimidarse por la soledad de la campaña, la falta de noticias del enemigo y el estado de sus caballadas.

No fué pequeña la zozobra de Artigas ni menor el riesgo que corrió. El 4 de Enero de 1815, Dorrego estaba cerca de su campo, y el caudillo supuso que la acción iba a librarse antes de la concentración de sus gauchos. « Por los partes continuados—escribía Frutos—el enemigo carga mañana sobre nosotros. Yo me retiro así a Lunarejo, porque estamos muy divididos para obrar. Usted reuna toda la gente que pueda, y mañana arrime cuantas caballadas encuentre y marche por las puntas de Arerunguá, buscándome hacia aquel paraje. Mande usted chasque a don Rufino (9) para que no se ensarte. Yo ya lo hice esta mañana para que mudase de dirección tirando hacia el Arnapey. Haga usted esta diligencia, diciéndole que no se duerma tanto. »

Dorrego tuvo que detenerse en esta situación, esperando caballos de refresco que pidió al Gobernador de Entre Ríos, y el choque con los montoneros demoró aún cinco días. Esta dilación debía serle fatal.

Viamont le contestó con una negativa, y el mayor general insistió escribiéndole el día 8: « He pasado a reconocer la caballería, y lo que no encuentro es cien animales que merezcan el nombre de caballos: repito a V. S. que necesito quinientos caballos buenos, de los que el teniente coronel Viera y demás oficiales me aseguran tiene V. S. No tengo de dónde sacarlos, estoy a pie y V. S. no tiene contra quién operar. Si V. S. se desentiende, daré cuenta, tomando los informes necesarios. »

« Repito—contrarreplicó Viamont—no tengo caballos y V. S. no debió dudarlo, pues sabía ya que en la primera salida y cuando batí a los enemigos, no obró la caballería, como sabe, por estar mal montada ». Decía que estaba tiranizando la provincia que gobernaba, con el rigor de las requisas, que, sin

(9) Bauzá.

Digitized by Google

proveerlo de las montas indispensables, impedían recoger el trigo; concluyendo con estas palabras de altivez excesiva: «V. S. está cierto que es el primero en clase de jefe que ha dudado creerme, y si V. S. supiera que en clase de particular me sucede lo mismo, se haría cargo del desabrimiento que el tal reservado me ha ocasionado» (8 de Enero de 1815). Luego se dirigió al Directorio quejándose de la acritud del mayor general de Soler, adjuntando copia de las notas cambiadas; como en una de ellas Dorrego le prevenía que su autoridad se extendía a Entre Ríos, se expresaba así: «No me he excusado de salir a campaña con una división, sujetándome en este caso a las órdenes de cualquiera de los jefes de la Banda Oriental (se había ofrecido y no, «no dejando de excusarse»), pero luego que he conocido se ha hecho de este desprendimiento un vicio, lo he alterado y he resuelto quedarme con menos de 300 hombres, como V. E. lo previene en su suprema determinación del 17, habiendo entregado lo demás de la fuerza al coronel Valdenegro, y con ellos establecer el orden que pueda en la provincia y me tendrá en su auxilio el primero que me necesite» (10 de Enero de 1815).

No más afortunado fué Dorrego por lo que respecta a la incorporación de Valdenegro, con quien no pudo llegar a comunicarse directamente, teniendo que hacerlo siempre por intermedio del Gobernador Intendente de Entre Ríos, cuyas relaciones con los dos no eran cordiales. Viamont, después de escribir a Valdenegro que las órdenes de Dorrego eran confusas y contradictorias y no se entendían, le previno, el 10 de Enero, que debía procurar incorporarse sin compromiso, y el 13, que se había producido el desastre de Guayabos. Valdenegro, resentido, se dirigió al Gobierno General, también acompañando copias, para hacer la inculpación del desastre a Viamont, en forma bastante explícita (10).

(10) Documentos del Archivo General de la Nación, y FRANCISCO BAUZÁ: *Historia de la dominación española en el Uruguay.*

Digitized by Google

7. EL COMBATE DE GUAYABOS

Cuando un general tiene sólo 27 años de edad, es ardoroso por temperamento y ha vencido ya muchas veces, le bulle demasiado la sangre para dejar de disputar a la suerte en un combate, si se le provoca a él y advierte el peligro de sucumbir sin gloria a causa de la desmoralización de sus tropas; eso fué lo que llevó a Dorrego al campo de Guayabos.

Sin guías, sin caballos, no pudiendo obtener la incorporación de Valdenegro, agriado con Viamont, creyendo que Artigas no había tenido tiempo de ser auxiliado por Frutos y Bauzá, continuó avanzando hacia el campamento enemigo, con la viril entereza del que está acostumbrado a apartar obstáculos con su brazo, redoblando energías.

Pero también eran bravos los cachorros de Artigas, con quienes iba a ser la terrible «trenzada». Frutos y Bauzá se habían reunido en Corrales a Artigas, y de allí los lanzó éste con todos los elementos de defensa que pudo acumular, y fueron todos los montoneros que se hallaban al norte del río Negro, que, según los cronistas orientales, excedían de 1.200, y se concentraron con una rapidez que Dorrego y Soler no imaginaban.

La división de Dorrego se componía de 800 hombres aproximadamente, y entre ellos había 200 españoles; llevaba un cañoncito de a 4. Sus caballadas estaban en pésimas condiciones, y nadie ignora la importancia que tenía este detalle a causa de la destreza con que los gauchos orientales manejaban sus magníficos potros, ya huyendo y desgranándose vertiginosamente, ya arremetiendo con furia de huracán al adversario, que mal montado o a pie, en tan movida pelea, se fatigaba enormemente y muy pronto caía en la extenuación (11).

(11) Francisco Bauzá, dice en su obra tantas veces citada, haberse cerciorado Rufino Bauzá, que Dorrego tenía 1700 hombres bien armados y con caballadas abundantes. Aquel jefe, en realidad, no podia cerciorarse de eso mirando desde el barranco en que estaba oculto, y sobre todo, no siendo cierto, como voy a demostrar.

Digitized by Google

En la mañana del 11 de Enero, Dorrego se detuvo un instante en Las Cañitas para vivaquear, y desde allí avistó en una loma cercana, una fuerza enemiga que se tiroteaba con una avanzada. Hizo que los Granaderos y Dragones montasen, y con ellos salió al encuentro de los artiguistas que se retiraron perseguidos; toda la división porteña marchó en su seguimiento.

La fuerza oriental avistada no era sino la vanguardia de Frutos, al mando de Lavalleja, que después de vigilar celosísimamente a los porteños aparecía a la vista de ellos, para arrastrarlos tras sí y llevarlos a una celada.

Después de una legua de recorrido, Dorrego divisó las huestes de Frutos que coronaban una altura en Guayabos; efectuada la concentración de sus tropas, aprestóse al combate, distribuyéndolas en el siguiente orden: a la derecha, los Granaderos; al centro, la infantería y el cañón, los infantes americanos a caballo y los españoles apeados; a la izquierda, los Dragones. Dejó una pequeña reserva encargada de cuidar los caballos de los «godos».

La batalla comenzó a medio día. A cuatro cuadras de las

Según el historiador mencionado, Dorrego llevó a la Colonia 400 hombres, siendo reforzado allí con 320 remitidos de Buenos Aires, y en la marcha que emprendió luego, con 400 que le llevó Viera y no se sabe de dónde los sacó. Aun así, serían 1.120 hombres y no 1.700.

Pero los hombres que Dorrego tenía en realidad eran: 400 llevados por él a la Colonia, 320 remitidos allí de Buenos Aires (acepto el dato de Bauzá, aun cuando, personalmente, no he comprobado sino el recibo de 119 hombres y 130 monturas, el 17 de Diciembre de 1814) y 100 hombres llevados por Viera: total 820 soldados, coincidiendo con el parte de Soler, que se conocerá más adelante.

Respecto al número de la división artiguista, el citado historiador uruguayo dice en una parte: «Resolvió Artigas que las fuerzas reunidas en los Corrales, a saber, el Regimiento de Blandengues a órdenes de don Rufino Bauzá, las milicias de don Fructuoso Rivera, y el escuadrón de Lavalleja, formando un total de 1000 hombres con una pieza de cañón, buscasen a Dorrego y le presentasen batalla». Pero los tenientes de Artigas fueron reforzados luego, porque añade esto el mismo escritor: «Aún no se había pronunciado la victoria, cuando Bauzá recibió un oficio de Artigas por el capitán Tejera, en que le decía: «Ataque usted de firme, no entretenga el tiempo en guerrillas, pues usted sabe lo escaso que estamos de pólvora» y al mismo tiempo *le enviaba seis hombres de su escolta, asegurándole ser la única fuerza de que podía disponer para mandarle*, por lo que era preciso fiar el éxito en el resultado de una batalla». Cuando sólo le restaban para enviarle, 6 soldados de la escolta, era porque antes fueron otros.

Digitized by Google

posiciones artiguistas, el cañoncito porteño hizo dos disparos y se desmontó inmediatamente. Trabóse luego un nutrido fuego de fusilería, bien sostenido por las dos partes. Suficientemente acortada la distancia, las dos alas porteñas cargaron a sable. « Diversas cargas se dieron — dice un historiador oriental (12) — hasta que Dorrego personalmente inició una, arrollando cuanto se le oponía. » Sin embargo, parece más bien que Frutos cedió terreno para comprometer a su enemigo, pues así que las huestes artiguistas arrastraron a sus perseguidores hasta el llano, se desplegaron para distribuirse en forma de media luna, apareciendo en el centro el regimiento de «Blandengues» y un cañón—que habían permanecido ocultos hasta ese momento en un declive del terreno—haciendo un fuego muy vivo, mientras los gauchos de Frutos acometían las dos alas de la división porteña en desenfrenada y barullenta carrera de potros y con horrorosa actividad de lanzas. Los «Granaderos» se resistieron con ahinco, pero los «Dragones» comenzaron a retroceder hasta quedar el centro descubierto por el flanco izquierdo. En esta situación, los artiguistas, alentados, redoblaron la furia de la lucha; produjose un horrible entrevero; los infantes apeados, que eran españoles como está dicho, se rindieron, cayendo prisioneros, a consecuencia de ello, casi todos los demás soldados de infantería de la división porteña, pues habiendo ordenado Dorrego un retroceso general a sus tropas para reorganizarlas, luego que advirtió aquello, sólo se replegaron a la altura, que era el lugar elegido, 40 soldados de la citada arma. Con ellos, la reserva y la caballería, el mayor general creyó aún posible tomar desquite y se preparó para repetir el ataque general, mientras los «Blandengues» mudaban caballos a su vista, manteniéndose guerrillas en ambas líneas.

Al reanudarse el combate, los insurrectos, divididos en dos grandes alas, avanzaron « formando cerco »; esta operación, si

(12) Bauzá: *Historia de la dominación española en el Uruguay.*

Digitized by Google

las tropas de Buenos Aires hubieran tenido la firmeza necesaria para satisfacer los deseos de su jefe que impartía órdenes con indiscutida inteligencia, habría tenido para los artiguistas el mismo resultado que más tarde, al pelear contra los veteranos portugueses, en Fraile Muerto; pero los soldados de Dorrego estaban muy desmoralizados, y a la primera carga volvieron a desordenarse y emprendieron la fuga. El mayor general hizo grandes esfuerzos por levantar el espíritu de sus tropas y reorganizarlas por segunda vez; pero lo primero fué imposible y lo segundo no lo obtuvo sino luego de repasar el arroyo Cañitas. Dorrego experimentaba en aquellos instantes la rabia del cóndor andino, ave de alcurnia, que siente despedazársele las alas bajo las garras de los cachorros del yaguareté: de la ciencia militar burlada por la astucia y la tenacidad de los gauchos; aún mantenía alguna esperanza, pero la tarde declinaba y la humareda envolvía el campo de batalla y sus contornos; los soldados de Buenos Aires, que aún empuñaban las armas, amargados por la falta de éxito, fatigados de pelear durante toda la tarde, con los caballos jadeantes, sentíanse inquietos no ya por la derrota, sino por lo difícil de la retirada; al ser alcanzados, y antes que se produjera el nuevo ataque, a pesar de la perseverancia de su jefe, se dispersaron y huyeron, muchos de ellos a pie: sólo unos 100 «Granaderos» se retiraron en orden. Si la noche no envuelve a los vencidos con sus sombras, que unas veces son amigas dolientes que tienden crespones protectores, y otras, traidoras y hambrientas panteras, hubieran sido totalmente aniquilados.

Dorrego se retiró a Paysandú, reuniendo cuantos dispersos le fué posible en el camino, y de allí, el día 15, envió el parte del combate, dirigido a Soler, por conducto del teniente coronel Pedro José Viera (13).

(13) El comandante Viera se trasladó a Entre Ríos, y de allí a Buenos Aires, entregando el parte al Directorio. En el Archivo General de la Nación no encontré sino la cubierta con que los empleados de los ministerios presentaban todas las comunicaciones a sus superiores, y en la cual se hace de aquella el siguiente resumen:

Digitized by Google

El día anterior el Directorio había acordado a Dorrego la efectividad de su grado de coronel, ascenso que le correspondía por sus servicios prestados en el ejército del norte después de las desgracias de Vilcapugio y Ayohuma. Soler ya había sido promovido, el 11, a coronel mayor (general).

Soler había resuelto situarse sobre la línea del río Negro, mientras su mayor general operaba sobre Arerunguá, en vista que, desde el 30 de Diciembre, se hallaban interrumpidas sus comunicaciones con aquél. El 14 de Enero, después de una penosa marcha, llegó a Mercedes y allí tocó la dificultad de restablecerlas, llegando a temer no poderlas mantener siquiera con Buenos Aires y Montevideo: para conjurar lo cual, pidió una barca. El 15 se le incorporaron 5 dispersos de la división de Dorrego y lo informaron del revés de Guayabos; la noticia fué conocida por la tropa y causó en ella los más deplorables efectos.

Soler la comunicó a Buenos Aires por medio de un oficio

«Sandú, Enero 15 de 1815. — El Coronel Dorrego al Capitán General Soler. — Dice que el teniente coronel Viera lo impondrá de lo ocurrido el 11 del presente, de cuyo desastre son causantes 200 pasados europeos, la cobardía imponderable de la tropa y el no haber querido el gobernador de Entre Ríos prestar auxilios.

«Que en el acto se ponía a hacer el parte circunstanciado.

«Que se va a colocar del otro lado del Sandú y ver si se puede reunir con el coronel Valdenegro; considera nuestra pérdida de 350 hombres, pero espera se le reunan al pie de 100, mediante las partidas que ha echado».

Soler en oficio al Directorio, fecha 19 de Enero, que se transcribe íntegramente en el Apéndice, decía:

«El quince del corriente di cuenta a V. E. del inesperado resultado que ha tenido la División del coronel Dorrego, según declaración de dos granaderos montados y dos dragones que se hallaron en la acción contra los insurgentes de Artigas, en el Rincón de los Corrales o Arerunguá; hoy se han presentado otros cinco individuos de aquella División y convienen en la relación dada por los primeros; y no obstante, suspendo el creer fuese derrotada una fuerza de ochocientos y más hombres escogidos y bien armados, en circunstancias que Artigas aún tenía diseminadas las fuerzas que batió el coronel Viamont, algunas de las que persiguieron al mismo coronel Dorrego (*en esto se engañaba*) y la División de Otorgués que en aquellos días estaba sobre el Yí, motivos que me precisaron a disponer cargara otra fuerza sobre el Cuartel General de los bandidos, y ciertamente aseguro a V. E. que si fué derrotada, la tropa no cumplió con su deber o hubo algún otro motivo extraordinario que no me es fácil apuntar sin relaciones de otros sujetos más capaces.»

En toda la documentación sobre Guayabos y haciendo contraste con la relativa a los demás desastres de la época, brilla por su ausencia todo reproche el jefe desgraciado, toda duda sobre el acierto de sus disposiciones.

Digitized by Google

cuya letra revela fué escrito muy apresurada y nerviosamente; él termina así: « Yo me retiro de este punto hasta el Paso del Rey de San José, donde aguardo que V. E. me ordene lo que sea de su superior agrado, advirtiendo que toda la campaña se ha sublevado y que los insurgentes tienen un ejército respetable y reforzado con más de mil armas entre blancas y de fuego. Sin embargo, yo haré, como debo, cuanto V. E. ordene y crea bastante útil al objeto del Gobierno Superior. » (15 de Enero de 1815).

La aproximación de los vencedores de Guayabos a Paysandú y la imposibilidad de obtener la incorporación de Valdenegro, obligaron a Dorrego a cruzar el Uruguay y trasladarse al Arroyo de la China con las tropas que le restaban. Valdenegro hizo lo propio casi al mismo tiempo.

Las proporciones del desastre han sido enormemente exageradas por cronistas e historiadores del artiguismo. Aun cuando no he podido establecer con exactitud el número de hombres fugitivos de Guayabos, tengo algunas noticias de fuente inobjetable. El 30 de Enero de 1815, Soler escribía al Director Supremo: « El enemigo es natural que se divierta con la fuerza de Entre Ríos que actualmente, con los restos replegados del coronel Dorrego, pasa de 1.000 hombres. » Y bien: Viamont había quedado en el arroyo de la China con 300, y la división de refuerzo con que Valdenegro pasó a la Banda Oriental era de 400. Además, el 31 de Enero, Valdenegro anunciaba al Gobierno General que iba a distribuir la suma de 3.510 pesos entre los vencidos de Guayabos, previniendo que ella alcanzaba escasamente para un medio sueldo de cada oficial y un socorro de 3 pesos para los sargentos, de 2 para los cabos y de 1 para los soldados (14).

(14) Con estos datos podrá apreciar el lector cómo el historiador Bauzá se equivoca de medio a medio, cuando dice: «Grandes esfuerzos hizo Dorrego para evitar el desbande, pero siéndole imposible, a las cuatro y media de la tarde abandonó el campo, seguido de un puñado de los suyos, yendo a pasar el río Uruguay con veinte hombres».

Digitized by Google

Viamont, así se le hubo reunido Dorrego, dió cuenta pidiendo que aquél quedase a sus órdenes en razón de tener menor antigüedad en el grado de coronel; pero se le contestó substituyéndole con Valdenegro en el gobierno de Entre Ríos. Dorrego, acompañado de 100 hombres escogidos, aún estuvo otra vez en la Banda Oriental haciendo acopio de ganados en la región de Paysandú (24 de Enero); y al volver al Arroyo de la China, encontró que el Directorio le llamaba a Buenos Aires, y había resuelto que Valdenegro entablara una negociación decorosa con Artigas.

8. ALVEAR ES NOMBRADO DIRECTOR SUPREMO

Alvear, según se explicó en un capítulo anterior, no pudo asumir el mando del ejército del norte; y el Director Posadas, sin medios para insistir en su decisión ni castigar el ultraje que le hacía Rondeau, presentó su renuncia a la Asamblea Constituyente y Legislativa de las Provincias Unidas, la cual, deseando demostrar no había de subordinarse a un motinero insolente, realizó un acto de protesta de naturaleza opuesta al de Posadas, eligiendo Director Supremo al desairado Carlos María de Alvear. (9 de Enero de 1815).

Y fué así como tocó al general que rompió hostilidades contra Artigas primeramente, buscar la paz con él. No sólo en la Banda Oriental, sino también en Corrientes y Entre Ríos, la insurrección de los gauchos hizo grandes progresos por entonces. El caudillejo Juan Bautista Méndez, artiguista, había logrado derrotar al gobernador de Corrientes coronel Elías Galván, y aunque después de eso un joven animoso natural de esa provincia, llamado Jenaro Pedro Gorría, y más comúnmente conocido por « Perugorria », encabezó una reacción que tuvo completo éxito—llegando a arrebatar del gobierno a Méndez y poner en su lugar a Angel Fernando Blanco, que lo nombró comandante de armas,—Blas Basualdo, al huir de Entre Ríos batido por Valdenegro, lo acorraló en Batel, obli-

Digitized by Google

gándolo a capitular; y luego tomó prisionero a Blanco, dominando todo el territorio.

Por lo que respecta a Entre Ríos, Francisco Ramírez, otra hechura de Artigas, consiguió, apoyado por Eusebio Hereñú, el levantamiento casi en masa de la campaña, y Valdenegro no pudo continuar dominando sino el terreno que pisaba.

La guerra civil se extendió en las provincias litorales como una llama sobre un reguero de pólvora. Santa Fe, que aún era tenencia de la provincia de Buenos Aires, comenzó a insurreccionarse, y el comandante Hilarión de la Quintana, que guardaba su frontera con Entre Ríos, sufrió un serio descalabro (15).

Soler, replegado después de Guayabos a San José, y habiendo obtenido que se le incorporase Hortiguera, disponía de poco más de 600 hombres que la deserción hacía disminuir diariamente. Temió un ataque y no atreviéndose a afrontar sus consecuencias, se encerró en la plaza de Montevideo, donde no cesaron sus inquietudes, y el 19 de Enero decía al Director Supremo «que la consideraba en mucho riesgo, porque la mayor parte de la población era enemiga del sistema general (la independencia) y todos de la capital» (16).

Aun encerrado en Montevideo, Soler no podía evitar las deserciones, y otros males lo llenaban de pesadumbre; surgieron discordias entre los jefes subalternos, y todas las noticias que llegaban de la campaña eran dolorosas. El 17 de Febrero, comunicaba al Director Supremo, que Torgués había degollado a un teniente Ramírez, Artigas a muchos oficiales y clases que tenía prisioneros, y el capitanejo Fragata seguía el ejemplo. «Yo pienso — añadía — que todo el país se sujete a la voz y duro reto de don José Artigas; pero cuando sientan los males de un gobierno arbitrario por sistema y tirano por corrupción, renegará no sólo de la independencia del Oriente, mas de la causa general, si tiene un punto de apoyo como pro-

(15) Cartas de los hermanos Robertson.
(16) Documento del Archivo General de la Nación, inserto en el Apéndice.

Digitized by Google

bablemente lo tendrá, ya de los españoles peninsulares, ya de los limítrofes» (los portugueses) (17). El tiempo demostró que el general porteño fué profeta en esta ocasión.

Desde los primeros días de Febrero se hallaba en Montevideo Nicolás Herrera, quien, en el carácter de delegado del Director Supremo, debía negociar la paz y había enviado una comisión a Torgués; además, el coronel Elías Galván pasó al campamento de Artigas persiguiendo lo mismo.

Alvear pensaba terminar la guerra con el aislamiento de la Banda Oriental, a semejanza del Paraguay; pero Artigas y Torgués reclamaban la entrega de Montevideo y la evacuación del territorio por las tropas de Buenos Aires, como medida previa a todo acuerdo.

Al fin las autoridades centrales tuvieron que acceder a la exigencia, y el 25 de Febrero Soler se embarcó con sus tropas, destino a Buenos Aires. Lo acompañaron también Nicolás Herrera y otros personajes orientales y porteños, enemigos del artiguismo; pero el doctor Lucas José Obes, secretario del delegado, se quedó para luego procurarse el favor del bárbaro Torgués, que iba a ser el amo de la coqueta ciudad.

9. MONTEVIDEO EN PODER DE TORGUÉS

El Cabildo de Montevideo, luego que las autoridades y tropas de Buenos Aires se retiraron, invitó al caudillo Torgués a tomar posesión de la plaza.

Torgués era, sin exageración, un animal que tenía apenas las indispensables características para ser llamado razonante: tan poco humanos podían considerarse sus instintos y tan obtusa su inteligencia. Pertenecía, sin embargo, a la raza europea; tenía cabellos rubios, ojos celestes, alta estatura, cuerpo delgado y flexible.

Nació en el Pantanoso, hijo de un soldado inválido; en sus primeros años se dedicó a la labranza, y después llegó a ser

(17) Documento del Archivo General de la Nación.

Digitized by Google

capataz de una de las estancias del rey, que no eran sino los campos donde pastaban los caballos pertenecientes a las milicias españolas, a los cuales, para distinguirlos de los demás, les eran cortadas las orejas, lo que dió origen a la palabra «reyunar» que aún emplean los gauchos.

Salió de su «pago» o su «querencia» por primera vez, para llevarle voluntarios a Artigas cuando éste, que era su pariente, se puso al servicio de la Junta de Buenos Aires; y por la facilidad con que se hizo seguir, demostró ser entonces el hombre «de más arrastre» que había en la campaña oriental.

Al día siguiente de evacuar Soler la plaza de Montevideo, un grupo de partidarios de Artigas capitaneado por Juan María Pérez, se agolpó a las puertas del Cabildo de aquélla, pidiendo la cesantía de los capitulares. Torgués, de acuerdo con el expresado agitador, apoyó el tumulto e hizo su primer entrada a la ciudad para asistir a la asamblea que fué consecuencia de él. En el «cabildo abierto» — Pérez expuso que la subsistencia de la corporación municipal «hechura del gobierno de Buenos Aires», era incompatible con el nuevo orden de cosas creado, y pedía se le subrogase por otro. Los cabildantes así descalificados, dijeron humildemente que aceptaban la petición, pareciéndoles «justísima y digna de un pueblo libre», conviniendo que el 4 de Marzo próximo se les designaran sucesores (18).

Las elecciones se efectuaron en el día fijado, y el alcalde de primer voto Tomás García Zúñiga, hombre culto pero demasiado sumiso a la fuerza, estanciero acaudalado que se respetaba en la ciudad y la campaña, asumió el mando político de la plaza. Torgués, a quien se reconoció como gobernador militar, había vuelto a su campamento, situado en las inmediaciones, el mismo día de la asamblea, y de allí no lo sacaron durante muchos días las solicitaciones del Cabildo que estaban impregnadas de mansedumbre asiática. Invocando sus «graves atenciones», no se movió del Miguelete; y a pesar que

(18) Isidoro de María: *Compendio de historia.*

Digitized by Google

prometió ir dos días a Montevideo por semana para atender aquello «que mereciese su presencia». Sin embargo, nada ejecutaron los cabildantes sin la aprobación del caudillo, celosamente pedida y pródigamente otorgada.

Tan «chúcaro» era Torgués, que cuando le abrumaron demasiado con el insistente pedido de que entrara en la plaza, se dirigió a Artigas rogándole fuese a ella, para que el «patriarca» recibiera los honores y agasajos que a él le «reventaban», causándole el mismo efecto que el peine y el chocolate al otro gobernador del cuento. Artigas estaba en el Paraná convulsionando a Santa Fe; y en lugar de deferir a sus deseos, le ordenó en términos apremiantes que ocupara Montevideo con su división.

Entonces Torgués se dirigió al Cabildo (16 de Marzo), para manifestarle que urgiéndole cumplir la orden del «señor general don José Artigas, advertía que su situación no era nada decente para el carácter que representaba el empleo con que había sido condecorado» y pedía se le proveyese de lo necesario para «su decencia exterior».

Alhajáronse entonces esmeradamente varias piezas del Fuerte que debían servir de residencia al caudillo, con alfombras, mesas de jacarandá con embutidos, sillas inglesas, una cómoda «con incrustaciones, escribanía y secretos» y otros chismes que debieron ocasionar más de un rompedero de cabeza a quien iba a usarlos, que recibió también una levita hecha con el mejor paño que había en la Banda Oriental.

El 19 de Marzo, Torgués se recibió del «penoso cargo» (son sus palabras y deben creerse sinceras), cesando García Zúñiga en las funciones de gobernador político. El 26, la bandera de las Provincias Unidas fué arriada, enarbolándose la de la insurrección que era la misma, pero sin el sol y con una diagonal roja.

Montevideo sufrió las expoliaciones más atroces bajo la férula de Torgués: parecía que una legión de faunos y sátiros había traspuesto los muros alzados por la conquista euro-

Digitized by Google

pea para contener la barbarie indígena, y asolaba todo lo que había entre ellos y bajo el sol, profanando con su lascivia y sus sangrientas bufonadas los hogares y los templos, persiguiendo la inocencia y haciendo escarnio de la virtud. Las casas eran asaltadas por bandoleros como Gay, Blasito y Encarnación, sufriendo las indefensas familias los más crueles y brutales excesos; a las puertas de la iglesia de un convento, las mujeres eran obligadas a besar la parte posterior a un lego puesto en cuatro pies; en esta misma posición se hacía andar a los «godos», pero ensillados, jineteados con espuelas y picaneados con un garrote en cuyo extremo sujetábase una aguja de bastar colchones; al comercio se le impusieron fuertes contribuciones de guerra, y como si ello no bastase para aniquilarlo, los gauchos entraban montados a caballo en los locales, pedían los artículos que deseaban y seguían andando con sólo decir: «La patria paga».

Torgués contestaba con falsas promesas a las reclamaciones del Cabildo y con soeces burlas a las quejas de las víctimas; para aquel antiguo capataz de estancia, la lujuria de sus gauchos era cosa tan natural como los ardores de los toros, y a menudo decía riendo estúpidamente: «Los muchachos se divierten». El terror se apoderó de la población; las mujeres honradas dejaron de cruzar las calles; los padres de familia tapiaron las puertas de sus casas; muchos comerciantes cerraron igualmente sus locales, dejando apenas un ventanico por donde despachar al que pagase antes. «Las calles estaban desiertas — dice un cronista uruguayo partidario de Artigas (19) — cerradas las casas en su mayor parte y crecía la hierba no sólo en las calles, sino en el dintel de las ventanas y las puertas que el vecindario condenaba.»

(19) Isidoro de María: *Compendio de historia.*

Digitized by Google

10. APOGEO DE ARTIGAS

El teniente gobernador de Santa Fe, Francisco Antonio Candioti, después de contemplar los éxitos del artiguismo en la Banda Oriental, Corrientes y Entre Ríos y sentir fuertemente conmovido por ellos su propio territorio, resolvió adherírsele y entró en connivencia con el «patriarca», para destruir una fuerza nacional al mando de Eustoquio Díaz Vélez, que estorbaba a sus miras. Produjose una invasión de montoneros orientales y entrerrianos mandados por Andrés Latorre, Eusebio Hereñú y Manuel Francisco Artigas; los santafesinos se levantaron casi en masa para apoyarlo, y Díaz Vélez, sitiado de improviso en la ciudad de Santa Fe, apenas pudo lograr una capitulación que le permitía embarcarse para Buenos Aires, salvando su división con armas y bagajes (24 de Marzo de 1815).

Artigas puso después sus miras en Córdoba, donde su éxito fué aún más fácil, pues no le costó más que dos hojas de papel y algunas gotas de tinta. La intimación al gobernador coronel Francisco Antonio Ortiz de Ocampo y el ofrecimiento de «protección» al Cabildo de la docta ciudad, que hizo por nota, fueron bastantes para que se desconociera al gobierno de Buenos Aires, se nombrase gobernador al coronel José Javier Díaz que era o se decía federal, se quemase la bandera de Belgrano enarbolándose la tricolor, y aún más: se hicieran elogios ditirámbicos del caudillo oriental y lo obsequiaran con una espada y un poncho muy ricos para la época y circunstancias en que se mandaban.

¿Qué cualidades favorecían, qué sentimientos y propósitos arrastraban al jefe de tan grande rebelión, que en los albores de la nacionalidad argentina cruzaba con una diagonal roja la bandera celeste y blanca, simbolizando que una gran nube de sangre amenazaba el cielo de la patria; que desconociendo toda obligación para con los demás pueblos del ex Virreinato, de los cuales, sin embargo, no se consideraba desligado, ne-

Digitized by Google

garía el concurso de su provincia nativa y las demás que iban a unírsele, a la guerra de la independencia? Por largo tiempo los escritores de Buenos Aires aguzaron su ingenio para descubrir en él una nueva ferocidad, un rasgo criminal desconocido; y hoy lo aguzan los escritores de Montevideo para descubrir los rasgos del pensador de curva trascendental, del estadista sabio y discreto; mostrando las instrucciones escritas por su secretario Barreiro, entregadas a ciertos diputados que no fueron admitidos, e ignoradas hasta época relativamente cercana, posterior a la obra de Urquiza y Mitre—lo proclaman gran constituyente argentino; y mientras la tumba de Lavalleja, sin un monumento, sin una flor, escasa de afectos y respetos, parece olvidada, dícese que no fué Lavalleja, sino Artigas, el fundador de la nacionalidad oriental.

A pesar de la acritud de la polémica, la acción de escritores adversarios, de uno y otro lado del Plata, ha sido convergente: para los orientales, engrandecer la figura de Artigas y convertirla en expresión de su independencia, era una especulación en favor de ésta, porque el oriental resultaba demasiado parecido y estaba demasiado vinculado al porteño, y no podía alejarse de él, por ejemplo, con el culto al jefe de los Treinta y Tres que Buenos Aires respetaba; a los argentinos que enaltecieron en la historia la tradición de los unitarios, interesaba, para desprestigiar el federalismo, achacar su origen a Artigas y confundirlo con el antinacionalismo que alegaron los sostenedores de que era ventajosa la invasión portuguesa.

La misma leyenda se ha forjado en las dos riberas, aunque en una es resplandeciente y en la otra era sombría. En realidad, cuando Artigas se pronunció contra Buenos Aires, ya la idea de la federación tenía en el suelo argentino raíces tan profundas como el ñandubay. La Revolución de Mayo fué republicana y federal en sus proclamaciones solemnes, y altamente democrática en sus reformas orgánicas. Mariano Moreno explicó en el Virreinato rebelde, las ventajas de la república federal, aunque no llegó a hacer cosa alguna por fun-

Digitized by Google

darla, pues considerado institucionalmente el insigne secretario fué, más que fuerza creadora, rayo destructor con mucho estrépito y mucha luz; pero en pos. de él viene, con una lógica férrea, el pronunciamiento de los pueblos por intermedio de sus diputados en el primer Congreso que se llamó Junta Grande; y así la creación de Juntas Provinciales, como la aceptación a los revolucionarios del 5 y 6 de Abril de 1811, de imposiciones como la de que el mando de tropas en cada provincia no había de ser confiado sino a jefes nacidos en ella, son una fundación empírica de aquel régimen. La personalidad más respetable de ese gobierno, que es el único gobierno parlamentario del Río de la Plata, fué el doctor Gregorio Funes, cuyo rango en la historia nacional aún no ha sido debidamente reconocido.

Pero aunque la Revolución va hacia adelante, tiene sus interrupciones y sus retrocesos; a la Junta Grande sucédela el Triunvirato, que es francamente reaccionario: pretende absorber todas las facultades gubernativas, y ahoga todas las demás instituciones que tienen por base la soberanía del pueblo, defraudando las aspiraciones de las provincias a la autonomía local.

Esas aspiraciones son tan espontáneas y tan fuertes, que no puede negarse fueron preparadas por las instituciones, por las luchas, por la vida del régimen colonial; fueron basadas también en razones geográficas y sociales; fueron consecuencia natural y complemento del 25 de Mayo.

El Triunvirato las contiene como puede contenerse a las aguas de un torrente: contrariando leyes fatales y sólo por un instante. El Paraguay cuyos hijos llegan retrasados a la Revolución, choca con las tendencias del gobierno de Buenos Aires; mas como las del dictador Francia son tan egoístas y exageradas, que en ellas no palpita ningún sentimiento argentino, se aisla y no es factor en la evolución política nacional.

Y después viene la rebelión de Artigas. Este choca con aquel gobierno general, no por las ideas políticas que consignaron

Digitized by Google

en el papel sus secretarios, sino porque es regionalista, porque recela y aspira como tal, porque pertenece a una clase que la pseudo-aristocracia de la colonia pretende oprimir, y que no admite opresión. La influencia de Sarratea lo exaspera, aparecen las primeras disidencias; ve que los gauchos orientales se solidarizan con él y concluye por compenetrarse de que puede tomar lo que el gobierno de Buenos Aires no quiere darle, o sea el mando de su tierra nativa. En posesión del descubrimiento, termina por rebelarse abiertamente; y su éxito se debe a que abre una válvula de escape del sentimiento provinciano: la abre, porque si no, se asfixiaría.

Favorécenlo la repugnancia del gaucho—hombre de raza blanca pero que ha gozado de una libertad salvaje—a la disciplina militar y al orden riguroso que quieran imponer los hombres de Buenos Aires; las aspiraciones de las ciudades del interior a retener parte de las funciones gubernativas; el afán de las clases bajas por nivelar la sociedad en la cual todavía perduran los distingos de los tiempos coloniales. Uno de nuestros grandes sociólogos (20) explica el fenómeno de la insurrección del litoral con estas acertadas palabras: «Se habían bañado juntos en la gloria, pero el patricio entendía mantener sus ventajas de nacimiento y reservarse la exclusividad del poder arrancado entre ambos al despotismo secular; el propietario patriota era ante todo patrón interesado en tener el peón barato, abundante y sumiso, y el chasco del propietario que había adquirido la conciencia de su valor y de su poder, nos costó treinta años de guerra civil por añadidura».

Los gobiernos centrales, asustados por las consecuencias inmediatas de la sublevación de Artigas, se hicieron más reaccionarios, sin advertir que con ello favorecían el vasto incendio que deseaban apagar, y al fin viene él a tener útil aplicación en la elaboración de los destinos nacionales, pues el artiguismo contrarresta con eficacia las tentativas monárquicas que son su consecuencia directa.

(20) Agustín Alvarez: *El proletariado en la víspera de la Revolución.*

Digitized by Google

Pero no debemos dejarnos engañar por los resultados de la evolución de las cosas y el choque de los bandos antagónicos, resultados contrarios a los deseos y las previsiones de gobernantes y caudillos. El artiguismo no aportó ideas nuevas, sino que exageró las ya proclamadas, desfigurándolas monstruosamente; se alimentó, más que con santos amores, con el odio del provinciano a la capital, y del gaucho al hombre de ciudad; aunque en el odio provinciano estaba condensada la pasión por la autonomía, y en el corazón del gaucho había un frenesí de libertad que era como la levadura de la democracia.

Artigas no es en la Revolución el representante del antiargentinismo — ni siquiera de su provincia nativa — es el representante del antiporteñismo y del gauchaje del litoral. Aunque hijo de Montevideo, poco cariño sintió por esta ciudad a la cual ni siquiera visitara cuando fué su dueño; hízole el presente de un gobernador como Torgués; pasó sus días de esplendor a orillas del Uruguay, cruzando a cada momento de una a otra margen, casi sin preferencia por una ni otra; y, ciertamente, si hubiera llegado a tomar en sus toscas manos los destinos de la Revolución y a establecer la capital de las Provincias Unidas en sitio de su agrado, habría preferido el Arroyo de la China a Montevideo.

Hasta el año 1820, Artigas hablaba en sus proclamas a los habitantes de Buenos Aires como a sus conciudadanos. Recientemente se ha descubierto que las «instrucciones» (o mandato imperativo) que él dió a los diputados orientales, eran muy parecidas a las dadas por los Cabildos de otras provincias a otros diputados que iban a tomar asiento en el mismo Congreso General; acaso Artigas y los hombres de influencia en provincias lejanas a la suya, dieron algunas de aquellas instrucciones correspondiendo a los trabajos que se hacían desde Buenos Aires (21).

(21) RICARDO ROJAS: *Archivo Capitular de Jujuy* y «Revista de Historia», dirigida por el P. Yani.

Digitized by Google

De cualquier manera, el federalismo existía y habría luchado contra la Capital, aun sin Artigas. El 23 de Octubre de 1813, o sea antes de sublevarse el caudillo contra el Directorio y haber alcanzado la notoriedad de que después disfrutó,

JOSÉ ARTIGAS

Belgrano escribía desde el Alto Perú: «Lo que debo advertir a V. E. es que la idea del federalismo ha cundido mucho, y creo que Dios nos manda t abajos para que nos acomodemos y sujetemos al orden; confieso a V. E. que más temo a los pueblos después de la victoria que a los enemigos; hay mucha ignorancia, y conviene que todavía esté mucho tiempo la

Digitized by Google

atención fijada hacia los peligros, para que no se conviertan a los objetos interiores» (22).

Cuando Artigas ofreció sus servicios a la Junta de Buenos Aires, frisaba ya en los cincuenta años, pero hallábase pletórico de vida. Era hombre de muy robusta complexión, tórax bien desarrollado, buena estatura, tez blanca, frente amplia, cabellos obscuros y crespos, en los cuales empezaban las mermas de la calvicie; ojos de mirada escrutadora y nariz aguileña; su aspecto no era repulsivo ni espeluznante; no había aspereza en sus modales. Desde que se separó de la obediencia a los gobiernos y generales de la Capital, no usó ninguna insignia de mando, vistiendo ordinariamente pantalón y chaqueta larga de paño azul, corbatín, sombrero de anchas alas; calzaba botas fuertes y llevaba cintillo rojo. Fumaba continuamente y encendía su cigarro con un yesquero; en sus huestes las jerarquías eran muy poco respetadas, y el caudillo hacía gala de tomar mate y jugar a las cartas con sus soldados, lo mismo que de sufrir casi a la par de ellos las penalidades de la guerra, que le arrancaban frecuentes quejas. Hasta Agosto de 1815, en que el Cabildo de Montevideo le envió un catre de campaña y ropa de cama, lo mismo que alguna vajilla,—dormía sobre el recado cuando no podía gozar de los catres de soga de los ranchos, bebía caña y ginebra en una huampa, y «churrasqueaba» al lado de su asador (23).

Es imposible negar cierta grandeza en la vida de este hombre, al cual no dominaba otro sensualismo que el del mando; y lejos de enriquecerse a costa de exacciones como hicieron otros caudillos que aparecieron después, se limitaba a recibir los recursos que el Cabildo de Montevideo le franqueaba para él y su gente, «soportando una dura pobreza que se extendía a su familia». En Junio de 1815, el Cabildo de Montevideo ofreció a la esposa de Artigas, que vivía en Canelones, una casa con muebles en la ciudad, una pensión de 100 pesos y

(22) Documento del Archivo General de la Nación.
(23) Isidoro de María: *Compendio de historia* y *Cartas de los hermanos Robertson.*

Digitized by Google

educación para su hijo José María; la señora rehusó aceptarlo sin consentimiento de su esposo, quien, consultado, contestó que lo ofrecido era «una exorbitancia», y no admitía para su familia sino una pensión de 50 pesos y la educación del niño, disponiendo que su esposa habitara en Montevideo la casa de su propiedad que allí tenía (24).

Mejor parece, sin embargo, para la Banda Oriental, que Artigas hubiese sido menos bárbaro aunque más dispendioso. Los gauchos e indios que congregaba su nombre y seguían la bandera tricolor, vivían entregados a una escandalosa licencia que el caudillo siempre juzgó con blandura, acaso por no comprender la importancia de los daños que causaban, con el criterio extraviado por los recuerdos de su turbulenta juventud; sin que pueda servir de completa excusa el estado social de la Banda Oriental, porque no muchos años después, cuando él no podía haber mejorado gran cosa, el insigne Lavalleja lo saneó completamente durante su brillante campaña de Agraciada a Sarandí, que le granjeó el respeto y las simpatías del gobierno británico y arrastró a la guerra contra el Imperio al gobierno de Buenos Aires. Hay un suceso referido por los mismos apologistas de Artigas, que antójaseme bastante gráfico. En cierta ocasión, el Cabildo de Montevideo, espantado por los crímenes horrendos que el bandido Encarnación cometía en la campaña, trató de lanzar una fuerza con encargo de darle caza para castigarlo; mas siendo difícil la empresa y además temiendo ofender a Artigas, pidió a éste remediase los males. Artigas llamó a Encarnación y después de hablarle del asunto, envió una nota al Cabildo diciéndole que si hubiera oído al capitanejo, tomando en cuenta su manifestación de que todo lo hacía por la patria, lo habría perdonado como acababa de hacer él.

Empero, Artigas no fué sanguinario. Personalmente, no está probado se haya manchado con sangre, sino cuando hizo matar

(24) Autor y obra citados.

Digitized by Google

al valiente « Perugorria », violando una capitulación. Joaquín Suárez—que más tarde ilustró su nombre como jefe civil de la defensa de Montevideo contra Rosas y Oribe—que nunca fué partidario del caudillo, que sintió verdadero entusiasmo durante todas las etapas de su vida por el centralismo porteño, y de quien podría decirse sin exageración alguna que fué más unitario que oriental, ha dicho del «patriarca»: « Jamás faltó a su palabra; no era sanguinario y sí muy sensible con los desgraciados. » Su manera de condolerse debió ser uno de los recursos para conquistar el «patriarcado», pues Pedro F. Cavia, que fué secretario de Sarratea y también contempló a Artigas de cerca, lo fustigó comparándolo con los cocodrilos que, según la leyenda, lloraban a sus propias víctimas.

Digitized by Google

CAPÍTULO IX

Bajo los Directorios de Alvarez Thomas y de Balcarce

1. Caída de Alvear. El coronel Alvarez Thomas se apodera del gobierno. —2. Negociaciones de paz y envío de víctimas propiciatorias. —3. Ocupación de Santa Fe por tropas de Buenos Aires. —4. Segunda revolución santafesina. —5. El Congreso de Tucumán. —6. Dorrego en la guarnición de Buenos Aires. Política de Tagle. —7. Movimiento provincialista en Buenos Aires.

1. CAÍDA DE ALVEAR. EL CORONEL ÁLVAREZ THOMAS SE APODERA DEL GOBIERNO

Los fáciles éxitos de Artigas, que fué reconocido «protector» de sus autonomías por las provincias de Santa Fe, Corrientes, Entre Ríos y Córdoba, después de dominar la Banda Oriental; la adhesión del gobierno de Salta al general sublevado Rondeau; el alzamiento de Cuyo para sostener a su gobernador José de San Martín, que habíase pretendido eliminar en holocausto al ofendido general Carrera, redujeron la jurisdicción del Director Alvear a la sola provincia de Buenos Aires; pero ni aun ésta le era adicta.

El 28 de Marzo de 1815, el joven y nervioso gobernante, sintiendo vacilar hasta el suelo en que posaba los pies, dió un decreto anunciando que sería condenado a muerte todo el que intentase seducir tropas, asistiera a secretos contubernios, fuese divulgador de rumores perjudiciales a la salud pública u ocultador de conspiraciones contra el orden establecido; y estas amenazas se hicieron efectivas en un capitán Ubeda, cuyo cadáver apareció una mañana colgado de la horca, en castigo de críticas cáusticas. Esos rasgos despóticos y la especie de

Digitized by Google

que se tejía una intriga en el Janeiro para convertir las Provincias Unidas en colonia inglesa, especie que probablemente hicieran rodar dos hombres muy íntegros — Pedro José Agrelo y Manuel Moreno (1) — dió paso a la idea de buscar la conciliación con Artigas, estableciendo en Buenos Aires un gobierno que consintiese en trasladar la Capital del Estado a una provincia del interior. El mismo Cabildo de Buenos Aires, sugestionado por ella y harto de la opresión, dirigió un llamado al caudillo oriental para que contribuyera al derrocamiento de Alvear.

A nadie, hasta entonces, había odiado Artigas tanto como a Alvear; y su acción, correspondiendo al llamado, no demoró. Cuando las huestes federales amagaron el Arroyo del Medio, el Director quiso lanzar un ejército a oponérseles. La vanguardia salió de la Capital llevando al frente al coronel Ignacio Alvarez Thomas, peruano, mediocre personaje de gustos vulgares y tan estrechas miras, que a la historia será imposible determinar si en la conducta que observó y que voy a referir, fué impulsado por su ambición o por su cobardía.

El 3 de Abril, al llegar a Fontezuelos, se puso de acuerdo con los artiguistas invasores y dirigió una nota al Cabildo de Buenos Aires anunciando que una división mandada por el caudillo Hereñú, próxima ya a San Nicolás, libertaría a Buenos Aires, no sólo en nombre de Artigas, sino también en el suyo, por habérsele aliado. A esto siguió un alzamiento en la propia ciudad, dirigido por el general Miguel E. Soler. El general Alvear, que se había trasladado a Olivos con algunos batallones cuyos jefes continuaban siéndole fieles, después de ver inutilizados cuantos esfuerzos realizó por dominar la borrasca, y notando en los últimos soldados de su gobierno, tales síntomas de insubordinación que le hicieron temer por su seguridad personal, se embarcó en una fragata inglesa, aceptando con bastante contrariedad su derrocamiento.

(1) Autobiografía de Gervasio A. Posadas.

Digitized by Google

Emigrado Alvear y disuelta la Asamblea que lo nombrara, una reunión pública instituyó un consejo de estado compuesto de cinco miembros y con el encargo de nombrar director supremo, dictar un estatuto interino y promover la instalación de un congreso general en la ciudad de Tucumán. La elección de director supremo titular recayó en José Rondeau, pero como éste tuvo la mala inspiración de continuar al frente del ejército del Norte, entró al ejercicio del gobierno el suplente que se nombró al mismo tiempo, y fué Ignacio Alvarez Thomas; ascendiendo el obscuro motinero a tan altas cumbres, con manifiesta repugnancia de los electores que fueron a buscar a tantas leguas de distancia un candidato a titular con mando de un ejército, para oponerlo al que disfrutaba de la liviana popularidad del día.

2. NEGOCIACIONES CON ARTIGAS Y ENVÍO DE VÍCTIMAS PROPICIATORIAS

El nuevo gobierno fué reconocido por las provincias del norte y Cuyo; pero aquellas que constituyeron lo que se ha dado en llamar «liga del litoral», no se le adherían por el solo anuncio que se instalaría un nuevo congreso general en Tucumán: Hereñú permaneció en territorio de la provincia de Buenos Aires como esperando algo, y Alvarez Thomas se hallaba frente a Artigas en una actitud equívoca.

El Cabildo de Buenos Aires, que pocas horas antes de la caída de Alvear lanzó una proclama furibunda contra el caudillo, reparó muy pronto y espontáneamente la ofensa, protestando haber subscripto aquélla, a la cual calificaba «un tejido de imputaciones las más execrables contra el ilustre y benemérito jefe de los orientales», cediendo a la violencia, e invitaba al pueblo a «destruir ese fermento de rivalidades que diestramente mantenía el despotismo». Luego produjose la quema en la plaza pública de todos los decretos, proclamas, etcétera, que infamaban a Artigas y lo proscribían de la sociedad civilizada.

Digitized by Google

Los emisarios que el nuevo Director envió a Artigas para pedirle se diera por satisfecho, informaron que éste pretendía tratar a Buenos Aires como país conquistado, y resultaba muy difícil curar la dislocación de las provincias; pero nadie desesperó.

El mismo Artigas cuya ignorancia o fanatismo no le permitió comprender que sus exigencias eran inadmisibles, pensó durante las negociaciones, que el acuerdo vendría, e hizo replegar la hueste de Hereñú a territorio santafesino, saliendo él de éste, a donde había pasado para dirigir la invasión a Buenos Aires, y retornando a su campamento de Purificación, situado sobre el Uruguay y dotado de una capilla en la cual su secretario Monterroso, que reunía a la exaltación partidista el celo sacerdotal, hacía que los prisioneros y confinados «porteños» y «godos» lavaran sus culpas por medio de ejercicios espirituales.

Las gestiones de paz continuaron sin prosperidad apreciable hasta que Artigas prometió formular proposiciones por escrito, y convocó una asamblea de representantes de las provincias de la liga para que diese sanción solemne al futuro pacto, haciendo concebir en la Capital, esperanzas que luego resultarían defraudadas. En estas circunstancias, el Director creyó concluir de amansarlo con una lisonja que pudo costar demasiado cara a algunos hombres distinguidos y en la cual se debe censurar un torpe e inhumano servilismo, lamentando al mismo tiempo que el mando supremo de las Provincias Unidas haya caído alguna vez en manos de quien lo envileció de tal suerte.

Los procesos instruídos contra los jefes adictos a Alvear y contra los diputados a la Asamblea y hermanos de la logia Lautaro (deshecha por el nuevo gobierno); la crueldad con que eran tratados los comprometidos en aquéllos y aprehendidos, sólo por haber formado parte del derrocado Directorio o haberlo defendido en cumplimiento del deber; el estéril sacrificio de un jefe, mostraban a Alvarez Thomas como a una especie de inquisidor español.

Digitized by Google

Dos tribunales se crearon para juzgar a los adversarios políticos, uno civil y el otro militar. A éste componíanlo Eusebio Valdenegro, presidente; Juan José Viamont y Juan Bautista Bustos, vocales; Nicolás de Vedia, fiscal, y Bruno de Rivarola, auditor de guerra; encargados, después de la ejecución aludida, de juzgar a los coroneles Ventura Vázquez, Juan Santos Fernández, Antonio Payardell y Marcelino Balbastro, el teniente coronel Ramón Larrea y los mayores Juan Zufriategui y Antonio Díaz; pues bien, un día, el Director suplente en ejercicio, quitando los siete jefes alvearistas a sus jueces, los embarcó, engrillados, con destino a Purificación.

Artigas no rehusó recibirlos con el gesto magnánimo que exorna la leyenda; los recibió agradecido, como lo revela su nota de 11 de Junio dirigida al obsequiante, y en la cual no se halla el más leve indicio de contrariedad ni de repulsión, pues dice: «Consecuente a la muy estimable comunicación de V. E., data 21 del próximo pasado, han llegado a mi presencia los oficiales Vázquez, Larrea, Díaz, Fernández, Balbastro, Zufriategui, Payllardette, expatriados por haber sido comprendidos en los males con que el gobierno que concluyó el 16 de Abril próximo pasado tiranizó los pueblos de la regeneración. Todos ellos están con las prisiones que trajeron, embarcados bajo la custodia bastante, pudiendo V. E. descansar en orden a su seguridad.» (2). Y parece que siguió desarrugándosele la frente, porque el mismo día anunciaba la soltura

(2) Este documento que se publica por primera vez, encuéntrase original en el Archivo General de la Nación. Santiago Vázquez en la biografía de su hermano Ventura, y Antonio Díaz en sus *Memorias*, han referido el suceso en términos demasiado elogiosos para el caudillo oriental, impresionados por las palabras que con estupefacción le oyeron pronunciar los que esperaban la muerte. El general Mitre, de acuerdo con las referencias de ellos y no conociéndose, cuando escribió, ningún documento que los contradijese, al referirse al episodio, cuya veracidad en sí tuvo el acierto de admitir no obstante tener en su poder el proceso contra los jefes, en el cual no se registra constancia alguna de la remisión, dijo en la *Historia de Belgrano:* «Artigas rechazó con dignidad el horrible presente, manifestando que no era ni quería ser verdugo». El doctor López, después de admitir la devolución de los presos en la primera edición de su *Historia de la Revolución Argentina*, le negó crédito en la segunda, sosteniendo que podía tratarse de calumniar a Alvarez Thomas.

Digitized by Google

de tres prisioneros «porteños», dos oficiales y un «Fícico», empleando estas amables expresiones: «Recíbalos V. E. en prueba de mi cordialidad por el restablecimiento de nuestra fraternidad. Al momento que lleguen los demás detenidos de otros puntos, marcharán con brevedad, ansioso de que continúen en servicio de la patria.» Ya se ve, retribuiría el obsequio (3).

Sin embargo, las proposiciones que hizo el caudillo a los emisarios de Buenos Aires a los cinco días, en trece artículos, demuestran que no se habían atemperado sus pasiones: más de lo que pedía era imposible aspirar. Ya poco le interesaban aquellos principios de gobierno, consignados en las famosas «instrucciones» dadas a los diputados a la Asamblea; apenas aceptaba una constitución federal que no destruyese su «liga», y reclamaba nuevamente todo lo extraído de la plaza de Montevideo por el ejército de Buenos Aires, incluso el importe de confiscaciones hechas a los peninsulares, que calculaba en pesos 200.000, con más tres batallones de la guarnición de Buenos Aires, compuestos por reclutas cordobeses, con los cuales deseaba «proteger» la provincia de ellos, y una cierta cantidad de instrumentos de labranza para los campesinos orientales. Fueron inútiles todos los recursos dialécticos de los emisarios del Director, empeñados en obtener la diminución de las exigencias: Artigas se aferró a «sus trece» y no hubo modo de sacarlo de ellos. Llegaron a proponerle la admisión de todos sus artículos agregándoles otro, por el cual su provincia se obligaba a indemnizar con cinco millones de pesos los gastos hechos por la Capital para tomar la plaza de Montevideo, pero no les valió la coartada (4). Los emisarios se retiraron del campamento de Artigas, con mucho desaliento.

Y fué el 18 de Junio, coincidiendo con ese suceso, cuando Artigas devolvió al Director las víctimas propiciatorias, enviándole, además, una nota cuyo texto, muy lacónico, envuelve la ironía y la amenaza: «Vuelven a disposición de V. E. — de-

(3) Documento del Archivo General de la Nación.
(4) Isidoro de María: *Compendio de Historia.*

Digitized by Google

cía — los siete oficiales expatriados que V. E. se sirvió enviar a la mía. En mis nuevos cuidados V. E. hallará el motivo justo de no retenerlos» (5). Los «nuevos cuidados» eran los que le imponía el fracaso del acuerdo. El caudillo había pensado que en modo alguno conveníale permanecer siendo carcelero de los enemigos del Director, que estaba en camino de serlo suyo y en mayor grado que los jefes, algunos de los cuales éranle enteramente desconocidos, si bien otros fueron orientales que no quisieron ser sus prosélitos.

Refiérese que antes de la devolución, Artigas vió a los presos. El único que podía parecerle odioso era, sin duda, Ventura Vázquez, que lo abandonó en 1812 para apoyar a Sarratea. Al presentársele, inquietos seguramente por su suerte, Artigas se dirigió a Díaz y le dijo: «¿Qué tal amigo don Antonio, qué le parece cómo han tratado a Venturita sus amigos los porteños?». Y después de saboreado el efecto de esta frase, interrogó benévolamente a Balbastro, que no era oriental ni porteño (el caudillo aprovechaba todas las oportunidades que se le ofrecían para atraerse a los provincianos): «¿Y usted qué ha hecho para que lo manden así?» — «No sé, señor, contestó el hombre abatido; nunca vine a esta provincia antes de ahora; serví con Alvear y sufro la persecución de sus enemigos.» — «Vaya, esto no se ve ni entre infieles... Es que desean les sirva yo de verdugo, pero el jefe de los orientales no puede prestárseles para ello» (6). Preténdese que luego subscribió la nota correspondiente a la devolución de los presos, y que en ella se consignaba la frase: «el jefe de los orientales no es el verdugo de Buenos Aires»; ya se ha visto que no acaeció así, pero aunque hubiese acaecido, conviene recordar que las frases altisonantes arrancadas por el despecho, encubren, no traducen la primera intención, y el mérito estaría en ésta y no en aquéllas.

(5) Documentos del Archivo General de la Nación.

(6) Isidoro de María: *Compendio de Historia*; y trozos de las *Memorias* de Antonio Díaz, publicados por el doctor Eduardo Acevedo en su libro *José Artigas*.

Digitized by Google

Con todo, no volvió a encenderse la guerra civil aún. Artigas, que tuvo en su campamento algunas personas tituladas diputados de la liga, a consecuencia de la convocatoria, las reunió el 23 de Junio en el Arroyo de la China y les informó de las proposiciones hechas por el Director y por él; se resolvió enviar a la Capital una comisión compuesta por Juan García Cocio, representante de Entre Ríos; el doctor Pascual Andino, de Santa Fe; el doctor José Antonio Cabrera, de Córdoba, y Miguel Barreiro, de la Banda Oriental (7).

El Director comisionó a Antonio Sáenz para tratar con los diputados artiguistas, y este ciudadano, con muy buen sentido, quiso convencerlos que el pacto debía celebrarse estableciendo solamente bases de organización nacional, renunciando ambas partes a indemnizaciones, pero desgraciadamente no lo consiguió, y aquéllos regresaron al campamento del caudillo sin haber ajustado nada, declarando únicamente que Artigas y su partido no harían la guerra a Buenos Aires si no se les provocaba.

3. OCUPACIÓN DE SANTA FE POR TROPAS DE BUENOS AIRES

La provocación medió, pero aun así Artigas no hizo francamente la guerra, por entonces, al Director Alvarez Thomas — limitándose a defender su influencia en Santa Fe — manteniendo sus comunicaciones con Buenos Aires.

El territorio de Santa Fe se había plegado a los artiguistas para dejar de ser tenencia en la provincia de Buenos Aires, creyendo elevar su rango; Alvarez Thomas ofreció al Cabildo de la ciudad de Santa Fe aceptar la separación, a trueque del reconocimiento de las autoridades nacionales, para el cual le prestaría apoyo.

(7) Equivocadamente se ha dicho que los diputados convocados por Artigas habían de reunirse en Paysandú y constituir un congreso en competencia con el de Tucumán. El *Compendio de Historia* de Isidoro de María, transcribe documentos que demuestran no hubo sino lo que consigno.

Digitized by Google

El Cabildo aceptó; pero el gobernador Candioti, figura la más honorable del artiguismo santafesino, un verdadero patriarca, poseedor de fortuna inmensa ganada con su trabajo y rodeado de un prestigio que tenía algo de supersticioso, continuó siendo enemigo de la Capital. Habiéndole comunicado el Directorio, después de establecida la inteligencia con el Cabildo, que enviaba tropas nacionales a Santa Fe, se opuso al designio, aduciendo varias razones en una nota que terminaba con esta frase amenazante: «Si a pesar de esto, V. E. nos quiere dar trabajos practicando su determinación... no respondo de sus resultados funestos, ni aseguro alimentos para esas tropas, ni respondo de la conducta de estos moradores.»

Pero muy luego, hallándose Candioti agonizante, el 25 de de Agosto de 1815, desembarcaron y se establecieron en la ciudad de Santa Fe 1.500 soldados de Buenos Aires, mandados por el general Juan José Viamont. Dos días después el gobernador falleció, y a los cuatro más, fué convocado el pueblo por el Cabildo para elegir substituto, lo cual no pudo efectuarse el día designado primeramente, a consecuencia de la excitación de los ánimos y de la presión de las tropas nacionales.

Disputábanse la gobernación los candidatos Larrachea y Tarragona, representante el uno del artiguismo, y partidario el otro de la reconciliación con la Capital. El 2 de Septiembre, después de producidos hechos que desalentaron a los artiguistas, concurrieron sus adversarios santafesinos a un «cabildo abierto» que eligió a Tarragona gobernador, reconoció la autoridad del Director Supremo de las Provincias Unidas e hizo arriar la bandera rebelde, restableciendo la nacional.

Viamont encontró resistencia en la campaña desde los primeros tiempos, que el gaucho gustaba mucho de la roja diagonal; para vencerla, creó dos compañías de «Dragones», el mando de una de las cuales confirió al oficial Estanislao López, y las destacó convenientemente.

Tan felices parecieron los resultados de la ocupación de

Digitized by Google

Santa Fe referida, y tan fácil se creyó mantenerlos, que el gobierno central resolvió quitar a Viamont 500 soldados para reforzar los ejércitos del norte y de los Andes.

4. SEGUNDA REVOLUCIÓN SANTAFESINA

Cuando el gobierno de Buenos Aires creía dominar militarmente a Santa Fe, Artigas se hallaba entretenido en hacer desalojar del territorio de Misiones—mediante el empleo de una fuerza capitaneada por su hijo adoptivo el indígena Andrés Guacaraí, llamado comúnmente Andresito—las tropas paraguayas que lo dominaban, olvidando su antigua amistad con el doctor Francia; pero no descuidaba enteramente sus intereses perjudicados por la acción de Viamont: combinaba poco después con Mariano Vera, pueblero travieso, que reconocía ahora por jefe el partido localista santafecino, un enérgico y oportuno movimiento que arrojase a los «porteños».

El caudillo oriental había vuelto al Arroyo de la China, desde donde atendía cómodamente los negocios de Santa Fe y Misiones. En los dos tuvo éxito: Andresito realizó el objeto a que se le había destinado, y cuando las fuerzas de Viamont debilitáronse como se ha visto, el caudillo entrerriano Francisco Ramírez, obedeciendo las órdenes del jefe de la liga, atravesó el Paraná e invadió a Santa Fe con 200 montoneros; Vera encabezó un alzamiento popular en el Rincón; y Estanislao López, defeccionando de su causa, se plegó al artiguismo con las milicias que mandaba en Añatiré (4 de Marzo de 1816).

Los rápidos progresos de la revolución hicieron que Viamont se redujese a defender la Capital, tratando de fortificarse. Y bien lo necesitaba, pues muy pronto lo sitiaron; después de rechazar un asalto a duras penas (31 de Marzo), amenazado con otro más vigoroso, capituló, rindiéndose con todas sus tropas y siendo remitido prisionero a Purificación, con todos sus oficiales.

Digitized by Google

Vera fué proclamado gobernador, y Santa Fe volvió a quedar separada de la obediencia a Buenos Aires, pero no tan sumisa a Artigas como él deseaba. Hubo a consecuencia de lo último, una agria disputa entre Vera y un emisario de Artigas, atribuída en parte también a interesados enredos de Estanislao López, disputa a la cual el enviado puso término arrestando al gobernador y embarcándolo con destino a Purificación. El pueblo se enfureció por este atropello, y apoyado por algunas tropas, rodeó la casa en que alojábase el que lo cometiera, obligándolo a ordenar el regreso del buque y poner en libertad a Vera, quien no se ensoberbeció por el afecto que le mostraban sus comprovincianos, y convencido que le sería imposible mantenerse jaqueado por el gobierno de Buenos Aires, por Artigas y acaso también por López, restableció la armonía con el caudillo oriental, merced a los oficios amistosos del entrerriano Hereñú.

El Director insistió en substraer a Santa Fe de la influencia artiguista, juzgando que necesitábase oponer una valla a los montoneros más allá del arroyo del Medio, y resolvió reabrir la campaña formando un ejército cuyo mando confió a su tío Manuel Belgrano. Esta designación fué desagradable a los hombres de opinión de Buenos Aires, porque en aquella época ya tenía el gobierno a su servicio, generales que habían demostrado su capacidad, y parecía inoportuno utilizar a un patriota que se juzgaba definitivamente fracasado en la milicia; molestó singularmente a Díaz Vélez que había de acompañarlo como mayor general, y que, ha de recordarse, había sufrido sus desaires después de la segunda campaña del Alto Perú; y excitó a los artiguistas, que consideraban al creador de la bandera nacional un enemigo irreductible del provincialissmo, lo cual también tenía su significación, dado que en aquellos días aún se alentaban débiles esperanzas de paz con Artigas, o al menos de que las provincias del litoral enviaran diputados al Congreso de Tucumán.

Se remontó el nuevo ejército sobre la línea del Arroyo del

Digitized by Google

Medio, sin que Belgrano fuera resistido aparentemente; pero Díaz Vélez mantenía comunicaciones secretas con la Junta de Observación, que estaba siempre en conflicto con el Director y trataba de hacerlo caer; cuando se abrió la nueva campaña contra Santa Fe, los montoneros dejaron el camino expedito limitándose a retirar recursos; permitieron que el grueso de las tropas nacionales se estableciera en el Rosario, pero allí Díaz Vélez procedió al arresto de Belgrano y ocupó su lugar a consecuencia de un tratado que el 6 de Abril de 1816 subscribió con Cosme Maciel, representante de Vera y Ramírez—cuyo tratado sellaba una alianza para derrocar a Alvarez Thomas.

5. EL CONGRESO DE TUCUMÁN

La convocatoria a un congreso general en Tucumán respondía o afectaba responder al deseo de acreditar que el partido dominante en Buenos Aires, sacrificaba las aspiraciones de esta ciudad a seguir siendo Capital, para acallar los celos despertados en todas las provincias interiores. Si Artigas hubiera resuelto que las provincias sometidas a su influencia enviaran diputados, se habría encontrado triunfante y habríale tocado la gloria de fundar la república federal soñada, no por él, sino por su secretario Barreiro; pero eso era superior a su inteligencia. No comprendía y, por tanto, no amaba ni deseaba contribuir a establecer institución alguna: su real aspiración era que en todo el territorio de las Provincias Unidas, le fuera reconocido su quijotesco título de «protector de pueblos libres», para despotizarlo desde su campamento sin más ley que su capricho; por eso al tratar de pactar con Buenos Aires, exigía no sistemas de gobierno, sino pertrechos bélicos y caudales destinados a ensanchar sus dominios.

En Salta se eligieron los diputados al grito de « ¡mueran los porteños! ». El partido localista de Buenos Aires iba a encontrar el apoyo de escaso número de provincias en el nuevo congreso. Por un momento pareció inminente el triunfo de los

Digitized by Google

federales e hizo camino la candidatura a Director Supremo del coronel José Moldes, salteño, con prestigios en Buenos Aires; un rayó de luz en la mente de Artigas habría bastado para abrir una nueva era.

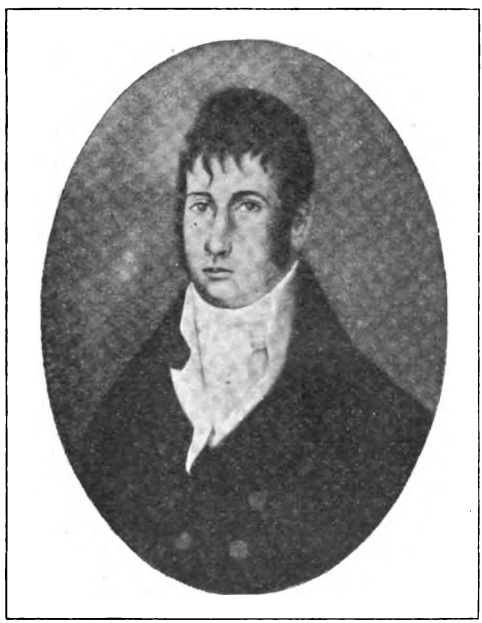
Tantos excesos cometieron Alvear y sus partidarios, que aquella burguesía aristocrática tan despreciativa de las provincias, que era nervio del partido de la Capital, sufría un profundo desmayo, el más profundo por que pasara. Alvarez Thomas vaciló algún tiempo, y después se decidió por la política reaccionaria; pero como para ella faltábale apoyo en el país, lo buscó en la corte del Brasil. Merced a sus gestiones se demoró la incorporación de los diputados salteños al Congreso de Tucumán, al mismo tiempo que se suspendían los ruegos a Artigas para que entrara en una negociación razonable. Belgrano, político ingenuo, notando el cambio de su sobrino, respecto a lo último, sin comprender el significado, y creyendo que obedeciera a sugestiones de Soler y Dorrego, de quienes tenía celos, escribía así a aquél en vísperas de la sublevación de Díaz Vélez: «A usted lo miran con odio, no por su persona sino por Soler y Dorrego; éstos son los militares y doctores y de capa y espada, por Tagle; creen que yo como pariente de usted le sostendré, y el apuro es influir que la gente del otro lado no quiera tratar conmigo, porque soy sospechoso... ¿Por qué no contesta usted a Artigas? ¿Por qué no al gobierno de Córdoba? No se deje usted llevar de los consejos ni furores de la injusticia: es preciso sufrir mucho para contener la anarquía y prepararse para estar en muy diferente pie del que se está... Todo es país enemigo para nosotros mientras no se logre fundir el espíritu de provincia y sacar a los hombres del estado de ignorancia en que están, de las miras de los que se dicen sus libertadores, y de los que los mueven para satisfacer sus pasiones» (8).

Cuando Alvarez Thomas y Tagle supieron que hallarían

(8) Documento del Museo Mitre.

Digitized by Google

apoyo a sus secretos designios en la corte del Janeiro, maniobraron activamente en el Congreso. Uno de los diputados, fray Ignacio Castro Barros, aquel fanático cuyo talento fué tan funesto a su país, destinado a prestar servicios a todos los partidos, pero siempre favoreciendo las tendencias extremas; des-



MOLDES

tinado a formar ambiente para las campañas de Facundo, con sus ataques a la presidencia de Rivadavia en nombre de la religión, que llegaron a escandalizar a un gobernador federal y arrancarle un decreto que prohibía los excesos oratorios del falso «enviado de Dios»; destinado a ser después partidario de Paz hasta vender las alhajas de los templos para proporcionarle fondos para la guerra contra los caudillos (9); aquel móvil, liviano e impresionante fraile que había de pasar del

(9) Domingo F. Sarmiento: *Facundo.*

Digitized by Google

séquito de Pueyrredón al de Facundo, y del de Facundo al de Paz, se encargó de conferenciar con el gobernador Güemes, a fin de hacerlo servir a los planes de Alvarez Thomas, sin conocerlos. Y tan persuasivo fué Castro Barros, que Güemes desistió de apoyar la candidatura de Moldes, e influyó con los otros diputados salteños para que nombrasen a Pueyrredón Director Supremo, y a Belgrano general en jefe del ejército del norte. Estos eran los candidatos que convenían a lo que se podría llamar «política portuguesa», pues bajo el coloniaje habían aspirado los dos a ser recogidos por la princesa Carlota Joaquina de Borbón, y estaban relacionados en la corte del Brasil; desencantados ahora de la democracia que favorecía a Artigas, aspirando a una constitución monárquica, ellos parecían indicados para avenirse a lo que estaba en proyecto.

El 9 de Julio de 1816, el Congreso de Tucumán declaró la independencia de las Provincias Unidas, que ya existía en los hechos: fué iniciada el 25 de Mayo de 1810 y fundada luego por la Junta Grande, con la careta de la lealtad a Fernando VII; en puridad de verdad, el Congreso de Tucumán no hizo más que arrojar esa careta que se había hecho ridícula, innecesaria e incómoda, y lo hizo sin estar animado por el concepto valiente y generoso de la patria y los ideales democráticos de Moreno y Funes.

6. DORREGO EN LA GUARNICIÓN DE BUENOS AIRES
POLÍTICA DE TAGLE

Cuando Dorrego, que desde el instante que agitó su mente la idea revolucionaria había vivido sólo para ella, retornó a Buenos Aires después de la derrota de Guayabos, pensó un poco en sí mismo y recordó dulces deberes y ensueños de paz. Enamorado de Angela Baudrix, niña de 18 años, perteneciente a una familia de San Isidro, casó con ella en dicho pueblo durante el año 1815, y formó un hogar austero donde reinó el amor y abroquelóse la virtud.

Digitized by Google

Bajo el Directorio de Alvarez Thomas, perteneció a la guarnición de la Capital y estuvo al frente del regimiento de infantería número 8, siendo distinguido por el Gobierno que tenía por ministro y factotum a su amigo particular el doctor Gregorio Tagle; escuchado por los hombres más distinguidos de la Capital, gubernistas u opositores; respetado y querido por sus soldados y las clases populares. Pero mientras tenía colgada la espada al cinto y su brazo descansaba, su vigoroso cerebro ocupábase en la organización nacional, y comenzaba a diseñarse el político eminente de días no muy lejanos. Su juicio moderado y altruísta influyó en la prensa, en las asambleas populares y en las juntas de guerra; el Gobierno mismo fingió aceptarlo varias veces.

Pero el doctor Tagle era un político falaz que gozaba estimulando todos los partidos e hiriendo a los mismos gobiernos de que era secretario; con hábiles artimañas hacía chocar a cada instante al Director con el Cabildo y la Junta de Observación, induciéndolos a creer, aisladamente, que les prestaba grandes favores; entretenía a los hombres de envergadura que había en Buenos Aires y podían dirigir la opinión, mostrándoles perspectivas que no se ofrecían; maniobraba a su paladar en un Congreso reunido en lejana provincia, compuesto en su totalidad de hombres de cortas vistas, salidos en su mayor parte de los conventos o de los curatos del interior, víctimas todavía de absurdas preocupaciones coloniales; y se valía del mismo agente que Alvear para las nuevas intrigas del Janeiro, a que mezclábanse sus bastardas ambiciones, hallando en Alvarez Thomas un admirador que acogía sus iniciativas con verdadero entusiasmo, creyendo tener a su lado, auxiliándole, al mismo diablo, o por lo menos una reencarnación de Maquiavelo.

Al saberse en Buenos Aires que Díaz Vélez se había sublevado, Alvarez Thomas renunció inmediatamente, con una inquietud por su seguridad personal, que dejaba presumir lo turbia que estaba su conciencia; la Junta de Observación acep-

Digitized by Google

tó la renuncia, nombrando sucesor al general Antonio González Balcarce, que confirmó en el ministerio a Tagle; y como éste en lugar de perder ganó ascendiente con el cambio, la política del Directorio continuó siendo la misma. El vencedor de Suipacha aceptaba un mezquino interinato que sólo había de servir para arrojar sombras sobre su nombre.

Casi sin excepción, los jefes que habían tomado parte en la guerra civil y apreciado de cerca la pasión del gaucho por la idea federal, procediendo con nobilísimo altruísmo, sin mostrar despecho por sus derrotas, sostenían la necesidad de buscar la concordia de todos los argentinos, dejando que los provincianos formasen o mantuvieran su gobierno autónomo y consintiendo que Buenos Aires no fuese la cabeza del Estado. Estas ideas, ya sustentadas a la caída de Alvear, ganaban mucho ascendiente en el pueblo, y el gobierno mismo aparentaba respetarlas, mientras en secreto hacía una política opuesta, desde que se comprobó no bastaban para pactar honrosamente con Artigas. Personajes civiles de tanto relieve como Agrelo, Sarratea, Chiclana, Moreno y Pazos Kanki; militares como Soler y Dorrego, a quienes se unirían los jefes que se habían retirado del ejército del norte, disgustados por el nombramiento de Belgrano hecho por el Congreso, French, Pagola, etc., las sostenían con calor, creyendo debían mantenerse aunque Artigas no se declarase satisfecho, y hasta a pesar de él, compenetrados de que la mejor manera de evitar que el artiguismo continuara robusteciéndose y extendiéndose, era suprimirle el objetivo prestigioso; acertaban, pues nadie negará, por ejemplo, que las provincias de Córdoba y Santa Fe, que por entonces pertenecían a la liga, separaríanse de ella fácilmente si la Capital respetaba y amparaba sus autonomías en vez de atacarlas. Cuando en el Congreso se produjo el nombramiento de Pueyrredón y la proposición de coronar un inca, la opinión pública en Buenos Aires exteriorizó su descontento. Famosas se hicieron las sátiras y los apóstrofes que el candidato a monarca de las Provincias Unidas inspiró en esos días. Dorrego

Digitized by Google

obtuvo un éxito de hilaridad con su intencionada frase: « Este es un rey de patas sucias » (10).

Bajo el interinato de Balcarce, Dorrego fué halagado con la oferta del generalato, que rehusó generosamente, manifestando deseaba no ser ascendido sino en mérito de nuevos servicios prestados en la guerra de la independencia; pues proponíase no admitir grado que le recordase la guerra civil.

7. MOVIMIENTO PROVINCIALISTA EN BUENOS AIRES

La provincia de Buenos Aires tenía su gobierno local, aunque no autónomo, y a su cabeza hallábase con el título de gobernador intendente, Manuel Luis Olidén. Pueyrredón permaneció dos meses en Tucumán después de electo, y fué ello causa que, los federales porteños, sorprendidos por actos políticos cuyo significado comprendieron bien, se preparasen a oponerse a la reacción, e intentaran fundar la autonomía de Buenos Aires. El 14 de Junio, presentóse al gobernador intendente Olidén una petición de los vecinos de la ciudad, redactada indudablemente por Manuel Moreno, que corroboraron otras análogas de distintos pueblos, la cual luego de explicar cómo la anarquía de que era presa la mitad del país, era hija de la creencia muy arraigada, que Buenos Aires, como Capital, despotizaba las provincias interiores, sostenía que era indispensable eliminar la causa para conjurar los efectos, agregando que Buenos Aires rehusaba ser Capital y aspiraba al rango de provincia como las demás, « para gobernarse como tal, con su administración interior ».

Al ser considerada la solicitud por las autoridades, suscitóse entre ellas un acalorado debate respecto a la forma en que debía oirse el pronunciamiento del pueblo sobre las ideas vertidas, sosteniendo los partidarios de la autonomía provincial que debía ser, de acuerdo con la costumbre, en un « cabildo abier-

(10) MITRE: *Historia de Belgrano.*

Digitized by Google

to», y los contrarios, que deseaban dar tiempo a la llegada de Pueyrredón, que debía ser por intermedio de una junta de representantes. En una asamblea celebrada en la Sala Capitular el 17 de Junio, la elocuencia de la mayoría de la Junta de Observación y el Cabildo impúsose al Director, decidiéndolo por el segundo de los temperamentos.

Pero Tagle se encargó de torcer el asunto a las pocas horas, induciendo a Balcarce a lanzar un bando que fijóse en las paredes el día 18, por el cual eran citadas las corporaciones, los jefes de la guarnición y el pueblo, a objeto de reunirse en la iglesia de San Ignacio el 19 a las 10 a. m. y pronunciarse sobre la petición, lo que vendría a ser un «cabildo abierto» convocado directamente por el gobernante.

La Junta de Observación protestó en una nota muy enérgica, manifestando: «Haría traición a lo más sagrado de su deber si enmudeciera a vista del riesgo que corrían la felicidad y libertad del país.» El Cabildo apoyaba decididamente a la Junta de Observación, y ambas corporaciones se propusieron voltear al Director interino, solicitando al efecto el apoyo del comandante de campaña Juan Ramón Balcarce, y llamando a los tercios de cívicos a las armas, en la noche del 18.

La guarnición de Buenos Aires constaba del regimiento de infantería número 8, mandado por Dorrego; varias compañías de artillería mandadas por el coronel Montes de Oca, y la brigada cívica, mandada por el coronel Pinto. El llamamiento de los cívicos produjo gran algarabía, pues el partido hostil al Director propalaba la especie de que éste proponíase arrestar a los miembros de las corporaciones, apoyado por las tropas veteranas; y el adicto, que las corporaciones querían destituir y encarcelar al Director.

Sólo una parte de los cívicos escuchó al Cabildo, pero la situación era muy delicada. Dorrego adoptó una conducta discreta, suprimiendo todo aparato y poniéndose en comunicación con el coronel Pinto; ambos jefes acordaron evitar todo golpe de fuerza, pidiendo a las autoridades en conflicto se

Digitized by Google

sometieran a la solución del congreso de Tucumán y del Director propietario, en vez de tomar partido por ellas. Después, la Junta de Observación y el Director hicieron un activo negociado, y la corporación resolvió dejar que se realizara la asamblea de San Ignacio y dar cuenta al Congreso de Tucumán y al Director Pueyrredón, manteniendo a los cívicos sobre las armas.

La asamblea de San Ignacio, a consecuencia de lo divididas que estaban las opiniones y del desorden en que se llevó a cabo, no solucionó nada, y todo el día y la noche del 19 fué de gran excitación. Por la noche fué herido un soldado del regimiento número 8, y se arrestaron dos oficiales de artillería, acusados ante su jefe inmediato de haberse ofrecido para sorprender a sus compañeros de cuartel, si les daban 400 cívicos. Mas el día 20, el Director, la Junta y el Cabildo, realizaron un acuerdo, mediante el cual se recibiría el voto de los ciudadanos de la ciudad y la campaña, para que decidiese si la petición se resolvía por medio de «cabildo abierto» o de junta de representantes; Balcarce perdió la partida con esto.

En acta labrada correspondiente a una reunión de las corporaciones, que se efectuó el día 18, consignóse que el Director había hecho arrestar a varios ciudadanos y conducirlos al cuartel del regimiento 8 de infantería, que estaba preparado como para salir a campaña; hallándose la artillería, además, «con diez cañones, mechas encendidas y demás aparatos de guerra». Esto era querer paliar la convocatoria de los cívicos. Dorrego se creyó en el caso de poner las cosas en su sitio; así se publicó el acta, dió un manifiesto que explicaba sus comunicaciones con el «benemérito y juicioso coronel de la brigada cívica», refiriendo además cómo se había conducido su regimiento en la noche del 18. «Llegada la hora de la segunda lista — decía — la tropa se recogió a su cuadra, durmió desnuda, no se puso una sola imaginaria, no se aumentó un solo centinela, no se dió un solo cartucho cuando el regimiento tiene repartido uno por hombre... Para evitar un encuentro

Digitized by Google

se dispuso que no saliese ninguna de las patrullas acostumbradas.» Justificaba el acuartelamiento de la siguiente noche, diciendo que la herida de uno de los soldados había encendido la ira de los veteranos contra los cívicos, y él quiso impedir los excesos a que ello pudiera arrastrar; y protestaba que ningún ciudadano había sido llevado en arresto a su cuartel, pues sólo fueron dos oficiales de la artillería, por orden del jefe de ésta y bajo la imputación ya expresada, lo cual estaba de acuerdo con la ordenanza militar.

El 24 de Junio, la Junta de Observación recibió un oficio del comandante de campaña Juan Ramón Balcarce, en que se le aseguraba podía apoyarse en su fuerza; Juan Ramón Balcarce, generoso y ardiente, susceptible de frecuentes mareos, dejábase arrastrar por los que estimulaban su muy desarrollado amor propio, haciéndole desoir esta vez el grito de la sangre; a pesar del vigor de su brazo y del arrojo de sus resoluciones, parecíase a una actriz que entrega su corazón al autor que le da a desempeñar, papel más gallardo, o al admirador que la aplaude con más gracia durante el espectáculo. La Junta era dueña de la situación ahora.

El 8 de Julio, el Director denunciaba al público el peligro de una agresión de Portugal, por medio de una proclama que recordaba el rechazo de las invasiones inglesas. En la noche del 10 de Julio, aunque Pueyrredón ya estaba en viaje a Buenos Aires, el Cabildo llamó a los tercios de cívicos, y en la mañana del 11 lanzó junto con la Junta de Observación un bando que anunciaba haber destituído al Director Supremo interino, entre otras razones, por «la apatía, inacción y ningún calor observado para preparar la defensa del país, en el peligro que amenazaba la vida de la patria», y la designación de Francisco Antonio de Escalada y Miguel de Irigoyen, para substituirlo hasta la llegada del titular. La falta de resistencia a esta destitución es la mejor prueba que el Director Balcarce no pensó en dar golpes de fuerza, ni contó para ellos con las tropas veteranas.

Digitized by Google

La actitud del gobernante que caía ante la invasión portuguesa, es obscura y contradictoria. Dorrego, que fué uno de los patriotas más severos en la condenación de las inteligencias con la corte usurpadora, lo creyó incontaminado de esas máculas, mantuvo su amistad y aun le envió cartas de Baltimore, hablándole como a uno de los más encarnizados opositores a la conquista. Sin embargo, el 9 de Julio, el plenipontenciario García escribió al Director Balcarce: «He recibido todo y estamos perfectamente de acuerdo; creo que en breve desaparecerá Artigas de la Banda Oriental; la escuadra está aquí al ancla esperando el primer viento...» (11).

(11) SALDÍAS: *La Evolución Republicana;* «Gaceta de Buenos Aires»; bandos, proclamas y demás publicaciones oficiales de la época.

Digitized by Google

CAPÍTULO X

Proscripto

1. Una confidencia de Tagle. — 2. Mayor general del ejército de operaciones en Santa Fe. — 3. La expedición de Chile. Dorrego se dispone a tomar parte en ella. — 4. Actitud de Pueyrredón frente a la invasión portuguesa. — 5. Arresto de Dorrego. — 6. Deportación a Santo Domingo. Arribo a Baltimore. — 7. Derrota de Artigas. Los portugueses se apoderan de Montevideo. — 8. La opinión pública se exalta en Buenos Aires. Polémica. Deportaciones a Estados Unidos.

1. UNA CONFIDENCIA DE TAGLE

Caído Balcarce, a Tagle le retozaba la alegría en el cuerpo por el éxito de todas sus intrigas. La invasión portuguesa iba a producirse con la conformidad del Congreso de Tucumán o de la mayoría de sus miembros, seducida por la idea de encontrar en aquélla el más importante punto de apoyo para dominar militarmente los pueblos e imponerle sus planes monárquicos; el conocimiento de toda la trama de este asunto, convertía al artero secretario de Estado en hombre necesario a todos los gobiernos que se establecieran antes de la culminación de su «obra», porque sin él seríales imposible manejar los hilos del enredo; y después, creada la esplendente monarquía, la perspectiva presentábase aún más halagüeña: había de ser el magnate más poderoso y soberbio del Río de la Plata, pues nadie podría aventajarle en habilidad y méritos para gozar de privanza; los grandes servicios prestados a la Revolución por hombres de sentimientos democráticos, muy pálidos habían de parecer comparados a los suyos, no los mejores a la verdad, para satisfacer la propia conciencia, pero

Digitized by Google

los más gratos al príncipe, indiscutiblemente. ¡Qué le importaba ser como el escarabajo, que reluce a fuerza de medrar en el estiércol! A los palaciegos por perversión o por instinto, no les tienta la idea de ser rebeldes, porque ignoran el placer que proporciona el acto de tronzar todas las cadenas del cuerpo y del espíritu.

Algo había trascendido del asunto, pero muy poco. La mayoría de los hombres espectables de Buenos Aires, no creían en confabulaciones de los Directorios y el Congreso con el extranjero, y consideraban las vagas inculpaciones, suspicacias engendradas por el espíritu de facción. Sin embargo, el hábito de presentarse siempre como estadista de habilidad consumada e imposible de burlar, indujo a Tagle a descorrer el velo de súbito, ante los ojos de un hombre a quien acaso apreciaba sinceramente, y por quien era su anhelo constante hacerse admirar.

Y ese hombre fué Dorrego. Tagle, que había aplaudido la idea de fundar la autonomía de Buenos Aires dejando la Capital en Tucumán, que había fingido apoyarla con el mayor calor y reconocídola como una magnífica solución de los graves conflictos internos del Estado, fracasada ella, temía aparecer derrotado, cosa que a un cortesano del éxito es más doloroso, que a una coqueta confesar que experimentó el desdén del galán apetecido. Dorrego iba a marchar a Santa Fe para tomar parte en una nueva campaña contra los montoneros, y Tagle no tuvo dominio sobre sí mismo para dejarlo salir de Buenos Aires en la creencia de que dejaba aquí un ministro fracasado. Un día le dijo que esperaba de Tucumán unos pliegos importantes, que demoraban mientras andaban en busca de un conductor de confianza. Estas palabras, aunque pronunciadas con tono misterioso, no surtieron todo el efecto deseado: Dorrego no mostró gran curiosidad ni se deslumbró por los resplandores del genio; pero, a poco, el inquieto y malicioso doctor volvió a entrevistarlo y le espetó: «Ha llegado el teniente coronel Juan Pablo Luna y con él los

Digitized by Google

pliegos. Un hijo de Andrés García los conducirá ahora al Brasil y los pondrá en manos de su hermano. Debe usted estar contento, pues los portugueses no esperan más que se designe el tiempo para dar por tierra con Artigas y tomar posesión de la Banda Oriental. *Yo soy el único agente de este importante negocio, que no gira por Secretaría.* Se nos ordena, como medida de precaución, el alejamiento de los que se presumen dispuestos a oponerse: a Soler, por ello, luego que venga el nuevo Director, se le destinará a la campaña de Chile; si usted quiere estarse con su señora en la provincia de Buenos Aires, no tiene más que decirlo.»

Dorrego se quedó atónito y silencioso como el alegre viajero herido de sorpresa en una encrucijada. Había estrechado lealmente la encumbrada mano, creyendo sentir en ella el calor de un afecto, que ahora deshonraba la proposición indecorosa; había perdonado la volubilidad del magistrado, creyéndola producto de la extravagancia o de un carácter ingenuo y travieso, no malo en el fondo; y ahora parecíale contemplarlo en espantable desnudez de larva, veíalo pérfido, falaz, traidor, empeñado en arrastrarlo a su abismo, y rugía en el corazón del amigo, del soldado, del patriota, la furia despertada por el desencanto y el ultraje. «El creía, sin duda,—escribió meses después en el destierro, con amargura desbordada, refiriéndose a la confidencia,—que como yo había hecho la guerra a don José Artigas, deseaba su ruina a toda costa». Pasado el primer estupor, hubiese querido contener la agitación de su pecho algunos instantes, para enterarse de más pormenores, pero su voz estalló indignada; se enrojeció su rostro y centellearon sus ojos. Le gritó que ni él, ni el Director, ni el Congreso, tenían poderes para entregar el suelo patrio al extranjero, y que ningún bien podría esperarse del contacto con los portugueses. «Yo creo eso—agregó—tan perjudicial, contraproducente, fuera de orden, que aunque los mismos pueblos quisieran esclavizarse, me opondría a tan miserable designio.»

Digitized by Google

La llegada de otro visitante hizo que la conversación continuase con alguna mesura, para no revelarle los graves secretos de Estado que la motivaron; pero Dorrego prosiguió sosteniendo que la invasión portuguesa entrañaba un peligro mortal para la comunidad argentina, y debía prevenirse. Separóse el ministro naturalmente molesto por el «capinazo», y Dorrego permaneció exaltado; convencido de que la inacción equivalía a la complicidad, pidió una conferencia al coronel Manuel Pinto, le enteró de lo sucedido y lo invitó a desenvolver una acción conjunta para impedir males que consideraba atroces. Pero el coronel Pinto contestó en forma evasiva, y no apareció nunca después como contrario a los negocios extranjeros de los Directorios. Dorrego no aspiraba, al hablar con su compañero de guarnición, sino a ejercer influencias amistosas ante el Gobierno, cuyos planes anhelaba fueran desechados o substituídos.

2. MAYOR GENERAL DEL EJÉRCITO DE OPERACIONES EN SANTA FE

Se ha dicho que Dorrego estaba en vísperas de pasar a Santa Fe. Partió con su regimiento para incorporarse a Díaz Vélez—a quien acompañaría en clase de mayor general—muy pocos días después de poseer el secreto que sería semilla de muchos dolores en su corazón. Los sucesos apresuraron la salida.

Las tropas pertenecientes al ejército que se llamó «de Observación», estuvieron paralizadas en el Rosario mientras se efectuaban negociaciones con los artiguistas santafesinos; pero habiendo recibido el Gobernador Vera, tropas auxiliares entrerrianas enviadas por Artigas, contestó con desprecio la proposición que le hacían de mandar representantes al Congreso de Tucumán, y ordenó a sus partidarios que realizaran irrupciones al sur del arroyo del Medio, interceptando caminos y correspondencias, y ocupando pueblos.

Una vez reforzado Díaz Vélez, de acuerdo con las órdenes que había recibido de Buenos Aires, invadió la provincia de

Digitized by Google

Santa Fe. Los montoneros trataban de atajarle el paso retirando de aquellos sitios por donde haría su tránsito, cuanto era utilizable; y como él correspondió con otros actos de rigor, la campaña convirtióse en una imponente devastación. Dorrego procedió con gran energía, pero no es creíble haya salido de los límites que le fijaban el patriotismo y la prudencia, dado que él no podía sentir odios partidistas ni antiprovincialistas, por sus ideas de gobierno, por su disidencia con los poderes nacionales y por tener resuelta ya su incorporación al ejército de los Andes; intervenía en la guerra civil sólo para defender el honor del ejército regular, y ello no se efectúa ciertamente con abusos y desmanes. A pesar de eso, Vera, con quien se comunicó y a quien quiso reconciliar con la Capital, ofreció 80 onzas por la cabeza del mayor general del ejército de Buenos Aires. Dicho ejército llegó hasta la Capital de la provincia invadida, pero en medio de grandes molestias. Dorrego, en el año XX, levantando cargos de Estanislao López, escribía: «Incendiaban ellos mismos los campos, quemaban ellos mismos los corrales, para privarnos de asegurar nuestros caballos. Tres días antes de que ocupásemos la ciudad, pegaron fuego a la estancia de Larrachea y el día antes a la de García; López no podrá negarlo. Los suburbios de la ciudad fueron por dos veces incendiados en los días que la ocupábamos, y los vecinos son testigos de lo que hice yo personalmente.»

El ejército de Buenos Aires fué rigurosamente sitiado en la ciudad de Santa Fe, y los artiguistas apresaron varios barcos de la escuadrilla que debía prestarle apoyo. Las autoridades de la Provincia protestaron ante el Gobierno General por los daños que la invasión causaba, afirmando que por órdenes de los generales Díaz Vélez y Dorrego, había sido arrasado un extenso territorio; y como por entonces asumió el mando en Buenos Aires el Director Juan Martín de Pueyrredón, éste, que al menos en apariencia, quería iniciarse como conciliador de los partidos, desautorizó la invasión, ordenó que las tropas regulares repasaran el arroyo del Medio, e hizo

Digitized by Google

instaurar a Díaz Vélez un proceso que terminó con la completa justificación del general, que en todo se había ceñido a las instrucciones que recibiera.

Tagle, que en los primeros tiempos sólo fué «a látere» de Pueyrredón, sembró desconfianzas respecto a las miras de Dorrego, que, por antecedentes ya conocidos y honrosos, el nuevo Jefe del Estado habría considerado benévolamente. A causa de tales desconfianzas, se ordenó a Dorrego regresara a Buenos Aires; primeramente se desprendería del escuadrón de caballería y la artillería incorporados a su regimiento, y después había de dejar el regimiento en Pergamino, bajando solo a la Capital para recibir órdenes y auxilios. Mas como el jefe de fronteras había salido del pueblo citado, cayendo éste en poder de los santafesinos, Dorrego y el mismo Díaz Vélez solicitaron y obtuvieron que lo último quedase sin efecto.

Pero bien se explicaba Dorrego los móviles de las órdenes y algunos actos de un inspector de armas que lo acompañaba en sus marchas, e inmediatamente de su llegada a la ciudad, se presentó al Director para pedir su relevo del mando del cuerpo; lo que Pueyrredón, caballero gentilísimo, rehusó en términos dignos y corteses.

3. EXPEDICIÓN A CHILE
DORREGO SE DISPONE A TOMAR PARTE EN ELLA

Cuando Pueyrredón fué nombrado Director, se habían realizado ya muchos preparativos serios para expedicionar sobre Chile, a fin de libertarlo de la dominación española, restablecida en dicho territorio. El Gobernador de Cuyo, José de San Martín, hacía tiempo que organizaba su ejército de los Andes, y Tomás Guido—consumado estadista militar interinamente a cargo del Ministerio de la Guerra, del cual era Oficial Mayor en propiedad—terminaba por aquellos días una memoria que contenía un plan de invasión madurado en su cerebro ro-

Digitized by Google

busto (1). Pueyrredón leyó este documento y se sintió sólidamente persuadido: la mayor gloria de su Gobierno fué resolver la ejecución del plan que se le presentó, con ligeras modificaciones que impuso la escasez de elementos, y no importaban corregirlo.

Dorrego, enterado durante su marcha a Santa Fe de la realización de la empresa, quiso tomar parte en ella; sin medios para evitar otros sucesos que se acercaban y eran desagradables, avergonzado de algunos de sus amigos, volvió los ojos al teatro de sus primeras glorias, recordó días más gratos y justicieros vividos lejos de Buenos Aires, buscó asilo en su pasado para seguir acariciando su ensueño republicano. Comunicó la resolución a sus oficiales, y todos quisieron acompañarlo; firmándose con alborozo una petición para que el regimiento fuera incorporado al ejército de los Andes.

Ningún encono contra el general que lo había confinado en otros tiempos, hizo fuerza en el ánimo de Dorrego para substraerlo a su generoso empeño; desde la ciudad de Santa Fe, con el espíritu impregnado de horror a la guerra civil y de tedio causado por la política de la Capital, escribió una carta privada al general San Martín, manifestándole el deseo de volver a servir a sus órdenes y preguntando si era persona

(1) Encontrándose ya tan destruída con razones y documentos inobjetables, la especie antojadiza de que Guido escribió la memoria por orden y con indicaciones de San Martín, casi no merecería tenerla en cuenta. No hay que deslumbrarse con los resplandores de la espada del héroe, en las campañas del Pacífico; antes de atravesar los Andes, San Martín era un general casi obscuro, que había estado conforme con marchar como segundo de Marcos Balcarce, y que no podía utilizar como amanuense, desde Mendoza, a un secretario de gobierno que estaba en Buenos Aires. El mismo reconoció el alto mérito de Guido, cuando le adjudicó una de las medallas de Chacabuco, diciendo que la merecía a pesar de no haber tomado parte en la batalla, — honor que el preclaro estadista, con delicadeza extremada, declinó en un soldado raso; y la musa popular de la época al ensalzar la magna empresa, hizo esta significativa mención:

«Tú, *joven destinado*
Para dictar empresas al momento;
Que tanto has cooperado
De la gloria de América al aumento;
Genio penetrador, ilustre Guido,
Te vive el suelo patrio agradecido».

Digitized by Google

grata, a lo cual contestó el futuro reconquistador, el 13 de Noviembre de 1816: «Créame que soy ingenuo en medio de mis defectos: la venida de usted me es de la mayor satisfacción; trabajaremos juntos y yo le acreditaré que soy su amigo sincero y que sé apreciar su valor y talento». Es de admirar, en esta correspondencia, la gallardía de dos cóndores que el destino no dejó volar juntos.

Vuelto a la Capital, y habiéndose rehusado el Director a concederle su baja, pedida para destruir injustificadas desconfianzas según se ha visto, realizó todos los preparativos de su traslado a Mendoza. Faltaba sólo un día para él; parte de las armas del regimiento habían sido encajonadas y puestas en camino; el jefe había alquilado casa en Mendoza y coche para llevar su familia, cuando se le arrestó por orden del Director.

4. ACTITUD DE PUEYRREDÓN FRENTE A LA INVASIÓN PORTUGUESA

Pueyrredón, al asumir el mando, no conocía los pormenores de la intriga de García y Tagle, de la cual se había hecho misterio a los mismos diputados reunidos en Tucumán, y se sorprendió al enterarse que las consecuencias de la invasión portuguesa eran eventuales: la Corte no concretaba sus propósitos al agente diplomático argentino, y éste satisfacíase diciendo al Director: «Según las circunstancias, el soberano podrá ser ya aliado, ya protector, ya neutral; ora mediador, ora garantía, ora, en fin, recibirnos e incorporarnos a sus Estados». Al paso del general Carlos Federico Lecor, que venía al frente de los invasores, el Directorio envió al coronel Nicolás de Vedia (hijo de la provincia Oriental), con un oficio en que se reclamaba el cumplimiento del tratado Herrera-Rademácker, alegando que la desobediencia accidental de Artigas a los Gobiernos de Buenos Aires, no importaba la separación de la Banda Oriental de la comunidad argentina, y pidiendo explicaciones sobre el motivo y el objeto del desprecio a lo

Digitized by Google

pactado. Obtúvose el libre tránsito del emisario con notas fraternales dirigidas a Artigas y al Cabildo de Montevideo, a quienes se quiso hacer ver una posibilidad de protección.

Artigas conocía las connivencias diplomáticas, merced a la lectura de documentos caídos en manos de sus corsarios. Al principio había acogido, aunque con desconfianza, las exhortaciones del nuevo Director, accediendo a la libertad de un prisionero que él le pidiese; pero cuando Vedia desempeñó su misión, ya estaba más que desengañado, y sin concebir esperanza, ordenó el cierre de los puertos orientales a los buques procedentes de Buenos Aires.

El 22 de Julio de 1816, el Cabildo de Montevideo había dado su voz de alarma contra la conquista portuguesa, por medio de un manifiesto, y tomado diversas medidas para auxiliar a Artigas en el desarrollo de su plan de defensa, que, según respetable autoridad (2), «teóricamente considerado, haría honor a cualquier general».

En los primeros días de Agosto, desembarcó en el Puntal de San Miguel la vanguardia del ejército portugués, bajo el mando del general Sebastián Pinto de Araujo Correa; la cual muy luego se posesionó del fuerte de Santa Teresa, de donde fueron lanzadas algunas partidas que se guerrillaron con otras de la montonera de Frutos. En los primeros días de Octubre, un destacamento de 200 artiguistas mandado por Julián Muñoz y colocado por disposición de Frutos en Chafalote, fué sorprendido y batido por una columna ligera despachada por Pinto; el 18 de Noviembre, el general portugués avanzó hasta India Muerta, con 1.000 soldados, y atacado allí por Frutos, que dirigía una hueste de 1.300 gauchos, lo derrotó después de cinco horas de encarnizada pelea. Los orientales perdieron tres cañones y muchos hombres, de los cuales, sólo prisioneros, fueron 300. Los portugueses, que durante la acción corrieron graves riesgos, pues ella tuvo alternativas diversas, que-

(2) MITRE: *Historia de Belgrano.*

Digitized by Google

daron también muy doloridos y se replegaron para unirse a tropas que marchaban tras ellos.

En otros campos no había sido mejor la suerte de los artiguistas. Una división invasora mandada por Silveira, penetró por Cerro Largo, y pasó al sur derrotando la vanguardia de Torgués, que estaba encargado de estorbarle el paso, lo cual no supo o no pudo hacer. El general portugués Abreu derrotó dos veces al capitán artiguista Sotelo, que realizó un desembarco en la embocadura del Ibicuy; luego se dirigió a San Borja, última plaza que le restaba tomar a Andresito en las Misiones orientales después de sublevar a los indígenas en masa, y obligó a éste a levantar el sitio y desalojar el territorio. Otro general portugués, Juan Mena Barreto, derrotó el 19 de Octubre al artiguista Verdún, que había pasado a Río Grande, haciéndolo replegarse a la provincia Oriental. También el mismo Artigas, derrotado en Corumbé tras seis horas de indeciso combate, por 1.000 portugueses que mandaba el general Joaquín d'Oliveira Alvarez, fué arrojado de la citada provincia brasilera.

El plan de Artigas, cuyo objetivo era cerrar el paso al enemigo y llevar la guerra al territorio de éste, había fracasado enteramente; las plazas más importantes de la Banda Oriental, Montevideo, Maldonado y la Colonia, quedaban a merced de los portugueses; pero si el caudillo, sacando lecciones de su desgracia, hubiera reconocido que era insensato pretender derrotar con sus gauchos, en batallas campales, a ejércitos poderosos, compuestos en gran parte por veteranos de las guerras de Europa, decidiéndose a volver a su anterior sistema de hostilización, es decir, a la guerra de recursos puramente, habría obtenido tal vez los mismos resultados de que podía vanagloriarse Güemes en Salta, peleando contra los españoles; y si no los resultados, por lo menos el honor de defender la patria con acierto. Su orgullo y obstinación lo perdieron, y llevó inútilmente a la matanza sus fieles y heroicas huestes.

Digitized by Google

Vedia llegó a Montevideo el 24 de Noviembre y siguió viaje al campo de Lecor, que al frente de un poderoso ejército y en comunicación con una importante flota que ya se resguardaba de las tempestades en el puerto de Maldonado, iba a tomar posesión de Montevideo. El general portugués contestó al emisario que sus operaciones tenían por objeto destruir un poder anárquico molesto a S. M. F. y reconquistar un territorio que, perteneciendo a Portugal legítimamente, España le arrebatara con violencia; que observaría la neutralidad con Buenos Aires, cuyas autoridades desconocía la Banda Oriental, obediente sólo a Artigas; que siendo éste enemigo declarado del gobierno de Buenos Aires, su destrucción no perjudicaba al Director.

Mientras se realizaba esta entrevista, Pueyrredón recibía instrucciones del Congreso, para negociar con los invasores de la Banda Oriental. Según ellas, debía enviar su ministro de la Guerra, general Juan Florencio Terrada, a conferenciar con Lecor y Nicolás Herrera, que estaba a su lado, de acuerdo con el pedido que había hecho García, para que saliera al paso del general lusitano, un hombre «manso, callado y negociador»; luego que Terrada regresase, debía ir al Janeiro el general Matías Irigoyen, con instrucciones dobles para negociar sobre la base de la cesión de la Banda Oriental y la independencia de las demás provincias argentinas, bajo el protectorado del Rey Juan VI, o bien, sobre la de prestar vasallaje a este soberano, pero constituyéndose las Provincias Unidas separadamente del Brasil (3).

(3) «El mismo Artigas, — dice el general Mitre en la *Historia de Belgrano*, — con su brutalidad y sus instintos disolventes, representa ante la sociabilidad argentina, un principio de vida más trascendental que el que sostenia el diplomático argentino en la corte del Brasil, empujando o creyendo empujar a las tropas portuguesas, para eliminar una fuerza que, aunque bárbara, era una fuerza vital cuya pérdida debia debilitar el organismo argentino. Por eso, ante la opinión ardiente de los contemporáneos, lo mismo que ante el juicio sereno de la posteridad, la politica tenebrosa que venimos historiando, es igualmente condenada; porque ella sin resolver ninguno de los problemas de la Revolución, los complicaba, sacrificando el porvenir de la República a los miedos del momento y, dado que sus designios se realizasen, enervada por una serie de generaciones, las fuerzas de un pueblo independiente y libre, degradando el carácter nacional y hasta renegando de la propia raza».

Digitized by Google

El Director se enteró, casi al mismo tiempo, de las instrucciones y de la respuesta dada por Lecor a Vedia; y quedó perplejo. Para tocar el espinoso asunto, llamó al ex ministro Tagle, quien, después de un cambio de ideas, redactó una nota a que Pueyrredón concedió su aprobación y firma, en la cual se dijo debiera ser reconocida la independencia argentina, antes de celebrarse tratado alguno con el rey de Portugal; que cualquier otro camino era ignominioso y contrario a los intereses y la voluntad del pueblo; que si el Congreso insistía en sus planes, se sirviera de otro intermediario, pues el Director no comprometería inútilmente su seguridad y su conciencia; finalizando con esta declaración reveladora de que aun en los tristes días de claudicaciones, había en Buenos Aires un gobernante con respeto al pueblo. «Toco de cerca las cosas y conozco a fondo los sentimientos de estos habitantes, cuyo celo perspicaz no dejaría escapar el menor proyecto que ofendiese a sus intereses o a su gloria.»

La intriga diplomática que generalmente se disculpa con las falsas premisas, de que la ocupación de la Banda Oriental por los portugueses era necesaria para realizar la expedición a Chile; que auspiciaba el orden interno; que Artigas era bárbaro y antinacionalista, etc., no puede ser juzgada equitativamente sino teniendo en cuenta el criterio de la época y de los hombres que intervenían.

Los elementos sociales de las Provincias Unidas eran heterogéneos. Los gobernantes, legisladores y diplomáticos que manejaron el asunto, pertenecían a una clase que no abdicaba de los privilegios que disfrutó durante el coloniaje; que miraba con más horror a los representantes de la anarquía gaucha, que a los mismos españoles. En la primera era de la Revolución había abrazado la democracia, pero alarmada luego por sus primeros ensayos, creyendo que traería el desbordamiento de la plebe y barbarizaría la sociedad, es decir, fundándose un estado sólo comparable a los del Africa, y que por tanto no les prometía ningún goce ni podrían habitarlo, cre-

Digitized by Google

yeron oportuno, para defender la civilización, el establecimiento de la monarquía. La política europea, cuya influencia en los destinos americanos no debemos perder de vista, los empujaba a ese terreno, induciéndolos a creer que el Estado, para poder constituirse y ser reconocido por las grandes potencias, necesitaba el sacrificio de las tendencias republicanas: recuérdese que las naciones del viejo continente sostenían el derecho hereditario y se coaligaban para defenderlo.

La posteridad, que no ha vilipendiado al Congreso que declaró la Independencia, ni al Director que resolvió la expedición libertadora de Chile, por haber sido monárquicos, no puede extrañarse que manejaran los negocios públicos con los sentimientos propios de tales. El Estado no se había aún constituído: su independencia era aspiración únicamente. En esas condiciones, la obligación de defender la integridad del territorio parece distinta de la que existe en un país constituído y democrático; el honor, no exigía salvarla o perecer. En 1816, se recordaba el ejemplo de España al comprar la paz que puso fin a la guerra de sucesión, cediendo a Inglaterra el Peñón de Gibraltar; para un español emancipado pero monárquico o aristócrata aún, exponer la Banda Oriental a la conquista para salvar de la barbarie o de la servidumbre el resto del territorio del ex Virreinato, tenía que ser cosa tan natural como lo es en nuestros tiempos para cualquier hijo de vecino, hipotecar la parte del campo que constituye su heredad, en que hay más bañados y está más infestada de indios y matreros, para salvar el resto de la acción de los acreedores.

Se argüirá, contra este juicio, que los «directoriales» no habrían usado de doblez y ocultación sin mala fe; pero es el caso que mientras ellos creían salvar la patria fundando la monarquía, el pueblo era republicano de tal manera, que no había sido posible hasta entonces crear instituciones aristocráticas: todos los gobiernos de la Revolución, cualesquiera fuesen sus ideales de constitución política, se desenvolvieron como los de una república embrionaria. Era, pues, lógico que la

Digitized by Google

ocupación de la Banda Oriental se consintiera en secreto, y una vez consumada, sirviera de argumento para que el pueblo aceptase la monarquía.

Pero cuánto se alejan de la justicia los que, al disculpar a los «directoriales», que estaban ofuscados, agravian a las personalidades del partido republicano, cuyo nacionalismo era avanzado, generoso, valiente, y los alentaba a marchar hasta el fin, acariciando el mismo ensueño que Mariano Moreno! Ellos no eran «vocingleros», ni «imprevisores», ni «injustos»: encarnaban la Revolución con toda su soberbia grandeza; el porvenir había de corresponder a su fe, y su oposición a las conexiones con Portugal sería fecunda: ya se ha visto cómo, de los mismos documentos que llevan la firma de Pueyrredón, se desprende que, por respeto a ellos y al pueblo que los apoyaba, las negociaciones con el reino no tomaron los rumbos ni se realizaron en la oportunidad que quisieron el error, el desconcierto y la claudicación. Fuera de que no conociendo aquellos patriotas las condiciones en que el extranjero invadía con sus ejércitos, creían el conflicto más grave, suponiendo amenazada la banda occidental.

La pobreza monástica de la colonia, a pesar de todos los lamentos que arranca, hizo a los hombres austeros; y por eso encontramos que los de la Revolución Argentina, aun los que se equivocaron, aun los que la estorbaron, eran más morales que los de aquellas grandes naciones que tomaban por modelos: tenían el corazón más sano que los de las revoluciones de Inglaterra y Francia; debiéndose sus caídas a la inexperiencia y al fanatismo de clase, más comúnmente, que a mezquinas ambiciones personales. Pero, insisto: es preciso distinguir entre los que hacían el mal, aunque no fuese a sabiendas, y los que hacían el bien; entre los que creían la mentira y los que decían la verdad: si para los primeros hay disculpas, para los segundos no puede haber censuras; si los unos deben ser perdonados, los otros merecen admiración y gratitud.

Digitized by Google

5. EL ARRESTO DE DORREGO

En circunstancias que el pueblo de Buenos Aires conmovíase profundamente por las desgracias de los orientales, cediendo el odio al artiguismo y siendo acerbamente criticado el Director por mantener relaciones cordiales con Portugal permitiendo que agentes y súbditos portugueses hicieran público alarde en suelo argentino de la tolerancia que disfrutaban, apareció el 13 de Noviembre, en el periódico «Crónica Argentina», un artículo de colaboración, titulado «Plan de defensa», en el cual, luciéndose conocimientos teóricos y prácticos de la guerra, se estudiaba la manera de resistir la invasión de un ejército extranjero, a Buenos Aires. «Nosotros los atacaremos—decía de los enemigos—desde que se atrevan a profanar nuestras costas... les disputaremos palmo a palmo el terreno; les haremos fuego en las baterías y en las calles, y tendremos dispuestas de tal modo las cosas dentro de la ciudad, que después de haber agotado todos los medios de una vigorosa defensa, podamos, en todo caso, dejarla en estado que no pueda servir de albergue a los tiranos. La guerra asoladora seguirá después en la campaña, y removido cuanto pueda servirles de alimento, la libertad triunfará de la molicie de los soldados europeos reducidos a pelear en desierto». No se decía la clase de enemigos que podían atacar a Buenos Aires, y ellos bien podían ser los españoles; pero el escrito terminaba así: «Tales, según creo, deberán ser nuestros preparativos, y aunque al cobarde y tímido pareciesen demasiado severos... en esta dureza se encuentra la verdadera piedad... Por mi parte, más apetezco dejar de tener casa, quinta, chacra, etcétera, y vivir, que tenerlas y ser ahorcado por traidor al rey». Imposible hubiera sido aludir con palabras más comprensibles y punzantes, a Pueyrredón, cuyos bienes de fortuna más conocidos eran una casa en el centro de la ciudad, una quinta en los alrededores y una chacra en San Isidro.

«Crónica Argentina», por su reciente brillante defensa del

Digitized by Google

régimen republicano, era el periódico de Buenos Aires que gozaba mayor autoridad. Es de suponer que el artículo dió pábulo a animados comentarios y produjo fuerte impresión. Su autor era fácil descubrirlo: no podía ser otro que Dorrego, cuya vinculación con el redactor principal del periódico se conocía bien; el pensador había buscado desahogo en el tintero, al alejarse de su querida Buenos Aires, amenazada por la proximidad de los portugueses; y otra vez el ardor del patriota y del republicano, se había sobrepuesto a las normas del soldado.

Muy ofendido el gobernante, e inquieto por el temor de que Dorrego divulgase los secretos que imprudentemente le confiara Tagle, ordenó su arresto. Dorrego fué detenido por sorpresa y en forma violenta, el día 15, conduciéndosele al bergantín armado «25 de Mayo», donde se le tuvo encerrado en un camarote, con centinela de vista y gran lujo de precauciones, motivadas por tener el jefe en desgracia muchos amigos, que, aun así, se comunicaron con él y le brindaron la fuga, que no quiso realizar. Inútiles odiosidades acompañaron el cautiverio: habiéndose enfermado el cautivo, se le negó asistencia médica; sabiendo él que horas después se le deportaría, quiso escribir a su esposa, que se hallaba encinta, y proveerse de ropa y dinero que le serían indispensables, porque no tenía más que su uniforme, sin que le fuera permitido; el oficial encargado de su custodia, obtuvo un ascenso por ella.

6. DEPORTACIÓN A SANTO DOMINGO. ARRIBO A BALTIMORE

El día 20, Dorrego fué trasbordado a la goleta corsario «Congreso» (4), que mandaba el capitán José Almeida y se hizo inmediatamente a la vela. El Director había resuelto de-

(4) Buque de 160 toneladas, con un capitán, seis capitanes de presa, un cirujano, un escribano y ochenta hombres de tripulación.

Digitized by Google

portarlo a Santo Domingo. Creyendo le fuera útil para justificarse ante la opinión pública, subscribió un decreto, en que, omitiéndose las verdaderas causas del destierro, se relacionaban «los actos de insubordinación y altanería con que el coronel Dorrego había manchado sus servicios en la carrera militar», motivando confinamientos, amonestaciones, y quejas al Gobierno, de los generales Belgrano, San Martín y Azcuénaga y del coronel Gazcón; aludíase a los recientes sucesos en Santa Fe, añadiendo: «... y lo que es más criminal, llegando al extremo de amenazar con audacia la misma autoridad suprema de los pueblos, de que se pasaría a la montonera si no se otorgaban sus pretensiones; negarse al reconocimiento del inspector general, por no estarle comunicado particularmente el nombramiento, esto en audiencia pública y a presencia del comisario general de guerra; y por último, haberme protestado, con la mayor osadía, que consentiría primero en su fusilación, que continuar sirviendo bájo las órdenes del general del ejército de Cuyo, a que estaba destinado; a más de otros gravísimos incidentes, que reservo y de que daré cuenta al soberano Congreso Nacional, he creído un deber preciso de mi autoridad y del orden sancionado por el Augusto Cuerpo, castigar ejemplarmente tan graves como públicos e injustificados crímenes, extrañando para siempre a don Manuel Dorrego, como así lo extraño de estas Provincias, cuya tranquilidad, seguridad y fidelidad forman el noble y sagrado objeto del poder y autoridad que me han confiado los pueblos» (5).

Aun en nuestros días—y un siglo nos separa—el severo castigo a un militar con mando de tropas, que en estado de guerra insultase al jefe del Estado desde las columnas de un periódico, no podría calificarse de exagerado o abusivo; pero atacar su honor; pero vilipendiar una actuación distinguida; pero formular contra él acusaciones que no se intentaban com-

(5) El lector estudioso hallará el decreto íntegro en el libro de Angel Justiniano Carranza: *El general Lavalle ante la justicia póstuma.*

Digitized by Google

probar en un proceso, pareció entonces, y parecería ahora, sobradamente injusto. A través de los tiempos, y merced a la especulación partidista que ha forjado leyendas para dar mayor fuerza a cada frase del decreto, la posteridad puede leerlo sin asombro; pero cuando se dictaba, el pueblo apreciaba bien la generosidad y honradez de los impulsos de Dorrego, conociendo, además, que no era exacto casi todo lo que se decía contra él.

Los mismos amigos del Gobierno sintiéronse molestos por la intemperancia e injusticia del documento; pues a nadie se ocultaba que no era indigno ni infame el jefe a que se refería, sino que, por el contrario, honraba al ejército y a la Revolución; los ecos de una protesta casi unánime debían llegar hasta el Congreso de Tucumán, que no podría substraerse al contagio y reprobaría la conducta del Poder Ejecutivo, por medio de una nota reservada (6). Los oficiales del regimiento que Dorrego había mandado—con anterioridad al decreto—formularon una petición, respetuosa pero digna y altiva, para que el preso recuperase la libertad y fuera devuelto a su puesto, o al menos, no se le castigara sin procesarlo; suministrando anticipadamente la comprobación de no mediar las causas recientes y graves que se invocaron para la deportación — la amenaza de seguir la bandera de Artigas y la negativa de servir a las órdenes de San Martín—pues se expresaban así: «Nos ha causado la mayor sorpresa la noticia de la prisión de nuestro coronel... Aquel jefe ha sido terror del enemigo y salvaguardia del decoro del Estado; estábamos persuadidos que, bajo su dirección, no necesitábamos poner de nuestra parte más que la obediencia, para caminar al triunfo. Con tan lisonjeras y halagüeñas ideas, *nos preparábamos a partir con él*

(6) «Después que me tenían sofocado con sus cartas confidenciales, — escribió Pueyrredón a San Martín, — acusándome de que no tomaba medidas contra los malvados, han tenido valor para desaprobar completamente lo hecho con Dorrego, por no habérsele formado causa y juzgado según las leyes. Es verdad que ha venido (la desaprobación) con la calidad de reservada, pero esto basta para obligarme a dejar correr los males sin atreverme a poner remedio.»

Digitized by Google

para escarmentar a los tiranos, cuando llegó a nuestros oídos su desgracia» (7).

Pueyrredón comprendió inmediatamente que la violencia de su decreto había causado una impresión deplorable; a las pocas horas, trató de atenuarla, dictando otro, que acordaba auxilios a la familia del proscripto y hacía públicas algunas consideraciones con éste, como no quitarle su despacho de coronel y acordarle una suma de 500 pesos, que se le entregaría en el sitio de su relegación; llevando este exordio sedante: «Si la ley imperiosa de la quietud, orden y salud de los pueblos; si la necesidad de castigar actos sediciosos; si la urgencia de destruir en su raíz las nuevas convulsiones que preparaba contra el Estado la última conducta de don Manuel Dorrego, *han arrancado* del Gobierno la providencia de expatriación de este individuo, fuera de las Provincias Unidas, *la justicia y la gratitud reclaman la memoria de los recomendables servicios que prestó a su país durante la gloriosa Revolución*, en las ocasiones que supo desviarse de los principios a que lo ha conducido la indocilidad de su genio, que ni la amistad ni el deber pudieron doblegar» (8).

Al tercer día de viaje, el capitán Almeida hizo leer a Dorrego una orden subscripta por el ministro Terrada, para que lo condujera bajo la más severa vigilancia a la Isla de Santo Domingo, donde lo pondría en tierra, «dando cuenta por conducto de la primera presa que remitiera». Del sitio de la deportación, decía algún tiempo después el deportado, que el clima era tan terrible, que el año en el cual sólo moría allí de fiebre amarilla la mitad de los que llegaban, se consideraba excelente; que los negros dominantes conservaban irreductible odio a los blancos, «a punto que a las doce del día, le quitaban a uno el sombrero, el dinero o el vestido; Petión, que

(7) El texto íntegro del petitorio se hallará en el libro de Mariano A. Pelliza: *Dorrego en los partidos unitario y federal.*

(8) La amistad a que se refiere es la de Tagle; también se hallará el texto íntegro del decreto, en el citado libro de Pelliza.

Digitized by Google

es el más racional (9), reputa a los americanos del sur piratas, toma sus presas, se apodera de sus corsarios y conserva en dura prisión a los tripulantes».

El capitán Almeida trató amablemente al desterrado, proporcionándole—y ello de acuerdo con las instrucciones del Directorio—todas las comodidades susceptibles de disfrutar en la nave, entregándole anticipadamente, «después de grandes altercados», una parte del dinero que había recibido para él. Dorrego le hizo «vivas instancias» para que le permitiera trasbordar a un buque mercante, continuando el viaje con menor peligro y pudiendo dirigirse a donde creyese oportuno; lo cual no le fué concedido. Al cruzar frente a Cuba, sin embargo, Almeida apresó una goleta española, llamada «San Antonio», y confiándosela a uno de sus capitanes de presa, permitió que Dorrego continuara el viaje en ella; mas habiéndose detenido el buque frente a Jamaica para contrabandear, fué apresado por los ingleses junto con el proscripto, que a causa de fugar el capitán con los papeles, no pudo justificar quién era ni qué hacía. Conducido a Villa Montego, fué encerrado en un castillo, en donde permaneció diez y nueve días sometido a un proceso, en el cual se le acusó como piratá, condenándosele finalmente a expulsión, por la mayoría del tribunal que lo juzgó, tres de cuyos miembros votaron porque se le ahorcase. En el mes de Marzo de 1817 lo embarcaron en otra goleta, y fué a arribar felizmente a la ciudad de Baltimore, Estados Unidos de América.

En tierra libre, en patria hermana, aún restaban al desterrado grandes miserias que sufrir. Consumida en los gastos de la prisión, el pago del pasaje de Montego a Baltimore y la compra de algunas ropas, la suma que Almeida le entregase, careció de recursos para subsistir; y no obstante tener inutilizado el brazo derecho a consecuencia de una de las heridas de la segunda batalla de Suipacha, buscó modestamente

(9) El mulato Petión, Presidente de la República de Santo Domingo.

Digitized by Google

trabajo de artesano; ya encontrado, disponíase a emprenderlo, cuando recibió socorros que «un alma generosa» le enviaba desde la patria lejana.

En Baltimore, Dorrego escribió e hizo imprimir sus «Cartas Apologéticas», en las cuales refutó victoriosamente los decretos de Pueyrredón, levantando uno a uno, con explicaciones minuciosas, los cargos que éstos le hacían; refiriendo, además, su viaje y haciendo luz sobre muchos episodios de su carrera militar. Las «Cartas Apologéticas» son dos exposiciones sin método, de sencillísimo estilo, que muestran un corazón bondadoso y leal; a pesar del título, lejos de ser fatuas, revelan delicada modestia, y el lector les encuentra tanta ingenuidad y honradez, tal ausencia de artificio de toda clase, que adquiere la sólida convicción de que sólo ofrecen verdades. Tres causas inmediatas del extrañamiento había invocado el Directorio: que Dorrego amenazó incorporarse a los montoneros, que se negó a tomar parte en la campaña de Chile y que preparaba una revolución. Y bien; él se defiende de esas inculpaciones con notoria eficacia. Dice que, estando de francachela con el Director, le pidió facilitara el traslado de su familia a Mendoza, contestándole Pueyrredón, jocosamente, que la llevara en una carreta porque el Gobierno estaba muy pobre; contra lo cual él arguyó, en el mismo tono, le valiera más para eso, ser montonero y tener ganados a su disposición; conociendo el humor que a menudo gastaban los dos personajes, no se duda que haya ocurrido así, y no hay incorrección por parte del jefe, cuya chuscada estaba autorizada por la del gobernante.

La imputación que más exalta a Dorrego, es la segunda; protesta ser una desleal impostura, con la cual se aspira a indisponerlo con San Martín; llegando a imprecar al cielo en un rapto de indignación; se justifica consignando muchos pormenores de sus preparativos de viaje, y apoyándose en tres documentos inobjetables: la petición que subscribió en el Rosario, la carta que le dirigió el general de los Andes contes-

Digitized by Google

tando otra suya, y la exposición que hicieron los oficiales de su cuerpo cuando lo arrestaron. Examinando tan importantes pruebas, se llega a la conclusión de que el Director sólo pudo referirse a la respuesta dada por Dorrego a las proposiciones de Tagle, anterior a la petición del Rosario, y arrancada por una noticia despampanante, en el calor de una discusión; pero así y todo, tergiversaba, pues Tagle, honradamente, sólo podía haberle atribuído el dicho de que prefería ser fusilado, a consentir la invasión portuguesa.

El tercer cargo, que apenas se insinúa en el segundo decreto, lo desvaneció también, explicando las circunstancias en que, cuando él fué arrestado, se hallaba su regimiento.

Los diarios de Baltimore, una vez que se divulgó la llegada del proscripto argentino, atacaron violentamente al Director Pueyrredón y a los congresales de Tucumán, acusándolos de traidores malvados, que perseguían a los contrarios a la dominación extranjera que podían despertar el pueblo. Uno de ellos transcribía noticias de España que parecían coincidir con la deportación de Dorrego, en que la invasión portuguesa a la Banda Oriental, era resultado de un convenio entre el rey Juan VI y el Gobierno de Buenos Aires.

7. DERROTAS DE ARTIGAS
LOS PORTUGUESES SE APODERAN DE MONTEVIDEO

El cierre de los puertos orientales, acompañado del embargo de los buques de bandera nacional, que decretó Artigas, causó gran molestia al Director Pueyrredón, no tanto por la medida en sí, cuanto por el efecto moral que causaba ver confundidos en un mismo furor al reino de Portugal y al Gobierno de Buenos Aires, pues contribuía a transparentar que ambos poderes estaban aliados o tenían mancomunados sus intereses en la guerra. Pueyrredón se dirigió al Cabildo de Montevideo y al Gobernador delegado Barreiro, quejándose de la conducta de Artigas, refiriéndose a la misión Vedia como a un acto de

Digitized by Google

solidaridad suya con los orientales, y diciendo que el caudillo se hacía sospechoso de complicidad con los invasores, por la torpeza con que dirigía la defensa.

El Cabildo y Barreiro concibieron la esperanza de que Pueyrredón les ayudara a sostener la plaza, que estaba ya en inminente peligro; trataron de disculpar la resolución de Artigas, alegando que había sido tomada antes de saber la misión Vedia, y pidieron socorros. Hubo entonces un activo cambio de notas, en que el Director, astuto y falaz, procuraba debilitar a Artigas, substrayendo de su influencia las provincias occidentales del Uruguay, a pretexto de favorecer una gestión diplomática, larga e ineficaz; arguyendo que como la razón de ser desoído él por los invasores, era la rebelión de Artigas contra las autoridades centrales, que se confundía con un estado de independencia, la crisis sería conjurada sometiéndosele la Banda Oriental e, implícitamente, las demás provincias de la liga. Bien claro se traslucen sus propósitos, en un oficio que ofrece elementos bélicos, y luego dice: «Para contener los acontecimientos que se precipitan, *hagamos obrar la política*... Los auxilios que se preparan nunca podrían salvar por sí esa plaza, amenazada de un ejército poderoso: si los mando, van a ser presa del ejército invasor; y si no, queda en sospecha mi interés por la salvación de ese pueblo. Decídase por la operación que pido (el sometimiento), por ser la única capaz de surtir el efecto que deseamos» (10). Barreiro se resistió débilmente, diciendo que la defensa de la Banda Oriental interesaba a todas las demás provincias argentinas, y que Buenos Aires debía contribuir a ella estimulada por el honor de la patria; mas al fin convino con el Cabildo en dar poderes a Juan Francisco Giró y Juan José Du-

(10) El general Bartolomé Mitre, sin embargo de atribuir buena fe al Director en algunas escenas de esta comedia, dice: «La verdad es que el Director, en lo que menos pensaba, era en comprometer una guerra nacional con un aliado, tan inhábil en lo militar y tan peligroso en lo político como Artigas; y que se felicitaba de sus derrotas, como de las de un enemigo de todo el mundo. (*Historia de Belgrano*, capítulo XXXV).

Digitized by Google

rán, dos espectabilísimos caballeros montevideanos, para que realizaran un negociado en Buenos Aires, a donde se trasladarían.

Salta a la vista la contradicción que hay entre la doctrina, no huérfana de razón, sostenida en esta emergencia por Barreiro, y la obstinada actitud de Artigas, acaso aconsejada por él mismo, al no franquear recurso alguno para hacer la guerra contra España, aun en los momentos de duros conflictos, y pretender se le entregaran los caudales, armas y bagajes, extraídos por Alvear de la plaza de Montevideo, tomada a merced de tantos sacrificios de las autoridades centrales. Los deberes de la hermandad, son para todos los hermanos.

Giró y Durán, creyendo en las promesas de Pueyrredón y procediendo de acuerdo con los dictados del patriotismo, que acallan ante el peligro de la dominación extranjera las pasiones de partido, firmaron *ad referendum* un tratado según el cual la Banda Oriental juraría obediencia al Congreso y al Director del Estado, «en la misma forma que las demás provincias», enviando sus diputados a Tucumán, enarbolando la bandera nacional y adhiriéndose a la declaración del 9 de Julio; y el Gobierno central, por su parte, quedaba en facilitar todos los recursos que fueran dables y se necesitasen para la defensa (8 de Diciembre de 1816). El Director se adelantó a publicar las estipulaciones, con gran estruendo jubiloso, en vez de esperar a su ratificación, y anunció que enviaría 1.000 hombres, 1.000 fusiles, 8 cañones y una flotilla, en auxilio de la plaza de Montevideo; pero, valiéndose indudablemente de la Logia Lautaro, que había restablecido, hizo que la noche anterior se resolviese con su voto en disidencia, por una asamblea de autoridades convocada para tratar sobre los asuntos de la Banda Oriental, no declarar la guerra a Portugal, sino entablar una reclamación diplomática; resolución que coincide con el juicio vertido pocos días antes por el mismo Director, y cuas consecuencias fácilmente se calculan.

La respuesta del Cabildo de Montevideo al pedido de rati-

Digitized by Google

ficación del tratado, que el Director le hizo por intermedio de uno de sus edecanes, se aproximaba a la repulsa, pues contenía este reproche: «Nosotros... propendemos a rechazar un enemigo que tanto lo es nuestro como de las provincias de la dirección de V. E., y en este caso, vemos con admiración que, entretenido V. E. en un fin secundario (su reconocimiento) descuida el general»; agregaba no tener atribuciones para decidir la suerte de la provincia y los rumbos del jefe de ella. El delegado Barreiro, que a pesar de su ilustración sentía los prejuicios localistas casi tanto como Artigas, también requerido a lo mismo, sostuvo que antes y aun sin ello, Montevideo debía ser socorrido, exteriorizando así el Director, sentimientos que propenderían a la unión nacional; protestaba que a su provincia no podía imputársele la pretensión de no pertenecer a la comunidad argentina: «es muy claro—decía—que nosotros no podemos caer en el delirio de constituir solos una nación». Pueyrredón manifestó, entonces, que enviaría pertrechos a las huestes de Frutos y que también estaba dispuesto a franqueárselos a Artigas, enviando al mismo tiempo un emisario a éste, para recabar su conformidad con lo pactado.

Los actos de Pueyrredón respondían al deseo de justificarse ante la opinión nacional del cargo de complicidad con los portugueses, y de dividir a los orientales en partidarios y enemigos de pactar con él.

Artigas, más arisco que los emisarios montevideanos, seguro de que el Gobierno de Buenos Aires no tenía caridad ni perdón para él, desaprobó el tratado por medio de notas que redactó su secretario Monterroso en el estilo ditirámbico, inconexo y ridículo con que acostumbraba lucirse en el confesonario o en el púlpito, anatematizando el pecado y describiendo las penas eternas; preguntaba a Durán y Giró si no les había temblado la mano al firmar la convención, y dedicaba a lo convenido estas palabras, que son faltas de lógica y de pésimo gusto, aunque se glosen en poesías y se graben en el mármol:

Digitized by Google

«El jefe de los orientales ha manifestado en todos tiempos, que ama demasiado a su patria (11) para sacrificar este rico patrimonio al bajo precio de la necesidad.»

En tanto, Lecor había seguido avanzando victorioso, y se acercaba a las puertas de Montevideo. Barreiro, de acuerdo con instrucciones recibidas de Artigas anticipadamente, al saber que el general portugués tenía establecido el cuartel general de su ejército en Pando y movilizaba su escuadra, desalojó la plaza; como ni la dominación española ni el despotismo de Artigas fueron propicios a fomentar la altivez en la población civil de la Banda Oriental, los vecinos de la ciudad amenazada, abandonados por el caudillo y por el Gobierno de Buenos Aires, no atinaron ya sino a conservar sus vidas y sus haciendas, granjeándose con actos de servilismo el favor de los vencedores. Así Lecor, después de recibir una delegación del Cabildo que le ofrecía humildemente las llaves de Montevideo, manifestándole que ésta aceptaba su protección, entró bajo palio a la plaza que más tarde resistió durante nueve años el gran ejército de Rosas y Oribe (20 de Enero de 1817).

Artigas ya estaba aniquilado militarmente. Después de su primera serie de derrotas, rehizo sus huestes, en que todavía sumábanse cerca de 4.000 hombres, y se estableció en el Arapey, con ánimo de insistir en su campaña de Río Grande. Cerrábale el paso una división enemiga de 2.500 hombres, situada en Ibarapituitain, mandada por el marqués de Alegrete, sucesor de Curado, la cual pretendió destruir desprendiendo con este objeto 3.400 hombres mandados por su segundo Andrés Latorre, teniente bravo y honrado a quien se atribuía alguna ciencia militar y que, en aquélla y otras épocas, dió no pocas pruebas de abnegación, pero cuyo talento no se acreditó jamás. Alegrete se percató bien, y desprendiendo 600

(11) Era común por aquellos tiempos que los provincianos llamasen «patria» a su provincia.

Digitized by Google

hombres con dos piezas de artillería, al mando de Abreu, para atacar de sorpresa a Artigas, movióse con el resto de sus soldados, buscando un encuentro con Latorre. El resultado fué que, en la madrugada del 3 de Enero, Artigas fué derrotado en su campo por Abreu, y estuvo a punto de caer prisionero; y que, en la madrugada del 4, chocaron Alegrete y Latorre, en Catalán, siendo también allí derrotados los orientales, después de varias horas de indeciso combate, en el cual, al fin se impuso la superioridad de escuela.

Alegrete se retiró a Río Grande, desde donde asoló la campaña oriental con irrupciones de partidas que recogían los ganados y destruían las propiedades, y despachó una división mandada por el brigadier Chagas, con el encargo de sojuzgar las Misiones occidentales (argentinas). Chagas derrotó a Andresito en Itaquí, el 19 de Enero, realizando luego una horrorosa devastación y entregando al saqueo nueve pueblos, de los cuales seis fueron luego incendiados y reducidos a escombros. « Después de la conquista—ha dicho un historiador (12)—la historia no registra una invasión más bárbara que ésta. »

8. LA OPINIÓN PÚBLICA SE EXALTA EN BUENOS AIRES. POLÉMICA. DEPORTACIONES A LOS ESTADOS UNIDOS

La deportación de Dorrego con todo su aspecto terrorífico, no anonadó a los opositores al Directorio, que con patriótica vehemencia lanzaban diariamente sus reproches a un poder que creían deshonrado. Cada desastre que los orientales sufrían causaba un estremecimiento doloroso en la ciudad del 25 de Mayo, acostumbrada a enviar sus legiones al encuentro de todos los enemigos de la independencia americana. El periódico «Gazeta» era escrito en aquel tiempo por parientes de los traidores Nicolás Herrera y Lucas José Obes (ya al servicio del rey Juan VI); en el número de dicho periódico correspondiente

(12) MITRE: *Historia de Belgrano.*

Digitized by Google

al 28 de Diciembre de 1816, apareció un artículo en que hallóse una velada alusión al publicado por Dorrego en la «Crónica Argentina», pues decía que era loable el celo contra la agresión extranjera, pero atentatorio en los hombres que no pertenecían al Gobierno, pretender dar dirección a los planes de defensa nacional. La réplica elocuente de Pasos Kanki, cuya pluma ha sido con razón comparada a la de Mariano Moreno, no tardó en conocerse. El 4 de Enero de 1817, «Crónica Argentina», después de alegar que la libertad de escribir no turbaba la marcha del gobierno, y condenando el empleo de la violencia contra los que hacían uso de aquélla, decía: «¿Sólo amarrando al que hable quedará el público convencido de que profirió disparates? Bajo semejantes principios, el periodista ministerial no tendría precio para ministro de Muley Hazen y Muley Racit (de berberisca memoria), de Luis XVIII o de Fernando VII, que presiden las únicas cortes del siglo en que se prenden, ahorcan, fusilan o destierran periodistas, en contestación de sus discursos. Pero es muy extraño que estando empeñados en imitar la constitución inglesa, no principiemos a acomodarnos al modelo, en la base primordial y sencilla de toda su libertad» (13).

Pobre fué la defensa de la «Gazeta», que puede resumirse en estas palabras, reveladoras del deseo de cortar una discusión torpemente provocada: «La unión y el orden son los mejores baluartes de la libertad; las desavenencias, los celos, la insubordinación y la calumnia son peores enemigos mil veces que un ejército compuesto de Pezuelas, Callejas y Morrillos; en este sentido, sería muy discreta la guerra de los mudos.» Pero el redactor de «Crónica Argentina» ya se había enardecido demasiado para que se pudiera llamarlo a silencio con eficacia. La segunda réplica fué más vibrante. «Esta es la segunda vez —decía— que un ejército se pone en movimiento y penetra

(13) Alude a la opinión sobre el régimen de gobierno, vertida poco tiempo antes por la «Gazeta».

Digitized by Google

hasta el corazón de nuestros pueblos, con el título filantrópico de pacificador; pero es la primera que se ha hecho cuestionable si el hierro y el fuego de que viene armado son elementos de paz y de concordia, o de guerra y desolación. Cuando se nos ataca con el arma vedada de que pretendemos incendiar la opinión pública con nuestros discursos sobre portugueses, debería advertir el editor (de la «Gazeta») que no somos sino un eco débil del grito público. Y ya que se cree con derecho a condenar lo que hemos dicho sobre esta materia, bien pudiera haber aplaudido lo que hemos callado. Si se ha creído que la conexión con Portugal puede ofrecer ventajas, ¿por qué no explicar cuáles son, demostrar la practicabilidad del objeto y ventilar el negocio públicamente, para conquistar la razón? Jamás un ejército extranjero ha dejado de sublevar las pasiones del país que pisa, y por grandes ventajas que haya ofrecido a los ojos del hombre de estado el someterse a un invasor, los pueblos han corrido siempre a las armas para castigar el ultraje, sin escuchar más que el grito de la venganza» (11 de Enero).

Los redactores del órgano ministerial se declararon en derrota, reduciéndose a silencio; pero «Crónica Argentina» siguió tratando el asunto en todos sus números, ya para exaltar el heroísmo de los orientales refiriéndose especialmente a Lavalleja (18 de Enero), ya para defender la libertad de la prensa (25 ídem), o para reclamar con ardor la nacionalización de la resistencia, al anunciar la ocupación de Montevideo, lanzando anatemas tan terribles como éste: «Acuérdense que los enemigos quieren la traición, pero odian al traidor; y que esta nueva nación gloriosa tiene una autoridad inmortal como ella, que, reunida o dispersa, vencedora o vencida, libre o tiranizada, juzgará eternamente las buenas o malas acciones de sus hijos» (1° de Febrero).

Pero «Crónica Argentina» tuvo que dejar de aparecer. Había llegado el momento de que las furias oficiales se desataran contra las cabezas más altas de Buenos Aires; más altas por

Digitized by Google

el gesto que mostraban y por el sitio que el concepto público les había discernido; y entre ellas se contó la de Pasos Kanki. En los últimos días de Enero había llegado de Tucumán una delegación del Congreso que ya tenía resuelto su traslado a Buenos Aires, la cual era portadora de nuevas instrucciones secretas relacionadas con los negocios de Portugal. Pueyrredón expuso las dificultades con que tropezaría para cumplirlas, debido a que la exaltación del pueblo, partidario de la guerra, podía ocasionar un movimiento subversivo; y la comisión le autorizó para tomar medidas extremas. Entonces, sin forma alguna de proceso, fueron arrestados Manuel Moreno, Pedro José Agrelo, Feliciano A. Chiclana, Vicente Pasos Kanki, Domingo French, Eusebio Valdenegro, Manuel V. Pagola y José Moldes, deportándoseles, el 3 de Febrero, a los Estados Unidos, con la sola excepción del último, que era diputado. Si se considera lo que esos nombres representaban en la época, como mentalidad, virtudes, servicios, prestigios; que Dorrego había sufrido antes la misma desgracia, y que Soler había sido enviado a Chile, también por estorbar en Buenos Aires su honradez republicana, se reconocerá que este golpe fué la verdadera decapitación de Buenos Aires, gigante que necesitó ser violentado pocos años más tarde por los gauchos del litoral, para que abrazara de nuevo el dogma glorioso renegado.

Al día siguiente de zarpar el buque donde iban los ilustres perseguidos, de quienes podría decirse con tanta justicia como de Arístides, que se les aborrecía y se les expulsaba por cansancio de oir que eran justos, el Director dió un insidioso manifiesto que, a pretexto de explicar sus rigores, trataba de adormecer y pervertir al pueblo (14).

Los nuevos deportados se unieron a Dorrego en Baltimore, donde habían de compartir angustias y esperanzas. Dieron, inmediatamente que llegaron a dicha ciudad, un manifiesto que

(14) Decía: «Los papeles públicos ocultan con más o menos sagacidad el veneno de la maledicencia, y mil agentes de la discordia y del desorden se encargan de hacer de palabra las explicaciones odiosas, que sus autores interpretan en sentido inocente. Corrompiendo con tales ardides el espíritu público e impidiendo por lo mismo, que se les contradiga y que se desengañe al pueblo, ahora *ejercen sobre él un verdadero*

Digitized by Google

causó profunda impresión. En ése y otros documentos que fueron redactados por el doctor Agrelo, éste empleó términos tan violentos (15), que, a causa de ellos, los partidarios del

despotismo de opinión. A vuestro testimonio apelo. ¡Oh pueblos! si no es verdad que leyendo y oyendo tantas invectivas, no habéis creído que el gobierno y los que le auxilian en el empeño de sus deberes, se hallan confabulados con los portugueses o con cualquiera otra potencia, para vender al país o sujetarlo a condiciones ignominiosas, sin vuestro consentimiento .....

.....

«Yo he hecho salir del país a los maquinadores más despechados y peligrosos..... Los desgraciados a quienes ha cabido esta suerte, *no ejecutaban sus planes por falta de poder*, pero no perdonaban ocasión de tentar, de seducir ... Yo no he descargado el golpe, sino sobre las cabezas y los que a todo trance estaban dispuestos a seguir el estandarte de los que amenazaban con asesinatos.»

Después de alardear la magnanimidad de no buscar las pruebas de delitos cuya impunidad era imposible, que estaban a su fácil alcance, seguía una declaración que además de ser contradictoria, sustentaba un principio abominable: «No se trata de prender y de arruinar a hombres que por otra parte han rendido a la patria distinguidos servicios; demasiado doloroso me ha sido el no poder evitar los padecimientos de los que no debían ser perdonados, y hacer partícipe de ellos a sus inocentes familias. *Los sumarios, por otra parte, en estos tiempos, no son un medio seguro para descubrir* tal clase de crímenes».

Envuelta en falsas promesas va una exhortación al pueblo, para que mire a los invasores sin temor: «*Los portugueses no desean la guerra; quisieran que las Provincias Unidas fuesen indiferentes* en medio de la agresión a una parte de su territorio; pero la guerra será inevitable, si muy en breve *no satisfacen al gobierno sobre sus miras;* y si la incursión de tropas extranjeras, más peligrosas que otras algunas por ser vecinas, *no se demuestra compatible* con nuestra libertad y nuestra independencia. Pueblos, ningún tratado *definitivo* se hará con los portugueses, sin vuestra noticia anterior y sin vuestro consentimiento. *Ejército portugués o de cualquiera otra nación, no pisará en ningún punto de esta banda* sin que encuentre la más vigorosa resistencia. Se llevará la guerra a la Banda Oriental misma, se arrojarán los extranjeros de aquellos campos y de los pueblos que ocupan, y esto será bien pronto, *si no somos convencidos plenamente de que lo contrario concurre a nuestros intereses y nuestra gloria*».

(15) Una exposición remitida por Agrelo al Congreso pidiéndole reparación, contenía estas palabras gruesas: «... el país se vende y se ha tratado la venta con la Corte del Brasil» ... «una indecente gavilla de ladrones» ... «se abrigan los principales traidores dentro del seno mismo del Congreso» ... «monstruos abortados por la naturaleza» ... «bajeza y prostitución de los malvados opresores» ... «que se le despoje (a Pueyrredón) del poder y de la fuerza, que se le ponga en seguridad con sus aliados para que respondan de su conducta y no dejen burlada la justicia; que se abra un juicio común para todos, donde los jueces y los reos puedan ser vistos y observados por el pueblo; que cada uno sufra la pena que le corresponda» ... «En vano ese asesino ha hecho alarde de habernos conservado la vida evitando nuestro juicio. Yo, por mi parte, no temo perderla si no la merezco; ni la quiero para arrastrar una existencia llena de oprobio, de dolor, de necesidad, de peligros, vagando alejado del suelo patrio y de todo lo que es capaz de endulzármela. No es ya la causa de un particular lo que se ventila: se trata de la salud, de la seguridad, de la fortuna del Estado que tiene fijas sobre sí las miradas de todos los demás, cuyo reconocimiento solicita» ... «se trata, en fin, del honor de ese mismo Congreso, que se anuncia en todas partes complicado en la traición ...»

Digitized by Google

oficialismo fustigado, lo persiguieron más allá de la tumba, presentándolo siempre como un hombre perverso y odioso. Su acritud, sin embargo, es bien explicable; su irritación parecerá natural a quien sepa medir el dolor injusto que sufría, arrojado de su patria por cuyo honor combatiera; expuesto a caer durante una larga y penosa travesía, en poder de los españoles, que lo habrían ahorcado o sepultado vivo en inmunda mazmorra como a Miranda; sabiendo luego que en un manifiesto con pretensiones de discreción y equidad, se le trataba de inspirador de asesinatos, a él que tenía tanto asco por los delincuentes.

La hábil pluma de Pedro F. Sáinz de Cavia, que por aquel tiempo era empleado de gobierno, hizo una refutación del manifiesto de Baltimore; y la defensa no fué por cierto más moderada que el ataque.

Digitized by Google

CAPÍTULO XI

La guerra del litoral

1. Montevideo bajo la dominación portuguesa. — 2. Campañas de Entre Ríos. — 3. Irrupción vandálica de los portugueses en Entre Ríos. — 4. Campañas de Santa Fe. — 5. Rondeau sucede a Pueyrredón en el Directorio. — 6. Alvear y Carrera.

1. MONTEVIDEO BAJO LA DOMINACIÓN PORTUGUESA

Lecor era un general cortesano y sus suaves maneras parecían más propias de un diplomático que de un conquistador; sus liberalidades y sus dádivas, luego que se posesionó de Montevideo, restablecieron la calma en los hogares de la ciudad, e hicieron gran contraste con las borrascas de una independencia anárquica. El Cabildo, compuesto por hombres pertenecientes a una tímida y dolorida burguesía, fué su más dócil instrumento; oyendo las exhortaciones del nuevo amo, resolvió enviar al Janeiro una delegación que besaría la mano de S. M. F. pidiéndole la incorporación de la Banda Oriental al reino unido de Portugal, Brasil y Algarbes (31 de Enero de 1817); farsa a la cual siguió la permuta de una buena extensión de territorio oriental a la provincia brasileña limítrofe, por «una miserable farola».

Barreiro, una vez ocupada por el enemigo la plaza que le abandonara, estableció un bloqueo terrestre, interceptando además, con varios destacamentos, los ejércitos que operaban en campaña. Ese bloqueo poco perjudicaba en realidad a los invasores, que disponían de una escuadra, dominaban con ella todos los puertos orientales y mantenían comunicaciones con Buenos Aires, donde se abastecían cuando era necesario.

Digitized by Google

A Barreiro lo substituyó más tarde Frutos, porque habiéndose presentado Artigas en la línea del asedio, el primero trató de inclinarlo a una política de conciliación con el Director; el «patriarca», incomodado, lo llevó consigo, y al poco tiempo le hizo remachar una barra de grillos.

Frutos era, indudablemente, más ágil y sagaz que Barreiro para hacer la guerra de recursos; y Lecor, enfurecido por algunos golpes audaces que recibió, dió el 15 de Febrero un bando que declaraba salteadores de caminos a los montoneros orientales, anunciando que ejercería represalias en sus familias, las cuales encarceló. Conocióse el documento en Buenos Aires, en momentos que la fibra patriótica estaba en gran tensión, por el parte de la victoria de San Martín en Chacabuco; la indignación popular que causó la rigidez del conquistador lusitano no pasó inadvertida al Gobierno, que se creyó en el caso de fingirse partícipe de ella, y dirigió una intimación a Lecor para que se abstuviera de poner en práctica su amenaza. «Los orientales — decíale — sostienen su causa y la de los pueblos occidentales a un mismo tiempo; así es que han sido y serán constantemente auxiliados en esta Capital»; y anunciaba que los portugueses residentes en Buenos Aires serían confinados a Luján, para aplicárseles en triple número los mismos tratamientos que sufrieran los orientales encarcelados.

Muy luego, sin embargo, el plenipotenciario García ajustó en el Janeiro un tratado de alianza para combatir a los montoneros, que autorizaba a los portugueses a penetrar con fuerza armada, persiguiéndolos, al territorio occidental del Uruguay (1); y acogió un batallón de libertos mandados por Bauzá, desertor de las filas de Artigas, y que obtuvo libre tránsito por Montevideo. No existe declaración alguna del Director Pueyrredón contra los portugueses, en cuya sinceridad puede creerse: ellas fueron frecuentes, públicas y privadas, hechas

(1) El tratado aludido, del que el lector encontrará mayores datos en la *Historia de Belgrano*, fué enviado por García al Director para su ratificación, la cual éste y el Congreso produjeron; pero vuelto al Janeiro para la de la otra parte contratante, ella no se efectuó, evidenciándose la mala fe de la diplomacia portuguesa, que podia sacrificar en cualquier momento a sus indiscretos aliados.

Digitized by Google

en proclamas y decretos como en cartas íntimas, pero tenían por exclusivo objeto aplacar la irritación popular, que era muy grande, y poner su nombre al reparo de las críticas de sus propios amigos (2).

2. CAMPAÑAS DE ENTRE RÍOS

En nota enviada al Cabildo de Montevideo y referente a la misión Vedia, ya Artigas había dicho que, o la Capital lo auxiliaba para defenderse de los portugueses o ella sería «el último blanco de su furor». La amenaza fué reiterada después hasta en conminaciones al mismo Director, que tomándola demasiado en cuenta, se lanzó a una empresa insensata y cruel, intentando reducir a la obediencia por las armas, a las provincias de Entre Ríos, Corrientes y Santa Fe.

La deserción de Bauzá y su cuerpo de libertos, cuyos oficiales pertenecían a la «élite» de la sociedad montevideana, unida a las promesas de los caudillos entrerrianos Eusebio Hereñú, Gregorio Samaniego, Evaristo Carriego y Gervasio Correa, que dominaban una vasta región de su provincia, hiciéronle creer que otros tenientes de Artigas habían de separársele, y aun contribuir a darle el golpe de gracia.

Con anterioridad habían sido sofocadas por las tropas nacionales, dos insurrecciones provincialistas producidas en Santiago del Estero y La Rioja; el Director había desalojado a José Javier Díaz (federal) del gobierno de Córdoba, substituyéndolo con Ambrosio Funes, que se había hecho adicto a Buenos Aires y que luego necesitó defenderse de Bulnes, su propio yerno, quien fué jefe de reiterados movimientos subversivos; en

(2) Ya escrito este libro, leo un prólogo que firma uno de los intelectuales más distinguidos de la República, el doctor Enrique Martínez Paz, digno hijo de la docta Córdoba; en ese trabajo encuentro estos renglones que parecen escritos de encargo para los que han creído sinceras ciertas protestas de Pueyrredón: «Se ha dado en la candidez de estudiar el pensamiento y los propósitos de los hombres representativos, principalmente en los mensajes enviados a las cámaras legislativas, en los programas de gobierno, en las cartas dirigidas a sus enemigos; lo que equivale a pretender conocer el temperamento y el carácter de los individuos, por las formas sociales de salón, por las exigencias de la cortesía, nacidas precisamente para darnos ese barniz que nos hace a todos semejantes y perfectamente inocuos.»

Digitized by Google

Corrientes había ocurrido un segundo pronunciamiento contra el artiguismo, que Andresito dominó.

A fines de 1817, los caudillos entrerrianos antes citados declararon que se sometían sin condiciones al Director Supremo, y éste les envió un armamento que les tenía ofrecido, al mismo tiempo que ordenaba a Belgrano desprendiese 300 hombres y los hiciera situar en Córdoba, listos para caer sobre Santa Fe cuando se le diera la orden.

Francisco Ramírez encabezó la reacción artiguista en Entre Ríos, reuniendo sus partidarios en el Arroyo de la China y marchando a batir los « aporteñados ». Las montoneras de Samaniego y Correa unidas, se pusieron en fuga al sentir el avance del adversario, y luego, no ocurriéndoseles cosa mejor, se refugiaron en el albardón de los Toldos, donde inmediatamente sitiadas, pasaron grandes miserias esperando auxilio del Director o de Hereñú y Carriego, que, intimidados, permanecieron en el Paraná sin atreverse a operar en forma alguna. Al fin llegaron los de Buenos Aires, consistentes en 600 hombres mandados por el coronel Luciano Montes de Oca, que desembarcaron en los Toldos el 19 de Diciembre de 1817.

Ramírez levantó entonces el sitio y retrocedió, debido a lo cual el jefe porteño, haciendo un cálculo optimista, reforzó a Samaniego y Correa con 50 hombres y les mandó perseguirlo, siguiéndolos él mismo con su división; pero a bastante distancia. Ramírez, al notar esta absurda conducta, contramarchando, cayó de improviso sobre Montes de Oca, que fué derrotado con pérdida de la artillería, en Zeballos, el 25 de Diciembre. El vencedor quiso completar la hazaña en la vanguardia, pero ésta se desgranó y los dispersos volvieron a ganar los Toldos y a pedir protección de Buenos Aires.

Una nueva expedición porteña de 500 hombres, dirigida por el general Marcos Balcarce, no fué en definitiva más eficaz. Balcarce desembarcó en los Toldos, recogió a los refugiados allí, hizo luego que se le unieran Hereñú y Carriego, y vol-

Digitized by Google

vió a sus buques, para desembarcar nuevamente en la Bajada. Ramírez fué a buscarlo, y el general porteño le salió al encuentro; como el primero retrocedió al avistarse las dos fuerzas, el segundo creyó haberlo intimidado, pero se equivocaba, pues aquél se proponía elegir el terreno para combatir. En Saucecito los federales volvieron caras, y alcanzaron completa victoria sobre las tropas porteñas, quitándoles la artillería y el parque (25 de Marzo de 1818). Una parte de los derrotados salvos se embarcó, y la otra se ocultó en los montes. Marcos Balcarce que bajo el anterior Directorio había sonado como candidato a generalísimo de la expedición a Chile, y a quien el doctor Darragueira había recordado con estas palabras dirigidas a Tomás Guido: «No se engaña usted en persuadirse que Rondeau no es capaz de fijar el orden en el ejército, y con harto dolor podré yo añadir que cualquiera fuerza se le entregue bien ordenada y disciplinada, la echaría a perder en cuatro días... San Martín, Balcarce y pare usted de contar, cuando se necesite mudar todo con ropa limpia» (3). Marcos Balcarce, decía, regresó a Buenos Aires con su reputación militar comprometida, y seguro que la astucia de los gauchos del litoral era en extremo peligrosa cuando no se disponía de fuerza veterana en número suficiente para aplastarlos.

Ramírez, que antes de aquellos combates no fuera más que uno de tantos caudillos regionales de su provincia — que como las Tierras Altas de Escocia a tiempo de la caída de Jacobo II, soportaba el despotismo de muchos amos independientes unos de otros—convirtióse después de Saucecito, en señor de toda ella, lo cual explica el título de «supremo entrerriano» que adoptó al poco tiempo.

3. IRRUPCIÓN VANDÁLICA DE LOS PORTUGUESES EN ENTRE RÍOS

Las tropas portuguesas que operaban al norte de la Banda Oriental siguieron cosechando laureles; destruyeron las mon-

(3) CARLOS GUIDO SPANO: *Ráfagas.*

Digitized by Google

toneras de Torgués (a quien hicieron prisionero), Gregorio Aguiar y Francisco Delgado. También consiguieron tomar prisionero a Lavalleja, jefe de vanguardia de Artigas, volteándole el caballo mientras hacía un arriesgado reconocimiento, lo mismo que más tarde los santafesinos a Paz, y luego derrotarbn la fuerza del futuro héroe de la Agraciada y Sarandí. Aguiar pasó a Entre Ríos con las reliquias de su hueste.

A los pocos días de la acción de Saucecito, apareció en el Río Uruguay una escuadrilla portuguesa que buscaba comunicarse con las tropas de su nacionalidad vencedoras al norte. La capitana que iba adelante, al proximarse al pueblo de Paysandú, recibió el fuego de una batería entrerriana, y se empeñó un fuerte cañoneo, después del cual la nave se retiró resguardándose tras una isla y dirigiéndose a la costa oriental, donde no tardó en aparecer el ejército del general Curado. Este desprendió a Bentos Manuel Ribeiro, quien pasó con su división al hoy extinguido pueblo de San José, y cruzando el Uruguay, frente a aquél, pasó a Entre Ríos para asaltar las baterías por tierra. Sorprendió primeramente una que había en Perucho Berna y estaba defendida por orientales al mando de Aguiar y protegida por buques armados en guerra, tomando batería, hombres, armas, buques, etc. Después marchó al Arroyo de la China, derrotando en el camino 400 montoneros que le salieron al paso. Ramírez estaba dentro del pueblo citado con el grueso de su fuerza, pero al atacársele comprendió que era imposible defenderse y efectuó el desalojo. Ribeiro ocupó la pobre plaza e impuso contribuciones de guerra, consintió algunos saqueos, y al repasar el Uruguay llevóse también muchas mujeres como parte del botín.

El Director no hizo protesta alguna por estos bandolerismos en una provincia occidental; hallábase bajo la impresión de sus últimos desastres y sólo pensaba llevar la guerra del litoral adelante, aunque se le desplomase el cielo. Aún realizó otra infructuosa tentativa en Entre Ríos con soldados que confió a Hereñú y que muy luego tuvieron que volver a embarcarse

Digitized by Google

en la escuadrilla que los había conducido, destinada después a bloquear a Santa Fe, de donde un ejército de Buenos Aires se retiraba en derrota.

4. CAMPAÑA DE SANTA FE

Santa Fe ya no era regida por Mariano Vera, a quien depuso una revolución, sino por Estanislao López, que sin aparecer al frente del movimiento, aprovechaba sus consecuencias, semejante al mono de la fábula que halló tan cómoda manera de sacar las castañas del fuego; y el cambio, como habían de demostrar los hechos con elocuencia abrumadora, lejos de debilitar a los santafesinos, aunque los degradaba, les dió un jefe más fiero y astuto.

A mediados de 1818 ya se remontaba un ejército de 3.000 hombres en San Nicolás, al que debía secundar la división de Córdoba que mandaba el coronel Juan Bautista Bustos, para atacar la provincia de Santa Fe, arrasando sus poblaciones y asolando los campos, según las órdenes del Director. En Noviembre de dicho año, asumió el mando de aquel ejército el general Juan Ramón Balcarce, que luego se situó en el Arroyo del Medio, mientras Bustos, reforzado, se trasladaba a Fraile Muerto con 600 hombres.

López, que no era medroso, enterado de las aviesas intenciones de sus adversarios por el estrépito bélico de sus fronteras, salió al encuentro de sus enemigos, ensayando con fortuna el mismo plan de Artigas para el rechazo de la invasión portuguesa. Antes de ser atacado eligió 400 gauchos y 50 indios chaqueños, dirigiéndose con ellos a Fraile Muerto para sorprender a Bustos. Derrotó sus avanzadas y luego lo sitió: mas la defensa fué enérgica, y hubo de abandonar la empresa alarmado por la proximidad de una nueva división del ejército del norte que venía a socorrer a Bustos y mandaba Arenales.

López había mojado impunemente sus lanzas en la sangre de sus enemigos, y esta provocación hirió profundamente el or-

Digitized by Google

gullo porteño, que nadie representaba con mayor fidelidad, que el bravo y tonante general Juan Ramón Balcarce. Este apresuróse a invadir, dirigiéndose a la capital de la provincia, en la cual entró luego de haber derrotado a los artiguistas en el paso de Aguirre (27 de Noviembre). Pero López le retiraba recursos y escondió sus huestes de tal manera, que a los pocos días, convencido Balcarce de la inutilidad de ocupar la capital, retrocedió hacia Rosario (2 de Diciembre) con los soldados desmoralizados y los caballos casi inservibles.

Así emprendió la marcha, aparecieron los santafesinos como por arte de encantamiento, y después de un fuerte tiroteo, aunque no sufrieron nada, se desgranaron según la táctica gaucha. No encontrando el general porteño mejor desquite de sus penurias, cumplió sus instrucciones terroríficas, arrastrando en su retirada ganados, carros y carretas, e incendiando los campos para reducir a la miseria a los briosos rebeldes.

Por este tiempo, apareció en el Paraná la escuadrilla que recogió a los últimos derrotados en Entre Ríos; pero de dicha provincia y la de Corrientes se enviaron refuerzos a los santafesinos, consistentes en otra escuadrilla y 600 hombres de desembarco, todo al mando de Pedro Campbell, soldado irlandés desertado del ejército de Berresford, bravo y diestro en agua y tierra, formidable y bravo defensor de la ligal del litoral. Campbell apresó dos lanchones de la escuadrilla porteña, y el jefe de ésta se retiró desconcertado al puerto de San Nicolás, con autorización de Balcarce, que ya estaba en el Rosario, donde había licenciado la caballería y enviado su renuncia. Pronto tuvo el ejército de Buenos Aires que seguir replegándose; tras el rechazo de un asalto (7 de Enero de 1819), y entre nuevas arriadas e incendios, se trasladó a San Nicolás, donde resistió un nuevo ataque (5 de Febrero de 1819).

El gobierno general, aceptando la renuncia de Balcarce, le designó sucesor en el general Juan José Viamont, quien había sido puesto en libertad por Artigas, en virtud de gentilísima nota de Pueyrredón que al asumir el Directorio, incitaba al

Digitized by Google

caudillo a la concordia, diciéndole que la única lucha que debía empeñarse entre ellos, era por excederse en actos de generosidad fraternal; que lamentaba verse forzado a empezarla pidiendo uno, y era la libertad de aquel jefe.

Viamont salió de Buenos Aires al frente de 500 soldados y se dirigió a San Nicolás, donde se recibió del mermado ejército que abandonaba Balcarce y no alcanzaba 1.900 plazas. Muy luego avanzó hasta el Rosario para combinar operaciones con Bustos, y al mismo tiempo, por orden del Director, todo el ejército del norte rompía marchas para aplastar a Santa Fe. Aun pretendió Pueyrredón que tomase parte en esta empresa, además, el general San Martín con el ejército que había reconquistado a Chile, proponiéndose emplear cerca de 7.000 hombres en ahogar el voto de una débil provincia, e imponer el reinado del duque Luca, principillo en desgracia, que el gobierno de Francia había ofrecido a Rivadavia, quien recorría las cortes de Europa mendigando una testa que coronar en el Nuevo Mundo, con mayor celo y mayores angustias que Colón cuando hacía lo mismo para obtener las carabelas con las cuales había de descubrirlo.

López, reforzado solamente con 800 gauchos que le mandó Ramírez, se lanzó sobre Córdoba para batir a Bustos, dejando que Viamont creyese momentáneamente haber alcanzado ventajas y siguiera internándose alentado por la flojedad de la resistencia que hallaba.

Bustos, tan frío y astuto como su contrario, se encerró en el pueblo de la Herradura, y allí rechazó su ataque (18 de Febrero de 1819). El caudillo santafesino, después de algunas correrías que retemplaron un tanto el espíritu de sus montoneros, volvió a sus lares. La vanguardia de Viamont mandada por Hortiguera hallábase en el Carcarañá; el 10 de Marzo, cayó sobre ella, derrotándola y dispersándola totalmente. Viamont, intimidado, y habiendo sufrido mucho en la guerra de recursos que se había ido haciendo más activa a medida que avanzaba y comprometíase, se replegó al Rosario,

Digitized by Google

donde muy luego, sitiado, no tuvo otra esperanza que la próxima intervención de Belgrano en la guerra.

En este estado las cosas, López se incautó de unas comunicaciones del general San Martín, que le hicieron conocer el vasto plan de Pueyrredón; temió al porvenir, y envió al enemigo aquella correspondencia, entablando al mismo tiempo negociaciones de paz, cuyo resultado inmediato fué la celebración de un armisticio.

Nada deseaba menos San Martín que abandonar su empresa libertadora del Perú para tomar parte en la guerra civil; a fin de substraerse a los deseos del Director, pidió al gobierno de Chile realizara una gestión amistosa que reconciliase la familia argentina y le permitiera utilizar todas sus fuerzas en continuar la guerra contra España, escribiendo al mismo tiempo cartas a Artigas y a López, que Belgrano interceptó.

En la dirigida al primero hacía esta solemne declaración: «Mi sable jamás se sacará de la vaina por opiniones políticas, como no sea en contra de los españoles o sus dependencias.»

Pueyrredón, furioso, apartándose de las formas corteses propias de la relación de las naciones hermanas y aliadas, intimó a los diputados del gobierno de Chile que venían a hablarle de paz interna, retrocedieran a su punto de partida, e increpó ásperamente al general: «¿Cuáles son las ventajas — escribíale — que usted se ha prometido de esta misión? ¿Es acaso docilizar el genio feroz de Artigas o traer a razón a un hombre que no conoce otra que su propia conservación y que está en la razón de su propia conservación el hacernos la guerra?»

Belgrano se hallaba con su ejército en territorio santafesino, cuando supo que Viamont había celebrado el armisticio con López. Lo aprobó, y acompañado únicamente por una escolta, llegó hasta el Rosario, donde el 12 de Abril, realizó un tratado más formal con los montoneros, tratado cuyas cláusulas principales, favorables a ellos, fueron: evacuación de Santa Fe por las fuerzas nacionales; retiro de las partidas que se mantuvieran alzadas contra Ramírez en Entre Ríos y que se em-

Digitized by Google

barcarían con destino a San Nicolás. En consecuencia, Belgrano retrogradó a Cruz Alta (Córdoba) y Viamont a San Nicolás, mientras continuaban las negociaciones para una convención definitiva.

Durante esta tregua, Belgrano contempló en sus tropas las más afligentes miserias, y preso su ánimo de letal melancolía, quejóse con ásperos reproches al Director, quien le repuso que se sirviera de la propiedad particular para aliviar los males, porque el gobierno era impotente contra ellos. Como el austero patriota le hiciera presente sus escrúpulos, el Director insistió diciéndole: «Desengañémonos, señor general; es preciso vencer o morir» y pretendiendo persuadirlo que las ventajas de los montoneros debíanse al terror que esparcían. «Demasiado convencido estoy — contrarreplicaba Belgrano — como lo he estado desde el principio de la presente guerra, que es preciso vencer o morir para afianzar nuestra independencia; pero también lo estoy de que no es el terrorismo lo que podrá cimentar el gobierno que se desea.. Tampoco deben los orientales (4) al terrorismo las gentes que se les unen, ni las victorias que los anarquistas han conseguido. Aquéllas se les han aumentado y les siguen por la indisciplina de nuestras tropas y los excesos horrorosos que han cometido, haciendo indigno el nombre de patria.»

No obstante los esfuerzos del gobierno de Córdoba, que imponía contribuciones extraordinarias para socorrer al ejército, éste sufría la desnudez y el hambre, y sus soldados desertaban en crecido número para unirse a los montoneros. «Se ha disminuído la ración de carne — escribía Belgrano — vivimos con el arroz traído de Tucumán: vamos a echar mano a los bueyes.»

El Director, que oía estas amargas cuitas, contestaba con promesas que no había de cumplir; y enviaba al fin algunos uniformes y cinco mil pesos. No había recursos para continuar

(4) Así como los artiguistas solían llamar «porteños» a todos los defensores de la Capital, éstos solían llamar «orientales» a todos los artiguistas.

Digitized by Google

la guerra; el gobierno habíalos agotado estérilmente, y el temor a una poderosa expedición española al Río de la Plata nunca pareció más justificado que en aquellos momentos; las negociaciones con López se alargaban sin resultado, y la campaña iba a continuar seguramente; el ejército de Belgrano no estaba en pie de guerra, apenas si constituía una amenaza para los montoneros que se robustecían con sus desgastes; Pueyrredón autorizó en tan críticas circunstancias, que Belgrano trasladara su cuartel general al pueblo denominado Capilla del Pilar, a inmediaciones de la ciudad de Córdoba, y ése fué su último acto de gobernante, en la guerra civil.

5. RONDEAU SUCÈDE A PUEYRREDÓN EN EL DIRECTORIO

En Abril de 1819, el Congreso había aprobado una constitución provisional, y Pueyrredón, harto del ejercicio del gobierno, tomó el suceso como pretexto para presentar su renuncia, que le fué aceptada el 9 de Junio del mismo año, eligiéndose Director Supremo al general José Rondeau, de quien ya se ha dicho en este libro, que se presentaba siempre como un triste presagio.

No entró en los cálculos de los congresales la antigua relación de Rondeau con Artigas, que hubiera podido ser promesa de paz, sino que ellos buscaban un dócil instrumento de la Logia Lautaro; Tagle continuó en el ministerio, y su política seguiría en auge.

Cierto que una de las primeras medidas de Rondeau fué proponer la paz a Artigas; pero la respuesta de éste, que fácilmente podía preverse, le causó estupor e indignación, y le hizo abandonar el asunto. El caudillo le decía, el 18 de Junio de 1819, a su «siempre apreciable compadre, tocayo y amigo», después de otras melosas y esperanzadas palabras: «Empiece usted a desmentir esas ideas mezquinas de su predecesor y a inspirar la confianza pública; empiece usted con el rompimiento con los portugueses, y este paso asegurará los otros.»

Digitized by Google

La impresión de este resultado y la ingenuidad con que el Director esperaba catequizar al caudillo por la sola virtud de su nombre, reflejábase en esta frase de una carta dirigida al plenipotenciario García: «No hay medio de conciliación para con unas fieras a las cuales no animan otras ideas que las del horror, sangre y desolación.» Las medidas que Rondeau tomó inmediatamente, armonizaron con ella; invocando los peligros de la expedición de Cádiz, que al fin no había de realizarse, pidió a San Martín que se trasladara a Buenos Aires con todo su ejército, y volvió a movilizar el del norte, a cuyo frente no aparecía Manuel Belgrano, que había renunciado por estar muy avanzada ya la enfermedad que lo llevó a la tumba, sino el general Francisco Fernández de Cruz.

Artigas, por otro lado, incitaba a los caudillos de Entre Ríos y Corrientes a derrocar el Directorio, no pudiendo sostenerse ya en su provincia, sin ayuda de Buenos Aires. Esos caudillos estaban enardecidos por los panfletos que imprimían en Montevideo y hacían circular en el litoral los generales Carlos María de Alvear y José Miguel Carrera, quienes referíanse en algunos de ellos, a la celebración de tratados entre el Directorio y Lecor, para la cesión de la Banda Oriental y Entre Ríos a S. M. F. y la coronación de un príncipe portugués en el resto del territorio de las Provincias Unidas. No era cierto que se hubieran realizado tales tratados, pero la noticia tenía una base de verdad, pues Rondeau envió a Montevideo al coronel Pinto para proponer a Lecor una acción militar conjunta en Entre Ríos contra los caudillos, sin obtener contestación (5). La Corte de Juan VI no tenía interés ya en las intrigas de los gobiernos de Buenos Aires, y mucho menos en que éstos vencieran a sus enemigos internos; aleccionada por la resistencia con-

(5) Comunicación de Rondeau al plenipotenciario García, inserta en el apéndice de *La Evolución Republicana* del doctor Adolfo Saldías. En esa comunicación dícese: «he propuesto de palabra, por medio del coronel Pinto, al barón de la Laguna, que acometa con sus fuerzas y persiga al enemigo común hasta el Entre Ríos y Paraná, obrando en combinación con nosotros.»

Digitized by Google

tumaz de Artigas, sobre lo costoso que era el dominio de una provincia argentina, no aspiraba a extender su conquista más allá del Plata y del Uruguay. El general Lecor conocía estas impresiones, y su tolerancia para Carrera y Alvear, sus huéspedes en Montevideo, era bien significativa.

6. ALVEAR Y CARRERA

Carlos María de Alvear, convertido en instigador del partido de Artigas después de haber sido iniciador de la guerra civil en campo opuesto, ex jefe de la Logia Lautaro, ex Director, ex reaccionario, parecía en aquellos días una maravilla de cinismo, y ciertamente, puede presentársele como uno de los precursores de la corrupción política en la República Argentina.

Su compañero Carrera, también extraño amigo del caudillaje gaucho, movido por pasiones contradictorias y atormentado por conflictos morales capaces de desviar la más benigna naturaleza, fué un alma trágica, al mismo tiempo repelente y seductora. Era un ángel malo, pero ángel al fin. Sus manos lanzaron rayos de exterminio; sus labios maldijeron, pero en su frente había resplandores y en sus hombros alas.

Es imposible evocar el recuerdo de su vida, sin respetar su inmenso dolor. Al producirse la Revolución se hallaba en Europa, y vuelto después a Chile — la patria conmovida por las innovaciones liberales y los peligros — se alistó en un cuerpo de húsares, y poniendo en juego sus facultades de atracción, se convirtió en árbitro de la milicia, de manera más rápida y efectiva que Alvear en Buenos Aires. Encabezó luego una sublevación, se hizo dictador, y desde entonces fué el hombre más prestigioso de su país.

Producida la invasión realista, desacreditóse en sucesivas derrotas; pero aún mantuvo gran ascendiente sobre sus paisanos, y particularmente sobre los militares, lo cual le sirvió para recuperar el poder cuantas veces le fué arrebatado.

Tuvo su más fuerte rival en Bernardo O'Higgins, patriota

Digitized by Google

de un temperamento menos pasional. Cuando la reacción española alcanzó victorias decisivas en Chile, sólo restó a los independientes, como sostén, un diminuto ejército compuesto de dos divisiones mandadas, una por Carrera y la otra por O'Higgins. Los dos jefes fraternizaron varias veces, pero finalmente, habiendo sido sitiado O'Higgins en Rancagua por los

ALVEAR Y CARRERA

españoles, Carrera no acudió a protegerlo; O'Higgins pudo escabullirse a sus enemigos, pero con grandes pérdidas.

Desde aquel momento pareció imposible a los dos caudillos continuar la resistencia, y más agriados que nunca, se dirigieron a Mendoza con sus respectivos compañeros. Seguían a José Miguel Carrera, su hermana Javiera, sus hermanos Juan José y Luis, su esposa y la de Juan José.

San Martín era gobernador en Cuyo por entonces. Creyó encontrar en el moderado O'Higgins un secundador de sus empresas libertadoras, y en el turbulento Carrera un obstáculo; bajo esa impresión tomó diversas medidas con que lastimó el orgullo del segundo, y al fin le quitó sus soldados, no deján-

Digitized by Google

dole otro remedio que seguir viaje a Buenos Aires sin ellos, para formular su queja al Director Alvear, con quien ya había estrechado amistad en Europa.

Alvear no sólo le escuchó, sino que quiso darle toda clase de satisfacciones; mas las penosas dificultades de este Director, aplazaron primero los proyectos del caudillo chileno, haciendo forzoso después, la rápida caída, que éste fuese a preparar su realización en tierras lejanas.

Carrera emprendió viaje a los Estados Unidos, donde tras largos y penosos trabajos, consiguió una escuadrilla que debía servir a sus miras, y que trajo a Buenos Aires confiadamente. Pero al arribo, Pueyrredón era Director Supremo, y San Martín había realizado su gloriosa travesía de los Andes; no escaparon al cálculo del gobernante argentino, que conocía mucho de gramática parda, los conflictos a que daría motivo la intervención en una misma empresa, de dos hombres que se habían hecho tan antagónicos, como San Martín y Carrera; cuando se recibió la noticia de la victoria de Chacabuco, Carrera, que notó comenzaban a rebelársele los tripulantes de sus naves, a causa de secretos manejos, renunció su almirantazgo convencido con dolor, que no podía poner su brazo en una lucha por su patria, pues excluíanlo el general y el gobernante de otra.

Aumentó su aflicción la conducta desconsiderada del Director, que no puso reparo en encarcelarlo luego, junto con su hermano Juan José; San Martín, de paseo por Buenos Aires en aquellos días, considerando muy dura la conducta del Gobierno, y buscando una reconciliación que era lógico le interesase, dado que cuando persiguió al rival no lo estimulaba el odio a su persona, visitó en su prisión a José Miguel Carrera y le ofreció la libertad; pero Carrera estaba demasiado ofendido; rehusó admitir un favor cuya sola idea hacíale encender el rostro, y a los pocos días logró fugarse y refugiarse en un buque portugués. Poco más tarde, Pueyrredón ordenó la soltura del hermano.

Establecido Carrera en Montevideo, las persecuciones que

Digitized by Google

sufrían sus partidarios en Chile, bajo la dictadura de O'Higgins y la condescendencia de éste con las ideas monárquicas, le enardecieron tanto como sus anteriores agravios, y comenzó a preparar el regreso a la patria envuelto en mil satisfacciones para su orgullo. Hubo un instante que todo pareció sonreirle; Manuel Rodríguez, héroe que con una gloriosa y arriesgada insurrección preparó en Chile la entrada del ejército argentino, y que se distinguió también después del desastre de Cancha Rayada, púsose a la cabeza de una vasta conjura que abriría las puertas de la patria al proscripto caudillo, cuyos hermanos Juan José y Luis se pusieron en viaje para tomar parte en un alzamiento. Pero la trama fué descubierta; Rodríguez fué preso primero, y más tarde alevosamente asesinado; Juan José y Luis Carrera fueron sorprendidos en Mendoza y condenados a muerte.

El 8 de Abril de 1818, sacóse a los reos de sus celdas para fusilarlos. Abrazáronse para mezclar sus lágrimas, y juntos se dejaron arrastrar a los banquillos. Juan José, aterrado ante el patíbulo, exclamó después: « ¡No quiero morir: protesto a Dios de mi inocencia y acuso a los que me inmolan! »; pero Luis, más sereno y altivo, replicóle: « ¡Calmémonos: no olvides que somos soldados chilenos, y debemos morir como tales! », y volviendo al abrazo, continuó la exhortación al oído. Sentados juntos, como tantas veces frente a la mesa familiar, descargas simultáneas arrancaron las dos vidas...

Al poco tiempo se recibieron en Montevideo, los detalles de la victoria de Maipo. José Miguel Carrera sabía ya que sus hermanos estaban presos, y sus felices adversarios le inspiraban un odio frenético; pero el patriotismo tuvo en él una explosión generosa. Y ocurrió así: varios expatriados chilenos reunidos en la casa de su general, que hallábase en la de Nicolás Herrera, lo esperaban con impaciencia comentando el fusilamiento de sus hermanos y la gran batalla, cuando lo sintieron entrar gritándoles desde el zaguán con infantil alegría: « ¡Viva Chile! ¡Triunfo completo! »; y luego se les reunió

Digitized by Google

mostrándoles un boletín en que aparecía estampado el nombre del general San Martín.

Los visitantes se miraron afligidos no sabiendo qué decir, y él continuó: «¿Qué les parecen a ustedes estos reclutas chilenos que se baten como leones?» Ninguno se atrevió a responderle sino con gestos sombríos, y asombrado profundamente, aunque sin desconcertarse aún, exclamó: «¡Cómo! ¿Acaso se han convertido en godos?...» Pero inmediatamente una sospecha terrible hirió su imaginación, y cambiando de tono continuó: «...o hay algo más que yo no sé?» Un fúnebre silencio suplió la respuesta de asentimiento general. Entonces, el desgraciado, trémulo de dolor, arrepentido de su anterior alborozo, dijo: «¡Ah! ¡Han fusilado alguno de mis hermanos!... ¡A los dos quizá!» Callóse para leer en los semblantes de sus amigos, y después rugió: «Sí, no me digan nada!...» Ocultando su rostro junto a la pared, que golpeó con ambos puños, dió curso al llanto. Al cabo de un rato volvióse con varonil entereza y dijo: «¡Basta de lágrimas: los vengaré o perderé la vida!» Pasó a su dormitorio, donde encontró una carta cuyo sobre rasgó febrilmente, para leer estos renglones que le dirigía un amigo: «Mi pluma se resiste deciros que vuestros valientes y amados hermanos don Juan José y don Luis, ya no existen. Fueron asesinados por orden de San Martín (6) después de la victoria del 5 de Abril, que dió a Chile su independencia.»

Desde entonces José Miguel Carrera no imaginó sino su venganza a cualquier costa, por cualquier medio; estaban envenenados sus pensamientos y eran feroces sus ansias. Con la mano crispada por el dolor, escribió su famoso manifiesto llamando la tormenta que le mataría, y terminaba así: «¡Qué! ¿Habéis pensado aseguraros un trono del otro lado de los Andes y sancionar la esclavitud de un millón de republica-

(6) Los condenó el gobierno de Cuyo. El general San Martín intercedió desde Chile por el perdón, pero desgraciadamente, tarde ya para salvarlos.

Digitized by Google

nos, manchando cobardemente los cadalsos de Mendoza con la sangre de dos héroes chilenos?... ¡La sangre de los Carrera pide venganza! ¡Venganza, compatriota! ¡Odio eterno a los déspotas de Sud América!»

La hermana del caudillo chileno, Javiera Carrera de Díaz Valdez, mujer de espíritu varonil, permanecía en Buenos Aires cuando los fusilamientos de Mendoza; y tan vengativa como su único hermano sobreviviente, no vaciló en tomar parte en un complot en que intervenían tres individuos franceses y un chileno, llegados de Montevideo; descubierto, Pueyrredón hizo fusilar a los franceses, convictos de mantener una correspondencia con José Miguel Carrera, en la cual, con el criterio rígido de aquellos tiempos, el Director creyó descubrir un plan de asesinatos.

Este suceso acreció la rabia del atormentado panfletista, que no hallaba suficiente desahogo en sus insultos. Los antecedentes de Carrera no permiten creer que este personaje llegara a ser artiguista sincero; la condición social del general chileno y la del caudillo oriental, ofrecían demasiados contrastes; los amigos y protectores que el primero tenía en Montevideo aborrecían al segundo; el mismo Carrera, en una comunicación dirigida al gobernador de Cuyo llamó a sus antagonistas connacionales «los Artigas de Chile»; sin embargo, como quien busca pactos con el diablo, Carrera quiso confundir su causa con la de Artigas, y se ofreció incondicionalmente a él por intermedio de un padre franciscano amigo de los dos; pero el gaucho fiero, más desconfiado que avestruz tuerto, rechazó un adepto que no había buscado, y no le era simpático. Desde entonces, también «el patriarca» fué inscripto en la lista de odios del proscripto, que no obstante su exaltación, tuvo suficiente dominio sobre sí mismo para disimular el desaire, y cuando Ramírez preparábase para la campaña contra la Capital, fué a unírsele a Entre Ríos, llevando su imprenta. Al salir de Montevideo, dijo: «Así llegará mi castigo y mi venganza, hasta las más remotas generaciones de los

Digitized by Google

verdugos de mis hermanos. No sabe usted qué demonio es el federalismo.»

Artigas, incomodado por la obstinación del general chileno, previno a Ramírez contra él, en una carta que pudo ser una sentencia de muerte, revelando sagacidad: «Es preciso — decía — que encargue usted a todos los puertos que si arriba, lo aseguren. Es preciso que haya mucho cuidado con los hombres que vengan nuevamente, tanto de Buenos Aires como de Montevideo; todos tramoyan contra nosotros. Su objeto es introducir la confusión y *excitar celos.*» Pero Ramírez fué seducido por la actitud arrogante y la graciosa locuacidad de su huésped, admitiéndolo como experto y leal consejero. Inmediatamente le encomendó combinar operaciones con Estanislao López y trasladarse, al efecto, a Santa Fe.

Antes de la movilización formal de las montoneras, el caudillo santafesino hizo una irrupción al norte de la provincia de Buenos Aires para arrebatar caballadas, logrando de paso sorprender en el Pergamino una fuerza mandada por el coronel Francisco Pinto. Regresó a sus dominios sin sufrir quebrantos, y tuvo por compañero de la aventura a Carrera, que al ponerse en campaña escribió a su hermana: «Voy a vengarme, a vengarte y a vengar a todos» (7).

(7) MITRE: *Historia de Belgrano* e *Historia de San Martín;* JOSÉ ZAPIOLA: *Recuerdos de treinta años;* VICUÑA MACKENNA: *El Ostracismo de Carrera;* PELLIZA: *Dorrego en los partidos unitario y federal;* CARLOS MARÍA RAMÍREZ: *Artigas;* ISIDORO DE MARÍA: *Compendio de Historia;* SALDÍAS: *La Evolución Republicana;* «Gazeta de Buenos Aires» y publicaciones oficiales diversas.

Digitized by Google

CAPÍTULO XII

Fin del Directorio. Anarquía bonaerense

1. Revoluciones y motines. — 2. Batalla de Cepeda y caída de Rondeau. — 3. Sarratea es electo Gobernador de Buenos Aires. Tratados del Pilar. — 4. Actitudes de Balcarce. Trabajos reaccionarios. — 5. Los montoneros vuelven. — 6. Remedo del regreso de la Isla de Elba. — 7. Regreso y rehabilitación de Dorrego. — 8. Se integra la Legislatura de Buenos Aires y los directoriales rescatan el gobierno. — 9. Caída de Ramos Mejía. — 10. Invasión de López, Alvear y Carrera, y derrota de López en La Cruz.

1. REVOLUCIONES Y MOTINES

En tanto el Congreso se ocupaba de la coronación del duque Luca, Rondeau reunía todas las tropas de línea y milicias en Luján, para cerrar el paso de la ciudad a los montoneros.

El general San Martín creyóse absuelto del juramento de obediencia al Directorio, luego que sus oficiales subscribieron el acta de Rancagua; y substrayéndose a la guerra civil, siguió sus preparativos para expedicionar sobre el Bajo Perú. El movimiento del ejército del norte fué acompañado por una serie de estallidos revolucionarios.

En todo el país, y especialmente en la zona en que contempláronse las desnudeces de los veteranos de Tucumán y Salta, el Directorio era considerado como una gran calamidad nacional, y sus propósitos repugnaban. Casi todos los jefes provincianos, estaban cansados de la guerra civil y deseosos de convertirse en gobernadores autónomos; la inmoralidad, la miseria, estimularon los apetitos concupiscentes.

Hacía tiempo que las provincias del centro se hallaban en una fermentación terrible, ansiosas de sacudir el yugo de Bue-

Digitized by Google

nos Aires: sólo esperaban una oportunidad, y al presentárseles, Bernabé Aráoz se sublevó en Tucumán, apoyado por una guarnición regular mandada por el capitán Abraham González, y se apoderó del gobierno de su provincia, dándose el título de «Director Supremo de la República de Tucumán» (12 de Noviembre de 1819). En Córdoba hubo un estallido casi simultáneo, al que también prestó su concurso la guarnición dejada en la docta ciudad, al mando del comandante Sayós, y habiendo hecho retrogradar Cruz en su marcha, un escuadrón de «Dragones» mandado por el comandante José María Paz, para restablecer el orden y socorrer al coronel Arenales que quedaba comprometido con una fuerza en Ranchos, lo vió regresar no mucho después, reincorporándosele en el Carcarañal (provincia de Santa Fe). Paz ofreció excusas sospechosas (7 de Enero de 1820).

Antes de que aclarase el día 8, y campando el ejército en la posta de Arequito, una parte de él se sublevó al conjuro de su propio jefe de estado mayor, el general Juan Bautista Bustos, y del comandante Paz; algunas horas después, no pudiendo Cruz someter a los sublevados ni continuar sus marchas con los cuerpos leales, tuvo que capitular con Bustos, quien, árbitro de todo el ejército, contramarchó a Córdoba, desechando las proposiciones que fué a hacerle Carrera en nombre de Ramírez, para que tomase parte en la campaña contra Buenos Aires.

San Martín había dejado en Mendoza una fuerte división al mando del coronel Rudesindo Alvarado, para que la rica y generosa Cuyo continuase siendo fuente de recursos de sus empresas libertadoras, y para defender a Chile de invasiones de carrerinos. Pero también en Cuyo amagaba la anarquía, y el Gobierno sólo pudo sostenerse apoyado en las bayonetas; Alvarado tuvo que fraccionar sus tropas, destinando un batallón a guardar a San Luis y otro a guardar a San Juan. Pero el 9 de Enero se amotinó el batallón de San Juan encabezado por tres oficiales que, confabulados con varios vecinos, decla-

Digitized by Google

raron al distrito provincia autónoma, y creáronle gobierno como a tal.

Alvarado salió de Mendoza con el resto de su fuerza, esperanzado en dominar la situación; pero bien pronto advirtió que no haría sino arrojar nuevos combustibles a un voraz incendio: todos sus soldados tenían el contagio del desorden. Adoptó entonces el mejor partido, que fué repasar la cordillera y presentarse en Chile con 1.000 hombres que aún le obedecían, y habían de ser destinados a la empresa del Perú.

Libre Cuyo de la presión de Alvarado, estallaron dos revoluciones más, una en San Luis y otra en la misma Mendoza, que crearon dos provincias autónomas, las cuales celebraron alianza con la de San Juan.

Los sucesos de San Juan repercutieron en la Rioja, vecina tenencia de Córdoba, que por segunda vez se lanzó a la revolución para elevarse al rango de provincia. El general Bustos, que ocupó por el mismo tiempo la gobernación de Córdoba, en vez de intentar someter aquélla por las armas, admitió sus pretensiones, invitándola a un congreso general, que, además de la Rioja, aceptaron Salta, Tucumán, Mendoza, San Juan y San Luis.

2. BATALLA DE CEPEDA Y CAÍDA DE RONDEAU

Eliminado el principal estorbo que se oponía a su empresa, los caudillos del litoral remontaron sus huestes sobre la línea del Arroyo del Medio, para lanzarse sobre la provincia de Buenos Aires. El general Carrera, además de ser asesor político, tomó el mando de los compatriotas suyos que pudo reunir,—casi todos los soldados desertores y pasados a la montonera, que los caudillos, sus protectores y amigos, le cedían,—formando un cuerpo de ejército que denominó «División Chilena».

Rondeau se trasladó con su ejército, cuyas plazas excedían de 2.000, a San Nicolás primero, y a la Cañada de Cepeda

Digitized by Google

después, para oponerse a los invasores; pero el espíritu de sus soldados era deplorable: el Director, simple general desacreditado, no ofrecía garantías de victoria, y los otros generales que tenía a su lado, Martín Rodríguez y Juan Ramón Balcarce, tampoco parecían indicados para salir airosos de una situación difícil, el uno por su ineptitud y el otro por su fanfarronería, que lo malquistaba con superiores y compañeros.

Invadida Buenos Aires y ocurridos los primeros choques de avanzadas, vióse que, de casi todos éstos, salieron mejor parados los montoneros, no obstante la inferioridad de número, equipo y armas; lo cual anunciaba el desenlace.

El estado de la opinión pública en la Capital era pésimo. Sentíase en ella un malestar profundo por las desconfianzas que suscitaban las noticias, cada día más concretas y acreditadas, de negociaciones diplomáticas tendientes a burlar el voto público con ayuda del extranjero, en la adopción de régimen de gobierno; echábase de menos a los hombres de probidad y de juicio, militares y políticos, que Pueyrredón condenó al destierro; y la ciudad que había afrontado tantos peligros, desconcertada, inerte, esperaba ahora el ataque de los indisciplinados gauchos del litoral, sin saber qué debía temer más: lo que se presentaba como un retroceso a la barbarie, o las andanzas obscuras de un oficialismo corrompido.

Manuel de Sarratea, el feliz diplomático y el deplorable general que conocemos, no obstante las ideas que ya profesaba al producirse la invasión, y sus estrechas vinculaciones con los deportados, había escapado a las persecuciones del Directorio, acaso en mérito al odio mortal que sentía por Artigas. Pero en el pasado de Sarratea había también motivos para suponer que este personaje considerase con más rencor que al caudillo oriental, y sobre todo con profundo desprecio, al general Rondeau, alternativamente aliado y enemigo de Artigas, pero siempre torpe e impúdico. Así lo acreditó también su conducta. Con la intuición que el último ejército del Gobierno General iba a ser deshecho, se trasladó a una quinta

Digitized by Google

que le ofrecía estratégica posición para comunicarse con los caudillos invasores y los amigos de la Capital, conmoviendo con rumores hábilmente esparcidos la ciudad y la campaña.

El Directorio comenzó a tambalearse como un espantajo carcomido que es fuertemente golpeado. Formóseles a Pueyrredón y Tagle una atmósfera tan pesada, que llegó a temerse fueran castigados por el populacho enfurecido. El primero apreció cabalmente su riesgo individual, y pidió autorización al Congreso para ausentarse del país, y apartarse de un artículo de la Constitución que imponía una residencia temporaria en aquél, a los que habían gobernado; y el Cuerpo, en que el ex Director tenía sus más culpables compañeros de errores políticos, y por algunas resoluciones del cual había exteriorizado real o fingida repugnancia, declaró, después de imponerse del petitorio y en lugar de acceder a él llanamente, que convenía a la salud pública se ausentaran del país el ex Director general Pueyrredón y el ministro doctor Tagle (31 de Enero de 1820). El mismo día nombró Director Substituto al alcalde del primer voto Juan Pedro Aguirre, persona independiente y honorable, substrayendo a Rondeau el mando, que había seguido ejerciendo desde su campamento, por no haberlo delegado. Estos hechos eran una curiosa revolución consumada por un parlamento que había agraviado a las clases populares y ahora les temía.

El 1° de Febrero los caudillos del litoral atacaron con sus huestes al ejército de Buenos Aires en Cepeda, portándose Rondeau y Rodríguez a la misma altura que en las acciones de la tercer campaña del Alto Perú, en las cuales ya habían corrido juntos. Produjose la derrota y dispersión total de los directoriales, salvando el honor militar de Buenos Aires el general Balcarce, que dirigía la infantería y opuso enérgica resistencia en la pelea; reorganizó después de terminada, casi todos sus batallones, en un barranco del campo de batalla, aprovechando el desorden de los vencedores, en la persecución que emprendieron; y tuvo la satisfacción de rechazar con

Digitized by Google

altanería la intimación de rendirse que le fué hecha por medio de nota redactada por Carrera y subscripta por Ramírez, dirigida al coronel Rolón, y en la cual se decía que el general Balcarce había quedado «tendido en el campo de Marte». El resucitado dijo que tan seguro estaba de no haber sido muerto ni vencido, que pedía a sus enemigos le llevasen una carga. Después se puso en marcha con 900 hombres y toda la artillería, llegando a San Nicolás sin ser atacado en el largo trayecto, y dándose aires de triunfador.

Los caudillos, más deseosos de vencer que de combatir, en vez de empeñar nueva lucha con Balcarce, se precipitaron por el camino de Buenos Aires, que les había quedado franco. La Capital, a donde llegó la noticia del desastre con detalles exagerados, fué presa del pánico. El Congreso clausuró sus sesiones, dando facultades extraordinarias al Director Substituto Aguirre, que, enérgico y sereno, convocó al pueblo a las armas y concedió el mando militar de la plaza al general Miguel E. Soler.

Pronto contó la Capital con un nuevo ejército, que se situó en el pueblo de Morón, para cubrirla, teniendo a su frente al héroe del Cerrito y Chacabuco, a cuyo lado actuaba como jefe del estado mayor otro distinguidísimo jefe llegado de Chile, el general Hilarión de la Quintana. Renació un tanto la calma; los directoriales concibieron esperanzas y el Congreso volvió a sesionar; Rondeau, de regreso, volvió a darse el título de Director Supremo, aunque en una actitud más ridícula que heroica.

Los montoneros del litoral fueron precedidos por notas que Artigas, reciente vencedor de Abreu, en Santa María, que fué el último resplandor de una estrella que iba a apagarse, enviaba por intermedio de ellos al Congreso del Estado y al Cabildo de Buenos Aires. La dirigida al primero de esos cuerpos, era recriminante, pero la dirigida al segundo, muy amistosa. El Cabildo contestó a Artigas en tal forma, que importaba ultrajar los residuos del caduco Gobierno General, y

Digitized by Google

el Congreso descendió a la humillación de aprobar las comunicaciones de los capitulares con los caudillos, haciendo mención de la dirigida a Artigas!

Pero a medida que los directoriales daban pruebas de mansedumbre, los caudillos se hacían más soberbios; Ramírez, impuesto de que se acercaba a su campamento una delegación del Cabildo de Buenos Aires para tratar de la paz, declaró que no estaba dispuesto a entrar en negociación hasta que Buenos Aires «se rigiese por un gobierno libre». Era lo que Sarratea esperaba para trabajar por la creación de un Gobierno que, atribuyéndose solamente la representación de la provincia de Buenos Aires, aspirase a constituir la nación bajo el régimen republicano federal; el desprecio público se hizo más sensible que nunca en torno del Director y el Congreso; el ejército, formado no para defender un organismo que creyóse extinguido, sino un Gobierno provisional de que Aguirre fuera la cabeza y Soler y Quintana los brazos, se encargó de aplicar el golpe definitivo.

Soler se indignó viendo que, luego de preparada la defensa de la Capital, resurgieran los directoriales, que un día antes escondíanse cariacontecidos, pretendiendo que se produjeran nuevos derramamientos de sangre en beneficio de ellos. Al enterarse el general de Buenos Aires de la altanera contestación de Ramírez y del efecto causado en todos los círculos independientes de la ciudad, creyó llegado el caso de deslindar posiciones, y provocó una junta de jefes que resolvió pedir al Cabildo de Buenos Aires, por intermedio del de Luján, intercediera ante el Director y el Congreso para que dejaran de atribuirse una representación y un poder de que habían sido desposeídos por los pueblos, y cesaran en obsequio a la paz (10 de Febrero).

El Congreso y el Directorio se inclinaron, dejando tomar al Cabildo de Buenos Aires la suma del poder público. Todavía Ramírez volvió a desairar una nueva comisión de paz, reiterando su imperiosa declaración, de que trataría solamente

Digitized by Google

con un gobierno libre; pero aceptó una conferencia con el general Soler, y luego un armisticio por seis días, en cuyo transcurso habían de eliminarse todos los empleados de la provincia de Buenos Aires pertenecientes al partido directorial (17 de Febrero).

3. SARRATEA ES ELECTO GOBERNADOR DE BUENOS AIRES TRATADO DEL PILAR

El Cabildo de Buenos Aires decretó y presidió el 16 de Febrero de 1820, la elección de doce representantes de la ciudad encargados de erigir un Gobierno provincial autónomo. Estos representantes, una vez reunidos, nombraron Gobernador interino a Manuel de Sarratea, hasta tanto se les unieran los de la campaña, que no podían ser designados por estar ella, en gran parte, ocupada por los invasores.

El 18, Sarratea, que había permanecido en su quinta, regresó a la ciudad y asumió el mando, que el 21 delegó en el general Hilarión de la Quintana, para trasladarse al Pilar a objeto de conferenciar con los jefes de la invasión y negociar la paz. Tres días después se anunció que estaba terminada la guerra, por medio de un tratado que obligaba a los Gobiernos de Buenos Aires, Entre Ríos y Santa Fe, a propender a la organización nacional, bajo el régimen del gobierno republicano federal, y que no obstante acordar la amnistía, obligaba al enjuiciamiento de las personas que habían formado parte del Gobierno General derrocado.

Artigas, desobedecido por Frutos, que no tardó en ponerse al servicio de los portugueses (1), había pasado a Corrientes esperanzado en que el nuevo Gobierno de Buenos Aires declarase la guerra a Portugal; pero el tratado público del Pilar apenas consignaba una súplica de los caudillos por la libertad de los orientales, y se refería al «patriarca» como a un simple

(1) MITRE: *Historia de Belgrano.*

Digitized by Google

gobernador de provincia. Sarratea y Carrera habían encontrado un punto hacia donde converger en las negociaciones: la destrucción de Artigas. Un tratado secreto celebrado al mismo tiempo, acordaba a Ramírez y López una indemnización de 18.000 pesos, una escuadrilla y un armamento, y a Carrera, armas y hombres para reforzar su «División Chilena». Lo otorgado al último, si bien no es posible imaginarlo destinado a otra cosa que a la guerra contra Portugal, que dirigiría Ramírez—después de aniquilar a Artigas—acusa por lo menos falta de previsión por parte de Sarratea, pues podía servir para llevar la guerra civil a Chile y perjudicar las empresas libertadoras de San Martín y O'Higgins.

4. ACTITUDES DE BALCARCE. TRABAJOS REACCIONARIOS

También en la ciudad de Buenos Aires creyóse en los primeros momentos que Balcarce había sido uno de los caídos en la batalla de Cepeda, y su esposa, dama distinguidísima, lo había llorado desesperadamente; pero no tardó en saberse su honrosa comportación y su marcha a San Nicolás, lo que, además de volver la alegría a su hogar, tonificaba a los «directoriales», por revelar que el viejo régimen había tenido hasta en los últimos instantes quien lo defendiera con gloria, y había una fuerza que podía hacer retornar esperanzas en los marchitos corazones de los que pertenecieron a aquél.

El tonante general estaba muy irritado porque hubieran corrido voces perjudiciales a su fama, y llegó a romper hostilidades contra los montoneros durante el armisticio; pero notificado de él, se contuvo momentáneamente. Cuando le anunciaron la celebración de los tratados del Pilar, arrastrado por sus sentimientos patrióticos y su índole generosa, dirigió al «supremo entrerriano» una carta en que decía: « ¡Viva el general Ramírez! ¡Viva otra vez, y viva mil veces eterno en nuestra memoria, el genio benéfico que nos ha elevado nuevamente a la dignidad de hombres libres, de la muerte a la

Digitized by Google

vida y de la infamia a la gloria!» No es posible poner en duda la sinceridad de estas expansiones; pero los directoriales, tan desgraciados en los campos de batalla, que siempre resultaban fatales a sus ejércitos, eran fuertes y afortunados en sus intrigas: sabían que Balcarce, como Aquiles, tenía su parte vulnerable, y por ella le atacaban.

El proceso a los miembros del Gobierno caído iba a revelar sus secretos manejos, y caería sobre frentes soberbias el castigo y la ignominia; la desgracia de aquéllos hermanábase con la de muchos empleados cesantes, teniendo además reflejos en los espíritus ardorosos de jóvenes llenos de ternura filial, que temían se mancharan canas venerables. Como el santo y seña que había dado el nuevo Gobierno provincial: «Libertad. Perecieron la fuerza y la opresión», no eran vanas palabras, sino coincidían con los nuevos procedimientos de un Gobierno, desgraciadamente inestable, que, a pesar de las agitaciones constantes, de los motines diarios, de las conspiraciones de cada hora, del escándalo sin intervalo, ni fusilaba, ni arrestaba, ni confinaba, ni deportaba a países lejanos, sino que abría procesos que serían sentenciados cuando se restableciera la calma; la oposición, nerviosa y potente, maniobraba con desenfado. Una exposición que los directoriales presentaron a Balcarce, con muchas firmas recogidas en la ciudad, y que, después de enaltecer los méritos del general, decía que Buenos Aires, hallándose despotizada y con sus hijos doloridos, buscábalo a él como faro de salvación, surtió todo el efecto apetecido. Quijotesca pasión apoderóse del bravo jefe, que, arrastrado por ella, se embarcó con sus tropas para anticipar la llegada a la Capital, desembarcando en Olivos el 1º de Marzo, sin que el Gobierno estuviera enterado de sus movimientos. Desde el citado pueblo, Balcarce dirigió una nota a la Junta de Representantes, haciendo su autoapología, atacando a los caudillos que, según su manera de apreciar, faltaban a lo pactado por no haber concluído de desalojar la provincia, y revelando la idea de «desfacer entuertos», con es-

Digitized by Google

tas palabras: «Es menester que se me den esclarecimientos sobre la condición en que han de quedar, no sólo este ejército, sino el honor de la provincia.»

La moderación con que procedió Sarratea ante incidencia tan grave, produjo saludables efectos. El Gobernador expuso a la Legislatura que hacía plena justicia a los méritos de Balcarce y las tropas de su mando; que estaba dispuesto a recibir uno y otra en la plaza con los honores merecidos; que si el general recelaba del nuevo orden de cosas creado, debía suponerse era consecuencia de calumnias de los hombres del viejo régimen, que estaban en oposición a las libertades públicas recién conquistadas. La Junta resolvió despachar una comisión, que, encontrando a Balcarce en marcha a la ciudad y en actitud de asaltante, le expresó los honrados sentimientos del Gobernador y de la propia Junta, que se le asociaba. El general, tocado también ahora en su talón, dijo que no tenía ánimo de derrocar los poderes públicos de su provincia; prosiguió avanzando hasta internarse en la ciudad por la calle que hoy se denomina Florida, al són de alegres charangas y con las banderas desplegadas, yendo a parar a la plaza de la Victoria; de allí se dirigió al Cabildo, después de proclamar sus tropas, y recibió el saludo y las felicitaciones del Gobernador, que empleó todas las zalamerías reclamadas por las circunstancias.

Momentáneamente, los directoriales quedaron burlados; los batallones de Balcarce pasaron a los cuarteles, y por algo más de un par de días, las relaciones entre el general y Sarratea señaláronse por su edificante cordialidad; pero ciertas medidas tomadas por el segundo, aconsejado por el primero, para militarizar la provincia, causaron alarma a los caudillos, próximos ya a la frontera del Arroyo del Medio. Ramírez dirigió una nota al Gobierno de Buenos Aires, amenazándolo luego de hacerle la inculpación de que ponía la provincia en pie de guerra para violar los tratados del Pilar.

Antes de resolver cosa alguna, Sarratea quiso saber si

Digitized by Google

los oficiales de Balcarce lo apoyarían en algún golpe de mano que éste quisiera dar haciendo hincapié en que Ramírez no debía ser satisfecho. Como ocurre casi siempre en estos casos, el general se enteró demasiado pronto de los tanteos, y con su exaltación frecuente, se presentó al Gobernador para enrostrarle sus perfidias. La flexible y habilidosa dialéctica de Sarratea hubiera hecho que las cosas no pasaran a mayores, pero las jactancias del general hicieron demasiado públicos sus excesos de lenguaje, y los directoriales, que se mantenían en acecho, conocieron la posibilidad de rescatar su presa; soplaron al oído de Balcarce que de la ciudad se hacían secretas remesas de armas a los caudillos, las cuales no podían tener otro objeto que prepararlos para aniquilarlo a él. Fué lo bastante para que ardiese Troya.

5. LOS MONTONEROS VUELVEN

Balcarce se dijo vencedor de los montoneros en la batalla de Cepeda, originando un rotundo desmentido de Ramírez, en nota dirigida al Cabildo de Buenos Aires. El 4 de Marzo, Balcarce dió un manifiesto que decía a los porteños: «Yo he merecido vuestos elogios y vivas, y me creo aún ofendido. Atacada mi reputación, conozco mi deber. Me apresuro a dar esta prueba, porque el que ensordece se acusa». Protestaba no haber sido vencido jamás, pasando revista a toda su actuación militar, desde las invasiones inglesas en adelante, para concluir con esto: «Si fuera capaz de engreimiento, lo tendría al considerarme el primer americano que en este suelo desnudó la espada y abatió su orgullo». Es del caso repetir, después de examinar el documento citado, la exclamación de un famoso escritor: «¡Cuántas personas han echado a perder el concierto de sus alabanzas, por mezclar su voz en él!»

Balcarce sentíase César. Cuando se expresaba como tal, tenía resuelto encabezar una sublevación, y Alvear había entrado en Buenos Aires sigilosamente, permaneciendo oculto hasta que

Digitized by Google

llegara el momento de prestar ayuda con una intervención propia de un héroe de opereta.

Para los enemigos ilustrados del régimen caído, el insolente dictador de tiempos anteriores, aliado ahora a los discípulos de Artigas, era lo que el diablo para una beata. En la mañana del día 5, se presentaron al Cabildo los generales Soler y de la Quintana y el coronel Pagola, seguidos de un numeroso pueblo, para denunciar que Alvear estaba en la ciudad con miras de atentar contra la salud pública, y reclamar la adopción de medidas preventivas. Balcarce, al saberlo, no queriendo quedarse atrás en punto a celo por el honor y la felicidad de su provincia, compareció también al Cabildo, igualmente acompañado de parciales, para hacer la denuncia, no menos espeluznante, de los envíos de armas a Ramírez. La Junta de Representantes dispuso que Alvear fuera embarcado y se cuidara no tuviese comunicación con persona alguna en el trayecto del embarcadero, y Sarratea, viéndose públicamente acosado por los dos generales con mando de tropas que tenía Buenos Aires, y sabiéndose además fuertemente resistido por los «directoriales», capaces todavía de volver a enseñorearse en el Fuerte, aunque no de imponerse de nuevo a la nación, huyó de la ciudad y fué a refugiarse en el campamento de los caudillos.

Entretanto, Balcarce y Alvear concluían de entenderse, y en la mañana del día 6 los directoriales hicieron representaciones a la Junta y al Cabildo, pidiendo la cesantía de Sarratea y protestando por la desaparición de los poderes nacionales. Tocó este día a Soler llegar en segundo término, e iba seguramente al Cabildo con la idea de dañar al Gobierno; pero al advertir que se trataba de una reacción directorial y que Alvear estaba a la cabeza de un grupo de peticionantes, dijo que volvía a Flores, donde tenía su campamento, para intervenir en seguida con las tropas de su mando.

Del tumulto resultó derrocado Sarratea y puesto Balcarce en su lugar. El mismo día, el dictador dió un bando para que,

Digitized by Google

al estampido de tres cañonazos, acudiese el pueblo en masa a sostenerlo en el poder conquistado. Ramírez contestó una nota —por la cual Balcarce le hacía saber que gobernaba—de la siguiente manera: «V. S. va a disponer de fortunas y de vidas, porque así conviene a sus miras y a los intereses de esa facción execrable que vemos entronizarse de nuevo». Y Soler, después de serenarse y ver más claro los sucesos, resolvió pronunciarse por Sarratea y esperar sus órdenes para reponerlo.

No se gobierna con gritos ni alharacas. Balcarce se agitó estérilmente durante varios días, convocando «cabildos abiertos» que sólo proporcionaban pobres halagos a su excitada vanidad, y lanzando una serie de bandos y proclamas que, en lugar de inflamar al pueblo, lo abatían, demostrándole que quien lo encabezaba carecía del dominio de sí mismo.

El día 10, Buenos Aires estaba sitiado por Ramírez, Soler y el mismo Sarratea, que personalmente mandaba milicias campesinas, deseoso de hacer ver que no en balde fuera en otros tiempos general. Balcarce anunció a un núcleo de vecinos reunidos frente al Cabildo, que realizaría una heroica defensa, y quiso reunir los tercios de cívicos, sin poder formar más que algunas compañías. De las mismas tropas regulares con que contaba, se le desertaron núcleos importantes para pasarse a los sitiadores, y finalmente, todo el regimiento de «Granaderos» con sus oficiales a la cabeza, abandonó la plaza.

El 11, el dictador, no contando más que con dos regimientos y unos pocos cívicos, redujo primero la defensa al centro de la ciudad y después al Fuerte, donde se encerró. Sus enemigos no le llevaron un asalto para evitar inútiles derramamientos de sangre, convencidos de que no le quedaba otro recurso que rendirse. El mismo tuvo que reconocerse derrotado sin haber combatido, y durante la noche, mientras se desgranaban sus últimos sostenedores, abandonó avergonzado su puesto para ocultarse a la par de Alvear, que había sido su segundo.

A la madrugada siguiente Carrera entró en la plaza, y sa-

Digitized by Google

cando del escondrijo a Alvear, lo llevó a su lado al Cabildo, para presentar a los capitulares, invocando la representación del Gobernador legítimo Manuel de Sarratea, al nuevo Comandante de Armas en Buenos Aires, general Carlos María de Alvear, a fin de que se le confiara el mando de todas las tropas que había en la plaza. El público que estaba en la barra armó una feroz trifulca con este motivo, y en medio de ella se atentó contra la vida de Alvear, al que motejaron de «Catilina». Por suerte, habiendo sido ocupada militarmente la ciudad por el general Soler, los capitulares tranquilizaron al público enfurecido, diciéndole que Alvear, lejos de ser admitido en el desempeño de cargo alguno, volvería al destierro, e invocando el respeto secular a la corporación.

La vuelta de Sarratea al Fuerte hizo cesar los disturbios. Alvear se embarcó; Carrera regresó al campo de Ramírez, y Soler fué nombrado general en jefe de todas las armas de la provincia. Al día siguiente de su reposición, el Gobernador dió un manifiesto que decía: «El corto resto del ejército federal... se retira a su territorio, donde se hallaban ya todas las otras divisiones en cumplimiento de lo tratado. Los auxilios que se le den, no son para emplearlos contra vosotros. Este Gobierno, por ahora, hasta la reunión del Congreso, mira como uno de sus primeros deberes extender y procurar por todos caminos la integridad del territorio de la Federación». Veladamente, se anunciaba así que Ramírez y Carrera iban a ser armados para atacar a los portugueses.

6. REMEDO DEL REGRESO DE LA ISLA DE ELBA

El 14 de Marzo, Sarratea dió un decreto ordenando la apertura de un proceso de alta traición contra los ciudadanos que habían ejercido los poderes nacionales disueltos, y pasó al Cabildo, sin reserva alguna, un oficio en que Ramírez reclamaba le fueran entregados los elementos bélicos que le faltaba recibir para que fuese cumplido el pacto secreto del Pilar,

Digitized by Google

y más otra porción igual de ellos, en compensación de los nuevos servicios prestados a Buenos Aires para la reposición de su Gobierno legítimo. La corporación resolvió de conformidad a lo pedido, pero estableciendo a la vez, que el caudillo y sus hombres pasarían sin tardanza el arroyo del Medio. Simultáneamente, el gobernador daba a Carrera su parte de pertrechos, y lo autorizaba a levantar bandera de enganche a las puertas de Buenos Aires.

Los directoriales, explotando el antecedente de la actitud asumida por Carrera al producirse la derrota de Balcarce, y la permanencia de Alvear en el puerto de la ciudad, esparcieron la noticia de que Sarratea y el «Catilina» de Buenos Aires estaban de acuerdo, cosa que ya hubieran deseado muchos de ellos. Soler llegó a admitirla, temiendo se tratara de eliminarlo a él, y causó la alarma del partido popular. El gobernador entonces, se creyó en el caso de hacer una declaración pública respecto al aborrecido ex Director, y dijo «que jamás se permitiría apartarse de las disposiciones de la Junta de Representantes», y «mucho menos obrar en contradicción a la opinión general».

Realmente preparaba Alvear una sorpresa, y sus intrigas no eran ajenas a los rumores que habían circulado; convínole hacer creer estaba confabulado con Sarratea, para apartar el principal obstáculo a su ambición, que era el severo general Soler. Temiendo que el cariz de los sucesos empeorase, apresuró la ejecución de su plan, y en la noche del 25 de Mayo desembarcaba para presentarse inmediatamente en el cuartel de Aguerridos, cuerpo que se sublevó encabezado por su segundo jefe el teniente Benito Martínez, para servir a las aspiraciones del audaz general: mientras, un grupo de conjurados secuestraban al general Soler y otros jefes de importancia, poniéndolos a buen recaudo en uno de los buques surtos en el puerto.

Mas el Cabildo, a la primera alarma, convocó a los tercios cívicos que acudieron presurosos a resistir al déspota de 1815,

Digitized by Google

y las consecuencias de la revolución fueron conjuradas, a pesar de la representación que hicieron algunos directoriales demasiado ansiosos de volver al poder, pidiendo se nombrara a Alvear comandante de armas.

Nada autoriza a creer que Sarratea apañase las miras de Alvear visiblemente contrarias a las propias, pero las insolencias de Carrera; el principio de éxito de la tentativa, que acusa falta de eficacia en las medidas precaucionales adoptadas; e invocaciones abusivas del nombre de Sarratea hechas por Alvear, hacían al gobernante sospechoso y lo colocaban en situación delicada. El lo comprendió así, apresurando su renuncia, que no se le aceptó, reclamándosele afrontara los sucesos.

No surtieron efecto las órdenes que impartió Sarratea a los jefes que habían secundado a Alvear, para que se lo entregasen; pero en la tarde del 26, el mismo general revolucionario, a quien después de destruirse sus ardides y preparársele enérgica oposición en el centro de la ciudad, no restaban más que algunas compañías de soldados y cierto número de jefes y oficiales que formaban un batallón sagrado, dirigió un oficio a Sarratea, diciéndole que había asumido el mando de la guarnición a pedido de «lo principal del pueblo», pero se hallaba dispuesto ahora a abandonarlo en holocausto a la tranquilidad general. El gobernador contestóle que saliera del país sin pérdida de tiempo, pero el objeto real del rebelde era demorarse hasta que acudiese Carrera en su auxilio; algunos instantes después lo obtuvo, en circunstancias que iba a ser sometido por la fuerza, y logró fugar a la campaña con el resto de su gente, uniéndose a los gauchos entrerrianos que se habían armado, en días no muy lejanos, para desalojarlo del gobierno.

Las falaces súplicas de Alvear y Carrera indujeron a Ramírez a mediar con Sarratea en favor del odiado «Catilina», pero el gesto agrio de Soler, que había recuperado la libertad y el mando de las tropas, impuso respeto; el caudillo, después de haber sido rechazado su petitorio en forma enérgica

Digitized by Google

y terminante, siguió la retirada a Entre Ríos, donde su presencia era exigida por la actitud de Artigas.

A esta desgraciada aventura de Alvear, un historiador (2) ha llamado «remedo del regreso de la isla de Elba».

7. REGRESO Y REHABILITACIÓN DE DORREGO

El fracaso de Alvear no dejó a Sarratea en situación más cómoda que antes del atrevido desembarco. Soler, dominado por explicables desconfianzas y un ciego furor, realizó actos deplorables, de insubordinación; Carrera permanecía en las inmediaciones de la ciudad, reorganizando sus fuerzas, lo cual además de ser depresivo al extremo para el gobierno, después de su última conducta, daba pábulo a todo género de maledicencia y virulentos ataques de un periódico directorial; los directoriales estaban muy irritados por el proceso de alta traición que iba a sacarles los trapos al sol; y era inútil la ecuanimidad y el decoro con que el Gobierno, cuyo fondo de honradez liberal es preciso reconocer, se defendía de tantos saetazos como le dirigían: cuando una revolución o una evolución triunfante crea repentinamente libertades para un país que ha sufrido largo tiempo el despotismo, nada está en mayor peligro que ellas mismas; el partido que oprimió antes no deja de ser insolente, y el que ha sufrido la opresión no ha perdido aún la timidez resultante de ella; la acción reaccionaria, entonces, es la que más fácilmente se desenvuelve, sobre todo cuando, como ocurre casi siempre, los vencedores se dividen por ambiciones y celos antes de haberse desarrollado en ellos el instinto de conservación.

Dorrego regresó a Buenos Aires trayendo cartas dirigidas a Artigas y a Ramírez, escritas por los prisioneros orientales que tenían en el Brasil, con quienes se había comunicado al pasar por Río Janeiro. Generalmente, se atribuye la buena

(2) MITRE: *Historia de Belgrano.*

Digitized by Google

acogida que encontró de parte del Gobierno, a la necesidad de apoyo que éste sentía y a ser Dorrego uno de los grandes favoritos del pueblo, que le pagaba ahora con su cariño los ásperos padecimientos del destierro; pero, cualesquiera hayan sido los móviles de Sarratea, lo cierto e innegable es que la reparación estaba en armonía con sus principios; era, además, justiciera, y lo insólito habría sido omitirla o demorarla. El 11 de Abril, el Gobernador de Buenos Aires dictó un decreto declarando a Dorrego «buen servidor e inocente de falsas imputaciones», reconociéndole su grado militar y el derecho a percibir los sueldos correspondientes al tiempo de su injusto y prolongado destierro, así como también dejando a salvo sus acciones particulares por los perjuicios sufridos (3). Al mismo tiempo, se le confirió el mando del batallón de «Cazadores» número 2, compuesto por negros libertos.

Dorrego, cuyo espíritu adquiriera más exquisito temple en el dolor, y cuyas ideas políticas cobraran mayor decisión después de estudiar las instituciones y la idiosincrasia de una nación más adelantada, que podía presentarse como modelo a la suya, respondió en términos condignos, expresando su reconocimiento y haciendo esta declaración y pedido: «Una delicadeza que jamás contradirá los principios de V. E., me prohibe absolutamente recibir en propiedad el empleo expresado,

(3) El decreto decía:

«Siendo bien notorios cuanto recomendables, los servicios que ha prestado a la patria en su carrera militar el coronel don Manuel Dorrego, a quien la arbitrariedad de un gobierno injusto expulsó del país por miras bien conocidas y sin formalidad alguna de juicio; hallándose ya en esta ciudad bajo la protección de un gobierno liberal, cuya atención principal será siempre la de amparar la virtud y el mérito de los sujetos que hayan servido a su país con honor, vengo en declarar por buen servidor y por inocente de las falsas imputaciones con que se ha querido mancillar su irreprensible comportación, reponiéndolo en el empleo de coronel con opción a sus sueldos no percibidos, así por el derecho que le asiste a consecuencia de no haber expresa declaración que le haya desnudado de él, como por remuneración a los trabajos y sacrificios que ha sufrido en su dilatada confinación, con reserva además, de sus acciones y derechos particulares, para que use de ellos cuando y como mejor le parezca; y para que esta mi declaración tenga la notoriedad debida en satisfacción del expresado coronel, transcríbase en la Orden del Día, y comuníquese al interesado por el jefe del despacho de guerra.»

Digitized by Google

y solamente lo desempeñaré en comisión hasta tanto mi anterior conducta sea clasificada por un juicio público, que solicitaré ante la próxima legislatura de las Provincias. Allí el ex Director Pueyrredón y su secretario Terrada, o expondrán las razones a que fueron impulsados a extender el terrible auto de mi expatriación para siempre, o aparecerán confundidos en presencia de la verdad e inocencia perseguida y calumniada. Entonces conseguiré lo que en vano había clamado en repetidas ocasiones al titulado Congreso Nacional. Creo ha llegado el período venturoso en que los jueces no pertenecen a los corrompidos incensadores del tirano. Las leyes invariables de Astrea deberán desde ahora presidir a los juicios, y la escandalosa máxima de que *los sumarios en estos tiempos no son un medio seguro para descubrir los crímenes*, será justamente execrada. Sírvase pues, V. E., acceder que mi ejercicio no sea sino en comisión hasta aquel tiempo, cierto que en cualquiera época y circunstancias mi existencia será siempre una propiedad de la independencia y prosperidad del país.» ¡Con qué sarcasmo había de responder el destino, aceptando el ofrecimiento, valiéndose de la mano sangrienta de un general sublevado, a las últimas palabras del escrito!...

El gobierno resolvió de conformidad, pero la rápida elevación del guerrero, hizo que éste no insistiera después, en la formación de un juicio que ya no habría parecido en resguardo del honor, sino en conseguimiento de una venganza indigna de un corazón generoso y un criterio ecuánime; contradictoria en un patriota que siempre perdonó para buscar la tranquilidad de los espíritus de sus conciudadanos; impropia de un político de claras vistas, al que no podía escapar la inutilidad e inconveniencia de ocuparse de su pasado, cuando sus energías todas eran reclamadas por el presente y el porvenir de la patria.

Digitized by Google

8. SE INTEGRA LA LEGISLATURA DE BUENOS AIRES Y LOS DIRECTORIALES RESCATAN EL GOBIERNO

El 27 de Abril se efectuaron elecciones de representantes en toda la provincia, para substituir la Legislatura que designó gobernador a Sarratea y expresaba únicamente la voluntad de su Capital. Esta fué, en verdad, la primera elección realizada en el suelo argentino con formas adecuadas, pues las anteriores no habían sido sino repeticiones de los «cabildos abiertos», es decir, un tumulto del que salían gananciosos los más barulleros; pero el progreso no fué más que teórico, debido a que ni los electores ni los encargados de recibir y escrutar los votos, tenían educación democrática.

El gobernador Sarratea, ofendido por Soler, con escasa opinión, fuertemente combatido y cansado de un ejercicio del gobierno breve pero difícil, y lleno de contrariedades, observó la más completa prescindencia, aspirando únicamente sosegar los ánimos, a fin de que las autoridades provinciales a elegirse encarnasen una tendencia moderada y tuvieran, en consecuencia, probabilidades de estabilidad. El partido popular, sin agitadores de barrio, con sus últimos jefes disgustados entre sí, y los anteriores sin influjo, por regresar recientemente del destierro; teniendo por principal fuerza a las clases proletarias, es decir, a hombres que iban más gustosamente a defender sus ideales políticos en los cantones jugándose la vida, que a desafiar el desprecio y las ruines venganzas de la clase acomodada votando contra ella, casi no se hizo sentir. El viejo régimen triunfó; pues resurgía unido y soberbio como en sus mejores días, acariciando aún la idea monárquica, de acuerdo con nuevos juramentos prestados en la Logia de los Caballeros de América, recién creada con elementos escogidos de la Logia Lautaro (4); encabezado por hombres enérgicos y experimentados en la ciudad; ayudado en la campaña

(4) López: *Historia de la Revolución Argentina.*

Digitized by Google

por un personaje nuevo, Juan Manuel Rosas, el futuro dictador, que aparece por primera vez (5) combatiendo al partido que más tarde fingiría servir, acaso por no haber sentido nunca la atracción de las ideas, sino la admiración al despotismo.

Entre los diputados electos figuraban algunos ciudadanos comprendidos en el proceso de alta traición por haber pertenecido a los disueltos poderes nacionales, mediando el antecedente de haberse separado de la primitiva Junta los miembros que se hallaban en el mismo caso; mas las gestiones que Sarratea hizo ante el Cabildo, cuya mayoría pertenecía a los directoriales, para que no se les admitiera al ejercicio de las funciones legislativas, fueron desestimadas, originándose una acre polémica, en que el Cabildo amenazó con la revolución al Gobernador, sólo por la demora de unas horas en la instalación de la nueva Legislatura. Ella se efectuó el 30 de Abril, y como algunas actas de la campaña consagraban a ciudadanos que se tenían por amigos de Soler, fueron anuladas, pretextándose vicios de forma; el cuerpo no fué sino el eco de la Logia de los Caballeros de América, al cual no se mezclaba ni una sola voz independiente; los diputados cuya eliminación pretendió Sarratea, se afirmaron en sus asientos y aun vapulearon a éste rabiosamente, en lo que sería impropio llamar «debate».

Efectuada la designación de Gobernador por la nueva Junta, recayó en Ildefonso Ramos Mejía, quien, parece inútil decirlo, pertenecía a la reacción y a la Logia. Sarratea le entregó el mando y se llamó a silencio, pero transcurridos algunos días, tuvo que fugar, porque después de haberse suspendido el proceso de alta traición y devuéltose la libertad a algunos reos que ya estaban presos, el nuevo Gobierno se preparaba para procesarlo a él.

Los excesos de la reacción eran graves, y desconociendo los tratados del Pilar, importaban una declaración de guerra

(5) MITRE: *Historia de Belgrano*, edición 1913, tomo IV, página 197.

Digitized by Google

contra los caudillos que los subscribían; cierto es que el ejército de Buenos Aires aún lo mandaba el general Soler, cuyas ideas de organización nacional conocemos; pero los «directoriales», embriagados por su triunfo, proponíanse ir desmedrando lentamente la importancia del «general de mar y tierra», hasta que se pudiera despedirle como a un sirviente y colocar en su lugar a Martín Rodríguez, que, siendo gran compinche de Rosas y debiendo a ello cierta espectabilidad en la campaña, adunaba otra vez la ambición y la soberbia.

9. CAÍDA DE RAMOS MEJÍA. GOBIERNO DE SOLER

La incontinencia de los reaccionarios, la temeridad con que contaban que el pueblo harto de ellos derramase su sangre por sostenerlos y dejarse colocar de nuevo las rotas cadenas; el desprecio a Soler y a sus compañeros, precipitaron la caída de Ramos Mejía. Soler, inmediatamente comenzaron a retacear sus facultades, presentó su renuncia; pero la Junta de Representantes primero y el Gobernador después, se empeñaron en no aceptársela y en disminuir su influencia, reduciéndolo al mando de las tropas a sus inmediatas órdenes en el campamento de Luján; hasta que habiendo renunciado el irritado general, no ya únicamente su cargo, sino también el grado de brigadier, haciendo pública, además, su resolución de ausentarse al extranjero, consintióse en su separación, empleándose altaneros términos, designándosele reemplazante en el derrotado de Tejar y Venta y Media, de quien venía a decirse era tan apto para el mando como el heróico combatiente del Soriano, Cerrito y Chacabuco.

La guerra con los santafesinos y sus «a láteres» era ya inminente, y eliminado Soler, aguardaba a Buenos Aires vergonzosa derrota, menos temible para los directoriales, a quienes la elevación de Alvear, después de todo, les ofrecía más gratas perspectivas que la prevalencia de la fuerza, aún no destruída, del partido popular. Este venía a sufrir ataques y ultrajes por

Digitized by Google

todas partes y de distintas maneras. Pero el nombramiento de Rodríguez resultó la última bofetada, es decir, la que enceguece, la que impulsa fieramente.

Subleváronse los comandantes de cuerpo del campamento de Luján e hicieron una representación al Cabildo de ese pueblo, el único que existía en la campaña de Buenos Aires, reclamando se nombrase a Soler gobernador y capitán general; una parte de la corporación prestóse a deferir, y luego un representante de ella y otro del ejército fueron a la ciudad para negociar. Sólo entonces se dieron cuenta los directoriales de que habían construído castillos sobre la arena: érales adversa la opinión pública; no contaban, pues, con los tercios de cívicos, ni era suficiente la fuerza veterana que había en la ciudad para sostenerlos por las armas; y habían creído posible arrasar, con gesto insolente, todo lo nuevo.

El verdadero sentido de la renuncia de Soler no era el que atolondradamente se le había dado, sino otro muy diferente: repugnándole al general derrocar al Gobierno que juzgaba intolerable, manifestábale que no debía contar con su concurso, para que comprendiera que no podía vivir; pero a él no se le barría como a Sarratea, y la situación que le crearon venció sus escrúpulos y procedió, lisonjeándose con el falso cálculo de asegurar la paz y el verdadero, de destruir el último raquítico retoño de monarquismo.

Ramos Mejía renunció, y la Junta de Representantes, con la humildad del despotismo vencido, resolvió que el Cabildo de la Capital recibiera el bastón insignia del mando y lo entregara a Soler después de llamarlo — pues permanecía en Luján — por intermedio del alcalde de primer voto; disolviéndose después (20 de Junio), lo cual importaba reconocerse subrogada por el Cabildo de Luján. Esta mansedumbre, interpretada erróneamente por Soler, que creyó rehusábase a diplomarlo, dió motivo a su protesta, en áspero lenguaje, que no aceptaría el gobierno si la Junta no se lo confiaba expresamente; el Cabildo pidió entonces a la Junta volviera a sesionar, y ella lo efectuó para expedir el diploma.

Digitized by Google

El nuevo gobierno adoptó un tono enérgico; removió el proceso de alta traición, tratando duramente a los hombres del partido caído, que hallaron la lección de su comportamiento.

10. INVASIÓN DE LÓPEZ, ALVEAR Y CARRERA Y DERROTA DE SOLER EN LA CRUZ

Mientras Soler renunciaba el generalato se producía la invasión de López, Alvear y Carrera, y mientras asumía el gobierno, ella adelantaba y progresaba sorprendentemente. El nuevo Gobernador apenas tuvo tiempo de permanecer algunas horas en la ciudad: recibió el bastón sin ninguna ceremonia, y sin haberse mudado su traje de campaña, cosa que le criticaron los rancios partidarios de la etiqueta sin consideración a lo apurado de las circunstancias (23 de Junio). Inmediatamente volvió a Luján, delegando el mando militar en la Capital en Dorrego, a quien nombró comandante de armas, en razón de ser el jefe más prestigioso de la ciudad y uno de los compañeros que más estimaba y con quien mejor se había entendido siempre. Se reservó las funciones civiles de su cargo, por cuyo motivo debía llevársele el despacho a su campamento; pero sólo llegó a firmarlo dos veces.

Soler hizo esfuerzos por contener la invasión, demostrando a López que el motivo había desaparecido y ofreciéndole garantías de que no se reproduciría; pero la gula de los caudillos y sus huestes estaba demasiado excitada, y harían la guerra sólo por el botín. Alvear había convencido a López, jefe de pequeña provincia expuesta a quedar rodeada de poderosos enemigos, de que se apoderarían de Buenos Aires, y luego había de mostrársele agradecido y consecuente. La idea de humillar e imponer exacciones a la ciudad del sur, descocaba también a Carrera, que no podía idear cosa alguna más armónica con sus odios, ni más favorable a sus proyectos íntimos.

La guerra era inevitable, y sorprendió a Soler con los resortes de su ejército bastante descompuestos. En los últimos

Digitized by Google

tiempos, el general se había ocupado más de la política que de los deberes de su cargo, tratando con desprecio a los gobiernos, dando malos ejemplos a sus subordinados y, finalmente, ascendiendo gracias a éstos. En un ejército cuyo jefe conspira, lo primero que sufre es la disciplina; y en el caso no había reparación posible, porque el choque con el enemigo estaba demasiado cercano. Preciso es también reconocer que Soler, cuyos talentos son indiscutibles, tenía los nervios muy agitados, y saldría al encuentro de los invasores con una esperanza — hacer la paz — mientras lo esperaban con una resolución inquebrantable por el momento — continuar la guerra.

Las huestes invasoras, compuestas de gauchos santafesinos aguerridos; soldados chilenos; soldados de Buenos Aires desertores, reunidos por Alvear; milicias porteñas del norte que se plegaron, e indios, excedían de 1.500 hombres. Soler, habiendo extraído tropas de la ciudad, disponía de 2.000 soldados; pero creyendo hallar divididos a los invasores, pues tenía conocimiento que Alvear y Carrera habíanse presentado de vanguardia en Carmen de Areco, se desprendió de uno de los mejores cuerpos, el batallón de cazadores negros y de una compañía del Fijo con que lo reforzó, para dejar guarnecido Luján, emprendiendo luego la marcha (26 de Junio).

El general porteño habría podido infligir la derrota a los invasores si, al avistarlos en las primeras horas del día 28 en la Cañada de la Cruz, hubiera tenido su gente lista para la pelea y la idea de empeñarla; pero llevaba sus tropas fraccionadas, y su mayor deseo era evitar la efusión de sangre. Al avistarse los dos ejércitos — como ambos tenían divisiones rezagadas — la concentración que ordenó Soler tardó en ejecutarse, y después de guerrilleos de avanzadas e inútiles parlamentos, cuando a medio día se formalizó el combate, los caudillos estaban mejor preparados.

El primer choque se produjo entre la derecha de Buenos Aires, mandada por Pagola, y la izquierda de Santa Fe, que era la «división chilena» de Carrera; ésta fué rechazada, pero

Digitized by Google

reaccionó, trocándose los papeles; también se rehizo Pagola, pero inútilmente, porque fué definitivamente vencido en la tercera carga. Soler, que dirigía personalmente el centro de su ejército, arrolló la división que encontró a su frente y era mandada por Alvear, pero luego fué atacado por batallones santafesinos dirigidos por López, que deshicieron cuanto se les opuso, dando una sableada feroz. La tercera columna del ejército de Buenos Aires, a cuyo frente estaba el jefe de estado mayor, general French, perdiendo las esperanzas antes de combatir, se rindió dentro de la cañada que estaba vadeando con dificultad, al ser arremetida por fuerza encabezada por el coronel Benavente, chileno.

Pagola hizo los mismos esfuerzos que en Sipe-Sipe para aminorar las consecuencias del desastre, logrando salvar casi todas sus fuerzas, con las cuales retiróse en orden hacia el Pilar. Lo demás del ejército de Buenos Aires fué dispersado. Las pérdidas de los vencidos alcanzaron a 200 hombres muertos; 150 prisioneros; toda la artillería, consistente en cuatro piezas, y una gran dispersión. Al decidirse la batalla, los vencedores realizaron una bárbara matanza, y después destacaron una fuerza que completó la victoria, corriéndose a Luján y aprisionando su guarnición.

Buenos Aires presentábase a los ojos de los invasores, en que chispeaba el sensualismo, como una virgen que se sonroja por su desnudez sin poder cubrirla. La deliciosa presa, tanto tiempo codiciada, parecía próxima a caer en las voraces garras...

Digitized by Google

CAPÍTULO XIII

Libertador de Buenos Aires

1. El Comandante de Armas. — 2. Dictadura de Pagola. — 3. Dorrego somete a Pagola y reasume la Comandancia de Armas. — 4. Sitio de Buenos Aires. Dorrego con el título de Gobernador de la ciudad, dirige la defensa. — 5. La guerra en la campaña. — 6. Batalla de San Nicolás.

> Se había levantado por entre el atropellamiento de la plaza pública en que un puñado de caudillos osados pero sin inteligencia ni grandeza de ánimo, se disputaban los jirones no ya del mando, sino de la mortaja del poder, la cabeza fuerte y erguida de un hombre superior, en cuyo pecho ardía con generoso denuedo el amor de la patria, cuya espada tenía ya hecha la conquista de la gloria y que apartaba con brazo robusto aquella soldadesca que entregaba la capital argentina maniatada, a sus irritados vencedores. Ese hombre era el joven coronel don Manuel Dorrego.
>
> BENJAMÍN VICUÑA MACKENNA.

1. EL COMANDANTE DE ARMAS

Soler estaba enfadado por sus tenaces adversarios, y al confiar el mando militar de la ciudad a uno de los perseguidos de ellos, diríase entregábalos a la venganza de un jefe que en varios años de destierro había amontonado furor en proporción a sus padecimientos y agravios. Allí, en aquel Fuerte, donde «el director de la facción» firmase el decreto que ultrajaba al servidor de la patria y lo condenaba a morir de fiebre amarilla en tierra extraña; allí donde también escuchó las lisonjas de sus cortesanos y se cumplieron los acuerdos de las sociedades secretas, era ahora obedecido el visionario de

Digitized by Google

EL FUERTE (ÓLEO DE VILLEGAS)

Digitized by Google

Baltimore, a quien la suerte, que tiene caprichos de mujer, había transportado como en un cuento asiático.

Por orden del Gobernador, según se dijo, la comisión encargada de esclarecer las negociaciones secretas del último gobierno general con el extranjero — presidida por el doctor Miguel de Villegas — proseguía sus tareas; y a los ex congresales comprendidos en el proceso se les dió un plazo de cuarenta y ocho horas para que se trasladaran al pueblo de Luján, donde quedarían confinados. El Comandante de Armas, a quien se ordenó arrojar de la ciudad a los que demorasen, lejos de ejecutarlo con saña, empleó medios suaves, y aun interpuso su influencia para que se exceptuaran de la precaución a aquellos que eran faltos de salud o atendían familias que se hallaban en críticas circunstancias (1).

Esta conducta le atrajo las miradas respetuosas de la burguesía, base del viejo partido, que, a pesar de las extensas vinculaciones que tenía en ella su hermano Luis, considerábalo su enemigo natural por los prestigios de que el jefe gozaba en las clases proletarias y especialmente entre los cívicos del segundo tercio, apodados «los compadritos de lo alto» por el barrio a que pertenecían; sin que por aquéllo se distanciara del pueblo ni descuidase los preparativos convenientes para defender enérgicamente la ciudad, en caso de ocurrir a Soler lo mismo que a Rondeau.

El 26 de Junio, Dorrego dispuso que todos los ciudadanos alistados en los tercios de cívicos se reunieran diariamente para hacer ejercicio, desde las ocho hasta las diez de la mañana, permaneciendo cerradas durante esas horas todas las casas de abastecimiento de la ciudad y suburbios; y que estuviesen listos para concurrir a sus cuarteles, en caso de alarma que anunciarían los estampidos de tres cañonazos. También solicitó a todos los hombres aptos para llevar las armas, que quisieran concurrir a la defensa, se presentaran — al oir dicha

(1) Notas de Dorrego a Soler, cuyos originales se guardan en el Archivo General de la Nación.

Digitized by Google

llamada — en el cuartel de los Aguerridos los que no tuvieran caballos, y en la plaza del Retiro quienes los tuviesen. Al mismo tiempo, se construían fortificaciones; pero todo se hacía en orden, sin ruido ni alharacas, reposando el pueblo en una dirección que por todos conceptos juzgaba halagüeña.

Derrotado Soler en la batalla de la Cruz (su verdadera crucifixión), dirigió comunicaciones contradictorias al Cabildo y al Comandante de Armas; pues mientras ordenaba a Dorrego que se dirigiese con tropas al Perdriel, pues él, que se aproximaba con las reliquias de su ejército al Puente de Márquez, necesitaba ser reforzado (29 de Junio), a la corporación municipal decíale que ya no era posible reunir las milicias de campaña, que todo esfuerzo «sería infructuoso para poder batir un enemigo engreído y que debía estar bien montado»; y confesando que había perdido los estribos, llegaba a esta conclusión abdicante: «Me invita la prudencia que insista a V. E. a que arbitre un medio que a mí no se me ocurre por ahora, para evitar el desastre de ese benémerito pueblo si se acercan semejantes malvados».

Dorrego anunció la batalla de la Cruz por medio de una proclama «sencilla y varonil» (2) como todas las suyas, y en la cual campeaban el orgullo porteño, tan lesionado en los últimos tiempos, y el amor a las instituciones y libertades derivadas del tratado del Pilar; quería ocultar las proporciones del desastre, diciendo que S. E. se retiraba con la infantería, la artillería, el parque y un resto de caballería, protestando después que jamás produjérase invasión más injusta, pues pretextábase el entronizamiento del partido de Pueyrredón cuando el gobierno existente hallábase en abierta pugna con él. «Es un pretexto, sí — agregaba — con el que se trata de paliar una ambición desenfrenada y abrir el paso a esa misma reposición. ¿No veis a todo ese partido unirse a Alvear en el momento que apareció? ¿No lo habéis observado preconi-

(2) MITRE: *Historia de Belgrano.*

Digitized by Google

zando el pretendido mérito y los talentos de este aspirante, a quien aborrecéis por tantos motivos? El ha ligado su fortuna a la de otros que son sus iguales, y con ellos proyecta abatiros para escoger entre vosotros tantas víctimas cuantas señale su sed ardiente de sangre. Corred a las armas para vengar la afrenta... Volad conmigo al lado del señor capitán general. Así defenderéis vuestro decoro... y haréis que termine el ominoso período en que la heroica Buenos Aires ha sido feudataria de ambiciosos y desagradecidos».

Antes de marchar, conferenció con los cabildantes para puntualizar la situación: ellos objetaron la salida de tropas, mostrando su nota y hablaron ásperamente de Soler, de cuya destitución llegaron a declararse partidarios; Dorrego los calmó en lo posible, logrando hacerlos convenir en que los refuerzos serían útiles y debían enviarse; pero acordaron también que una delegación compuesta por Norberto Dolz, Ambrosio Lezica, Luis Dorrego y Manuel Antonio Castro, pasara al campo de López a negociar la paz.

Bruscamente se operó una gran transformación: la ciudad humillada poco antes, mostrábase consciente de su fuerza como en los mejores días, y este despertar de un león debe atribuirse al conjuro de un hombre colocado por encima de los partidos y armado de ideales generosos. En todas las defensas heroicas y memorables que ha contemplado la América, anteriores y posteriores a la de Buenos Aires, hay un paladín en cuyas inspiraciones se confía; cuyas órdenes se acatan con respeto casi religioso; al lado del cual se mira la muerte más como honor que como desgracia; sin el cual la hazaña de la resistencia obstinada y sin cálculo parece inconcebible: en Cartagena de Indias, es Bermúdez; en Montevideo, José María Paz; en Paysandú, Leandro Gómez. Y no porque les falten al lado otros dignos representantes del valor y de la ciencia, sino que ellos tienen voces, tienen gestos, tienen una resolución que electriza; al lado de Paz destácanse figuras como las de Melchor Pacheco y César Díaz; al lado de Gómez hay quienes subli-

Digitized by Google

man la muerte, como Lucas Píriz y José María Braga; en Cartagena y Paysandú, hasta las mujeres toman parte en el sacrificio y se hacen dignas de ser simbolizadas en mármoles y bronces que eternicen tan grandes glorias como las allí conquistadas. Dorrego, no menos grande que Bermúdez, Paz y Gómez, aunque más afortunado — en la defensa de Buenos Aires — desempeña el mismo papel que ellos en las otras, y era lo que faltaba a la antigua capital para volver al nivel de su honroso pasado: el abanderado de una gran causa complementaria de las declaraciones de Mayo de 1810: la de la nacionalidad con la justicia para todos, oponiéndose a localismos que no traían bienes para nadie, fuera de aquellos déspotas que los explotaban.

El día 30 a las ocho de la mañana, Dorrego salió por el Retiro con parte de las tropas de que disponía; pero próximo ya a Caseros, recibió una comunicación del Cabildo, en la cual pedíasele regresara a la plaza por ser indispensable su presencia en ella. La corporación municipal había asumido el gobierno de la provincia nombrando Comandante de Armas substituto, al general Marcos Balcarce, directorial moderado; esta novedad y la salida de la comisión de paz, fueron causa de que se echara a rodar la especie de que se había tratado de alejar a Dorrego, para entregar vergonzosamente la plaza a los invasores. El movimiento de protesta que originó fué imponente: una exaltada muchedumbre desbordóse en la plaza de la Victoria, amenazando al Cabildo, cuyos miembros creyeron no poder vindicarse sin el retorno del Comandante de Armas titular.

Al mismo tiempo que Dorrego recibía aquella comunicación, tenía noticia de que Pagola, con las tropas salvadas en la batalla de la Cruz, precipitaba sus marchas a la ciudad. Comprendiendo que lo más necesario al Cabildo no era las tropas, sino su persona, volvió solo y a galope tendido, dando al general Hilarión de la Quintana el encargo de llevar los refuerzos a su destino. Al llegar a la agitada plaza fué aclamado con delirio,

Digitized by Google

y, sin apearse, dirigió sedantes palabras al pueblo (3). Pasó inmediatamente a la casa consistorial, para conferenciar con los capitulares, a cuyo pedido dió una proclama que se imprimió con rapidez desusada, y su propio autor arrojó en muchos manojos a los manifestantes, que demoraban en disolverse. Decía: «Os aseguro... que vuestros respetables magistrados y yo, sólo aspiramos a la conservación del orden y seguridad de vuestras personas y propiedades»; declaraba que la comisión enviada al enemigo era compuesta por personas «de probidad, talento y opinión», para terminar exhortando así: «Tranquilizaos, pues, y vivid ciertos que en obsequio a vuestra felicidad sacrificará todos los momentos de su existencia vuestro fiel amigo y compatriota».

Después, alegre y ágil, salió a escape al encuentro de Pagola, que ya entraba en la ciudad por el oeste.

2. DICTADURA DE PAGOLA

Ya vimos a Soler anonadado por su desgracia; no podía ocultar el dolor y la vergüenza, creyendo manchadas irreparablemente sus bien ganadas palmas; apareció a los ojos de sus propios soldados en actitud inconveniente, y desobedecido a causa de ello, se les separó para entrar de incógnito en la ciudad y embarcarse con destino a la Colonia (provincia Oriental), enviando una renuncia en que decía eliminarse de la es-

(3) «Al presentarse en la plaza fué rodeado y vitoreado por un numeroso concurso de gentes, que lo miraban como el hombre necesario para salvar el país de las tremendas complicaciones en que se veía. Sin desmontarse, dirigió a la concurrencia algunas palabras alegres y humorísticas sobre la campaña de tres horas que acababan de hacer y sobre la vaguedad de los peligros que la imaginación forjaba siempre en los momentos de agitación popular. Aseguró que en dos días formaría una división y batiría a los gauchos miserables que formaban las montoneras, comparándolos con los tunantes que se vestían de viudas para aterrar tontos y mujeres. Les dijo después, que iba a conferenciar con los cabildantes y volvería a dar cuenta al pueblo de lo que conviniese, — concluyendo por recomendar la quietud y la confianza, para no perturbar las medidas militares y políticas que era preciso tomar con prontitud.» (VICENTE F. LÓPEZ: *Historia de la Revolución Argentina*).

Digitized by Google

cena para no ser juzgado ambicioso. Así quedó Pagola al frente de todas las tropas salvadas en la batalla perdida.

Algunos personajes del partido popular, al producirse la alarma antes referida, buscaron la protección de Pagola contra la Comandancia de Balcarce. Pagola era un jefe valiente y honrado, nacido en la provincia Oriental, pero enemigo de Artigas y los directoriales a la vez; mas de limitada inteligencia y modales exagerados. Dorrego lo encontró en la plaza Lorea con el doctor Pedro José Agrelo al lado; esta alma de fuego le había salido primero al paso para inflamarlo, y fueron inútiles todas las exhortaciones a la templanza; según Pagola, los cabildantes traicionaban al pueblo, y era menester tratarlos duramente para tenerlos a raya. Dorrego, cuyas condescendencias con sus adversarios de meses antes, oyó condenar así, tuvo que volverse a la ciudad entristecido y explicar a los capitulares el sesgo alarmante que tomaban los sucesos.

En tanto, Pagola entraba con sus tropas a la plaza de la Victoria, cubierto de polvo y desaseado, pero soberbio y satisfecho como Juan Ramón Balcarce en caso semejante; y además, creyendo llegar oportunamente, dado que había conseguido anticiparse al enemigo victorioso y, por lo mismo, a la celebración de nuevos pactos. Comenzó por apoderarse del Fuerte «como un conquistador», luego dió a sus soldados una proclama adecuada únicamente a un jefe que asume la dictadura; finalmente, hizo a los cabildantes el honor de presentárseles, pero a objeto de colmarlos de acusaciones injuriosas. Ellos quisieron abrir sus dorados picos para hacer su justificación, pero él lo impidió con interjecciones enérgicas, y reclamando en términos categóricos y que casi no admitían dilación ni excusa, se le nombrara Comandante de Armas y se le entregase el mando absoluto, revocando la designación de Marcos Balcarce. Como no se accediera pronto a sus deseos, se retiró despreciativamente, y procedió como si el Cabildo no existiera o fuese un espantajo inútil. La corporación, buscando soluciones decorosas, rogó a Pagola repetidas veces, después

Digitized by Google

de tener en su poder la renuncia del general Balcarce, se le presentara de nuevo; conseguido esto, le hizo saber que correspondía a Dorrego reasumir la Comandancia de Armas, respondiendo Pagola con marcada ironía que a él no le parecía mal ese resultado, pero que a su gente dudaba le ocurriese otro tanto. Hubo que cerrar los ojos y nombrarlo Comandante de Armas a él.

Reconocido así como dictador de la plaza, lanzó una proclama que merece transcribirse: «Ordeno y mando a todos los habitantes que cierren sus puertas y concurran a tomar las armas a la plaza grande, y bajo pena de vida, reuniéndose los tercios argentinos en sus puestos respectivos, para armarlos y municionarlos según los puntos que exija el caso; asimismo, se ordena una iluminación general».

Nadie habló jamás al pueblo de Buenos Aires con mayor insolencia y disparate: Pagola decíale que todas las vidas estaban en sus manos, que encontrábase amo exigente y cruel, y, sin embargo, debía festejarse su elevación colocando las tradicionales «luminarias» — que eran, generalmente, candiles de grasa encendidos por cada vecino en el alféizar de su ventana como señal de júbilo público—sin perjuicio de que todas las puertas estuviesen cerradas y no quedara hombre en su casa. Halló por respuesta el desprecio general.

Afortunadamente, creyendo los invasores demasiado fácil el éxito de su empresa, no intentaron un asalto en los momentos que se desarrollaban en la plaza los sucesos relatados. Con la preocupación de preparar a Alvear un diploma de gobernador, que creían fácil hacer reconocer a los defensores de la ciudad, suponiéndolos sobradamente amedrentados para oponerles reparos, los invasores entregáronse a una grotesca politiquería, derrochando tinta, como si quisieran suplir con ella la sangre de los combates, según un escritor que los admira (4). Tomando el precedente de Soler, nombrado gobernador pri-

(4) Benjamín Vicuña Mackenna: *Ostracismo de Carrera.*

Digitized by Google

meramente por el Cabildo de Luján, hicieron que bajo la presión de las armas esa corporación reconociera como «Junta de Representantes de la Campaña», una «ridícula congregación de gauchos y de jueces de campo» (5) que obedeció a la orden de nombrar gobernador al general Carlos María de Alvear (30 de Junio).

Alvear y Carrera, separándose de López, se adelantaron luego con 800 hombres para subordinar al pseudo gobierno, varios pueblitos de las inmediaciones de Buenos Aires; y debido a eso, cayeron en su campo, en Puente Márquez, los comisionados del Cabildo de la ciudad, que regresaban después de conferenciar con López, quien se rehusó a tratar de paz hasta la designación de un nuevo gobernador que no fuese Soler. La entrevista de los comisionados y los generales de la vanguardia tuvo mucho de cómica; Alvear, despechado por varios desaires sufridos y naturalmente propenso a las demasías de lenguaje, preguntó si era cierto que en «el pueblo» mucha gente creía mejor reventar que verlo a él gobernando de nuevo. «El pueblo — contestó el doctor Castro con circunspección y firmeza — se ha pronunciado contra el señor general»; subiósele a éste la mostaza a las narices, e imprecó que si fuera cierto había de ahorcar a la mitad de los habitantes de Buenos Aires. Carrera, que se había mantenido a algunos pasos de distancia de su compinche, con aire burlesco, se aproximó soltando la risa y dijo: «Todavía Buenos Aires no ha visto moverse a mis muchachos cuando toca el clarín de saqueo». En definitiva, Alvear dijo a los delegados del Cabildo de la ciudad, que siendo él ahora gobernador de Buenos Aires, el general López gobernador de Santa Fe, nada tenía que estipular con la plaza, y les entregó copia del acta labrada por el congresillo de Luján, que tenía lista precisamente para enviar a sus adversarios; a ella acompañó una nota en la cual reclamaba el sometimiento, diciendo: «Basta de horrores y de

(5) Obra citada.

Digitized by Google

crímenes. Ya hace mucho tiempo que cuatro miserables han trabajado sobre la ruina pública, su crédito y fortuna; yo soy amante como el que más de la felicidad de mi país».

El 1° de Julio regresó la comisión, y los cabildantes llamaron a Pagola con vivas instancias, para enterarle del resultado; mas él negóse varias veces a concurrir, respondiendo con «los conceptos más injuriosos al honor» de la corporación, y al fin presentóse en compañía de un grupo de exaltados, que parecían energúmenos, y atropellaron la guardia de la casa; las palabras de introducción que pronunció, fueron: «Con dificultad he podido contener estos hombres que venían resueltos a degollar a los capitulares». Entrando a considerar el Cabildo los informes y documentos que le presentaron sus emisarios, resolvió llamar al pueblo de la ciudad a elecciones, para constituir una nueva Junta de Representantes, y delegar ante el caudillo López al regidor Ventura Zabaleta y al síndico procurador Luis Dorrego, contestando a Alvear que admitir sus pretensiones equivaldría a traicionar los derechos del pueblo que lo detestaba, advirtiéndole: «No se alucine creyendo que estos sentimientos son los de un partido o facción: son los del pueblo comunicados por su órgano».

Al día 2 salieron los emisarios, pero les fué forzoso volverse sin ver a López, porque Alvear y Carrera les atajaron el paso y les dieron otro manojo de papeles; al mismo tiempo, las tropas invasoras efectuaron un movimiento circunvalante, avanzando algunas hasta los Corrales de Miserere, lo cual se consideró una violación del armisticio tácito establecido mientras negociaban la paz.

Los cabildantes no pensaron ya sino en la resistencia por las armas, pero ella no ofrecía probabilidades de éxito, en el estado que marchaban las cosas. Los invasores se habían robustecido reuniendo milicias de la campaña; y la plaza, con Pagola y el Cabildo en desacuerdo, la tropa veterana anarquizada, los tercios de cívicos sin reunir y el pueblo a disgusto, habría sucumbido. Ya se ha dicho: ningún otro era apto como Dorrego

Digitized by Google

para dirigir la defensa; Marcos Balcarce, en su breve ejercicio de Comandante de Armas, quiso hacer preparativos, y ni siquiera consiguió se le presentasen los cívicos (6); por el contrario, el pueblo se amotinó a causa de su designación; menos resultados aún dieron los aspavientos de Pagola, que después de su proclama lanzó un bando, también inconveniente, llamando así a tomar las armas: «Os prometo haceros el cargo correspondiente con la pena, lo uno por ser causa vuestra, y lo otro porque mi sangre derramada y la de tanto ciudadano así lo exige; y del mismo modo, ordeno que todo aquel que tenga caballo o esclavo, lo presente en el término de seis horas». Los vecinos desobedecieron, prefiriendo el desastre a las vejaciones de un militarote.

Afortunadamente Pagola, por imprevisión, o por respeto a un compañero de anteriores desgracias, no tomó medida alguna tendiente a evitar la acción de Dorrego, quien tan pronto estaba ante el Cabildo Gobernador discurriendo sobre los negocios públicos, como al lado de los jefes de cuerpo de la guarnición, o en los alrededores de la ciudad comunicándose con jefes de milicias sólo obedientes al Cabildo. La aparición del enemigo en los Corrales sirvió de pretexto a los cabildantes para destacar una fuerza con el fin aparente de contenerlo, pero en realidad con el de debilitar a Pagola, facilitando su destitución y sometimiento por la fuerza. Para mayor disimulo, fijóse la atención en un jefe casi totalmente desconocido en Buenos Aires, donde se hallaba por primera vez: el coronel tucumano Gregorio Aráoz de la Madrid. El Cabildo Gobernador, sirviéndose de las pocas personas de la ciudad a las cuales estaba vinculado, lo hizo llamar a la sala capitular para ofrecerle el nombramiento de jefe superior de las fuerzas que habían de salir a batir al enemigo. Aráoz, compareciente, tendió la vista hacia un grupo de la barra, en el cual estaba Dorrego, y contestó: «Muy gustosamente me sacrificaré por ser-

(6) Mitre: *Historia de Belgrano.*

Digitized by Google

vir a este heroico pueblo y a V. E., pero advierto que hay en él jefes de mayor graduación (7) y de mayores conocimientos que yo, los cuales se resentirán con justicia porque se me confíe el puesto siendo forastero». Dorrego, aludido por un antiguo compañero de armas cuya idiosincrasia conocía bien, contestó: «Yo seré el primero que se honrará en servir a las órdenes del general La Madrid». Todo el concurso prorrumpió en vivas a los dos jefes, y entonces Aráoz aceptó el nombramiento y la misión que le brindaban. El bravío Comandante de Armas que era su amigo, lo recibió cordialmente y sin desconfiar nada, entregándole varios cuerpos de la guarnición y facultándolo a alistar voluntarios, para que hiciese una salida el día 3.

El Cabildo bonaerense se proponía constituir en el mismo día una nueva Junta de Representantes de la ciudad, ya electa, con el secreto designio de que nombrara a Dorrego Gobernador. Preparadas convenientemente las cosas, Dorrego, después de establecer inteligencias con los jefes de cuerpo que rodeaban a Pagola y estaban hartos ya de sus desmanes, se trasladó a Barracas llevando plenos poderes del Cabildo para exigir obediencia a las tropas de extramuros y campaña, con las cuales, principalmente, había de reducir a Pagola, cuando Aráoz de la Madrid hiciera la salida y el Cabildo llamase con sus campanadas y su bandera de alarma.

3. DORREGO SOMETE A PAGOLA Y REASUME LA COMANDANCIA DE ARMAS

Reunidos los representantes de la ciudad en el Cabildo, iban a proceder al nombramiento de Gobernador, cuando Pagola, que sabiéndose poco simpático no esperaba obtenerlo, se les presentó con ademán descompuesto, y les dijo a grito herido que no les prestaría acatamiento; arrebató los papeles, y muy

(7) Aráoz era sólo coronel graduado.

Digitized by Google

pronto los arrojó en pedazos por el balcón. Los cabildantes hicieron sonar la campana de alarma, para llamar a Dorrego en su auxilio, pero fuese que aquel jefe, no habiendo llegado la hora ni las circunstancias concertadas, estuviese desprevenido; fuese que Pagola hiciera interrumpir los toques demasiado pronto, el caso es que las fuerzas de Barracas no aparecieron, y Pagola se impuso brutalmente; antes de retirarse, dejó su firma al pie de un acta por la cual declaraba no consentir que la Junta se constituyera.

Vuelto al Fuerte el Comandante de Armas, encontró a Aráoz que le aguardaba hacía rato para convenir los detalles de su salida, e intemperante aún, le dijo: «He ido al Cabildo y allí encontré un grupo de personas que pretenden representar al pueblo; se me ha preguntado si sostendré sus deliberaciones y he respondido que no». Prosiguió después, con menos violencia: «Compañero, ya hoy usted no podrá salir, porque es preciso reunir junta de jefes; saldrá mañana».

Aráoz se dirigió cariacontecido al Cabildo, y conversó con los capitulares, que estaban furiosos. Díjoles que él no se solidarizaba con Pagola; que no quería coartar al pueblo sus derechos ni ajar a las autoridades civiles, y se disponía a retirarse a su casa. Ellos recogieron sus palabras ávidamente, y explotaron el estado de espíritu que revelaban; luego le hicieron instancia para que saliera de la plaza y se reuniera a Dorrego, aun contra las disposiciones del Comandante de Armas. «General,—exclamó en actitud solemne uno de los más ladinos,—no nos abandone a las tropelías de ese coronel». La lisonjera adjudicación de grados acabó de decidirlo,—parece que ya iba algo preparado para condescender,—y siguió la indicación, poniéndose en marcha a las pocas horas sin que nada maliciaran sus oficiales.

Dorrego contaba ya con una columna compuesta por cívicos, soldados desertores y simples ciudadanos, y además, como principal fuerza, las milicias de la campaña sur de Buenos Aires, en las cuales destacábanse dos cuerpos organizados por

Digitized by Google

el comandante Juan Manuel Rosas, brazo derecho del general Martín Rodríguez. Al quedar asegurado el concurso de Aráoz, el Cabildo convino dictar en el momento que Dorrego se lanzaba al asalto, un decreto destituyendo a Pagola y nombrando nuevo Comandante de Armas, levantar la bandera de alarma y tocar a rebato.

Incorporado Aráoz a la reunión de Barracas, Dorrego lo enteró que siguiendo instrucciones dadas por el Cabildo Gobernador, iba a ordenar la entrada a la plaza para sostener las resoluciones de aquél contra el insubordinado Comandante de Armas. Vaciló el primero, manifestando no atreverse a tomar parte en la operación sin enterar primeramente a los oficiales, por temor a las complicaciones que luego podrían sobrevenir. Los llamó a una junta y les enteró del proyecto; algunos se sorprendieron mucho al advertir el engaño sufrido, pero todos contestaron no restarles ya otra cosa que obedecer.

En el mismo día, o sea el 3, Dorrego se introdujo en la ciudad por la calle Buen Orden, al frente de más de 2.000 hombres. Al llegar a la altura de la plaza de Monserrat, encontró un fuerte acantonamiento de sostenedores de Pagola, y de ambos lados se efectuaron preparativos para combatir; mas antes que sonase un tiro, el animoso jefe de la columna asaltante se adelantó solo e hizo una calurosa proclama a los enemigos, que, siendo en gran parte cívicos, conmovióronse a la voz del que consideraban orgullo de los porteños, y corrieron a engrosar sus huestes.

Pagola, debilitado por fuertes golpes e inseguro de sus últimos sostenedores, se encerró con éstos en el Fuerte, quedando el Cabildo libre de su presión. En la casa municipal alzóse entonces la bandera, movióse con fuerza el badajo de la famosa campana, asomaron a los balcones los capitulares y arrojaron a la plaza—en la cual aparecía el público—ejemplares de una proclama que anunciaba haber sido destituído Pagola por su desobediencia y oposición a la elección de Gobernador, dándosele por sucesor a Dorrego, en quien debía tenerse con-

Digitized by Google

fianza, lo mismo que en el Ayuntamiento, cuyos miembros habían de morir antes que fuera permitido «el descrédito y ultraje» de los derechos ciudadanos.

Entre las aclamaciones de los numerosos voluntarios que se le habían unido al paso con el ardor de los días de la Reconquista, y de los que se congregaron frente al Cabildo, Dorrego entró con larga y nutrida columna a la plaza de la Victoria, al mismo tiempo que se efectuaban hábiles acantonamientos en los edificios que la rodeaban, para dominar con los fuegos al Fuerte, si era menester.

Dorrego recogió una de las proclamas del Cabildo, y al disponer la formación en la plaza, hizo que los jefes de importancia que estaban a su lado lo reconocieran e hicieran reconocer por las tropas, como Comandante de Armas; Aráoz, que no había penetrado las causas del ofrecimiento que le hiciera días antes, de permitirle a él colocarse en mayor altura que la suya, y que sin fundamento alguno aspiraba a beneficiarse grandemente en la jornada, vió el castigo de su avilantez en ese momento, y mucho más cuando Dorrego, triunfante, le hizo saber que lo destinaba a la simple jefatura de un cuerpo (8).

(8) «Poco me faltó para soltar la risa, — dice en sus *Memorias* refiriendo el episodio, — al conocer el papel que se me había hecho representar desde que se creyeron salvos por mi nombre, en virtud del entusiasmo del pueblo a mi favor; pero me contuve y después de impuesto del decreto del Cabildo, que no era tirado, por cierto, ni impreso en aquel momento ... tuve que cumplir lo que me ordenaba mi nuevo jefe». Estas palabras han inducido al general Mitre, a suponer que Aráoz aparecía con el mando superior de la columna asaltante; pues dice en la *Historia de Belgrano,* que las operaciones se realizaron «bajo la inteligente dirección de Dorrego, que se eclipsaba aparentemente ante la personalidad de la Madrid». No hubo tal eclipse, ni es concebible, dado que en la columna iban jefes cuya graduación e importancia, permitía la dirección de Dorrego, cuya reputación y cuyos empleos anteriores valían más que las palmas de general, pero no la de Aráoz; de la simple lectura del relato que este personaje hace en sus *Memorias,* relato que en esta parte es más preciso y claro que en casi todas las otras, resulta que Dorrego era el jefe superior. Es posible que Aráoz, antes de conocer el nombramiento de Comandante de Armas, no se creyera propiamente subalterno de Dorrego, sino apenas su cooperante y en consecuencia su rival, pero nada más. Lo de afirmar que el pueblo se entusiasmara con su nombre después de haber dicho, — renglones más atrás, — que el pueblo de Buenos Aires no lo conocía, es necesario considerarlo junto con la idiosincrasia del cronista, cuya vanidad lo arrastraba con frecuencia a tales supercherías.

Digitized by Google

El Fuerte permanecía silencioso, pero bien guarnecido. Dorrego, sin escolta, se adelantó hacia él, ordenando al oficial que mandaba la guardia, bajase el rastrillo, pues iba a entrar por la puerta principal, a ocupar su puesto. El oficial obedeció y no se produjo ningún movimiento de resistencia (9); las tropas que acompañaban a Pagola en su última trinchera, no vieron en Dorrego sino al héroe de Buenos Aires.

Entró, ordenó a los cuerpos que ocupaban el edificio, pasaran a la plaza para reunirse a los suyos; y luego buscó a su vencido rival, quien hallábase junto al murallón del río, meditabundo y hosco. Le tendió los brazos al cuello; le dijo que la discrepancia que los separase momentáneamente, no entibiaría una larga amistad que comunes sufrimientos habían puesto a prueba de contrastes, y terminó pidiéndole se constituyera en arresto para dar satisfacción al Cabildo, comprometiéndose a suavizar su situación personal y hacer que a los pocos días pudiese volver a ocupar un puesto honroso en las líneas de defensa. Pagola, que bajo su exterior brusco y fiero escondía un fondo de nobleza, se conmovió con actitud tan generosa, y siguió todas las indicaciones como si provinieran de un hermano mayor y más juicioso. Este cuadro de perdón y ternura — ternura de dos leones en medio de los desenfrenos del año XX—ofrece, por la parte de Dorrego, un hermoso ejemplo de salud intelectual, triunfadora de un ambiente que parecía denunciar agudas neurosis colectivas. ¡Ah, si el precedente hubiera sido respetado en las luchas civiles que siguieron, no se habrían transmitido de padres a hijos aquellos odios que tantos charcos de sangre dejaron en los valles y que poblaron de cruces las cuchillas!...

Dorrego se retiró al Fuerte un momento después; envió allí una guardia de su entera confianza; distribuyó convenientemente las demás tropas para la defensa, y todo quedó en perfecto orden dentro de la plaza donde, pocas horas antes, había

(9) Vicente F. López: *Historia de la Revolución Argentina.*

Digitized by Google

sólo confusión y desaliento. El pueblo experimentó una sensación de descanso y bienestar, sin que sus fibras perdieran la tensión. La popularidad del vencedor de Pagola llegó a uno de los períodos más álgidos, y se le comparó en aquellos días con Temístocles, lo que no era de mal gusto, pues como dijo un historiador (10), «en su fisonomía había algunos rasgos de los héroes de las repúblicas griegas» (11).

El Cabildo hizo una exposición a Dorrego, siendo éste ya gobernador, refiriéndole los desafueros cometidos por el coronel Pagola durante su turbulento ejercicio de la Comandancia de Armas, y pidiéndole la iniciación de un sumario. Dorrego siguió la indicación; mas una vez considerado un oficio que Pagola pasó — y fué acompañado de un manifiesto al pueblo, en el cual hablaba de Grecia y Roma para argumentar que las dictaduras militares podían inspirarse en levantados móviles — la misma corporación pidió se suspendiera el procedimiento, declarando que su honor estaba satisfecho con el arresto sufrido por Pagola, sus excusas, y el interés que mostraba por actuar en la defensa de la ciudad (18 de Julio) (12).

(10) MITRE: *Historia de Belgrano.*

(11) El doctor Vicente F. López, después de referir la renuncia y fuga de Soler, dice:

«Con este motivo, el famoso panfletista fray Francisco Castañeda, encabezaba una de sus populares «Némesis» con estos versos, que por lo mismo de ser de brocha gorda, se introducían profundamente en el ánimo y se fijaban en el oído de la muchedumbre popular:

Ahorcados habrán de ser,
López, Alvear y Carrera;
Sin dejar de agradecer,
Que nos hayan libertado
De Pagola y de Soler.

«La fuga de Soler y la concentración del mando político y militar en manos de Dorrego, produjo un verdadero sentimiento de consuelo, en el atribulado vecindario de la Capital. Su natural bondadoso (habla de Dorrego), la alegría y la animada franqueza de su espíritu, produjeron un general sentimiento de seguridad individual, que unido a la autoridad de su valor y eminentes cualidades militares, dieron confianza que bajo su dirección, la ciudad se salvaría sin que fuese preciso oprimir, agraviar, ni perseguir a nadie por opiniones anteriores o alarmas presentes. «Comenzamos (decía un contemporáneo), a respirar a pulmón abierto en aquellos días: a dormir sin temor de que un enemigo personal golpease nuestras puertas, para llevarnos a la cárcel a altas horas de la noche». (*Historia de la Revolución Argentina*).

(12) DORREGO: *Boletín número 1.*

Digitized by Google

Mayor perjuicio que Pagola sufrió, a consecuencia de la sublevación de éste, un hombre más notable, a quien con algún fundamento señalóse como instigador y, con excesiva malevolencia, como redactor de desatinados escritos. Me refiero al doctor Pedro José Agrelo, que los directoriales perseguían con un odio mortal y apodaban «Pedro el cruel», exagerando la inflexibilidad de su carácter; ahora sus propios amigos, los dirigentes del partido de la reforma, llegaron a juzgarlo como a un sembrador de tempestades, al cual no corregían la experiencia ni los años; indudablemente, por esta causa, su posterior actuación es insignificante y no coincide con sus pasados servicios, su saber y sus sólidas virtudes.

4. SITIO DE BUENOS AIRES. DORREGO CON EL TÍTULO DE GOBERNADOR DE LA CIUDAD DIRIGE LA DEFENSA

Los invasores, ocupados en sacar ventajas de la campaña norte de la provincia que dominaban, y confiando que la Capital caería por desaliento y cansancio, trataban de dar carácter legal a su guerra de conquista o de rapiña, como ya se ha dicho, y retardaban la acción militar contra la ciudad. El avance que ejecutaron el día 2, sin embargo, respondía a la maniobra que completaron en la noche del 3, sitiando la plaza en la siguiente colocación: López estableció su campamento en Santos Lugares, dominando todos los pueblos vecinos con pequeñas partidas; mientras, Alvear y Carrera se establecían en Flores y Chacarita respectivamente, extendiendo sus líneas avanzadas desde la Recoleta a Barracas, dejando a la espalda, como reserva, en Morón, el batallón de Cazadores rendido, que conservaba a la cabeza a su jefe el coronel Celestino Vidal, y en Luján la compañía del «Fijo».

Las tropas sitiadoras, engrosadas con prisioneros y milicianos voluntarios y forzados, de la provincia invadida, constaban de unos 2.500 hombres de las tres armas; pero la línea que tendieron fué demasiado extensa y, por consiguiente, débil,

Digitized by Google

pudiendo escurrirse por ella las divisiones que se desprendieran de la plaza. La verdad era que la oportunidad de vencer se había alejado ya mucho para los invasores; pero los caudillos de la empresa mostrábanse, a pesar de todo, optimistas, y Alvear, el más interesado en seguir adelante, proclamó a sus soldados diciéndoles: «Desde aquí hasta la plaza todo es vuestro».

Dorrego acantonó sus tropas como para repeler un asalto, reservándose una fuerte división de caballería a sus inmediatas órdenes, con la cual recorrió el frente de su línea estudiando los puntos débiles de la enemiga, y mantuvo francas sus comunicaciones con la campaña — cuya parte sur dominaba — protegiéndola con sus propias milicias, que, siempre al mando del general Martín Rodríguez, destacó en el Chingolo.

Dorrego dió dos proclamas, una al pueblo y otra al ejército, para pronosticar que Buenos Aires recuperaría su fama, dejando de ser «befa y diversión» de los hombres injustos que la agredían sin motivo real ni aparente, y para ofrecer amnistía y aun recompensa, a los desertores que volviesen al ejército.

Todo era en él honorabilidad, decencia y circunspección, sin que le escasearan energía y arrojo. El pueblo se sintió sacudido como por un chispazo eléctrico, y la defensa se transformó súbitamente; avivóse el fuego del patriotismo, aumentó el espíritu bélico como por un contagio enorme, y desde ese momento la ciudad fué salva con sólo discreta dirección. (13).

A un reclamo que el Cabildo había hecho por el avance de los invasores sobre la ciudad, López contestó que no desconocía las intenciones pacifistas de la corporación, «pero, agregaba, revelando no haber comprendido que el movimiento de la ciudad era realizado por Dorrego contra Pagola — si la

(13) «Bajo la hábil y activa dirección de Dorrego, el Municipio cambió de aspecto. El espíritu público se reanimó. Los cívicos corrieron con entusiasmo a ocupar sus puestos de combate. Los vecinos subieron espontáneamente a las azoteas. La tropa de línea se moralizó. El Cabildo entró de lleno en una política de resistencia, rechazando toda negociación. A las veinticuatro horas Buenos Aires contaba con 6000 defensores dentro de su recinto.» (BARTOLOMÉ MITRE: *Historia de Belgrano*).

Digitized by Google

fuerza armada está al mando de uno de los jefes que con más bárbaro encono puso a precio nuestras cabezas (?) en la orden del día del 27; si se aumentan las medidas de defensa; si se recogen al pueblo y se reunen las milicias de campaña — nosotros no podemos mantenernos inmóviles». Las hostilidades, pues, quedaban rotas.

El día 4 se constituyó la Junta de Representantes y nombró a Dorrego gobernador de la ciudad, con la obligación de reconocer en aquel cuerpo colegiado «la supremacía del pueblo» (¿era una maligna y calculada reserva, inspirada por recelos partidistas aún no desarmados?), y el mismo día corrió la primera sangre. Dorrego que conocía el valor de la opinión y gustaba del aplauso que le prodigaba, dábale cuenta de las operaciones por medio de frecuentes boletines.

Habían adelantado las avanzadas santafesinas y chocaron con patrullas de la plaza en los tapiales de Altolaguirre y en las inmediaciones de Cueli (Palermo), siendo rechazados los sitiadores que dejaron en el primer lugar 1 muerto y 5 heridos, y en el segundo 2 muertos.

El día 5 se acrecentó el entusiasmo de los defensores, y aumentaron los tercios de cívicos en una tercera parte. Dorrego con una columna de 400 milicianos campesinos, que por entonces llamaba «Paisanos Voluntarios» y más tarde «Caballería Nacional», arremetió al anochecer las avanzadas de Carrera «sin que las líneas de defensa de la ciudad hicieran el menor movimiento»; pero el enemigo se retiró perseguido al campamento de Colegiales de la Chacarita, sin daños de importancia. Alvear y Carrera, intimidados por este movimiento, retrocedieron por la noche para concentrarse en Morón.

El 6, las avanzadas de la plaza se extendieron hasta Flores, y Dorrego recibió interesantes comunicaciones de la campaña. Los invasores eran odiados en ella, por saqueos que sufrieron Luján y Morón, y desmanes cometidos en Flores y Barracas. «Los destrozos y robos de estos malvados—decía el boletín del siguiente día—han sublevado todo el territorio que han pisado».

Digitized by Google

El general Rodríguez, secundado por el comandante de escuadrón José Hilarión Castro, se desenvolvía con fortuna al sur, aumentando sus soldados. Al retrogradar los enemigos, Dorrego temió que intentaran sorprender a Rodríguez, o a Castro que el 5 había recibido la incorporación de las milicias de Lobos en Cañuelas, apresando además, el mismo día, una comisión de 7 hombres, despachada por Alvear para «seducir la campaña», en la cual iban tres oficiales. Dorrego envió repetidos avisos a los jefes en peligro, y destacó para reforzarlos, al coronel Aráoz de la Madrid con un cuerpo de «Dragones» recientemente creado. Aráoz, cediendo a sus resentimientos y caprichos estrafalarios, se resistía a salir de la ciudad, alegando que no podía ejecutar la marcha sin buena caballada, que era imposible conseguir en la plaza; desatendiendo la indicación que le hacía Dorrego, según la cual había de tenerla — suministrada por Rosas — tan pronto llegase al Puente de Márquez; sostenía que «iba a perecer a manos de López» inmediatamente efectuada la salida. Dorrego se impacientó al fin, y exclamó vivamente: «¿Dónde quiere usted recibirse de la fuerza? ¡Yo la sacaré para entregársela donde le cuadre!» Picóse, entonces, el amor propio del bravo tucumano, que protestando no era menester lo ofrecido, se puso en marcha después de hacer montar sus soldados en los pocos y malos caballos que los alcaldes de barrio pudieron requisar; llegó al Puente de Márquez sin contraste, y de allí, con elementos de movilidad en abundancia, siguió a San Vicente, donde reunióse al general Rodríguez (14). Cierto que a su lado iba un paisano astuto, baquiano insuperable — el comandante Juan Manuel Rosas—que tan pronto aparecía en la ciudad para atender las órdenes de Dorrego, como volvía a la campaña para auxiliar a Rodríguez.

Dorrego, que había nombrado ministro de gobierno a Manuel Balbastro y de la guerra al general Marcos Balcarce, uti-

(14) Aráoz de La Madrid: *Memorias*.

Digitized by Google

lizaba a los directoriales en la defensa, sin repugnancia alguna; sabiendo que la campaña norte de la provincia había quedado en libertad a espaldas del enemigo, nombró comandante de ella al general José Rondeau, y lo envió a promover la reunión de nuevos sostenedores de la causa.

La acción enérgica del jefe de la defensa estuvo en armonía con el lenguaje que usaba. Refiriéndose a las depredaciones de los invasores en los suburbios, Dorrego dirigió a López una nota conminatoria, parecida a los carteles de desafío de los caballeros antiguos; decíale que su invasión era bárbara y criminosa, violatoria también de los convenios de paz y el derecho de gentes; «las competencias que ha suscitado la inmoralidad de Alvear — terminaba — no dan a V. S. el menor derecho a mezclarse en ellas, ni como protector... ni como juez de sus aspiraciones a un mando que no obtendrá sino cuando no exista en Buenos Aires un solo habitante que conozca su dignidad y derechos».

El día 7, un núcleo importante de los sitiadores salió de Morón, y en la ciudad creyóse tratárase de dar el golpe previsto, al comandante Castro; pero los caudillos sentían ya flaquearles el ánimo; muchos de los milicianos que reunieron se les desgranaban por la campaña, y algunos soldados desertábanseles para pasar a las filas de Dorrego.

En la mañana del 8, presentáronse en la plaza 5 soldados del batallón de Cazadores número 2, e informaron al gobernador que todo el cuerpo deseaba unírsele; es presumible le llevaron un chasqui del propio comandante Vidal dándole exacta cuenta de las posiciones de los caudillos tras la línea del sitio, las cuales permitían el pronunciamiento de los Cazadores, toda vez que de la ciudad se desprendieran tropas oportunamente, para apoyarlos y facilitarles la entrada a ella. Dorrego se apresuró á sacar partido, haciendo adelantar su línea de defensa a las 10 a. m., y, aprovechando que los sitiadores se habían retirado de Barracas dejando descubierta su derecha (sur de la ciudad), inició una operación atrevida. El

Digitized by Google

boletín de ese día, firmado por Balcarce, ya anunciaba un suceso próximo: «El señor gobernador, a la cabeza de un cuerpo respetable de caballería, marchó a las dos de la tarde. El resultado de la operación se sabrá pronto y se espera será muy lisonjero».

Pero alarmados por las deserciones o engañados sobre las tropas de Castro, los sitiadores, después de lanzar un destacamento contra éste, desistieron de atacarlo, reconcentrando toda su retaguardia en el pueblo de Morón; por esta emergencia, el pronunciamiento de los Cazadores no pudo efectuarse, a pesar del auxilio de la plaza; Dorrego tuvo que decidirse por su postergación, y a las 9 de la noche estuvo de vuelta. Afortunadamente, los adversarios no advirtieron su asechanza, que había de continuar.

Los Cazadores cautivos, continuaron comunicándose con Dorrego; por ellos supo que Rodríguez corría peligro de ser atacado durante la noche en su campamento del Chingolo, pues luego de la concentración mencionada debían salir tropas sitiadoras del pueblo de Morón.

Rodríguez fué prevenido para que al cerrar la noche se pusiera en marcha dejando los fogones encendidos, a fin de engañar al enemigo.

Una hora después de su regreso a la ciudad, enterado Dorrego que los «Cazadores» habían vuelto a quedar solos en Morón, les envió aviso para que estuviesen alertas esperando el apoyo que no tardaría en ofrecerles; y a media noche ordenó a Rodríguez, que se había puesto a cubierto del puente de Gálvez, destacase una división de caballería de 300 hombres al mando del coronel Aráoz de la Madrid, para que se uniera a Vidal.

Aráoz se presentó frente a Morón al amanecer, acuchilló una partida de 50 enemigos que encontró en los suburbios del pueblo custodiando ganados, e hizo varios prisioneros de ella; uno fué el mayor santafesino Domingo Ramírez. También se apoderó de 400 caballos y algunas vacas.

Digitized by Google

Inmediatamente fué notado por los «Cazadores», asomando al frente de una patrulla el segundo jefe del cuerpo, quien, después de cambiar algunas palabras con Aráoz, volvióse para llamar al coronel Vidal, que no tardó en acudir para combinar los detalles de su pasada a la ciudad.

Los «Cazadores» y el destacamento de Aráoz se unieron y rompieron marchas. Una nueva división desprendida por Dorrego y que llevaba al frente al coronel Domingo Sáenz, se les incorporó; y en la tarde del día 9, Dorrego, que se había trasladado con su estado mayor y los tercios de cívicos a los Corrales de Miserere, recibió a los «Cazadores» y sus auxiliares. Al anochecer se realizó la entrada en la ciudad entre salvas de artillería y las aclamaciones de un inmenso gentío. Desde la plaza de la Victoria hasta los suburbios, había tropas escalonadas para rendir honores al cuerpo rescatado.

La pérdida que acababan de sufrir los invasores era sensible, pero aún tenía Dorrego otros motivos de regocijo. Al presentársele Aráoz en los Corrales, le había dicho: «Todo el sur se está batiendo; los paisanos solos hacen la guerra al enemigo»; y el boletín del día consigna: «Todas las noticias que llegan son que el sur en masa defiende sus propiedades y vidas con resolución, haciendo castillos de las casas más fuertes, en las cuales se reunen los vecinos para resistir (impedir) con las armas, las tropelías, asesinatos y robos que causan por dondequiera pasan, esos que tantos bienes ofrecen al país en las circulares y cartas que los mismos paisanos han interceptado».

El comandante Castro no sufrió ningún contraste en sus atrevidos movimientos; lejos de eso, batió una descubierta enemiga haciéndole 2 prisioneros y 1 muerto; así lo anunciaba desde Cañuelas, donde se estacionó tranquilamente. Una partida de 50 santafesinos que se hizo sentir en las inmediaciones de Las Conchas, fué derrotada primeramente por el capitán de milicias de la costa Angel Castillo, que le mató 6 hombres y le tomó 6 prisioneros; horas después, la misma partida

Digitized by Google

santafesina fué alcanzada por el capitán de milicias de San Isidro, José María Moreno, que le causó 15 bajas más: 3 muertos, 1 herido y 11 prisioneros, entre éstos el teniente José Zapata y el alférez José Antonio Palomeque; las milicias porteñas sólo tuvieron 2 heridos y 1 contuso, que fué el mismo Moreno, quien pasó a la ciudad conduciendo a los prisioneros.

El día 10, López, furioso por los golpes sufridos, firmaba una nota dirigida a Dorrego para contestarle, y que empezaba con estas palabras ridículamente hinchadas: «No imponen al Ejército Federal en el curso de sus victorias, las impresiones insultantes con que V. E. pretende denigrarlo ante el mundo ilustrado»; sostenía que las atroces depredaciones que habían motivado los apóstrofes del gobernador de Buenos Aires, eran obra de «un grupo de bandidos, resto de las tropas del cobarde Soler», protestando: «No soy por carácter ese genio de ferocidad con que V. E. me distingue, ni puedo, por mis sentimientos, entregar al saco a una provincia o ciudad entera, como lo hizo V. E. y algunos de sus compañeros, en mi país natal». Pero después de las bravatas, venía una categórica proposición de paz; afectaba justificar su presencia en territorio bonaerense, con los catorce diputados reunidos en Luján, y que ahora iban al lado de Alvear, formándole risible séquito: pretendía que ellos «habían reclamado su protección», asegurando que «ni él podía desampararlos, ni Buenos Aires aspirar a otra cosa que reunirlos a los colegas de la ciudad, para que unos y otros designasen el gobernador propietario». Dorrego publicó este oficio con notas, en una de las cuales consignaba detalles de su desempeño, como mayor general de Díaz Vélez, en una de las campañas de Santa Fe, para demostrar que «siempre había hecho respetar las propiedades y guardar la más rigurosa subordinación».

López estaba en verdad muy desmoralizado, y en sus confidencias a los dos codiciosos y parlanchines compañeros, reconocía el fracaso de la conquista y el deseo de volver a sus lares, donde se tenía más fe. Alvear y Carrera, menos saga-

Digitized by Google

ces, querían insistir, pero no lograron quebrar el cálculo, ni la resolución basada en el cual, López retornó. El día 12 todas las tropas de los caudillos, retirando las avanzadas de los alrededores de la ciudad, se concentraron por última vez en Morón; y luego, dividiéndose, rompieron marchas a Luján y Pilar. El sitio quedaba definitivamente concluído.

El 13, Dorrego revistó los tercios de cívicos en la plaza Lorea y la «Caballería Nacional» en los Corrales de Miserere; licenció una parte de sus milicias, y dió gracias en una proclama, por «el valor, la constancia y la subordinación con que habían sido ejecutadas sus órdenes», anunciando que los enemigos se retiraban perseguidos. El pueblo y las tropas aclamaron gozosamente al experto general que había dado nuevos días de gloria a Buenos Aires, sin luto para sus hogares (15).

5. LA GUERRA EN LA CAMPAÑA

El mismo día que Dorrego anunciaba a sus soldados habían quedado triunfantes, salió de la ciudad una comisión compuesta por los doctores Castro y Cosio y el edecán Planes, la cual llevaba la representación del Gobernador y el Cabildo, e iba a tratar la paz con el caudillo santafesino, sobre las bases

(15) Creo conveniente reproducir los juicios de nuestros dos grandes historiadores, sobre el sitio de Buenos Aires:

«La invasión podía considerarse vencida por el esfuerzo popular que la ciudad y los cívicos habían ejercido bajo la dirección de Dorrego. Era él quien había dominado y contenido a Pagola: quien había reunido y organizado las milicias y los tercios: quien había recuperado y remontado en seis días los batallones veteranos: quien había vuelto a formar el escuadrón de «Dragones»: quien había conciliado los partidos y dado término a la disidencias políticas. Había, pues, salvado el pueblo de Buenos Aires, y pronto tendría ya una división con qué acometer y perseguir tenazmente al enemigo, que había triunfado de Soler diez días antes en la Cañada de la Cruz». (VICENTE F. LÓPEZ: *Historia de la Revolución Argentina*).

«Hacía quince días que había tenido lugar la estruendosa derrota de la Cañada de la Cruz, y el cerco de la ciudad había durado una semana. Al cumplirse los quince días, Buenos Aires estaba triunfante, sin perder un hombre y casi sin disparar un tiro. Es la guerra más feliz y más incruenta en los anales de las luchas civiles de la República Argentina, y su laurel cívico corresponde al gobernador Dorrego, que la dirigió con tanta decisión como habilidad y prudencia.» (BARTOLOMÉ MITRE: *Historia de Belgrano*).

Digitized by Google

siguientes: desocupación de la provincia por todos sus invasores; entrega a su gobierno de los prisioneros y la artillería tomados en la batalla de la Cruz; reunión de un congreso nacional árbitro de todas las cuestiones interprovinciales, y retiro de toda protección al aspirante Alvear. «Si no acceden a estas razonables proposiciones — decía Dorrego en un boletín — tendremos la gloria de ir a su territorio a obligarlos que entren por las condiciones que en tal caso corresponden».

El 15, la comisión estuvo de vuelta con un oficio de López que decía «haber manifestado sus sentimientos a favor de la desgraciada provincia, sin faltar a sus deberes y sin abandonar los pueblos que llamaron en su auxilio al ejército de su mando». Dorrego publicó también esta comunicación de su adversario, con notas en las cuales burlábase del pretendido llamamiento y el mote de «desgraciada», aplicado a su provincia.

Los ideales nacionalistas reverdecían con vigor en la Atenas del Plata, salvada de la barbarie gaucha — representada por López y aliada a la reacción monárquica encarnada por Alvear. Dorrego, al otro día de su victoria, piensa poner mano en la obra de la organización argentina, de acuerdo con el tratado público que subscribió Sarratea; y socorrer a las provincias irredentas del Alto Perú y la Banda Oriental, para que puedan pertenecer a la asociación. Coincide con tan plausibles propósitos la circular-manifiesto que dirigió a todos los Cabildos el 17 de Junio, explicando los trances dolorosos en que se había visto envuelta su provincia, y afirmando que el reinado de la justicia sobre los negocios internos y externos se lograría únicamente después de efectuada la unión nacional. «Me creo en la obligación de invitar y aun conjurar a V. S., en nombre de la patria — copio — para que con todo el influjo de su autoridad promueva la pronta y libre elección de los representantes para el congreso general que ha de ser la suerte del país; pues mientras nos hallemos sin un centro de unión, presentamos el cuadro más melancólico, y la patria se mantiene a una línea de distancia de un trastorno que

Digitized by Google

inutilice para siempre las sanas intenciones de los verdaderos amantes de la libertad y el orden».

Mientras López seguía hacia el Pilar, Alvear y Carrera, desde Luján, hicieron enviar por la titulada «Junta de Representantes de la campaña», de cuyos miembros ha dicho un historiador (16) eran pobres hombres pedidos a los alcaldes rurales con autorización para elegirlos ellos mismos y mandarlos como «reses de auxilio para comer»; hicieron enviar, decía, una larga exposición proponiendo la paz al gobierno de la ciudad. La respuesta fué tan concisa y clara, como ampulosa y obscura había sido la obertura: «Mientras el Ejército Federal no desocupe la provincia y deje a ésta en plena libertad para elegir su representación y gobierno, el Cabildo no puede entrar en tratado alguno, ni reconocer autoridad que no emane de aquel origen; reservándose a su libre y soberana resolución el arreglo de todos sus negocios y discusión sobre la amnistía universal a que el Ayuntamiento se ha presentado antes de ahora».

Alvear y Carrera se proponían continuar la guerra en la campaña. El segundo, que era el más despechado e inquieto, separóse del primero y cayó sobre San Isidro, donde había una guarnición de sólo 125 hombres mandados por el mayor Julián Vega. En la mañana del 17 el pueblo fué asaltado; y después de un breve combate, los defensores, no pudiendo soportar más el fuego de la División Chilena, se retiraron a la Capital. San Isidro fué entregado al saqueo por el caudillo chileno, quien, después de eso, como si fueran necesarias mayores violencias, obligó a todos los hombres aptos para llevar las armas que pudo tomar, a servirle en su aborrecida hueste. El suceso causó alguna sorpresa en la ciudad, donde generalmente se creía a los enemigos más alejados y menos emprendedores; pero quien lo produjo, confundiendo el terror que su soldadesca causaba a las indefensas familias con el

(16) MITRE: *Historia de Belgrano.*

Digitized by Google

espíritu de los soldados y milicianos que habían de arrojarlo muy en breve de la provincia, se jactó en esta forma, en carta escrita a su esposa: «La situación del enemigo es tristísima. Cuando él anunciaba en sus boletines que se retiraba el Ejército Federal destruído y aterrado, me aparezco a cinco leguas de la Capital y deshago su principal caballería (sic). Persuádete que Buenos Aires debe sucumbir por el estado de terror absoluto a que están reducidos todos sus habitantes. O sale Dorrego y lo acabamos apenas pase el Puente de Márquez, o la campaña toda, desesperada por el abandono en que se ve, se echa en nuestros brazos, como ya me lo ha prometido».

El 20, Carrera entró en San Francisco; pero fué después de dominada la heroica resistencia que opusieron los vecinos armados para defender sus propiedades y derechos; luego se abstuvo de atacar Las Conchas, donde se preparaba una defensa aún más enérgica, con mayores elementos; y siguió su marcha hacia el norte, encontrando por doquiera repugnancia y odio — que inducían a todos los vecinos a oponérseles hasta el último extremo (17) — hasta llegar a San Nicolás, donde se unió a Alvear, quien hizo la misma retirada por distinto camino. El percance de San Isidro apresuró los preparativos de Dorrego para salir a campaña. La Junta de Representantes le concedió antes la autorización competente, y nombró gober-

(17) Reproduzco, aunque juzgándolo exageradísimo, el siguiente relato:

«A pocos dias de esta marcha, que iba marcando con un reguero de sangre la región occidental del Paraná, sendero elegido por la División Chilena, tuvo lugar otro combate en que a lo heroico de la bravura del soldado, se añadió lo fantástico de los accidentes y horrendo aparato de la naturaleza. En el paraje denominado «Los Hermanos», dilátase el gran rio en una tortuosa red de corrientes rápidas, que interceptan varias islas de diversos tamaños. Súpose por Carrera que en una de estas islas se mantenia oculta una partida de más de dos mil caballos, custodiada por una fuerza respetable. En el acto se resolvió arrebatar aquella magnífica y oportuna presa. Mas como era preciso trabar un combate más bien acuático, marchando al ataque nadando sobre los caballos y con el sable sostenido entre los dientes, solo se permitió a los más bravos y los más diestros, el bajar a la barranca para ejecutar aquella atrevida maniobra.

«Desnudados ginetes y caballos y sin más aparejo que las carabinas, el sable y las riendas, echáronse al primer canal nadando hacia la opuesta orilla, donde los enemigos sostenían un fuego nutrido de tercerola y fusil. Mas luego que llegaron a las manos, volvieron aquellos las espaldas y a su turno ganaron la isla vecina cru-

Digitized by Google

nador substituto al general Marcos Balcarce. Dorrego se puso en movimiento el 18 de Julio a la cabeza de 1.000 hombres — en su mayoría reclutas — y se situó en Luján, donde se le incorporaron Rodríguez y Rosas con 3 o 400 milicianos.

El gobernador porteño llevaba de mayor general al caballeresco Hilarión de la Quintana, y tenía a sus órdenes al mayor santafesino José Obando, que, siendo enemigo político y personal de Estanislao López, había tomado partido contra él. A este oficial, que era valeroso y activo, y además gozaba de algún prestigio entre sus comprovincianos, comisionó Dorrego para que, adelantándose sigilosamente y a marchas forzadas con una fuerte partida, llegase a Pergamino para dar libertad a los prisioneros de La Cruz que estaban en dicho punto custodiados por un destacamento al mando del mayor Bernal, oficial que López distinguía especialmente. Obando cumplió el encargo con mucha rapidez y limpieza. Tomando el frente a López, entró en el pueblo de Salto, donde se le plegó el comandante Francisco Ulloa con un núcleo de vecinos no despreciable, y luego cayó de sorpresa sobre Pergamino, poniendo en fuga a Bernal y rescatando los prisioneros porteños.

López, al saberlo, no pudo dominar su furia y apresuró la marcha hacia el norte, ansioso de vengarse del golpe que, la circunstancia de haberle sido aplicado por un comprovinciano

zando el inmediato canal, arreando por delante los centenares de caballos que apacentaban.

«Trabóse desde este instante un combate fantástico y extraordinario. Nadando de canal en canal y refugiándose en la isla, la pelea continuaba con crudeza por una y otra parte. Las aguas del río resbalaban sobre sus márgenes cada vez que los caballos en confuso tropel se precipitaban en los canales, pereciendo muchos, antes de ganar la escarpada orilla de las islas vecinas, hasta que esta escena singular y terrible, que los chilenos contemplaban formados en línea desde la alta barranca de la margen principal, se cargó de los más sombríos colores y el estruendo y los rayos mezclaron sus fuegos y su imponente estampido al furor de aquel combate extraordinario. «Serían como las once de la mañana, dice un testigo de vista, que tomaba parte en aquella jornada, cuando súbitamente se desencadenó una espantosa tempestad de lluvia, truenos y rayos. Las armas de fuego se inutilizaron de este modo, y como la contienda iba a decidirse por el filo de la espada, los enemigos desesperaron el éxito y se embarcaron en grandes balsas, ganando aguas abajo a otra isla considerable, dejando en nuestro poder sus mujeres e hijos, y cerca de 2.000 excelentes caballos.»

Digitized by Google

que podía llegar a ser su rival, hacía más mortificante. Dorrego interpretó que el apresuramiento de su adversario tenía por objeto recibir refuerzos, y aunque en los días anteriores no se había dado prisa por encontrar un campo de batalla, esperando que sus milicias adquirieran el ardor y la seguridad con que debían presentarse en él, ahora avanzó rápidamente, tratando de producir un choque. López recibió 50 hombres de refuerzo solamente, y se escurrió al Arroyo del Medio con bastante apretura y pérdida de casi todas las milicias bonaerenses que tenía, y las cuales se le dispersaron. Además, la vanguardia porteña obligó a rendirse, en esta persecución, a 22 montoneros armados; tomó al teniente santafesino Marcelino López y un diputado del congresillo de Luján; rescató los prisioneros que llevaba el caudillo, entre los cuales se contaron el sargento mayor Antonio Ramírez, el teniente Manuel Romero y el subteniente Santiago Salomón, y se apoderó de 1 cureña, 3 armones, 1 boyada y 400 caballos.

El odio de López a Obando no causó daño alguno a éste, pero sí al infeliz Bernal, que algún tiempo después murió fusilado por inepto. El 29 de Julio, se incorporaron con toda felicidad a las tropas de Dorrego varios de los prisioneros libertados por Obando, entre ellos, el coronel Francisco Montes Larrea, el teniente coronel Emilio Salvigni, el sargento mayor Mariano Mariño, el capitán Antonio Bianchi, los tenientes Antonio Britos y Adriano Bergara y el alférez Nicolás Alvarez. El 30 llegó el resto, en el cual destacábase el general Domingo French, mirado con justicia como una reliquia santa de la Revolución de Mayo.

6. BATALLA DE SAN NICOLÁS

Arrojado López hacia su provincia y habiéndosele impedido unir sus huestes con las de sus «a láteres» Alvear y Carrera, Dorrego—en vez de continuar persiguiéndolo—cambió de plan y puso sus miras en San Nicolás. Allí estaban las tropas de Al-

Digitized by Google

vear y Carrera fortificadas de tal modo, que los citados caudillos creían insensato un asalto. La experiencia ha demostrado en todas las guerras americanas cuán infundada ha sido la confianza puesta en la conservación de una posición fija, sobre todo de una plaza: casi siempre el valor y la habilidad del atacante y los descuidos del atacado, han determinado su pérdida.

Carrera y Alvear, más inquietos por el temor de perder el aliado que iba acurrucándose al norte, que por el peligro de la posición de sus tropas, fuéronse con escasa escolta — primero el uno, después el otro — en busca de Estanislao López, para conferenciar sobre la continuación de la campaña. Quedaron en su lugar el coronel Juan Miguel de Benavente y el general Nicolás de Vedia. La verdad es que Alvear no se condujo en esta guerra a la altura de la reputación que conquistara más tarde en Ituzaingó; bien que ello puede atribuirse a los reproches que le hacía su conciencia, y al apartamiento de su escuela militar, para seguir otra que debió serle repugnante.

Dorrego desprendió un fuerte destacamento, cuyo mando confió a Obando, para que continuara picando la retaguardia de López y le hiciera pasar inadvertida la conversión que efectuaba el grueso de las tropas porteñas.

En la noche del 1º de Agosto, una avanzada del ejército de Buenos Aires capitaneada por el ayudante Hermida y el ciudadano Baudrix (el suegro del Gobernador?), sorprendió a otra perteneciente a la División Chilena, quitándole las caballadas que custodiaba, en las inmediaciones de San Nicolás. Este suceso fué motivo de alarma en la plaza, cuyos ocupantes realizaron preparativos inmediatamente, para resistir un asalto. Horas después y antes de rayar el día, Dorrego se presentó frente a San Nicolás, dispuesto para la batalla.

La plaza estaba fosada alrededor, y una parte de sus defensores situados delante del foso y al flanco izquierdo.

El general porteño desplegó en guerrillas a su escolta y las milicias del comandante Irasoqui, para atacar el ala ene-

Digitized by Google

miga, que inmediatamente cambió de posición — resguardándose en un rancherío, desde el cual continuó haciendo un vivo escopeteo — apoyada por la artillería de la defensa, que hizo sus disparos desde el círculo fosado. Dos veces las guerrillas de Dorrego fueron rechazadas, pero habiendo recibido refuerzos, — primero un escuadrón de cívicos mandado por el ayudante Planes, y luego otro de caballería mandado por el comandante Orona, — volvieron al ataque y obligaron a la izquierda enemiga a refugiarse en la zona fosada, después que un destacamento de cívicos dirigido por el mayor Inarra detuvo una partida desprendida del centro de la plaza, que debió acudir a protegerla.

Tocaron entonces los directores de la defensa el peligro en que se hallaban; y dispusieron la salida de una fuerza que buscase dirección al campamento de López, para pedir auxilio; Dorrego le opuso un escuadrón mandado por el teniente coronel Vilela, el cual realizó una horrible matanza e hizo algunos prisioneros, siendo muy pocos los enemigos que pudieron escapar.

Mientras el ala izquierda peleaba frente al foso, el resto de las tropas de la defensa coronaba las azoteas del pueblo; después aquélla, al replegarse, se desmontó en la mayor parte, arrastró los cañones a las bocacalles y aumentó los acantonamientos.

Iba ahora a verificarse el verdadero asalto. Dorrego formó tres divisiones con sus tropas: una columna de ataque con las más consistentes y dirigida personalmente por él, había de operar al centro; a la izquierda, apoyaría el avance otra, mandada por el mayor general De la Quintana; la restante mandada por el general Rodríguez y compuesta por las milicias del sur y el regimiento de «Dragones», debía estar lista para entretener a López—caso que acudiera—cercar a los asaltados por la derecha y cañonearlos por elevación con la única pieza de artillería que tenían los bonaerenses.

Formalizada la batalla, Dorrego hizo que se apearan los

Digitized by Google

«Cazadores» del número 2 y los cívicos del tercer tercio, cruzando el foso con esas tropas bajo nutridos fuegos del centro enemigo, que estaba en los edificios construídos alrededor de la plaza del pueblo, o sea la parte más eminente del suelo. Defendía esos cantones un batallón sagrado compuesto por oficiales alvearistas, que pelearon con ese lujo de valor propio sólo de caballeros de raza hispana. Muchos claros se abrieron en la columna asaltante, que, fuertemente conmovida, desorganizóse y retrocedió; Dorrego la rehizo, volviendo a la carga con mucha prontitud, pero con el mismo resultado; al llevar la carga tercera, De la Quintana transpuso el foso con su división, introduciéndola por las calles del pueblo inteligentemente fraccionada, pero la resistencia de los asaltantes era muy enérgica. Rodríguez desprendió a Aráoz de la Madrid con su cuerpo de «Granaderos», para cortar la retirada de algunos grupos de defensores que parecían buscar salida, y cooperar al ataque contra el centro de la defensa, llegando así el jefe tucumano a contribuir a la cuarta carga dada por Dorrego, la cual permitióle entrar en la plaza del pueblo a las diez de la mañana. La batalla fué decidida, terminando la lucha con la rendición del batallón sagrado, cuyo encarnizamiento y buena puntería mucho se habían hecho sentir.

Muy pocos fueron los alvearistas y carrerinos que lograron escapar de San Nicolás; algunos se arrojaron al agua al pronunciarse la derrota, y fueron nadando a buscar refugio en una isla; tres oficiales y algunos soldados se metieron en un lanchón y siguieron aguas arriba, rumbo al Rosario; otros quisieron hacer lo mismo en una canoa, pero naufragaron.

El coronel Benavente, según un historiador chileno, logró abrirse camino con bravura, como Necochea en el Tejar; y según un historiador argentino, salvó de quedar prisionero violando su palabra de honor, dada al mayor Angel Pacheco, que lo había tomado (18).

(18) Benjamín Vicuña Mackenna: *Ostracismo de Carrera;* Vicente F. López: *Historia de la Revolución Argentina.*

Digitized by Google

Durante el asalto, las familias se refugiaron en el templo del pueblo, donde imploraban al cielo por su salvación. Entre estas familias estaba la esposa del general Carrera; y sabiéndolo el gentil De la Quintana, le envió una misiva, en la cual decía no se llevaba la guerra contra las señoras, y debían ellas desechar inquietudes. Después, Dorrego la cumplimentó personalmente y le dió escolta para que se trasladase en seguridad a Santa Fe (19).

Las tropas bonaerenses sufrieron en esta jornada 42 bajas; sus adversarios perdieron 100 muertos y heridos, 46 jefes y oficiales (20) y 400 individuos de tropa prisioneros, 5 cañones, 192 fusiles, 417 tercerolas, 449 sables, 418 cananas y cartucheras, 3.000 caballos, 517 monturas, 1 fragua, carros, carretillas, clarines, tambores, etc. Fueron envueltos en la derrota 10 diputados del congresillo de Luján (21).

(19) MITRE: *Historia de Belgrano;* LAZAGA: *Historia de López.*

Gregorio Aráoz de la Madrid, afirma que algunas tropas vencedoras saquearon el pueblo, mientras Rodríguez, Rosas y él permanecían en los suburbios con sus soldados en rigurosa formación. Es muy poco lo que concreta; dice haber oido un tiro después de terminar el combate, y que vió salir del pueblo, soldados que llevaban mercaderías colgando de sus recados. Estas, — es lo más lógico que debe suponerse, — debieron ser tomadas no a las tiendas ni a las familias, sino a los vencidos, que habían llegado a San Nicolás, desvalijando pueblos.

Las tropas bonaerenses no entraban en territorio enemigo sino propio; compasión y no odio debieron inspirarles sus moradores; además, no parece verisímil que Dorrego, — a quien interesaba especialmente en aquellas circunstancias, granjearse las simpatías de sus comprovincianos con los más delicados procederes, — hubiese tolerado atropellos los más injustos, contra los vecinos de un pueblo importante, como San Nicolás. Vuelvo a recomendar al lector, tenga en cuenta la poca exactitud de Aráoz y sus resentimientos, así como la manía de presentarse rivalizando con Dorrego.

(20) El general Nicolás de Vedia, los coroneles Gregorio Perdriel, Ventura Vázquez, Juan Ramón Rojas, Juan José Ferrer, Jerónimo Colman, Tomás de Iriarte; los tenientes coroneles Anacleto Martínez, José Gabriel de la Oyuela, Juan Zufriategui, Francisco Lynch; los sargentos mayores Pablo Zufriategui, Rafael Méndez, Saturnino Perdriel, José María Cortinas, Cayetano Artayeta, Tomás Ura, Manuel Segovia, Manuel Benavente, Manuel Antonio Ortegón, Gregorio Alvarez; los capitanes José María Benítez, Alberto López, Juan Miguel del Río, Fernando Rojas, Francisco Pérez, Agustín Murguiondo, Francisco Casado, Juan Pablo Bergara, Manuel Antonio Mendoza, Manuel Sánchez Acevedo, Carlos González, Joaquín García, Gregorio Yedmundo, Manuel Ocampo, Manuel González, Martiniano Chilavert, Ciriaco Coll, Antonio Coll, Rufino Amigorena, Raimundo Avila; los alféreces, Ramón Iglesias, Manuel Varas, José M. Lorea, Juan de Dios Vargas; el cirujano Fernando Tejeda.

(21) Cirilo Garay, doctor Cayetano Escola, Juan Isidro Casco, Francisco Mariano Martínez, José Gaspar Chacón, Manuel Martínez Fontes, Alejo Montoso, José Lino Echeverría, Pedro F. Sáinz de Cavia, Pedro Alcántara Pérez.

Digitized by Google

Dorrego había dado término a una memorable campaña y libertado a la provincia de Buenos Aires; ahora le restaba fundar con carácter permanente sus instituciones locales, pactar la paz con Santa Fe, y buscar armonías con éste y los demás Estados — gajos desprendidos del mismo árbol, cortados a golpes de espada y hacha en las luchas del caudillaje y el militarismo creados y ensoberbecidos por la Revolución. Finalidades generosas y seguras, pero difíciles todavía.

Digitized by Google

CAPÍTULO XIV

Campaña de Santa Fe

1. Entrevista de los Gobernadores. — 2. López rehusa la paz. — 3. Triunfo de Pavón. — 4. Dorrego reanuda la negociación de paz. — 5. La Junta de Representantes de Buenos Aires. — 6. Derrota de Gamonal. — 7. Rodríguez nombrado Gobernador. — 8. Sublevación militar contra Rodríguez.

1. ENTREVISTA DE LOS GOBERNADORES

López, al enterarse del triunfo de Dorrego en San Nicolás, apresuró su retirada y fué a establecer su campamento en las inmediaciones del arroyo Pavón. Alvear recibió duros reproches a consecuencia de su descuido al separarse de las tropas batidas. López y Carrera, amigos tan benévolos y obsecuentes pocos días antes del desaguisado, terminaron por expulsarlo, obligándolo a meterse en un barquichuelo para buscar refugio nuevamente en la Banda Oriental, bajo el pabellón portugués.

Pero entre López y Carrera no hubo ningún enfriamiento; al calor de las alas del primero, el segundo comenzó a trabajar por rehacer su División Chilena sobre la base de su escolta y los escasos fugitivos de San Nicolás, llegando a reunir a los pocos días unos 100 hombres.

Después de enviar la mayor parte de los bagajes de la victoria de Buenos Aires, Dorrego, dejando guarnición en San Nicolás, volvió a ponerse en campaña, amenazando la línea del Arroyo del Medio. López, deseoso de evitar la invasión de su provincia, pidió una entrevista a su adversario por intermedio del presbítero Manuel Saturnino Hernández, que pasó

Digitized by Google

de uno a otro campo bajo bandera de parlamento (5 de Agosto). Dorrego accedió, contestando que se realizaría una conferencia al día siguiente a las diez de la mañana, y en terreno neutral, o sea entre los dos campamentos.

DORREGO

Los dos Gobernadores se encontraron a la hora y en el terreno prefijados. Nunca, acaso, aparecen juntos en la historia nacional, guardando formas corteses y buscándose recíprocamente armonías, dos hombres más distintos y de tendencias más opuestas.

Dorrego era expansivo, franco, caluroso; tenía el valor y el optimismo del creyente y se expresaba con claridad y energía; pero al mismo tiempo con el acento suave y la palabra insinuante, propios de un hombre de cultura mundana. López, taimado, frío, con el arrojo del bárbaro al cual no horroriza

Digitized by Google

ninguna cosa fuerte, ni el dolor propio ni ajeno, ni la pérdida de la vida que se juega por hábito y por desprecio a todo lo que puede y debe ser noble y servir a los demás.

Dorrego era el patriotismo posesionado de un hombre; todo lo había sacrificado por su ensueño de revolucionario — marchando en los ejércitos, lanzándose al combate, alcanzando victorias y derramando su sangre — sin buscar recompensas, pasando largo tiempo sin sueldos, alejándose de una sociedad que le sonreía ofreciéndole lugar distinguido. López, salido de la clase desheredada, habíase enrolado en la Revolución para buscar inmediatamente en ella todos los beneficios alcanzables — sin medida y sin escrúpulos — y con el solo orgullo de su potencia — todos los beneficios, desde el destronamiento de los «godos» hasta el poder que arrebataría a los criollos de las clases privilegiadas de la sociedad, odiosas por la injustificada aspiración de uncir a un yugo parecido al español.

Dorrego representaba tendencias liberales, amor a las instituciones democráticas, y su ánimo estaba predispuesto a la benevolencia para todos sus conciudadanos; quiso ser justo hasta opinando sobre Artigas, y desterrado por ello, buscó en tierra americana, aunque lejos — en los Estados Unidos — ejemplos, normas, para la solución de las discordias internas de su patria, sobre la base de los derechos al suelo reconocidos a todos los argentinos; al gaucho, expresión de la libertad indómita, y al hijo de la ciudad, despreciativo de aquél y jactancioso representante de la civilización europea. López representaba sensualismos, y envuelto en la bandera localista, veía enemigos en todos los que consideraba capaces de quitarle lo conquistado por su formidable lanza, fueran tiranos o libertadores; sargento de la expedición al Paraguay, cayó prisionero de las tropas de Velasco, y habiéndosele enviado a Montevideo, se fugó y nadando como un gamo volvió a unirse a los patriotas; al servicio del centralismo porteño y perseguidor del artiguismo más tarde, plegóse a éste cuando se creyó en situación de hacerse amo del territorio en que había na-

Digitized by Google

cido — Santa Fe — y poco le importaban las doctrinas sobre régimen de gobierno; lo que pretendía era estorbar toda organización nacional que pudiera achicarlo.

Uno era la razón, el otro la argucia; uno era el amor al pueblo, el otro la artería y la insolencia de la plebe; uno era la espada de la libertad, el otro la lanza de la demagogia; uno

LÓPEZ

era idealismo, el otro concupiscencia. Y el exterior marcaba el contraste de las dos cabezas; Dorrego tenía un rayo de luz en las pupilas, que, junto con el movimiento de los músculos de la cara, ofrecía al interlocutor testimonio de sinceridad y prestaba mayor animación a sus palabras; sobre su altiva frente de pensador desflecábanse rizados y cuidados cabellos. López tenía ojos inmóviles que escondían el pensamiento, y en los cuales sólo relampagueaba el acero; su frente, no menos levantada que la de su adversario, parecíase a una maciza

Digitized by Google

fortaleza que apenas conmoviera el estampido de los cañones; una larga e inculta melena hacíalo aún más fiero.

Dorrego explayaba confiadamente sus ideas esperanzado en conmover a su interlocutor, que, frío y reservado, le escuchaba atentamente, fijándose más en los inconvenientes que en las bellezas de lo que le ofrecía, y buscando partes vulnerables en el carácter y la situación de su adversario.

Dorrego procuró interesar a López por una paz y una amistad que permitieran establecer un nuevo gobierno general que no levantara resistencias en las provincias alzadas para defender su autonomía; que se hiciera suficientemente respetable a los de Europa, para obtener su reconocimiento de ellos; que diese nuevo impulso a la guerra contra España en el Alto y Bajo Perú; que se mostrara al rey de los portugueses lo suficientemente poderoso para decidirlo a retirar sus tropas de la provincia Oriental, o lo fuera bastante para desalojarlas. López debió asentir en esos rumbos, pero sin ardor; los altos intereses nacionales no eran mirados por él con indiferencia, sino apenas con desconfianza; Dorrego debió parecerle un visionario peligroso, que, mediando entre los partidos y dándoles a todos una misma bandera, podía dejar a muchos hombres sin tajada.

El Gobernador de Buenos Aires insistió sobre todo, en que Alvear y Carrera debían ser eliminados de la escena. Respecto al primero, el santafesino contestó que ya estaba fuera de su jurisdicción, empleando tono tan solemne y suministrando tales pormenores, que no dejó duda alguna sobre la veracidad de la protesta; pero en lo tocante al segundo, sostuvo con firmeza que no era escollo a la paz. Dorrego se detuvo especialmente sobre este punto, que fué el más debatido; según él, ninguna causa argentina podía identificarse sin deshonra con la venganza de un general extranjero. También dió motivo a larga discusión la forma a adoptarse para pactar.

Los dos Gobernadores almorzaron juntos y continuaron la conferencia hasta el anochecer; al separarse, Dorrego llevaba

Digitized by Google

la impresión de que López estaba demasiado catequizado por Carrera, y que sólo se proponía ganar tiempo para preparar la defensa de su territorio amenazado; dejó un proyecto de tratado de paz en manos de su adversario, quien prometió contestar sobre su aceptación, al siguiente día (1).

2. LÓPEZ REHUSA LA PAZ

El día 7, Dorrego recibió un oficio de López, por el cual manifestaba éste hallarse persuadido que no era posible sellar una paz sólida y duradera entre dos jefes que recíprocamente se presentaban en actitud de combate. «Si ha de cesar la sangre — decía — si hemos de proceder de buena fe, si sólo hemos de ocuparnos del bien de la Nación, soy de parecer que por nuestra parte debemos firmar un armisticio que dure quince días». Bien clara era la treta, para que Dorrego no la comprendiese; el Gobernador de Buenos Aires contestó que no creía necesario tantos días de «tranquilidad»; que tres bastaban, a su juicio, para terminar el negociado por intermedio de representantes que se reunieran al efecto.

López dió su conformidad en un oficio displicente y lacónico. En consecuencia, celebraron entrevistas Martín Rodríguez y Cosme Maciel, a quienes cupo, respectivamente, la representación de los dos Gobernadores. Se ha dicho (2) que fué grave imprudencia de Dorrego poner en contacto a Rodríguez con el caudillaje santafesino, y creo que con razón sobrada. Tal vez por ser Rodríguez directorial, Dorrego lo juzgaba muy distante de la montonera, y acaso porque manifestábasele sumiso, olvidaba que era aspirante y tenía una ambición desen-

(1) El gobernador substituto Balcarce, en el Boletín 32, refería la conferencia así: «Entre los medios para evitar la conciliación, le propuso la necesidad que don José Miguel Carrera saliese del país y quedase inhabilitado por tratado secreto, de poder obtener cargo ninguno político ni militar en ambos territorios, por ser la manzana de discordia, expresándole no se contraía a don Carlos Alvear, por estar persuadido de la sinceridad con que López le había protestado su salida del país.» Este documento aparece corroborado por muchos otros.

(2) VICENTE F. LÓPEZ: *Historia de la Revolución Argentina.*

Digitized by Google

frenada. En lugar de Rodríguez, debió ir De la Quintana, a quien parecían indicar su talento, sus principios y su delicadeza jamás desmentida.

La imprevisión de Dorrego es verdaderamente asombrosa, y supone mucha hipocresía por parte de Rodríguez. El Gobernador de Buenos Aires debió aleccionarse con ciertos antecedentes. López había querido imponer al ex Director Carlos María de Alvear, y estaba ya demostrado que el caudillo santafesino celebraría alianzas con cualquier representante del viejo régimen, antes de reconocer la victoria de quien lo había hecho volver al norte del Arroyo del Medio; lo mismo que el partido caído, con tal de levantarse, no pondría reparo en asirse de lo que siempre juzgó palo sucio.

Cuantos sucesos acaecieron después de conferenciar los diputados, tienden a demostrar que Maciel recibió de López el encargo de hacer indagatoria sobre las miras personales de Rodríguez y hasta de prometerle favores si entraban en aquéllas suplantar a Dorrego. Los fracasos de Rondeau, Balcarce, Soler y Pagola, la notoria ineptitud de Rodríguez, debieron hacer ver a López cuánto importaba para él la caída de Dorrego; siendo este general insubstituible por la inteligencia y la popularidad comprobadas, el acontecimiento prometía el triunfo de Santa Fe en la paz o en la guerra, sobre todo en la última.

El Cabildo de Buenos Aires se interesó por la paz al mismo tiempo que el Gobernador; pero en tal forma, que puede considerarse peor que continuar la guerra. El mismo día que Dorrego conferenciaba con López, la citada corporación le dirigió una laudatoria y ampulosa nota felicitándolo por la victoria de San Nicolás y adjuntándole otra, dirigida al Cabildo santafesino, abierta, para que el Gobernador pudiese juzgarla y retenerla o darle destino según creyera conveniente. Esta fué virulenta al extremo: llamaba insultantes y humillantes para Buenos Aires los tratados del Pilar; conminaba a los santafesinos a destituir a López para demostrar que deseaban dejar de «vivir del pillaje, manando sangre» y presentándose al mundo como

Digitized by Google

un núcleo de «asesinos y ladrones»; puntualizaba que la principal cláusula de paz había de ser la entrega de los «aventureros Alvear y Carrera», para que la provincia de Buenos Aires «quedase plenamente satisfecha con el justo castigo de los tres expresados individuos» (3). Dorrego debió sufrir, considerando cuán faltos de juicio eran los capitulares; anhelaba la paz y sabía que los incendios no se apagan soplando el fuego: no hizo uso de la imprudente nota, y más tarde envió en su lugar una suya, conciliadora y bien medida como se verá.

Las conferencias entre Rodríguez y Maciel parecían conducir a buen término, o por lo menos así se lo hizo creer Rodríguez a Dorrego. Pero es el caso que después de informado el Gobernador de Buenos Aires que la paz estaba hecha en condicciones satisfactorias, resultó que el día 10, cuando iba a ratificar la convención, Maciel pretendió agregarle una serie de artículos nuevos, gravosos y humillantes para la otra parte, pues se referían a indemnizaciones de guerra por los perjuicios que sufriera Santa Fe desde 1815, y declaraciones contra los procedimientos empleados por los diversos generales porteños y en favor de la invasión de López.

Carrera había sido el redactor de aquel escrito preparado de intento, sin duda, para irritar a Dorrego; el general chileno usaba en él de su filosa malicia. Un detalle que tal vez pasaba inadvertido a López, a Dorrego lo hirió vivamente: los secretarios comprovincianos del caudillo solían escribir en los sobres de las comunicaciones de éste, a guisa de membrete: «Gobernador de Santa Fe», palabras que ahora Carrera substituía por las de «Confederación Sud América»; ello pareció al vencedor de San Nicolás, indicios de planes contra la nacionalidad argentina, benévolamente escuchados por López.

El día 11, Dorrego informó lo sucedido, al substituto, Balcarce, agregando como comentario y noticia: «Esto es no querer la paz: esto es desear la continuación de los estragos;

(3) Publicación oficial en hoja suelta.

Digitized by Google

se han roto, por consiguiente, las hostilidades, no habiendo quedado por mi parte resorte alguno que no se haya movido, para buscar la paz con honor y decoro de la provincia. La mala fe ha presidido las intenciones del enemigo».

3. TRIUNFO DE PAVÓN

Era inevitable una nueva efusión de sangre antes que pudieran reanudarse las negociaciones de paz. En la madrugada del 12 de Agosto, Dorrego cruzó el Arroyo del Medio al frente de 1.000 hombres de caballería e infantería montada.

López permanecía en Pavón, y habiendo aprovechado bien el tiempo, o sea engrosando sus huestes, disponía de 600 o 700 montoneros aguerridos, con los cuales pensaba abrir operaciones contra Dorrego, sin presumir que éste se le anticipase.

Dos leguas antes de llegar al arroyo Pavón se empeñaron tiroteos entre una descubierta porteña mandada por Obando y las avanzadas de López, que se replegaron en derrota a su campamento general, situado cuatro cuadras más allá del arroyo, en terreno alto y estratégico.

Próximo al mediodía y al pasar Obando el obstáculo en persecución de una fuerte línea de guerrillas santafesinas colocadas para aumentarlo, Dorrego se adelantó a sus tropas hasta llegar al arroyo, a cuya orilla se detuvo para observar el campo enemigo, comprobando que el vado ofrecía dificultad por ser el cauce bastante cenagoso, y que los santafesinos hallábanse en línea de batalla, fraccionados en tres columnas.

Las guerrillas santafesinas que, según el plan del caudillo, debían tomar por el flanco a los porteños cuando intentaran la travesía en masa, se corrieron a la derecha; y Obando, no pudiendo comprometerse más ante el peligro de ser envuelto por otra fuerza desprendida por López, repasó el arroyo sin que la escaramuza se interrumpiera, pues las guerrillas santafesinas avanzaban y retrocedían sin dejar de escopetear.

Muy pronto y según las instrucciones recibidas, la división

Digitized by Google

porteña a cuya cabeza había quedado el mayor general De la Quintana, se reunió al capitán general, que se apresuró a impartir sus órdenes. Explicándose cómo las guerrillas santafesinas no tenían por objeto atajar el paso, sino envolver la división y producir desorden en ella cuando se generalizase la pelea, resolvió inmovilizarlas, destacando al efecto las milicias de Luján que tuvieron apoyo en la «Caballería Nacional» mandada por el coronel Sáenz, que fué la derecha de la línea porteña.

Dorrego escalonó la división para realizar el vado, y se puso personalmente a la cabeza del primer escalón. López, que veía así su proyecto desbaratado, arremetió furioso contra las tropas de Obando y las milicias de Luján, pero el general porteño dispuso una carga oblicua, a sable, que fué dada por su izquierda (mandada por el comandante Vilela), diestra y gallardamente; conmovióse el centro santafesino y las tropas bonaerenses comprometidas, retrocedieron entonces para incorporarse a Sáenz.

López recompuso su hueste con velocidad pasmosa, volviendo a su anterior posición; pero Dorrego aprovechó ese instante para terminar el vado del arroyo, e inmediatamente ordenó una carga general tan eficaz, que el enemigo cedió terreno y emprendió la fuga desordenadamente. Esto no importaba, a buen seguro, decidir la acción; los gauchos, que jamás eran presa del pánico, peleaban con una tenacidad tan asombrosa que casi siempre las victorias de las tropas regulares sobre ellos, convertíanse en reveses; pero Dorrego estaba alerta.

López volvió a organizar su hueste; mas su adversario, que no había cometido el error de esparcir sus soldados en la persecución, ordenó un segundo ataque en masa, que los santafesinos no pudieron resistir, volviendo caras por segunda vez, pero sin desbandarse. Las tropas de Buenos Aires continuaron el asalto, dispuestas en la siguiente colocación: a la derecha, los «Colorados»; al centro, la «Caballería Nacional»; a

Digitized by Google

la izquierda, los cuerpos de «Dragones» y «Blandengues»; y por los flancos, las tropas de Obando y las milicias de Luján, desplegadas en guerrillas. La reserva componíanla los cívicos.

Los santafesinos hicieron una legua de recorrido, peleando en retirada y sin romper su formación; pero luego sus dos alas se desgranaron completamente, huyendo para no reaccionar más. López consiguió rehacer su centro varias veces, pero la «Caballería Nacional», dirigida por Dorrego personalmente, se lo dispersó otras tantas, y en esta porfía de los dos Gobernadores y de los dos núcleos principales, marcharon aún cuatro leguas, hasta que, dispersos totalmente los santafesinos y no habiendo probabilidad de que reaccionaran, Dorrego se detuvo, ordenando que la persecución fuese continuada solamente por las milicias de Luján, Baradero, Salto y Pergamino, que no les dieron descanso hasta muy avanzada la noche.

López reunió los dispersos dos días después, a diez y seis leguas del lugar en que se libró el combate. Las pérdidas sufridas por él, además de la total dispersión, fueron, según su vencedor: 120 muertos, 52 heridos y prisioneros, 56 fusiles y carabinas, la imprenta de Carrera con todos sus accesorios, ganados, carretas, etc.; y las de los porteños, 12 muertos y 16 heridos.

El gran caudillo santafesino, cuya habilidad era consumada y cuya buena estrella en todas las guerras inspira justificada admiración, jamás había sufrido ni sufriría mayor desastre.

4. DORREGO REANUDA LA NEGOCIACIÓN DE PAZ

El nuevo esfuerzo estaba hecho y las impertinencias castigadas. Después, Dorrego dirigió a López, el 14 de Agosto, un oficio y una carta que lo revelaban más conciliador que antes de su victoria; prevenía estar dispuesto a aceptar ahora el largo armisticio que rehusara antes como cosa superflua, en mira que ya no se le propondría con aviesas intenciones.

Digitized by Google

«Consecuente — decía la nota — con los principios que antes de ahora y verbalmente he manifestado a V. S., le repito de nuevo que el Gobierno de Buenos Aires no quiere la continuación de la guerra. El desea una paz bajo bases sólidas, que consoliden la tranquilidad de ambas provincias. A ella reiteradamente invito a V. S., o celebrando tratados o proponiendo un armisticio de tres o cuatro meses, para que a la conclusión de este término los diputados respectivos legalmente nombrados sancionen los artículos que deben establecer nuestra armonía, nuestra amistad y nuestra defensa». «Propongo — decía la carta — el fin de los estragos de la guerra entre dos provincias hermanas; pero penétrese V. S. de la necesidad que don Miguel Carrera salga del país y quede inhabilitado por tratado secreto de poder obtener cargo ni empleo alguno político ni militar en ambos territorios. Es la manzana de discordia. Esto exijo a V. S. como base y como el paso más aparente para llegar al advenimiento deseado... V. S. sabe muy bien que entre el brigadier general Rodríguez y don Cosme Maciel se convinieron días pasados ciertos artículos, y al proceder a su rectificación ha presentado dicho Maciel un número tal de proposiciones, que ha sido preciso verlas escritas para creerlas».

López, después del combate de Pavón, se mostró más soberbio que antes. Se refiere que los españoles, cuando se defendían de la conquista romana, al otro día de sufrir un revés, dijeron a sus enemigos: «Os dejaremos salir de España si nos dais un traje, un caballo y una espada por cabeza». La respuesta del caudillo santafesino fué algo semejante; su adversario que con tanto ardor había tomado la misión de moderar los partidos para engrandecer la Nación, informaba con desconsuelo al Cabildo de Buenos Aires: «El se ha negado a todo, porque está completamente decidido a hacer la guerra a nuestra provincia, por dirección de don José Miguel Carrera, de quien depende...; por eso fué que sin acabar de leer mis comunicaciones, las hizo a un lado y mandó llamar a

Digitized by Google

Carrera para que las contestase». Encerraba una amarga ironía el mero hecho de llamar a Carrera, que se hallaba en Coronda trabajando por reunir gente, para que respondiese a una abertura de paz cuyo feliz resultado dependía de su propia eliminación, como se anunciaba expresamente; y aún el desgraciado general chileno parecía hacer insultante alarde de su influencia, siguiendo en el uso del membrete «Confederación Sud América», que tanto chocaba al Gobernador de Buenos Aires, y sobre el cual llamó la atención de los capitulares por segunda vez.

La pluma de Carrera escribió para Dorrego los siguientes renglones: «Los deseos de una firme transacción que manifiesta V. S. en su comunicación de ayer, son los mismos que de mucho tiempo ha estoy penetrado y decidido a realizarla. ¡Ojalá V. S. lo estuviese del mismo modo, que todo terminaría felizmente! Repase V. S. con su fuerza el Arroyo del Medio, nombre una comisión autorizada lo bastante y concluiremos una obra que tanto nos interesa».

El Gobernador de Buenos Aires deseaba vivamente la paz; la deseaba porque le dolía derramar sangre de hermanos, la deseaba porque su espada y su inteligencia requerían objetos más altos que el castigo o la subordinación de una provincia vecina de la suya. ¿No había aún suelo argentino que redimir? El 16 de Agosto, teniendo en sus manos la nota que el Cabildo de Buenos Aires dirigía al de Santa Fe, y repudiando los términos pero no el procedimiento, hizo otra para la última corporación y enviósela con el teniente coronel Palomeque, quien debía presentarse en la capital de la provincia invadida, de parlamentario. Explicaba Dorrego cómo se había visto precisado a perseguir a López y a sus aliados, hasta desalojarlos de la provincia de Buenos Aires, para salvar la libertad y el decoro de ésta, y cómo luego había continuado la guerra, a pesar de sus sentimientos fraternales. «Desde mi salida—decía—he invitado repetidas veces, como lo ha hecho el Cabildo de Buenos Aires, a una paz sobre bases las más racionales. Propongo sola-

Digitized by Google

mente la cesación de hostilidades, la cooperación de ambas (provincias) a la reunión de un congreso general que sancione los artículos que nos han de ligar para siempre. A todo se ha negado el Gobernador (López). Las jornadas de San Nicolás y Pavón han causado en mi alma y en la de todos los habitantes de nuestra provincia, sentimientos que son necesariamente consiguientes a los que van animados con el deseo de la paz y a los que están convencidos que es una victoria para los enemigos (de la nacionalidad), la que consigue cualquiera de los ejércitos de ambas provincias». Llamaba especialmente la atención al Cabildo sobre lo escandalosa que era la comunidad espiritual de López y Carrera, protestando que el pueblo santafesino hallábase «hecho el juguete de la arbitrariedad de un hombre que por miras particulares y por apoyar las ideas del monstruo José Miguel Carrera, quería sin fruto continuar los desastres y causar la desolación general». Al presentarse Palomeque, fué hecho prisionero, prescindiéndose del carácter en que iba, con violación de las leyes de la guerra.

Otros trabajos realizó Dorrego por aquellos días, en favor de la paz. Para armonizar en ellos sus miras con las del Cabildo de Buenos Aires, había pedido a la corporación le enviara a su campamento, como delegado, uno de sus miembros; y fué, en virtud de ello, el regidor doctor Ventura Ignacio Zavaleta.

El Gobernador de Buenos Aires escribió a los Gobernadores de los Estados vecinos de Santa Fe, al general Juan B. Bustos, a quien un historiador (4) llama «la figura más espectable del interior», y al caudillo Francisco Ramírez, espíritu inculto cuyas tempestades no estaban exentas de altruísmo (5); Bustos contestó a Dorrego condenando el proceder de López y

(4) MITRE: *Historia de Belgrano.*

(5) A Ramírez le decía: «Yo que considero a V. S. tan penetrado de las ideas de sostener a toda costa la libertad nacional y mantener la integridad de los territorios de las respectivas provincias, interpelo a su persona para que persuada al gobernador López, corte de pronto una guerra que ni nos hace honor, ni proporciona otro resultado que irnos poco a poco debilitando.» (Publicación oficial de la época).

Digitized by Google

enviando su felicitación por la batalla de San Nicolás, y más tarde, como ha de verse, había de intervenir en el conflicto eficazmente, mas por desgracia, después de haber sido substituído el Gobernador y general que hiciera el llamado.

5. LA JUNTA DE REPRESENTANTES

La esforzada lucha del soldado y el magistrado era contra dos fanatismos que habían de encontrar, al fin, un punto de contacto — el interés de convivencia — y darse la mano a despecho de sus odios recíprocos, para vencer con las malas artes de los politiqueros. Al lado de Dorrego, ocultando mal las garras, con la astucia del zorro y la cobardía y los apetitos de la hiena, agitábase el malvado que se haría tirano en el suelo más libre del mundo: Rosas, entonces sostenedor de la rancia burguesía que llamábase aún «directorial» y pronto se titularía «unitaria».

Los manejos de Rodríguez y Rosas ya habían creado el Gobierno enclenque de Ramos Mejía, motivando la invasión de López, Alvear y Carrera. Pretendían ahora inducir a Dorrego a que aceptase la proposición de López, indudablemente con pérfidos designios. Pero Dorrego los comprendió; Rosas, a pesar de su carácter solapado, permitióse hacer indicaciones al gobernante, y fué oído con el desprecio que habría de sentir el águila por un sapo que quisiera enseñarle a volar.

No pesaron en el ánimo de Dorrego, pero sí consiguieron que éste, cansado de sus cantinelas, y repugnándole tener a su lado jefes que flaqueaban ante la idea de seguir la lucha contra un enemigo que rechazaba la paz — temiendo también, acaso, que le sembraran la discordia en el campamento — les concedió permiso para que regresaran a Buenos Aires y licenciaran las milicias.

Cuando, después de la jornada de San Nicolás, la provincia de Buenos Aires fué desalojada por sus enemigos, Dorrego,

Digitized by Google

al pasar en persecución de ellos a Santa Fe, dispuso que se efectuaran elecciones para constituir una nueva Junta de Representantes, en la cual todos los vecindarios de la provincia tuvieron sus diputados. Aun cuando el Gobernador provisional aspiraba a serlo permanente, era demasiado orgulloso y estaba imbuído de sentimientos democráticos demasiado fuertes,—que trajo de los Estados Unidos,—para fiar el triunfo de su candidatura en otra cosa que sus méritos y el favor que el pueblo—reconociéndolos—le concedía. Se abstuvo de todo trabajo electoral y no abrigó desconfianza alguna respecto a los directoriales, a quienes creía enseñados por la experiencia y convencidos de la ecuanimidad de él; incapaces, por tanto, de atajarle el paso.

Pero la experiencia pesa poco en los pueblos jóvenes; para que el dolor sea fecundo, es necesario haber razonado mucho y bien; los directoriales tenían un gobernador suplente que les era adicto, el apoyo de Rodríguez y Rosas, la habilidad para los enjuagues, y en suma, la sartén por el mango. Encontraban más cómodo volver al Gobierno, es decir, triunfar, que ser perdonados por Dorrego, que ya los había salvado de los ultrajes de los montoneros y no podía esperarse se trocara en perseguidor del viejo partido, pero que antes sufrió persecuciones de él. Molestaba como un remordimiento, y los egoístas, que todo lo resuelven según su comodidad, prefieren ser ingratos a recibir favores. Las elecciones se efectuaron inmediatamente, pero invocándose frívolas y aparentes razones, demoraba constituirse la Junta de Representantes, uno de cuyos primeros actos sería la designación de gobernador propietario: la mayoría de sus miembros estaba resuelta a negar el honor a Dorrego, pero temerosa del efecto que el triunfo de otro candidato podía surtir al pueblo y al ejército, que no concebían sino aquél.

El vencedor de San Nicolás y Pavón debió experimentar contrariedad por esta conducta, pero no cambió la suya, ¡era tan honrado su carácter y tan viril su gesto! Quiso acrecer más

Digitized by Google

su popularidad y sus méritos con nuevos resultados de la campaña de Santa Fe, y los directoriales permanecieron en acecho, deseándole una derrota ruidosa.

6. DERROTA DE GAMONAL

Dorrego, después de la acción de Pavón, había avanzado a territorio santafesino, haciendo acopio de haciendas para precaverse de las miserias que acarreaba la guerra de recursos a las tropas regulares; pero así y todo, tuvo que replegarse algunos días después al arroyo del Medio, con sus caballadas en malas condiciones.

Fue en estas circunstancias cuando Rodríguez y Rosas se declararon partidarios de aceptar la dura exigencia del caudillo santafesino,—o sea, repasar el arroyo del Medio,—lo cual hubiera importado reconocer la impotencia de Buenos Aires. Desprendidos dichos jefes con sus milicias, que iban a licenciar según se ha dicho, Dorrego esperaba 300 cívicos que debían substituirlas, y una buena caballada, cuando ocurrió que López, reuniendo más de 1.000 hombres, atravesó por otro extremo del arroyo del Medio y atacó de improviso a Obando, que estaba en Pergamino con cerca de 300 hombres; lo derrotó y puso en dispersión, haciendo luego una gran arriada de ganado y regresando a su provincia para establecerse en Gamonal, nacientes de Pavón. Al enterarse Dorrego de este revés, sólo disponía de 600 hombres, todos milicianos que creyó adiestrados con esmero en el arma de caballería; y pasaba por la mayor ofuscación de su carrera militar. De largo tiempo atrás, venía constituyendo el problema de los generales de Buenos Aires, la dificultad de contrarrestar en el combate el vigor con que los montoneros cargaban a lanza. El general Paz, que años más tarde, después de meditar seriamente sobre todos los procedimientos adoptados por sus precursores en la guerra contra los caudillos, y contemplar en el propio campamento — haciendo la campaña contra el Brasil — las huestes de

Digitized by Google

Lavalleja, había de restablecer la preponderancia de la ciencia militar sobre la montonera en Oncativo y Ciudadela, ha dicho: «La montonera, aunque compuesta de tropas irregulares, estaba poseída de un entusiasmo extraordinario, el que, unido al brío y valor de nuestros campesinos, les daba una ventaja en los combates individuales (digámoslo así) a arma blanca, que es la que regularmente se emplea en los ataques de caballería». Dorrego tuvo la vanidad de creer que había encontrado la solución del problema, ensayando una nueva táctica de caballería estudiada en las maniobras de los gauchos del litoral; propúsose suprimir los infantes, y prefirió a los soldados veteranos, los de su nueva escuela. Por eso decía en el parte de Pavón: «Es digno de todo elogio el entusiasmo, bravura y orden con que las divisiones cargaban y se rehacían: podían desde luego servir de norma a la mejor tropa veterana; y es llegado el tiempo en que no sólo nuestros soldados de línea, pero aun la milicia, han cobrado una completa preponderancia sobre los anarquistas, debida en mi concepto en la mayor parte, a que sólo hacen uso de sable y lanza».

Con la escasa fuerza que componían los cuerpos de «Dragones», «Colorados de las Conchas» y «Quinteros»,—sin esperar la llegada de los cívicos,—Dorrego se dirigió a Gamonal, «llevando por divisa de combate una banda blanca cruzada por encima del hombro, y por toda artillería un cañón volante» (6), buscando a López, a quien suponía con 700 hombres solamente (7). El 2 de Septiembre efectuóse el lance; después de guerrillearse las avanzadas, avanzaron las dos líneas, y al primer choque los santafesinos se corrieron por los flancos de la división porteña, envolviéndola e imponiéndosele merced a su mayor número: no tuvo resistencia para soportar el asalto y se desorganizó. Parece que la derrota fué completa, aunque no existen noticias circunstanciadas. Es el gran incoveniente de

(6) Autor y obra citados.

(7) Comunicación anterior al combate, dirigida por Dorrego al Cabildo de Buenos Aires.

Digitized by Google

pelear con sólo caballería; ésta, una vez derrotada, se dispersa totalmente.

Empero, las pérdidas materiales de aquella acción fueron de escasa importancia, si se las compara con sus consecuencias políticas; Dorrego reaccionó inmediatamente y dejó demostrado con los hechos, que Buenos Aires y él continuaban siendo los mismos; pero en la ciudad era minado su prestigio, propalándose que llevaba a la ruina la provincia y que obstaculizaba la paz (!). Ha dicho un escritor nacional (8): «... es instinto, es gala del gaucho; la infantería deshonraría el triunfo, cuyos laureles deben cogerse desde el caballo»; y también: «Error de argentinos iniciar la batalla con cargas de caballería; error que *ha hecho perder la República* en cien combates; porque el espíritu de la pampa está allí en todos los corazones, pues si levantáis un poco las solapas del frac con que el argentino se disfraza, hallaréis siempre al gaucho más o menos civilizado, pero siempre gaucho». Este juicio, a ningún combate es más aplicable que al de Gamonal: la República, si por tal se entiende la organización nacional que era el voto de Mayo, sufrió con la caída de Dorrego un gravísimo traspié: los espíritus localistas, el centralista y oligárquico, y el montonero, representados de un lado por Rodríguez y del otro por López, imponían juntos, al espíritu nacional democrático representado por Dorrego, un retroceso de largos años; en consecuencia, el tratado público del Pilar había de ser desconocido, para reanudarse la lucha entre la Capital y las provincias...

El mismo día del desastre, Dorrego cruzó el arroyo del Medio con un núcleo de compañeros, pasando a su territorio; venía en mangas de camisa, para dar agilidad a sus movimientos; su buen humor manteníase inalterable, lo cual hacía comprender a cuantos le rodeaban, que pasaba por la adversidad como por la fortuna sin turbarse, y que llevaba en sí la segu-

(8) Domingo F. Sarmiento: *Facundo*.

Digitized by Google

ridad del triunfo definitivo. Sin pérdida de un instante, tomó las medidas necesarias para reunir nuevos contingentes de milicias y tropa veterana, lo cual le permitió disponer, antes de un mes, de 1.400 hombres bien armados y con excelente espíritu, para oponerse a López, que, medroso, no avanzó de la frontera. «Bajo un aspecto—decía el almirante Coligny—puedo decir que soy superior a Alejandro, a Scipión, a César. Ellos han ganado grandes batallas, pero yo he perdido cuatro grandes batallas, y sin embargo presento al enemigo un frente más formidable que nunca». Dorrego, no menos eficaz para reparar la derrota, pero más modesto, sabiendo que en la Capital se dañaba su reputación con fines políticos, le anunciaba con austero laconismo que había sufrido un contraste, añadiendo: «Los facciosos que fundan sus ventajas en vuestro deshonor, muy en breve se hallarán ruborizados al ver que vuestra provincia tiene entusiasmo y energía sobrada para hacer respetar sus derechos». López, como ya se ha visto, sentíase impotente para sacar partido de la acción militar, pero ayudado por la «letra menuda» de Carrera y las tramoyas de Rodríguez y Rosas, lo sacaría de aquello que un historiador (9) ha llamado con acierto «su sistema gauchi-político». No pudo lanzar un ejército contra Dorrego; pero, desde el arroyo del Medio, lanzó una nota redactada por el general Carrera y dirigida al Cabildo de Buenos Aires, en la cual, luego de referir con estilo jeremíaco las miserias de sus comprovincianos, hacía esta amenaza que bien cuadraba a la índole semibárbara de su poder y de su acción: «Aunque los Temístocles se sucedan, verá V. E. repetirse los días de luto». Hacía después el relato de las operaciones de guerra, tratando de aminorar la importancia de sus derrotas y acrecentar la de su adversario; luego, llegaba a la bajeza de vengarse de la ironía con que éste le reprochara haberse inmiscuído en los asuntos de Buenos Aires diciéndose llamado a protegerlo, consignando la especie — tan

(9) MITRE: *Historia de Belgrano.*

Digitized by Google

inverisímil, que los mismos enemigos de Dorrego no explotaron ni en el furor de 1826—que después de la batalla de la Cruz, Dorrego le hizo escribir cartas a un Bernardino Guaus, incitando a López y Carrera a marchar sobre Buenos Aires, y declarándose tan luego contra Soler; cartas cuyo texto el caudillo no ofrecía ni se ha conocido nunca, y sobre las cuales no se puede avanzar suposición alguna, contraria a la lealtad de Dorrego; pues aun dado el caso que Guaus hubiese escrito, faltaría saber con qué autorización y la clase de treta que preparaba. Finalmente, Dorrego era presentado como obstáculo a la paz, insinuando que ésta sería propiciada por un cambio de Gobernador (14 de Septiembre).

7. RODRÍGUEZ ES NOMBRADO GOBERNADOR

Conocido el desastre de Gamonal, cesaron repentinamente todos los motivos que impedían reunirse a los representantes, y la Junta quedó constituída el 8 de Septiembre.

El substituto Balcarce, aunque había sido distinguido señaladamente por Dorrego, era uno de los que trabajaban su caída, y hacía algún tiempo contrariábalo hasta en triviales detalles. Así, por ejemplo, dió destinos en la guarnición a varios oficiales que no se habían presentado en los momentos de conflicto para la provincia a ofrecer sus servicios, quedando sindicados como alvearistas; y habiendo reclamado Dorrego por ello y algunos ascensos que no consideraba merecidos, el substituto envió un mensaje reservado a la Junta de Representantes, quejándose contra el Gobernador titular y pidiendo una demarcación categórica de las facultades de éste y las suyas (12 de Septiembre de 1820) (10).

El día 26, la Junta nombró Gobernador al brigadier Martín Rodríguez, aunque en el mismo carácter interino que dejaba de serlo Dorrego, «como si por el momento—dice un histo-

(10) Documentos del Archivo General de la Nación.

Digitized by Google

riador (11)—no se animara a más y quisiera esperar los resultados de este ensayo peligroso». Indudablemente, quiso probar si Dorrego, todavía muy popular y al frente de un ejército, toleraba el desaire que le hacían.

Muy luego la Junta salió de sus dudas; Dorrego procedió noblemente, haciendo que sus soldados reconocieran al nuevo Gobierno y que su ayudante Planes pasara a la Capital a cumplimentar al general Rodríguez; pero aun así, los hombres del viejo partido no se creían seguros, porque la guarnición de Buenos Aires, y especialmente los cívicos, estaba desconforme con el cambio. El nuevo Gobernador dispuso, al asumir el mando, que el comandante Juan Manuel Rosas se situara a dos leguas de la ciudad, con sus milicianos listos para servirle de apoyo, suspendiendo la orden de marchar a incorporarse a Dorrego que se le diera anteriormente; y la Junta, lanzó para intimidar al pueblo y al ejército, un manifiesto terrorífico contra los que turbasen el orden público.

8. SUBLEVACIÓN MILITAR CONTRA RODRÍGUEZ

Las tropas que componían la guarnición de la ciudad, eran: el regimiento «Fijo», entusiasta por la personalidad militar y política del general Soler, quien se hallaba en la Colonia; el batallón de «Cazadores» número 2, con soldados negros y oficiales blancos, pero unos y otros dorreguistas hasta la medula; el de «Aguerridos», único cuerpo veterano con que podían contar los «directoriales» o, mejor dicho, «unitarios», porque ya habían adoptado este nombre; y los tercios de cívicos, de los cuales el primero, en el que había muchos «niños bien», era el que inspiraba menos temores; el segundo era entusiasta hasta el delirio por el jefe de la defensa de Julio, y del tercero casi podía decirse otro tanto.

Los tercios de cívicos estaban compuestos por ciudadanos

(11) López: *Historia de la Revolución Argentina.*

Digitized by Google

que vivían en sus casas y guardaban en ellas sus fusiles; dependían del Cabildo, que en los casos de peligro los llamaba con sus campanadas y su bandera de alarma; tenían cuarteles, pero pocos concurrían a ellos. Antes de recaer la elección de Gobernador en Rodríguez, la Junta de Representantes ordenó al substituto Balcarce que clausurase los cuarteles de los cívicos y no permitiera que éstos se reuniesen en otro sitio. Los cuarteles fueron clausurados, pero el peligro no desaparecía con esa sola medida; Rodríguez se propuso desarmar a los cívicos, y al efecto acuarteló los cuerpos de «Cazadores» y «Aguerridos», ordenando simultáneamente a Rosas que estuviera alerta para entrar con sus campesinos en la ciudad, al primer llamado que recibiese (12).

El 28 de Septiembre había dicho la Junta, dando a la palabra «unidad» el significado de centralización: «Ahora corresponde a las autoridades que presiden las provincias, el papel de hábiles y esforzados náuticos que, salvando la nave con sabias maniobras durante la tempestad, así que la calma se logra, *rehacen el rumbo y se dirigen al puerto*... Los agen-

(12) Para mayor inteligencia, transcribo los siguientes renglones que pertenecen a la brillante pluma del doctor Vicente F. López:

«Hasta entonces la verdadera fuerza de los movimientos convulsivos de la Capital, había estado en manos de los cívicos y principalmente del segundo tercio. Estos eran los que habían derrocado al general Alvear en 1815 y decidido de todas las peripecias del año XX; afiliados ahora al partido de Dorrego, es decir, sostenedores del elemento plebeyo, era muy dudoso saber si el nuevo contingente que traían los campesinos, que aliados a la burguesía liberal formaban la fuerza militar de Rodríguez, sería bastante poderoso para acallar y someter el ferviente enojo de las clases plebeyas y de sus jefes, que despechados por la sorpresa con que habían sido supeditados, estaban, naturalmente, resueltos a echar manos a las armas.

«Se preveía con más o menos probabilidad que una lucha porfiada y sangrienta estaba a punto de estallar. El encono y la rabia del partido popular no tenía límites; y al mismo tiempo la burguesía estaba resuelta a emprenderla contra él ...

«El segundo tercio estaba compuesto por la juventud de la clase media, menestrales, jornaleros, carreros o gente sin oficio, aunque de familias modestas y propietarias de los suburbios. Todos ellos estaban habituados a los peligros de la guerra. Muy pocos eran los que no habían hecho alguna campaña, o no habían concurrido a media docena de asonadas reñidas y mortíferas. Su misma clase y las excitaciones de la Revolución, les habían dado predilecciones políticas apasionadas, vinculándolos entre sí con su espíritu de cuerpo, que no lo tenía más fuerte ni más estrecho ningún batallón veterano.»

Digitized by Google

tes de la discordia aún no han abandonado el campo; y si no han podido hasta aquí completar su triunfo, temamos desde hoy el renovado empuje de sus planes ominosos. Ellos (los federales) son tal vez hoy más activos y mejor combinados; y sólo podrán reprimirse si los que tenemos la gloria de ser agentes de la unión nacional, nos *apresuramos a reunir en un foco todos los rayos del poder público, que hoy están diseminados y sin la actividad conveniente.* Estamos de acuerdo sobre el remedio de nuestros males. *Dar una cabeza a estos miembros hoy separados; formar un centro común depositario de la confianza general de todos los pueblos; reunir los fragmentos en que hoy se halla descompuesta nuestra máquina política; reorganizarla en términos que sean capaces de dar impulso a sus resortes y recuperar la grande rotación correspondiente a sus destinos*». Por su parte, Rosas, reuniendo sus milicias en el mismo día, cerca del río Matanzas, proclamábalas con estas palabras que, no obstante su vaciedad, lo acreditaban como adicto al poder arbitrario: «Abatidos hasta la humillación (por los tratados del Pilar), rápidamente hemos descendido a la obscuridad y confusión más ínfima que nos han traído por cambio los excesos de los enconos, de las venganzas y de otras pasiones. En estas circunstancias, la provincia ha reunido su representación suprema, afortunadamente depositada en hombres sin aspiraciones, con luces y llenos de los mejores deseos por imprimir en el Gobierno una marcha que nos eleve y que levante el velo al espantoso cuadro de la situación que la humilla» (13).

Hasta entonces, toda tentativa centralista, incluso la que llevó al gobierno a Ildefonso Ramos Mejía, estaba asociada al monarquismo. El pueblo, algunos cabildantes y casi todos los jefes de la guarnición,—que eran republicanos,—se sintieron muy incómodos frente a las tendencias que amenazaban las libertades públicas, alargaban la guerra con las provincias lito-

(13) Publicaciones oficiales de la época.

Digitized by Google

rales, despreciaban un pacto solemne y el voto de los pueblos pronunciado en favor de la república federal. Rodríguez y su partido, por otra parte, con esa agresividad y esa desconsideración que antes amotinaron el ejército de Soler, planteaban al pueblo el dilema de rebelarse o abjurar su fe política.

Se urdió una conspiración, y en ella no aparece mezclado el nombre de Dorrego; dícese que los jefes de su partido, directores de aquélla, estaban irritados contra él por su excesiva liberalidad con los directoriales, que había permitido la reacción; es posible el enojo, pero su verdadera causa debió ser, más que la expresada, la de oponerse Dorrego a toda sublevación. No es posible que, hallándose Dorrego al frente de su ejército, siendo el favorito del pueblo, siendo el jefe del federalismo porteño, sus amigos se lanzaran a la revuelta sin pedirle apoyo o al menos tolerancia. No tuvieron ésta ni aquél; eso está demostrado por hechos y por documentos incontrovertibles; pero la lógica enseña a deducir de ahí, más que un desaire al Gobernador suplantado, una negativa de él.

El «hombre de acción» del movimiento, era el coronel Manuel Pagola, quien debió tener a su lado al pasional doctor Agrelo; Soler fué el candidato a Gobernador, y este general, desde la Colonia, alentaba a sus partidarios, que uníanse ahora con los sarrateístas, ante el enemigo común.

En la noche del 1° de Octubre, Pagola sublevó el regimiento «Fijo», y reunió en el cuartel de ese cuerpo a casi todos los cívicos del segundo tercio y muchos del tercero. Trasladóse luego con toda su gente a la plaza del Retiro; y desde allí, en dos columnas, una a sus inmediatas órdenes y compuesta por los cívicos del segundo tercio, y la otra a las de los oficiales Sosa y Bares, avanzó hacia la plaza de la Victoria, con tanto orden y silencio como si se tratase de una simple parada.

Rodríguez, en tanto, no estaba desprevenido. Logró reunir casi todo el primer tercio de cívicos y algo del tercero, frente al Cabildo; y en el Fuerte tenía acantonados a los «Aguerridos» y los «Cazadores». Varias compañías de estos cuerpos

Digitized by Google

lueron situadas, por orden del Gobernador, en la Recoba, cuando se aproximó la hora del combate.

A las nueve de la noche entró a la plaza, por la calle de las Torres (hoy Rivadavia), la columna de Sosa y Bares, la cual daba mueras a la facción. Los citados oficiales proclamaron a los cívicos reunidos frente al Cabildo, incitándolos contra la reacción monárquica, y una gran parte de ellos separóse de la formación para unírseles; atacados briosamente muy luego los que permanecieron en sus puestos, fueron derrotados; la sublevación se enseñoreó en la casa municipal, izó la bandera de alarma e hizo sonar la famosa campana.

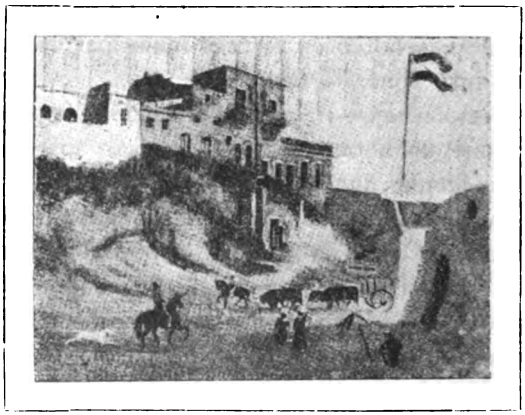
Casi al mismo tiempo, Pagola, enardecido e imponente, destacándose sobre un hermoso caballo blanco, aparecía a la cabeza de su columna, que había bajado a la plaza por la calle Catedral (hoy San Martín). Atacó a descargas cerradas la defendida Recoba, y luego la asaltó a la bayoneta, apoyado por fuegos que hicieron desde los altos del Cabildo, soldados de la primera columna. Las compañías gubernistas, en su casi totalidad, tuvieron que replegarse al Fuerte, sosteniéndose sólo algunos «Aguerridos» en la plaza Veinticinco de Mayo.

Rodríguez hizo un esfuerzo supremo, lanzando una columna a la plaza de la Victoria; pero, arremetida por Pagola, se dispersó por completo, volviendo muy pocos de sus soldados al Fuerte; y un rato después, los «Aguerridos» de la plaza Veinticinco de Mayo, reducidos por fuegos combinados, rindieron sus armas a la sublevación. No quedándole a Rodríguez sino una parte de los «Cazadores»,—los cuales no amaban su causa, como se dijo, y no podían entusiasmarse con ella cuando veían la pérdida, — salió con sus ayudantes y algunos amigos, por la puerta *del socorro* que había en la parte posterior del Fuerte, para dirigirse al campamento de Rosas. Años más tarde, sería Dorrego quien saliera en circunstancias casi idénticas y por esa misma abertura, camino de la derrota y de la muerte...

Los «Cazadores» entregaron la fortaleza sin tardanza, Mientras, la campana del Cabildo — que continuaba sonando — y

Digitized by Google

las detonaciones, llevaban la alarma a todos los barrios de la ciudad. Los tercios de cívicos continuaban creciendo, y los simples ciudadanos, que también acudían en gran número, rodeaban el Cabildo para proclamar la deposición de Rodríguez. Toda la noche transcurrió en la mayor agitación. En las primeras horas de la mañana del día 2, el Cabildo abrió su sesión pública con asistencia de sólo cinco de sus miembros,



LA PUERTA DEL SOCORRO

presidiendo el alcalde Dolz. La corporación declaró depuesto al Gobernador Rodríguez; se arrogó sus funciones y nombró al general Hilarión de la Quintana (que hacía algún tiempo se hallaba en la ciudad, y ya no estaba al lado de Dorrego al librarse el combate de Gamonal) Comandante de Armas y jefe de los «Cazadores»; a Pagola, jefe de la brigada cívica; y a cada uno de los oficiales más antiguos de cada tercio, comandante de éstos.

De la Quintana era un modelo de caballeros y de valientes, que hacía alto honor al ejército argentino. Edecán de Liniers en los tiempos del coloniaje, había tomado parte en las luchas contra los ingleses y recibido en sus manos la espada del ge-

Digitized by Google

neral Berresford; más tarde fué uno de los que prepararon y fundaron la independencia, actuando en el glorioso drama de Mayo; reunía la gracia y la dignidad de los nobles de estirpe al entusiasmo y la rectitud del sincero republicano. Comandante general de Entre Ríos (1813), luego Gobernador Intendente de Tucumán (1814), dejó la patria para tomar parte en la reconquista de Chile, y se distinguió en la travesía de los Andes, siendo el primero que hizo brillar su espada en la memorable campaña, pues le cupo el honor de alcanzar las pequeñas victorias que prepararon la magnífica jornada de Chacabuco.

En Chile se vinculó a la mejor sociedad; contrajo enlace con una distinguida dama santiagueña, y desempeñó el cargo de Director Supremo del Estado, acreditando serenidad, liberalidad y honradez: habiendo sido su calidad de argentino la única razón para oponérsele que tuvieron sus gobernados. Vuelto a la patria como tantos otros que fuera de ella la sirvieron, ya he tenido oportunidad de mencionar en este libro algunos de sus servicios. Actuó en las luchas civiles, pero siempre sosteniendo noble causa y realizando actos de generosidad.

Refiérese que, en circunstancias que el pueblo casi amotinado, rodeaba el Fuerte profiriendo injurias contra el último Directorio, después del desastre de Cepeda, De la Quintana, cuyas ideas de gobierno fueron las mismas de Soler y Dorrego, al enterarse que Rondeau volvía a la ciudad fugitivo, exclamó bien alto en medio del tumulto: «Pido permiso para montar a caballo y salir a saludar al general Rondeau, mi antiguo jefe, mi compañero y mi amigo» (14).

Este insigne general, este intachable patriota, este gran señor, había de ser el candidato a general en jefe del ejército que Dorrego se proponía mandar al Paraguay en 1828 para voltear al tirano Francia y hacer que aquella provincia se incorporase a la comunidad argentina; derrocado y muerto Do-

(14) MITRE: *Historia de Belgrano.*

Digitized by Google

rrego, triunfante Rosas, no quiso servir a éste, y permaneció en Buenos Aires durante sus últimos años, en la mayor pobreza. En este tiempo, fué cierto día a casa de unos parientes, y habiéndosele instado para que se quitase la capa, tuvo al fin que confesar no serle posible, porque no tenía camisa. En su última enfermedad asistiéronlo en un hospital, y la señora Pilar Spano, esposa del general Tomás Guido, fué allí a amortajarlo cuando tuvo noticia de su muerte (15).

El Cabildo resolvió realizar una asamblea pública en la iglesia de San Ignacio, y anunció por medio de un bando, que Rodríguez había sido depuesto por «pertenecer notoriamente a la facción destituída del Congreso y el Directorio, enemiga de la libertad de los pueblos y de los patriotas (republicanos), contra quienes había desplegado, luego de su introducción al mando, la misma sangrienta persecución que manchara todos los pasos de aquélla»; y que el pueblo había encomendado a la corporación «reasumiese provisionalmente el mando y crease un nuevo gobierno que afianzara la libertad del país y sofocase para siempre las aspiraciones de los facciosos, que se proponían envolver los pueblos unos contra otros y perpetuar la guerra, a fin de conducir a los conocidos designios que los animaban» (establecer la monarquía de acuerdo con los portugueses).

Rosas, al presentársele Rodríguez, marchó con sus cuerpos de milicias llamados «Colorados» por estar vestidos cuantos los formaban, de arriba a abajo, de ese color; se trasladó a Santa Catalina, y allí, sobre el plantel que tenía, al que incorporó los prisioneros hechos en la acción de San Nicolás (otra contaminación del antiguo régimen con la montonera), comenzaron los preparativos para rescatar la Capital.

Ya en la mañana del 3, informados que la reunión de Santa Catalina alcanzaba a 500 hombres y seguía progresando, los cabildantes resolvieron dirigirse a Dorrego pidiéndole auxilio.

(15) Referencias hechas al autor por Carlos Guido Spano.

Digitized by Google

tratando de asirse a la última tabla de salvación; y por los términos que emplearon en esa oportunidad, procurando engañarlo, se comprueba que él repudiaba el movimiento. « El Cabildo, única autoridad legítima del pueblo de Buenos Aires, —decíanle, tratando de vencer sus escrúpulos,—ha tenido que reasumir el mando para cortar la discordia y salvar al vecindario. Pero numerosas *partidas de campesinos, mal dispuestos*, están sitiando el pueblo *con ánimo de saquearlo*; y para librarnos de atroces sufrimientos y desastres, es de urgente necesidad que V. S. marche a ponerse a las órdenes del Ayuntamiento » (16).

Por la tarde tuvo lugar la asamblea pública, en la iglesia de San Ignacio, con un gran concurso y bajo la presidencia del alcalde Dolz. Abierto el acto, el doctor Pedro José Agrelo subió al púlpito y fustigó a la « facción de Pueyrredón », diciendo que al volver al Gobierno continuaría esforzándose por monarquizar el país ayudada por sus aliados de años anteriores (los portugueses); defendió las reputaciones de Sarratea y Soler; pero dijo que el Gobernador deseable para Buenos Aires, por ser el más conveniente y por las ideas de organización nacional que profesaba, era Dorrego.

Mas en la ciudad, que a los pocos momentos había de ser asaltada, había algún desorden: los unitarios, y especialmente aquellos vinculados a Rosas, trabajaban dentro de la plaza por su triunfo; un grupo de ellos, armados en su mayoría con puñales, tomaba parte en la asamblea, procurando influir para que se adoptase una resolución dilatoria.

« Luego que bajó este furioso, — dice, refiriéndose a Agrelo, un amigo de Rosas que pertenecía al referido grupo (17) — subió un mocito de campo llamado Leal, como de 28 años, con un poncho colorado atado a la cintura y la presencia del que tiene luces naturales y un corazón fuerte y honrado. Ha-

(16) Publicación oficial de la época.

(17) José María Roxas y Patrón. Carta a Rosas publicada por Saldias en su *Vida y escritos de Castañeda.*

Digitized by Google

bló con los sentimientos de la buena gente, y concluyó diciendo que él sería el primero en votar por Dorrego, pero que se hiciera la elección tomando los votos casa por casa. En el momento el pueblo lo colmó de vivas, y dijo que se hiciera lo que decía el del ponchito.

« Hallándose vacante la tribuna, la ocupó un italiano medio loco, llamado Vigil, quien, esparciendo la mirada por los altares, vió en uno de ellos que Santa Teresa tenía dos velas encendidas, y exclamó: « ¡Oh, bárbara preocupación! ¿Cómo es que Santa Teresa se atreve a tener velas encendidas ante la soberanía del pueblo?» Entonces el pueblo lo hizo bajar a fuerza de gritos y silbidos. »

Como se ve, la reunión tomaba un carácter grotesco, y es probable que ello se debiera a los partidarios de Rodríguez y Rosas. Instrumento de ellos era el tal Leal. Habiendo el doctor Agrelo subido por segunda vez al púlpito, sus enemigos le taparon la voz a fuerza de gritos, y al bajar tuvo que salir del templo y refugiarse en el colegio que había al lado para salvarse, porque fué atacado con armas.

El propósito de los revolucionarios era remover los representantes de la ciudad, dejando los de la campaña, con lo cual ya terminaba la mayoría de los unitarios en la Junta, y era posible designar Gobernador en propiedad a un federal, pues Dorrego ya había tenido algunos votos en la elección de Rodríguez. La asamblea resolvió que comisiones presididas por los alcaldes de barrio recogieran los votos de los ciudadanos casa por casa, y que, mientras, el Cabildo retuviera el mando. Pero hasta ella llegaron voces de alarma, pues cuando terminaba, ya Rosas introducía sus tropas por las calles de los suburbios.

Digitized by Google

CAPÍTULO XV

Ante la Junta de Representantes. Pacificación de las Provincias

1. Asalto de Buenos Aires y reposición de Rodríguez. — 2. Dorrego acude al llamado del Cabildo y acata al Gobierno constituído. — 3. Mediación del Gobierno de Córdoba y tratado de paz celebrado por los de Buenos Aires y Santa Fe. — 4. Aniquilamiento de Artigas. Ramírez su vencedor, vuélvese contra Buenos Aires. — 5. Dorrego es expulsado de Buenos Aires. — 6. La guerra del centro. — 7. Las guerras del norte.

1. ASALTO DE BUENOS AIRES Y REPOSICIÓN DE RODRÍGUEZ

Los cabildantes que asumieron el mando enviaron chasquis al comandante Rosas para urgirlo a incorporarse a Dorrego, creyendo poder substraerlo por este medio a las miras de Rodríguez, quien estaba en su campamento esperando ser repuesto. Pero nada hizo variar la resolución del futuro tirano: halagaba sus secretas ambiciones el triunfo de un gobernante que no sabía ganar batallas ni el corazón del pueblo.

En la tarde del día 3, al presentarse las huestes de Rodríguez y Rosas en los suburbios, De la Quintana y Pagola concentraron la guarnición de la ciudad, fortificándose bien. Rodríguez y Rosas los asaltaron y trabóse una encarnizada pelea, la más terrible presenciada por Buenos Aires después de la defensa contra los ingleses; no se suspendió un instante en toda la noche, y aún continuó durante dos días más: corrió mucha sangre, y alguna de curiosos imprudentes.

El día 4, Rosas avanzó sus posiciones estrechando a sus adversarios, y entonces se iniciaron gestiones de paz, suspendiéndose las hostilidades sin que los beligerantes se movieran

Digitized by Google

de sus cantones. Los de la plaza pretendían que se reuniera la Junta de Representantes y nombrase un Gobernador efectivo que satisficiera a ambos bandos, y por tanto, no podía ser Rodríguez ni Rosas. Estos convinieron en que la Junta se reuniese y consiguieron que celebrara una sesión a altas horas de la noche; en ella resolvió dar la efectividad a Rodríguez en el cargo de Gobernador y ofrecer amnistía a los que habían empuñado las armas contra él. El diputado Santiago Rivadavia, que en la elección anterior había dado su voto a Dorrego, en ésta lo dió a Rodríguez, creyendo que de esa manera contribuía a sostener el principio de autoridad.

En la mañana del 5, al mismo tiempo de colocarse en actitud de reanudar el ataque a las trincheras federales, Rodríguez hizo llegar a ellas la resolución de la Junta; contestósele que le resistían a él, pero que depondrían las armas ante cualquier otro Gobernador que no fuese militar.

Rodríguez no estaba dispuesto al sacrificio de su ambición: prefería el de las vidas de sus paisanos. A las doce del día se reanudó la lucha con mayor furia que anteriormente. Algunas horas después, las condiciones de los beligerantes eran muy desiguales y los sublevados estaban vencidos. De la Quintana, entonces, hizo grandes esfuerzos para inducir a sus compañeros al sometimiento, a fin de evitar la inútil efusión de sangre; pero la mayor parte prefirió continuar la resistencia hasta el último extremo, encabezada por Pagola, cuya furia no se apaciguaba fácilmente.

Al fin Rosas consiguió forzar la plaza de la Victoria, y entonces de la Quintana se rindió con algunas tropas; otros sublevados, entre ellos los cabildantes, se pusieron en fuga, pero los cívicos del segundo tercio, que se hallaban situados en la Recoba, pelearon todavía, y hubo muchos de ellos que, perdida la última esperanza y dominada la plaza por Rosas, como si tuvieran el presentimiento del destino de éste, prefirieron morir a dar un paso hacia atrás. Un contemporáneo describe así la plaza de la Victoria conquistada por los unitarios: «Por-

Digitized by Google

ción de heridos yacían en las calzadas esperando el turno de las camillas para ser llevados a los hospitales, o el de morir allí sin socorros. En uno de los costados de la pirámide de Mayo, se veía una dolorosa cantidad de cadáveres apilados, que daban testimonio de la bárbara matanza producida por la lucha» (1).

Los soldados de Rosas lucieron en el asalto una disciplina que llamó justamente la atención: pelearon con mucha firmeza y en el mayor orden, sin permitirse ninguna expansión en los momentos que sus esfuerzos tenían éxito. Pero no hubo derroches de moderación en el Gobierno restaurado; cierto que a De la Quintana se le dió pasaporte para la Colonia en mérito a su actitud última, pero Pagola y los demás cabezas de la sublevación, tuvieron que ocultarse para evitar los «escarmientos» que se anunciaron, habiendo Rodríguez lanzado un bando, a consecuencia de aquello, ordenando a autoridades y vecinos denunciar cuanto supieran de sus refugios, bajo graves responsabilidades.

Para enjuiciar a los cinco cabildantes que declararon depuesto al Gobernador Rodríguez, se designó una Comisión especial que debieron constituir los doctores Manuel Antonio Castro y José Cayetano Pico, y Miguel de Irigoyen que renunció por estar emparentado con el regidor Zabaleta.

Por parte del mismo Rosas que, habiendo sido el héroe de la jornada, no aceptó para sí ni sus campesinos más que el aplauso, ¡cuánta hipocresía hubo en su conducta! Compárese al Rosas que no permitía a sus soldados tomar en el día de la victoria, «más que agua pura», con aquel que, años más tarde, afianzado en el poder, respondía al ministro inglés que reclamaba por los desmanes de la mazorca, cometidos al lado de la Legación, que las turbas de Buenos Aires no podían contenerse y que el ministro debía salir poco a la calle, porque si lo degollaban, su muerte no tendría remedio.

(1) Vicente F. López: *Historia de la Revolución Argentina.*

Digitized by Google

Rosas, después de su hazaña, habló por primera vez al pueblo de Buenos Aires, por medio de un manifiesto en el cual decía con falsa modestia «haber hecho un esfuerzo superior a la obscuridad de su destino», y cuyo estilo es el mismo del otro documento relacionado en el capítulo anterior; paréceme semejante al de aquel Chalier que reconocieran por jefe los jacobinos de Lyon. Quería exaltar su mérito, pero no se lo desconocía entonces el partido favorecido: lo ensalzó con entusiasmo y no faltó al comandante el tributo del poeta, que estuvo a cargo de fray Cayetano Rodríguez.

Rosas adornóse con un gajo de laurel, y las reminiscencias del año XX tuvieron su influencia en el año XL: ellas explican que tantos viejos unitarios se hicieran «rosinos»; el título de «Restaurador de las Leyes» fué acordado considerando, entre otros sucesos, la reposición de Martín Rodríguez; la «suma del poder público» que también obtendría Rosas, antes la obtuvo otro Gobernador: el que triunfó con su apoyo (2).

2. DORREGO ACUDE AL LLAMADO DEL CABILDO Y ACATA AL GOBIERNO CONSTITUÍDO

Pocos días después de la reasunción del mando, y en circunstancias que se hallaba en la Catedral, donde celebrábase un solemne tedéum con motivo del triunfo de su causa, Rodríguez recibió una noticia que debió darle un vuelco a su corazón y lo indujo a ordenar el acantonamiento de las tropas y el disparo de tres cañonazos de alarma: *Dorrego ad portas!*

¿Iba a ser Buenos Aires, otra vez, escena de un sangriento asalto? Aquéllo debía desconsolar a los que aún no habían concluído de dar gracias al cielo por los resultados del anterior; pero en el año XX, la calma de los partidos y la duración

(2) Bartolomé Mitre: *Historia de Belgrano;* Adolfo Saldías: *Historia de la Confederación Argentina;* Documentos del Archivo General de la Nación; Mariano A. Pelliza: *Dorrego en los partidos unitario y federal;* Vicente F. López: *Historia de la Revolución Argentina.*

Digitized by Google

de los gobiernos, eran efímeras; y no había que extrañarse ante tal cuadro.

Traía Dorrego su división de 1.400 hombres, y además podía contar con numeroso partido y las simpatías de las tropas recién sometidas, dentro de la ciudad. ¿Qué hubiera podido hacer Rodríguez, el jefe de las derrotas; qué hubiera podido hacer Rosas, el gaucho solapado convertido en comandante, para oponerse al general más popular, más inteligente y más glorioso de Buenos Aires? Es indudable que si Dorrego se propone en aquellos momentos derrocar a Rodríguez, éste tiene la misma suerte que Pagola.

La Junta de Representantes se reunió y resolvió enviar a Dorrego una intimación para que suspendiese sus marchas. Díjole, en consecuencia, hallarse sorprendida por aquéllas, que sentíanse después de restituída la autoridad suprema de la Provincia, abandonando el general «el principal objeto de su destino» y obedeciendo a «comunicaciones que le hizo una pequeña parte del Cabildo en los momentos que su efímero y tumultuario mando», por falta de noticias u «otros principios que la Junta se hacía violencia creer»; y que suspendiera todo movimiento en cualquier punto donde se hallara, «esperando y obedeciendo las disposiciones del Gobernador, bajo el más serio apercibimiento y responsabilidad de los males que de otro modo serían inevitables, y de los que él debía estar muy lejos por el amor al orden y felicidad de la provincia que le caracterizaron en las anteriores victorias, que la Junta nunca olvidaría».

Entretanto, a Dorrego no lo condujo la voluntad de derrocar a Rodríguez. Producida la primer elección de éste, hizo reconocer el nuevo Gobierno por sus tropas y envió sus cumplimientos por intermedio de un ayudante; posteriormente, el 2 de Octubre, recibió del Cabildo, autoridad que le había conferido primeramente el mando, el llamamiento de que se informó en el capítulo anterior, el cual no explicaba cómo Rodríguez había caído y señalaba el peligro de que la ciudad

Digitized by Google

fuera entregada a los horrores del saqueo; justo era que acudiese precipitadamente, pues el deber, la humanidad y el honor debían estimularlo a ello.

La nota de la Junta fué llevada a escape, pero al llegar a Luján, ya el mayor Angel Pacheco había impuesto a Dorrego de los sucesos de la ciudad. Los términos con que Dorrego contestó a la Junta fueron muy novedosos para aquella Buenos Aires desangrada y que tantos insultos recientes había recibido de generales y caudillos. «Mi alma—decía Dorrego—se ha llenado de un sentimiento que no sé cómo explicar. Yo suspendo mi marcha hasta recibir órdenes; siendo de notar que en todo este tiempo no he recibido comunicación, ni aun contestación de varios oficios dirigidos al señor brigadier Rodríguez... Vuestra Honorabilidad puede descansar bajo la firme inteligencia que la fuerza de mi mando jamás propenderá sino al orden y la tranquilidad de nuestra provincia y escarmiento de los enemigos de ella». Era la respuesta propia de un patriota que había tenido cuatro años de escuela democrática en los Estados Unidos.

La Junta, avergonzada de su actitud ante tan digna respuesta, se disculpó por oficio dirigido al general, explicando los errores de interpretación que habían inducido a creerlo rebelado; al mismo tiempo le ordenó retrogradase y se situara en Areco. El 8, Dorrego obedeció, después de haber hecho reconocer segunda vez por sus tropas al Gobernador Rodríguez, y envió a la ciudad al mayor Miguel Planes con felicitaciones para él.

Además Dorrego comunicó su movimiento al Cabildo, y éste le contestó no haber dudado que daría ese paso con que llenaba de júbilo al pueblo y sofocaba la voz de la calumnia. «El Cabildo se lisonjea—añadía la nota—por tan feliz suceso, sumamente interesante al orden y *unidad*; y también felicita a V. S. por este nuevo testimonio de amor y de generosidad a la provincia, sobre los que tiene tributados». Ya los cinco cabildantes que declararon depuesto a Rodríguez habían sido

Digitized by Google

destituídos y reemplazados por correligionarios del Gobernador. Dorrego retribuyó la cortesía disimulando el efecto de la palabra «unidad» — que debió resultarle incómoda — declarando solemnemente que nunca desenvainaría su espada contra sus comprovincianos, pues la destinaba a defender el honor de ellos, y «moriría en la lid» si no lo salvaba.

De Areco, Dorrego marchó a la línea del arroyo del Medio. Cierto que Dorrego veía elevarse a un desconsiderado teniente suyo, y al mismo tiempo triunfar en su provincia al partido que lo persiguiera en 1816 y que ahora sustentaba principios políticos contrarios a su credo; pero siempre le interesaba el triunfo de Buenos Aires sobre Santa Fe, por la injusticia de la agresión de López, y además, debió hacerse el raciocinio de que el voto de su provincia no había de decidir en la futura Convención Constituyente la forma de gobierno a adoptarse en la organización nacional, dado que el de todas las otras parecía prometido a la federación.

Rodríguez, como todos los ambiciosos sin cualidades sobresalientes ni altas miras, que logran encumbrarse, sentía envidia y no supo respetar la virtud. Con la idea de hacer retirar de la escena a quien le hacía tan gran honor permaneciendo al frente de su ejército, delegó el mando en el general Marcos Balcarce y salió a campaña con tropas cuyo mando inmediato confió al coronel Aráoz de la Madrid. Su partida se efectuó el 21 de Octubre, y se había despedido de la ciudad diciendo: «Marcho con el noble designio de no rehusar la guerra».

Se dirigía al arroyo del Medio; pero como al llegar a San Nicolás, Dorrego no hubiese renunciado todavía, se detuvo allí a espera del resultado de un recurso bastante degradante, que no puso reparo en ensayar. Remitió un oficio al delegado Balcarce, en el cual decía: «Inmediatamente que reciba V. S. esta comunicación, dispondrá que don Luis Dorrego marche dentro del término de veinticuatro horas a la estancia de don Juan Manuel Rosas y Compañía, en los Cerrillos, con prevención de mantenerse en aquel punto hasta nueva orden». Esta arbi-

Digitized by Google

traria manera de hacer «veranear» contra su voluntad a un ciudadano respetable poco afecto a la política, era además un atentado contra los fueros seculares del Cabildo, al cual pertenecía el confinado, como síndico personero. No hay duda que medió un consejo corrosivo del pérfido Rosas y que el objetivo inmediato de la arbitrariedad era disgustar al hermano. Esto, que tratándose de cualquier otro general que estuviese en su situación se habría temido, se deseaba ardientemente, porque los que son excitados por groseros apetitos, llegan a considerar y tratar a los hombres delicados lo mismo que a los imbéciles (3).

Dorrego, comprendiendo, apresuróse a mandar su renuncia a Rodríguez, quien le indicó debía entregar el mando de las tropas al coronel Pico. Hecho esto, el jefe de la defensa de Buenos Aires y vencedor de San Nicolás y Pavón, se retiró sin ruido alguno al pueblo de San Isidro, donde se hallaba su familia. Ofreciósele por Rodríguez, entonces, el grado de brigadier, que no quiso aceptar, dando las mismas razones que

(3) Luis Dorrego, antes de marchar a Cerrillos, hizo una exposición a la Junta de Representantes, que luego fué publicada en hoja suelta, de la cual reproduzco los siguientes renglones:

«Reflexionando detenidamente sobre un alejamiento repentino del seno de mi familia y dirección de mis negocios... no he podido prescindir del sentimiento que estos objetos merecer, a pesar de estar convencido que ni las cárceles ni las confinaciones infaman a los ciudadanos si no las acompaña el crimen, y si bien busco la causal que pueda haber influído en medida semejante, no otra cosa se me ofrece sino chismes preparados con artificio y suministrados con suceso. Y aunque mi conducta pública desde la asonada nocturna hasta el 5, en que fueron escarmentados los conjurados, no me puede causar la desgracia de ser considerado de modo alguno cómplice del suceso, me veo obligado a una separación, que bien vista dimanará de causas posteriores.

«Mas sea la causa la que fuere, sea el conocimiento de hoy o antelado yo estoy tan seguro de mi inocencia como cierto de que existo: no por esto evitar quiero mi destino: pronto estoy a retirarme si la causa pública puede padecer con mi permanencia en la ciudad. Siempre la he juzgado objeto preferente a todo lo demás que puede formar mi conveniencia y mi placer si es que pueden darse bienes semejantes con menoscabo de aquélla, en concepto del varón prudente y reflexivo.

«Si la tranquilidad no puede ser contrastada, yo soy digno al menos que se me diga quién me acusa y por qué causa, o se me prueben los motivos que impulsaron al señor Gobernador a disponer mi separación. No quiero se dispense el menor miramiento; si apareciese delincuente, venga sobre mí todo el rigor de la ley. Ejerzo un ministerio público; quiero al menos tener la satisfacción que vean mis conciudadanos haber merecido su confianza.»

Digitized by Google

al Director Balcarce cuando éste hubo de ascenderlo a coronel mayor; pero eso no basta para que pueda decirse con justicia que se guardaron con él las consideraciones propias de su mérito (4).

3. MEDIACIÓN DEL GOBIERNO DE CÓRDOBA Y TRATADO DE PAZ CELEBRADO ENTRE LOS DE BUENOS AIRES Y SANTA FE

A pesar de la tregua que Estanislao López había dado a Buenos Aires desde que Rodríguez y Rosas le comunicaron estar asegurada la caída de Dorrego, y no obstante haber salido Carrera con su banda, de Santa Fe, pronto López apareció tan reticente como antes, y Rodríguez tan receloso como Dorrego. Al tomar el mando de las tropas de Buenos Aires el nuevo Gobernador, invitó al caudillo santafesino a una entrevista, la cual fué aceptada en afectuosa carta que, entre otras cosas, expresaba: «Salgamos de este estado de anarquía que nos atrae el desprecio de cuantos nos observan de cerca y nos priva del reconocimiento de nuestra independencia por todas las naciones. Mientras tenga la satisfacción de abrazarlo, disponga de este su sincero y apasionado amigo y servidor». La «entente cordiale» preexistente, se exhala de esas líneas.

El resultado de la conferencia fué la designación de diputados por ambas partes, que, celebrando otras, llegarían a un ajuste de paz. La primera estipulación que ellos hicieron (a propuesta de los santafesinos) fué un armisticio de veinte días, a fin de estudiar el tratado, cláusula por cláusula (20 de Noviembre); pero aquel Rodríguez que aconsejaba a Dorrego someterse a la humillante condición previa de repasar el arroyo del Medio, rehusó aceptarlo, diciéndole a López que, «lejos de serle admisible, érale un aviso para prepararse a una marcha militar en que consiguiera su provincia lo que no se le dejaba obtener por un ajuste amistoso», pues el término de veinte

(4) Publicaciones oficiales de la época.

Digitized by Google

días no podía tener otra explicación que el deseo de ganar tiempo a fin de obtener ventajas en él sobre las tropas de Buenos Aires.

En este estado las cosas, la mediación del Gobernador de Córdoba, general Juan Bautista Bustos, quien deseaba anticipar la organización nacional, al mismo tiempo que enviaba auxilios a San Martín y Güemes para hacer la guerra contra España, evitó un rompimiento de hostilidades. Bustos presionó de tal manera el ánimo de López, haciéndole comprender que se pondría de parte de Rodríguez si la guerra continuaba, que la convención de paz realizóse con la garantía del mediador (24 de Noviembre). Las cláusulas destinadas a la publicidad fueron honrosas para todos, pues dejaba libradas las cuestiones que suscitaron la lucha entre Buenos Aires y Santa Fe, al Congreso Nacional que se reuniría a los dos meses en Córdoba; declaraba libre el comercio de armas y libres a todos los prisioneros; pero había otras, secretas, que daban la victoria a López, pues le acordaban indemnizaciones de guerra en dinero y en ganados. Rosas preparó el ánimo de Rodríguez para estas concesiones, a las cuales se había opuesto Dorrego con tanta energía, y él mismo se encargó de reunir los ganados necesarios (25.000 cabezas) a condición de ser restablecido el diezmo, gabela suprimida poco tiempo antes.

Así y todo, la paz fué una suerte; porque con jefes como Rodríguez, Aráoz de la Madrid y Rosas, lo más probable habría sido, continuando la guerra, que Buenos Aires sufriera mayores males.

4. ANIQUILAMIENTO DE ARTIGAS
RAMÍREZ, SU VENCEDOR, VUÉLVESE CONTRA BUENOS AIRES

Extenuado Artigas por una sucesión de desastres en la guerra contra los portugueses, guerra tan heroica como desgraciada por lo que a los orientales respecta, y habiendo sido traicionado por su teniente Frutos, se había refugiado en Co-

Digitized by Google

rrientes, permaneciendo allí a espera de los recursos que Ramírez debía arrancar a Buenos Aires. Al enterarse del pacto del Pilar, que no contenía más que una súplica en favor de su provincia, referente a la ocupación portuguesa, y hacía otros olvidos que lo agraviaban, dirigió una nota a Ramírez reprendiéndolo severamente, y el caudillo entrerriano le contestó no reconocerlo como árbitro de la suerte de todas las provincias de la liga, por más que fuera jefe de ésta.

También se habían puesto en acción contra Ramírez sus adversarios de Entre Ríos, que desde la iniciación de la guerra del litoral se sostenían en los bosques, y al mando de Gervasio Correa derrotaron a Ricardo López Jordán, hermano natural de Ramírez, en cuyo lugar había quedado. El «supremo entrerriano», a su regreso, venció fácilmente a Correa; obligándolo a capitular y tomándolo a su servicio inmediatamente, le ordenó situarse en Arroyo Grande, en observación de Artigas, mientras él se preparaba en el Paraná para la sangrienta lucha que era inevitable.

En los primeros días de Junio de 1820, la vanguardia de Artigas al mando de Siti, invadió Entre Ríos y derrotó a Correa, avanzando luego el «protector» con el grueso de su hueste, que alcanzaba a 2.000 hombres, en busca de Ramírez. Este tenía ya en su poder la escuadrilla y el armamento facilitados por el Gobernador Sarratea, y estaba organizando una división de infantería con ayuda del mayor Lucio Mansilla (porteño); pero cometió la torpeza de salir al encuentro de su adversario con las caballerías solamente, siendo derrotado el 13 de Junio en Las Guachas y yendo a reunir sus dispersos en Cle, para retirarse al Paraná, donde acumularía todos sus elementos.

La pelea fué tan reñida, que Artigas no salió de ella mucho mejor que Ramírez, y hasta que sus partidarios de Corrientes no lo reforzaron, demoró la persecución. El 24 de Junio hubo otro encuentro en la Bajada, presentando Ramírez tropas de las tres armas. Artigas llevó tres furiosas cargas de caballería, y las tres veces fué rechazado; viéndose al fin ata-

Digitized by Google

cado por los flancos, y no quedándole otro recurso que la fuga, se entregó a ella y fué perseguido hasta que cerró la noche.

Habiéndose replegado hacia la costa del Gualeguay, quiso rehacerse en el Sauce de Luna, pero antes de lograrlo, el 17 de Julio, se le presentó Ramírez, obligándolo a pasar a Corrientes. El caudillo López Chico cubrió la retirada del «patriarca» con gran dificultad, y dos divisiones artiguistas mandadas por los caciques indígenas Perú y Matías Abacú, que no tuvieron tiempo de pasar el Gualeguay, fueron deshechas.

Artigas se estableció en las Tunas diez días después; pero enterado que Siti, a quien destacase, había defeccionado entregando Misiones al «supremo entrerriano», y que éste adelantaba a marchas forzadas por territorio correntino, retrogradó hasta Abalos, lugar de donde partiera al iniciar la campaña. Ramírez no le dió tiempo a completar el movimiento: le derrotó la retaguardia en las Tunas, y luego cayó sobre el resto de la hueste del «protector» en Abalos. Artigas, vencido, perdió el parque y las haciendas que conducía, desbandándosele sus últimos soldados, y le fueron hechos prisioneros el secretario Monterroso, el Gobernador de Corrientes Juan Bautista Méndez, el comandante Anacleto Medina, etc.

Aún el caudillo oriental tuvo energía y obstinación para pasar a Misiones con la gente que pudo salvar, deseando vengarse de Siti; éste se encerró en un reducto, y habiéndolo cercado el «protector», acudieron tropas de Ramírez. Artigas, acometido por la espalda mientras se batía por el frente, tuvo que escapar con unos 200 hombres apenas.

Las horas siguientes son de suprema melancolía para el gran caudillo. Las provincias que antes lo aclamaron, lo arrojaban ahora; y aquella en la cual había nacido y que amaba con fiereza de león, era esclava de un monarca europeo, después de haberse cubierto de despojos sangrientos durante cerca de cuatro años de resistencia. Mas cuando piensa en los orientales que defendieron el terruño a todo trance, siente un lenitivo: se acuerda de Lavalleja—aquel valiente sin igual que su-

Digitized by Google

fría cadenas en el Brasil—y aunque no vislumbra acaso el futuro libertador de 1825, quiere enviarle una ofrenda. El que arrastró a la rebelión la mitad casi del suelo argentino, suelo de grandes ideales y grandes libertadores, pobre ahora es, y pronto se convertirá en un mendigo. Tiene empero algunos patacones; los cuenta: son 4.000; bien los necesita él, pero es un muerto y quiere hacer testamento: lega los 4.000 patacones a Lavalleja, para que alivie sus necesidades y las de sus compañeros de cautiverio; y al efecto, los pone en las manos de un gaucho animoso y honrado nacido en las riberas del Atlántico, que le promete llevarlos.

El 23 de Septiembre de 1820, Artigas se asiló en el Paraguay, con una pequeña escolta. El doctor Francia juzga peligroso el huésped; en lugar de darle audiencia como él esperaba, lo encierra en un convento, no dejándole más que un negro asistente. Años más tarde Artigas goza de la libertad, una pequeña pensión y un terreno de labranza; dos naturalistas suizos que estuvieron en el Paraguay por ese tiempo, dicen del caudillo que: «A los 60 años cultivó él mismo su campo y fué el padre de los pobres de Caraguatí, entre los cuales distribuía la mayor parte de sus cosechas y todo su sueldo, prodigando a los enfermos cuantos auxilios estaban en su mano».

Artigas murió en su asilo a los veinte años de buscarlo, habiendo desoído los llamados que le hicieran de su provincia nativa convertida en nación independiente, oficiales suyos que habían defeccionado de su bandera y que luego llegaron a ser jefes de Estado y de partido. Fué hasta el último irreductible: tenía una voluntad de acero.

Ramírez dominó Entre Ríos, Corrientes y Misiones, formando con esos territorios un solo Estado, que denominó «República de Entre Ríos»; no renegaba, sin embargo, de la nacionalidad argentina, sino que, con sabio instinto, procuraba fundar una gran provincia, lo cual, bien mirado, parece benéfico al régimen de gobierno republicano federal, que nada

Digitized by Google

hacía más difícil que la pequeñez y miseria de algunos Estados.

Instigado tal vez por Monterroso, a quien dió las mismas funciones que había ejercido al lado de Artigas, se propuso llevar la guerra a la Banda Oriental para manumitirla; y como para empresa de esa magnitud necesitase auxilios de Buenos Aires, que Rodríguez le negó, y además las tendencias de este gobernante eran contrarias al tratado del Pilar, resolvió derrocarlo antes. Previno al efecto a Estanislao López, que, sintiéndose apoyado por los Gobiernos de Córdoba y Buenos Aires, se negó a oirlo y rompió abiertamente con él.

No quedaría al «supremo entrerriano» otro aliado que Carrera. Este, al salir de Santa Fe, se aproximó a las fronteras de Córdoba y tuvo la osadía de mandar pedir al Gobernador Bustos, con un capitán Urra, la entrega de los soldados chilenos que hubiese en el ejército cordobés; Bustos rehusó atenderlo, pero el emisario trató de sublevarle algunos oficiales que, descubiertos apenas se complotaron, sufrieron pena de relegación. Volvió Carrera a invadir a Buenos Aires, y unido a algunas tribus de indios, ocupó el pueblo del Salto, donde sus bárbaros aliados arrebataron las inocentes familias que se habían refugiado en el templo, cuyas puertas fueron abiertas a punta de hacha. El 4 de Diciembre, el Gobernador Rodríguez, impuesto de tan doloroso suceso, se puso en campaña con cerca de 2.000 hombres, dando antes una proclama en la cual decía, refiriéndose a Carrera: «Yo marcho, compatriotas, en busca de ese portento de iniquidad... Yo juro al Dios que adoro, perseguir a ese tigre y vengar a la religión que ha profanado, a la patria que ha ofendido, a la naturaleza que ha ultrajado con sus crímenes.» No dió alcance a Carrera, y habiendo empleado su fuerza contra los indios, tuvo mal resultado y regresó prontamente a la Capital (5).

(5) Carlos María Ramírez: *Artigas*; Isidoro de María: *Compendio de Historia*. Vicente F. López: *Historia de la Revolución Argentina*; José María Paz: *Memorias*; Bartolomé Mitre: *Historia de Belgrano*; Benjamín Vicuña Mackenna: *Ostracismo de Carrera*.

Digitized by Google

5. DORREGO ES EXPULSADO DE BUENOS AIRES

Cuando Rodríguez salió de Buenos Aires a concentrar las tropas que habían de servirle para perseguir a Carrera, hallándose establecido en la estancia de Cascallares, tuvo noticia que en el cuerpo «Colorados» de las Conchas se notaban síntomas de insubordinación; el comandante de dichas milicias, José María Vilela, con sobrada suspicacia, los atribuía a las simpatías que sus soldados abrigaban por la personalidad de Dorrego, y sin miramiento ninguno para ella aventuraba esta denuncia: « La sisaña delos ombres Malos han podido cedusirme la tropa y haserla desertar. VE. tome las medidas mas altibas pueslos enemigos de la Patria y de VE. me creo por sospechas sol los mismos que dan este paso he oservado que dorrego ha benido dos beces aeste pueblo y Gastado muchos pesos con los soldados he oserbado que el capitan quiroga luego que bino por su ygnorancia me dijo lo habia mandado llamar dorrego el Jue y lo que bino lo hiso entrasmo todo me es una biva desconfiansa y llendolo a bisitar llo me pregunto por un Fesal. el que ahora ha desparramado la sisaña *puede ser que mi ygnorancia me haga Consentir estas cosas* pero no puedo de dejar de dar una noticia de todas ellas...»

Sin más antecedentes, Rodríguez mandó una nota furibunda al Gobernador delegado Balcarce, llamando a Dorrego « alma desnaturalizada» y ordenando que éste fuese separado de la provincia sin darse oído a súplicas ni recursos. Balcarce, más ecuánime, contestó después de «reflexionar detenidamente», haberle parecido bien «no hacer novedad alguna», y aconsejando se iniciara un sumario en el campamento del general, donde muy pronto, vencidas las dificultades, estarían las milicias de Vilela, para esclarecer el asunto. « De este modo — agregaba — el Gobierno asegurará la justicia y circunspección con que procede, al paso que queda documentado para responder en todo tiempo de su conducta, y que no se pueda acusarle de arbitrario ».

Digitized by Google

Rodríguez se tranquilizó por el momento, sin desaparecer su ojeriza al jefe bajo la guardia de cuya espada ascendió. El 23 de Marzo de 1823, no siendo ya Rodríguez «depositario de la suma del poder público» por vencimiento del plazo fijado oportunamente, pero estando la provincia abocada a la guerra con Ramírez, aquél llamó a Dorrego a su despacho para intimarle saliera de su jurisdicción y fuera a establecerse en Chile o Mendoza. Preguntó Dorrego la causa de medida semejante, y se le contestó solamente: «Así está acordado»; pidió se le dejase establecer en territorio de su elección, ya que se le expulsaba de su provincia y no se le concedió, ofreciéndosele un anticipo de sueldos para que partiera con su familia. Notando el acento de firmeza que empleaba el Gobernador y viendo cerca de allí a un tal Soto, de quien aquél se servía para hacer cumplir sus órdenes violentas y arbitrarias, se despidió y retiróse callando su indignación.

Cinco días después, Rodríguez hizo comparecer a su despacho a José Baudrix, suegro de Dorrego, y luego de convenir con él que éste marcharía a Mendoza, le entregó la suma ofrecida. Dorrego hizo entonces una exposición a la Junta de Representantes reclamando contra un procedimiento que era inconsulto y despótico: invocó el vencimiento de las facultades extraordinarias y adujo que el habérsele dejado tranquilo en su casa durante varios días, después de la intimación, comprobaba que él no amenazaba el orden público y también que al Gobernador no le faltaba tiempo para esclarecer su conducta por medio de un sumario, antes de imponerle el castigo. «Pero lo que califica más el abuso del poder — añadía — es fijarme punto donde deba dirigirme»; preguntaba si quería renovarse «la fatal época del Sila de la América del Sud, que remitía víctimas a los Estados Unidos y a Santo Domingo»; y terminaba pidiendo se le sujetase «a un público y severo juicio», y en caso de ser confirmada la orden de su extrañamiento, en vez de fijársele lugar de residencia, se le fijara tiempo de duración.

Digitized by Google

Embarazosa fué la situación de la Junta en asunto tan delicado; por una parte hacían fuerza en ella la influencia del Gobernador y las pasiones de partido; por la otra, la justicia del reclamo y la espectabilidad de quien lo subscribía. Pidió informe a Rodríguez.

La respuesta del Gobernador, fecha 1º de Marzo, fué de una violencia inaudita; decía que no hallándose obligado a dar explicación, lo hacía para que «se dedujese que el coronel Dorrego no sólo había faltado a la verdad, sino que había abusado de un modo poco decente de la buena fe del Gobierno». La causa de la expulsión era que Rodríguez sentíase blanco de algunas críticas, y: «El que se presentaba como más peligroso a la seguridad pública, era el coronel Dorrego; noticias recibidas por diferentes conductos le anunciaban al Gobernador que en las inmediaciones de la ciudad, por la parte norte (6), se esparcían especies perjudiciales a la autoridad constituída; que el nombre del coronel Dorrego circulaba como origen de ellas, al mismo tiempo que se indicaba el fin que se proponía. Ultimamente, el Gobierno había sido instruído que el coronel Dorrego sostenía comunicaciones con los descontentos de Montevideo (7), y también que en una de ellas aseguraba *que en su mano estaba derrocar el orden establecido*». Como inmediatamente se echa de ver, no había contra Dorrego ningún cargo grave, y la frase que tanto había molestado, cuando se le tomaba así aislada, era por estar desprovista de todo sentido amenazante, por las anteriores o las siguientes; seguramente Dorrego dijo: «nada haré, aunque *en mis manos está derrocar el orden establecido*» o «*en mi mano está derrocar el orden establecido*, pero ya se sabe que mis principios no lo permiten». De cualquier manera, paréceme poco edificante que un Gobierno persiga a un ciudadano por su correspondencia privada, sin explicar cómo se enteró de ella.

(6) Dorrego continuaba residiendo en San Isidro.

(7) No puede referirse sino a los patriotas orientales que conspiraban contra los portugueses, o a los amigos de Dorrego que continuaron perseguidos, como Soler, De la Quintana, Pagola, etc.

Digitized by Google

«La Junta juzgará — proseguía el informe — si esto es ser Sila como el antiguo o como el que modernamente ha descubierto en el país el coronel Dorrego... El Gobierno dejó a la discreción del coronel Dorrego el término bajo el cual debía ponerse en camino; exigió cuatro días, mas el Gobierno le concedió seis; pidió más tiempo para pensar el lugar que se le señalaba y el Gobierno tuvo la delicadeza de acordarlo. El coronel Dorrego, pues, se retiró convencido: 1º Que por las razones expuestas, debía salir del territorio; 2º Que el lugar de su residencia debía ser uno de los tres puntos que el Gobierno le había propuesto; 3º Que el Gobierno le proporcionaría todas las comodidades posibles para realizar su viaje; 4º Que en Buenos Aires no gobernaba Sila, sino el brigadier Rodríguez». Refiere después la entrevista celebrada con Baudrix, en la cual éste se manifiesta conforme con que su yerno vaya a Mendoza y recibe la suma que el Gobernador acordó al efecto. Debe observarse que Dorrego era mayor de edad, y se le suponía en pleno goce de sus facultades.

Finalmente, el Gobernador amenazaba a la representación provincial por mezclarse en los asuntos de él «con grave perjuicio de la causa pública *e indudablemente de ambas autoridades*. El Gobierno se ve, por lo tanto — añadía — obligado a protestar del modo más solemne por los males que de esta conducta puedan sobrevenir... si el abuso continuara, el Gobierno se vería precisado a tomar las providencias que exige de él la responsabilidad en que se encuentra, imitando en esto la conducta que observan los gobiernos más civilizados del mundo». ¿Quién era más peligroso a la salud pública: Dorrego o Rodríguez? El lector juzgará, meditando de paso sobre la amarga ironía que encierra el hecho de ultrajarse un cuerpo deliberante, para perseguir a quien renunció a sus legítimas aspiraciones respetándolo, y por quien disfrutaba los beneficios de ese respeto.

Junto con el informe, aunque por distinto camino, salía del Fuerte un oficio dirigido a Dorrego y concebido en estos

Digitized by Google

términos: «En el momento que reciba esta orden, se pondrá sin réplica ni excusa en marcha para el punto de Mendoza que V. S. mismo eligió, y para cuyo objeto ha recibido superabundantemente el dinero necesario». Dorrego repuso que por el momento no podía cumplir la orden, «tanto porque viaje tan dilatado no se emprende con tal prontitud, cuanto por tener un recurso pendiente ante la honorable Junta»; ofendido por aseveraciones que se alejaban de la verdad, decía: «V. E. padece tamaño equívoco al decir que yo elegí el punto de Mendoza, pues me insinué solamente por la Colonia o Montevideo, y esto después de preguntar repetidas veces las poderosas causales que impulsaban mi deportación, a que V. E. contestó estaba así acordado». Insistía en pedir su enjuiciamiento, agregando que si no había causa para él, interpretaría que su expulsión era la recompensa de los servicios últimamente prestados y de los cuales el señor Gobernador había sido testigo presencial. Finalmente, protestaba dignamente: «El dinero recibido está intacto y será devuelto por mí luego que se me prevenga, y tan sólo haré uso de él, caso que sea preciso cumplir el violento e ilegal mandato».

Las dos notas, la del Gobernador y la suya, fueron transcriptas por Dorrego en una nueva exposición a la Junta de Representantes, que terminaba así: «Espero que en vista de esto, V. E. pondrá mi persona a cubierto de la injusticia y tropelía que se me infiere». Defendíase con energía y aspereza, propias de la indignación que causa la injusticia al hombre recto y valeroso.

La Junta no se colocó a la altura de las circunstancias, sino que bebió del cáliz que arrimaban a sus labios. Pasó por la humillación de aprobar el informe insultante, declarándole al Gobernador, estar «persuadida de los fundados motivos y prudentes consideraciones con que dispuso la salida de aquél (Dorrego) a la ciudad de Mendoza», y haber acordado «que V. E. llevase adelante su determinación, hasta hacerla cumplir».

Cuando se trataba, en Roma, del destierro de Cayo Mario,

Digitized by Google

hubo en el Senado quien dijese: «Nunca declararé enemigo de Roma al que la salvó de los cimbros»; pero los miembros de la Junta de Representantes de la primer provincia argentina no supieron imitar el ejemplo diciendo: «Nunca declararemos enemigo de Buenos Aires a quien la salvó de los montoneros; nunca declararemos probable perturbador del orden al que nos rindió acatamiento cuando le pedimos el poder para depositarlo en otras manos». A ello estaban más obligados moralmente tal vez que el senador romano, y habiéndolo eludido, merecen que la posteridad les dedique la frase de Tiberio: «Asombra tanto servilismo».

Pero no terminan todavía los excesos que hacen más odiosa la expulsión de lo que era por sí misma. Rodríguez, dominado por la firmeza de Dorrego, no se atrevió a arrojarlo hasta que la Junta hubo dictado su resolución; y después de la partida de su yerno, José Baudrix recibió la siguiente nota:

«Este Gobierno, lleno de generosidad y miramientos hacia la persona del hijo político de usted, don Manuel Dorrego, le prescribió la salida de la Provincia, porque lo demandaba la salud pública, asistiéndolo con dos mil doscientos pesos, no obstante las angustiosas necesidades del Erario.

«No se hace concebible la ingratitud con que se ha conducido: ha burlado el franco procedimiento de este Gobierno; ha atropellado sus respetos, conduciéndose sin el honor que debía distinguirle por su condición, y ha perpetrado un escándalo de que él solo es responsable. Quiere, por lo tanto, el Superior Gobierno, que usted lo sea de los dos mil doscientos pesos que le fueron entregados, y que ahora mismo hará exequibles en tesorería, bajo el concepto que de no efectuarlo, V. E. tomará las medidas que demanda la vindicta pública ofendida».

Firmaba uno de los ministros... La clase de «justicia» y de procedimiento que informa, parecen impropios de un gobernante de Buenos Aires y de un encumbrado militar, aunque se trate del Buenos Aires de 1821.

Digitized by Google

Un detalle curioso es haberse llamado a Dorrego, despreciativamente, «ese oficial» en uno de los papeles dimanados del Gobierno y relativos a la expulsión. «Ese oficial» había hecho cosas de que no habían sido capaces algunos generales, como por ejemplo ganar batallas y rehusar ascensos; «ese oficial» había mandado a generales que en su hora supieron serle respetuosos (8).

En puridad de verdad, lo que pasaba era que Rodríguez, no obstante haber quitado al Cabildo el mando de los cívicos, que dependían ahora de él, temía salir a campaña dejando a Dorrego en la ciudad, pues podía ocurrirle alguna desgracia como las del Tejar y Venta y Media, y pedir el pueblo al jefe que lo condujo varias veces al triunfo. Así, la denuncia de Vilela, bien pudo ser un ardid preparado por el mismo Rodríguez para encubrir pensamientos que podían restarle consideración de algunos partidarios y amigos.

6. LA GUERRA DEL CENTRO

Rodríguez, no habiendo dado alcance a Carrera, solicitó al Gobernador Bustos que le cerrara el paso, pues aquél retrocedía hacia la frontera de Córdoba. Bustos no sólo puso su provincia en pie de guerra, sino que además pidió a los gobiernos de Cuyo que en esos días le enviaban sus diputados para el Congreso General, hicieran otro tanto; todas las provincias amenazadas se prepararon y combinaron para oponerse al enemigo de San Martín y O'Higgins, e impedirle pasar a Chile.

Carrera invadió la provincia de Córdoba con cerca de 500 hombres, entre los cuales iban algunos indios, en Marzo de 1821. Bustos delegó el gobierno en el comandante Francisco Bedoya, y salió a campaña con una división para reunirse

(8) El gobierno de Rodríguez tuvo la osadía de publicar oficialmente toda la documentación relativa al extrañamiento, en una hoja que he visto agregada a la colección de la «Gazeta de Buenos Aires», que existe en la Biblioteca Nacional.

Digitized by Google

a otra de tropas puntanas mandadas por el Gobernador José Santos Ortiz, que estaba situado en Río Quinto.

El general chileno lo supo y batió a los dos en detall; sorprendió a Bustos en Achiras el 8 de Marzo, derrotándolo y causándole una gran dispersión, y el 11 del mismo mes cayó sobre Ortiz en Mercedes, siendo el resultado más completo todavía (9).

Mientras ocurrían estas desgracias, el Gobierno de Córdoba tuvo que hacer frente a un conflicto interno no menos grave, aunque muy luego se conjuró. El teniente coronel José María Paz — cuyo hermano Julián había sido confinado a Río Cuarto y encomendado al jefe de fronteras de Córdoba, por su adhesión a Carrera — desempeñaba las funciones de jefe de estado mayor del ejército de dicha provincia y oyó complacido las proposiciones que sus subalternos le hicieron para derrocar

(9) Hay un episodio que revela el rigor con que los gobiernos de Cuyo persiguieron a todo aquel que se hizo sospechoso de carrerismo, del cual fué protagonista un valiente oficial porteño cuyos antecedentes debieron haberlo puesto a cubierto de trances tan desagradables como el que se verá.

Me refiero al entonces ayudante mayor retirado de «Granaderos a Caballo» Pedro Ramos, que durante la travesía de los Andes derrotó una granguardia española en Carampangüé, y en vísperas de la batalla de Maipo, llevó a Federico de Brandzen al terreno del honor, donde había de herirlo, porque fué osado a dudar sobre las aptitudes de los oficiales americanos; y quien tendrá brillantes páginas en la historia de la civilización argentina, por actuación posterior en las reducciones de indios efectuadas bajo el mando superior de Rauch y Rosas, en una de la cuales colocó la bandera nacional en la cumbre de cerro Payén. (ESTANISLAO S. ZEBALLOS: *La conquista de ochenta mil leguas del desierto*). Su memoria es para mí doblemente respetable, por la amistad con que tanto me ha honrado su virtuoso hijo, la cual fortalece mi amor al pasado y mi vocación de escritor, una de cuyas expresiones ha sido el obsequio del reloj que perteneció al ilustre guerrero y es el que uso, no sin escrúpulos de modestia.

Ramos regresaba de Chile a Buenos Aires como tantos oficiales de San Martín que no habían de tomar parte en la campaña del Perú; el viaje era largo, las «comodidades» más que escasas, pero el viajero tenía poca prisa y deseaba recrearse: pertenecía a una familia muy numerosa y constantemente detenía su tránsito para visitar parientes o allegados y aceptar agasajos. Viajaba a caballo, consistiendo todo su equipaje en una valija de cuero que contenía su uniforme, su sable, una pistola, un puñal, un poncho, algunas mudas de ropa interior y varios tejidos y bordados, que manos femeninas — indudablemente — pusieron en las suyas; además llevaba una bolsa de yerba, otra de azúcar y otra de tabaco, para matear y fumar a destajo.

La guerra de Carrera lo tomó completamente desprevenido entre bailes y comilonas; en un atardecer, encontrándose en una casa de familia de los Puntales de San Luis, fué a buscarlo al frente de una partida el oficial puntano Miguel Quiroga

Digitized by Google

a Bustos; éste algo llegó a notar y se resguardó a tiempo, destituyéndolo; pero como inmediatamente después de la acción de Achiras se reprodujese el peligro, envió un aviso al delegado Bedoya, quien destinó a Paz al ejército libertador del Perú, ordenando se le custodiara por una partida, hasta que pasase a la Rioja. Pero antes de llegar allí, rodearon al jefe expulsado sus partidarios de la campaña en número de 400, y estalló una revolución. Bedoya destacó una fuerza de 200 o 300 hombres mandada por el comandante Agustín Díaz Colondrelo, para sofocarla; pero siendo este jefe amigo de Paz, hallábase a punto de unirse a él; el Gobernador delegado lo supo y mandó relevarlo con un mayor Catolis, el cual en una sola batida, deshizo la hueste de Paz y obligó a éste a buscar asilo en Santiago del Estero, donde el Gobernador Ibarra lo recibió cordialmente (10).

Garramuño, y lo llevó preso, aun cuando no era posible hacerle otro cargo concreto que no haberse apresurado a ofrecer sus servicios al Gobierno provincial.

Durante varios meses y habiendo sido trasladado a San Juan, Ramos vivió encerrado en un calabozo, con grillos, sufriendo las más amargas privaciones y duro trato, hasta que al fin, sin habérsele formado causa en ningún tiempo ni ofrecido explicación, ordenóse su soltura. Inmediatamente presentó al Gobernador respectivo un escrito; decía que: «habiendo obtenido su libertad por haberse echado de ver su inocencia y no habiéndose seguido juicio a pesar de sus súplicas para que se esclareciese lo imputado (carrerismo) y larga prisión, pedía una satisfacción vindicatoria». El resultado fué verdaderamente curioso y revela la clase de justicia que, en aquellos tiempos, se hacía en el interior: le devolvieron la solicitud con esta providencia, escrita al margen: «Si el gobierno ha concedido la libertad al suplicante, no es por convencimiento de su inocencia, sino por consideración a sus padecimientos en una larga prisión. El podrá vindicar su honor *si le asisten arbitrios* y contar con el Gobierno en todo lo que sea justicia. — *Sánchez - Castro,* secretario».

No pudo Ramos obtener la devolución de sus caballos ni sus prendas, y once años más tarde, siendo coronel de la provincia de Buenos Aires, y habiendo llegado a Mendoza al mando de la fuerza que custodiaba cuatrocientas carretas con pertrechos para el ejército de Oribe, envió un propio a San Juan para reclamar lo perdido a quien, según sus noticias, lo había disfrutado. La respuesta, que fué humilde e insolentes a la vez, entre otras cosas decía: «El verdadero crimen que con V. S. he cometido, ha sido conducirlo a los dos días de preso en la Guardia de Puntanos, desde el cuartel de San Luis hasta presentarlo a disposición del ex-gobernador de San Juan y no ejecutar su persona y demás presos que acompañado conduje, como tuve expresa orden para hacerlo en la travesía y para lo que se me entregó por el indicado ex-gobernador Ortiz. Confieso a V. S. que falté a este deber, no por afecto a su persona sino porque este paso era incompatible con mis sentimientos, y por otra parte tuve noticia que V. S. era un oficial de la Patria en el ejército de los Andes». (Documentos en poder del señor Víctor Ramos).

(10) PAZ: *Memorias,* capítulos XI y XII.

Digitized by Google

Carrera pasó a San Luis y ocupó la Capital, habiendo engrosado la hueste con numerosos prisioneros; pudo entonces continuar prósperamente su marcha a Chile, pero recibió el llamado del «supremo entrerriano», que fué causa de su perdición. Contramarchó para aparecer nuevamente en Córdoba, donde el tesonero e imperturbable Bustos rehuyó encuentros a espera de refuerzos, dejando que su adversario se paseara triunfalmente reclutando alucinados y concibiera la soberbia idea de tomar la Capital para establecer en ella un gobierno que le fuese dependiente. Púsole sitio con 1.000 hombres, pero Bedoya que estuvo al frente de la defensa, lo hizo desistir de su proyecto.

Ramírez había concentrado todas sus fuerzas, terrestres y fluviales, en el Diamante, y por otra parte, López y Rodríguez habían movilizado tropas en combinación y pensaban oponerle tres fuertes divisiones mandadas, respectivamente, por López, Rodríguez y Aráoz de la Madrid — compuestas por bonaerenses las dos últimas — y una escuadrilla a las órdenes del coronel José Matías Zapiola.

Ramírez hizo adelantar su vanguardia, y cuando ella se posesionó de Coronda y de muchos caballos que allí se custodiaban, atravesó el Paraná con toda su caballería. Aráoz se precipitó sobre él sin esperar los refuerzos que López le mandaba; y no obstante llevar 1.500 hombres, fué derrotado y se los dispersaron el 8 de Mayo, teniendo que reunir las reliquias de su división sobre el arroyo del Medio, y siendo igualmente desgraciados los santafesinos que iban a reforzarlo, pues buscando a sus compañeros de causa, encontraron las lanzas victoriosas de Ramírez.

Cinco días después, la escuadrilla entrerriana desembarcó 800 infantes dirigidos por los comandantes Romualdo García y Lucio Mansilla, en las inmediaciones de la ciudad de Santa Fe. Debían ellos reunirse a Ramírez, mas a lo que parece, tenían escasos deseos de tomar parte en la lucha: al poco tiempo volvieron a los buques para replegarse a Entre Ríos, donde muy luego el militarismo substituyó al caudillaje.

Digitized by Google

Aráoz que al producirse la deserción avanzaba por el Carcarañá, lisonjeándose con la idea de rehabilitarse dando término a la campaña — y esto era posible conseguir en un solo encuentro, pues presentaría doble fuerza que el «supremo entrerriano»,—arremetió de nuevo contra él, adelantándose a las órdenes de los gobernadores a que estaba subordinado. El combate tuvo lugar en el Paraná, siendo Aráoz vencido y sufriendo la destrucción total de su división y la pérdida del parque y la caja de guerra (con 30.000 pesos). Ramírez debió aprovechar el momento para arreglar los asuntos de su provincia; pero envalentonado por sus victorias, prosiguió la lucha.

López salvó la situación en el otro campo: incorporando a su hueste los dispersos de Aráoz, tomó la ofensiva al frente de unos 1.000 hombres, garantizando el éxito en notas que dirigió a Rodríguez. No fueron vanos sus cálculos: el 26 de Marzo trabó un sangriento combate en que resultó vencedor; Ramírez tuvo que huir hacia la frontera de Córdoba buscando a Carrera, lo que consiguió fácilmente.

La escuadrilla entrerriana, luego de desembarcadas las tropas que se replegaron en ella, libró un combate con la de Buenos Aires, que terminó con la capitulación de la primera.

Ramírez y Carrera abrieron operaciones contra Bustos, sin pérdida de tiempo, pero les esperaba un cruel desengaño, aun cuando Bustos tenía menos soldados. Dejemos que refiera el suceso un enemigo del Gobernador de Córdoba (11): «Deseando éste ponerse en contacto con las fuerzas de Buenos Aires y Santa Fe, se había situado en Cruz Alta, donde fué atacado por Carrera y Ramírez, ya reunidos. Como Bustos ocupase varias casas inmediatas, que, como habrán visto los que hayan transitado por esos lugares, tienen todas una cerca de tuna, o penca que llaman *fuerte*, y que es precaución necesaria contra los indios, se puede decir que estaba fortificado; además, había añadido algunas ligeras obras, que guarnecía

(11) Autor y obra citados.

Digitized by Google

también con su infantería. Para atacarlo faltaban a sus contrarios medios adecuados, pues no tenían artillería ni infantería, y tuvieron que desmontar caballería para formar las columnas de ataque. Naturalmente, fueron rechazados de todas partes, y Bustos proclamó su gran victoria».

Las amistades se ponen a prueba en la mala fortuna; Ramírez reprochó a Carrera haberle dado seguridades falsas, para el ataque a Bustos, y Carrera a Ramírez el presentársele en derrota y sin las tropas de línea organizadas para aquella guerra; muy irritados los dos, resolvieron separarse, pensando uno volver a Entre Ríos y el otro pasar a Chile. Pero estaban en el centro del territorio argentino.

Aunque Cruz Alta fué un desastre muy grande para Ramírez, éste tenía fama y condiciones personales extraordinarias como para encontrar adictos en todas las provincias; debido a ello, pudo reunir a los pocos días unos 500 hombres: más de la mitad eran cordobeses. Concibió algunas esperanzas, pero muy pronto se las quitaron.

En su retirada se aproximó a la docta ciudad, y saliendo de allí Bedoya con parte de la guarnición y un escuadrón santafesino, con el cual lo reforzó López, que ya había llegado al nuevo teatro de la guerra, lo alcanzó y batió el 10 de Julio en Río Seco. Mientras Ramírez huía perseguido, cayó prisionera una concubina que lo acompañaba; y habiéndose vuelto para rescatarla, recibió un balazo en el pecho que le ocasionó la muerte, instantáneamente. Los santafesinos, que se encontraban entre los vencedores, cortaron la cabeza al león del litoral y la remitieron a su jefe como obsequio. López primeramente adornó con ella la mesa en que firmaba su correspondencia, y después la exhibió dentro de una jaula en la catedral de Santa Fe.

No más feliz que Ramírez fué en definitiva su favorito Carrera. Atacado por una división cuyana mandada por el coronel Bruno Morón, venció por haber caído éste en la primera carga, desmoralizándose sus soldados a consecuencia de ello.

Digitized by Google

El general chileno entró nuevamente en San Luis, pero no le dieron tiempo para descansar sobre sus laureles; amenazado por la aproximación de fuerzas superiores, emprendió una marcha forzada hacia la cordillera, sufriendo muchas deserciones. Ya en Mendoza, fué arremetido por una columna que dirigía un ex arriero llamado Gutiérrez, que le derrotó y dispersó la hueste.

Habiendo fugado Carrera del campo, fué más tarde traicionado por uno de sus últimos compañeros, que para obtener clemencia al rendirse, creyó conveniente entregarlo al enemigo. En poder de las autoridades de Mendoza por aquella perfidia, se le enjuició y condenó a muerte con tres compañeros, uno de los cuales fué el coronel Benavente, a quien se le perdonó la vida cuando iba a salir de la capilla.

La muerte del general chileno fué tan teatral como su vida. Recibióla en el mismo sitio que sus hermanos. En el camino del cadalso, una mujer lo llamó asesino y ladrón, y otra pronunció su nombre entre sollozos. Tuvo un apóstrofe para la primera y una cortesía para la segunda; porque en su corazón se había infiltrado tanto odio que todavía estallaba segundos antes de cesar los latidos, y porque los sentimientos caballerescos perduran hasta el último instante. Recibió la descarga señalándose el pecho y, cumpliéndose su voluntad, se le sepultó al lado de sus hermanos.

7. LAS GUERRAS DEL NORTE

Disuelto el ejército del norte por el motín de Arequito, los españoles creyeron sin duda que se debilitaba la provincia de Salta, pues efectuaron una invasión a ella, muy poco tiempo después. El resultado fué el mismo que las anteriores veces: llegaron hasta el Río Juramento después de soportar muchas miserias y sostener muchos combates, para encontrarse luego con que, no pudiendo dominar ni seguir avanzando, les era forzoso replegarse al Alto Perú. El ejército español invasor

Digitized by Google

constaba de 4.000 hombres y era mandado por el general Juan Ramírez, el mismo que reemplazó interinamente a Goyeneche después de Huaquí.

Satisfecho Güemes y deseoso de prestar servicios aún más valiosos, se propuso expedicionar al Alto Perú, y necesitando auxilios de las provincias vecinas, invitó a sus gobiernos a

GÜEMES

una convención que debía reunirse en Catamarca. Esta iniciativa no encontró suficiente eco, pero Bustos envió a Salta, para que sirvieran a los propósitos de su invicto libertador, los cuerpos de caballería del ejército sublevado.

Desgraciadamente, un propósito tan honorable como el enunciado, envolvió a Güemes en la guerra civil. El vecino gobierno de Tucumán fué uno de los que se negaron a prestarle cooperación. La «República de Tucumán» que había fundado o pretendía fundar Bernabé Aráoz, tenía tres distritos, uno de los cuales era el de la Capital, y los otros dos Santiago del Estero y Catamarca. Estos, desacordes, encabezados por sus respectivos Cabildos, rehusaron enviar sus representantes al Congreso de aquel Estado. Aráoz quiso imponer sus ideas

Digitized by Google

por las armas, y al efectó envió a Santiago un escuadrón dirigido por Felipe Heredia, que depuso un Cabildo y creó otro; mas indignado el comandante de fronteras Felipe Ibarra, que era santiagueño, disponía de 50 soldados y contaba con la amistad de Güemes, poniéndose a las órdenes de los cabildantes arbitrariamente destituídos, desalojó a Heredia para reponerlos. Catamarca siguió el ejemplo, declarándose independiente de Tucumán, y habiendo respondido Aráoz con amenazas de guerra, los santiagueños también elevaron su territorio al rango de provincia (7 de Abril de 1820). La Capital y los distritos rebeldes fueron a dirimir su pleito por las armas, y Güemes intervino al mismo tiempo en la lucha, enviando una fuerte división contra Tucumán.

Güemes se había trasladado a la frontera sur de su provincia para dirigir la guerra contra Tucumán; y en esta situación, una columna española se introdujo por el norte, al mando del coronel Marquiegui, estableciéndose en el pueblo de Jujuy; pero el Gobernador delegado de Salta, coronel José Ignacio de Gorriti, salió al frente de algunos escuadrones de gauchos, y ocupando con mucha inteligencia las alturas que rodean aquella plaza, la sitió e impuso una rendición discrecional. Este glorioso suceso es lo que los jujeños llaman su «día grande».

Las tropas salteñas destinadas a la guerra civil, en cambio, fueron dos veces derrotadas por las tucumanas, al mando de Abraham González. Los enemigos locales de Güemes creyeron se les ofrecía una oportunidad de eliminarlo y urdieron una conspiración, cuyas consecuencias fué declararlo depuesto con el apoyo de las tropas de la Capital (24 de Mayo de 1821); pero antes de una semana, el general de los gauchos se mostraba valientemente a los rebeldes en las orillas de la ciudad, bastando eso para que gran número de ellos lo aclamara y corriera a unírsele.

La revolución fué sofocada así; pero los que más se habían comprometido en ella no se creyeron salvados del castigo sino en el campo de los realistas, y huyeron al Alto Perú; el ge-

Digitized by Google

neral Olañeta, enterado por éstos de las disensiones de los patriotas y ansioso de libertar a Marquiegui que era su cuñado, realizó una nueva invasión a Salta; su vanguardia, mandada por el coronel José María Valdez, adelantó oculta por las fragosidades del terreno, hasta ocupar la Capital durante la noche. Güemes tenía su cuartel en los alrededores, y se hallaba solo en la ciudad, en casa de su hermana, dama famosa por su belleza, su patriotismo y sus virtudes domésticas. Al sonar algunos tiros, Güemes salió afuera y montó a caballo para ver qué ocurría. Al pasar por la plaza, le gritaron varias veces: « ¡Quién vive! », y todas contestó « ¡La patria! », desafiando el plomo que le arrojaban tras esas palabras.

Logró llegar a su campamento, pero herido; y a los diez días murió bajo la sombra de un espinillo en flor, después de haber rechazado una proposición de paz que le hicieron los realistas y recomendar a sus capitanes que se inspirasen en su ejemplo. ¿Este había de ser despreciado, y la obra del héroe extinguirse como el perfume de las flores que adornaban el árbol que le sirvió de cámara mortuoria? ¡No! Porque eternas son Salta y la República Argentina...

Olañeta, que era americano, fué rodeado por los enemigos locales de Güemes, que lo eligieron Gobernador y alentaron la esperanza de hacerlo abandonar el servicio del rey. Desgraciadamente, la enceguedora pasión de partido hizo que el Gobierno de Buenos Aires mirase con simpatía conducta tan insensata, y que su periódico oficial acogiera una correspondencia en que se insultaba la memoria del más grande de los mártires de la independencia nacional; pero los soldados y milicianos de Güemes continuaron la resistencia dirigidos por Jorge Enrique Wit, que fué uno de los oficiales mandados por Bustos con las caballerías de que se habló antes; y algún tiempo después, Olañeta se retiraba en derrota; los salteños volvieron a restablecer su gobierno provincial, que confiaron interinamente a Antonio Fernández Cornejo primero, y más tarde a José Ignacio Gorriti con carácter permanente.

Digitized by Google

Conclusión

Dorrego retornó a Buenos Aires a favor de una ley de amnistía, dictada por la Legislatura Provincial cuando terminó la guerra. Rodríguez, que abandonado a sus propios impulsos, habría sido siempre una figura opaca; que recibiendo inspiraciones de Estanislao López y Juan Manuel Rosas, pudo degenerar en un déspota, fué, después de obtener la paz, merced a la colaboración de dos hombres eminentes que llamó a su ministerio—Bernardino Rivadavia y Manuel José García—el jefe de un Gobierno memorable que afianzó las garantías individuales, elevó la moral cívica y realizó esfuerzos tan amplios y fecundos por el progreso, en distintos órdenes, con tantas iniciativas, empleando procedimientos y persiguiendo finalidades tan honorables, que no es posible dejar de hacerle el debido homenaje. Tenía Rodríguez un carácter violento, débil en el fondo, y era, pues, naturalmente propenso a la arbitrariedad; pero el consejo sereno, respetuoso, blando en la forma y firme en la aplicación, tuvo sobre él mayor influencia que sus defectos, y esto se hizo tan palpable, que la posteridad, grata por los buenos actos de su administración, los

Digitized by Google

asocia mucho menos que al nombre de él, al de uno de sus ministros.

Sin embargo, por lo que respecta a los rumbos políticos, aquel gobierno se caracterizó por vicios y errores fundamentales que parece marcaban el temple rencoroso del mandatario, y que los ministros no pudieron evitar, ya por no alcanzarles el influjo, ya por no alcanzarles las vistas. A los ojos de Rodríguez, el Cabildo de Buenos Aires tenía una mácula: había encabezado la última revolución que agitara la ciudad, y no satisfecho él con haberle quitado el mando de los cívicos, llegó en su destrucción a la raíz, suprimiendo todos los Cabildos de la provincia—sin conceder otro gobierno municipal que los subrogase dignamente—por medio de una ley que Alberdi, reparando en sus lejanas consecuencias, ha llamado «el brazo derecho de la tiranía de Rosas». Partidario acérrimo de los Directorios, no insistió, a pesar de eso, en la idea monárquica, pero sí fué el heredero de los egoísmos y prevenciones de aquéllos: los pronunciamientos de Rancagua y Arequito, pareciéronle crímenes inexcusables: por amor al centralismo destruído y por no reconocer la federación triunfante, contribuyó a la par de Estanislao López al fracaso del Congreso de Córdoba; negó auxilios a San Martín y Güemes; desairó al primero y recibió con agrado la noticia de la muerte del segundo; dejó sucumbir a los orientales que habían empuñado las armas para defender su libertad aprovechando las sacudidas del Brasil que se independizaba, porque no quisieron comprar la ayuda convirtiendo su provincia en un simple distrito de la de Buenos Aires. Así, olvidando el tratado del Pilar y acechando el momento de imponer el régimen unitario por la sorpresa o la violencia, se prepararon las grandes desgracias nacionales: las desmembraciones del Alto Perú, Paraguay y la Banda Oriental; y la terrible lucha en que, sucumbiendo las ideas orgánicas y eliminándose a los hombres de estado, se debatieron exclusivamente, muy pronto, huérfanos de ideales, sólo los dos medios de opresión: el caudillaje y el mili-

Digitized by Google

tarismo, que no produjeron, ni podían producir, sino una bárbara dictadura.

Cabe suponer que, si Dorrego — censor de todos esos errores — no hubiera sido despojado del gobierno en 1820, además de recibir la República Argentina los beneficios de acertada y oportuna orientación nacionalista, que era lo más reclamado por las necesidades de la época, la provincia de Buenos Aires no habría perdido la obra de Rivadavia y de García, quienes puede considerarse así sin duda alguna, hubiesen trabajado al lado suyo en los mismos puestos, porque aquéllos, cuando regresaron a Buenos Aires, no venían a defender un determinado sistema de gobierno, y Dorrego jamás rehusó aceptar la colaboración de sus compatriotas anteriormente al servicio de doctrinas contrarias a la suya, como se comprueba, no solamente con hechos de que ya se hizo mérito en este libro, sino también con otro que suministra una demostración más concluyente, y es haber buscado en 1828 el concurso de Tomás Guido y Vicente López y Planes, justamente en el desempeño de los ministerios en cuestión. Pero el hado quiso que Dorrego y Rivadavia, los dos grandes idealistas de una misma época, se alejasen, no por antagonismos propios, sino por los de los partidos en los cuales, respectivamente, les fué preciso apoyarse; tocándoles, al fin, la muerte al uno, el destierro al otro, y el triunfo... a Rosas!

Tristes eran, luego de terminar la guerra de la independencia, las perspectivas ofrecidas a la clase militar; algunos jefes y oficiales, los considerados más felices y objeto de la envidia, ascendieron al gobierno de sus provincias, como Rodríguez, Bustos, Ibarra Mansilla y más tarde Arenales; pero otros estaban al lado de ellos apoyándolos de buena fe o a espera de una sacudida que les ayudase a arrebatarles el puesto, pero casi siempre en actitud de paniaguados o cortesanos. La provincia de Buenos Aires, que era la más rica en recursos rentísticos, además de los militares que habían nacido en su territorio, tenía inscriptos en su escalafón muchos proce-

Digitized by Google

dentes de otras provincias, lo cual, desde luego, le resultaba gravoso.

El gobierno de Rodríguez creyó útil establecer un retiro militar obligatorio, a fin de reducir su presupuesto de gastos; la medida era radical y desamparaba a ciudadanos que realizaron sacrificios durante largos años por una honrosa causa triunfante, por asegurar grandes ventajas a su generación y las venideras; porque a los militares retirados, o «reformados» como se les denominaría en la época, no había de reconocérseles sino escaso sueldo; era también una arma política, pues aplicándose a los desafectos al gobierno, castigaba la independencia de ellos; pero se adoptó desafiando todas las ulterioridades (1).

Como por el mismo tiempo y con el concurso del gobernador eclesiástico doctor Ventura Ignacio de Zabaleta, se establecieron restricciones al clero regular y secular, cuyos desórdenes, favorecidos por una larga interrupción en las relaciones de la iglesia argentina con la Santa Sede, eran causa de escándalo para los verdaderos creyentes y pervertían las costumbres, el Gobierno hubo de sufrir la inquina de dos clases influyentes, heridas por dos reformas y que muy luego procurarían derrocarlo.

La revolución estalló en la madrugada del 20 de Marzo de 1823, en circunstancias que Rodríguez se hallaba en campaña con parte de las tropas, y había delegado el gobierno en su ministro Bernardino Rivadavia. El jefe civil de este movimiento, fué el doctor Gregorio Tagle, que, impaciente por recuperar en las esferas oficiales el influjo disfrutado durante tantos años, convertíase en *leader* de una causa que no

(1) El periódico de la época «Antón Peluca», decía que los fundadores de la Independencia estaban «privados de aquellas justas consideraciones que se merecieron al principio, viviendo unos en la humillante obscuridad y otros, para no morir de hambre se habían reducido a los oficios más serviles, viéndose a generales de la Revolución y a patriotas distinguidos arreando tropas de ganado o detrás de un mostrador; mientras que las primeras magistraturas del país y los empleos de mayor consideración, se veían en personas clasificadas enemigos de la causa de la Independencia o que no habían dado una sola muestra de patriotismo».

Digitized by Google

parecia legítimamente suya, pues él no era clérigo, ni militar, ni empobrecido por ningún gobierno.

Las turbas de fanáticos presentáronse en la plaza de la Victoria llevando a la cabeza a los militares retirados Rufino Bauzá (2), Miguel Aráoz, José H. Castro, Pedro José Viera, Antonio Rolón, Peralta, Guerrero y otros, y dando mueras a «los herejes». Algunos de estos revoltosos consiguieron entrar en el edificio del Cabildo obedeciendo las incitaciones de un fraile fanático que les repartía escapularios; abrieron la cárcel pública, libertaron a los presos y los hicieron plegar a la revolución dándoles por oficial al homicida José María Urien.

Rivadavia, que supo horas antes lo que iba a ocurrir, estaba en el Fuerte desde las once de la noche anterior, y lo asesoraban los generales Viamont y Las Heras. Disponía de escasa fuerza, pues Rodríguez dejó solamente un regimiento de artillería y un batallón de «Fusileros»; pero el Gobernador delegado concentró en el Fuerte esas tropas y algunos civiles que tomaron las armas, haciendo emplazar también doce cañones. Una parte de los revolucionarios dirigióse hacia la casa de gobierno, pero hizo una salida el coronel Benito Martínez, con 50 hombres, y los cargó arrojándolos de la plaza y persiguiéndolos hasta el Colegio de los Jesuítas; la iglesia de San Ignacio habíase convertido en cantón revolucionario, y Martínez resultó herido de un proyectil arrojado de allí, teniendo que replegarse por esa causa. Entonces Las Heras, tomando personalmente el mando de la citada partida y 25 hombres de refuerzo, llevó otra carga a los perturbadores del orden y los puso en dispersión completa.

Refiérese que en medio del estruendo y los desórdenes de aquella noche, llamado por cañonazos y campanadas de alarma, atravesó precipitadamente las calles centrales de la ciu-

(2) El mismo de Guayabos; tenía ahora una mezquina casa de comercio en Buenos Aires.

Digitized by Google

dad y fué a pedir órdenes al Gobernador delegado, un ciudadano con cuyo concurso no es probable contase éste para la resistencia; era Dorrego, que no obstante haber sido incluído en primer término en la lista de militares reformados, y sus anteriores agravios, acudía a defender el orden establecido. Rivadavia que, es, ocioso decirlo, era merecedor de estas hidalguías, supo recibir la oferta y aceptarla, confiando a Dorrego 300 hombres, para que con ellos limpiase de insurrectos los alrededores de la ciudad.

El vencedor de San Nicolás y Pavón recorrió un radio de cinco leguas sin hallar ningún grupo sospechoso, y el 21 volvió al Fuerte, con noticias tranquilizadoras. Sin embargo, un rato después y habiendo vuelto a su casa, esparcióse el rumor de que al norte se efectuaban reuniones bajo la dirección del comandante José H. Castro, a quien aguijoneaba Tagle que, fugitivo de la ciudad, habíase instalado en su quinta del Tigre. Rivadavia llamó a Dorrego para consultarle si creía conveniente una nueva salida que destruyera todo peligro; Dorrego, pronunciándose por la afirmativa, volvió a ponerse en movimiento con 200 hombres. Tagle se escondió a tiempo; pero una delación fué motivo de que cayera en poder de su enemigo.

Inútil sería ponderar el resentimiento de Dorrego con Tagle. He de limitarme, pues, a decir cuál hubiera sido la suerte del segundo si el primero lo entrega al Gobierno, en cumplimiento de su deber. Casi todos los cabecillas de la revolución que cayeron prisioneros pagaron el atentado con su vida, pues Rodríguez, cuando supo había estallado, escribió a Rivadavia: «es indispensable el castigo de los que resulten delincuentes», y el delegado, anticipándose a estos deseos o tratando de satisfacerlos pronto después que los hubo conocido, puso a precio las cabezas de todos los jefes de la revuelta, ofreciendo 3.000 pesos por la de Tagle; éste era objeto del odio frenético del partido oficial, cuyo órgano periodístico, «Centinela», consagró muchas columnas, en números sucesivos,

Digitized by Google

a insultarlo despiadadamente, afeando todas las fases de su carácter y de su vida (3). Acaso engendró la confianza con que Rivadavia puso la fuerza pública a las órdenes de Dorrego, la creencia de que éste le prestaba su apoyo persiguiendo un desquite; mas si hubo semejante cálculo y en él algo de cierto, parece necesario convenir que el deportado de 1816 vengábase en una forma propia de los grandes filósofos de la antigüedad. Y en cualquier caso, bueno es se recuerde que Dorrego supo destruir con actos levantados, cuantas sospechas injuriosas concibieron de él sus contemporáneos.

Tagle fué sorprendido personalmente por el ex proscripto en los Estados Unidos, y creyendo su fin cercano, pidió unos instantes para escribir algunos apuntes. Dorrego los concedió, y cuando el prisionero estuvo listo para marchar, mostrándole el camino por donde podía escaparse con menos peligro, le dijo: *¡Váyase, doctor, y que Dios lo ayude!* El famoso ministro de cuatro Directorios, pudo trasladarse a Zárate, donde se embarcó para el extranjero. El Gobierno supo esta partida, y muy disgustado, ordenó la instrucción de un sumario para que las responsabilidades fuesen deslindadas; mas afortunadamente no se esclareció por entonces el acto de Dorrego, o fué respetado, pues nunca se le hizo cargo alguno por él. Hace presumible lo segundo, el hecho de que algunos días más tarde, habiendo reclamado el entregador de otro cabecilla revolucionario la prima correspondiente, Rivadavia subscribió un decreto por el cual, al acordársela, calificaba la causal de «infamia» y «traición», expresando así su repugnancia por un tráfico de sangre que él mismo había propuesto y realizado.

Dorrego prosiguió su marcha, y al llegar a Cañuelas, lugar donde el comandante Castro conservaba algún prestigio, decía así en una nota al Gobernador delegado: «Según las declara-

(3) Trátase de un largo estudio titulado: «¿Quién es el doctor Tagle en la Revolución de América?», cada uno de cuyos capítulos llevaba uno de los siguientes subtítulos: «Antipatriota», «Traidor», «Corrompido» y «Tirano anárquico».

Digitized by Google

ciones tomadas por el juez de primera instancia de este distrito a los cinco primeramente aprehendidos, resulta que don Hilarión Castro los mandó a sus casas a que tomasen lo necesario y regresaran para irse a Santa Fe, quedando él al otro lado de la laguna Coluculó (entre Monte y Lobos) en compañía de don Antonio Gallardo y de don Manuel Barragán; en consecuencia de esto, he tomado las medidas más enérgicas para su aprehensión.»

Por desgracia, ni aun en esta oportunidad, Rodríguez supo tener para Dorrego los debidos miramientos. Al saber que él recorría la campaña con una fuerza armada, dirigió una carta a Rivadavia haciéndole reproches por su confianza, la cual, decía, era desagradable a los oficiales de la suya, quienes «justamente temían de la ambición y locuras» de Dorrego, arguyendo que, además, la utilización del «coronel reformado» desairaba a otros que estaban en la ciudad y en servicio activo.

Parece que con la intentona de la plaza Victoria, complicábase otra contra el Gobernador de Santa Fe, pues pocos días antes del referido tumulto había sido aprehendido en la casa de comercio de Bauzá un sujeto llamado Juan Antonio García, a quien se procesó a consecuencia de unas cartas — escritas a su nombre y dirigidas a su hermana, domiciliada en Santa Fe — las cuales se referían a «un golpe» contra Estanislao López, que debía darse con 12 hombres; palabras que, no obstante su vaguedad, tomáronse como prueba de sedición, aun cuando García dijo no conocerlas y no saber leer ni escribir. Nombró defensor a Dorrego, pero éste no pudo alegar nada en el juicio, a causa de la rapidez con que prosiguió mientras él estaba en campaña (4).

(4) García fué fusilado, y el doctor Manuel Bonifacio Gallardo, futuro enemigo implacable de Dorrego, insinuando en un juicio de imprenta que aquella aplicación de pena capital había sido un sacrificio a la amistad del caudillo santafesino, relacionó varias irregularidades graves cometidas en el proceso, como incorrectas eliminaciones de jueces y conocimiento de otros que debieron inhibirse. A eso añadía: «El reo nombró defensor al ciudadano don Manuel Dorrego y éste me ha asegu-

Digitized by Google

Después de estos sucesos, Dorrego no volvió a colgarse la espada al cinto sino en 1828, cuando, derrocado del Gobierno, salió a campaña y tuvo que reunirse a su falso sostenedor Juan Manuel Rosas, de quien antes dijese con visión profética: «Mientras yo viva, este gaucho pícaro no clavará su asador en el Fuerte» (5). Bien sabido es cómo se decidió el combate de Navarro, mas por lo que respecta a algunos pormenores, todavía no se ha desvanecido el misterio; merece apuntarse que casi todas las tropas gubernistas eran de Rosas y que éste deseaba la derrota... ¿Dorrego fué víctima en aquel suceso, de una traición?

La acción militar de Dorrego no fué sino una de las formas en que sirvió a la patria. El sintió o creyó sentir la vocación del soldado, cuando necesitábase conquistar la independencia en los campos de batalla; pero su espíritu fué tan libre, que en ciertos momentos pareció refractario a la disciplina militar. En todos, cuando empuñaba la espada, era procurando convertir en realidad una idea y dejando latir con fuerza el corazón: fué andante y armado caballero, no un esclavo de la consigna.

No hubo acaso en Buenos Aires otro jefe que, al serle impuesto el retiro, sintiese mayor holgura moral que Dorrego. También rehusó tres veces el generalato, que aún le fué ofrecido en 1828 por la Legislatura de su provincia. Sus talentos políticos, su clemencia, el liberalismo de sus ideas, sus reiterados actos y declaraciones contra la pena de muerte, fueron modalidades y preocupaciones propias del filántropo, del redentor, del misionero que pudo tomar y tomó la espada por exceso de entusiasmo, en el ardor de la juventud, pero que

rado que la defensa no le fué oída... Algo más me ha dicho el señor Dorrego, y es que, sabiendo que García caminaba al patíbulo, se apersonó al gobierno, le hizo presente que no se había oído su defensa y que suspendiese la ejecución al menos por cuarenta y ocho horas; pero que entretanto pudo ver al Gobierno y entretanto éste debía decidir la suspensión, se oyó la descarga que puso término a un tiempo, a sus súplicas y a la vida de García».

(5) ANGEL JUSTINIANO CARRANZA: *El general Lavalle ante la justicia póstuma.*

Digitized by Google

tenía su verdadero puesto fuera de la milicia. Por eso, luego de ser tan útil militar, fué tan gran figura civil.

Había perdido el gobierno, pero supo demostrar en todos tiempos que desde cualquier posición se hacía visible por sus virtudes y por sus éxitos; y así como no necesitara ser general para decidir la victoria en grandes batallas, no precisó ocupar la primera magistratura de su provincia, para ser gran personalidad política. Le admirarán quienes sepan apreciar los valores positivos despreciando los circunstanciales; distinguir las acciones que responden a las necesidades del espíritu, de las que se realizan por casualidad o por obligación, o — voy a servirme de palabras de Hugo — no confundir « las constelaciones celestes con las estrellas que hacen al acaso, en el lodo, las patas de los gansos ».

Iba ahora a luchar en la tribuna parlamentaria, en la prensa; iba a indicar al pueblo el camino del comicio; iba a ser, frente a Rivadavia que creó libertades desde el gobierno, quien las fecundara usándolas y procurando conquistar honradamente otras nuevas; servía así a la patria con tanta lealtad y también con tanto peligro para sí, como cuando se batiera en Santiago, en Suipacha, en Tucumán, en Salta, en la Quebrada! Y a la vez, como le era necesario ganar el sustento de los suyos, dedicó alguna atención a los negocios rurales, asemejándose de esta manera a Lamarque y a Cincinato.

El fué, en la Nación Argentina, el primero a conocer y educar las fuerzas de la opinión, a contralorear los gobiernos con ayuda de la muchedumbre popular; y cuantas figuras radiosas y semejantes aparecen después, como Bartolomé Mitre, Adolfo Alsina, Leando N. Alem, Aristóbulo Del Valle, son su progenie cívica.

La exaltación de algunos de sus enemigos fué causa de que lo trataran de ambicioso sin escrúpulos, porque no participaba de ciertos errores ni se humillaba ante el poder; de aventurero, porque hacía el sacrificio de sus comodidades y se jugaba la vida; de anarquista, porque agitaba la ola popular. Pero

Digitized by Google

el pueblo lo coronó de laureles y lo llevó a la cumbre... Sus últimos adversarios confesáronse inmensamente débiles cuando seguros de que no podían vencerlo con las armas que usó él — el mérito y la verdad — meditaron el crimen de que fué ejecutor un guerrero alucinado, que había de llorarlo después.

¡Algún día la mano férvida de la justicia nacional, llevará a su tumba la ofrenda que preste calor a sus cenizas!

Digitized by Google

Digitized by Google

APÉNDICE

Digitized by Google

Digitized by Google

DOCUMENTOS JUSTIFICATIVOS

Correspondientes al Capítulo I

PARTIDA DE NACIMIENTO DE DORREGO

En doce de Julio de mil setecientos ochenta y siete, mi ayudante don Joaquín de Sosa Silva, bautizó solemnemente a un niño que se llamó Manuel Críspulo Bernabé, hijo legitimo de don Antonio Dorrego y de doña María de la Ascensión Salas, vecinos de esta ciudad, y el dicho natural de Lisboa, del reino de Portugal. Nació el dia antecedente. Fueron sus padrinos don Juan Bernabé Salas y su esposa doña Lorenza Díaz de Adorno, también vecinos de esta ciudad, a quienes acordó la cognación espiritual que habían contraído y la obligación de doctrinar al ahijado, de que yo, el presente Cura de la parroquia de San Nicolás Obispo, doy fe. — *Dr. José Hilario de Ortega.*

ACTUACIÓN DE DORREGO EN CHILE

Exmo. Señor:

El doctor José Gaspar Marín, secretario de gobierno y guerra, cumpliendo con el Superior Decreto que antecede, dice:

Que don Manuel Dorrego, oriundo de la ciudad de Buenos Aires y alumno de esta real universidad de San Felipe, ha sido uno de los ciudadanos más activos en promover todo lo que podía conducir al mejor éxito de la causa común, mantener la pública seguridad y consolidar la felicidad de este reino. Desde que una feliz revolución agitó los ánimos de estos habitantes, no contento con proyectar las rondas que expresa, pernoctar continuamente fijándose en ciertos puntos para descubrir las asechanzas del tirano y demás que atentaban contra la pública tranquilidad, acompañaba a los jóvenes que guardaban el parque de artillería, una de las principales fuerzas con que la parte más sana de este vecindario pudo contar para su defensa, y así, se le debió todo.

El 18 de Junio del pasado año, día en que el señor don Francisco García Carrasco, a presencia del Real Acuerdo, ilustre ayuntamiento y jefes de las corporaciones militares, depositó el bastón en manos del finado excelentísimo señor Conde de la Conquista, aún no se había concluído esta ceremonia, cuando asociado con varios individuos en la plaza Mayor de esta ciudad, tuvo la noble osadía de proclamar la instalación de una Junta; pero no siendo llegado tan feliz momento, fué necesario por entonces, ceder y respetar la fuerza del destino. Sin embargo, insistiendo cada día más en propagar el sagrado fuego del patriotismo, padeció varias persecuciones e insultos y los apercibimientos que anuncia, sin contar el proceso criminal que se le siguió ante el señor Oidor decano don José de Santiago Concha, juez comisionado por el señor capitán general y Presidente don Francisco Antonio García Carrasco, por sostener la patria.

Digitized by Google

No es menos constante, que, instalada la Junta Gubernativa, promovió la formación de un cuerpo de nobles voluntarios, haciendo las listas y reuniendo los ánimos de los vecinos, como también que, por su parte, cooperó a cuantas subscripciones se meditaron para gratificar las tropas antiguas, y subsidios a las nuevamente creadas. El exponente, no duda que en el desempeño de éstas y otras fatigas haya erogado algunas crecidas cantidades. Sobre todo, el buen talento del suplicante, sus luces nada comunes a su edad, y una actividad que le es propia y característica, unida al celo patriótico que le distingue, hace ver cuánto puede esperarse de un joven que reune en sí tan buenas cualidades a tan relevantes méritos.

Con concepto a lo expuesto, V. E. tuvo a bien premiar su mérito, confiriéndole una de las tenencias del nuevo batallón de Granaderos de Chile; pero, resuelto a sostener los imprescriptibles derechos de la capital de Buenos Aires, renunciando dicho empleo, ha abrazado aquellos destinos en que pueda ser útil a su patria.

Santiago y Marzo 28 de 1811.

Dr. José Gaspar Marín.
Secretario de Gobierno y Guerra.

(Documento publicado por el doctor A. G. Carranza Mármol, en el número de «La Nación» correspondiente al 18 de Septiembre de 1910).

NOTA DE ÁLVAREZ JONTE A LA JUNTA DE BUENOS AIRES ENTREGADA A DORREGO

Exmo. Señor:

Se apersonará ante V. E. el capitán don Manuel Dorrego que, después de haber hecho honor a su patria en este país, y habiendo conducido con el más ímprobo trabajo y fatiga dos partidas considerables de reclutas a la ciudad de Mendoza, llegará ahora a esa Capital con otra no menos importante, en número de 104 hombres. El ha sido testigo presencial y activo de todos los sucesos de Chile hasta esta fecha, y V. E. puede tener la dignación de escuchar a tan benemérito patriota, acerca del que ha tenido siempre la honrosa satisfacción de hablarle tantas veces a V. E.

Correspondientes al Capítulo II

PARTE DEL COMBATE DE SANSANA

Paso a poner en noticia de V. S., cómo mi avanzada del puesto de Pumaguasi, en la noche del 16 a la una y media de la mañana, tuvo noticia que el enemigo tenia allí, cuatro leguas del pueblito de Sansana, unas cargas de harina. Inmediatamente salieron 40 hombres al cargo de mi ayudante de campo don Manuel Dorrego, llevando por subalternos a los tenientes: de dragones don Luis García y de infantería don Antonio Basán: al estar próximos al punto de la denuncia, supieron hallarse en unos ranchos la partida enemiga a la cual acometieron al aclarar.

Como los enemigos se hallasen atrincherados parte dentro del rancho, parte tras de los tapiales, y los nuestros a campo descubierto, se trabó un fuego vivisimo que duró cerca de una hora, hasta que acometiendo al rancho por diferentes puntos, consiguieron matar al que los comandaba.

La pérdida del enemigo fué de 14 muertos, 2 heridos mortalmente y 6 prisioneros: al principio de la acción se huyeron 4 a caballo y 3 a pie por una quebrada inmediata. De nuestra parte hemos tenido 3 muertos y 1 herido levemente.

Digitized by Google

Se le tomaron 27 mulas, 13 fusiles útiles y 6 que hicieron pedazos en el momento de la acción; pero el más feliz resultado fué que en los ranchos existían los equipajes de los soldados y aun de varios oficiales, de los que tuvo nuestra tropa un cuantioso botín; pero, como en esas circunstancias aparecieron tres partidas enemigas, en número de 150 hombres, en un cerro muy inmediato, hizo el capitán Dorrego, que se pegase fuego a los ranchos para que se quemase el resto del equipaje que no había podido tomar la tropa, el que, según el gran incremento que había tomado el fuego cuando se retiraron, juzga que se redujo todo a cenizas.

Dios guarde a V. S. muchos años. — Los Colorados, 19 de Diciembre de 1811.

EUSTOQUIO DÍAZ VÉLEZ.

OFICIOS DE DÍAZ VÉLEZ A PUEYRREDÓN
SOBRE NEGOCIACIONES DE PAZ Y UN MOVIMIENTO OFENSIVO

El día 27 del corriente, a media hora de mi llegada a la posta vieja de Cangrejos, se presentó en la nueva, el marqués de Tojo acompañado de dos criados: inmediatamente me pasó un recado, expresándome quería verme, le contesté que *yo* mismo pasaría a su habitación, para que no tuviese lugar de observar el número y formación de mi tropa. En efecto, luego que nos avistamos, me expuso venía con el objeto de parlamentarme por parte del general don Francisco Picoaga, y me entregó un oficio que en copia dirijo a V. S. Consiguiente a él, me expuso que su intención era buscar la paz, la reunión y la conservación de esta América, pues el general don José Manuel Goyeneche, sólo buscaba su beneficio particular y el del Virrey de Lima. Que en esta injusta lucha, cualquier partido que saliese victorioso, sería una ruina efectiva para toda ella, precipitándola a ser presa de cualquier enemigo que quisiera asaltarla; con otras reflexiones que indicaban el más acendrado patriotismo. El marqués, deseoso de coadyuvar a tan laudable objeto, me protestó de la sinceridad de sus intenciones, como también de toda su oficialidad. Como conozco por repetidas experiencias, que el intento del enemigo es valerse del sagrado de la verdad para engañar y prender en las redes de su perfidia a los incautos, le contesté decididamente que no entraría en advenimiento alguno, a menos que me entregase las armas o unos rehenes competentes que fijasen del todo mi seguridad. Me expuso al mismo tiempo, que quería tener una entrevista conmigo: no me excusé de ella, y al efecto, dispuse que mis dos ayudantes de campo, don Manuel Dorrego y don Juan Escobar, pasasen a exponerle esto mismo al siguiente día, como en efecto se verificó, y al momento levanté mi campo y caminé a Barrios, donde me hallo con el fin de tener más expeditas mis operaciones al frente del enemigo y precaver sus insidias.

Temí justamente que su intento fuese burlarme, asegurando la retirada o tomar el tiempo necesario para esperar algún refuerzo, como sucedió en las treguas que pactó en el Desaguadero.

Ayer 28, llegué a este destino y a las 7 de la noche se presentó el citado mi ayudante don Manuel Dorrego, y me entregó un oficio que en copia dirijo a V. S., me expuso de las buenas intenciones de aquel jefe; pero que para cumplirlas era forzoso esperar la contestación de su general, y al efecto de transar algunos obstáculos que podían intervenir en el pacto, me significó que había dispuesto viniesen al día siguiente los tenientes coroneles don Pedro Barrera y don Juan Tomás Moscoso. Llegaron éstos juntamente con el marqués, a quienes recibí con la urbanidad y generosidad conveniente. Entramos en materia, y todo el contexto se redujo a expresarme cada uno los sentimientos patrióticos de su jefe y la sinceridad de finalizar la presente discordia. Se dilataron mucho en explanar estas ideas con el mayor inte-

Digitized by Google

rés, mas sin poder concluir cosa alguna porque esperaban la contestación del general en jefe, a quien se había dirigido aquél de antemano, haciendo ver la necesidad que había de aquella reconciliación. Le demostré hasta la evidencia, que semejante dilación era perjudicial al Gobierno y a todos los pueblos que habían depositado en mi su confianza y resguardo, y a la subordinación que debo prestar a los mismos jefes del ejército, respecto a que no se me ofrecía la debida garantía que asegurase ese convenio, paz y unión que buscaba, por el mismo hecho de que semejante acto debía ser sancionado por el señor don Manuel Goyeneche, cuya perfidia había tocado muchísimas veces. A pesar de repetidas aclamaciones que me hicieron, de que en este punto no faltaría un momento a la buena fe, me sostuve firme en mi anterior dictamen por ser único medio de conservar con honor las armas de la patria, y cortar el vuelo de las insidias de éste; y con él partieron, al parecer con bastante desconsuelo, por no haber logrado sus miras. En este estado supe por conducto seguro, que esperaban un refuerzo de quinientos hombres de Potosí de un día a otro, por haber salido ya el 18 del que rige. Esta noticia descubrió el plan inicuo que meditaba, de atacar con doblada fuerza, e hizo palpable la solidez con que procedía en mi repulsa. En esa inteligencia me dispongo a reglar mis determinaciones de que doy a V. S. cuenta por separado.

Mis intenciones se dirigen a salvar la patria de los peligros que la rodean, y nada más deseo que tener el debido acierto en las medidas convenientes que debo tomar al efecto: las presentes son las únicas que me han parecido adoptables; me lisonjearé de que con ellas se consiga mi fin y que al mismo tiempo, sean del agrado de V. S.

Dios guarde a V. S. muchos años. — Campamento de Barrios y Diciembre 29 de 1811.

EUSTOQUIO DÍAZ VÉLEZ.

En oficio de hoy, día de la fecha, tengo expuesto a V. S. detalladamente cuanto ha ocurrido tocante a los pactos y convenios que me hizo proponer el general de la vanguardia enemiga don Francisco Picoaga, por conducto del marqués del Valle de Tojo y por el de los tenientes coroneles don Pedro de la Barreda y don Juan Tomás Moscoso. Consiguiente a ellas, he dispuesto levantar mi campo a las 12 de la noche de la fecha para conducirme con oportunidad a la frente del enemigo y atacarlo ventajosamente, dando el debido descanso a mi tropa y con las precauciones que deben tomarse en tales casos. Mi objeto es impedir la reunión de las fuerzas que espera prontamente, y de las que hablé a V. S. en mi citado oficio, aprovechándome al mismo tiempo del ardor con que se hallan mis soldados, que es la mayor ventaja que puedo desear. El número de los que tiene el enemigo no pasa de 800, pues, aunque llegan a 1100, poco más o menos, con los que ha recogido de las provincias de Tupiza y Tarija, siendo éstos sin pericia ni conocimientos en el manejo de armas, espero probablemente derrotarlos, por ser indiscutiblemente superior la mía en valor y aun en disciplina.

Por otra parte, sé que sufre diariamente mucha deserción, pues de los reclutas que ha tomado, sólo le quedan 30, poco más o menos. Si logro salir airoso de este primer paso, habré abierto la campaña felizmente, habré dado un nuevo aliento a mis soldados, habré elevado las esperanzas de las provincias interiores, que es a lo que debo aspirar. Apresuraré mis marchas adelante y si se me presenta el enemigo en cualquier punto, lo batiré en detalle reforzado con el despojo de sus armas y con todas aquellas ventajas que proporciona una victoria.

Conseguido este importantísimo objeto habré servido bien a la patria, que es todo mi interés. A mi ver, el fin es laudable, las medidas arregladas y conforme a mis medianos conocimientos; deseo ser todo agradable a V. S. y quedaré con toda la satisfacción.

Digitized by Google

Para completarlo y sacar todo el fruto que debo esperar de tan importante operación, es de suma importancia el que V. S. me refuerce sin perder momento, con las tropas más disciplinadas que tenga, y sobre todo con la compañía de húsares de su guardia. Igualmente necesito municiones de toda especie y especialmente con bala rasa, que no tengo una. No necesito dilatarme en exigir a V. S. este refuerzo, porque mi situación expresa más que lo que podría decir dilatadamente.

Dios guarde a V. S. muchos años. — Campamento de Barrios y Diciembre 29 de 1811.

EUSTOQUIO DÍAZ VÉLEZ.

Con fecha de ayer comuniqué a V. S. lo ocurrido cuanto al parlamento que me dirigió el comandante de la vanguardia enemiga don Francisco Picoaga. En consecuencia, comuniqué a V. S. me disponía a levantar mi campo de Barrios para atacar al enemigo al amanecer del siguiente día, en la hacienda de Yaví donde se hallaba. Salió mi tropa a la una de la mañana con el mejor orden y silencio, habiendo dejado allí suficientemente resguardados todos los equipajes. No podré elogiar bastante el valor y subordinación con que caminaba, llena de la mayor resignación, a vencer o morir en el campo de batalla. Llegué al punto donde se había situado y las partidas que despaché en descubierta, me aseguran había levantado el campo sin que hubiese un solo hombre en su cuartel del citado punto de Yaví. Con el fin de cerciorarme ordené pasase uno de mis ayudantes, e inmediatamente me conduje hasta el lugar donde se hallaban sus tiendas de campaña y sólo encontré vestigios de su retirada. Bajé en seguida a las casas y observé que el marqués salía a recibirme como lo hizo y después de las primeras cortesías me refirió se había retirado aquél a las 10 de la noche, con ánimo de pasar rápidamente hasta Suipacha, que dista de aquí 18 leguas.

En el momento despaché con pequeñas partidas a mis ayudantes de campo a registrar todas las emboscadas que podían haber en las sinuosidades que presentan los tres caminos que parten de este sitio; dirigí igualmente otra mayor bajo la dirección de don Manuel Dorrego por el mismo camino que tomó el enemigo. En este estado se me informó, que luego llegó el marqués y los dos parlamentarios que me hizo Picoaga a Barrios, mi contestación produjo tal sensación que inmediatamente dieron orden, a las siete de la noche del 28, para hacer su retirada, la que tuvo todos los indicios de una verdadera fuga: se asegura se hizo con tal desorden que los soldados no atinaban a prepararse. Las posteriores noticias me confirman esto mismo: tres de ellos que se me pasaron y seis prisioneros lo ratifican. Dorrego persiguió algunos que se habían quedado desbandados por la sima de la cuesta de Culebrillas: tomó cinco prisioneros, cuatro fusiles y algunos equipajes que alcanzó indistintamente. Otros individuos que han llegado de diversos puntos, me aseguran que van esparcidos muchos desertores por los caminos. Todos estos datos son comprobantes nada equívocos de su confusión y sorpresa: ella desbarata la opinión de su proclamada y disciplinada fuerza; pues, si fuese cierto que le venía auxilio de 500 hombres, su retirada sería con todo orden para unirse con él, como lo hace todo general inteligente.

En consecuencia, hoy a las 3 de la mañana, despacho cien dragones bien montados bajo la dirección del capitán don Feliciano Hernández y mi ayudante don Manuel Dorrego, con el fin de picarle la retaguardia hasta Mojo o más adelante.

Mañana saldré de aquí y las disposiciones y plan que tengo formado comunicaré en oficio separado...

Dios guarde a V. S. muchos años. — Campamento de Yaví, 30 de Diciembre de 1811.

EUSTOQUIO DÍAZ VÉLEZ.

Digitized by Google

PARTE DE LA SEGUNDA BATALLA DE SUIPACHA

Dispuesto ya para atacar el día 12, según lo insinué a V. S. en mi oficio de la noche del 11, convoqué en la mañana al teniente coronel don Martín Miguel de Güemes, a los comandantes de artillería, el capitán primero don Benito Martínez y los de división, el capitán de dragones don Francisco Balcarce, de la derecha; el de igual clase de infantería y mi ayudante de campo don Juan Francisco Tojo, de la izquierda; el comandante de dragones, capitán don Feliciano Hernández, y el de igual clase don Antonio Rodríguez, que manda la caballería de la izquierda, y al del cuerpo de reserva, capitán de infantería don Rafael Ruiz, y, después de haber discutido sobre si debía siempre atacarse, se decidió por mayoría de votos se verificase; destacándose parte de la caballería para que, sostenida por la ala derecha con dos piezas de artillería y estando el río profundo, regresásemos a nuestro campamento. Inmediatamente se puso en ejecución el plan, destinando la caballería y ala derecha que queda dicho a una quebrada de frente a nuestro acampamento, sitio más asequible, y con el objeto de cortar una granguardia y caballada del enemigo que se hallaba en aquel punto; el centro y ala izquierda al frente del campamento de aquél, para impedir auxiliase a su granguardia.

Marchamos en este orden y muy breve observamos que la primera compañía de caballería que cubría el costado derecho de la línea, pasó al otro lado a voltapié bajo el fuego más pesado del enemigo. En este caso, de estar el río intransitable para la infantería y artillería, debíamos regresar, pero el imponderable ardimiento y su ambición de avanzar al enemigo frustró la retirada y fué necesario sostener el fuego para facilitar la incorporación de la caballería, que se vió invadida por un grueso bastante del enemigo; y realizada aquélla puse en planta la retirada; a que me movió muy principalmente, el que los cañones del centro e izquierda estaban impedidos de continuar el fuego por el cieno que tenía el río en las orillas del último brazo.

No dudo que si no hubiera sobrevenido la rápida creciente en el acto de transitar el río, nuestras tropas habrían dado un día de gloria a la América, derrotando completamente al enemigo; pues éste, cuyo estilo de batirse es parapetado, aunque sea de ramas o yerbas, y esparcido, abandonó uno de los dos cañones que tenía en batería frente a sus tiendas, con que batían nuestro centro y ala izquierda, por haber llegado nuestras tropas, habiendo pasado cuatro brazos del río con el agua hasta los pechos a lo último de éste, que no fué practicable por hallarse a nado.

Es probable pérdida de consideración en el enemigo, pues éste se retiró con la intrepidez de nuestros soldados a alguna distancia dentro de las orillas donde se hallaba, no pudiendo sufrir el acertado y vivísimo fuego de nuestra línea y los dos cañones de la ala derecha al mando del benemérito teniente don Juan Pedro Luna, que lograron buena posición.

Me hallo en este mismo punto y persuádase V. S. que el enemigo no puede adelantar un paso, pues lo arredra la serenidad y valor maravilloso de nuestras tropas.

Ultimamente, puedo salir garante de la derrota del enemigo, siempre que éste admitiese una batalla en campo raso o que logremos sacarlo de su rincón y cerros, pues en este momento observo que a más de haber reforzado con consideración sus puntos, muy particularmente el que vadeó nuestra caballería, está haciendo fosos en su campamento a toda prisa, indicante bastante de su cobardía.

Incluyo a V. S. la relación de oficiales y tropa, muertos, heridos y contusos, que han resultado de esta acción, cuya duración fué de dos horas; y carezco de expresiones para hacer formar una pequeña idea del entusiasmo y valor de los invencibles soldados y bravos oficiales en quienes he notado una intrepidez sin igual, siendo de mi mayor obligación el manifestar a V. S. el relevante mérito de mi ayudante de campo don Manuel Dorrego. Este digno oficial, después de haber salido herido en el brazo derecho y contuso en un pie en la guerrilla que tuvimos en aquel punto el día de nuestra llegada, de que dí cuenta a V. S., lleno de un entusiasmo ejem-

Digitized by Google

plar y bizarría fueron tantas las instancias que me hizo para ir al ataque exigiendo le volviese al puesto de comandante de las guerrillas, que me vi obligado a otorgárselo; y así fué que su resuelta bravura ha admirado nuestras tropas y aterrado al enemigo, transmitiendo su fama a la generación más remota.

Dios guarde a V. S. muchos años. — Nazareno, 13 de Enero de 1812.

EUSTOQUIO DÍAZ VÉLEZ.

Correspondiente al Capítulo III

PERSECUCIÓN DE LOS DERROTADOS EN TUCUMÁN

Exmo. Señor:

El mayor general don Eustoquio Díaz Vélez, comandante de vanguardia, me avisa con fecha de ayer desde los Algarrobos, que el comandante don Manuel Dorrego seguía molestando al enemigo el 4, como los días anteriores; que aquél había formado emboscadas en los puntos de Pozo Verde y Encrucijada; mas, advertidos por el bravo Dorrego, los burló haciéndoles otras que no sólo les incomodaron, sino que les impidieron que saquearen e incendiaren las poblaciones, cuya detestable operación practican siempre que tienen lugar.

Luego situó el mismo Dorrego a distancia de una legua al sur de Yatasto, una emboscada al mando del teniente Anderson, que surtió el efecto deseado, pues fué tal la confusión del enemigo que hizo tres descargas generales sin más efecto que matarnos un caballo y pasar la cartuchera de un soldado, considerándose por parte de ellos bastante pérdida en razón de ser bien dirigidos los fuegos.

Como se ha imbuido al enemigo por sus jefes, que nuestras tropas no les dan cuartel, marchan muy unidos, y no ha sido posible a Dorrego, por más que se ha empeñado, cortarles algún trozo.

El 5 y 6 los ha perseguido el comandante de dragones don Diego Balcarce, habiéndoles hecho bastante fuego desde el Río de las Piedras hasta el Rodeo del Chilcal, en donde hubo una guerrilla sostenida, que probablemente les ha causado estragos de consideración, resultando por nuestra parte dos heridos.

El 7, que es el día que me escribe el expresado mayor general, seguía el comandante de Húsares don José Bernaldes al enemigo que marchaba ya del otro lado del río Pasaje, y me dice que a más de las incomodidades que agobian al enemigo por nuestra constante persecución, se agrega sobre cien heridos que llevan montados y así es que van dejando el campo sembrado de cadáveres y muchos insepultos por la precipitación de la fuga.

Me elogia la constancia y buen orden de la oficialidad y tropa, siendo particularmente recomendables por su infatigable celo, los destinados a incomodar al enemigo diariamente; lo que pongo en noticia de V. E. para su conocimiento y satisfacción.

Dios guarde a V. E. muchos años. — Tucumán, 9 de Octubre de 1812.

MANUEL BELGRANO.

(Original en el Archivo General de la Nación).

Correspondiente al Capítulo IV

TRAVESÍA DEL RÍO PASAJE

Exmo. Señor:

La infantería, los escuadrones de la milicia patriótica de la valerosa e inmortal Tucumán, la división de artillería y respectivos parques, se hallan en la Banda Norte del Pasaje al mando del mayor general don Eustoquio Díaz Vélez, después de haber

Digitized by Google

logrado su tránsito sin mayor perjuicio; pues, mediante los favores visibles del cielo hemos hallado el río capaz de vadearlo en una estación en que rara o ninguna vez se consigue esta felicidad.

Mi segundo, el expresado mayor general, ha trabajado con la mayor eficacia e igualmente los comandantes y oficiales de los respectivos cuerpos, habiendo el de Cazadores con su tropa quitado algunos estorbos para que el agua no fuese tan abundante en el canal principal; y así sé que habiendo dado principio al paso por su cuerpo, ayer amás, de las ocho de la mañana a las cinco de la tarde, se ha concluido con lo principal y espero que el día de mañana que llegará el Regimiento de Dragones de la Patria y algunos otros útiles que me faltan, acabaremos con esta empresa, difícil a la verdad, para continuar nuestra marcha.

Dios guarde a V. E. muchos años. — Costa S. del Pasaje y 10 de Febrero de 1813.

MANUEL BELGRANO.

(Original en el Archivo General de la Nación).

Correspondientes al Capítulo VI

PLAN PARA LA GUERRA DE PARTIDARIOS

Exmo. Señor:

Como mi principal objeto es la organización del Ejército, y ésta no puede verificarse sin su reunión, consulté al jefe de la Vanguardia sobre la permanencia de ella, pues no podía resolver por mí mismo en razón de los escasos conocimientos que aún tengo del país; mi consulta y la contestación de éste, pondrán a V. E. en estado de juzgar la medida que he tomado de retirarla, dejando una línea de puestos bajo la dirección de oficiales de conocimientos del país, que con una parte de las milicias y paisanaje voluntario que se les ha reunido, priven al enemigo de los recursos que podría sacar, me den aviso de sus movimientos e intercepten las comunicaciones que pudiera tener con los enemigos de la causa.

Dios guarde a V. E. muchos años. Tucumán y 10 de Febrero de 1814.

JOSÉ DE SAN MARTÍN.

Habiendo meditado la importancia de organizar el ejército y ponerlo en el estado posible de perfección, he creído conveniente reconcentrar todas las fuerzas en este Cuartel General para que adquieran la disciplina y subordinación necesarias; pero deseoso al mismo tiempo de tener un conocimiento que haga mi determinación acertada, he resuelto que V. S. me informe sin pérdida de momento acerca de los puntos siguientes:

1º ¿Será útil que permanezca la fuerza que está a las órdenes de V. S. resguardando la jurisdicción de Salta y hostilizando por cuantos modos pueda al enemigo?

2º ¿No podría ejecutarse esto mismo por menor fuerza, como la de cien hombres, y la reunión de las Milicias?

3º ¿Acaso no podría dejarse al cargo sólo de éstos el evitar que saquée el enemigo ganados y cabalgaduras, y que estuviesen de observación para saber y darse cuenta de sus movimientos?

Espero que V. S. desempeñe este encargo con celo y conocimientos que lo asisten, y con la franqueza que le caracteriza y es análoga a mis deseos.

Dios guarde a V. S. muchos años. — Cuartel General de Tucumán y treinta y uno de Enero de mil ochocientos catorce.

JOSÉ DE SAN MARTÍN.

Digitized by Google

Si la condición de súbdito no me obligase a contestar a V. S., de ningún modo me atreveria a informar acerca de unos puntos de tanta importancia, y de los que debe resultar la hostilización del enemigo, noticias de sus movimientos, quietud de este cuartel y libertad de todas las haciendas que se hallan retiradas a estos lugares; pues conozco mis cortas luces y tan sólo me asisten algunos conocimientos del país mediante los cuales digo:

En cuanto a lo primero, no solamente es inútil que permanezca esta División, sino que se halla en grave peligro. Inútil, porque toda no puede obrar, tanto por la falta de buenas cabalgaduras, cuanto porque su objeto, que es el de impedir la pacífica posesión de estos puntos al enemigo, lo puede hacer igualmente una partida de cincuenta hombres y con mayor facilidad, como que es independiente. Peligrosa, porque para cubrir como se debe estos puntos, debe situarse en el Rosario, Chicuana o Bañado; y en tal caso con una marcha forzada se vería atacada sin poder libertarse de emprender acción antes de llegar a las cuestas; a más de que si tiene cabalgaduras, el arreo de ellas la demoraría, y si no las tiene, a la segunda jornada quedaría a pie, y estando apostadas pueden ser cortadas. Actualmente ha hecho el enemigo un gran acopio de animales, en especial, de la frontera del río del Valle, y puede montar la gente que le agrade. Peligrosa, porque la tropa se va aburriendo y ya comienza la deserción, igualmente que las enfermedades, pues pasan de cuarenta los enfermos, a más de que los movimientos prontos y las aguas continuas, han inutilizado e inutilizan una parte del armamento.

A lo segundo: cincuenta hombres de tropa armados con las carabinas y fusiles cortados que existen en esta División, que deberán ser los Partidarios y soldados hijos de estas inmediaciones, a cargo del capitán de Partidarios don Pablo de la Torre, el alférez de ídem don Pedro Arias y el de igual clase de caballería de línea don José Antonio Suárez, situados en Caraguatí y cubriendo con pequeños piquetes los puntos de Alemania, chacras del Algarrobal y los chilcales de Simbolas, guardan completamente el camino del Brete; a lo que se agrega que todas las haciendas y cabalgaduras existen de Alemania para adelante. A esta fuerza podría agregarse la compañía de milicias de las Trancas. En Bichimí, una partida de paisanos con sus avanzadas en la cumbre de la cuesta y en Ablomey, a cargo de don Francisco Zuviría y su segundo don Pascual Coronel, sería suficiente. A don Pedro Zavala nombrándosele capitán del Bañado, Chicuana y Guachipas y quedando a su arbitrio el elegir los subalternos, que podría reunir una porción muy considerable de paisanos, los que podrán aproximarse, entrar a Salta y adquirir noticias individuales y perseguir a los comisionados y partidas pequeñas, siendo auxiliados en caso necesario por la fuerza armada. Tanto el paisanaje como la tropa, puede ponerse a disposición del coronel don Pedro José Saravia, quien debe situarse en Caraguatí o el Algarrobal, teniendo consigo a su hijo don Apolinar y a su pariente don Saturno. Establecidas las partidas en este orden, el coronel Zelaya podrá tener noticias anticipadas siempre que se atente contra él. Pues, conceptúo que sólo en la extrema debe retirarse, por ser los valles el granero de Salta, tránsito preciso de todas las bebidas y los únicos lugares donde pueden hacer recluta. El capitán Santos Rodríguez y el teniente Ferreyra, deben quedar a las inmediatas órdenes del coronel Zelaya sin que por esto peligre, pues, en cualquier caso la retirada del valle es muy fácil, y la proximidad del enemigo puede saberse con anticipación. Los gastos e incomodidades que le demandaría al enemigo una persecución hasta Caraguatí o Bichimí contra esta fuerza, creo no les compensaría el resultado, a más de que dentro de poco el río Guachipas, la Alemania y cuesta de Bichimí, con la continuación de las aguas, son casi intransitables a los que no sean muy prácticos. Con cien lanzas de las que hay en los almacenes del Ejército, podría armarse el paisanaje. Este podrá traer noticias diarias de Salta, como que los paisanos entran y salen frecuentemente, e impedir la recolección de caballos y ganado; con lo que queda contestado a lo segundo y tercero. Lo que es de absoluta necesidad es que se les den unas instrucciones del modo cómo deben hacer la guerra de recursos, sin comprometerse jamás a ser des-

Digitized by Google

truídos de un solo golpe. Cabalgaduras jamás les faltarán, y si a V. S. le agrada, les daré las instrucciones. El parte de una partida enemiga que se aproxima a la puerta, me suspende la pluma, y sólo sí digo, quedo esperando las órdenes de V. S. para poner en práctica todo lo propuesto, si fuese de su superior agrado, e inmediatamente, pues las Divisiones pueden marchar a cargo de sus comandantes. Dios guarde a V. S. muchos años. — Guachipas, Febrero 2 de 1814. — *Manuel Dorrego.* — Señor general en jefe don José de San Martín.

SN. MARTÍN.

(Originales en el Archivo General de la Nación).

COMBATE DE CHICOANA

Exmo. Señor:

Paso a manos de V. E. la adjunta copia del parte que el comandante de Vanguardia coronel don Manuel Dorrego, me remite del punto de Saucecito.

Dios guarde a V. E. muchos años. Tucumán, 11 de Febrero de 1814.

JOSÉ DE SAN MARTÍN.

Exmo. Supremo Poder Ejecutivo:

Ayer a la tarde tuve noticia de hallarse destacada en Chicuana una partida enemiga. Inmediatamente mandé cuarenta hombres a cargo de los oficiales, capitán de «Partidarios» don Pablo de la Torre, teniente de «Cazadores» don Joaquín Silva y teniente de «Dragones» don Tomás Texerina. En este momento recibo el parte que catorce hombres que se adelantaron a cargo de De la Torre y de Texerina, después de un cuarto de hora de vivo fuego y con la presencia del resto de la partida, los han hecho huir vergonzosamente, tomándoles once prisioneros y el oficial que la mandaba y a más dos paisanos, dejando cinco muertos y teniendo varios heridos, entre ellos el oficial, cuyo número, igualmente que los fusiles, monturas y caballos tomados, todavía ignoro. El que ha traído el parte dice que eran los enemigos treinta y siete, que el resto huyó a una serranía que está a espaldas de Chicuana; pero que se quedaban haciendo las diligencias para prenderlos y no duda así suceda. Luego que llegue a esta la partida, pasaré a V. S. un parte más circunstanciado. Dios guarde a V. S. muchos años. — Saucecito y Febrero cinco de mil ochocientos catorce, a las cinco de la tarde. — *Manuel Dorrego.* — Señor general en jefe don José de San Martín.

SN. MARTÍN.

(Originales en el Archivo General de la Nación).

PRIMEROS RESULTADOS DE LA GUERRA DE PARTIDARIOS

Señor Coronel don Pedro José Saravia:

Por oficio de V. S. de 26 del corriente, quedo impuesto de que el teniente de compañía de la Candelaria, don Pedro Antonio Arrieta, remitió a disposición de V. S. diez y seis hombres al mando del alférez don Eduardo López, a los que armándolos de lanzas los despachó inmediatamente a Guachipas a reforzar la partida del comandante José Apolinar.

Asimismo, quedo impuesto por la carta y esquela originales de 22 y 24 del corriente que V. S. me incluye, escritas por el citado Arrieta, de las dificultades que

Digitized by Google

encontró éste para la reunión de los 25 hombres que V. S. le pidió para el auxilio de las avanzadas.

En vista de ello le dirijo la adjunta orden para que haga marchar a disposición del comandante don Apolinar, al sargento Mariano Salas y que me despache incontinenti, bajo de la seguridad correspondiente, a los soldados que habiendo sido agregados a este ejército, fugaron de ésta y se hallan en la Candelaria, según su carta del 22.

Finalmente, quedo enterado que el 26 de este, despachó V. S. al comandante de las avanzadas de Guachipas el resto de las sesenta lanzas que le remitió desde las Trancas el capitán don Pablo de la Torre.

No puedo prescindir de manifestar a V. S., aunque de paso, cuán plausible y satisfactorio me ha sido la valerosa comportación del precitado comandante don José Apolinar, la de su hermano don Domingo y de toda la demás gente de su mando en la brillante guerrilla del 24.

Dios guarde a V. S. muchos años. — Tucumán, 29 de Marzo de 1814.

JOSÉ DE SAN MARTÍN.

(Original en el Museo Mitre).

Correspondientes al Capítulo VII

CARTA DE ARTIGAS AL CURA PEÑA

Paso de la Arena, 23 de Enero 1813.

Señor doctor don Enrique Peña:

Mi muy distinguido amigo y apreciable paisano:

Ya no tengo que increparme cosa alguna, en vista del silencio en que usted después de haberle yo escrito. Por Dios, no sea usted tan perezoso. Tal vez no pasa un solo día en que yo no recuerde aquellos buenos ratos que nos agradaban tanto; al fin, por nuestros sentimientos patrióticos emprendimos igualmente nuestra marcha, que fué seguida de nuestra separación.

Es muy mejor para algún dia que nos veamos, la narración de mis trabajos desde aquel tiempo; ahora me limitaré a decirle que me he visto el hombre más aburrido del mundo.

Todo el mundo está en estado de saber que no he perdonado afán por restablecer en esta banda el sistema sagrado de los pueblos. Nadie ignora el exceso de mis desprendimientos y prédicas por sostener este objeto en unas circunstancias en que abandonados todos habrían, precisamente para siempre, fijado los portugueses el destino de este territorio. Todo se concluyó felizmente a precio de todos los esfuerzos y trabajos que sufrimos, pero ese resultado que debió traernos una alegría universal, sólo produjo ejemplos de injusticias y movimientos indignos de gratitud.

Yo fuí desalojado del mando y mis paisanos, los redentores de América, proscriptos todos y abandonados al desprecio de los mismos, en cuyo obsequio refluyeron sus sacrificios grandes. Esto nada hizo en mí. Yo sofoqué mis resentimientos y quise muy mejor reponer en sus casas a mis compañeros y retirarme a la mía, que obligar al respeto debido a nuestros afanes.

Con esa resolución pasé a este lado del Uruguay y seguí mi ruta hasta los Laureles, donde fuí solicitado por el gobierno anterior en los últimos días de sus funciones, vistas las urgencias del Tucumán. Yo repetí el clamor de la Patria y volví a ofrecerme, enviando a la Capital un oficial con mis pliegos al efecto. Cuando él llegó ya se había mudado aquel gobierno, el que con el mismo objeto que el anterior

Digitized by Google

disputó, cerca de mí, al sargento mayor de granaderos montados don Carlos de Alvear. Este hombre me anunció su llegada al Arroyo de la China, protestando que no podía acercárseme a causa de una rodada: después regresó a Buenos Aires sin verme, poniendo delante de la superioridad mi opinión, en el concepto peor. Aquellos señores lo creyeron y protestaron delante del oficial (cuya persona fué al momento arrestada), que debía tratárseme como enemigo.

Las imposturas que llevó Alvear y otros conocimientos que yo tenía, me convencieron de que conmigo no se trataba sino a fuerza de intrigas, y desde luego, me decidí a la defensa. El Gobierno sabía muy bien mis desavenencias y para transarlas enviaba a aquel emisario; si él se retiró sin oirme, nunca debió prestarse crédito a sus relaciones, porque eran sólo tomadas del mismo con quien tenía yo mis desavenencias. Esta circunstancia, que me hizo ver la injusticia con que se me trataba, me determinó a asegurar al señor Sarratea que se retirase para Buenos Aires, porque yo me veía obligado a defenderme, una vez que se me iba a tratar como enemigo. El admitió mi propuesta y al efecto, ofició al Superior Gobierno dimitiendo el mando y depositándolo en la persona del coronel don José Rondeau, pedido por mí, sin perjuicio de que viniera otro con la representación del Gobierno. La resolución de éste aún no ha llegado y por varios motivos en mala (hay una palabra ininteligible) que he observado, he hecho algunas hostilidades que quedaron ya suspensas en virtud de dos coroneles que me envió el otro señor de Sarratea, con los que estipulé que aguardaría la resolución del Gobierno, pero, que mientras, deben detenerse en cualquier parte que se hallen cuando vaya para el cuartel general, y aún no haya pasado el Uruguay o el río Negro. En este caso estamos. Los pasos que he dado para eludir estos lances escandalosos son innumerables, me he desprendido de todo, he echado tierra a todo. Pero no hay extensión para el sufrimiento cuando se trata de decapitarnos, por premio en nuestra moderación y trabajos remarcables. Yo he tomado mis medidas, ellas consultan siempre nuestro interés por la ocupación de Montevideo y al fin haremos respetar nuestra justicia, sin desentendernos de aquel objeto importante. Esta es mi historia en globo. Los pormenores servirán en justificarla más: pero la premura del tiempo me impide relacionárselos a usted, de quien me repito s. siempre amigo atento s. q. s. m. b.

José Artigas.

(Original en el Archivo General de la Nación).

Correspondientes al Capítulo VIII

PARTE DE MARMARAJÁ

Exmo. Señor:

Después que diferentes cuerpos del ejército de mi mando habían corrido ya 250 leguas en la repetida variedad de marchas que requerían los movimientos del enemigo; y cuando el coronel Fernando Otorgués, satisfecho de su ponderada movilidad y en el considerable número de caballos que poseía para beligerar en esta dilatada campaña, presumía poder eludir todo proyecto que yo tomase de atacarlo, los sucesos de los días 4, 5 y 6 del corriente, desmintieron aquella decantada táctica de velocidad, y al paso que añadieron nuevos laureles a las armas de la patria, libraron del furor de sus rebeldes al afligido vecindario de esta asolada campaña.

Un cuerpo de tropas de 900 hombres dirigidos por el coronel Dorrego con excelentes oficiales, marchando con toda la rapidez y sigilo que exigían mis deseos, logró bajar en breves días, sin ser sentido por el enemigo que ocupaba un sitio frente al valle de Marmarajá, por la cuchilla que divide las nacientes de los ríos Yi y Cebollati, dirigiéndose al efecto desde el paso de Villalva por la serranía que corre entre

Digitized by Google

el referido Yi y río Negro: al mismo tiempo que saliendo yo del Paso de los Toros, con tanta velocidad como fué posible, vine por el centro de la campaña a situarme en Calera de García, con otra fuerza de igual número bajo mi inmediata dirección. El 3 del corriente salí de aquel destino hacia el enemigo, y conseguí que las tropas anochecieran con catorce leguas de camino, cruzando por tres ríos. La fatiga de aquéllos, consiguientemente, era excesiva; pero su constancia y el admirable sufrimiento con que soportaron la escasez y la intemperie, dieron suficiente ánimo para emprender una nueva y dilatada marcha hasta acampar pocas leguas de distancia del valle que ocupaba el enemigo. Este día el capitán del Regimiento N°. 2, don Manuel Mármol, con 100 hombres montados de la división de Vanguardia, apresó a los capitanes enemigos Gadea y Rodríguez, con 35 hombres bien armados y 600 caballos. Dado este golpe, pasó inmediatamente a batir una compañía de Morenos de la División de Otorgués, y habiéndolo verificado con toda la actividad e intrepidez que pudiera desearse, hizo prisioneros 2 oficiales y 50 soldados armados de fusil y bayoneta, apoderándose juntamente de la armería del ejército enemigo.

Otra partida de la vanguardia al cargo del teniente de Granaderos a Caballo don Manuel Suárez, atacó y apresó al capitán Mieres con 26 soldados igualmente bien armados.

Al amanecer del otro día, el coronel Dorrego, con la fuerza de su mando, avanzó al campamento de Marmarajá, y el enemigo fué arrojado precipitadamente de su posición, disueltas sus divisiones y batida una de ellas con pérdida de 28 muertos y 43 prisioneros. Durante aquel día fué perseguido por diferentes cuerpos, según requería la dispersión que había sufrido, y antes de la noche había caído ya en poder del coronel Dorrego la artillería y municiones, todo el equipaje de Otorgués, su mujer, su hijo y la multitud de familias que seguían al grueso de su mando: un trozo de caballos escogidos; todos los carruajes del ejército; entre ellos uno cargado de paños y algún dinero que inmediatamente se repartió a la tropa; el uniforme del caudillo, el sombrero y la espada que éste abandonó en su fuga, y existen en mi poder.

La pérdida por nuestra parte sólo consiste en once muertos y algunos heridos. Entre ellos es lamentable y digno del recuerdo de la patria el activo e intrépido oficial, teniente del regimiento número 8 don Nicasio Carreto, que en puntual cumplimiento de su deber dió la vida batiéndose hasta el último instante, donde se le había ordenado.

Por los partes que sucesivamente me comunican los jefes de los cuerpos destinados en seguimiento del enemigo, aparece que el caudillo Otorgués, con un pequeño número de soldados, va con dirección a entrar en el territorio portugués. Por momentos se toman prisioneros de los dispersos en el valle, y la fuerza del mando del coronel Dorrego, persigue al caudillo del modo más activo y muy sobrante de cabalgaduras. Ayer sólo una legua le llevaba de ventaja, y no dudo que llegue a caer prisionero, siempre que no entre a Portugal. Todo lo que tengo la satisfacción de poner en noticia de V. E., quedando en comunicarle sucesivamente las ocurrencias dignas de su conocimiento. Dios guarde a V. E. muchos años. — Cuartel General del Cerro del Verdún, 7 de Octubre de 1814.

Exmo. Señor:

CARLOS DE ALVEAR.

TRASLADO DE DORREGO AL PASO DE LOS TOROS

Exmo. Señor:

El desamparo que hizo el coronel Hortiguera de la división que mandaba en el Yi, de que dí parte a V. E. en mi comunicación de 31 de Octubre, ha causado los efectos que se debían esperar de un paso tan opuesto al orden. Yo, tengo el disgusto de

Digitized by Google

imponer a V. E. de la pérdida de cien hombres entre Dragones y Granaderos de infantería, que han caído prisioneros el día 3 del corriente, con su comandante el capitán don José Martínez. La comunicación de Hortiguera del mismo día, no hace un detall por el que pueda transmitir a V. E. la noticia circunstanciada, pero lo haré luego que aquel jefe me remita la que le he pedido. Entretanto, sólo puedo decir a V. E. que Martínez con su partida fué sorprendido por las de Artigas, a poco más de cuatro leguas distante del campamento de la división; y que, sin embargo de haber durado la resistencia de Martínez desde la tarde del dos hasta la mañana del tres, él no fué socorrido.

Yo he dispuesto que el coronel Dorrego pase inmediatamente a hacerse cargo del mando de aquella división. Su actividad hace falta en el río Negro, cuando según las circunstancias en que se halla Otorgués, debe considerarse ociosa en Santa Teresa. Creo el único medio de restablecer el orden por aquella parte, el que he tomado. Yo desearé que sea del supremo agrado de V. E.

Dios guarde a V. E. muchos años. — Montevideo, Noviembre 6 de 1814.

Exmo. Señor:

MIGL. ESTº. SOLER.

Exmo. Spmo. Director del Estado, don Gervasio Antonio Posadas.

Me ha sido bastante satisfactoria la comunicación de V. S. de 12 del corriente, en que me avisa haber S. E. el Director Supremo aprobado mi determinación por la que confié el mando de la División de operaciones sobre el río Negro al coronel Dorrego. El éxito que me anuncian su actividad y conocimiento, creo será el más análogo a las intenciones del Supremo Gobierno. El ha empezado a poner en tono y bajo de un verdadero sistema militar aquella división, y según su última comunicación, auxiliado de 100 granaderos a caballo, que he hecho le remita el teniente coronel Zapiola, debe pasar en breve por una picada falsa a sorprender a Fructuoso Riveros que se halla al otro lado del Paso de los Toros.

Los Dragones, a la llegada de Dorrego a la división, empezaron a desertarse a pretexto de que querían reunirlos al regimiento de Granaderos. Pero este mal se cortó luego que se descubrieron los orígenes de la seducción. Algunas personas díscolas que se hallaban en aquel ejército, nos han causado ingentes males: yo he dado providencia que han conducido a que no fuesen mayores .....

.....

.....

Dios guarde a V. S. muchos años. — Montevideo y Noviembre 18 de 1814.

MIGL. ESTº. SOLER.

Señor Secretario de la Guerra, don Francisco Javier de Viana.

(Originales en el Archivo General de la Nación).

QUÉ HIZO DORREGO CON LOS ARTIGUISTAS QUE TOMÓ PRISIONEROS

He ordenado al Comte. de la Colonia, que en el primer buque remita para entregar a orden de V. S. diez y siete presos tomados a los bandidos; los restantes hasta cuarenta, por ser vecinos, y bajo fianza, fueron sueltos, lo que pongo en noticia de V. S.

Dios guarde a V. S. muchos años. — Colonia y Dicbre. 17 de 1814.

ML. DORREGO.

(Original en el Archivo General de la Nación).

Digitized by Google

SOLER CONTESTA A LA ORDEN DE ATACAR A ARTIGAS EN ARERUNGUÁ

Excelentísimo señor:

Observando cuanto V. E. se digna prevenir en oficio del 17, he dado mis órdenes al coronel Dorrego y Valdenegro para que estando éste a las de aquél, obren sobre el Cuartel General de Artigas. Yo estoy muy distante de aquellas divisiones, pero me es forzoso permanecer aquí entretanto adquiero algunas noticias que necesito para dar firme dirección a la del coronel Hortiguera y parte de ésta; aprovechando también estos días con el objeto de reunir caballos para las divisiones más distantes.

Descanse V. E. en que nada dejaré sin ejercicio para llenar la comisión con que me honra el Gobierno Superior, sin embargo, los accidentes de una guerra que gira a la ventura del tiempo y ocasiones, V. E. debe preverlas y salir garante en toda desgracia a la conducta de un oficial que con su sacrificio responde de su encargo. Dios Gde. a V. E. ms. as. — Cuartel Gral, en la Florida, Dbre. 30 de 1814.

Exmo. Señor:

MIGL. SOLER.

Excelentísimo Supremo Director del Estado.

(Original en el Archivo General de la Nación).

FALTA DE CABALLOS EN GUAYABOS

Después de haber oficiado a V. S., he pasado a reconocer la caballada, y lo que encuentro es cien animales que merecen el nombre de caballos; repito a V. E. que necesito quinientos caballos buenos de los que el teniente coronel Viera y demás oficiales me aseguran tiene V. S. No tengo de dónde sacarlos, estoy a pie, y V. S. no tiene contra quien operar. Si V. S. se desentiende daré cuenta, tomando los informes necesarios. Dios gde. a V. S. ms. as. — Potrero del Queguay y En°. 8 de 1815.

Sr. Corl. Dn. Juan José Viamont, Gobernador Intc. de Entre Ríos.

MANUEL DORREGO.

Repito, no tengo caballos y V. S. no debió dudarlo, pues sabía ya que la primera salida y cuando batí a los enemigos, no obró la caballería, como sabe, por estar mal montada. ¿Cómo es, pues, que me hace V. S. la injusticia de no creerme, cuando si se hubiera detenido un poco, debiera haber conocido que el constante movimiento en que he estado, no ha podido ser de otro modo que tiranizando en la saca de caballos a este vecindario, que hoy con dolor sé, tienen detenidas sus recogidas de trigo, por esta falta, sobre la que me atormenta en su incesante clamor? V. S. está cierto que es el primero en clase de jefe que ha dudado creerme, y si V. S. supiese que en clase de particular me sucedía lo mismo, se haría cargo del desabrimiento que el tal reservado me ha ocasionado. Dios gde. a V. S. ms. as. — Uruguay, Enero 9 de 1815.

JUAN JOSÉ VIAMONT.

Excelentísimo señor:

Acompaño a V. E. en copia con los números 1 y 2, la última comunicación del mayor general Dorrego, y mis contestaciones con la misma numeración. Por la primera verá V. E. que para marchar y contramarchar solamente, necesitaría haber

Digitized by Google

tenido este punto acopios considerables de caballos, que escasamente darían abasto en lo fuerte de la estación, sin que haya variado de este orden con respecto a pedir por centenares los caballos, desde sus primeros oficios del 31, que pasó cayendo en el mismo a su conclusión, en la duda de si conozco su autoridad sobre esta fuerza. V. E., sin duda, a la distancia, creerá ha habido por esto algún principio en mis contestaciones y modo de obrar, como lo digo a él mismo, habiendo sido para mí, ésto, una sorpresa cuyos principios no atino.

Su segundo reservado es una injuria completa, que no ha podido ni debido hacerme, aun cuando tuviera íntimos conocimientos de que le escaseaba este auxilio, pues en este caso debería noticiarlo a V. E., de quien sólo es mi dependencia.

No me he excusado de salir a la campaña con una División, sujetándome en este caso a las órdenes de cualquiera de los jefes de la Banda Oriental, pero luego que he conocido se ha hecho este desprendimiento un vicio lo he alterado, y he resuelto quedarme con menos de 300 hombres como V. S. lo previene en su suprema determinación del 17, habiendo entregado lo demás de la fuerza al coronel Valdenegro, — y con ellos restablecer el orden que pueda en la provincia y me tendrá en su auxilio el primero que me necesite.

. . . . . .

. . . . . .

Dios gde. a V. S. ms. as. — Uruguay, Enº. 10 de 1815.

Exmo. Señor:

JUAN JOSÉ VIAMONT.

(Originales en el Archivo General de la Nación).

PARTES DE SOLER SOBRE EL COMBATE DE GUAYABOS

Exmo. Señor:

Había escrito para V. E. el adjunto parte y lo dirigía para la Colonia, cuando hoy a las 12 de la mañana llegaron cinco hombres, dos Granaderos a Caballo, dos Dragones y un muchacho, todos dependientes de la división del coronel Dorrego y aseguran que el lunes anterior, después de alguna resistencia, fué batida y derrotada: que sólo cien hombres y algunos dispersos pueden haberse escapado, dirigiéndose a Paysandú. Yo me retiro de este punto hacia el Paso del Rey de San José, donde aguardo que V. E. me ordene lo que sea de su superior agrado, advirtiendo que toda la campaña se ha sublevado y que los insurgentes tienen un ejército respetable y reforzado con más de un mil armas entre blancas y de fuego. Sin embargo yo haré como debo cuando V. E. ordene, y crea bastante útil al objeto del Gobierno Superior.

Luego que tome algunas noticias, instruiré a V. E. puntualmente de lo que merezca atención.

Dios gde. a V. E. ms. as. — Cuartel General en Mercedes, Enero 15 de 1815.

MIGL. SOLER.

Exmo. Supremo Director del Estado.

Exmo. Señor:

El quince del corriente dí cuenta a V. E. del inesperado resultado que ha tenido la división del coronel Dorrego, según declaración de dos granaderos montados y dos dragones que se hallaron en la acción contra los insurgentes de Artigas en el Rincón de Corrales o Arerunguá; hoy se han presentado otros cinco individuos de aquella división y convienen en la relación dada por los primeros: y no obstante

Digitized by Google

suspendo el creer fuese completamente derrotada una fuerza de ochocientos y más hombres escogidos y muy bien armados, en circunstancias en que Artigas aún tenía diseminadas las fuerzas que batió el coronel Viamont y algunas de las que persiguieron al mismo coronel Dorrego, y la División de Otorgués que en aquellos días estaba sobre el Yi; motivos que me precisaron a disponer cargara otra fuerza sobre el Cuartel General de los bandidos, y ciertamente aseguro a V. E. que si fué derrotada, la tropa no cumplió con su deber o hubo algún otro motivo extraordinario que no me es fácil apuntar sin relaciones de sujetos más capaces.

Yo subsisto reunido con el coronel Hortiguera, cuya fuerza, reunida a la de mi Cuartel General, excede de seiscientos hombres con tres piezas de artillería; he tomado providencias para protejer a los que puedan venir a reunirse: y tomando mejores noticias que las que tengo hasta hoy, tomaré las providencias que convengan a las circunstancias presentes y a no perder de vista el cuidado de la plaza de Montevideo, que considero en mucho riesgo porque la mayor parte de su población es enemiga del sistema general y todos, todos de la Capital; V. E. se dignará ordenarme cuanto convenga practicar en tales circunstancias, con presencia de lo que instruyen las adjuntas declaraciones, y otras noticias que ya puede tener V. E. por el Entre Rios, donde, naturalmente, se reunen algunos dispersos.

Dios gde. a V. E. ms. as. — Cuartel Gral. sobre el Paso del Rey en San José, Enero 19 de 1815.

MIGL. SOLER.

Exmo. Supremo Director del Estado.

(Originales en el Archivo General de la Nación).

DECLARACIÓN DEL GRANADERO RAMÓN DURÉ

Preguntado cómo aconteció esta derrota y que cuente menudamente todos los particulares de ella, desde el principio hasta lo último que ha visto. —Dijo: que dicho dia nueve, después de haber marchado en una columna sin tener noticia alguna del enemigo (a lo menos el declarante) hicieron alto a cosa de las diez y media para comer, en el arroyo de las Cañitas: que apenas habian carneado y comenzado a preparar la comida, cuando se presentaron sobre una lomita que está del otro lado del arroyo, unas partiditas enemigas y empezaron a tirotearlos, contra las cuales salió del campamento una partida de ocho hombres, para entretener a aquéllas, y en este primer tiroteo quedó un hombre de la partida nuestra herido: que entretanto, montaron a caballo todos los Granaderos y Dragones y salieron a batir las partidas enemigas, las cuales se retiraron, y los nuestros las persiguieron hasta cosa de una legua, donde ya avistaron el campo enemigo con toda su tropa formada de esta manera: un ala muy extendida de infanteria, caballeria a ambos costados y que tenían artillería en el centro, pero que esta no la vieron entonces, ni supieron de ella hasta que al comenzar la batalla oyeron sus tiros: que a alguna distancia a retaguardia, también el enemigo tenía tropa formada en un bajito como en calidad de reserva: y que en esta disposición, nuestros granaderos montados y dragones hicieron alto en otra loma para esperar a nuestra infanteria, pero manteniendo siempre guerrillas con las partidas enemigas: que a muy poco rato llegó nuestra infantería montada y el cañoncito de a 4 que tenía la División: que en la loma echó pie a tierra de la infantería todos los soldados europeos; pero los infantes americanos quedaron a caballo. Que nuestro orden de batalla fué: toda la infantería con el cañón en el centro; los dragones en el costado izquierdo y los granaderos montados en la derecha; en este orden se movió nuestra división contra la enemiga y estando como a cuatro cuadras de distancia rompió el fuego nuestro cañón y ya comenzó por ambas partes

Digitized by Google

el de fusilería, haciendo nuestros infantes americanos su fuego a caballo y los europeos a pie: que los dragones y granaderos montados no hicieron un tiro de carabina, sino que se mantuvieron con el sable en la mano: que al segundo tiro se desmontó nuestro cañón: que el enemigo hacía fuego con un cañón: que a poco rato la caballería enemiga cargó a nuestras alas con superior fuerza y en breve los Dragones cedieron terreno y fueron por la retaguardia de la línea a reforzar a los Granaderos montados que sostenían y resistían la carga, quedando de este modo descubierto el flanco izquierdo de nuestra infantería: que en seguida y en pocos instantes fué entreverada nuestra tropa con la enemiga y envuelta nuestra infantería, la cual casi toda cayó prisionera en este choque: que entonces se mandó dar vuelta a nuestras tropas, y habiéndolo efectuado se reunieron y reformaron en batalla como a tres cuadras a retaguardia de los Dragones, los Granaderos Montados y cosa de cuarenta infantes, únicos que pudieron retirarse; quedando en esto ya, el campo del primer ataque, con bastantes muertos, a los cuales vió el declarante que los despojaban los enemigos. Después que se reformó nuestra caballería y los cuarenta infantes dichos, el enemigo se detuvo a mudar caballos, pero siempre tiroteándose guerrillas de una y otra parte; que el coronel Dorrego hizo que vinieran a reformar nuestra tropa, todas las guardias de la caballada y se dispuso para dar una carga al enemigo: pero éste se anticipó viniendo sobre los nuestros, formando una calle muy ancha como para cerrarlos: con cuyo motivo los nuestros se retiraron hasta pasar el arroyo Cañitas, donde volvieron a formarse: que el enemigo pasó también el arroyo en la formación dicha, por dos picadas, y entonces se trabó un tiroteo leve por ambas partes; pero que, viendo que el enemigo los cercaba y el sol estaba ya puesto, volvieron caras los nuestros y se dispersaron ya los que pudieron, pues allí mismo cayeron prisioneros o muertos algunos, porque el enemigo volvió a entreverarse. Que ya al fin no se tiró un fusilazo y cerró la noche: que en la dispersión iban los nuestros huyendo, a pie unos y a caballo otros, y con los caballos muy cansados: que el enemigo los persiguió todavía cerca de media legua.

(Original en el Archivo General de la Nación).

Correspondientes al Capítulo IX

ENVÍO DE VÍCTIMAS PROPICIATORIAS A ARTIGAS

Exmo. Sr.:

Consecuente a la muy estimable comunicación de V. E. data 21 del p. p., han llegado a mi presencia los oficiales Vázquez, Larrea, Díaz, Fernández, Balbastro, Zufriategui y Payllardete, expatriados por haber sido comprendidos en los males con que el gobierno que concluyó el 16 Abril p. p. tiranizó los pueblos de la regeneración.

Todos ellos están con las prisiones que trajeron, embarcados bajo la custodia bastante, pudiendo V. E. descansar en orden a su seguridad.

Tengo el honor de reiterar a V. E. mi más íntima consideración. — Qual. Gral., 11 de Junio 1815.

Exmo. Sr.:

José Artigas.

Exmo. Sor.:

Vuelven a disposición de V. E. los siete oficiales expatriados que V. E. se sirvió enviar a la mía. En mis nuevos cuidados, V. E. hallará el motivo justo de no retenerlos.

Digitized by Google

Tengo el honor de repetir a V. E. la debida consideración. — Cuartel General, 18 Junio 1815.

Exmo. Sor.:

José Artigas.

(Originales en el Archivo General de la Nación).

Correspondiente al Capítulo XIII

PARTE DE SAN NICOLÁS

Luego que supe que la división de López estaba separada del resto del ejército, procuré, doblando las marchas, tomar una dirección media con objeto de batirlos en detall. En efecto, la noche del 1º a las 12 de ella, tomando todas las medidas para no ser sentido, me dirigí a San Nicolás, teniendo al aproximarme el sentimiento de saber que los enemigos se habían alarmado al perder casi todas sus caballadas de repuesto, que les tomó la avanzada mandada por el ayudante Hermida y su segundo el ciudadano Baudrix, de lo que resultó a mi llegada ya estaban montados y formados a distancia de ocho cuadras a la izquierda del pueblo. Las milicias del comandante Irasoqui y mi escolta, fueron al instantes destacadas en guerrilla, consiguiendo replegarlos a los arrabales, desde donde empezaron a hacer resistencia, ya amagando cargar, ya colocando su artillería al otro lado de la zanja que circunda el pueblo, ya situando algunos de fusil protegidos de los ranchos.

Entretanto que nuestras columnas avanzaban al trote, cargaron los contrarios dos veces sobre nuestras guerrillas; mas, auxiliadas éstas inmediatamente por un destacamento de cívicos de infantería a las órdenes de mi ayudante Planes, y por los dragones y blandengues a las órdenes del teniente coronel Orona, fueron rechazados sable en mano, viéndose en la necesidad de repasar las zanjas. Al mismo tiempo, se hizo ver por el frente del pueblo otra partida enemiga: sobre ella fué destacado el mayor Inarra con el resto de los cívicos y sin embargo del incesante fuego, fué arrollada dentro del pueblo.

Por su izquierda y derecha un número considerable, principalmente de milicia, intentó su fuga en dirección al arroyo del Medio. Mandé al escuadrón de colorados a las órdenes de su comandante Vilela, cargase sobre ellos y consiguió acuchillar unos, tomar prisioneros a otros, siendo pocos los que lograron escapar.

En este momento, el enemigo varió el plan de defensa: desmontó la mayor parte de su gente, ocupó las azoteas con su fusilería y colocó artillería en las bocacalles, quedando, sin embargo, algunos a caballo. Me hubiera sido muy fácil concluir desmontando la mayor parte de las divisiones que formaban nuestra línea que estaba desplegada al frente: mas, el gobernador López estaba a pocas leguas de distancia y era probable viniese en auxilio, mucho más cuando el jefe de la División Chilena se hallaba en su campo y se me había contestado en la intimación que hice, que esperaban los reunidos en el pueblo este socorro.

Sin embargo, mandé echar pie a tierra a los cazadores y cívicos del tercer tercio, que formaban parte de la derecha nuestra en la división del mayor Pacheco, superando con intrepidez el obstáculo de las zanjas y haciendo retroceder al enemigo hasta la plaza. En este momento todas las milicias, cívicos, dragones, blandengues y parte de la división de voluntarios a las órdenes del mayor Helguera, cargaron por todas las avenidas que se dirigen a la plaza.

El señor brigadier general Rodríguez, que había quedado encargado de la fuerza que debía obrar contra López, en caso de aproximarse, mandó un destacamento a las órdenes del coronel La Madrid para que persiguiese a los que continuasen en fugar y obrase sobre los que ocupaban las alturas y la plaza. Las ventajas que pre-

Digitized by Google

senta el poseer las alturas y bocacalles, hicieron que el enemigo conservara esta posición por más de una hora con mucha tenacidad. Por tres veces cargué a la plaza y por otras tantas fuímos rechazados.

Ultimamente, puesto a la cabeza del resto de la división del mayor Pacheco, cargamos sobre el resto de la caballería enemiga con los otros destacamentos que se hallaban a inmediaciones de la plaza, haciendo fuego sobre los que existen en las alturas. La fuga de unos con dirección a la isla y la rendición del resto, fué el resultado. Los mayores Helguera y Pacheco, persiguieron a los que tomaron la primera dirección, consiguiendo Helguera, se le rindiesen prisioneros varios oficiales y número considerable de tropa. El resto todo fué sucesivamente rindiéndose en las posiciones que ocupaba.

La fuerza enemiga era tanta o mayor que la nuestra, pues, la división del mayor Obando no existió en nuestro ejército por estar destinada a picar la retaguardia del gobernador López, habiéndole tomado la noche anterior dos prisioneros y recibido seis pasados, y la del mayor Vega, aún no se me había reunido. Toda la División Chilena, excepto veinte hombres que formaban en la escolta de Carrera y muy pocos que fugaron, ha caído en nuestro poder. Esta además se hallaba reforzada con algunos esclavos y gente útil que habían reunido en las estancias del tránsito a su retirada, desarmando completamente a los pueblos de San Fernando y Arrecifes. Han fugado algunos de los milicianos que se hallaban a las órdenes de Colmán, Vicenter y otros de nuestra campaña. Ha sido igualmente fruto de nuestra empresa, la prisión del cuadro de oficiales que formaban la escolta de Alvear, que han sido los más obstinados en rendirse.

El estado número 1 demuestra el armamento y útiles de guerra que se han tomado. El número 2 manifiesta la relación de oficiales prisioneros. El número 3 contiene la nota de la tropa apresada. El número 4 patentiza los heridos y muertos enemigos que se han encontrado en el pueblo y sus inmediaciones, igualmente que el de los nuestros. Tres oficiales proscriptos con algunos soldados, tomando una chalana que se hallaba en el puerto, fugaron para el Rosario: algunos que intentaron hacerlo en una canoa, naufragaron.

Los nombrados diputados de los pueblos, refugiados en la División Chilena, han sufrido la misma suerte, siendo apresados en el pueblo. De ellos, sólo falta Colmán, que representaba el Fortín de Navarro.

Es digno de la más alta recomendación el entusiasmo y bravura de nuestra tropa y oficiales, tal que puedo asegurar, sin temor de equivocarme, que si el ejército titulado Federal nos hubiese esperado en cualquier campo, la victoria habría sido nuestra a la primera carga, siendo esta circunstancia más notable al ver que las tres cuartas partes de nuestro ejército son de milicias.

Recomiendo segunda vez, del modo más especial, como lo hice en mi primer parte, al señor brigadier Rodríguez, quien, encargado de la fuerza que debía obrar contra López, prestó servicios importantes, como los que ha hecho en el resto de la campaña, haciendo al mismo tiempo que nuestra pieza de artillería hiciese fuego sobre las alturas del pueblo. El mayor general del ejército, coronel mayor Quintana, dió desde el principio dirección a las fuerzas de la izquierda y dispuso cargas con buen resultado; a los coroneles de división La Madrid, Sáenz, tenientes coroneles Orona, Moraña, Vilela y su segundo Pica, Irasoqui, Rosas, Castro: mayores Pacheco, Inarra, Helguera; a mis ayudantes, quienes impartieron las órdenes con la mayor exactitud y puntualidad.

Es imposible en un parte, hacer una relación circunstanciada de los servicios importantes que todos y cada uno de los oficiales y tropa, prestaron en tan brillante jornada.

Dios guarde a V. E. muchos años. — Cuartel General, Agosto 5 de 1820.

MANUEL DORREGO.

Señor Gobernador Sustituto.

Digitized by Google

Correspondiente al Capítulo XIV

PARTE DE PAVÓN

Cuando creía próxima la celebración de una paz estable, el día que debía ser ratificada, presentó don Cosme Maciel a nombre de su Gobernador, nuevos artículos, pero tales que uno de ellos exigía el resarcimiento de todos los daños y perjuicios que dice haber recibido la Provincia desde el principio de la Revolución. En el entretanto llegaron a su campo los restos de Blandengues y la milicia de toda su campaña, avanzando su posición al mismo tiempo, con el objeto de ir dentro de dos días a atacarnos, como públicamente lo aseguraban, sin cesar sus guerrillas de hostilizar desde el momento que fueron rechazadas sus injustas propuestas. Convencido de ésto me puse en marcha la madrugada del doce, y desde dos leguas antes de llegar al arroyo Pavón, nuestras guerrillas fueron escopeteando a los enemigos, que se replegaron hacia su campo, cuya posición era en extremo ventajosa, tanto por su elevación cuanto por estar protegida del arroyo que es muy pantanoso. A nuestra llegada se dejó ver, entre divisiones formadas en batalla enfrente de la posta de Gómez, distante como cuatro leguas del arroyo. En el interin que reconocía la posición enemiga y el mayor general don Hilarión de la Quintana fué a dirigir nuestras columnas hacia aquel punto y acelerar su marcha, la división descubridora al mando del mayor Obando, continuaba un fuego bastante activo con los tiradores enemigos que estaban en ala sobre sus márgenes.

Desde el principio conocí que sus miras no eran tanto el impedir el paso, cuanto el envolver nuestras columnas al tiempo de ejecutarlo. Por ello es que las hice marchar hacia nuestra izquierda, al mismo tiempo que por la derecha, la mayor parte de nuestras guerrillas a las órdenes del mayor Obando, repasaban con el objeto de llamarles la atención. Efectivamente, la izquierda enemiga se dirigió a aquel punto y entonces, mandé pasarse por la derecha la milicia de Luján, con el mismo objeto.

Creí lo más conveniente que, aprovechando aquel momento las divisiones pasasen el paso con escalones, y efectivamente, puesto a la cabeza de los escuadrones de Colorados y Rosas que formaban nuestra izquierda, pasé al otro lado, al mismo tiempo que, ordené la División de Nacionales del mando del coronel Sáenz, protegiese las guerrillas; pues, el enemigo, luego que observó pasábamos, cargó con su fuerza consiguiendo envolverlas; mas la división de la izquierda dió una carga oblicua sobre la derecha, con tal bizarría, que los arrolló hasta su primera posición. Por la parte de nuestra derecha, el coronel Sáenz con su división no sólo protegió a los que venían envueltos, sino que también los cargó hasta su anterior posición, en unión con los que se retiraban, a quienes hizo volver caras, como lo verificaron en el acto; entretanto, la División de Dragones al mando de su comandante Orona, la de Lanceros a cargo del mayor Pacheco y los cívicos de infantería con su sargento mayor Inarra, recibieron órdenes de pasar el arroyo y protejer a los demás.

El enemigo, con una prontitud admirable, volvió a formarse por dos veces, pero otras tantas fué completamente arrollado y deshecho, desde cuyo acto, dividido en pequeños trozos, emprendió su retirada, pero, el comandante Vilela con su División por la derecha, la Caballería Nacional por el centro, los Dragones y Blandengues por la izquierda y las guerrillas a los flancos, les picaban la retaguardia, marchando en protección a una corta distancia, las divisiones de Cívicos, Infantería y Lanceros. A poco más de una legua, el enemigo se puso en vergonzosa fuga, a excepción de los del centro, que por varias veces se rehicieron hasta la distancia de cuatro leguas, en que fueron absolutamente dispersos. Es digno de todo elogio el entusiasmo, bravura y orden, con que las Divisiones cargaban y se rehacían: podían desde luego, servir de norma a la mejor tropa veterana, y es llegado el tiempo en que, no sólo nuestros soldados de línea, pero aun la milicia, han cobrado una completa preponderancia sobre los anarquistas, debida, en mi concepto, en la mayor parte a que sólo

Digitized by Google

hacen uso de sable y lanza. Varias de nuestras partidas, en especial de la milicia de Luján, Baradero, Salto y Pergamino, los persiguieron hasta muy entrada la noche: habiendo sido la dispersión tan completa que a las diez y seis leguas, después de dos días, recién han comenzado a reunirse. Ciento veinte cadáveres enemigos se han encontrado en el campo de batalla, entre ellos varios oficiales. Por nuestra parte, hemos tenido los muertos y heridos que constan del estado número 1. Quedan en nuestro poder 52 prisioneros y el depósito de armas que consta del número 2, más un número muy considerable de cabezas de ganado, que acababan de arrear de nuestra campaña.

Recomiendo como acreedores a la más alta gratitud de nuestros conciudadanos, al señor brigadier general don Martín Rodríguez, quien, a más de haber desempeñado otros servicios, me acompañó con la Caballería Nacional en todo el tiempo que, por más de cuatro leguas, hasta la completa dispersión, fueron por el centro cargados.

Al mayor general don Hilarión de la Quintana, que hizo cumplir de un modo particular cuantas órdenes fueron por su conducto comunicadas, entusiasmando la tropa antes de pasar y contribuyendo a su acierto después de haberlo ejecutado. A los jefes de división, coronel Sáenz, teniente coronel Orona, comandantes Vilela, Rosas, Aguirre, Moraña, mayores Obando, Pacheco, Inarra, Vega y Pica, etc. A mis ayudantes y a todos y cada uno de los oficiales y tropa, que han contribuído a tan brillante jornada.

Dios guarde a V. E. ms. as. — Cuartel General, Agosto 15 de 1820.

MANUEL DORREGO.

Señor Gobernador Sustituto de Buenos Aires.

Correspondiente al Capítulo XV

INQUIETUDES DE RODRÍGUEZ SOBRE MIRAS DE DORREGO

Reservado al Gobernador Sustituto.

En este momento recibo las comunicaciones del comandante de Colorados del Norte, que incluyo a V. S. originales. Por ella se impondrá V. S. de la conducta rastrera de los enemigos del orden. Antes de mi salida de esa Capital, tenía varios antecedentes de las operaciones de D. Manuel Dorrego; mas, deseoso de dar la última prueba de mi aversión a persecuciones personales, me había desentendido de ellas. En el día se tocan ya los defectos de aquéllas, tanto más perniciosos cuanto refluyen nada menos que contra la seguridad de la Provincia, cuyos desastres y dolorosos estragos, sólo pueden ser indiferentes a una alma desnaturalizada. En esta virtud, y para precaver el territorio cuya tranquilidad y seguridad nos está encargada, de los males que lo amenazan, es de necesidad que luego reciba V. S. esta, disponga la separación del expresado don Manuel Dorrego, de la Provincia, sin dar oído a súplicas ni recursos. Esta medida la exige la tranquilidad del País y a la presencia de esta imperiosa ley, debe desaparecer toda consideración particular.

Un castigo ejemplar de los amotinados, impedirá que en lo sucesivo se repitan estas escenas, cuya trascendencia arrastrará al País a una anarquía que lo haga desapareecr. Al efecto, tomará V. S. las medidas que le sugiera su acreditado celo, con toda la actividad que exige la naturaleza del negocio. También procederá V. S. a la persecución de los nacionales que no han venido y constan de la relación adjunta, y los que se tomen deben ser destinados, ya a las tropas de línea y ya al presidio, según sus circunstancias y aptitudes.

Dios guarde a V. S. muchos años. — Cuartel General en la Estancia de Cascallares, Diciembre 10 de 1820.

MARTÍN RODRÍGUEZ.

Digitized by Google

DOCUMENTO ACOMPAÑADO

La sisaña delos ombres Malos han podido cedusirme la tropa y haserla desertar. V. E. tome las medidas mas altibas pues los enemigos de la Patria y de V. E. me creo por sospechas sol los mismos que dan este paso he oserbado que dorrego ha benido dos beces aeste pueblo y Gastado muchos pesos con los soldados he oserbado que el capitán quiroga luego que bino por su ygnorancia me dijo lo habia mandado llamar dorrego el Jue y lo que vino le hiso entrasmo todo me es una biva desconfiansa y llendolo a bisitar llo me pregunto por un Fesal, el que aora ha desparramado la sisaña puede ser que mi ygnorancia me haga Consentir. estas cosas pero no puedo de dejar de dar una noticia de todas ellas pues he Jurado a Mi patria y a V. E. ser leal y respectar el orden por la adjunta carta verá V. E. lla casi mis sospechas Mandeme V. E. llo siento no contar con mi tropa solo con mis oficiales y muy pocos soldados llo oserbaré todas las operaciones y dare cuenta diariamente tengo el onor de repetirme de V. E.

Ds. Ge. Ms. Añs.

Cons. y Dbre. 8 de 1820.

JOSEP MARIA VILELA.

CONTESTACIÓN DEL SUBSTITUTO

Reflexionando detenidamente sobre el oficio de V. E. del dia 10, acerca de los antecedentes que lo motivaron y que V. E. me remitió adjuntos, creí conveniente no hacer novedad ninguna, primero para no exponer la marcha de la gente sobre que tenía anticipadas mis disposiciones, ya con noticia que me había dado Vilela del entorpecimiento que advertia; en efecto, ayer marcharon 170 hombres y hoy debe hacerlo con el resto el mismo Vilela, según un parte que anoche he recibido con respuesta a mis oficios que le despaché con un oficial.

Por las órdenes que le había dado y por sus contestaciones, debe venir presto el capitán Duarte, cuando haya acabado de salir la gente; y para tomar más conocimientos, soy de sentir que V. E., inmediatamente que llegue Vilela a ese destino, le mande tomar una declaración circunstanciada de todo lo que haya observado, haciendo lo mismo con las demás personas que él sepa tienen algunos antecedentes en el asunto. De este modo, el Gobierno asegurará la justicia y circunspección con que procede, al paso que queda documentado para responder en todo tiempo de su conducta, y que no se pueda acusarle de arbitrario. — Buenos Aires, Diciembre 12 de 1820.

MARCOS BALCARCE.

(Originales en el Archivo General de la Nación).

Digitized by Google

Digitized by Google

ERRATAS

Página	Linea	Donde dice	Debe decir
18	14	las trascendencias	la trascendencia
21	18	crearan	creara
36	14	hacer firmar por	exigir a
46	17	se apeaba	se apeara
50	18	sus labios	sus labios?
60	13	miradas	miras
65	13	notando lo	notándolo
79	17	coronel.	general
79	27	el temple heroico	el temple de
87	28	espada?»	espada?
89	23	atentamente	eternamente
93	20	crecidas	crecida
97	9	experimantaron	experimentaron
112	35	cobatientes	combatientes
142	35	reserva	lección
150	9, 28 y 30	Bichini	Bichimí
168	17	los brazos insolentes	los brazos son insolentes
186	4	Encárgasele	Encargósele
219	9	desprendía	desprendería
221	19	fortalecidos	fortalecido
227	17	Arnapey	Arapey
244	25	propietario	proletario
247	27	y lejos	y quien, lejos
255	23	aferró a	aferró en
271	4	expedición de Chile	expedición a Chile
295	34	cuas	cuyas
311	23	ligal	liga
387	24	de Buenos Aires	a Buenos Aires
438	30	V. E.	S. E.

EN LAS NOTAS

15	1	Vida	Arengas
48	22	Figueroa.	Figueroa.)
64	2	Memorial	Memorias
70	3	explica	explicaría
207	16	la tropa	las tropas
426	6	merecer	merecen
440	15	una	y una

Digitized by Google

Digitized by Google

ÍNDICE

Página

Carta-prólogo 4
Hacia la historia (introducción) 9

CAPITULO I

PRECURSOR DE LA INDEPENDENCIA DE CHILE

1. La Argentina y Chile 13
2. El gobierno de García Carrasco 17
3. Dorrego universitario chileno 20
4. Renuncia de García Carrasco 26
5. Gobierno de Toro Zambrano 34
6. Instalación del primer gobierno patrio de Chile 36
7. Origen de la alianza argentino-chilena 39
8. El motín de Figueroa 43
9. El adiós a Chile 49

CAPITULO II

OFICIAL DEL EJÉRCITO AUXILIAR DEL PERÚ

1. Antecedentes del ejército auxiliar del Perú 51
2. El regreso de Dorrego a Buenos Aires y el desastre de Huaqui 54
3. La retirada de Pueyrredón 56
4. Incursión de Díaz Vélez 58
5. Combate de Sansana 60
6. Antera negociación de paz 61
7. Segunda batalla de Suipacha 64
8. Belgrano substituye a Pueyrredón 69
9. Retirada del ejército a Tucumán 76

CAPITULO III

EN LA VICTORIA DE TUCUMÁN

1. Entrada a Tucumán 78
2. A espera del enemigo 81
3. La batalla 84
4. Persecución de los derrotados 96
5. En el campamento de Tucumán. Sucesos diversos 98
6. Los patriotas preparan la ofensiva 102

Digitized by Google

CAPITULO IV

EN LA VICTORIA DE SALTA

Página

1. En busca de Tristán 103
2. Preliminares de la batalla 105
3. El asalto 108
4. La capitulación 115
5. Rencillas de Dorrego y Arenales 119
6. Dorrego es confinado a Jujuy 124

CAPITULO V

FRENTE A LOS DESASTRES DE VILCAPUGIO Y AYOHUMA

1. Segunda invasión al Alto Perú 126
2. La derrota de Vilcapugio 129
3. La derrota de Ayohuma 132
4. Belgrano llama a Dorrego y le confía el mando del ejército. El coronel San Martín conduce refuerzos desde Buenos Aires 136
5. Combate de la Quebrada de Salta 140

CAPITULO VI

LA GUERRA DE PARTIDARIOS

1. San Martín asume el mando del ejército 144
2. San Martín, Dorrego y Guido 145
3. Plan de Dorrego para la guerra de partidarios 149
4. Combate de Chicoana 151
5. Ensayo del plan de Dorrego 152
6. Candidatura de Dorrego al empleo de mayor general del ejército 155
7. Renuncia de San Martín 163
8. Tercera campaña del Alto Perú 167
9. Segunda defensa de Salta 171

CAPITULO VII

LA INSURRECCIÓN ARTIGUISTA

1. Los orientales en la Revolución de Mayo 174
2. Primeros síntomas de discordia 179
3. El generalato de Sarratea 182
4. Rompimiento definitivo de Artigas con las autoridades nacionales 188
5. Alvear reemplaza a Rondeau. Toma de Montevideo y combate de Las Piedras 193
6. Progresos de la insurrección artiguista. Negociaciones de paz 199

CAPITULO VIII

EN LA GUERRA CIVIL DE LA BANDA ORIENTAL

1. Combate de Marmaraiá 204
2. Soler substituye a Alvear 208

Digitized by Google

Página

3. Las montoneras artiguistas 214
4. Diversos combates y retirada a la Colonia 217
5. Plan de Soler. El gobierno central ordena que Dorrego ataque a Artigas en Arerunguá 221
6. La marcha ofensiva y el gobierno de Entre Ríos 225
7. El combate de Guayabos 229
8. Alvear es nombrado Director Supremo 235
9. Montevideo en poder de Torgués 237
10. Apogeo de Artigas 241

CAPÍTULO IX

BAJO LOS DIRECTORIOS DE ÁLVAREZ THOMAS Y DE BALCARCE

1. Caída de Alvear. El coronel Alvarez Thomas se apodera del gobierno 250
2. Negociaciones con Artigas y envío de víctimas propiciatorias 252
3. Ocupación de Santa Fe por las tropas de Buenos Aires 257
4. Segunda revolución santafesina 259
5. El Congreso de Tucumán 261
6. Dorrego en la guarnición de Buenos Aires. Política de Tagle 264
7. Movimiento provincialista en Buenos Aires 267

CAPÍTULO X

PROSCRIPTO

1. Una confidencia de Tagle 272
2. Mayor general del ejército de operaciones en Santa Fe 275
3. La expedición a Chile. Dorrego se dispone a tomar parte en ella 277
4. Actitud de Pueyrredón frente a la invasión portuguesa 279
5. Arresto de Dorrego 286
6. Deportación a Santo Domingo. Arribo a Baltimore 287
7. Derrota de Artigas. Los portugueses se apoderan de Montevideo 293
8. La opinión pública se exalta en Buenos Aires. Polémica. Deportaciones a Estados Unidos 298

CAPÍTULO XI

LA GUERRA DEL LITORAL

1. Montevideo bajo la dominación portuguesa 304
2. Campañas de Entre Ríos 306
3. Irrupción vandálica de los portugueses en Entre Ríos 308
4. Campañas de Santa Fe 310
5. Rondeau sucede a Pueyrredón en el Directorio 315
6. Alvear y Carrera 317

CAPÍTULO XII

FIN DEL DIRECTORIO. ANARQUÍA BONAERENSE

1. Revoluciones y motines 324
2. Batalla de Cepeda y caída de Rondeau 326

Digitized by Google

Página

3. Sarratea es electo gobernador de Buenos Aires. Tratados del Pilar 331
4. Actitudes de Balcarce. Trabajos reaccionarios 332
5. Los montoneros vuelven 335
6. Remedo del regreso de la Isla de Elba 338
7. Regreso y rehabilitación de Dorrego 341
8. Se integra la legislatura de Buenos Aires y los directoriales rescatan el gobierno 344
9. Caída de Ramós Mejía. Gobierno de Soler 346
10. Invasión de López, Alvear y Carrera, y derrota de Soler en La Cruz 348

CAPITULO XIII

LIBERTADOR DE BUENOS AIRES

1. El Comandante de Armas 351
2. Dictadura de Pagola 357
3. Dorrego somete a Pagola y reasume la Comandancia de Armas 363
4. Sitio de Buenos Aires. Dorrego, con el título de Gobernador de la ciudad, dirige la defensa 369
5. La guerra en la campaña 377
6. Batalla de San Nicolás 382

CAPITULO XIV

CAMPAÑA DE SANTA FE

1. Entrevista de los Gobernadores 388
2. López rehusa la paz 393
3. Triunfo de Pavón 396
4. Dorrego reanuda la negociación de paz 398
5. La Junta de Representantes de Buenos Aires 402
6. Derrota de Gamonal 404
7. Rodríguez nombrado Gobernador 408
8. Sublevación militar contra Rodríguez 409

CAPITULO XV

ANTE LA JUNTA DE REPRESENTANTES. PACIFICACIÓN DE LAS PROVINCIAS

1. Asalto a Buenos Aires y reposición de Rodríguez 419
2. Dorrego acude al llamado del Cabildo y acata al gobierno constituido 422
3. Mediación del gobierno de Córdoba y tratado de paz celebrado por los de Buenos Aires y Santa Fe 427
4. Aniquilamiento de Artigas. Ramírez, su vencedor, vuélvese contra Buenos Aires 428
5. Dorrego es expulsado de Buenos Aires 433
6. La guerra del centro 439
7. Las guerras del norte 445
Conclusión 449

Digitized by Google

APÉNDICE

DOCUMENTOS JUSTIFICATIVOS

	Página
Correspondientes al Capítulo I	463
Correspondientes al Capítulo II	464
Correspondientes al Capítulo III	469
Correspondientes al Capítulo IV	469
Correspondientes al Capítulo VI	470
Correspondientes al Capítulo VII	473
Correspondientes al Capítulo VIII	474
Correspondientes al Capítulo IX	480
Correspondientes al Capítulo XIII	481
Correspondientes al Capítulo XIV	483
Correspondientes al Capítulo XV	484
Erratas	487

Digitized by Google

Digitized by Google

Digitized by Google

DEL MISMO AUTOR

(EN PREPARACIÓN)

EL SUPLICIO DE NAVARRO

ESTUDIO HISTÓRICO CONSTITUCIONAL

Tratará sobre el origen de la democracia argentina; las constituciones rechazadas por los pueblos, especialmente la de 1826; las fundaciones de autonomías provinciales; la guerra contra el Imperio del Brasil; las desmembraciones de la primera Nación Argentina; los gobiernos de Rodríguez, Las Heras, Rivadavia y Dorrego; la revolución de Lavalle; el fusilamiento de Dorrego y sus consecuencias en el orden político y social.

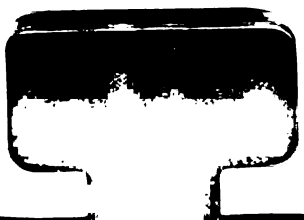
03181
2213
Digitized by Google

Digitized by Google

Digitized by Google

Digitized by Google

Digitized by Google



Digitized by Google

UNIVERSITY OF TEXAS AT AUSTIN - UNIV LIBS
3023612791
0 5917 3023612791

Digitized by Google